

JUAN

CONOMIA DE NITRO

GENERAL DE NITRO

33
C
L

BELOT

LA MUJER
DE FUEGO

LA MUJER
DE HIELO

PQ2193

.B7

M8

D. G.



1080013753



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



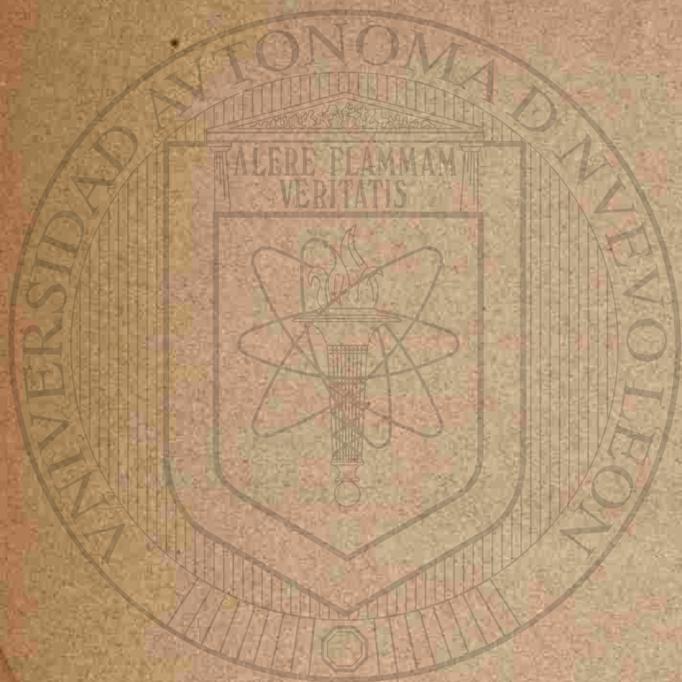


LA
MUJER DE FUEGO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





LA
MUJER DE FUEGO.

NOVELA DE

ADOLFO BELOT

traducida libremente al castellano

POR

AMANCIO PERATONER.

UANE



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BARCELONA.

GRABADO EN
LA BURRUGO DE OBRAS

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-EDITORIAL DE JOSÉ MIRET.

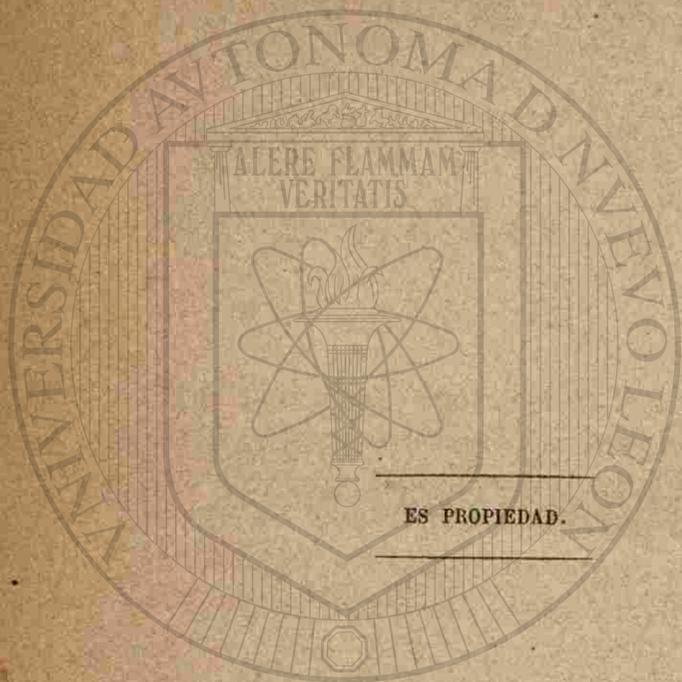
Calle de Cortés (Gran vía) 289 y 291, Ensanche.

1926.

PQ 2193

B7

M8



FONDO HISTORICO
RIGARDO GOVARRUBIAS
156563

LA MUJER DE FUEGO.

Las playas de Bretaña, envidiosas indudablemente de las playas de Normandía, se engalanan desde algunos años á esta parte con nuevos baños de mar.

No les basta ya oponer Pornic, Saint-Malo, le Croisic á Tronville, á Dieppe y á Boulogne, sino que ávidas tambien de playas de segundo orden han creado Pornichet, Piriac y el Pouliguen.

Estas lindas residencias bretonas merecerian, sin disputa, compartir la voga de sus rivales normandas, empero, encontrándolas el Parisiense demasiado lejanas de sí, y rehusándoles su consagracion, quedan siendo propiedad casi esclusiva de los habitantes de Angers, de Tours y sobre todo de Nantes.

Esta última villa, mas que una cabeza de partido departamental, es la capital del noroeste de Francia y encierra todas las elegancias de las capitales.

Los hombres, despues de haber empleado la mayor parte del dia en sus negocios, sacrifican á sus placeres, tienen casinos, teatros, carreras de caballos y queridas.

Las mujeres, en general, son lindas, algo coquetas; suficientemente ligeras, sin serlo demasiado.

No viven encerradas en sus casas como acontece en la mayoría de las demás villas de provincia; de tres á cinco de la tarde acostumbran á exhibirse en las calles Crebillon y del Calvaire, en la plaza Graslin, en el Cours y el muelle de la Fosse.

Su andar es gracioso, su *toilette* de buen gusto; es, como si dijéramos, la elegancia parisiense revisada y corregida por la austeridad provincial.

Son murmuradoras como en París, mucho mas que en París, porque se conocen mas unas á otras, viven en el mismo círculo y sus temas de conversacion son mas limitados.

Tienen aficion á la mesa, y adoran á los pasteleros y confiteros, cuya industria, en Nantes, es de las mas prósperas.

En resúmen, buenas criaturas, de talento poco cultivado, indolentes y un tanto sensuales, caritativas, eso sí, muy caritativas, diganlo sino las sinceras pruebas que de ello dieron en la reciente guerra, devotas sin verdadera religion, llenas de defectos y de escelentes cualidades, teniendo algo de la Parisiense, de la Criolla y de la Provinciana, de cuya mezcla ha nacido un tipo aparte, con un sello de originalidad que puede designarse con este título: la Nantesa.

Y toda esa amable poblacion femenina, demasiado estrechada en sus calles angostas, solo piensa en emigrar.

Trasládase á las orillas del Erdre ó del Sevre, á Clisson ó al lago de Grandlieu, ó bien, fiel al Loire, sigue su corriente y va á fijar sus interinos reales en Chantenay, en Couëron y en Savenay.

Otras, mas intrépidas, atraídas por el mar, bajan hasta Saint-Nazaire, y elijen, para pasar unas cuantas semanas, una de las playas precedentemente nombradas.

El Croisic tenia antaño la voga; hoy parece haberla perdido.

Se le prefiere el Pouliguen, donde la mar es menos dura, y

que posee un bosque de abetos, verdaderamente precioso en un país pintoresco á no poder mas, pero avaro en arboledas.

Nada tan encantador como esta pequeña villa, que ha tomado su nombre de la bahía en cuyo fondo se la ve elevarse (Pouliguen, ó Poull-guen: Bahía blanca).

Sus casas, tiradas á cordel, de uno ó dos pisos, algunas de ellas rodeadas de graciosos jardines, se extienden á lo largo de un puerto siempre lleno, en verano, de barcas de pescadores ó de lanchas de recreo.

Siguiendo los muelles, llégase pronto á la playa desde donde se disfruta de un golpe de vista mágico.

Tras de sí, dando fachada al mar, una veintena de lindísimas *torres*, con miradores cubiertos.

A la derecha, á lo largo de la bahía, la aldea de Painchaudeau con sus casitas y jardines que las olas vienen á lamer; mas lejos y en la misma direccion, una linea de rocas encima de las cuales verdea una alegre campiña.

A la izquierda, en una anchura de cinco ó seis kilómetros, los méganos de Escoublac que se desarrollan formando un semicírculo, y Pornichet, circuido de abetos.

En frente, basada sobre las rocas de los Impairs, la Torre roja, encargada de indicar la embocadura del canal, y las Islas de Even, temibles escollos que todos los buques de alto calado procedentes de América van á reconocer antes de dirigirse á Saint-Nazaire.

En el horizonte, en un dia despejado, Pornic, Saint-Michel y Saint-Gildas, limite extremo de la orilla izquierda del Loire.

En los primeros dias de agosto de 186., dos personas apeadas, hacia un momento, de un coche, ante el chalet de Esgrigny, parecian admirar por vez primera tan magnífico paisaje.

Una de ellas, una mujer de cincuenta y cinco á cincuenta y seis años, vestida sencillamente, de estatura alta y algo gruesa, rubia aun á pesar de sus años, de mirar vivo, fino sonris,

y nariz correcta, recordaba, hasta el punto de engañarse, por su arrogante presencia, sus maneras distinguidas y su aspecto severo, á ciertas damas de la corte de Luis XIV.

La otra era un joven de veinte y cinco años, sin duda hijo suyo, alto, distinguido, frio como ella, rubio, con patillas á la inglesa muy sedosas y largas, algo pálido, pero con una de esas palideces accidentales que á veces ocasiona el estudio y bajo las cuales se siente circular la vida.

Podía tomársele por oficial de marina, por gentil hombre inglés y por magistrado, sin que fuese dado clasificarle con exactitud.

Sus ojos de miope, armados de lentes, eran bellísimos, sus dientes lindos, su mano, perfectamente enguantada, pequeña y delgada, y su pié en relacion con su mano.

Si tentaciones daban de encontrarle demasiado pulcramente vestido, como viajero, no se pensaba en acusarle de falta de gusto y de cortesía; adivinábase que, por sistema, debia haberse impuesto aquel lazo de corbata, aquel cuello derecho, aquella levita algo clásica y toda aquella severidad de continente.

El espectáculo que estasiaba sus ojos, admirable á todas horas del día y en todo tiempo, sobrepujábese, por decirlo así, en aquel momento.

La mar, que montaba insensiblemente desde hacia dos horas, acababa repentinamente de hacer irrupcion en la bahía é invadía bruscamente los bancos de arena y las rocas que la marea baja deja en descubierto.

Los pescadores de langostas, de congrios y de langostinos, sorprendidos por la creciente en la Torre roja, dirijanse al muelle con toda la velocidad que les permitian los aparejos de pesca que tras de sí arrastraban.

Varias jóvenes, de paseo por las rocas de Painchateau, corrían á la playa, y exhalaban leves gritos de terror cada vez que la ola les besaba los piés.

En la altura de Pornichet, algunas lanchas de recreo, fáciles de conocer por su elegante caseo y sus blancas velas, avanzaban lentamente con la marea; y hácia los Even, una flotilla de pescadores de sardina, renunciando á fondear en el Croisic, Piriac ó la Turbale, sus puertos habituales, dirijanse hácia el Pouliguen, á velas desplegadas.

Un sol espléndido iluminaba el paisaje, doraba las olas y hacia centellear sobre la playa su finísima arena, bordada de pequeñas conchas de nácar y de pechinas de todos matices.

—¿Qué tal, Luciano? ¿qué te parece este país? preguntó de repente á su compañero la dama cuyo retrato acabamos de diseñar.

—Me parece que es bellísimo.

—¿No hallas otra palabra para pintar mejor tu admiracion?

—¿Qué importa la palabra, madre mia? ¿A qué prodigar mi entusiasmo en palabras? Admiro interiormente, y admiro mucho, os lo aseguro.

—Entonces ¿pasarias aquí gustoso tus vacaciones?

—¿Cómo, aquí? ¿qué no vamos al Croisic?

—Nada nos obliga á ello, si el Pouliguen nos place. El cochero depositará nuestros equipajes en alguna de estas casas, y se dispensará, muy de buen grado, de andar las dos leguas que nos separan todavía del Croisic.

—¿Qué duda tiene! Pero ¿encontraremos donde albergarnos en este pueblo?

—¿Quieres que me entere?

—Haced lo que gustéis, madre mia.

—Parece que mi plan no te sonrie mucho.

—Es que temo que aquí carezcáis de distracciones.

—Nunca las busco, bien lo sabes. Desde que murió tu padre, solo vivo para tí, y tus placeres son los míos.

—Lo sé, mi buena madre. Pero correis el riesgo de vivir en el Pouliguen en una soledad absoluta.

—Te engañas, Luciano. Encontraré á algunas personas sumamente amables.

—¡Ah! y ¿quienes son?

—El señor de Rioux, por ejemplo.

—¿El ex-primer presidente?

—Sí; el amigo de tu padre.

—¿Está solo?

—Nó, su sobrina debe haberle acompañado.

—¡Ah! ¡la señorita María está aquí!...

—¿Te contraría eso, tal vez?

—De ningun modo, madre mia. Solo que...

—¡Esplicate!

—Pues bien, ya que así lo exijís, empiezo á comprender...

—¿Qué?

—Que deseais quedaros en el Pouliguen.

Contemplóla ella un momento, y le dijo:

—¿Crees que abrigo una segunda intencion, verdad?

—Creo, madre, lo que me habeis permitido creer. Opináis que me hallo en edad de casarme; la señorita María de Rioux os parece convenirme por mujer, y...

—¿Y?

—Os placiera en alto grado verme pasar mi mes de vacaciones aquí, con ella.

—Es verdad. ¿Qué objeciones puedes hacer á mi deseo?

—¿Me permitís que os hable con franqueza?

—Te lo suplico.

—Quisiera no casarme, por ahora.

—Haces mal. En tu carrera el matrimonio es necesario, y hasta te diré que indispensable. Da cierto aplomo, cierta gravedad. Eres algo jóven para la posicion que ocupas y que, sobre todo, debes á los buenos recuerdos dejados en la magistratura por nuestra familia. Un d'Aubier no podía quedar largo tiempo sustituto en una villa de tercer orden; así lo han com-

prendido y te trasladaron á Nantes. ¡Ah! ya sé que por tu parte has ganado dignamente tu grado. Has trabajado hasta el punto de verte precisado, por mandato del médico, á tomarte un mes de descanso. Pero no por ello dejas de tener veinte y cinco años y no pareces tener ni uno mas, á pesar de todos tus esfuerzos para envejecerte. Cásate, y no habrás de preocuparte mas sobre el particular.

—¡Vaya! exclamó riendo Luciano; vos quereis que la señorita de Rioux me sirva de cuello derecho y de corbata blanca.

—Quiero tu felicidad, hijo mio; estoy persuadida de que la encontrarás en este matrimonio, y procuro, por todos los medios posibles, decidirte á él.

—¡Pues bien! allá abajo apereibo al señor de Rioux y á su sobrina. Id á reuniros con ellos y buscad con ellos el albergue que pudiera conveniros. Por mi parte, me eclipso, si lo permitís; he venido á los baños de mar para distraerme, y vuestras ideas de matrimonio me entristecen algo.

Luciano cogió disimuladamente la mano de su madre, besóla respetuosamente la punta de los dedos y se alejó en direccion á la playa.

Gravisima prevencion debia tener contra el matrimonio para ahuyentarse de la persona que acababa de designar, y al encuentro de la cual la señora d'Aubier se apresuró á dirigirse, cuando se vió sola.

Ni alta ni baja, con un talle finísimo, espaldas torneadas y perfectamente modeladas, pié de niño, cabello que el ébano pudiera envidiar, grandes ojos rasgados, orlados de luengas pestañas, nariz aristocrática, labios coralinos, tez fresca y sana, la señorita María de Rioux, de edad escasamente diez y ocho años, era una preciosísima jóven.

Acababa á su vez de divisar á la madre de Luciano, y, dejando á su tio, que no hubiera podido caminar bastante aprisa, corria viva y lijera al encuentro de la señora d'Aubier.

—¡Vos aquí, señora! ¿por qué feliz casualidad? ¡qué ventura para nosotros! exclamó reuniéndose á ella y ofreciéndole á besar su frente. ¿Venís quizá á pasar algun tiempo en el Pouliguen?

—Bien lo quisiera, querida niña, mas vacilo...

—¡Ah! ¡en verdad! ¿y por qué? ¡es tan lindo este país! Y dirigiéndose á un anciano de elevada estatura que acababa de llegar:

—Querido tío, le dijo, ruégoos que me ayudeis á decidir á la señora d'Aubier á que se quede con nosotros.

—No deseo otra cosa, repuso el antiguo magistrado. ¿Por ventura, no os agrada este país?

—Muy al contrario; pero el caso es que mi hijo prefiere el Croisic.

—¡Oh! pues hace mal, muy mal, exclamó vivamente la señorita María, y añadió, sin reflexion, con la petulancia que parecia serle habitual: ¿Sabe el señor de Aubier que vivimos aquí? Embarazosa era la pregunta.

Fingiéndose la señora de Aubier como sino la hubiese oido, apresuróse á preguntar si, en caso de fijarse en el Pouliguen, encontraria fácilmente un albergue.

—Fácilmente, no me atrevo á afirmarlo, contestó el señor de Rioux; pero buscándolo con nosotros, que conocemos el país...

—¡Sí! ¡encontraremos! ¡encontraremos! exclamó la señorita María.

Ruborizóse; acababa sin duda de comprender que mostraba demasiado ahinco en querer retener junto á sí á los recién llegados.

Tal vez temia tambien haber descubierto, con su vivacidad, algun pensamiento secreto, alguna esperanza no declarada.

—¡Vaya, pues! ¡buscaremos, si gustais! repuso la señora de Aubier.

Y, viendo que el ex-presidente se aprestaba á ofrecerle su brazo:

—Nó, añadió, andaré sola; no quiero privaros de vuestro caro sosten.

—El báculo de mi vejez, dijo el anciano sonriendo á su sobrina, ¡ah! conozco todo su precio y os agradezco, señora, que me lo dejéis.

Los tres abandonaron el muelle y avanzaron al interior de la villa, deteniéndose á cada paso á leer los cartelones de las casas para alquilar, y consultarse.

En el interin Luciano paseábase por la playa, mirando con todos sus ojos y admirando con toda su alma.

Al verle así, preocupado únicamente del espectáculo que se desarrollaba ante él, fácilmente podia deducirse que las observaciones de su madre no habian hecho en su espiritu muy fuerte impresion.

En efecto, la especie de invitacion que la señora de Aubier le habia dirigido, era solo inoportuna.

Luciano, en principio, no rechazaba el matrimonio; y la idea de casarse con la señorita de Rioux, cuyas belleza y gracias apreciaba le habian sonreido mas de una vez.

Pero no era con objeto de casarse por lo que Luciano habia pedido al guarda-sellos un mes de licencia, ni por lo que se habia despedido la víspera del estrado de Nantes, ni por lo que se encontraba, desde hacia una hora, en los baños de mar.

Habia ido allí en busca de reposo, de recojimiento, de libertad de espiritu y tambien de alguna diversion.

El matrimonio podia ofrecerle garantías de felicidad; pero en aquel momento, tal vez sin de ello darse cuenta, solo aspiraba placeres.

Desde largo tiempo ya, decia entre sí:

¡Cuándo podré tener un mes de licencia, un mes de reposo!

Al fin, lo tenia y queria aprovecharlo de un modo completo.

Aquel hombre de veinte y cinco años, envejecido antes de tiempo por un trabajo incesante de muchos años, por funciones dificiles y penosas, por una posicion en evidencia, habia sentido de repente la imperiosa necesidad de volverse jóven, de respirar en plena libertad, de gozar un instante de la vida.

Si la idea de fijarse en el Pouliguen no le habia seducido, es porque temia no poder, en aquel pequeño pueblo, ocultarse á su sabor; pasar desapercibido á todo el mundo, dejar á un lado esa rigidez de mando á que se creia obligado, y echando á lo lejos la toga y el birrete de magistrado, revestir la chaqueta y el hongo del bañista.

En el colegio habíante condenado á sobresalir en griego, en latin, en tema y en version, y á obtener todos los premios en el exámen general; habian rendido su jóven inteligencia, elevándole al rango de discípulo prodigio.

Desde el colegio, y sin transicion, entrara en casa de un procurador y cuatro años de estudio le habian bastado para graduarse de doctor en derecho.

Entónces, gracias al influjo de su padre, procurador general en París, y que murió el año siguiente en el ejercicio de sus elevadas funciones, fue nombrado Luciano sustituto en provincia.

Desde su primer año de colegio no habia tenido tiempo para detenerse en su veloz carrera, ni para respirar, ni para vivir.

Clamaba: «tengo sed de reposo!»

Y repondíante: «toma premios, coronas, diplomas, adelantos, y honores!»

Decia para sí: «tengo un corazon como los demás hombres: porque, pues, no funciona, porque pues, no late, porque, pues no ama?»—«¡Amar! eso requiere demasiado tiempo! ¡amar! no tienes derecho á ello! tus ocupaciones, tus trabajos se oponen! Deje á un lado tu corazon; tu cabeza sola es la que debe

funcionar; tus demás órganos son inútiles en tu carrera, y hasta puede decirse que nocivos.»

En efecto, la cabeza habia acabado por dominar el corazon.

Este no latia mas que con un movimiento siempre igual, sin que Luciano percibiese sus latidos.

Habia acabado por no ser, en él, el órgano de la sensibilidad moral, el sitio de las pasiones; era solo una simple víscera situada en medio del pecho.

Empero antes de quedar vencido, quebrado, aniquilado, el órgano á que nos referimos ¿habia luchado, resistido; habíase rebelado contra sus opresores?

Nó.

Su propietario no le dejara tiempo para ello, á duras penas le habia permitido, á rarísimos intervalos, en breves momentos de ocio, vagas aspiraciones á otro estado.

Y, sin embargo; habia aun en este oprimido y vencido tanta juventud inconsciente, tanto vigor y tantas fuerzas latentes, que debia bastar tal vez un solo accidente, una chispa, un rayo de sol ó un rayo de amor, como dice el poeta, para que rompiese sus trabas, quebrantase los hielos polares que le circuian, y tomase un vuelo hácia mas cálidas regiones.

En torno de Luciano, todo, en aquel momento, parecia querer concurrir á esta metamórfosis, á esta trasfiguracion.

La misma naturaleza se habia vestido de gala para recibirle en el Pouliguen; el tiempo, un tanto frio desde principio del verano, habia cambiado bruscamente la noche anterior bajo la influencia de la nueva luna, y nunca el cielo habia sido mas bello, ni mas brillante el sol; nunca aquel precioso rincón de la Bretaña, cantado por Balzac en *Beatriz*, se habia presentado bajo mas seductor aspecto.

El mar, desde una hora antes, batia en su magestuosa plenitud, y la bahía, descubierta en parte, durante la baja marea, estaba enteramente inundada.

Grandes olas, formadas á lo largo, y obedientes mas bien á la fuerza de la marea que á la violencia del viento, avanzaban lentamente en la bahía, y despues de haber chocado contra las primeras rocas, y reposarse un momento sobre los bancos de arena, volvian á tomar su empuje y acudian, ruidosas, á invadir las playas, cubriéndolas de blanquecina espuma.

Al retirarse, dejaban tras sí una rastra de ovas y plantas marinas que llenaban el ambiente de acres perfumes.

Centenares de aves acuáticas, retenidas hasta entonces por el frio en el Mediodía, hacian su primera aparicion en las costas de Bretaña y saludaban con sus gritos aquella tierra amada.

La flotilla señalada mar adentro una hora antes, fondeaba en el puerto, y los pescadores que la tripulaban, despues de haber cargado sus velas, remaban entonando una antigua y pintoresca cancion bretona.

Estos cantos, estos gritos, estos perfumes, este espectáculo, esta inmensa voz que se elevaba del mar, lastimera por momento, sonora y magestuosa en el instante inmediato, este sobre este calor, este aire puro y vivificante infundian nueva vida en Luciano, calentaban su sangre y le daban ardores desconocidos.

Ya parecia olvidar su reserva habitual.

Notábase en sus maneras mas naturalidad y abandono.

Su aspecto era menos rígido.

Como su chaleco le venia algo justo, no habia temido desabotonarlo por arriba.

En el cuello de su camisa percibíanse brisadas y machucamientos, sin duda premeditados.

Su corbata estaba mas lacia.

Los vuelos de su levita, echados hácia atrás, le ponian en contacto mas directo con las brisas del mar.

En fin, para preservarse de los rayos del sol, no vaciló en colocar un pañuelo entre su cabeza y su sombrero negro de copa.

Sus maneras estaban en relacion con tan irregular *toilette*.

Iba y venia por la playa, aspirando el aire, recogiendo pechinas, avanzando sobre la arena húmeda cuando la ola, al retirarse, la dejaba en descubierto, y huyendo á toda pierna ante la ola que volvía un momento despues.

Por último, un tanto fatigado por este ejercicio gimnástico, por su viaje y por el aire corriente á que no estaba habituado, habiase atrevido, aprovechando uno de esos hoyos que los muchachos escavan en las playas, á sentarse en él, la mitad superior del cuerpo sobresaliendo de la arena, y las piernas colgantes dentro del hoyo.

Un cuarto de hora haria que se encontraba en esta posicion caprichosa, cuando vino á reunirse á él, por no decir á sorprenderle, un hombre de unos cuarenta años, vestido de cutí blanco, ostentando en la cabeza un magnífico panamá y llevando en la mano uno de esos parasoles de mango de bambú, forrado de seda verde.

—No me engaño, exclamó el reciénvenido plantándose frente á Luciano, al otro lado del hoyo; ¡nuestro querido sustituto en las aguas del Pouliguen!

—En efecto, dijo Luciano, un tanto confuso y disponiéndose á levantarse.

—¡Quieto! ¡quieto! ¡estais muy bien ahí! Tomad; voy á sentarme frente á vos. Ya que mis hijos han hecho este hoyo, justo será aprovecharnos de él.

—¿Sigue bien de salud la señora Desvignes? preguntó Luciano.

—Perfectamente. Ha salido á dar un paseo al Bourg de Batz. Por mi parte, prefiero no fatigarme. En los baños de mar me limito á conversar, á mirar, á respirar. ¿Pensais pasar algunos dias en el Pouliguen?

—No sé; mi madre, segun creo, anda buscando un albergue; ¿lo encontrará?

—Lo dudo; tenemos mucha gente este año.

—En tal caso nos iremos al Croisie.

—Mucho lo sentiré. Aquí hubierais podido distraeros. En mi calidad de armador he hecho venir una embarcacion, que habria puesto á vuestro servicio. Quedaos, quedaos aquí.

—Pero, ¡si no encontramos alojamiento!

—¡Vaya! ¡buscándolo bien! ¿No os bañais?

—Tentaciones de ello me han dado poco há; pero como nadie me dá el ejemplo...

—Esperad. Antes de una hora vereis acudir á la playa á una bandada de encantadoras mujeres, morenas ó rubias, gordas flacas, en trajes de todos colores. Los dias de gran marea, sobre todo cuando el mar está agitado, nadie se atreve á bañarse en la creciente; esperan á que la resaca, al alejarse, haya perdido su fuerza. Solo hay en el Pouliguen una persona capaz de tomar su baño en tales momentos.

—¿Y quién es?

—Una mujer, ó mejor dicho, una señorita.

—¿Nantesa?

—Nó; parisiense. Vive en Nantes con su padre, desde hace algunos meses. No creo que la conozcais.

—¿Cómo se llama?

—Su nombre de pila es Diana; su apellido Berard, y su apodo...

—Tiene un apodo! una señorita!

—No es culpa suya, sino mia... pues con él la bauticé...

—Y ¿cuál es?

—La mujer de fuego.

—¡Ah! ¡bah! y ¿en qué sentido lo tomáis?

—En el mejor de todos los sentidos, creedlo, señor sustituto. A pesar de la reputacion de ligereza con que me honran los señores nanteses, envidiosos de verme pasar la mitad de mi tiempo en París y de allí divertirme sin ellos, soy incapaz de

perjudicar á la reputacion de una jóven, algo escéntrica tal vez, pero perfectamente honrada.

—Y ¿qué significa ese apodo?

—¿Habeis oido hablar alguna vez de la fosforescencia del mar?

—Cierto que sí, y hasta he leído en mis cortos ratos de ocio algunos libros que tratan de este fenómeno de la naturaleza: Quatrefages, por ejemplo, Becquerel, y Verne en su novela: *Veinte mil leguas de viaje submarino*.

—¡Diablo! ¡pues estais mas adelantado que yo! Pensaba deslumbraros y vos sois quien, con vuestra ciencia, me confundís; habíanme dicho que erais un hombre estudioso, un erudito. Por mi parte, he visto el efecto, lo he admirado pero no conozco la causa; si la sabeis, instruidme.

—Durante largo tiempo se ha atribuido esta fosforescencia á una especie de electricidad luminosa que se desprenderia del Océano; mas hoy la ciencia le dá un origen bastante diverso. Segun la nueva teoría, miriadas de animálculos microscópicos, de infusorios pelagianos, especie de glóbulos fosforescentes, se escapan del fondo del mar, bajo la influencia de ciertas condiciones atmosféricas, suben á su superficie y la iluminan de repente con mil resplandores de mágico efecto. En los trópicos, es sobre todo donde hay que admir artan magnífico espectáculo.

—Tambien se disfruta de él en el Pouliguen, os lo aseguro.

—¡Ah! ¿de veras? ¿con que el mar, aquí, es fosforescente?

—Muy á menudo, en los meses de julio y de agosto.

—¡Qué me place! ¡podré gozar de ese espectáculo! Pero parece que nos hemos alejado mucho de nuestro punto de partida. Si no me engaño, hablábamos del apodo dado á la señorita Diana Berard.

—Estamos, muy al contrario, en pleno asunto, y voy á probaroslo. ¿Quereis que circulemos? Con mi traje de cutí empiezo á sentir algo fresca la arena.

—Circulemos, dijo Luciano levantándose.

Pusiéronse á pascar por la playa.

En compañía de Desvignes, Luciano de Aubier se encontraba mas á sus anchas, sentíase mas jóven.

El señor Desvignes no era para él un superior, ni un inferior; era un hombre de buena sociedad; un igual.

Su gran fortuna, su honradez comercial reconocida en toda la plaza de Nantes, su paternidad, hacian dar al olvido su reputacion de *viridor*.

En la ciudad, una escesiva intimidad con Desvignes hubiera tal vez comprometido á Luciano.

En los baños de mar, en uso de licencia, todo escrúpulo sobre el particular hubiera sido, en realidad, exajerado.

El magistrado, viejo antes de tiempo, podia rejuvenecerse sin peligro ninguno, al contacto del armador, siempre jóven, á pesar de sus cuarenta cumplidos.

—¡Vaya! ¿á donde dejamos el famoso apodo? preguntó Luciano.

—Á eso voy. ¿Fumais?

—No... no acostumbro...

—Tomad; ahí teneis cigarrillos rusos que he traído de París. Son muy suaves y no os harán daño ninguno. Probad...

—¡Sea! exclamó Luciano despues de un rato de vacilacion, y como si tomara un gran partido.

Andando, andando, habian llegado al extremo de la playa, del lado de Painchateau.

—¿Hemos de ir mas lejos aun? preguntó el jóven substituto; paréceme que el mar vá á impedirnos el paso.

—No tal... Deslizaos á lo largo de esa pared, y cuando la hayamos franqueado, nos encontraremos en una pequeña playa á la que no alcanzará la marea.

—Ya estamos.

—Sin duda os preguntais ¿por qué razon os he traído aqui?

—Lo confieso.

—Pues es muy sencillo; tengo que contaros una historia, y en vez de pintaros el lugar donde pasó, os conduzco á él. De este modo no podreis quejaros de mis descripciones, ni me acusareis de inexacto. ¿Habeis mirado bien en torno á vos?

—Perfectamente.

—Á nuestro frente, el mar; á izquierda, la pared que acabamos de doblar; á derecha, esas rocas que se adelantan y que no nos permiten, por ahora, ir mas allá; por último, la pequeña playa de siete á ocho metros cuadrados donde nos encontramos.

—Todo eso he visto.

—¡Pues bien! hallábame en este mismo sitio, hace algunos dias, á las diez de la noche, con Closel. ¿Conoceis á Closel?

—¿Ese jóven que nuestro nuevo prefecto ha traído de París para hacerle secretario suyo? Sí; le he encontrado en algunas *soirées* oficiales.

—Despues de habernos paseado largo rato por la playa, charlando, habíamos llegado aquí. El mar, en su lleno, como actualmente, estaba aquella noche silencioso y tranquilo; ni un soplo de aire, ni una estrella en el horizonte: oscuridad completa! encima de nuestras cabezas, cerníanse sombríos nubarrones, y ante nosotros bajábase y se elevaba en intervalos iguales una ancha sábana de agua negruzca, con un ampolleo monótono. Hacia un calor sofocante y no pensábamos en acostarnos, tanto era lo que temíamos aquella noche tempestuosa. Despues de haber encendido un cigarro, íbamos á tendernos allá, sobre la arena, en aquella fragosidad de la roca, y á continuar hablando de mil y una cosas indiferentes, cuando de improviso, dícame Closel: «¡Toma! ¡alguien se está bañando aqui cerca!»—¡Á esta hora! y ¿dónde?—No lo veo; pero estas vestiduras pertenecen, sin duda alguna, á un bañista...» Y al decir esto me presentaba diferentes efectos que sus manos acababan de encontrar en el momento en que buscaba sitio para sentar-

se.—Son prendas de mujer, repuse; á pesar de la oscuridad, á no dudarlo, hé aquí unas enaguas y un vestido, que probablemente habrán tenido el honor de cubrir á alguna lugareña de Painchateau que toma su baño antes de acostarse.—No tal, no tal, replicó Closesel, que continuaba palpando las vestiduras; este no es traje de lugareña, fácil es percibirlo al tacto; y este capuchon forrado de seda, y esta camisa de finísima batista... ¡diablo! ¡diablo! tal vez somos indiscretos, mas que indiscretos; yo vuelvo á colocar estas prendas en su sitio, tanto mas cuanto que de ellas se desprende un perfume que trastorna la cabeza, con este tiempo huracanado... Pero, yo conozco este perfume; yo lo he sentido, lo he aspirado alguna otra vez; pertenece á... ¡Vaya! ¡á fé mia! ¡no me equivoco...! apostaria cien luises contra uno á que estas vestiduras son propiedad de la señorita Diana Berard.—¡Cómo! ¡creeis!—Creo una cosa sencillísima. Ella habita no lejos de aquí; es una jóven escéntrica; ya la conoceis... Habráse dicho: Hace un calor sofocante ¿por qué no me he de bañar? así dormiré mejor. Ha bajado á este sitio, callandito; el punto es desierto, nadie á estas horas pone aquí los piés; nosotros mismos solo hemos venido por rara escepcion; se ha desnudado en la especie de cueva formada por esa roca, sin temor de ser vista, (pues ni nosotros acertamos á vernos), y se baña en alta mar, en su calidad de escelente nadadora.—Siendo así, díjeme á Closesel, lo mejor seria retirarnos; á la señorita Diana Berard no le lisonjearia mucho, por cierto, el encontrarnos sentados en compañía de sus vestidos, y nuestra presencia en su gabinete-tocador puede estorbarla cuando se vista.—Teneis razon, partamos, y sin embargo, añadió exhalando un suspiro, hubiera habido cierto encanto, cierto atractivo en permanecer aquí! ¡Dios mio! ¡qué incómodo es á veces el tener buena educacion! Unos cualesquiera se ocultarian allí, en ese recodo del terreno. La señorita Diana no se apercibiria de su presencia y por consiguiente no tendria de qué ruborizarse... Y por cierto

que es lindísima, la señorita Berard, continuó Closesel animándose por grados, sí, lindísima, de una belleza sin igual, con una soberbia mata de pelo roji-rubio, y hecha...» Creí deber moderar su exaltacion y aminorar su sentimiento, diciéndole: «Haceos cargo, querido, que la oscuridad no permite ver ni á dos pasos de distancia, y que vuestra curiosidad quedaria con ganas de satisfacerse...—¡Vaya! exclamó, mas y mas animado sin duda por la tempestad que empezaba á sonar á lo lejos; ver, es algo, con-vengo en ello; pero ¿teneis en nada el placer de sentirse, en una noche como esta, con este tiempo y en la posicion en que va á encontrarse ella, á pocos pasos de una jóven y linda señorita? No se la ve, estoy en ello; pero se la adivina, se la siente, se escrutan todos sus movimientos, y, con auxilio de la imaginacion, esta misma oscuridad añade encantos á los encantos de la situacion. En fin, ¡partamos! así lo manda nuestra educacion ¡qué quereis!

Dirigíase Closesel rápidamente hácia ese lado, y yo me apres-taba á seguirle, cuando de repente me detiene paralizado por la admiracion.

Mientras charlábamos inclinados sobre las vestiduras de la nocturna bañista, y de espaldas al mar, éste se habia vuelto instantáneamente fosforescente.

Una inmensa sábana luminosa se estendia, se estrechaba y se alargaba por intervalos iguales, sobre toda la superficie de la bahía.

Miríadas de cuerpos incandescentes, de inmensas masas metálicas, corrientes de plomo fundido en una ardiente hornaza, millones de chispas parecian rodar en torno á nosotros.

Era aquello una iluminacion mágica y movediza, que se sentia vivir en cierto modo.

Hubiérase dicho que el Océano intentaba devolver al cielo los torrentes de luz que del mismo recibiera durante el dia.

Al mismo tiempo, el trueno roncaba á lo lejos.

Los relámpagos, de mas en mas frecuentes, iluminaban el horizonte.

El viento se alzaba.

Y las olas, que empezaban á estrellarse sobre las rocas, las rodeaban, por momentos, de una orladura luminosa y de un círculo de fuego.

Clozel había vuelto á reunirse, y fascinados, conmovidos mas allá de toda espresion, en pié, inmóviles, estrechándonos las manos, admirábamos en silencio aquella fiesta que de improviso nos regalaba la naturaleza.

—Si subiésemos á esa roca, dije al cabo de un rato á mi compañero, nuestra vista alcanzaria mayor estension y el espectáculo seria todavía mas grandioso.

Aprobó Clozel mi idea, y pronto nos hallamos instalados sobre la especie de plataforma que podeis ver allí arriba.

Desde nuestro observatorio reconocimos que la fosforescencia del mar no estaba limitada á la bahía del Pouliguen, sino que se estendia hácia el Océano.

La desembocadura del Loire parecia iluminada, y, en direccion de los Even, veíase á las olas elevarse, rodar, borbotar y abrasarse al contacto de los menores escollos.

De repente, sacóme de mi admiracion la voz de Clozel que gritaba: ¡Hedla allí! hedla allí!—A quién? pregunté.—A ella, á la bañista.»

Y al mismo tiempo me designaba, á algunos metros mar adentro, un punto que hacia sombra sobre la sábana luminosa.

Iba á hablar; mas Clozel me detuvo.

—Silencio, díjome, ahora ya no podemos huir, y ella no debe sospechar nuestra presencia en este sitio. Agachémonos, para que no nos perciba, ó mas bien, nó; es inútil; si ella está iluminada, nosotros no, y por lo tanto, no puede vernos.»

Era, efectivamente, la señorita Diana Berard, que volvia de alta mar y se dirigia hácia la costa donde dejara sus vestiduras.

Nadaba suavemente, sin darse prisa, admirando como nosotros el cuadro que ante ella se desarrollaba, y persuadida de ser la única que lo admiraba.

En el momento en que iba á alcanzar la playa, sintió, sin duda, el dejar tan pronto aquel mar espléndido, el arrancarse á aquel maravilloso baño.

Zambullóse de repente, y vimosla reaparecer al pié de la roca donde nos habíamos refugiado.

Esta roca, como podeis ver, se adelanta algunos piés adentro del mar, y el agua profunda que la circuye parece convidar á los bañistas.

La señorita Berard, á quien todos los rincones de la costa son familiares, habia evidentemente elegido este sitio, para entregarse mas agradablemente á su ejercicio, y dar un último adiós á la mar.

Desde el punto donde nos hallábamos, dominábamos á la linda bañista y nos zambullíamos, por así decirlo, sobre ella.

¡Ah! querido magistrado!

Aquí es donde debeis taparos los oídos, en caso de que os hallaseis tocado de gazmoñería.

Por nuestra parte, á pesar de la reserva de que habíamos dado prueba al querernos alejar de estos sitios, á pesar de nuestra cortés educacion, y de nuestras delicadezas, no pensábamos en cerrar los ojos; tan seductor, original é imprevisto era el espectáculo que se nos ofrecia.

Imprevisto, sí, porque no se nos habia ocurrido una cosa sencillísima, á saber: que el baño de la señorita Diana no podía haber sido premeditado.

No sale una de su casa, á las diez de la noche, para irse á bañar.

Pero, en pleno estío, si la noche es sofocante, si el aire falta en el interior de las casas, si se teme el insomnio, sale una de su *villa* con la esperanza de respirar en la playa; paséase

un rato, echa de ver que el calor va haciéndose mas pesado, y se dice: «¡Cuánto me gustaría bañarme en este momento!» Vacila, resiste á este deseo, y aumenta... Pero, va vestida en traje de calle... no tiene á mano el traje de baño... ¡es muy incómodo un traje para bañarse!... y en resumidas cuentas ¿á qué está destinado? A salvar apariencias para con el mundo, los espectadores, los curiosos... En la playa no hay alma viviente; todo el Pouliguen duerme como un tronco, y además la oscuridad de la noche bastaría para ocultar á una á los ojos de todos... En vez de cubrirse con una bata, se cubre una de tinieblas ¿no vale mas así? Y luego, se zambullirá en el agua, solo con objeto de refrescarse; tal vez solo piensa en humedecerse las piernas... Entonces, busca un rinconcito muy solitario, muy oscuro, una fragosidad de la roca; empieza por quitarse las botitas y las medias, á fin de preservarlas de la espuma de las ondas; adelanta unos pasos mar adentro; llega el agua primero al tobillo, á las rodillas despues... ¡Qué calentita es, cuanto placer se encontraría en humedecerse todo el cuerpo, y que bien se dormiría luego!... Para una imaginacion ardiente ¡qué voluptuosidad la de perderse en esa oscuridad, en esa soledad, en esa inmensidad!... Si; mas... ese último velo que se conserva puesto, no por temor á ser vista, lo cual es imposible, sino por respeto á sí misma, por pudor íntimo... ¡Vaya!... la tentacion es irresistible... vuélvese una á la playa, arroja la fina batista junto á las restantes vestiduras y corre á ocultarse en la onda oscura... Pero ¡oh milagro!... la oscuridad desaparece, el mar se ilumina, y sin sospecharlo, sin pensar en ello, encuéntrase una de repente iluminada con él...

La contemplábamos; no perdíamos ni uno solo de sus graciosos movimientos, ni un detalle de su espléndida belleza.

No os apresureis á condenarnos.

Nuestra curiosidad, os lo juro, no tenia nada de malsana.

Nuestras miradas, nada tenian de carnal.

Admirábamos como artistas; como se admira en un Museo algun espléndido estudio.

El cuadro que teníamos á la vista era de un dibujo demasiado correcto, demasiado noble, demasiado puro, para permitir á nuestro espíritu estraviarse, y á nuestra imaginacion divagar.

Sola nuestra alma se estasiaba, y en vez de admirar á la criatura, admiraba al Criador y se elevaba hácia él.

Ella nadaba tranquila, sonriente, graciosa, voluptuosa y casta.

No era una mujer, no...

Era Anftrite, la diosa del mar, la hija de Nereo y Doris.

El Océano parecia su dominio, tan á sus anchas se encontraba en él.

No obedecia á las olas; al contrario, obedecíanla estas y la mecian al capricho de sus deseos.

Unas veces, acostábase de espaldas, estendíase á lo largo sobre la onda, replegaba ambas manos debajo de su cabeza, y se dejaba balancear por el líquido elemento.

Otras, placiase en golpear el mar y entonces la fosforescencia aumentaba en torno de ella, el centelleo de las olas acrecia por el frote y cada uno de sus golpes producía chorros de luz débiles aquí, espléndentes allí.

Otras, al contrario, oscureciendo de repente el agua en su alrededor, su cuerpo, solo, parecia iluminarse. Mil eléctricas chispas, mil rojizas llamaradas semejantes á otros tantos relámpagos, desprendíanse de sus cabellos, de su rostro, de sus hombros, de sus riñones y esparcian sobre ella mágicos resplandores.

Entonces fue cuando Closesl y yo, sin consultarnos, por efecto de una especie de acuerdo tácito, la bautizamos con el apodo de: *la mujer de fuego*.

Al cabo de un cuarto de hora la señorita Berard, fatigada, sin duda, de su prolongado baño, dirigióse á la playa.

Apenas salida de las ondas, entró de nuevo en la mas completa oscuridad.

En vano la buscáramos con la vista.

Tan invisible era ya entonces para nosotros, como nosotros para ella.

Permanecimos en la plataforma todo el tiempo que ella empleó en vestirse, inmóviles y silenciosos, contemplando siempre con admiracion el cuadro de la mar fosforescente, pero interiormente confesándonos que ya no tenia el mismo atractivo para nosotros.

El roce de un vestido contra las rocas, un rumor imperceptible casi de pasos ligeros en la arena, una voz que se alejaba tarareando una cancion, nos dieron á entender que la diosa Anftrite, convertida en mujer, regresaba á su terrestre morada.

Nunca sabrá ella que mortales humanos contemplaron sus encantos.

Clozel y yo nos juramos no descubrir los misterios del maravilloso baño á que asistimos.

Esta discrecion nos la debemos á nosotros mismos, y la debemos á la señorita Berard.

Si he faltado á mi reserva con vos, es porque vos sois un hombre grave, un magistrado, á quien todo se le puede decir y que sabe olvidarlo todo.

Por lo demás, creo que me hareis esta justicia: yo solo os he hecho admirar el cuadro en su conjunto, sin mostraros ni sus detalles, ni sus líneas, ni sus contornos.

Sabeis por mí, únicamente, que la señorita Diana es maravillosamente bella, y nada mas.

Y todos los habitantes del Pouliguen pueden decir lo que yo.

Su traje de baño es lo suficientemente traidor, como vereis,

por cuanto el mar empieza á bajar, las olas pierden su violencia y todas nuestras bañistas van á correr á la playa. ¿ Venís?

— Con mucho gusto, dijo Luciano, cruzando su brazo con el de Desvignes.

— En cuanto al lado mágico del espectáculo á que asistimos Clozel y yo, continuó el armador, en cuanto á esa soberbia iluminacion que nos deslumbró durante una hora larga, son cosas de que creo inútil hablaros. Únicamente se cree en ellas despues que se las ha visto, y acúsase siempre á los narradores de exagerados ó de ridículos entusiastas. Así, pues, ya habeis notado con qué circunspeccion os sondeaba. Antes de lanzarme á mi relacion, he adquirido la prueba de que, habiéndoos iniciado algunos libros científicos en los misterios de la fosforescencia marina, os hallábais preparado á escucharme, á creerme.

Mas de una hora hacia que Desvignes charlaba, sin verse interrumpido, tal era la impresion que su relato causára en el jóven magistrado.

Aquel cuadro pintoresco y coloreado, aquellas imágenes en que el realismo se mezclaba á la poesia, en que todo el lado material y sensual estaba hábilmente disimulado por colores tiernos y suaves, y en que se adivinaba mas que se veia, habian hecho profunda huella en la imaginacion de Luciano, presta á despertar de su modorra, y debian coadyuvar á la obra de transformacion que se operaba en él.

Los dos amigos habian vuelto á la playa grande, á aquella donde se encontraran, y la habian hallado mas animada que una hora antes; pero con una animacion esencialmente mundana.

La colonia del Pouliguen habia bajado á la orilla del mar y ofrecia una curiosa mezclanza de *toilettes* de todos géneros, y un rumor confuso de gritos, risotadas y palabras.

Varios grupos de mujeres, en su mayor parte jóvenes y lin-

das, con un libro ó un bordado en la mano, sentadas en la arena, ó en una silla de tijera, habíanse apoderado de los sitios de preferencia para asistir á los retozos de los bañistas.

Algunos hombres, todavía vestidos, ó en bata de baño, circulaban ante ellas.

Una bandada de muchachos corria, chillaba y se perseguia; otros, silenciosos y graves, construian sobre la arena formidables fortalezas, que un simple soplo del viento ó una caricia de la onda debia en breve borrar.

Mas lejos, una enorme caldera llena de agua de mar, calentaba y preparaba á los bañistas su tradicional baño de piés.

Una mujer viva, avispada, gentil, á pesar de sus sesenta navidades, la tia Pinaud, se encorbaba bajo el peso de los trajes que ordenaba en las barracas, y regañaba á su yerno, á su hija y á sus nietas, cuyo celo no corria parejas con el suyo.

Varios lugareños armados de sendos rastrillos recogian la ova abandonada por las olas.

Unos cuantos chiquillos del lugar, cabalgando en asnos, galopaban por la arena, gritando: ¡Á diez sueldos la hora!

Y un pobre ciego, recostado en el espolon, con su gran sombrero de anchas alas puesto en el suelo ante él, tocaba en su bigornia un antiguo cantar del país.

Mar adentro, ninguna barca ya; todas habian fondeado.

Y en tanto el piélagos retirábase lentamente, sin estrépito, sin ruido, plañideramente en cierto modo, cual si exhalase un suspiro de pesar.

De repente, en los grupos á que se habian mezclado Desvignes y Luciano de Aubier, operóse un movimiento.

«¡Hedla allá!» dijo una voz.

Todas las conversaciones se interrumpieron, y los que circulaban, paráronse.

—¿Quién es ella? preguntó á su compañero, Luciano.

—¡Ella! contestó Desvignes; ella; la señorita Diana Berard;

é inclinándose al oido de Luciano, añadió: la mujer de fuego.

—¡Ah! ¿tan grande impresion produce su llegada?

—Sí; en los hombres, que admiran su belleza, y en las mujeres, que la envidian. Añadid á ello un vivísimo sentimiento de curiosidad por la nadadora mas elegante y mas intrépida que pueda haberse visto. Por lo demás, vos mismo juzgareis; hedla aquí.

Ella se adelantaba, en efecto, tranquilamente, sin darse prisa, como para dejar á Luciano, que no la conocia aun, el placer de admirarla.

Vestia un traje de baño de franela blanca, que dejaba en descubierto un cuello gracioso y robusto, proporcionado á su talla mas que regular, y unos brazos vigorosamente modelados.

Sus piés breves y combados, cubríanlos unas sandalias de gruesa tela, ornada de lazos azules.

Una bata de lana, blanca como el vestido, negligentemente echada sobre los hombros, permitia adivinar un seno de correcto dibujo, un busto esbelto, elegante, y unas caderas delicadamente contorneadas.

Y, coronando aquel cuerpo al que su robusta armazon no robaba nada de su aristocrática elegancia, una cabeza llena de contrastes, como el cuerpo, irregularmente clásica, ó clásicamente irregular, si tal puede decirse.

Cabellos de matiz desconocido, rubio-fuerte, ó rubio-leonado, *flava* ó *fulva comes*; segun los latinos; cabellos, ni castaños, ni rubios, ni rojos, y participando de todos los tonos, frondosos, de desmedida longitud, pues parecia tener gran trabajo en poderlos ordenar sobre su cabeza, y, á pesar del calor del sol, era tanto lo que confiaba en su espesor, que ni llevaba gorra, ni sombrero.

Esta cabellera abundosa, original por demás y cuyos matices debian llamar la admiracion de los pintores, elevábase sobre una frente ancha, despejada, orgullosa, audaz.

Cejas acentuadas, ojos sin color distinto, como los cabellos, amarillo-oro tal vez, bordados de luengas pestañas destinadas á suavizar una mirada demasiado profunda, y de demasiada fijeza; una nariz griega, delgada, fina, con sus ternillas siempre temblorosas; labios frescos, dó abundaba la sangre, dejando entrever dos hileras de blancos y menudos dientes; una barba algo gruesa, indicando la resolucion y la tenacidad en el carácter, y finalmente, esparcida sobre este rostro, una cálida coloracion que daba á todos sus rasgos una vida, una animacion, un movimiento maravillosos.

Cuando cruzó ante él, Luciano sintió una especie de desvanecimiento é inclinó la cabeza.

El magistrado que, hasta aquel entónces, solo habia prestado sérios homenajes á la justicia, habíase hecho hombre y se inclinaba, no ante una mujer, lo cual hubiera sido cosa natural, sino ante la mujer, ó mejor dicho, ante la belleza.

¿Comprendió la señorita Berard toda la trascendencia de este movimiento involuntario y espontáneo, ó bien notó sencillamente á un lindo mozo, alto, esbelto, de tez pálida, de rasgos distinguidos y espresivos que se encontraba por vez primera á su paso, ó tal vez le reconoció por haberle visto en alguna ceremonia oficial, cubierto con su birrete franjeado de plata, y revestido de su solemne toga ornada de armiños?

Difícil nos seria contestar á ello con exactitud, pero lo cierto es que várias personas la vieron contestar con una penetrante mirada á la inclinacion de cabeza del sustituto.

Llegada á la orilla del mar, despojóse rápida de su bata, entregándola á una doncella que acaba de reunirse á ella, y, sin vacilacion ninguna, sin exhalar ninguno de esos gritillos que el frescor del agua arranca á los bañistas, continuó avanzando intrépida.

Durante unos segundos, mantúvose en pié.

Despues, de improviso, al aproche de una ola algo fuerte, zambullóse y reapareció á algunos metros mar adentro.

—¿Hasta donde llegará hoy? preguntó uno.

—Mucho me temo que no vuelva á cometer otra nueva imprudencia, contestó una voz no lejos de Luciano.

Esta voz conmovió á d' Aubier.

Parecióle que traslucia á ternura y conmocion.

Volvióse y vió á un hombre de unos cincuenta años, alto, flaco, largo, huesudo, encorvado, ahuecado, por decirlo así.

Tenia las mejillas chupadas, los pómulos violáceos y salientes, apagada la vista, los ojos hundidos y profundamente ojeros, el bigote y la barba ralos y canos.

Una enfermedad orgánica debia, antes de tiempo, haber envejecido y desgastado á aquel hombre, cuya fisonomía era, sin embargo, bella y cuyas maneras acusaban la mas fina distincion.

—¿Quién es ese señor? preguntó Luciano á Desvignes.

—Es el señor de Sery. Pertenece á una rancia familia bretona que antaño alcanzó laureles en las guerras vendeanas. Su padre, ó su abuelo, no puedo precisároslo, fue muerto al lado de La Rochejaquelein, en el combate de Chollet. El de Sery actual vive á lo gentilhombre campesino, en una magnífica heredad, la Sauviniere, sita á orillas del Loire, á dos leguas de Paimbœuf. Es riquísimo; aunque creo que daría toda su fortuna por un poco de salud.

—En efecto, parece muy cascado.

—Es tísico; ved ahí su mal. Nadie lo dudará, solo con verle y únicamente él es quien lo ignora. De todos modos, sépalo, ó nó, el apellido de Sery está próximo á estinguirse.

—¿No tiene hijos?

—Nó; su mujer murió de parto, y durante los veinte años que ha pasado llorándola, porque habeis de saber que de Sery es un escelente sujeto, lleno de corazon y muy apasionado, á

pesar, ó mejor dicho, á causa de su enfermedad que, segun aseguran, predispone á la pasion.

—Y, decid: ¿tiene algun parentesco con la señorita Berard?

—Ni por pienso; ¿por qué me lo preguntais?

—Parece que esa jóven le interesa. He sorprendido algunas palabras...

—Ya lo creo que le interesa; mas nó como parienta...

—¿Cómo lo esplicais, pues...?

—¡Pardiez! porque está enamorado de ella...

—¡De veras! ¿qué? ¿no llora ya á su difunta mujer?

—Todo tiene su fin en el mundo... ¡Veinte años de lágrimas, es algo...! ¡Cuantos viudos no pueden hacer gala de tanto duelo!

—¿Como sabeis que está enamorado de la señorita Berard?

—Ante todo, esa es cosa que se nota al momento. Vos mismo habeis visto que la señorita Diana le interesaba. Además, he sabido, por mi notario, que la habia pedido en matrimonio.

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡á su edad! ¡enfermo como está! ¡una señorita tan linda!

—Por lo mismo, Diana se ha negado con entusiasmo.

—No esperaba menos.

—Sin embargo, su negativa tenia cierto mérito. La señorita Berard dista mucho de ser rica, y con tal enlace, podía serlo, eso sin contar con que aseguraba la felicidad de su padre.

—¡Como! ¡su padre hubiera consentido...!

—Habria hecho mas que consentir; habria deseado...

—¡Vaya! ¡ese es un padre imposible!

—Casi, casi; figuraos que es un inventor.

—¡Un inventor! ¿que quereis decir?

—¿Habeis leído las obras de un novelista apreciable, de Hector Malot?

—He leído: *Le Beau Frère*.

—Me refería á su: *Bonne affaire*. En esta hubierais visto la

historia de un personaje, que se parece como una á otra dos gotas de agua, el señor Berard. Inventa, inventa siempre, no importa que, lo mismo le da, se arruina, arruina á su mujer, á sus hijos, y sin embargo, dale que dale, inventa que inventarás. Nació inventando, é inventando morirá. El padre de Diana tenia una regularcita fortuna y la ha disipado haciendo esperimentos en gran escala sobre un nuevo sistema de alumbrado que á nadie se le ha ocurrido adoptar. La señora Berard murió de pena; su marido la enterró, la lloró, no durante veinte años como el otro, pero en fin, la lloró... y para consolarse, púsose á inventar de nuevo. Tratábase, esta vez, de una metamórfosis completa en el arte del dorado. Pero ¡quí! los fabricantes la rechazaron, diciendo que ninguna ventaja les tenia gastar el doble de lo que actualmente gastaban en sus procedimientos. En tanto que su padre se ocupaba en nuevos ensayos, educábase la señorita Diana en un gran colegio de París. El señor Berard, siempre que podía robar un instante á sus tareas, iba á verla y la mantenía en sus ideas de rico porvenir, ideas siempre sonrientes para una señorita. Como todos los inventores, estaba persuadido de que de la noche á la mañana seria millonario, y empezaba ya haciendo un noble uso de su fortuna, ofreciéndola á su hija. «Toma, querida Diana, toma, le decia, siempre seré bastante rico, á mí con poco me basta.» Diana tomaba... aficiones dispendiosas; eso es todo cuanto su padre la habia ofrecido. Á los diez y siete años, salió del colegio donde habia sido educada, ó mejor dicho se le dió á entender que era ya tiempo de entrar en el mundo: advertid que el señor Berard se habia olvidado de pagar los dos últimos trimestres de pension. ¿Cómo vivió ella desde los diez y siete hasta los veinte y dos años? no sabré decíroslo. Su padre, que por entonces acariciaba, segun creo, la idea de vulgarizar un nuevo sistema de labranza, la hizo viajar por diversos paises, á espensas de sus suministradores de fondos. La invencion no se arraigó; pero, en cambio, la miseria

comenzaba á dejar ver sus descarnadas orejas cuando el señor Berard heredó el año pasado tres mil libras de renta de una vieja prima que tenia en Nantes. Al momento acudió á la villa con la esperanza de vender su renta y hacer con el capital nuevos experimentos; empero, la difunta habia previsto el caso; la renta era inalienable, El padre y la hija tienen, pues, para vivir, tres buenos mil francos, y han tenido el talento de establecerse en Nantes donde, con esta renta y alguna economía, todavía se puede figurar. La hija, durante el invierno, frecuenta la sociedad; y los veranos, viene á pasarlos aquí, donde goza de merecida admiracion, como habeis podido juzgar. En cuanto á su padre, continúa inventando en provincia, como en París. Ha descubierto una nueva hélice, mucho mas poderosa que la antigua, segun pretende, y ha venido á proponerme la esplotacion, á cuenta y mitad, de su invencion, lo cual me ha dado ocasion de conocerle íntimamente y de iniciaros en todos estos detalles. Rehusé la asociacion, lo cual, si bien no es muy cortés, en cambio es prudente. En la actualidad está buscando cien mil francos para construir su máquina y adaptarla á un buque asaz temerario para confiarle su casco. Cuando el señor de Sery le pidió la mano de su hija, olvidó la edad y la precoz decrepitud del suspirante, y no vió sino una cosa; su hélice. Y no es decir que sea un mal padre ¡libreme Dios! muy al contrario, es un excelente varon, pero mas inventor que padre, y para ver triunfar una de sus ideas, daria todo el universo. Afortunadamente, la señorita Berard no comparte el entusiasmo del autor de sus dias; no quiere sacrificarse á un hélice, y ha rechazado enérgicamente al pretendiente. Lo cual habla muy alto en favor suyo. En su posicion, con sus gustos, á los veinte y dos años, una jóven por lo general tiene prisa por hacer una eleccion, y á no pocas señoritas nantesas conozeo yo, que no vacilarian ni un momento en casarse con de Sery, por su nombre y su grande fortuna, á pesar de su edad y de su poca salud.

Iba tal vez Desvignes á continuar sus esplicaciones, cuando un movimiento que se produjo en la playa llamó toda su atencion y la de Luciano.

Todas las mujeres, sentadas un momento antes, acababan de levantarse y parecian mirar con ansiedad en direccion á la mar.

Los niños se habian aproximado á ellas.

Los cosechadores de ovas, apoyados en sus grandes rastrillos, dejaban interrumpido su trabajo.

Algunos hombres gesticulaban y hablaban con animacion.

—Sí; es ridículo, decia uno de ellos; un baño de mar sin maestro bañista y sin lancha de salvamento.

—En Pornic hubieran corrido ya á su auxilio.

—Pero ella no parece que pida socorro, objetaba un jóven.

—Lo mismo dá, puede sobrevenirle un accidente, y á tal distancia ¡qué seria de ella!

—Pues ¿por qué nada tan lejos? replicó la mujer del capitán de carabineros, hembra regordeta y de tipo vulgar. ¡Que se bañe como nosotras! Pero, se empeña en que la vean!

—¡Oh! dijo al oido de Desvignes, Closel, el secretario del prefecto; la que acaba de hablar podria nadar hasta América, si gustase; seguro que nadie repararia en ella.

—¡Ved! ¡ved! exclamó uno; ahora se dirige á la Torre roja! ¿está loca? ¿no ve que el mar baja y la va á arrastrar?

—Corro al puesto en busca de una lancha, dijo de Sery con emocion; hay que preverlo todo.

Estas observaciones y estos temores no dejaban de ser justificados.

La señorita Diana Berard cometia una verdadera imprudencia.

Sus fuerzas podian faltarle; apoderarse el frio de ella súbitamente y la corriente del canal llevarla mar adentro.

Y entonces, á tan larga distancia, perdida estaba sin remedio.

Hasta aquel día, siempre había nadado con intrepidez poco común; nunca empero, se alejara tanto de la playa.

—Apostaría á que nada por álguien, añadió la dama á quien la señorita Berard parecia serle poco simpática.

Esta observacion maligna, y que no fue comprendida por todos, tenia una apariencia de verdad.

Así como los actores acostumbran, á veces, olvidar al público y representar especialmente por una persona amiga, á la que perciben en la sala, así tambien la señorita Diana debia parecer, á ánimos contra ella prevenidos, que pretendia lucirse en natacion, únicamente en honor de uno de los espectadores de la playa.

Sin tener conciencia de estas hablillas, de estos pensamientos, de estos temores, continuaba Diana alejándose de la costa, nadando tranquila en direccion á los Impairs, donde sabia que podria reposarse sobre las rocas á flor de agua, ó en los escalones de hierro de la Torre roja.

Ya con dificultad se conseguia distinguir sus movimieutos, y hubiera podido desaparecer de repente, sin que nadie lo advirtiera.

La ansiedad aumentaba en la playa, y todo el mundo interrogaba ávidamente á dos ó tres personas provistas de gemelos y de catalejos.

Clozel figuraba entre los privilegiados.

Colocado junto á él, abusaba Luciano de su superioridad gerárquica para pedir prestado, lo mas á menudo posible, al secretario del prefecto el instrumento tan apetecido en aquel instante, empero, varias bañistas observaron que los gemelos corrían riesgo en manos del jóven magistrado, pues experimentaban varias oscilaciones de péndulo, yendo de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, como si el brazo que los suportaba se hallase afectado de un nervioso tic.

Luciano de Aubier consiguió, al fin, por un momento, fijar-

los ante sus ojos, y el espectáculo que vió causóle tan viva emocion, que no pudo contener un grito.

—¿Qué hay? le preguntaron á la vez varios de sus adláteres.

—Ha desaparecido, contestó con temblorosa voz.

Algunas mujeres nerviosas hicieron como si se encontraran mal, en tanto que otras personas, olvidando el respeto debido á la magistratura, arrancaron los gemelos de manos de Luciano.

Pero mientras se los disputaban á porfia, óyese una voz que decia:

—Tranquilizaos; solo habia dado un chapuzon; acaba de reaparecer y se mantiene en pié sobre las rocas de los Impairs.

—¡Ah! exclamó Luciano suspirando.

—¡Cuánta batahola! ¡y solo por una mujer! murmuró la mujer del capitán de carabineros, ó mejor dicho la capitana de carabineros, como se complacia todo el mundo en llamarla.

Varios jóvenes peroraban en un grupo.

—Ha llegado á la Torre roja, y descansa, decia uno de ellos ¡Muy bien que hace! Pero ¿cómo diablos va á volver? Tiene que desandar lo andado, y el regreso es mucho mas difícil.

—¡Bah! replicó Desvignes; volverá como ha ido; no la conoceis.

Estas últimas palabras produjeron un sonris en los labios de Clozel.

El hecho es que Desvignes y él la conocian muchísimo, desde noche fosforescente.

Sorprendió Luciano el tal sonris, comprendiólo y, á partir de aquel momento, concibió una especie de aversion al secretario del prefecto.

—Y, mientras que esa jóven espone así su vida observó una madre de familia, ¿qué hace su padre?

—Inventa, contestó Desvignes.

La ansiedad habia cesado.

Distendíanse los nervios.

Era aquello el entreacto.

Cada cual se reposaba de las pasadas emociones y tomaba fuerzas para las emociones venideras.

—¡Ah! exclamó Closel; ha descansado ya lo bastante y emprende el regreso.

Y al mismo tiempo tendió sus gemelos á Luciano, que no osó desdeñar esta prueba de deferencia.

La curiosidad imponía silencio al rencor.

La señorita Berard alejábase entonces de los Impairs y parecía dirigirse hácia la playa.

Pero las personas que la observaban no tardaron en reconocer la inutilidad de sus esfuerzos.

Lejos de avanzar, apenas si podía permanecer estacionaria.

Evidentemente, con la marea descendiente habíase establecido, hácia el centro de la bahía, una corriente de las mas violentas en direccion de la plenamar.

—Perdida está si no corren á su auxilio, dijo uno.

—Pero ¿qué hace el señor de Sery? ¿no habia ido á buscar una embarcacion?

Sí que habia ido.

Pero la playa es rebelde, cuando se anda por ella; los piés se hunden en la arena; la marcha de los mas jóvenes, de los mas robustos, se ve retardada.

Y el gentil-hombre breton, como sabemos, no pecaba por exceso de vigor, ni por exceso de juventud.

Llegado al muelle, habia corrido en busca de una lancha.

Encontró muchas en el puerto, pero como no debían salir sino hasta la marea de la mañana siguiente, estaban desarmadas y sus propietarios descansando en sus hogares, zurcían sus redes, ó, entablados en la taberna, bebíanse el producto de su pesca.

Mas de un cuarto de hora necesitó de Sery para decidir á

dos marineros á seguirle en su embarcacion, y hacerse mar adentro.

Si la señorita Berard hubiese estado en peligro desde el principio de su imprudente escursion, tiempo hubiera tenido de ahogarse por lo menos diez veces.

Por fortuna el peligro no existía en realidad sino desde hacia un momento.

La lancha llegó á la punta de la escollera, en el instante en que la intrépida nadadora parecía no poder luchar ya contra la corriente.

Los marineros, estimulados por de Sery, remaban con vigor, pero, en vez de dirigirse en línea recta hácia los Impairs, debieron, so pena de chocar contra los bancos de arena, seguir el canal y sus revueltas.

Sufrian el inconveniente de las grandes mareas, durante las cuales la ola sube mas rápida y mas fuerte, pero tambien se aleja mas veloz, arrastrando tras de si una mayor cantidad de agua y dejando en seco terrenos siempre sumergidos, en tiempo ordinario, hasta en la marea baja.

Cuando el señor de Sery llegó á los Impairs, era tarde ya.

La señorita Berard habia desaparecido.

En vano escudriñó por todos lados; en vano interrogó todos los puntos del horizonte.

Solo descubria olas, siempre olas, confundiéndose á lo lejos con el cielo.

En la playa, la emocion era indecible.

Habíase tranquilizado todo el mundo en el momento en que la lancha apareció en el extremo de la escollera.

Todos esperaban que llegaria á tiempo.

El interés general compartióse entre Diana y los que corrian á su auxilio.

Pero, cuando se vió á la embarcacion seguir las sinuosidades

del canal, y al mismo tiempo á la nadadora alejarse mas y mas, comprendióse que todo estaba perdido.

Púdose aun seguirla durante algunos instantes con ayuda de los catalejos, y distinguir un punto negro que por intervalos surgía en la cima de una ola.

Despues... el punto desapareció... y no se vió nada mas que mar...

Todos los grupos se habian reunido y fundido en uno solo.

Ante la catástrofe que acababa de tener lugar, desaparecia el espíritu de corrillo y la distancia social.

Los aristocráticos habitantes del paseo Saint-Pierre, en Nantes, dignábanse frisar con la clase media del Muelle de la Fosse; las mercachifles del Pouliguen charlaban con las esposas de los armadores.

El ceño provinciano y la necedad humana consentían en borrarse por un momento.

Cada cual deploraba el terrible accidente de que la señorita Berard era víctima.

Cantábanse sus alabanzas en todos los tonos.

Ponderábase su intrepidez.

Y, actualmente, todas las mujeres, sin ni siquiera esceptuar á la capitana de carabineros, reconocían su belleza y la acataban.

Aquello era un coro de lamentos sin fin y un concierto de elogios fúnebres, capaces de darle á uno ganas de morir.

Luciano mezclaba su voz á todas aquellas voces, cuando Desvignes, agarrándole del brazo y arrancándolo á la multitud, le dijo:

—¿Quereis venir á dar una vuelta?

— En este momento ¡oh! no, respondió él; no está mi corazón para paseos. He visto solo un instante á esa pobre jóven, mas su desgracia es tan atroz, tan impensada...

— Que os creéis en el deber de llorar su trágico fin... ¡Pues

bien! llorad conmigo á solas, en vez de llorar con toda esa gente. Tomad, allá sobre aquellas rocas, podremos lamentarnos á pedir de boca.

Á haberse encontrado el joven magistrado en el Tribunal, ocupando su sillón, de seguro que hubiera llamado al orden á Desvignes, y le habria hecho observar quizá que era de muy mal gusto el hablar, con tal ligereza, de una catástrofe que entristecia á todo el mundo.

Pero no hallándose en pleno uso de su cargo para darle una leccion al armador, limitóse á decirle:

—No, las rocas están demasiado lejos, y ya es hora de que vaya á reunirme con mi madre, que presumo debe haber dado fin á sus pesquisas.

—Haceis mal, replicó Desvignes, quizá, acompañándome, os hubiera mostrado algo sumamente curioso. ¡Ea, venid conmigo! ¿teneis por qué quejaros de mi compañía desde hace una hora?

—No tal.

—Venid, pues, añadió, tomándole familiarmente el brazo, y ó mucho me engaño, ó no tardareis en darme gracias por mi insistencia.

Tambien esta vez arrastró Desvignes á Luciano en direccion á Painchateau.

Solo que, llegados á la estremidad de la playa, en lugar de torcer á mano izquierda, é intrincarse en las rocas, alcanzaron la carretera, atravesaron el pueblo en toda su anchura y á los pocos instantes encontráronse hácia el centro de la bahía, en el pintoresco sendero trazado por los carabineros á lo largo de la costa.

Caminaban con precipitado paso, silenciosos...

Desvignes precedía á d'Aubier y le mostraba el camino.

Llegados al sitio donde se encuentra una casilla de carabineros, volvióse el armador hácia su compañero, y le dijo:

—¿Sois sujeto al vértigo?

—Creo que no.

—En ese caso, no vacilareis en bajar hasta la playa por este sendero abierto en la roca.

—Pero si nos encontramos casi al nivel del mar! estas rocas tienen á lo sumo cuatro ó cinco metros de altura!

—Realmente no tienen mas, del lado del Pouliguen; pero el camino de travesía que os he hecho seguir nos ha conducido á la estremidad de la bahía; nos acercamos al Océano; la naturaleza se ha agrandado y la roca que pisamos en este momento tiene á lo menos veinte metros. ¡Mirad!

—En efecto.

—¿No os asusta?

—Nó.

—Entonces, bajemos.

—Bajemos.

Pocos minutos bastáronles para llegar á la playa.

Actualmente el acantilado, pues la costa habia tomado las proporciones de tal, levantábase por encima de sus cabezas.

Ante ellos, estendíase un gran grupo de rocas de desigual grandor y de múltiples formas, grupo que la mar cubria dos horas antes, y que, al retirarse, habia dejado en seco.

—No podemos avanzar mas, dijo Luciano.

—¿Por qué?

—Nos lo impedirán esas rocas.

—Tranquilizaos; daremos la vuelta á las mayores y franquearemos las mas chicas. Mas de diez veces he seguido este camino en compañía de elegantes damas, yendo á pesca de langostinos. Solo hay un riesgo; el de mojarse los piés.

—No temeria yo mojármelos, si...

—¿Si supierais el objeto de esta desordenada excursion? Un poco de paciencia todavía, que pronto lo sabreis. Permitidme economizar mis efectos escénicos.

—¡Ea! ¡á vos me entrego! Algo me dice que no estamos dando un simple paseo.

—Estad persuadido de ello.

Caminaban lentamente por entre aquel caos de la naturaleza.

Ora empleaban varios minutos en salvar un corto espacio; ora, gracias á un banco de arena, especie de oasis situado entre dos rocas, recorrían en un instante una regular distancia.

Cuanto mas avanzaban, mas colosales proporciones tomaba el acantilado, mas ruidosa y terrible parecia la voz del mar.

Habian dejado atrás, definitivamente, la bahía del Pouliguen, y encontrábanse en las orillas del Océano.

Desde hacia un momento, iba Desvignes perdiendo su aplomo.

Deteníase á cada paso, parecia inquieto, y en vez de dar vuelta á las rocas, preferia escalarlas, y llegado á su cima, consultar el horizonte.

—¿Y bien? preguntóle repentinamente d'Aubier, al reunirse despues de su última ascencion.

—¿Y bien! respondió Desvignes con un acento en el que se traslucia cierta emocion; no acierto á comprender...

—Menos que vos acierto yo, dijo Luciano.

Adivinó el armador el reproche que encerraban estas palabras, y volviéndose hácia su compañero:

—Perdonadme, le dijo; pensaba causaros una sorpresa. Esto os explicará mi silencio y el misterio de que me he rodeado. Pero empiezo á temer que me he equivocado; dudo de mí mismo y os debo una explicacion.

Fatigados por aquella carrera que habia durado mas de una hora, apoyáronse los dos amigos contra una roca, y Desvignes añadió:

—Si os he arrancado del grupo donde todos se lamentaban por la muerte de la señorita Berard, ha sido porque yo no creia en tal muerte. Segun mi opinion, la señorita Diana era dema-

siado buena nadadora, tenía demasiada sangre fría para dejarse morir tan miserablemente. Ocurrióseme la idea de que, en lugar de intentar volver á la playa, la señorita Berard había debido, al contrario, alejarse de ella y nadar hácia el punto de la costa donde nos encontramos actualmente y al cual la corriente la arrastraba.

—Pero, si así fuese, no se la habría visto desaparecer de improviso.

—Á la distancia que nos separaba de ella, mas de un kilómetro y medio, los mejores catalejos dejan que desear. En estos sitios la mar es agitada y sus olas pueden fácilmente ocultar una cabeza que sale del agua, y que viene á ser un punto imperceptible en el horizonte. Por otra parte, la mar había bajado mucho, las rocas antes cubiertas destacábanse á la entrada de la bahía, y la señorita Diana podía haber alcanzado á una de ellas, desapareciendo así á las miradas de todos.

—Sí, vuestra esperanza se esplica. Y, ahora, ¿la habeis perdido ya?

—En todo caso, si alguna me resta es bien poca, dijo Desvignes suspirando. Acabamos de recorrer toda la costa donde la señorita Berard debia, á mi entender, haberse refugiado, y nada, absolutamente nada nos indica su presencia...

—Tal vez se halle oculta en alguna de esas grutas, objetó Luciano que se resistia á perder toda esperanza.

—Así lo creí todavía, poco há; pero ¡ay! mi última ascension me ha convencido de que la costa está desierta.

Detúvose...

Durante uno de esos brevísimos instantes en que el mar parece callarse y recojarse, para mugir luego con mayor estrépito, un canto lleno, sonoro, vibrante, acababa de repente de sonar.

—¡Silencio! dijo Desvignes á Luciano, quien, sumamente conmovido, iba á interrogarle. ¡Escuchemos!

Pero el Océano volvía á bramar; su titánica voz cubría la voz humana.

Pasado un minuto, durante el cual aplicaron inútilmente el oído, dijo d'Aubier á su compañero:

—¿Habeis reconocido esa voz?

—Nó... ó por lo menos, no me atrevo á decir que sí.

—En todo caso, la costa no está, como afirmabais, desierta.

—Evidentemente, habrá que buscar...

Y ambos emprendieron de nuevo la marcha, parándose á cada paso, escuchando, mirando en torno suyo.

¡Tarea inútil!

Sobre sus cabezas, lucía el cielo con notable serenidad.

Ante ellos, erguíase el mismo dédalo de rocas.

Á lo lejos, la mar ondulaba franjeada de espuma.

Iban tal vez á abandonar sus pesquisas y á volver sobre sus pasos, cuando la voz vibró de nuevo; pero, esta vez, á pocos metros de distancia, tras de un monton de rocas cuya ascension se disponian á efectuar.

Entonces, despues de trocar una ojeada, que parecia decir: recompensadas están nuestras penas, avanzaron lentamente, silenciosos y conmovidos.

Pronto detuviéronse.

En una pequeña ensenada misteriosa, de apenas algunos piés, acababan de descubrir á la señorita Diana Berard, la cual, tendida sobre la arena, reposaba de sus fatigas, y se secaba al sol.

Nada aparecia cambiado en su *toilette*.

Su traje de baño no indicaba haberse resentido de la larga permanencia que habia hecho en el agua.

Su cinturon continuaba dibujando su talle, y sus alpargatas cubrian sus piés, cual si su propietaria acabase de salir de su barraca para dirigirse al mar.

Únicamente sus cabellos no estaban replegados coquetamen-

te encima de su cabeza; habíalos desatado y se esparcían en torno de ella en densas ondas.

Tendida á lo largo, un tanto inclinada sobre el costado derecho, cruzada graciosamente una pierna con otra, hundido un brazo en la arena como sirviendo de almohada á su cabeza, contemplaba la jóven el mar y entonaba una barcarola italiana.

—¡Gracias sean dadas al cielo, señorita, pues al fin os encontramos buena y sana! esclamó de repente Desvignes.

Ella exhaló un grito de espanto, irguióse vivamente, echó atrás su frondosa cabellera y reconociendo al armador:

—¡Ah! dijo levantándose ¡me habeis dado un miedo!

—¡Sí, quejaos! repuso Desvignes; quejaos! como si nosotros no hubiésemos tenido diez veces mas miedo que vos.

—Y ¿de qué, Dios mio?

—De perderos, señorita. Desde há dos horas todo el Pouliguen os cree muerta.

—¿Muerta?

—Sí, muerta, ahogada.

—¡Yo!

—Vos. Pero, antes de entrar en mas detalles, permitidme que os presente al señor Luciano d'Aubier, sustituto del procurador imperial de Nantes. Mi amigo ha tenido á bien ayudarme á explorar esta costa para encontraros.

Ella contestó con un sonris y un gracioso movimiento de cabeza al profundo saludo de Luciano.

Despues, dirigiéndose á Desvignes:

—¿Segun eso, vos no me habeis creído ahogada? le preguntó.

—Yo, señorita, alentaba una vaga esperanza, una especie de presentimiento... pero era el único.

—¿No compartía el señor vuestras dudas?

—El señor, contestó el armador, solo ha compartido mis fatigas, y creed que empiezan á formar número...

—Tomaos, pues, la pena de sentaros, señores, esclamó ella riendo.

Y, para dar ejemplo, sentóse al momento en la arena.

—¡Cómo! ¿no me imitais? añadió, dirigiéndose á Luciano, quien, completamente aturdido por las emociones de aquel día único en su existencia, permanecía inmóvil contemplándola.

Interpelado de esta suerte, creyó d'Aubier deber sentarse á su vez; solo que, queriendo conservar cierta dignidad, limitóse á tomar asiento en una fragosidad de la roca.

Desvignes contentóse con la arena que tan graciosamente le ofrecían, y sentóse en ella, frente á la señorita Diana, á quien dijo:

—Por lo visto, no os dais gran prisa en ir á tranquilizar á las personas que en la actualidad lloran vuestro fin?

—No creo que hableis formalmente, replicó ella. Nadie me llora, bien lo sabeis; solo mi padre podria tener ese buen sentimiento y me apresuraria á tranquilizarle si se encontrase en el Pouliguen. Pero ha salido esta mañana para Saint-Nazaire, y, preocupado por su hélice, ni siquiera sospecha los rumores que en la actualidad circulan tocante á su hija. Sola en casa mi doncella estará calculando, segura estoy de ello, lo que mi muerte va á proporcionarle; apuesto á que examina mi guarda-ropa y que se lo apropia en expectativa.

—Pocas ilusiones teneis, señorita, observó Luciano.

—No tengo ninguna, caballero, contestó ella con su mas gracioso sonris, y volviéndose á Desvignes: por lo que atañe á los habitantes del Pouliguen, no creo que penseis que deba yo inquietarme por sus lágrimas. Si algun alma tierna y sensible ha derramado, por casualidad, una ó dos, ya deben á estas horas estar secas, no lo dudeis.

—Sé de uno, dijo el armador, que llora mucho en este momento; lo apostaria...

—¿Quién?

—El señor de Sery.

No pudo Diana disimular un fruncimiento de cejas, y replicó:

—¡Oh! ¡en cuánto á ese, poco me importa!

—Sin embargo...

—Sin embargo, me solicitó en matrimonio ¿verdad? eso ibais á decir. Convengo en que fue una bella accion, y rarísima por cierto. En mi cualidad de mayor y sin dote, sé á que atenerme sobre el desinterés de los hombres. Pero mi padre, todavía no ha podido olvidarlo, tomó en serio ese proyecto de matrimonio; á veces me habla de ello, y ahí teneis un motivo de discordia entre los dos. Mas generoso se hubiera mostrado de Sery callándose, é igualmente provechoso para él, pues en verdad que con él no me he de casar. Jamás daré mi mano á un hombre viejo y enfermo, aunque me ofreciese el mas bello apellido y todos los millones de la tierra. Si me confieso así, mi querido señor Desvignes, es porque vuestra mujer ha tenido á bien el otro dia, abogar ante mí en favor del señor de Sery; es necesario, pues, que conozca mi manera de pensar.

—Descubriré el secreto de vuestra confesion, señorita, haré mas, le diré unas cuantas palabras sobre el particular á ese pobre baron, á fin de impedir que conserve una esperanza tan pronto fallida. ¡Cuando pienso que poco há, ha sido uno de los primeros en correr á vuestro socorro!

—¿Á nado? exclamó Diana saltando la carcajada ¡oh! ¡no lo creo!

—En lancha, replicó Desvignes.

—Enhorabuena; esto entra en sus facultades. ¡Y bien! ¿por qué no me ha salvado?

—Cuando llegó á los Impairs, acababais de desaparecer.

—¡Llegar tarde! ¡vamos! ¡hay personas que no son afortunadas!

—Como prevé, exclamó Desvignes, encantado de la sagaci-

dad que habia mostrado y deseando que le admirasen, como prevé, os habeis dirigido hácia la costa grande, despues de haber reconocido la imposibilidad de remontar la corriente y de regresar á la playa.

—¿Cómo? ¿qué decís? exclamó la linda bañista, contemplándole con aire burlon ¡qué yo no podia remontar la corriente! Divagais, querido Desvignes, divagais. Si hubiese yo partido de la playa con intencion de volver á ella, nada me hubiera detenido. No creo en los obstáculos; con sangre fria y con voluntad todos se vencen. Mi resolucion, por hoy, era sencillamente la de atravesar la bahía; tenia trazado de antemano el itinerario. He hecho un alto en los Impairs y me he dirigido hácia esta costa ayudándome de la corriente en vez de dejarme arrastrar por ella, como habeis creído.

—Hacedme, cuando menos, la justicia, observó Desvignes, que solo yo, entre todos, no he dudado de vos. Héme dicho: la señorita Berard no es mujer para dejarse ahogar así como así.

—Y habeis tenido razon. De muerte violenta podré morir; pero, lo que es ahogada, nó. La mar me es completamente adicta, la amo demasiado para que intente dañarme.

Y volviéndose bruscamente á Luciano:

—¿Sabeis nadar, caballero? le preguntó.

—¡Ah! nó, señorita, respondió éste, y me avergüenzo de confesar mi inespierencia ante una nadadora tan hábil como vos.

—Y ¿por qué? si os empeñais, fácil os será aprender. Vos no os parecis á ese señor de Sery; nada se opone á que en poco tiempo os volvais intrépido nadador. Si quereis, haremos un trato. Os daré, no lecciones, sino consejos de natacion, y en cambio vos me procurareis los medios, en vuestra calidad de magistrado, y á mi regreso á la ciudad, de asistir á veces á las sesiones del Tribunal del Crimen. ¡Oh! ¡adoro las emociones de un proceso criminal! No os deis prisa á censurar esta aficion en una señorita; en primer lugar, tened en cuenta que

me he educado por mí sola, es decir: pésimamente; luego, ya soy mayor de edad, temo mucho no poder casarme jamás, y he tomado la resolución de vivir como una viuda... es decir... de satisfacer mis caprichos... tolerados.

—Si gustais, señorita, vereis juzgar á todos los asesinos de la comarca.

—¡Ehonorabuena! Mi padre me llevó ya un día á la Audiencia de Nantes, y allí os ví informar. Teneis mucho talento, lo digo sin lisonja; un talento algo frio, como á mi me agrada.

Detúvose de repente, y levantándose:

—Señores, si habeis reposado bastante, dijo, opino que nos dirijamos al Pouliguen. No se trata de tranquilizar á las poblaciones alarmadas, cosa de que me inquieto poquísimo, sino de comer, lo cual es precioso, sobre todo despues de haber hecho, como nosotros, un poco de ejercicio.

—En marcha, dijo Desvignes. Haremos una entrada regia: desde aquí veo ya el asombro general.

Pero, parándose bruscamente.

—¡Oh! ¡Dios mio! exclamó.

—¿Qué pasa?

—Estaba seguro de encontraros aquí, y no se me ha ocurrido la idea de traeros vuestra bata; esto es absurdo.

—¡Pues no me embarazaria poco, con este calor y éste sol! ¡veríame precisada á llevarla doblada al brazo!

—¿No estais mojada ya?

—Ni una gota.

—Entonces, todo va bien, replicó Desvignes siguiendo á la señorita Berard, que abrió la marcha á través de las rocas. Sin embargo, continuó, echo de menos la bata, que hubiera atenuado de un modo material mi inteligencia. Creerán, tal vez, que os he encontrado por casualidad.

—Si la hubieseis traído, dijo Diana, probablemente no me hubierais encontrado; es un porta-desventuras.

En Baden, donde pasé una estacion con mi padre, quien, en su calidad de inventor, habia tambien soñado un pequeño sistema para desbancar á todos los banqueros habidos y por haber, y entre paréntesis, el desbancado ha sido siempre él, observé varias veces á un caballero, cuyos bolsillos iban provistos de dos ó tres saquitos de lienzo destinados á guardar el dinero que, infaliblemente, debia ganar.

Nunca tuvo ocasion de embolsar ni un miserable florin.

La misma suerte hubiera tenido mi bata.

En castigo de tanto lujo de precauciones habriais regresado con ella sin mí: ¿no vale mas que regreseis conmigo sin ella?

Así departian la señorita Berard y Desvignes, mientras andaban, en tanto que Luciano les seguia á cierta distancia, con inseguro paso.

El magistrado, tan sólido en su sillón en el Tribunal, tan notable por su sangre fria y firmeza, que jamás habian logrado intimidar el acusado, ni los testigos, ni el defensor, aunque fuese un abogado de fama, sentíase, desde un momento antes, aturdido, pasmado, embriagado en cierto modo.

Tal estado lo atribuía al aire corriente á que no estaba habituado, al viento, al sol, al ruido incesante de las olas estrellándose en las rocas, á mil impresiones nuevas para él, y por lo tanto muy activas.

«No pensaba en achacar á la señorita Berard la responsabilidad de su aturdimiento, ni en decirse: á causa de ella y por ella sola, desde hace algunas horas, caminé de asombro en asombro, pasó de una emocion á otra, experimento impresiones para mí desconocidas. Pintámmela desde un principio de un modo tan pintoresco, bajo tan estraños colores, que escitan en el mas alto grado mi imaginacion y mi curiosidad.

Cuéntanme su vida; nuevo asombro, nuevo interés por mi parte.

No tarda en aparecérseme ella.

Llega á la playa, pasa ante mí, y nunca criatura mas bella, mas seductora habia asombrado mi mirada; nunca soñara yo un conjunto tan completo de perfectas bellezas, de incitantes gracias.

Lánzase al mar; nada; se aleja, y no puedo evitar el seguirla con la vista, y el pensar solo en ella.

De repente ¡nueva emocion! ¡emocion terrible!

Todos la creen muerta.

Yo sufro y me lamento.

Pero hé aquí que Desvignes me arrastra lejos, muy lejos, á mí, que nunca pisé sino los asfaltos de las aceras, la alfombra de los salones y el entarimado de las salas de audiencia.

Y sin embargo, doy cima á una carrera vertiginosa por las rocas, á través de obstáculos mil, para lograr encontrarme en presencia de mí bella resucitada.

Me habla, y jamás en soltera alguna, en ninguna casada he hallado originalidad tanta.

¡Qué claridad y franqueza de expresion!

¡Qué ideas decididas sobre todas las cosas!

¡Qué voluntad ardiente y sin embargo, reflexiva!

¡Cuán poco se asemeja á todas esas muñecas de salon, de empalagosa dulzura, prestas á repelir por la noche la leccion maternal aprendida por la mañana!

Y, ahora mismo, si permanezco tras de ella, si en vez de andar á su lado, la sigo á distancia, es porque no puedo cansarme de contemplarla, de admirarla.

Mis sentidos dormitantes han sido sobrescitados con tanta habilidad, que por fin acaban de despertar.

No son, nó los ardores del sol, los acres perfumes de la mar, no es el ruido de las olas lo que me embriaga, nó.

Es su voz vibrante, su andar voluptuoso, sus luengos cabellos de pronunciado matiz, su nuca pródiga en vello, las vigorosas líneas de su cuello, sus desarrollados hombros, su talle

elegante y torneado, sus amplias caderas perfectamente dibujadas bajo su traje de baño.

Es, por fin, el misterioso perfume que se desprende de ella, y que yo aspiro con delicia.

Ha hecho nacer en mí todo un mundo de sensaciones desconocidas.

Poco ha, era yo no mas que un magistrado.

En la actualidad soy un hombre.»

No se daba cuenta, probablemente, la señorita Berard de las sensaciones que causaba, por cuanto parecia preocupada y hasta enojada de la poca sollicitud de Luciano en acercarse á ella.

Á menudo, volviase como para decirle: «Venid á interrumpir la monotonía de mi diálogo con Desvignes; convengo en que es un hombre encantador, muy poco provinciano y cuya conversacion es puramente parisiense; pero está casado, es padre de familia y ha cumplido ya sus cuarenta.»

Otras veces, en el momento de practicar una ascension difícil, parecia pedirle el apoyo de su brazo.

Mas el sustituto permanecia insensible á tales provocaciones.

Nada bastaba á distraerle de su arrobamiento.

Esta aparente frialdad, esta indiferencia producidas por una admiracion demasiado viva, debian ser de mas utilidad á Luciano d' Aubier, que lo hubieran sido sollicitas atenciones por su parte, triviales cumplimientos y una franca expansion.

Habituada á los homenajes rendidos á su belleza, debia por fuerza notar al primer hombre que se negara á pagarle en tributo.

Si Luciano era culpable, para con ella, de falta de gusto, por lo menos no pecaba de trivialidad, y manifestaba su aversion á los senderos trillados.

Al mismo tiempo, la reserva con que se acogian los avances

de la señorita Berard, las resistencias que se le oponían, debían seducir á aquella naturaleza ardiente, siempre en busca de obstáculos que sobrepajar, de dificultades que vencer.

Ávida de emociones, y no encontrándolas ya en sus lejanas escursiones en alta mar, hallábase dispuesta á buscar nuevos peligros y á echarse, de cabeza, en alguna palestra magna donde al fin su corazón tomase parte en el juego.

La emoción causada por la muerte supuesta de la señorita Diana, no podía ejercer tanto influjo en los habitantes del Pouliguen, que les hiciese renunciar á su comida.

Una linda mujer, aun cuando no interese directamente al corazón ¿no puede ser llorada, á pedir de boca, ante una mesa bien servida?

Cada cual había ido regresando paulatinamente á su villa ó á su hotel, y la *resucitada* encontró la playa desierta.

El rumor de su regreso difundióse discretamente por toda la población.

Los jóvenes bebieron, en señal de alegría, una copa de más.

El gacetillero del lugar rasgó, no sin cierto despecho, el artículo necrológico que acababa de componer y que estaba destinado á *L' Union bretonne*.

Y la mujer del capitán de carabineros, siempre benévola, no pudo impedirse exclamar: «¡no causa poco ruido la tal! ¡no satisfecha con morir, cata ahí que resucita!»

Uno solo en el Pouliguen, el señor de Sery, estuvo á punto de desmayarse cuando fueron á anunciarle la llegada de la ingrata á quien amaba con esa terquedad característica de los enfermos y de los viejos.

Despidióse en la playa, de sus dos compañeros, la señorita Berard, y regresó á toda prisa á su morada.

Desvignes encaminóse volando á su chalet desde donde su mujer y sus hijos, muertos de hambre, le hacían angustiosos signos.

Y Luciano púsose á buscar á su madre, endemasiada olvidada desde hacía algunas horas.

No tardó en encontrarla paseando por el muelle, y siempre acompañada de la señorita Maria de Rioux y de su tío.

— ¡Por fin, llegaste! exclamó la señora d'Aubier. Muy inquieta me hubiera tenido tu ausencia ¿sabes? si no me hubiesen dicho que te habían visto alejar con el señor Desvignes ¿te habrá llevado muy lejos?

Luciano no temió dar minuciosos detalles sobre su escursión.

Cuando Maria supo que Diana vivía todavía, no pudo disimular su gozo:

— ¡Oh! ¡qué dicha! exclamó ¡esa desgracia me tenía toda trastornada!... sentíame triste, triste á no poder más... Solo conozco á la señorita Berard por haberla visto algunas veces en las calles de Nantes y aquí en la playa; pero ¡es tan linda, tan bella, tan graciosa!... ¡oh! ¡Dios mío! hubiera sido una desgracia atroz... morir, á su edad, de tan triste manera... Por fortuna, se ha salvado... ¡ah!... al fin respiro mejor... al fin renazco..!

Luciano, en tanto que la señorita de Rioux manifestaba su gozo, la contemplaba y la encontraba encantadora.

Las gracias nacientes de esta joven, su adorable ingenuidad, su sencillez en todo, su bueno y dulce mirar, la castidad de sus maneras, su incontestable belleza no habían producido, hasta entonces, impresión alguna en el alma del joven magistrado.

Algunos elogios dedicados á la señorita Berard acababan de subyugarle, y actualmente sentíase dispuesto á inclinarse ante las eminentes cualidades de la protegida de su madre.

— ¡Y bien! dijo la señora d'Aubier á su hijo ¿qué has resuelto, durante tu paseo? ¿nos quedamos aquí, ó partimos para el Croisic?

— ¡Cómo, el Croisic! exclamó Luciano, á quien ahora este nombre espeluznaba. ¡No habíamos convenido...

—Nada convinimos. Tú me has dicho sencillamente que buscara, en un momento en que, confiésalo, creías que no encontraría.

—Y qué, madre mia, encontrasteis por fin?

—Sí, pero no he querido comprometerme antes de oír tu opinión.

—Dispuesto estoy á dáosla, pero de antemano os digo que será conforme con la vuestra.

La señora d'Aubier, su hijo y sus amigos se dirijieron hácia la casita que tenían en frente.

Está sita á dos minutos de la playa, ante un lindísimo bosquecillo de abetos, que preserva, á la vez, de los rayos demasiado ardientes del sol y de los vientos del Oeste.

Es desahogada, cómoda, de una limpieza escepcional en tales sitios, y pertenece á una parisiense, mujer de talento y mujer del mundo, de la que hay provecho físico y moral en ser inquilino.

No era menester tanto para seducir á Luciano.

Hallábase en una disposición de espíritu á contentarse, para permanecer en el Pouliguen, con un cuartucho en una choza; y ofrecíanle una habitación agradable.

¡Cómo no aceptarla!

Así lo hizo y ocupóse acto seguido en ordenar que transportaran allá sus equipajes.

Dada cima á estos preliminares, madre é hijo reunieronse de nuevo á sus amigos, cuya cortés invitación á comer no habían podido rehusar.

La señorita Maria hizo los honores de la casa de su tío, con una gracia y una alegría esquisitas.

La presencia de un hombre joven, amable, en su morada algo triste, la infundía sin duda jovial humor.

Recordando también que Luciano había comenzado por manifestar cierto pesar de pasar en el Pouliguen su mes de

vacaciones, felicitábase en la actualidad de verle satisfecho de vivir allí, y, en su amorcillo propio de niña, atribuíase todo el mérito de haber modificado tan pronto las ideas de su huésped.

Tal vez conocía, por el señor de Rioux, ó había adivinado los proyectos de porvenir formados por la señora d'Aubier, y los acariciaba en secreto.

La conversacion, mas de una vez, durante la comida, versó sobre la señorita Berard, á la que sus aventuras de aquel día, su muerte y su resurrección ponían en evidencia.

La señora d'Aubier, cuya severidad de principios no podía avenirse con ciertas escentricidades, censuró ágridamente la conducta de aquella soltera que recorría de tal suerte los mares, sin respeto al qué dirán, y pareciendo complacerse en llamar la atención.

—Tal es mi mismísima opinión, dijo el ex-presidente y no es hoy el primer día en que juzgo como vos á la señorita de que hablamos. Sus modales ofenden á las gentes honradas y desde há largo tiempo tengo prohibida á mi sobrina toda relación, ni siquiera lejana, con la señorita en cuestión.

Luciano no tomó la defensa de la señorita Berard, sea porque compartiese la opinión que acaba de emitirse, sea porque creyese inútil combatirla.

No podía esperar convertir á ideas nuevas y tolerantes á un antiguo magistrado de provincia, encanecido en el respeto á todas las sanas tradiciones.

Y, por lo que á su madre toca, conocíala de larga fecha por una alma clara, recta, fuerte, incapaz de renegar de sus primeras impresiones y de hacer concesiones cuando se trataba de conveniencias sociales, de regla de conducta, de honor ó de probidad.

Teniendo los recién llegados necesidad de reposo, la velada dió fin temprano.

Despidiéronse de sus huéspedes, y encamináronse á su nueva habitacion.

La señora de Aubier soñó que su hijo estaba locamente enamorado de la señorita Maria de Rioux y que le casaba con ella.

A haber seguido Luciano la primera inspiracion que le impelia á fijarse en el Croisic, los recuerdos de este dia pasado en el Pouliguen pronto se hubieran borrado de su memoria.

A la mañana siguiente, al despertar, su corta embriaguez habíase desvanecido, y su razon habia triunfado de la sorpresa hecha á su imaginacion y á sus sentidos.

Actualmente juzgaba á la señorita Berard, como debia serlo.

Bajo el punto de vista fisico, solo alabanzas tenia que prodigarle, y no sin cierta emocion recordaba el relato de Desvignes y el momento en que, bajando á la playa, para tomar su baño, la habia visto por vez primera.

Pero, en cambio, reconocia en ella defectos á propósito para alejar de sí á todo hombre formal: la estravagancia de sus maneras, su conversacion por demás escéntrica, su independencia de carácter y cierta sequedad de corazon fácil de adivinar.

No desconocia tampoco que la señorita Berard no podia tener esa virginidad de pensamiento, tan deseable en una soltera.

Educada en uno de los colegios de París, mal dirigida, y habiendo, á los diez y ocho años, recorrido mucho mundo con un padre absorbido por ideas locas, debia saberlo todo, ó todo adivinarlo, y padecer por esta ciencia hasta entonces inútil.

¿Podia soñar, Luciano, en hacer su mujer de una persona tal?

Seguramente que no.

Sin hablar de la cuestion de dinero, siempre importante en provincia, un magistrado, al principio de su carrera, desea, á falta de fortuna, encontrar en su mujer cualidades sólidas y esos lazos de familia, esas grandes relaciones que, un dia, pue-

den servir para alcanzar mas alto puesto; especialmente debe prohibirse todo enlace tachado de irregularidad moral.

Pero, á falta de matrimonio ¿le estaba permitido entrever una intriga amorosa, unas relaciones transitorias?

Mucho menos todavía.

Su posicion, su educacion, sus principios, se oponian á ello.

Si la señorita Berard hubiese sido viuda ó casada, y ya un tantillo comprometida, si él mismo hubiese ocupado un alto sitio en el Tribunal, si formara parte de la magistratura sentada, es decir, inamovible, tal vez se hubiera permitido tímidamente una escapatoria de este género.

Pero una soltera! ¡qué escándalo!

Y cuando se es simple sustituto ¡qué locura!

Así razonaba Luciano, y como se ve, habia vuelto á recobrar toda su sangre fria, toda su calma habitual.

Sin embargo; á ciertas horas, cuando se paseaba solitario por el bosque sito frente á su casa, cuando las aves se perseguian amorosas de árbol en árbol, cuando los insectos susurraban en los caminales, cuando el sol poniente le inundaba con sus rayos, cuando la brisa del mar le traia acres y vivificantes perfumes, entonces le acontecia estremecerse al recuerdo de la señorita Berard.

Decíase:

«Con una mujer como esa, me resarciria del tiempo perdido; del tiempo consagrado al trabajo y rehusado al amor; junto á ella viviria, no solo el presente, sino el pasado que no he vivido, y veria volver á mí, á alas desplegadas, mi juventud que tanto tiempo há voló.»

Pero ¿en qué pensaba?

¿Habia bastado la narracion de Desvignes, un baño, un paseo, una hora de conversacion para conmoverlo y seducirlo en tal grado?

¿Á qué ir á buscar tan lejos la ventura, la juventud y el

amor, cuando los tenia junto á sí, al alcance de su mano, casi bajo su techo?

¿No era la señorita María de Rioux encantadora, mas jóven y mas seductora por mil conceptos, que la señorita Berard?

¡Qué dulzura en su mirar!

¡Qué alma benévola!

¡Qué ingénua gracia!

¡Qué adorable inocencia!

Gozo daba el verla despertar á la vida.

Pareciase á una bella mañana de primavera.

¿No era fácil leer en sus ojos que estaba pronta á obedecer á los secretos deseos de su tío y de la madre de Luciano?

¡Cuán dulce prometia ser la existencia á su lado!

¡Qué lindas vacaciones podria él pasar!

¡Qué placer el de estudiar aquel alma apenas abierta, el de amoldar á su guisa aquel carácter apenas bosquejado, el de enseñorearse insensiblemente de aquel buen corazoncito que ya aprendia á latir por él!

Y ¡cuán á propósito era ella la mujer que le convenia!

¡Nacida de una familia de magistrados, como la suya, sobrina de uno de los hombres mas estimados en la magistratura de provincia; admirablemente educada, instruida y sabiendo ya hacer los honores de un salon!

¿Cómo, pues, vacilar entre ella y Diana Berard?

En aquel momento, Luciano no vacilaba.

María de Rioux obtenia todas sus preferencias.

Empero, á cada paso que fuese á dar por las angostas calles del Pouliguen, por sus muelles estrechos, por su playa de doscientos metros apenas, debia encontrarse en continuo contacto con la señorita Berard.

¿Resistiria á todas las seducciones que emanaban de tan escéntrica jóven?

¿Su razon continuaria dominando á su imaginacion, como en aquel momento la dominaba?

¡Y aun, si solo se tratara de verla á lo lejos y de encontrarla, por azar, á raros intervalos!

Pero, por poco, por muy poco que frecuentase la sociedad del Pouliguen, debia irremediamente tropezar con la bella Diana Berard á cada hora del dia; debia, por así decirlo, vivir su propia vida.

No todas las madres de familia, residentes en el Pouliguen, eran tan absolutas en sus juicios como el anciano presidente de Rioux.

No creian que fuese peligrosa para sus hijas la sociedad de la señorita Berard.

Y por lo tanto, no pensaban en prohibírsela.

Sus baños atrevidos.

Su escentricidad de traje y de conversacion escandalizaban á algunas, asustaban á otras, embarazaban, sobre todo, los hábitos provincianos de las mas.

Empero, no habiendo nada de reprehensible en la conducta de la señorita Diana, no habia por qué tomar contra ella medidas de severidad y de rigor.

La señora Desvignes, por otra parte, la cual figuraba entre las de mas alto copete en la playa, protegía abiertamente á aquella jóven.

Nacida y educada en París, su manera de pensar y de obrar era, en todo, mucho mas acomodaticia que la de las mas des-
preocupadas Nantesas. ®

Las maneras de la señorita Berard no podian estrañarle, y por lo tanto la admitia sin reserva en su intimidad.

¿Por ventura no acariciaba el pensamiento secreto de casarla con el señor de Sery, un antiguo amigo de su familia, cuyo constante y acendrado amor habia acabado, al fin, por interesarle vivamente?

Mundana como pocas, un tanto lijera de cascos, en vez de considerar en el matrimonio la union de dos corazones, solo veía la asociacion de dos intereses.

La señorita Berard carecia de fortuna, y le ofrecian una fortuna considerable.

No tenia posicion social perfectamente deslindada, y le daban un título y un nombre respetado.

Esto era mas que suficiente para la señora Desvignes.

Habiase jurado triunfar de todas las resistencias, y para lograrlo buscaba la sociedad de Diana, la cual tomaba, de esta suerte, parte en todas las fiestas, en todas las partidas de placer organizadas en el Pouliguen á instigacion de su protectora.

Por la mañana ó por la tarde, á la hora de la marea, encontraba Luciano en la playa á la señorita Berard.

Cuando tomaba su leccion de natacion, nadaba ella á algunos pasos de él, y antes de alejarse mar adentro, en virtud del convenio estipulado entre los dos, dirijiale ella, á través de las ondas, consejos ó palabras de ánimo.

Sentado en la arena, en compañía de Desvignes ó de Closel, sucediale tambien á veces seguirla con la vista en el momento en que salía del baño.

Su traje, entonces, impregnado de agua de mar, adheriase á su cuerpo, y modelaba perfectamente sus pronunciados y encantadores contornos.

Al sol, la blanca franela coloreábase de rosados matices, y con auxilio de la imaginacion, podia tomársela por carne viva y verla palpitar.

Si durante el dia hacia Luciano, en compañía de algunos amigos, una excursion á la costa grande, tenia la seguridad de encontrar á la señorita Diana sentada en las *Roches plates*, ante el pedrusco del *Lion*, ó en la colinita, antaño polvorin, que dominaba toda la bahía, los méganos de Escoublac, la desembocadura del Loire, Guerande, el Croisic y el villorio de Batz.

Esta costa grande borda el Océano durante varias leguas de estension, y entusiasmo á los turistas.

Las rocas que la cubren son del mas grandioso y pintoresco efecto.

Revisten formas estrañísimas.

Aquí, hacinadas unas sobre otras;

Allí, aisladas y gigantescas.

Ora es una inmensa mole de granito, que la imprudente ola, á pesar de sus terribles esfuerzos no consigue derribar.

Ora, al contrario, vese una titánica aguja en torno á la cual las ondas borbotan sin cesar, cubriéndola con su blancuzca espuma, decentándola cada dia con su eterna mordedura.

La mar, irritada por los obstáculos que estas rocas le ofrecen, las asedia continuamente, las hiere con violencia, las cubre, las desborda, y se engolfa con estentórea voz de trueno en sus profundas grietas.

La señorita Berard, cuando no estaba en la playa, ó en el mar, complaciase pasando horas tras horas en medio de aquella naturaleza salvaje.

Nada mas curioso y conmovedor á la vez que verla descender á anchas grutas donde únicamente algunos, muy contados, habitantes del país osaban aventurarse; saltar de una á otra roca y dejarse deslizar á lo largo de un acantilado abrupto.

Para esta clase de ejercicios calzaba largos botines de ante y sin tacon.

Ninguna importuna enagua estorbaba su marcha.

Cubria su cabeza una de esas tocas llamadas sombrero de marinero.

Y llevaba constantemente en la mano un baston de montaña, de férrea contera.

Luciano la encontraba encantadora así, y no podia separar de ella los ojos.

A menudo, regresaban juntos, precedidos ó seguidos de los paseantes que les acompañaban en su escursión.

Recorrian, uno al lado de otro, á campo atravesado, estrechos senderos donde, los accidentes del terreno los hacian tocarse por instantes.

Luciano, entonces, sentíase estremecer, y se alejaba instintivamente de su compañera, para volver á reunirse con ella un segundo despues.

Diana, por su parte, sonreía mirándole á hurtadillas, y silenciosa, continuaba tranquilamente su marcha.

La velada volvía á reunirles tambien á orillas del mar.

El Pouliguen no tiene Casino, y en los meses de julio y de agosto la playa es, al anochechar, el único punto de reunion.

Unos, siéntanse á la redonda en la arena.

Otros, se arriman de espaldas contra la pared de una barraca, ó contra la empalizada de un chalet y, hablando de mil cosas indiferentes, repósanse del baño y del paseo, contemplan las ondulaciones del líquido elemento, y se preparan para dormir.

A veces, el azar les colocaba á él junto á ella, en la misma escavacion, apoyados contra la misma barraca, y al cerrar la noche, los largos cabellos de Diana, agitados por la brisa, venian á rozar el rostro de Luciano.

Así pues, á cada hora del dia, ella se encontraba mezclada en la existencia de él.

¿La amaba este?

No era probable.

Si hubiese creído amarla, habria tenido el valor de huir de ella, porque en la actualidad todavía la razon era en él lo mas dominante.

Pero su vista, su recuerdo le causaban una emocion de la que hubiera debido desconfiar.

Cuando pensaba en ella, no eran sus cualidades morales, su

amabilidad, su talento, lo que él evocaba, sino sus rasgos, su talle, todo cuanto podia ver, ó adivinar podia.

Diana Berard aparecíasele raras veces.

La mujer de fuego se le ofrecía sin cesar.

La narracion de Desvignes, el baño fosforescente acudian á cada momento á su recuerdo, y sufría gravemente á la idea de que otros habian contemplado tesoros que sin duda no le seria dado ver jamás.

Aun, si el velo que la ocultaba á sus miradas no se hubiese jamás levantado, tal vez hubiera él acabado por resignarse.

Pero en dos diferentes ocasiones, una punta del tal velo se alzó, y estas semi-confidencias aguijonearon su curiosidad, inflamando de una manera peligrosa su ya sobrecitada imaginacion.

Habiendo las jóvenes solteras, á quienes la señora Desvignes se placía en reunir en torno á sí, suplicado á esta varias veces que las permitiese bailar en su chalet, el mayor chalet de la playa, accedió por fin á darlas gusto, y distribuyó invitaciones por todo el Pouliguen.

Quedó convenido que esta soirée, bruscamente improvisada, seria de confianza.

Las saltatrices debían asistir de traje blanco no descotado...

Apenas si se las autorizaba llevar una flor en sus cabellos.

Á la juventud masculina se le dispensaba el frac negro y la corbata blanca.

En cuanto á los papás y mamás, despues de haber introducido á sus hijas en el salon de baile, y de haberlas confiado á la señora Desvignes, se les invitaba muy graciosamente, en vista de la exigüidad del local á ir á *formar museo de antigüedades* en la galería que domina al mar.

Estas prescripciones fueron cumplidas casi.

Un jueves de agosto, en una hermosa y ardiente velada, una cincuenta de bañistas de uno y otro sexo, venidos de todos

los ámbitos del Pouliguen y de Painchâteau, tomaron posesion del chalet Desvignes.

La señorita María de Rioux, una de las primeras invitadas á la fiesta, habia manifestado gran deseo de asistir á ella, y su tio, á pesar de su rigidez de principios, no creyó deber privarla de este gusto.

Hábala confiado á la señora d'Aubier la cual resignóse á asistir á la *soirée* para complacer á su nuera en ciernes y sobre todo para procurarle la ocasion de verse con Luciano.

María de Rioux se habia conformado en un todo á las leyes suntuarias promulgadas por la señora Desvignes.

Llevaba el clásico vestido blanco sin descote, sin bordados, sin festones.

Los únicos atavíos que se permitiera consistian en un pequeño ramillete de florecitas del campo en sus bellos cabellos negros, y una ancha cinta escocesa que, despues de ceñir su talle, formaba un nudo por detrás, viniendo á caer á lo largo de la falda.

Estaba adorable en tan sencilla y fresca *toilette* y Luciano, testigo del efecto que la jóven producía en todos los presentes, no podia menos que admirarla y sonreírle.

Ornado, á pesar de las prescripciones, con el frac negro y la corbata blanca oficiales, y sentado en la galería, junto á su madre, porque, en su calidad de magistrado, no creía deber mezclarse á los grupos de los danzantes, decíase, contemplando á la señorita María de Rioux, que tal era en verdad la mujer que le convenia.

A su lado, su vida trascurriría honrada, tranquila y placida.

María llegaría á ser una adorable madre de familia, como sería tambien una esposa modelo.

Sus nacientes gracias, su belleza apenas bosquejada, su encanto todavía en estado de croquis dibujaríanse y se acentua-

rian en breve, y el verano, próximo ya, realizaria todas las promesas de tan deliciosa primavera.

De improviso, durante un rigodon, prodújose una especie de conmocion en la sala y los ojos todos dirijiéronse hácia la puerta de entrada.

Acababa de llegar la señorita Berard, y se adelantaba dando el brazo á Desvignes, y seguida por su padre.

Todas las muchachas, despues de haber escudriñado con rápida ojeada su *toilette*, pusiéronse á cuchichear entre ellas.

Algunas hicieron una mueca de disgusto.

Otras manifestaron su descontento por frases á media voz pronunciadas.

Y era que la señorita Berard, despues de haber prometido conformarse al reglamento, lo habia infringido.

En lugar de vestir el traje blanco de uniforme, enarbolaba descaradamente un vestido de tul negro.

Variás ramas de serbal roji-vivo realzaban su basquiña, y ornaban su corsé y sus cabellos.

Una amplia cinta, del mismo matiz que el serbal, ceñía su talle.

En fin ¡detalle increíble!

Osaba presentarse descotada.

Empero, si bien las solteras y las madres de familia clamaban ¡traicion! los solteros y los casados no parecían escandalizarse ni poco ni mucho.

En las miradas que dirijian á la bella Diana, léíase cosa muy diferente que reproches.

Parecían agradecerle que hubiese venido á dar relieve y tono á aquella *soirée* de colorido asaz blando.

Y Closel, inclinándose al oído de uno de sus vecinos, decíale: «Una reina faltaba en la fiesta; ¡hedla aquí!»

En efecto, Diana Berard era sin disputa la reina de todas aquellas jóvenes.

Ninguna de ellas, entre las mas encantadoras, podia compararse con Diana.

Ella las dominaba por todos los conceptos.

Por su talle.

Por sus maneras desembarazadas.

Por su elegante *toilette*.

Por su soberana belleza.

¡Cuánto no palideció la estrella de la señorita de Rioux á los ojos de Luciano, deslumbrado desde que entrara la señorita Berard!

¡Cuán insignificante colegiala le parecia la primera, al lado de la segunda!

¡Cuánta distancia entre ellas!

Una era un sol.

La otra, su satélite apenas.

Pero no era la belleza de la señorita Berard lo que á Luciano tenia subyugado; tiempo hacia ya que le rendia homenaje.

Lo que le hechizaba, en aquel momento; lo que infundia nuevo ardor á la especie de amor plástico que habia consagrado á la mujer de fuego, era que, al presentarse descotada, como lo estaba, en menosprecio de los reglamentos, acababa de levantar una de las puntas del velo que la robaba á las miradas de Luciano.

No se disimulaba este que, á pesar de esta nueva revelacion, quedaban todavía por profundizar muchos misterios.

Empero, aproximábase paulatinamente á la verdad, y el dominio de sus conocimientos se ensanchaba de un modo sensible.

Aquellos hombros de tan perfecto contorno, de tan correcto y firme dibujo.

Aquel dorso dó se continuaba el sedoso vello de la nuca y del cuello.

Aquel pecho ámplio, desarrollado, combado.

Aquel cútis tan trasparente y tan liso que dejaba vislumbrar la circulacion de la sangre.

Todo aquel conjunto de hechizos le abria nuevos y arrebatadores horizontes.

Lo que conocia, le permitia adivinar lo que no conocia.

Y, de deduccion en deduccion, de hipótesis en hipótesis, podia rivalizar en ciencia con Desvignes y Closel, los dos indiscretos testigos del baño revelador.

Preocupado enteramente en su muda contemplacion y en los peligrosos ensueños dó se estraviaba su pensamiento;

Fiel á su mutismo habitual, cuando se encontraba en presencia de la señorita Berard;

No hubiera pensado ni siquiera en aproximarse á ella en toda la velada, ni en manifestarle su admiracion, si la señora Desvignes no hubiese venido á buscarle á la galería, á tomarle de la mano y conducirle ante su ídolo.

—Mi querida Diana, dijo ésta, vos sola, entre todas mis danzarinas, sin hacer caso alguno de mis prescripciones, habeis enarbolado una *toilette* de baile; sufrid, pues, que os dé por pareja al único de mis invitados que, con su corbata blanca y su frac negro, ha protestado como vos, contra mis leyes suntuarias. Así me vengo yo.

Despues de este sermonecillo, fué á reunirse en un rincon, donde todo el mundo la olvidaba, á la *capitana* de dragones, la cual, apenas la vió acercarse, cuando, designándole con los ojos á Diana Berard:

—Si lo hubiese sabido, hubiera venido descotada.

—¡De buena nos hemos librado! pensó la señora Desvignes.

En el momento en que Luciano acababa de ser puesto en presencia de la señorita Berard, dejábanse oír los preludios de un waltz.

Levantóse Diana y dirigiéndose al sustituto que permanecia en pié ante de ella:

—Ya que, por orden superior, le dijo, hemos de bailar juntos, resignémonos de buen grado.

Si no sois un buen valzador, como tengo para mí, no por ello os inquieteis.

Ceñid con vuestro brazo mi cintura, según la costumbre; pero dejaos guiar, respondo de vos y de mí.

No opongais la menor resistencia; eso es lo único que os pido. Hacedos el muerto.

Él obedeció y los dos lanzáronse, girando, por el salón.

A fin de poder dirigir con más seguridad á su pareja, estrechábase Diana contra él y le agarraba con fuerza la mano.

Aquellos hombros que momentos antes contemplaba él de lejos con embriaguez, veíalos en la actualidad junto á sí, bajo sus ojos; su mejilla los rozaba.

Aquel talle, tantas veces admirado, su brazo lo oprimía y lo sentía ondular y combarse bajo su presión.

Aquel pecho maravilloso, no formaba entonces por decirlo así, más que uno con el suyo.

Podía contar sus latidos, sentir sus menores estremecimientos.

Todo un costado de su cuerpo se hallaba en contacto directo con su pareja y; por momentos, sus muslos y sus rodillas se unían.

Al mismo tiempo, voluptuosos perfumes, tibios efluvios subían hasta él y acababan de embriagarle.

Acompañóla á su sitio.

En el momento en que iba á separarse de ella, dirigióla Diana una mirada y le dijo:

—¡Qué pálido estais!

—¡No es por falta de motivo! exclamó, y añadió brusca-mente, con voz ahogada: Os dejo. ¡Adios! ¡acabaria por volverme loco!

No parecieron estas palabras sorprenderla.

Tal vez tenía conciencia del efecto que producía su belleza.

Tal vez, también, junto á Luciano, experimentaba ella mismas sensaciones análogas á las suyas.

Siguióle con húmeda y voluptuosa mirada, y al irle á invitar un joven para otro waltz, declaró que no volvería á bailar en toda la noche, y se dirigió á la galería á reunirse con su padre, quien, habiendo encontrado dos benévolos oyentes, se entretenía explicándoles su sistema de hélice.

Por su parte, Luciano, paseábase por la playa, decidido también á no valzar más con la señorita Berard.

Recordaba la encantadora escena del: *Lirio en el valle*, donde, en un baile, un adolescente, fascinado, magnetizado en cierto modo por unos bellos hombros, pierde la cabeza y no teme pegar sus labios sobre el objeto de su admiración.

Más avanzado de edad que el héroe de esta aventura, no se encontraba Luciano menos espuesto que él á un movimiento irreflexivo, y preguntábase con terror qué hubiera sucedido sí, en su posición, en un salón donde se encontraba su madre, se hubiese permitido un desliz tal.

¡Ah!

Habituado por profesión á sondear la conciencia de los demás, obligado estaba á leer en la suya y fuerza le era confesar que, durante las dos semanas que había pasado en el Pouliguen, bajo el imperio de escitaciones siempre nuevas y de continuos hechizos, sus ideas de cordura se desvanecían insensiblemente, y su imaginación, más desordenada cada día, tenía en jaque á su razón.

Sin intentar disculparse cuando analizaba estas sensaciones nuevas, no dejaba de reconocer que eran consecuencia de su vida pasada y que pagaba la pena de una juventud mal comprendida y de una retención estemporánea.

Á los veinticinco años sufría las consecuencias que de ordi-

nario se sienten al salir del colegio y vivia á la vez, todos los años que no habia vivido aun.

Aquella noche, sin embargo, hizo aun algunos esfuerzos con objeto de combatir la pasion que le invadia, y ensayó, segun su costumbre, encontrar al lado de la señorita de Rioux fuerzas para luchar contra la señorita Berard.

Esperando que las gracias encantadoras y reposadas de la primera disminuirian las violentas emociones causadas por la segunda, subió la escalerilla que de la playa conducia al chalet; atravesó la galería; pasó ante Diana sin volver la cabeza y fué á sentarse junto á María.

La prueba era digna, pero poco acertada.

No era aquel el momento en que debia sentarse.

En las disposiciones de espíritu en que se hallaba, el poner en parangon á la señorita Berard y á la de Rioux, era querer perjudicar á esta última.

No podia María luchar con una rival si no por su encanto delicado y semi-velado, una gracia ingénua y virtudes que se apreciaban, mas que todo, en la vida íntima, pero que no resaltan en un baile, donde el triunfo pertenece esclusivamente á las cualidades de relieve.

Luciano contemplaba, no obstante, á su compañera, con toda su vista.

Intentaba impregnarse de sus rasgos para conservarlos en recuerdo y escudarse en ellos.

Pero, sin darse cuenta, y á pesar de sus esfuerzos, otro rostro, otras formas eran las que en su memoria se grababan.

Cuando conoció que sus penas eran inútiles, y que con la señorita de Rioux se encontraba todavía y siempre con la señorita Berard, prefirió no obligar mas á sus miradas á aislarse sobre un solo punto.

Libres, lanzáronse al salon, y sin vacilar se fijaron sobre la bella Diana.

Esta conversaba con el señor de Sery quien parecia mas conmovido aun junto á ella, de lo que lo estuvo Luciano.

«El desventurado está flechado como yo, pensó d'Aubier.

«Hállase subyugado por el encanto de esa fatal beldad.

«Ni su edad, ni su debilidad enfermiza, ni la frialdad que le muestran, bastan á protegerle.

«¿Cómo, pues, pretenderia estarlo yo, yo que soy jóven, yo que me siento con fuerzas inauditas que gastar, yo á quien ella solicita?»

No se engañaba Luciano; Diana le solicitaba.

Si á consecuencia de su existencia primitiva, experimentaba todavía Luciano las sensaciones de un adolescente, en revancha, gracias á su carrera y á la práctica en asuntos delicados, razonaba como un hombre hecho; dábase cuenta de todo y analizaba cada palabra, cada gesto.

No podia disimulárselo: agradaba á la señorita Berard; era evidente.

De algunos dias á entonces leia su triunfo en las miradas, en la inflexion de la voz, en la actitud de la linda bañista.

¿A qué lo debia?

¿Qué cualidades la habian seducido?

Todo, y nada.

Aquella jóven altanera, enérgica, mas apasionada que tierna, rara, ardiente, ruda, un tanto salvaje, sin ilusiones, en busca de emociones desconocidas, ignorante del peligro, ó presta á desafiarlo, no admitiendo ninguna imposibilidad, anticipándose á los obstáculos á fin de vencerlos, á quien en sus primeros años faltaron los consejos y la cuerda direccion de una madre, cuyo carácter ningun sentimiento de ternura habia hasta entonces podido doblegar, amansar y enternecer, cuya lujuriente naturaleza agitábase impaciente bajo el peso de fuerzas y riquezas inactivas, debia dejarse seducir por las maneras distinguidas y reservadas de Luciano, por su aparente frialdad, por

sus incontestables dotes físicas, por lo algo de afeminado que había en él, por las resistencias continuas que le oponía, por su posición, por su talento de orador, talento que ella había podido apreciar, por el concepto misterioso de su carrera, por el ardor que leía en sus ojos y su ciencia en disimularlo, y finalmente, por todo y por nada, diremos, para acabar como hemos empezado.

En el interin, despues de haber dejado al señor de Sery, al señorita Diana conversaba con Desvignes y Closel.

Nada podía ser menos á propósito para devolver á Luciano la calma y el apaciguamiento que viniera á buscar junto á la señorita de Rioux y que no había podido encontrar todavía.

La vista de estos dos señores, sobre todo cuando se encontraban con la señorita Berard, le traía á la memoria el misterioso baño á que habían asistido, é irritaba su pasión desmesuradamente.

Su deseo de instruirse como ellos, hacíase mas vivo, y lejos de considerarse satisfecho con los nuevos conocimientos que adquiriera en la velada, padecía mucho mas cruelmente por su ignorancia.

Debia, sin embargo, adelantar un poco mas en sus estudios plásticos, gracias á una escursión á la aldea de Piriac, y á una partida de pesca de langostinos, que la señora Desvignes organizó para dentro de dos dias, cuando sus invitados se despedían de ella cumplimentándola por la alegre velada que les había hecho pasar.

Exactos fueron á la cita los convidados.

Una veintena de personas próximamente encontráronse reunidas á las nueve de la mañana del dia señalado, en el muelle, ante el chalet de Esgrigny.

Al mismo tiempo llegaba la calesa de Desvignes y los únicos vehículos que se habían podido encontrar entre los alquiladores del país: dos especies de *break*, de los que uno perte-

nece á los Pinaud, los bañeros del lugar, y otro á una anciana bretona, la viuda Lerno, que guiaba por sí misma á su caballo blanco, vigoroso aun á pesar de su avanzada edad.

Cuando todo estuvo reunido, tratóse de repartirse los coches.

La señora Desvignes ofreció generosamente el suyo y pretendió montar en el carromato de los Pinaud.

Opusiéronse los presentes y la introdujeron á viva fuerza en su calesa, despues de haber colocado dos centinelas en la portezuela para impedirle que bajase.

Autorizada únicamente á elegir á sus invitados, designó á una de sus vecinas de la playa, amabilísima casada, la señora M...l, y para ocupar los dos sitios delanteros, al señor de Sery y á Luciano.

Estos dos caballeros, que habían esperado sentarse en el *break* junto á la señorita Diana, aceptaron con aire compungido el honor que se les hacía, en tanto que la capitana de carabineros, obligada á refugiarse en el vehículo-Pinaud, dirigía sobre los huéspedes de la señora Desvignes furibundas miradas de envidia.

El resto de la jovial comitiva se hacinó, mal ó bien, en los dos *breaks*.

Emprenóse la marcha.

Saliendo del Pouliguen, se abandona el camino que conduce al Croisic y no tarda en descubrirse un paisaje de los mas curiosos.

En una estension de dos leguas casi, ni árboles, ni campos, ni verdura.

Apenas algunas casitas, que constituyen el villorío de Saille, situado, como una isla, sobre un terraplen de granito.

A derecha y á izquierda del camino, hasta donde alcanza la vista, millares de pequeñas balsas, reflejando los rayos del sol y encuadradas en una inextricable red de diques y de senderos.

Son las marismas, única riqueza de la comarca.

Dividense en salinas, cuyas diversas dependencias destinadas á favorecer la cristalización de la sal y su explotación toman los nombres de: *vasières*, de *etiers*, de *cobiers*, de *fares*, de *delivres*, de *ladures* y de *willets*.

Varios arrecifes, llamados *bossis* y *tremets* rodean la salina y sirven de paso á los hombres que, armados de un *las*, especie de rastrillo-pala, amontonan la sal sobre las *ladures*.

Todo tiene un nombre extraño en este país.

La natura, allí, reviste una forma singular.

El sol reluce.

El agua centellea.

La llanura parece plateada.

Perfumes-violeta embalsaman el ambiente.

Los pajares de nuestros campos están reemplazados por *mulons*, montículos de sal que esperan, al sol, reflejando sus rayos, la hora de la venta.

Diríase que son pequeñas cúpulas de plata diseminadas por millares en la llanura.

Los cultivadores de la comarca se designan con el nombre de *paludiers* (salineros).

Su talle es elevado; robusta su estatura.

Usan el sombrero breton de anchas alas, la blanca blusa que desciende hasta las rodillas, donde viene á reunirse con las grandes polainas de tela, blancas como la blusa.

Los jornaleros ó mozos de granja se llaman *saumiers*.

Véseles agitarse sobre las *fares* y los *willets* para recoger con su *lance*, especie de cuchara gigantista, la sal blanca ó *menu-da* que los *paludiers* les abandonan en salario.

Varias mujeres, siempre buenas mozas, á menudo lindas, sobre todo las de Saillé, corren descalzas, remangadas las hal-das, á lo largo de los tabiques de la salina.

En sus cabezas reposan grandes *gedes* llenas de sal, que tienen misión de verter sobre los *tremets*.

Algunos caballos, y unas cuantas mulas, éticos, esperan tristemente á sus dueños, al borde del pantano.

Aleccionados, por una larga esperiencia, que sus investigaciones serian infructuosas para encontrar en los alrededores ni un solo tallo de yerba, conténtanse con calentar al sol su enflaquecido cuerpo, y agitando los cascabeles de su collar.

Pronto cambia el paisaje de aspecto.

Las marismas desaparecen; vuelve á lucir la verdura y se llega ante Guerande, una de las mas curiosas aldeas que nos legara la Edad Media.

Una inextricable trabazon de yedra cubre totalmente sus altas murallas admirablemente conservadas.

Racimos de madreselva y de clematida encuadran sus almenas.

Y, por cima de sus cuatro macisas puertas, en profundas bóvedas, en sus fosos todavía inundados, balancéanse el nenúfar y la espadaña.

Es uno de aquellos soberbios nidos feudales que el tiempo ha marcado con su artística huella y al que tres siglos han dado un sello maravillosamente característico.

La calesa de la señora Desvignes, habiéndose colado en Guerande por la puerta de Saille, en lugar de seguir el mallo plantado de álamos, olmos y fresnos, los dos *breaks* se creyeron obligados á tomar la misma ruta, á pesar de su temor á averias en las callejas estrechas y tortuosas que tenían de atravesar.

Por fortuna no era aquel día de mercado.

La aldea estaba desierta.

Así, pues, no tropezaron con ningun obstáculo, y despues de haber pasado ante el púlpito exterior de Saint-Aubin, una de las curiosidades arqueológicas del lugar, salieron por la puerta occidental de Bizienne, y se lanzaron á la carretera de Piriac.

Aquí el paisaje gana en estension, descubriéndose magníficos horizontes.

Percíbese, de repente, la península sobre que reposan el Pouliguen, el Bourg de Batz y el Croisic.

Domínase el canal du Traict, surcado de embarcaciones, la calzada de Pembron y el arrecife du Trehic.

Á lo lejos se dibujan las isletas Dumet, Hadic y Houat, circuidas por flotillas de pescadores de sardinas, y por fin, el faro *du Four*, la costa del Morbihan y el Océano sin límites.

Después de haber gozado durante una legua de este panorama, los carruajes atravesaron, sin hacer alto, la Turbale, puerto de pescadores, de asaz grande importancia, y llegaron á Piriac á eso de las once.

Apeóse la comitiva, abriéronse los cofres que contenian las provisiones y todo el mundo se encaminó jovialmente hácia la punta de Castelli, uno de los sitios mas agrestes de la comarca.

Tratábase actualmente de preparar la mesa ante una de aquellas grutas, designadas por los raros calificativos de: *Le Trou du Moine fou* (La Cueva del Monje loco), *La Grotte à Madame* (La Gruta de la señora), *La Couette* (La Colcedra), *Les Oreillers* (Las Almohadas).

Dióse la preferencia á *Le Tombeau d'Almanzor* (La Tumba de Almanzor), y después de haberse escavado asientos en la arena, y de improvisarse servilletas con periódicos, abalanzáronse á los fiambres y al pastel de rigor en toda gira campestre.

Hízose todo lo posible para distraerse y olvidar que la Tumba de Almanzor es un antiguo altar druídico sobre el que los sacerdotes de Teutates sacrificaban víctimas humanas.

El dios de los Galos y de los Germanos no dió muestras de resentirse por el ningún respeto con que se le trataba, y, habiendo dado término, sin tropiezos, el desayuno, hubo de pensarse en la pesca de langostinos, objeto principal de la escursión.

Propicio era el momento, y habia sido elegido perfectamente.

La mar bajaba desde hacia tres horas y dejaba en descubier-to una gran estension de arena y rocas.

Faltábanle todavía tres horas de decrescencia, lo cual permitía aventurarse á lo lejos sin temor de verse sorprendido por las olas.

Unos armáronse de redes, llamadas *havenaux*, colocadas en el extremo de largos mangos de palo.

Otros proveyéronse de *lances*, utensilios de hierro de un metro de longitud, por si acaso encontraban cangrejos grandes ó langostas.

Los mas tímidos ó los mas perezosos se contentaron con llevar los cestos destinados á recibir la pesca.

Y unos cuantos, entre estos Luciano, reserváronse no llevar nada absolutamente.

Pronto la cabeza de la comitiva dejó oír gozosos gritos.

El langostino, numeroso y grueso en aquellos sitios, empezaba á dar de sí.

El cangrejo gigante, adormecido en un aguazal, despertábase al aproche de los pescadores, y cernido por todos lados, en vano intentaba volverse al mar.

Todo anunciaba una magnífica pesca.

— ¡Bah! ¿á qué mojarse los piés? decíanse Luciano y Desvignes, que formaban siempre la retaguardia.

Empero, al fin, fueles forzoso avanzar, y cuando vieron que todo el mundo les echaba en cara su culpable inercia, no les quedó mas remedio que armarse del *havenau* de rigor.

La señorita Berard, que se distinguía por su celo, habia tomado aparte á Luciano:

— ¡Cómo! le decía; ¿os habrían traído en coche desde el Pouliguen á Piriac, y alimentado espléndidamente, para que os limitaseis á contemplar nuestro trabajo! Vuestra conducta no brilla por su delicadeza. Habeis ocupado en la calesa de la señora Desvignes y en la mesa del festin el sitio verdadero de un pes-

cador. Si no querias pagar con vuestra persona, debiais quedaros en el Pouliguen, á contar cuentos de hadas á la señorita de Rioux, ¡ea! ¡quien me ame, que me siga!

Estaba encantadora al hablar así.

Su mirada, un tanto enardecida por el champagne del almuerzo y por el placer de la pesca, brillaba con vivo fulgor.

Sus mejillas estaban mas que de costumbre sonrosadas.

Y á través de sus labios, enrojecidos por el aire corriente, entreabiertos y sonrientes, percibíanse dos sartas de perlas de deslumbrante blancura.

No era menester tanto para vencer la indolencia afectada de Luciano y las resistencias que habia creído deberse imponer todavía.

Cogió su *hauenau* con mano firme, como hubiera podido hacerlo un pescador de oficio, y lanzóse tras las huellas de la mujer de fuego.

El pobre señor de Sery intentaba en vano seguirles, consiguiendo únicamente hundirse en la arena y bambolearse en las rocas.

Habíanse dirigido hácia el cabo de Penhareng.

Diana escudriñaba las rocas con su *lance*, procurando espulsar á los habitantes del mar en sus grietas refugiados, y Luciano mantenía su red en disposición de recibir á los fugitivos.

Hasta empleaba en el ejercicio de tan útiles funciones un ardor digno de elogios, ya porque le hubiese tomado gusto á la pesca, ya tal vez porque el entusiasmo de su compañera hubiese conseguido vencer su habitual frialdad.

Á algunos pasos de ellos, un muchacho del país llevaba un cesto donde se rebullian ya en confusión varios cangrejos mayúsculos, una langosta *de tierna edad*, y un sin fin de langostinos.

Sentado en una roca y ocupado en cubrir de ovas el cesto, para retener en él á los huéspedes confiados á su cuidado, di-

rigia de vez en cuando una mirada burlona á los pescadores aficionados que le rodeaban, pues el resto de la comitiva se habia ido aproximando poco á poco.

Por fin, no pudiéndose contener mas y dirigiéndose á sus mas cercanos vecinos:

—¡Vaya! ¡estais perdiendo inútilmente vuestro tiempo! les dijo: allá, en aquellos rocales, encontrareis magníficos cangrejos.

—Maliciosillo eres, muchacho, replicó la graciosa *capitana* de carabineros. Para llegar á donde pretendes es menester meterse en agua hasta las rodillas.

—¡Y qué! observó la señora Desvignes adelantándose ¿no hemos venido aquí para mojarnos?

—Sin duda que sí, exclamaron varias voces.

—La diversion está en salpicarse, dijo una jóven solterita.

—Por mi parte, añadió otra, ya he hecho el sacrificio de mis botinas.

—Es que, señoras, repuso la *capitana* de carabineros, es que no se trata de nuestras botinas, si no de nuestros vestidos. Lo menos hay un pié de agua en ese agujero.

—Tal vez dos, replicó el muchacho.

—¡Vaya una ganga! ¡andar hechas una sopa durante todo el dia!

—Hay un medio sencillísimo para no mojarnos, dijo la señora Desvignes; quitémonos las botinas y las medias, cual si fuésemos á tomar nuestro baño de cada dia.

—Justo, sí!

—Pero, ¿y nuestros vestidos?

—Remanguémoslos...

—¡Oh! pero... entonces... dijo la *capitana* de carabineros.

—Entonces, ¿qué?

—Que podrán vernos las piernas.

—¡Vaya un mal! exclamó la señora Desvignes ¿por ventura

hemos venido al Piriac para andarnos en pelillos? Descubrir las espaldas en el baile ó las piernas en la pesca, viene á ser una misma cosa, y, además: ¡Honni soit qui mal y pense! ¡eal! ¡yo misma daré el ejemplo!

—Y nosotras lo seguimos, replicaron varias muchachas.

—Por mi parte, señoras, diga la capitana de carabineros con cierto tonillo, no creo deber imitaros; mi marido encontraría algo que decir; ya os esperaré.

—Como gustéis, querida, replicó la señora Desvignes quien, refugiada ya en una gruta con la mayor parte de sus compañeras, y al abrigo de las miradas masculinas, hacia una *toilette* de circunstancias.

—Por fuerza la capitana tiene algun defecto oculto, dijo Clo-sel á Desvignes.

—Siempre me lo he figurado.

—¿Por qué habeis invitado á tan insufrible criatura?

—Es que no la hemos invitado; se nos ha impuesto.

—¡Si la ahogáramos!

—En eso pensaba, dijo Desvignes distraido.

—¿Qué es eso, Diana? exclamó de repente la señora Desvignes, reuniéndose á su marido ¿qué? ¿no os decidís á imitarlos?

—¿En qué? preguntó la señorita Berard, quien encarnizada en la persecucion de un cangrejo recalcitrante, no estaba al corriente de la situacion.

—Mirad, dijo la señora Desvignes, mostrándole su improvisada *toilette*.

—Escelente idea, exclamó Diana; dentro de un momento me tendreis hecha á vuestra imágen.

—¡Pardiez! murmuró la capitana de carabineros; desde el momento en que se trata de una nueva exhibicion de su persona, segura estaba yo de que no vacilaria.

Fiel Luciano á sus deberes, continuaba impertérrito dando pesca al cangrejo abandonado por la señorita Berard.

Cuando, despues de una lucha tenaz, le hubo vencido y encerrado en la cesta de mimbrés, buscó con la vista á su colaboradora de pesca.

En aquel momento Diana salia de la gruta-tocador de todas aquellas damas, y avanzaba por la arená, lijera y sonriente, artísticamente remangado el vestido, y las piernas desnudas.

Luciano, que ni por asomo esperaba tal espectáculo, sintió como un vértigo.

La resolucion tomada por la señora Desvignes y adoptada por sus compañeras, habia animado de improviso la playa de un modo pintoresco.

Aquellos lindos piés blancos, aquellas piernas delgadas ó regordetas que corrian de acá para allá, salpicadas de finísima arena cuyas plateadas lentejuelas brillaban al sol, producian un efecto encantador.

Un artista, un pintor, seducido por semejante espectáculo, hubiérase tendido sobre la playa, á fin de apreciar todas sus líneas y admirar sus contornos todos.

Pero ¿qué le importaba á Luciano el conjunto del cuadro!

Solo tenia ojos para un rincon del mismo, uno solo.

Para él no existia mas que un punto luminoso; todo el resto se anegaba en la sombra.

Y no era ya á la señorita Berard lo que él admiraba.

Ya no se inquietaba ni de su lindo talle, ni de su busto elegante, ni de su espresiva testa.

Sus miradas parecian adheridas únicamente al nuevo descubrimiento que acaba de hacer.

Analizaba con amor aquel pié de correcto dibujo, un tanto moreno por demasiado prolongados baños de mar, aquellas pequeñas uñas rosadas, cuidadosamente recortadas, aquel empeine torneado, aquel talon firme y redondeado, aquel tobillo de admirable relieve.

Despues, sus ojos fijábanse á mayores alturas y se estasiaban

contemplando la delgadez y al mismo tiempo la fuerza de las gargantas, la elegancia de la pantorrilla que iba redondeándose por grados, adquiriendo en el sitio deseado una voluptuosa gordura sabiendo ser á la vez musculosa y elástica.

Mientras se dedicaba el á este estudio, un rayo de sol, retozon sobre aquella esquisita pierna, hacia resaltar el rubicundo vello que la cubría y ponía en evidencia una deliciosa peca colocada en el arranque del jarrete.

Los bañistas del Pouliguen tuvieron ocasion de felicitarse por haber seguido los consejos del muchacho pescador.

En el aguazal designado por éste proveyéronse de magníficos cangrejos, desconocidos en cualquiera otra playa.

Tan afortunada fue la pesca, que la comitiva se distrajo hasta el extremo de verse sorprendida por la marea.

La *capitana* de carabineros encargada de guardar las botitas, las medias y las ligas abandonadas en la gruta, habiéndose alejado de su apostadero, y aventurándose por la playa, fue de repente azotada por el flujo y empapada hasta la cintura.

Desvignes y Closel, testigos de tal desastre, despues de haber reído hasta el punto de saltárseles las lágrimas, fueron á prodigar, gravemente, sus consuelos á la náufraga, y á aconsejarla que se quitara las mojadas vestiduras, para dejarlas secar sobre la arena.

Negóse la *capitana* á ello en absoluto y se embozó de nuevo en su dignidad.

Sin embargo como ésta no bastaba á hacerla entrar en calor túvose la caridad de anticipar la partida.

Despues de haber disfrutado, durante todo el regreso, de una magnífica puesta de sol, la jovial comitiva entró á eso de las ocho en el Pouliguen, fatigada aunque encantada de su escurcion.

Así, poco á poco, la curiosidad de Luciano iba satisfaciéndose.

El círculo de sus conocimientos se agrandaba, y adelantaba nuevos pasos en los dominios de la ciencia.

Pero se parecía á esos valerosos exploradores del África central, que, vueltos de un penoso viaje, no piensan, á pesar de los peligros corridos, mas que en hacer otro nuevo, ni alimentan mas pensamiento que el de marchar de descubrimiento en descubrimiento y se niegan el derecho de detenerse mientras exista un solo punto para explorar en la comarca que se han impuesto la mision de conocer, volviase cada dia mas celoso del saber de Desvignes y de Closel.

¿No le decia cada uno de sus nuevos descubrimientos, cuán favorecidos habian sido aquellos señores por el azar y cuanto placer no habian debido encontrar en los estudios completos que les fue permitido hacer?

Este ardiente deseo de perfeccionarse y de igualar en ciencia á los mas sábios, acabó por pasar á ser un estado morboso.

Preguntábase sin cesar si el hado no le favorecía á su vez, como habia favorecido á sus rivales.

Nervioso, inquieto, agitado, acontecíale pasearse por la noche en las rocas testigo del misterioso baño.

Pero la mujer de fuego no se bañaba ya despues de puesto el sol, y por otra parte, la mar es raras veces fosforescente en aquellos lugares.

Desesperábase Luciano, y su idea fija le encaminaba insensiblemente á la locura, cuando fue salvado, gracias á una repentina inspiracion, seguida de una tentativa de las mas culpables, sobre todo de parte de un grave magistrado, pero digna tal vez de excusa si se atiende al grado de exasperacion enfermiza á que el infeliz habia llegado.

Una mañana hirió sus oidos la voz irritada y ágría de la *capitana* de carabineros:

—Es una infamia, decia, voy á dar parte al alcalde y al guarda campos. Hasta á los Tribunales llevaré la cosa si es preciso.

—¿Pero, qué ocurre, señora? preguntó Closel que paseaba por allá, como al azar, y aproximándose seguido de varias personas.

—Ocurre, caballero, que han intentado introducirse, con fractura, en mi barraca de baño.

—¡Ah! ¡Dios mio! exclamó aquel con imperturbable aplomo y ¿qué momento han elegido, señora, para cometer tal atentado?

—El momento... caballero... el momento en... el momento... en fin... en que salía yo del baño é iba á vestirme.

—Muy bien, continuó Closel siempre inalterable; muy bien! Es decir que acababais de dejar caer á vuestros piés el traje de baño! Momento oportuno!

—¡Cómo, oportuno, caballero! exclamó ella furibunda.

—Oportuno, si, como la hora de media noche lo es para los ladrones, señora. Todo en este mundo es relativo. Lo que es un momento malo para la víctima, es bueno para el culpable. ¿Presumo que le habreis hecho arrestar?

—Si no le conozco!

—¿Será tal vez un nuevo forastero?

—¡Qué sé yo!

—Sin embárgo, si vos no lo habeis conocido, señora, por fuerza debe ser un forastero nuevo.

—¡Si no podia reconocerle!

—¿Iba quizá enmascarado, el bribon?

—No señor, no tal. Parece que lo haceis adrede; os digo que no le he visto.

—¡Se ha introducido en vuestra barraca, y no le habeis visto! ¡vaya! esa no cuela. Apelo al testimonio de las personas que nos rodean.

—Me habeis comprendido mal, repuso ella, perturbada por la especie de interrogatorio que Closel se divertia en hacerle sufrir. No es el quien se ha introducido en mi barraca; su mirada...

su obscena mirada... es la que he sentido cernerse sobre mí...

—Tal el ojo del gavilan se cierne sobre la tierna paloma, dijo una voz.

Era Desvignes, que venia tambien á tomar parte en la escena. Closel, con una seriedad de hombre de bien, continuó:

—Señora, lo que acabais de decir es grave, sobremanera grave. Como secretario del señor Prefecto del Loire-Inferior, tengo, en ausencia de mi jefe, que cumplir mi deber: el de velar por la seguridad y el bienestar del país cuya administracion nos está confiada. Servios formular en debida forma vuestra acusacion y proveeré, prévia consulta con el señor sustituto de Procurador imperial, añadió volviéndose hácia Luciano quien, no queriendo comprometerse, se limitó á contestar con una sonrisa.

—¡Dios mio! ¡caballero! ¡ya he formulado! dijo la capitana de carabineros, mas y mas apurada por las proporciones solemnes que el asunto amenazaba tomar.

—Formulemos mas, señora, formulemos mas. Una mirada se cernia sobre vos. ¿Cuál era esa mirada? ¿Qué hacia esa mirada? ¿De dó venia esa mirada?

—Venia de la cabaña contigua. Habian practicado un agujero con una barrena... y...

—Basta, señora; comprendo. Vuestro pudor no puede padecer mas. Me encargo de este asunto. Veré al guarda-bosque luego, avisaré al señor Prefecto, y si es preciso á su excelencia el señor Ministro del Interior. Adios, señora.

Dicho esto saludó respetuosamente, tomó el brazo de Desvignes y se alejó, en tanto que la capitana de carabineros se preguntaba con ansiedad si las hablillas que iban á circular por su cuenta no comprometerian á su marido.

«Quizá valdria mas echar tierra sobre al asunto, decia para sí: el celo de ese jóven secretario va á llevar la cosa demasiado lejos.»

Esta aventura costó, durante dos dias, el gasto de las conversaciones de los bañistas de uno y otro sexo del Pouliguen.

Riéronse á cajas destempladas de la capitana que á nadie merecia simpatías.

«Es inverosímil, decian, que álguien haya intentado contemplar sus formas.

«No se espone uno gustosa y voluntariamente á semejante espectáculo.

«Si alguno hubiese cometido tamaña imprudencia, de seguro que le habrian encontrado en su barraca desmayado de horror.»

—Tal vez, insinuaba un bañista, tal vez haya inventado esa historia para llamar la atencion.

—¡Quiá! replicó otro mas indulgente, la capitana es incapaz de inventar cosa alguna. El hombre de la barraca se habrá buenamente equivocado; creeria ocupada la barraca por otra bañista.

—¡Pobre chico! clamaban todos á una vez ¡no han debido ser pocos su asombro y su espanto!

Pronto ya nadie se acordó de tal bromita.

Unicamente pensaba en ella Luciano de vez en cuando.

Confesábase que, en efecto, gracias á una rendija hábil en el tabique, seria facilísimo ver, de una barraca lo que pasara dentro de la contigua.

Tratábase tan solo de practicar la abertura de antemano, lo mas misteriosamente posible, y tener cuidado de colarse en la barraca vecina á la que se deseaba escudriñar.

Empero esta idea no tuvo al principio el menor arraigo en su mente; emitíala del modo mas vago y general.

«Un adolescente, sin posicion en el mundo, podria cometer alguna indiscrecion de este género, reconocia Luciano; pero un hombre que se respete no sabria, só pena de decaer á sus propios ojos, hacerse culpable de accion tal.»

Algunos dias despues, la idea era menos vaga.

Tomaba cuerpo y se enunciaba de la manera siguiente:

«¿No es una falta de delicadeza, un delito, el sorprender los secretos mas recónditos de una mujer? Jamás, ¡oh! jamás cederé yo á esa tentacion. Ningun derecho me ha dado la señorita Berard para faltarle hasta este punto al respeto.»

Pero, lo repetimos.

Desde hacia un mes casi, la imaginacion de Luciano de Aubier se hallaba sobrecitada de la mas peligrosa manera.

Los celos que le inspiraban Desvignes y Closel aumentaban, por momentos, en intensidad.

Era presa de la fiebre de lo desconocido, y llegaba al estremo de figurarse, formalmente, que se veria curado el dia en que hubiese satisfecho aquella imperiosa necesidad de ver y conocer á lo que le tenia subyugado.

«No la amo, se decia; he sido sencillamente fascinado, deslumbrado por su belleza.

«He obedecido á una impresion puramente física, que se desvanecerá por completo el dia en que abandonaré el Pouliguen.

«Pero tal vez seria mas duradera si yo no cediese al capricho que me asedia, á la necesidad que me devora de no tener nada que envidiar á mis dos rivales.»

Largo tiempo resistió.

Finalmente, una noche sombría, deslizóse tímido en la barraca contigua á la de la señorita Berard, y permaneció en ella algunos minutos.

A la mañana siguiente, á la hora del baño, en el momento en que la bella Diana, despues de haberse entregado á sus habituales retozos en la mar, regresaba á la playa, Luciano entró, só pretesto de desnudarse, en la barraca de la vispera.

Cuidó de cerrarla hérmicamente, á fin de convertirla en una verdadera cámara oscura, y luego apostóse sin mas tardar en su observatorio.

Pronto abrióse la puerta de la cabaña vecina...

Apareció la señorita Berard y, tiritando, despojóse de su traje de baño, sentóse sobre una silla y tomó inocentemente su baño de piés, sin sospechar la atención de que era objeto.

Algunos rayos de sol, penetrando á través de las tablas mal unidas de su barraca, la iluminaban de lleno y parecían favorecer á Luciano.

Inmóvil, y reteniendo el aliento, este se abismaba en una larga y muda contemplación.

Cuando Diana se vistió, siguióla todavía con la mirada, y, á cada vez que una vestidura importuna venia á robarle un rincón de aquel cuerpo maravilloso, su atención fijábase en otro detalle y se absorbía en una admiración parcial.

A los pocos días de esta calaverada, terminada su licencia, púsose Luciano en camino para Nantes, en compañía de su madre y de la señorita de Rioux y su tío, que también regresaban á la ciudad.

Luciano d'Aubier no tardó en conocer, á sus espensas, que tan peligroso es jugar con la imaginación y los sentidos como con el corazón, y que el amor de cabeza no cede en violencia al otro amor.

Creíase fuerte porque pensaba no amar, en el sentido ordinario de la palabra.

Si junto á la señorita Berard experimentaba violentas emociones, no le inspiraba ésta ninguno de esos sentimientos dulces y tiernos inherentes, según dicen, el amor verdadero.

La admiraba, no la amaba.

Diana obraba mucho más sobre sus nervios, que sobre su corazón.

Engreído con este descubrimiento, seguro de triunfar, en un momento dado, de lo que él llamaba un capricho, ó una simple curiosidad, habíase paulatinamente dejado arrastrar á extravíos sensibles, á peligrosos desórdenes.

Pagárase de frases; no debía tardar en conocer su trascendencia.

¡Capricho! ¡sea!

Pero un capricho no satisfecho puede adquirir las proporciones de una pasión.

¡Curiosidad! ¡convenido!

Pero una curiosidad que insensiblemente había llevado al sustituto á portarse como un verdadero colegial, á introducirse de *visu* en el gabinete tocador de una mujer, á permitirse una especie de violación de domicilio, tal curiosidad, repetimos, era por demás mal sana, para no arrastrar en pos de sí alguna perturbación moral.

¿No sufría ya él la pena de su indiscreción?

Lo que el azar había enseñado á Desvignes y á Clorel, Luciano había querido aprenderlo á su vez.

Celoso de los conocimientos adquiridos por ellos, habíase decidido á instruirse también, y á sobrepajarles en saber.

Consiguiéralo.

Junto á él aquellos señores no pasaban de ser míseros ignorantes, simples bachilleres en presencia de un doctor en derecho.

Desde la cima de una roca, y á pesar de la fosforescencia del mar, aquellos solo habían podido hacer estudios incompletos.

Los suyos habían sido más acabados.

Aquellos, evidentemente, no habían hecho más que fijarse en las grandes líneas.

Él, por su parte, había seguido todos los contornos, analizado los detalles todos, y penetrádose de su estudio.

¿Estaba más adelantado?

¿Su incontestable superioridad sobre sus rivales le causaba un gran bienestar?

Sus estudios estaban terminados; su educación acabada.

Tenia su diploma.

No podía sentir ya celos de nadie, y debía encontrarse tranquilo, reposado, recojido.

No era así, sin embargo.

Jamás sus nervios habían estado tan sobrescitados.

Jamás sus deseos habían sido mas ardientes.

Nunca se habia sentido menos dueño de sí, mas inquieto, ni mas torturado.

Y es que, si bien el estudio proporciona inefables satisfacciones, no deja de tener tambien sus peligros.

Menester es una alma de fuerte temple para soportar el peso de ciertos conocimientos, y nunca hay que fiar ciegamente en el árbol de la ciencia; pues á menudo sus frutos son por demás amargos.

Desde que *sabia*, desde que *habia visto*, Luciano sentia nuevas aspiraciones; nuevas ambiciones.

Cuando los grandes navegantes, los exploradores intrépidos de que hemos hablado, descubren una nueva region ¿creen terminada su tarea, y les es dado gozar del fruto de su trabajo?

Nó, en verdad.

Esos mártires no descansarán hasta el dia en que, en nombre de su Gobierno, vengan á tomar posesion de la region descubierta.

Como ellos, no creia Luciano terminada su tarea.

Las comarcas que le habia sido dado contemplar, le parecieron demasiado maravillosas para que no intentase tomar de ellas plena posesion.

Sus recuerdos perseguíanle sin cesar, y el trabajo, á que habia vuelto á consagrarse con ardor desde su vuelta á Nantes, no le servia de nada.

En su gabinete, en la calle, en la Audiencia, la mujer de fuego surgia de improviso ante él, nó tal como la habia visto

durante un mes, en traje de paseo, en traje de baile, ó en traje de baño, sino como la vislumbrara una vez sola; la última!

Y sin embargo, su razon luchaba siempre.

Sufria como un niño, y raciocinaba como un hombre.

No en vano el individuo ha sido educado religiosamente, no en vano una familia honrada le ha mostrado el sendero de la virtud, no en vano una madre vigilante ha velado sus primeros pasos y le ha adormecido con sus santos consejos.

El ejercicio de ciertas funciones engrandece tambien al que las desempeña, y le pone al abrigo de toda decadencia moral.

Luciano reflexionaba:

«No debe uno casarse, no debe uno elegir para madre de sus hijos á la mujer que, en vez de inspirarle dulces sentimientos solo irritacion, malestar y sufrimiento le causa.

«El matrimonio debe unir á dos corazones.

«Indigno fuera hacerle servir á la legitimacion de dos caprichos.

«El hombre cuerdo debe tomar por esposa á una amiga, á una compañera, y no á una querida, pues esta no le dejaria ni libertad de espíritu, ni libertad de accion.»

Así pues, aunque la señorita Berard habia regresado á la ciudad, evitaba Luciano el verla.

Huia de las casas donde hubiera podido encontrarla.

Encerrábase, por miedo de que el azar no le colocara en su presencia.

¡Tarea inútil!

Diana, que no tenia el menor motivo para evitarle, y á quien tal vez su silencio hacia sufrir, le obligó pronto á romperlo.

Un dia hizo que su padre le escribiera, recordándole que iba á celebrarse en la Audiencia la visita de un proceso criminal, y pidiéndole los pases ofrecidos en otro tiempo y que debian permitirles asistir á los debates de la nueva sesion.

No creyó deber negarse Luciano; y como quiera que acaba-

ba de ser nombrado para informar en la mayor parte de *vistas*, espúsose de esta suerte á encontrarse repetidas veces en presencia de la que queria evitar.

Por lo demás, nunca habia estado mas elocuente que durante estas *vistas*.

La presencia de la señorita Berard, lejos de distraerle y preocuparle, le estimuló y le dió una energía, una perspicacia y una facilidad de palabra que perdiera desde su mes de vacaciones.

Ganó todas estas causas; es decir que, desempeñando las funciones de ministerio público, de mandatario de la ley, hizo condenar por los jueces á todos los acusados contra los que informó.

Solo uno fue absuelto, porque en vez de acusarle, le defendió.

Hed aquí por qué circunstancias.

Tratábase de un robo cometido contra una mujer y acompañado de violencia y lesiones.

La causa parecia deber ser como las precedentes (falsificación ó abuso de confianza), de aquellas á que todo el mundo puede asistir.

Jamás pues hubiérasele ocurrido al presidente invitar á las señoras honestas á que se retiraran.

No tardaron, empero, los debates en tomar un sesgo inesperado.

El acusado, individuo de veinte y cinco años de edad, mozo de labranza en Savenay, muy abatido desde su arresto, y que, ante el juez instructor habíase negado á contestar, levantóse de improviso clamando que era víctima de una calumnia y de una venganza.

Sostuvo enérgicamente no haber jamás pensado en robar á la que le acusaba.

Dijo que la amaba locamente y que queria casarse con ella.

Que ella se negaba y que, sin embargo, por coquetería, no cesaba de irritar su amor y de exaltarle hasta el delirio.

Un dia, trastornada su razon, habia intentado violarla, y ella se vengaba acusándole de robo.

El ministerio público, en la persona de Luciano d'Aubier, hizo observar que esta tardía declaracion era inverosímil; mantuvo la acusacion tal como la habia formulado y pidió un severo castigo.

El abogado del acusado, un jóven *stagiaro*, orador de clubs, mas ducho en política que en derecho, defendió torpemente su causa y no supo sacar partido del incidente de audiencia que se le habia presentado.

Acababa de sentarse, y el Presidente se disponia á resumir los debates, cuando Luciano anunció su intencion de replicar al defensor.

Los jueces, los abogados, los jurados, los testigos, miráronse unos á otros con asombro.

¡Replicar! y ¿á qué? ¡gran Dios!

¡A un tan detestable informe!

Aquello en verdad era demasiado celo, era casi encarnizarse contra el inculpado.

No le bastaba, pues, al mísero, el haber sido tan pésimamente defendido, érale menester todavía sufrir nuevos golpes.

Luciano tomó la palabra, é hizo una de aquellas improvisaciones espléndidas, de que todavía Nantes conserva recuerdo.

Fingiéndose habilidosamente no abandonar la acusacion, y continuar desempeñando su ministerio, desarrolló en favor del reo todos los puntos que su abogado dejara de hacer valer, y defendió la causa del desventurado culpable con pasion y calor extraordinarios.

«Bien sé, decia, lo que el defensor pudiera contestarme.

«Este hombre, hubiera dicho, de conducta irreprochable hasta entonces, no puede haber robado.

«No se hace uno de repente ladrón á los veinte y cinco años, despues de haber servido siete en el ejército y de haber obtenido la medalla de mérito militar.

«La sumaria se ha engañado.

«Pero aquí nos hallamos reunidos nosotros para investigar la verdad, y no podríamos separarnos sin haberla encontrado.

«El acusado no es culpable, no puede ser culpable del crimen que, por efecto de manejos fáciles de comprender, se atreven á imputarle.

«Solo teneis que echarle en cara un momento de extravío, un momento de locura y embriaguez.

«Embriaguez, sí:

«¿Creeis, quizá, que solo emborracha el vino?

«¡Ah! mucho mas temible es la embriaguez cuando resulta de una pasión largo tiempo contenida, que poco á poco se ha ido apoderando de nuestro espíritu, ha irritado nuestros nervios, ha domeñado nuestras fuerzas, ha trastornado nuestra razón, y ha hecho de nosotros un esclavo, un bruto, un loco!

«Contémplole á ese desdichado á quien ni la educación, ni la familia, ni la religion amparan, contémplole luchando con esa mujer á la que su acusacion os ha permitido ya juzgar y mancellar.

«Porque, aun cuando la hubiese violado, debia ella callarse, toda vez que el inculpado la amaba.

«Contémplole suplicándola que le dé su mano, prosternándose á sus plantas y, en su lenguaje vulgar, pero que no por ello es menos conmovedor, decirle: «¡Te amo, y sufro!»

«Ella le rechaza.

«Aléjase él y va á llorar en un rincón, como el pobre perro á quien se acaba de dar un puntapié...

«Pero tan grabada está en su corazón la imágen de esa mujer, que le subyuga, le constriñe y no puede borrarla aunque mas se esfuerze.

«La vé siempre; la vé sin cesar.

«Quizá ella no sea hermosa para nosotros, señores jurados; pero lo es y mucho para él.

«Esto basta.

«Y, además, quizá bajo sus velos se ocultan formas espléndidas, de esas formas que hacen perder la razón á un hombre cuando las ha contemplado una vez.

«¿No os acordais de estas palabras pronunciadas en la Audiencia de Marsella por un lugareño, creo, acusado de violencia contra una mujer: «¡Ah! ¡señores! ¡si la hubieseis vista desnuda como yo!»

«Noto que os sonreís, como sonrieron los de allá.

«Lo esperaba.

«Haceis mal, señores.

«No son dignas de risa estas palabras, nó, pues son verdad.

«No son una de esas frases soltadas al azar para impresionar al auditorio.

«Son un grito, un grito humano, un grito escapado á una naturaleza violenta, apasionada, brutal!

«El inculpado la vé, pues, sin cesar; y sin cesar sufre.

«Entonces vuelve ante ella y le repite lo que le ha dicho otras cien veces.

«Si ella le rechaza todavía, el desventurado habla de matarse.

«Ella, al oírle, hace mas que rechazarle; se burla de él...

«Entonces una nube cruza ante los ojos del amante, que ciego y loco, la agarra entre sus brazos...

«¿Vuestro veredicto debe enviar á presidio á ese hombre ciego de pasión, á ese loco de amor?

«Nó.

«Jamás cometeréis semejante injusticia.

«De esta suerte es, señores, como tal vez hubiera debido hablar el defensor.

«Nós, ministerio público, nós hemos hablado muy diferente-mente, y creemos deber mantener nuestras conclusiones.

«Pero vosotros sois soberanos, señores jurados, y teneis el derecho de olvidar nuestro pedimento para solo acordaros de la defensa.»

El acusado fue absuelto.

Cuando la Audiencia húbose levantado, todo el mundo rodeó al jóven sustituto.

El Presidente le felicitó por haberse encargado de oficio de una defensa, abandonada por decirlo así.

Los jurados le agradecieron el que les hubiese iluminado, y muchos abogados vinieron á estrechar calurosamente su mano y á decirle que le reconocian por maestro en el arte de conmo-ver al Jurado.

«¡Ah! exclamaba un anciano bastonero, cuan mal haceis, señor sustituto, en no presentar vuestra dimision para hacer-ros inscribir en nuestro cuadro! ¡Cuánto preferiríamos teneros por colega que por adversario, y qué reputacion adquiririais en poco tiempo!

—Señores, contestaba modestamente Luciano, os doy un millon de gracias por tanta amabilidad. Pero os equivocais al juzgarme. He nacido para convencer, y no para conmover. Las funciones que desempeño están perfectamente adecuadas á mi género de talento, que es frio y reflexivo. Si acabo de dar pruebas, como teneis á bien decir, de un arranque de elocuencia apasionada, ha sido, créedme, por azar accidental. En vano in-terentaria volver á empezar.

Acababa de reitrarse á su gabinete, cuando entró un ugiar á entregarle una tarjeta diciéndole que álguien deseaba verle.

Pasó los ojos por ella, palideció y dió orden de hacer entrar.

Eran la señorita Berard y su padre, que no querian salir de la Audiencia sin antes darle un millon de gracias por el *pase*

que les habia enviado y de que se habian aprovechado amplia-mente desde quince dias á entonces.

—Sabeis, caballero, dijo Diana, que no he faltado á ninguno de los informes en que habeis usado de la palabra?

—Os compadezco, señorita, replicóle Luciano con frialdad.

—Pues yo no me compadezco en modo alguno. He sentido gran placer al oiros. Poseeis inmenso talento. Pero ¿os lo con-fesaré? despues del triunfo que acabais de obtener, me agradais mas en vuestras funciones de acusador, que en las de defensor.

—¿Quizá no me habeis encontrado elocuente como aboga-do? preguntó él.

—Mucho, al contrario. Pero soy una original; ya lo sabeis. Admiro, mas que nada, en un orador, la calma, la sangre fria, la frase franca, incisiva, que va derecha al blanco, el raciocinio claro, la deduccion fácil, la lógica, la verdad pura sin ambages ni rodeos. Hed aquí lo que me conmueve, y nadie como vos posee este género de talento. En cuanto al otro, al talento que intenta apasionar, enternecer y hacer verter lágrimas, me en-cuentra, lo confieso, me encuentra insensible.

—Es decir, en una palabra, señorita, que preferís la frialdad á la pasion.

—Tal vez, replicó Diana, mirándole con fijeza.

Luciano atrevióse á mirarla tambien, y dijo:

—Momentos hay en que el hombre no puede conservar su frialdad; la sangre se sube á la cabeza, el corazon late con mayor prisa y se olvida la habitual reserva.

—¡Evidentemente! replicó ella con vivacidad. En tales ca-sos vuélvese uno apasionado, como lo habeis sido poco há, y se parece serlo tanto mas, cuanto no se está á ello habituado. En-tonces se es perfecto. Perdonadme mi profesion de fé y acep-tad mis plácemes.

Diana saludó para despedirse y quiso arrastrar á su padre. Pero el señor Berard, que no habia encontrado ocasion de

soltar la lengua, creyó deber dar gracias á su vez y decir á Luciano que recibian, á menudo, por las noches á algunos amigos y que se consideraria feliz viéndose honrado con sus visitas.

—Os doy un millon de gracias, señor, contestó sencillamente Luciano, inclinándose.

Cuando se vió solo, toda su calma le abandonó:

«¡ Ah! murmuraba, recorriendo á grandes pasos su habitacion. ¿Qué habrá venido á hacer aquí? ¿Por qué ha resucitado recuerdos que tanto me esfuerzo en sufocar? ¿Podré tener aun largo tiempo la fuerza de vencerlos? ¿Acabará, al fin, por cometer alguna insigne locura?

No se aprovechó, sin embargo, de la galante invitacion del señor Berard.

¿No le era menester hacer alguna concesion á su razon que, á veces, elevaba aun la voz?

Empero, á partir de aquel momento, no tuvo ya el valor de continuar alejándose de la que tan ardientemente amaba.

¿Y de qué le servia, en efecto, alejarse, toda vez que ella venia á él, cuando él no iba á ella?

Así, pues, encontrábala, á menudo, volviendo de la Audiencia, en el bulevar Delorme, donde vivia con su madre, en el Cours, en el muelle de la Fosse, en el Jardin de plantas, en la plaza Graslin, y en el Pasaje Pommeraye, que para los nanteses son otros tantos paseos y sitios de reunion y para ellos equivalen á lo que para los parisienses sus famosos boulevares.

Encontrábala en todas las *soirées* oficiales; en casa del Prefecto, en la del general de division, en la del Presidente del Tribunal, y en algunas veladas íntimas donde le obligaban á asistir sus relaciones contraídas en el Pouliguen, entre otras, la señora Desvignes.

Despues de cada uno de estos encuentros, sentíase menos fuerte, sentíase perdido.

Sin embargo, aun no se habian hecho la menor declaracion.

Reservado estaba á los salones del Prefecto escuchar sus primeras confidencias.

Estas fueron imprevistas, escéntricas, brutales, como su passion.

Acababan de waltar, y Luciano, despues de haber acompañado á la señorita Berard á su sitio, en un saloncito momentáneamente abandonado, habíase contentado en saludarla y alejarse ya, cuando de repente, volviése vivamente, abalanzóse mas bien que caminó hácia ella y tomándole ambas manos:

— ¡Os amo! le dijo.

Ella se levantó, sin retirar sus manos de las de Luciano, y contemplándole fijamente, con acento vibrante:

—Y yo, ¡te amo! le contestó.

Penetraron en el saloncito unos importunos.

Luciano y Diana se separaron, no volviendo á hablarse en toda la noche.

Ella habia dicho verdad.

Le amaba.

Y este amor era hasta mas puro, mas elevado que el de Luciano.

En efecto, si bien distaba mucho de despreciar las cualidades físicas del jóven sustituto, sus rasgos bellos y regulares, su apuesto talle, su distincion nativa, habia sido seducida, sobre todo, por la posicion que ocupaba, por su mérito incontestable, por su talento de orador y, mas que nada por su comediamento, su calma, su aparente frialdad.

Por lo que respecta á Luciano, el punto de partida de su amor habia sido la belleza de Diana, su carácter singular, su escentricidad, su salvajez.

Él habia gustado, al contrario, porque no se entregaba sino raras veces, porque era á menudo indescifrable, porque escitaba la curiosidad, porque era dueño de sí, porque ni un momento dejaba de ser hombre de mundo.

Y hed aquí porque el amor de la señorita Berard debia ser mas formal, mas grave, mas vigoroso, mas vivo y mas exaltado que el de Luciano.

Las cualidades que aquella apreciaba en éste, no podia éste perderlas, pues eran inherentes á su naturaleza.

Hasta en los arrebatos de la pasion, no debia saber separarse de la reserva que le era característica.

Siempre debia permanecer, bajo ciertos conceptos, misterioso y velado; y ocupada sin cesar en descifrarle y penetrarle, jamás veria ella amenguar su amor.

En cuanto á Diana, no debia tardar en decir su última palabra.

El dia en que se entregara, se abandonaria enteramente; nada quedaria ya que aprender de ella, y la pasion de Luciano se estringiria por falta de alimentos nuevos.

El amor puede nacer de un sentimiento asaz diferente de la curiosidad; empero, lo mas á menudo, la curiosidad es lo que le mantiene.

Hemos adelantado mas de lo que queríamos.

Hemos intentado leer en el porvenir amoroso de Luciano d'Aubier y de Diana Berard, sin saber si sus amores están destinados á tener un porvenir.

¿Qué iba á resultar de su mútua declaracion?

¿Qué partido tomaria, por fin, Luciano?

Tal vez hubiera permanecido largo tiempo inactivo aun, combatido por la pasion que le gritaba: «¡Cásate con ella! ¡no tienes otro medio para reconquistar la tranquilidad!» y por la razon, que no cesaba de repetirle: «¡no está tu felicidad en ese matrimonio! ¡no es esa la mujer que te conviene!»

A la señora d'Aubier debia incumbir la tarea de arrancarle á sus irresoluciones.

La señora d'Aubier no habia recibido ninguna de las confiancias de Luciano.

Ignoraba lo que pasaba en el corazón de su hijo, corazón indócil á desahogarse, impenetrable hasta á la solicitud maternal.

Así pues, la buena señora creyó, un dia, poder hacer la cosa mas natural del mundo, la mas puesta en razon, suplicando á Luciano que se explicara sobre sus proyectos tocante á la señorita de Rioux, llegando hasta á decirle que ya habia sondeado el terreno, que su peticion seria acogida y que solo de él dependia el obtener la mano de aquella señorita.

Luciano contestó bruscamente á su madre que renunciase á sus proyectos, pues habia resuelto no casarse con la sobrina del ex-presidente.

Quiso la señora d'Aubier conocer los motivos de una decision tan formal, de una rebelion tan repentina y que nada le hizo prever, y entonces, apremiado, contento quizá con ver forzar á su corazón que él mismo no sabia abrir, venturoso con sentirse arrastrado en la senda de las confiancias y de las grandes resoluciones, manifestó su amor por Diana.

Apenas hubo explicado, apenas la señora d'Aubier creyó haber comprendido, cuando le detuvo, declarándole con la mayor firmeza que nunca consentiria en verle casar con la señorita Berard.

Y como á su vez le pidiese Luciano los motivos de tan enérgica negativa, dióle su madre, para hacerle desistir de sus proyectos las razones que mas de veces cien se habia dado él mismo.

El instinto maternal de la señora d'Aubier hizo recaer sobre Diana el mismo juicio que Luciano pronunciara en otro tiempo.

Pero, en el proceso donde le hemos visto defender, de improviso, la causa del inculpado, contra el que acababa de pronunciar un elocuente pedimento, nos ha dado la medida de su talento, elástico y fácil á la revirada.

Cuando oyó acusar á la señorita Berard, olvidó sus defectos que él mismo habia descubierto, para tan solo acordarse de sus seductoras cualidades, y la defendió con calor.

Pero no consiguió ante su madre el mismo triunfo que días antes obtuviera ante el jurado.

La señora d'Aubier fue inflexible.

Tal vez hizo mal mostrándose tan severa.

Si Diana Berard, por temperamento, amaba la lucha, si los obstáculos que encontraba en su camino, lejos de arredrarla, la enardecían mas y mas para llegar á la meta, Luciano d'Aubier debía parecersele y compartir sus gustos, nó por temperamento, sino por hábito, por efecto de su carrera que es una lucha continua, donde el mandatario de la ley se esfuerza en vencer, ante los jueces, los innumerables obstáculos elevados por el defensor ó el abogado de una de las partes.

En el momento en que la señora d'Aubier pronunció su *ultimatum* sobre su matrimonio, no se había Luciano pronunciado todavía.

Vacilaba incierto, creyéndose no depender sino de su voluntad y ser el solo arbitrio de su destino.

Al mismo tiempo que reconocía su error, cesaban sus incertidumbres.

Desde entonces ya no tuvo mas que un deseo.

Triunfar de todos los obstáculos que se le oponían.

Emprendió la lucha.

Cada día, á cada hora, abogó en favor de su causa y la de la señorita Berard.

Pero tenía que habérselas con uno de esos caracteres firmes é intratables que jamás transijen sobre ciertas cuestiones, una de esas mujeres clásicas que se encuentran tan solo en algunas rancias familias de toga ó de espada, duras consigo mismas para tener el derecho de serlo con los demás, tenaces y tercas en sus designios, sabiendo á donde van y lo que quieren, enemigas declaradas de las debilidades del corazón y de las transacciones con la conciencia, prestas á sacrificar el objeto de su cariño antes

que consentir en lo que consideran como una falta ó una degradación.

Al cabo de algunas semanas, debió Luciano renunciar á vencer á su madre, quien, por su parte, acabó hasta por negarse á oírle.

Entonces resolvió informar á la señorita Berard de cuanto ocurría.

Después de sus mútuas declaraciones, á menudo reiteradas, creía deberle, cuando menos, franqueza y confianza.

Un día, á eso de las tres de la tarde, después de haber colmado al señor Berard en el Pasage Pommeraye, y adquirido la certeza de que no le encontraría al lado de su hija, dirigióse hácia la morada que habitaba Diana en una de las callejuelas tranquilas y silenciosas que circuyen el Jardin de Plantas.

Desde una calle de árboles donde á menudo se paseaba, había la atisbado algunas veces asomada á su ventana, y sabía que vivía en el segundo piso.

Subió, pues, sin necesidad de tomar informes y llamó directamente á su puerta.

—¿El señor Berard? preguntó á la doncella que vino á abrirle.

—El señor ha salido, contestó ésta; pero reconociendo á Luciano por haberle visto á menudo en el Pouliguen junto á su señora, creyó deber añadir, como esperaba Luciano: ¡si el señor quiere ver á la señorita...

—¡Oh! ¡temería molestarla...!

—Nada de eso, caballero, repuso la doncella, con ese ahinco peculiar á los sirvientes de las casas de la clase media. Voy á prevenir en la señorita, mientras, si el señor gusta, puede descansar en el salón...

Siguióla y quedó solo.

El salón, cuyos balcones daban á una de las mas lindas alamedas del jardin, bordada de magnolias y de camelias, recor-

daba una época en que el señor Berard no inventaba aun y no habia arruinado todavía completamente á su mujer y á su hija.

Algunos viejos muebles salvados del naufragio de su fortuna y trasportados de París á Nantes, atestiguaban ciertos hábitos de lujo y elegancia.

En vano, empero, hubiérase buscado de aquella estancia algo que recordara la presencia constante de una señorita.

En el velador, en los mármoles no se veia ninguno de esos *álbums*, de esos periódicos de modas, de esas delicadas labores, de esas mil bagatelas de que apetece rodearse las mujeres, y que dan vida y animacion á una vivienda.

El piano, cuidadosamente cerrado, parecia estar allí únicamente por la forma.

Ni un solo papel de música indicaba que se sirviesen de él.

A no dudar, la señorita del lugar gustaba de vivir fuera de casa, y cuando se hallaba retenida en sus hogares, bastábanle para su dicha la existencia contemplativa y los prolongados ensueños.

Poco tardó Diana en entrar, vestida de una especie de bata, elegante como todo lo que llevaba; pero que mejor hubiera convenido á una casada, que á una soltera.

Sorprendida evidentemente, en negligé, por la visita de Luciano, habíase, para recibirle, improvisado una *toilette*, cuya demasiada precipitacion atestiguaban sus algo desordenados cabellos y algunos granos de polvo de arroz diseminados todavía en sus mejillas.

—¿Buscáis á mi padre? dijo, tendiéndole la mano. ¿Quizá teneis que hablarle?

—Nó, contestó gravemente. Sabia que el señor Berard estaba ausente. Mi visita tiene por objeto á vos sola.

Ella le miró con inquietud; hizole seña para que se sentara en el sofá, y tomando sitio junto á él:

—Hablad, dijo.

Refirió entonces Luciano cuanto habia pasado en su existencia desde hacia un mes.

Sus proyectos;

Su conversacion con la señora de Aubier;

Sus incesantes luchas.

Y por fin, la persuacion que habia adquirido de no poder triunfar de las resistencias maternas.

—¿Creeis que yo no sabia ya de memoria todo eso? dijo ella, cuando acabó Luciano.

—¿Cómo?

—Sin duda. ¿No he leído, desde há largo tiempo, en los ojos de vuestra madre, que jamás consentiria en tenerme por nuera? ¡Ah! ¡demasiado interesada estaba yo en agradarle, añadió tristemente, para no comprender que no le agradaria jamás!

Y como Luciano pretendiese escusarse y escusar á su madre, detúvose, diciendo:

—Es inútil. No habeis herido mi amor propio mas de lo que voy yo á herir el vuestro.

Las dificultades que os ha creado la señora d'Aubier, mi padre tambien me las ha creado á mí.

Si.

He creído poder conversar con él, nó de vuestros proyectos, pues jamás me los habeis confiado, sino de mis secretos deseos, y me los ha censurado.

Os hace un crimen el ser demasiado jóven para mí, el depender por vuestra posicion de una de esas catástrofes políticas siempre de temer en nuestro país.

En fin, os reprocha lo que tambien me reprocha á mí:

El carecer de fortuna.

La única diferencia que hay es que vuestra madre, debo hacerle esta justicia, no piensa sino en vuestro porvenir, mientras que mi padre, tal vez sin de ello darse cuenta, solo piensa en su eterna hélice.

Dícese, y con razon, que vos sois demasiado formal para alentarle en sus empresas; demasiado pobre para ayudarle, y continua prefiriendo un yerno como el señor de Sery, asaz débil de espíritu para creer en los inventores y asaz rico para explotar sus privilegios de invencion.

¡Ah! ¡mi buen amigo!

Si vos dependeis de una madre por demás austera y que os ama en demasía, yo por mi parte, dependo de un padre que no me ama lo bastante.

Pero ¿á qué tantos lamentos?

Vos, sin duda, habeis venido á participarme alguna determinacion.

¿Cuál es; veamos?

—¡Ah! suspiró Luciano; no tengo determinacion alguna que someteros. He venido únicamente á pedir un consejo.

—¡Un consejo! ¡no soy yo quien debo dároslo! ¡á vos toca hacer lo que vuestro corazon os dicte!

—¿Qué os dictaria el vuestro?

—El mio, dijo ella, animándose, no hay necesidad de consultarlo. El mio no atiende á razon. Obedece á sus inspiraciones, á sus deseos.

—Y ¿cuáles son?

—Ya los conoceis. ¿Tendreis necesidad de haceros nuevas declaraciones?

—Entonces ¿qué conducta os dicta?

—¡Oh! si de mí sola se tratara, no me veria apurada.

Soy mayor de edad y puedo, para casarme, pasar sin el consentimiento de mi padre.

—Os equivocais. Su consentimiento es indispensable.

—Pero, si me lo niega, puedo reemplazarlo por lo que llamais, segun creo, requirimientos respetuosos.

—¡Cómo! exclamó él; no temeriais...

—Nó, en verdad... ¡ah! ya os he advertido, no os asom-

breis... ¿Por qué habia de sacrificarme yo á un padre que no me sacrifica nada? ¡oh! ¡vos no os hallais en la misma posicion que yo; lo reconozco y no pretendo...

—Nó, nó, exclamó Luciano, levantándose y recorriendo la estancia con agitacion, antes sufrir, antes morir, que causar á mi madre un pesar tal. ¡Requerirla, á ella! Pero, si ni siquiera se le ha ocurrido que la ley me habia armado contra ella y que me asistia el derecho de invocarla! ¡oh! ¡nó! ¡pensad que hay familias en que tales cosas no se hacen!

Diana, cual si no hubiese notado lo que encerraba de duro para ella esta última frase de Luciano, contestó:

—Yo no os censuro. Vos teneis una madre y sois amado. Hasta os confesaré que, previendo yo sus negativas, tambien habia previsto vuestra sumision.

Dicho esto, permaneció un rato silenciosa.

Luego, de improviso, levantóse rápida, corrió á él, y tomándole ambas manos:

—¿Y bien? exclamó.

Él bajó los ojos ante su penetrante mirada.

—¿Me amais, continuó ella, como habeis dicho amarme?

—Sí, contestó él irguiendo la cabeza.

—¿Me amais con pasion?

—Sí.

—¡Pues bien! Todo es permitido á dos seres que se aman como nos amamos nosotros, y á quienes se pretende tener eternamente separados uno de otro. Ya que no podemos casarnos, seré vuestra querida!

Él retrocedió.

Tanto amor, tanta resolucion, audacia tanta, en vez de trasportarle, lo habian enfriado.

No se sentia á la altura de una mujer tal...

Tenia miedo.

¡Y ella, que tal vez se hubiera alejado sí, tomándola por la

palabra, él la hubiese atraído hácia sí y estrechado en sus brazos, enardecióse mas al ver que se le rehusaba el derecho de sacrificarse.

—Sois el primer hombre que ha hecho latir mi corazón, exclamó ella aproximándose á Luciano, y mi corazón jamás latirá por otro hombre, os lo juro.

Sois también el único, y advertid que no cuento al señor de Sery, pues ese es un enfermo y un anciano, sois también el único, digo, que sabiendo que carezco de dote, me habeis amado lo bastante para querer casar conmigo.

¿Por qué, pues, no me he de inmolar por vos?

El mundo me despreciará; lo sé.

Mas ¿qué me importa su desprecio, si soy feliz!

—Nó, replicó él, nó; yo no tengo el derecho de deshonraros porque me amais y yo os amo.

No puedo; diré mas, no debo aceptar tal sacrificio.

—¿Os asustá quizá?

—Por vos, sí, lo confieso.

—Y por vos también. Teneis miedo al escándalo.

—No habia pensado en ello, repuso él con firmeza; solo pensaba en vos; pero ya que me lo haceis presente, sí; le tengo miedo al escándalo, que causaria tanta pena á mi madre, como mi desobediencia á sus órdenes.

—Siendo así, todo acabó. ¿Debemos renunciar uno á otro?

—No tal; las resoluciones de mi madre pueden modificarse tal vez. Esperaré.

—¿Esperareis? preguntó ella, como si las palabras de Luciano la fortificasen en una idea que tenia preconcebida.

—Sí, dijo él sin titubear.

—¿Estais decidido á no casaros con otra que yo?

—Completamente decidido, suceda lo que quiera.

—¿Sucedá lo que quiera! replicó ella pensativa.

Tras una breve pausa, repuso:

—¿Me esperareis durante tres años?

—Sí.

—¿Me lo jurais?

—Os lo juro.

—¿Por qué?

—Por mi honor. No conozco otro juramento.

—¡Está bien! Me basta. Tengo fé en vos.

Y se separaron.

El día siguiente al en que tuvo lugar esta conversacion, recibió Luciano una carta de uno de sus parientes, consejero del Tribunal Supremo, que le instaba á solicitar inmediatamente unos días de licencia y á ir á pasarlos á París.

Tratábase de presentar el jóven sustituto al nuevo guardasellos con quien el consejero estaba en muy buenas relaciones.

Partió Luciano sin vacilar.

Sentia, en aquellos momentos, necesidad de movimiento, de distraccion, y estaba contentísimo de tener un pretexto para ausentarse de Nantes por algun tiempo.

Cuando regresó, dos meses despues, la primera persona con quien tropezó en la estacion fué Desvignes.

—¿No habeis estado poco tiempo ausente! dijo este.

—El ministro me encargó un trabajo que me ha sido preciso ultimar antes de salir de París.

—¿Enhorabuena! Y decidme ¿qué noticias nos traeis de la gran ciudad?

—Las que podeis haber leído esta mañana en los periódicos. Nada mas. Y por acá ¿qué ocurre de nuevo?

—Nada. Todos nos fastidiamos, como de costumbre, y á las mismas horas.

Por únicas distracciones, durante estos dos meses, hemos tenido dos bailes y un matrimonio.

—¿Un matrimonio! ¿Cuál?

—¡Pardiez! ¡demasiado lo sabeis! ¡no se habrán descuidado de participároslo!

—Únicamente me ha escrito mi madre, y no me habla de ningún matrimonio.

—¡Ah! ¡es posible! ¡con qué á mí me estaba reservado el daros la gran noticia! ¡pues bien; querido! cuando á las mujeres se les mete entre ceja y ceja el querer casarle á uno, siempre se salen con la suya. Mi mujer ha triunfado.

—¿Cómo?

—Casando á su protegido, el señor de Sery.

—¿Con quién?

—Con la que amaba, escusado es decirlo; con la señorita Diana Berard... pero ¿qué teneis? ¡os habeis puesto pálido!... ¡cualquiera diría que os va á dar algo!

—No es nada, dijo Luciano poniéndose sobre sí, gracias á un titánico esfuerzo de voluntad.

El viaje me ha fatigado escesivamente, y no he tomado un bocado siquiera desde París.

—¡Tanto direis!... ¡Y yo, que os entretengò para contaros historias que nada os importan! Venid, querido, venid, tengo el coche en el muelle, voy á llevaros á vuestros lares.

Luciano aceptó, y mientras el carruaje les conducía al boulevard Delorme, Desvignes, continuando en el uso de la palabra, con su ordinaria locuacidad, decía:

—Á deciros verdad, me ha cargado sobremano el ver á mi mujer ocuparse de tal matrimonio.

Á un enfermo, como lo está el señor de Sery, no se le casa. Por mas que se empeñe en lo contrario mi mujer, el pobre señor está tísico, tísico hasta la médula de los huesos.

Con un régimen ejemplar y una no interrumpida série de cuidados, tal vez hubiera conseguido el de Sery prolongar su existencia algunos años.

Pero no es para cuidarse por lo que se casa uno con una mujer jóven y linda, como la señorita Berard.

Apuesto á que no resiste ni siquiera dos años, y, muy en breve, la mujer de fuego será un famoso partido, por cuanto de Sery le ha otorgado un dote considerable, y eso sin contar con que, si ella sabe arreglárselas, le dejará su fortuna entera.

Habian llegado al boulevard Delorme, y se despidieron.

Luciano acababa de comprender la frase pronunciada por Diana en su última entrevista con él.

¿Me jurais esperarme durante tres años, suceda lo que quiera?

Él lo habia jurado.

Al siguiente dia de su regreso á Nantes, d' Aubier, despues de haber llenado varias visitas oficiales, volvió á emprender sus habituales tareas.

.....
A la orilla izquierda del Loire, á diez leguas de Nantes y á seis kilómetros de Palmbauf, levántase el castillo de la Sauviniere, propiedad de los Sery desde há mas de un siglo.

Comenzada su construccion, segun se presume, bajo el reinado de Enrique IV, y terminada bajo el de Luis XIII, ha debido edificarse sobre los cimientos de un antiguo dominio feudal, cuya existencia atestigua todavía un viejo torreón guarnido de sus buhardas, y tapizado, por el tiempo, de yedra y madre-selva.

Constituyen el edificio dos pisos, cubiertos por vastos tejados y elevadas chimeneas en que la piedra y el ladrillo se combinan acertadamente, como en todo el resto del casar.

En medio de las dos fachadas de las que una mira al Loire y la otra á la campiña, lucen su esbeltez dos artísticas graderías circuidas de barandillas de hierro forjado, de admirable labor, que conducen á los parterres.

Estos forman en torno del edificio una vasta galería rodeada

en toda su estension por profundos fosos que se atraviesan por medio de un puente fijo, basado sobre el sitio que ocupaba el antiguo puente levadizo, y apoyado contra el viejo torreón.

Grandes praderas, cortadas á intervalos por grupos de arbolillos, empiezan en el foso y bajan hasta el Loire, en tanto que por la parte posterior se estiende un espeso bosque, verdadera selva plantada de encinas, de hayas y de abetos.

Praderas, bosque y selva, en una estension de cien hectáreas, dependen del dominio de la Sauviniere y constituyen una propiedad de gran rendimiento.

Un castillo tan pintoresco, tan admirablemente situado y casi histórico, porque si damos crédito á la crónica, habria pertenecido á la mujer de Renato de Rohan, Isabel d' Albret, hija del rey de Navarra, abuela de Enrique IV, debia inspirar á los que lo habitaban el deseo de mantenerlo en perpétuo estado de conservacion, y de hermosearlo en lo posible.

Sin embargo, el señor de Sery enfermo, desalentado, sin familia, sin heredero directo á quien legar la Sauviniere, no se tomaba por su mejora, desde hacia largo tiempo, ningun cuidado, y la magnífica propiedad iba decayendo de dia en dia, cuando Diana Berard vino á morar allí desde el dia siguiente al de su matrimonio.

—Quiero vivir aquí, lejos del mundo, en un retiro absoluto, dijo ella á su marido ¿os conviene mi plan?

¡Que si le convenia!

¡Pero si era éste su ensueño, su mas ardiente deseo!

¡Cómo!

En el momento en que temia que Diana abrigase la intencion de hacerle llevar una existencia andariega y mundana, tan contraria á su edad y sus gustos, cuando se disponia á sufrir esas mil y una dolorosas punzadas reservadas á los hombres asaz imprudentes para casarse á los cincuenta años con una mujer jóven y linda, esta le proponia vivir en una posesion

donde él habia nacido, por la que sentia vivo cariño, y allí vivir sola con él, lejos de importunos y de seductores.

Nunca osara esperar tanta dicha, y anticipándose á los deseos de Diana dióle plenos poderes para devolver á la Sauviniere su antiguo esplendor.

No perdió un momento Diana.

Hubiérase dicho que de Sery le habia legado en testamento su castillo y que esperaba llegar á ser, en breve, su única propietaria.

Llamóse á un sinnúmero de artistas y operarios en todos géneros, quienes, guiados por Diana, pusieron al momento en obra.

Demasiado inteligente para pretender cambiar cosa alguna en las disposiciones exteriores del edificio, contentóse ordenando trabajos en el interior, destinados á dotar á las habitaciones del lujo y confortante de que carecian.

Hizo repintar, como antes lo estaban, los techos del piso bajo, en vigas aparentes, y revestir las paredes con grandes tapicerías antiguas, todavía esplendentes de color, compradas en una subasta que se celebró en aquella época, en un castillo vecino, denominado: Plessis-Mareil.

El saloncito de confianza del piso principal, donde ella pensaba morar habitualmente, fue cubierto de tapices de Beauvais y encargó á un verdadero artista que representara, encima de las puertas y en los techos de su dormitorio, asuntos galantes, á la manera de Lancret y de Watteau.

Un delicioso entrepaño firmado por Francisco Bocher fué sacado de un armario donde el señor de Sery lo guardaba demasiado religiosamente, y colocado sobre la chimenea.

Lustrinas de variado dibujo tapizaron las paredes, y la misma sirvió para los cortinajes y cubrió enteramente la madera de los sillones y de la cama.

Un espejo y una preciosa araña de Venecia;

Un reloj de bronce de encantador medelo;

Dos muebles de Carlos Boule;

Un excelente retrato de Larguilliere, representando á una abuela del señor de Sery, famosa en la corte de Luis XV por su belleza.

Acabaron de decorar aquella estancia, que pudieran creerse preparada por una mujer ardiente para recibir á su idolatrado amante.

Al mismo tiempo, varios de esos grandes cofres de madera esculpida, que todavía se observan hoy en ciertas regiones de la Bretaña, unos cuantos armarios y mesas de ébano incrustadas de marfil, y algunos antiguos sillones Luis XVI, artísticamente restaurados, sirvieron para amueblar las restantes piezas del castillo.

En el exterior hubo de restablecerse sobre la puerta de honor el escudo feudal, que habia caido desde largo tiempo antes, y todas las veletas flordelisadas que el viento habia desparramado acá y acullá.

Los jardineros recibieron orden de dibujar de nuevo los *parterres*, sepultados bajo de la yerba; de limpiar los fosos, respetando en lo posible las plantas enredaderas que los tapizaban, y de hacer indispensable rozas en el parque, que corria peligro de convertirse en un bosque vírgen.

La nueva castellana creyó deber suprimir tambien el puente fijo echado sobre los fosos, y reemplazarlo por el antiguo puente levadizo, cuya cadena y demás herramientas se encontraron sin dificultad.

Finalmente, dignóse ocuparse del antiguo torreón, y sin quitar nada de su característico sello á aquel recuerdo feudal, procuró sacar partido de él, haciendo reconstruir la escalera interior, desmoronada desde hacia un siglo, y solidificar la plataforma de la que, desde entonces, pudo gozarse de un panorama espléndido: en primer término, al extremo de la pradera, el

gran Carnet, el pequeño Carnet y la Marechale, isletas deshabitadas, bordadas de cañaverales y encuadradas en los brazos del Loire; en frente, á mas de dos leguas, Dogues y toda la ribera izquierda del rio perdiéndose en las brumas; á la izquierda Saint-Nazaire y el Océano.

Ningun arquitecto habia entrado en la Sauviniere.

Los officiosos consejeros habian sido escludidos.

Sola, ella, habia concebido estos trabajos y sí los habia hecho ejecutar.

El deseo de hermosear esta propiedad, y alguna esperanza secreta de su corazón, habian sido mas que suficientes para hacer de una mujer, solamente inteligente hasta entonces, una verdadera artista.

El señor de Sery permanecia en éxtasis ante ella.

La aprobaba y la admiraba en todo.

Lejos de quejarse de sus dispendios, los fomentaba: «feliz, decia él, de poder utilizar sus rentas de tantos años acumuladas.»

Ocurriósele á Diana decorar con algunos cuadros modernos un saloncito del piso bajo, y de Sery disponíase á escribir á Paris para hacerse enviar lienzos firmados por los primeros maestros contemporáneos, cuando ella le detuvo y le designó artistas mas modestos, pero de talento incontestable, cuyas obras habia admirado en la última exposicion: Leon Flahaut, paisagista distinguido, discípulo de Corot; Ernesto Journault que ha realizado con su maestro Gerome, un viaje á Palestina, trayendo de aquel país excelentes estudios; Pinelli, pintor de género, cuyos últimos cuadros: *La leccion de lectura*, y *Un interior de la Bolsa de Perusa* han sido muy celebrados.

Ella no opinaba que debiese de comprar un lienzo, aunque llevara la firma de Delacroix, sin haberlo visto previamente, y preferia á algunas glorias brillantes, personalidades menos conocidas del vulgo, pero que ella habia aprendido á estimar en su valor.

—¡Sea como gustéis! decía el señor de Sery; satisfechos quedarán vuestros deseos, mi querida Diana; pero tengo que haceros un gravísimo reproche.

—¿Cuál, Dios mío?

—De algun tiempo acá, os volveis muy ahorradora; pareceis sentir los gastos, indispensables sin embargo, que habeis hecho en nuestra morada. Decid, sino: vuestro dormitorio, que es un modelo de gusto y elegancia ¿para qué os sirve? En vez de habitarlo, preferís estar siempre metida en una pieza donde hicisteis traer vuestros muebles de Nantes.

—Es mi mueblaje de soltera, no habéis mal de él.

—¡Guárdeme Dios! pero ¿cuándo habitareis vuestra nueva cámara?

—Cuando esté completa.

—¿Le falta algo, por ventura?

—Cierto que sí.

—Desginádmelo, y os lo procuraré.

—No podriais; prefiero esperar.

—Y esa biblioteca que os propusisteis formar, ha quedado sin acabar. No se ve en ella ni una sola de nuestras novelas modernas.

—Yo no leo novelas; las hago. Esto me basta.

—Cuando menos, hubierais debido mandar encuadernar mas ricamente las obras de ciencia y derecho que habeis comprado. Quisiera que cada volumen llevase el escudo de vuestras armas.

—Pues quereis mal. Si esos libros cambiasen de propietario, la encuadernacion sería cosa perdida.

—¿Por qué habrían de cambiar de dueño? ¿estamos, por desgracia, amenazados de venderlos un dia?

—¡Quién sabe lo que puede suceder!

Al par que combatia tan elevada cordura, creíase de Sery obligado á admirarla, y decíase incesantemente:

«Mis amigos de Nantes me reprochan el haberme casado, á mi edad, con una mujer demasiado jóven.

«¡Ah! si la conociesen; si supiesen cuán buen criterio y cuanta sensatez hay en ella.»

Una sola persona, en la Sauviniere, parecia no compartir la admiracion del señor de Sery.

Era la tal un bello mozo de veinte y cinco años escasos, de estatura regular, ancho de espaldas y sólidamente constituido.

Sus cabellos espesos y cortados al rape, su vigote y su barba, que dejaba crecer, negros eran como el azabache.

Tenia sonrosada la tez, los ojos vivos, bellos los dientes, la nariz algo dura, el cuello muy grueso, la frente estrecha y los maxilares en extremo pronunciados.

Vestia, comunmente, un traje, mitad campesino, mitad paisano; una especie de chupa de caza, de terciopelo de algodón, con botones de metal; pantalon y chaleco de igual tela, polainas de cuero, y en la cabeza un hongo de fieltro negro, que no tenia analogía ninguna con el sombrero breton.

Veíasele, escopeta al hombro, en la boca una pipa, y seguido de un magnífico perro de presa, recorrer los parterres, la pradera, ó los bosques.

Era el intendente, el factotum, el colono jefe, el guarda general, en una palabra: era Lamí, el bello Lamí, como le llamaban las muchachas del lugar, ó el señor Lamí, como se hacia llamar él mismo.

Habiéndose arruinado su padre, labrador de las cercanías, por haberse querido enriquecer con demasiada rapidez, habíase visto el hijo Lamí, á la edad de veinte años y á pesar de un semblante de educacion recibida en Paimbœuf, habíase visto decimos, amenazado, de sopeton, de hacerse operario ó de procurarse un acomodo para no morir de hambre.

Por su dicha, ocurriósele la idea de ir á encontrar al señor de Sery, cuyas benevolencia y bondad eran apreciadas en todo

aquel contorno, y despues de haberle manifestado su precaria situacion, pidióle un destino cualquiera, donde poder utilizar sus escasos conocimientos.

Sintiéndose el castellano de la Sauviniere algo enfermo ya en aquel entonces, y no teniendo fuerzas ni gusto para hacer valer sus tierras, consintió en tomar á prueba á Lamí.

No tardó en encontrar, en este jóven, inteligencia, actividad, firmeza necesaria para defender los intereses que le estaban confiados y una honradez intachable en todos los asuntos de dinero.

Así, pues, al cabo de dos años, hábale de Sery endosado la enojosa tarea que dá la administracion de una gran heredad.

Siempre solo en el castillo, habia llegado insensiblemente hasta á olvidar la distancia que le separaba de su intendente y á tratarle como camarada.

Hábale autorizado, para tenerle mas á mano y porque se sentia mas en seguridad con él en su vasta mansion, á venir á habitar un aposento del piso bajo, en el ala izquierda del castillo.

Despues de haberse, tambien, limitado, durante los primeros años, de vez en cuando, á invitarle á comer, recibiale cotidianamente á su mesa, y hacia de él su compañero asiduo.

Esta benevolencia, afirmando la posicion de Lamí ante los colonos de las cercanías, le habia prestado una autoridad sumamente provechosa á los intereses del señor de Sery; pero tambien habia desarrollado desmesuradamente la excesiva vanidad de aquel jóven.

Infatuado ya de su persona por algunas conquistas fáciles conseguidas en el campo y en la pequeña ciudadanía de Paimbœuf, Lamí se habia engraido sobre sus méritos intelectuales y les atribuía su inesperada posicion.

Tal vez habia llegado hasta creerse el único propietario del castillo.

Y ¿por qué nó?

¿No lo habitaba, sólo, durante la mayor parte del año, desde que el señor de Sery pasaba, por causa de salud, todos sus inviernos en el Mediodía?

¿No tenia poderes amplos para hacer y deshacer los arriendos, para vender las cosechas, para firmar un sinnúmero de documentos en ausencia de su señor?

Y este, á su vuelta ¿no pedia consejo, en todo, á su intendente?

¿Se permitia, quiza, comprar un bosque, vender un prado, sin haberle consultado préviamente?

En una palabra: Lamí disfrutaba de la Sauviniere, como si realmente le perteneciera.

Vivia allí en una habitacion confortativa.

Cazaba en la propiedad;

Comia su venado, sus legumbres;

Bebia su vino;

Servíanle los criados de la casa;

Montaba los caballos del señor de Sery.

Y si no se tragaba las rentas de la heredad, era porque, bien comido, bien albergado, bien alumbrado, bien paseado en coche, costeados sus gastos todos, cobrando honorarios considerables hubiérase visto apuradísimo para encontrar en qué emplear su dinero.

Fácil es de imaginar el pésimo efecto que el matrimonio del señor de Sery debió producir en el alma de Lamí.

¡Cómo se entiende!

Haberse tomado la libertad de casarse, sin consultar primero su opinion.

¡Haber traído á la Sauviniere á una tercera persona, sin pedirle su parecer!

Disminuir su posicion de comensal, esperando á que sin duda se disminyera su situacion de intendente!

¡Dar un ama á quien se habia manumitido de la autoridad del amo!

Crearse una nueva familia cuando él, Lamí, habia llegado á preguntarse á veces, si no era el mismo hijo de la casa, único heredero del castellano!

Aun si el señor de Sery se hubiese casado con una jóven tímida, afable, acomodaticia, únicamente ocupada de tareas domésticas, tal vez Lamí se habria consolado.

Pero, desde la llegada de Diana á la Sauviniere, el intendente comprendió que no tenia que habérselas con una colegiala, sino que se hallaba en presencia de una mujer en toda la estension de la palabra.

Ocho dias hacia apenas que habitaba en el castillo, y ya lo habia trastornado todo.

Ordenaba, cortaba, construía, derribaba, sin parecer percibirse de su presencia.

¡Y aquel marido!

Un marido que la dejaba obrar á su antojo, que parecia ante ella un punto de admiracion, que tambien desconocia los derechos de su intendente y que no se dignaba recordárselos á su mujer.

¡Vaya! ¡aquello pasaba de raya!

Habia para morir de vergüenza ó de rabia, á menos de dimitir, cuanto antes, de sus funciones.

¡Cosa estraña, sin embargo y de la que se asombraron las personas quienes, en relaciones constantes con el intendente, conocian su carácter intratable, altanero, envidioso y brutal!

Lamí despues de haberse quejado á quien queria oírle, del casamiento de su señor, despues de haberse declarado, en todo el país, enemigo acérrimo de la señora de Sery, y de haber anunciado por do quier que iba á presentar sus cuentas, Lamí, repetimos, se habia amansado paulatinamente, hablaba de la nueva castellana con mas atencion, y conservaba su cargo.

Acabóse por atribuir este cambio al encanto ejercido por Diana en todos cuantos tuvieron ocasion de tratar con ella durante el primer año de su permanencia en la Sauviniere.

Colonos, sirvientes, operarios de toda clase, proveedores, mendigos, vecinos, entonaban sus alabanzas.

Era imposible, decian, que hubiese mujer mas cortés, mas afable, mas graciosa, mas caritativa que la bella castellana.

Estas alabanzas, hay que convenir en ello, no eran escusivas, y el matrimonio redundaba en gran provecho para la señorita Berard.

Su belleza florecia mas y mas, respirando los aires puros, en aquel parque, en aquel castillo, en el seno de todo aquel lujo de que habia sabido rodearse.

Aquel era perfectamente el cuadro que convenia á tan hermosa jóven confinada, durante luengos años, en aposentos reducidos, donde apenas podia arrastrar la cola de su vestido, servida por una sola doncella, obligada á economizar en todo, y á ocuparse en los mas insignificantes detalles domésticos.

Éranle menester aposentos de elevado techo, parterres sembrados de flores, altas arboledas, espesas olmedillas, bellos horizontes, sirvientes solícitos, muebles antiguos, telas de seda, cuadros, estátuas, obras de arte, una vida fácil y oro á manos llenas.

Todo esto lo habia encontrado, y, sonriendo á un porvenir mas dulce todavía, aspiraba la vida en la radiante atmósfera de que se habia circuido.

Hubierais podido compararla á alguna bella planta tropical, próxima á marchitarse bajo un cielo brumoso, á pesar de su vigor y de su savia.....

Trasportadla á pleno sol y á plena luz, y no tarda en abrir y en encantar los ojos.

Y como si esta exuberancia de vida, esta expansion debiesen comunicar vivificante calor á todo cuanto la rodeaba, iluminar

con sus rayos á cuantos participaban de su ardiente existencia el pobre enfermo con quien Diana se habia casado, parecia renacer y reverdecer.

Quizá no estaba tan gravemente atacado como los médicos y sus amigos habian dejado entrever.

Quizá su aislamiento, sus preocupaciones constantes, las privaciones de todo género impuestas por la facultad, le habian reducido á tan lastimero estado.

Actualmente, parece mas válido;
Sus ojos tienen mayor brillo;
Su tez está menos empañada;
Sus piernas le sustentan con facilidad;
Sonríe;
Conversa;
Está alegre;
Es feliz!

Todos habian dicho:

El infeliz se casa para tener un compañera, una amiga, una lectora, una enfermera; hay que acusarle!

¡Error! ¡error gravísimo!

Sepan todos que se ha casado con una mujer, y si bien se analiza, quizá descubriríamos en él pretensiones á ser un verdadero marido.

Con el paso que lleva, y mientras los tapiceros trabajan todavía en la Sauviniere, es capaz de hacer amueblar una habitación para sus hijos venideros.

¡No duda ya de nada el buen de Sery!

Diana, pensativa, observa esta convalecencia, este retoño, que evidentemente no habia previsto.

¿La habria engañado el señor de Sery?

Así como esos cardenales que se fingen enfermos y moribundos para decidir á sus colegas á elevarlos al papado, y que echan lejos de sí su caducidad y sus muletas el día en que el

Sacro Colegio, creyendo en su próxima muerte, les sienta en el trono pontificio ¿no podia, el marido de Diana, para conseguir casarse con ella con mas seguridad, haber simulado el papel de enfermo?

¿Por qué no se habria dicho:

Ella esperará heredarme pronto, contraer segundas nupcias á su gusto y aceptará mi mano; pero yo viviré, viviré largo tiempo, y calentaré mi languideciente vejez á su verde juventud?

El buen señor es incapaz de haber hecho tal cálculo.

El nunca se ha creído tan enfermo como le decian, y tal vez no lo está tan gravemente; pero indudablemente se habria extinguido en breve, en el seno de su soledad y tristeza.

Hoy recobra las fuerzas y la confianza porque imagina tener junto á sí á una amiga adicta, á una mujer amante.

Indulgente para con todos, servicial, incapaz de hacer el mal y de creer en él, presta á cuantos la rodean los buenos pensamientos de que su corazón rebosa.

Diana, decia él para sus adentros, puede llegar á amarle, en agradecimiento del bien que le ha hecho, del lujo de que la ha rodeado, de la posición que actualmente ocupa, y de la fortuna que le legará.

Diana debe estar enamorada de su gran adhesión, y ¿por qué no confesarlo? de su amor.

De su amor, sí.

El corazón no tiene edad, según dijo un sabio; y este anciano ama, quizá por vez primera en su vida.

Ama y... desea.

Desea, tanto mas vehementemente, cuanto que, en el temor, según aseguran, de ver agravarse el mal que padece, le suplican que sea razonable y que se deje curar radicalmente, antes de pensar en usar de sus derechos conyugales.

Estos consejos van acompañados de una tan dulce voz, de tan adorables mimos, de miradas tan tiernas, que el buen se-

ñor cree escuchar al ángel de la Esperanza, y para merecer el paraíso que se le deja entrever para un tiempo no lejano, consiente en dejarse nada mas que cuidar.

Así pues, en lo moral, plena satisfaccion.

De Sery cree en su salud, y espera en su amor.

En lo físico: reposo absoluto, vida sana y fortificante.

No podrian los médicos recetar mejor, y el castellano de la Sauviniere, va de dia en dia mejorando á ojos vistas.

Por su parte, Diana, cada dia está mas pensativa.

¿Se habrá casado quizá con un... marido eterno?

Felizmente, el mismo señor de Sery vino á su auxilio.

Paulatinamente, al recobrar las apariencias de la salud, habia el desdichado visto desarrollarse su amor, y acentuarse sus deseos mas y mas.

Sentíase ágil, jóven, refocilado y quiso hacer aprovechar á su pasion de tan inesperada primavera.

Largo tiempo luchó Diana Berard contra tales aspiraciones, intentando calmar tan intempestivo ardor.

Empleó mil estratagemas para retardar la hora del sacrificio.

Invocó á Esculapio, dios de la medicina, y á Minerva, diosa de la sabiduría.

¡Vanos esfuerzos!

El señor de Sery no respetaba nada ya, y tenia todas las audacias.

Fué menester resignarse, é inmolarse en el ara del deber.

Pero no estaba Diana de humor para hacer un sacrificio tal, sin utilizarlo para sus designios.

Por un momento, habia alimentado la esperanza de conservarse inmaculada á Luciano, de permanecer, segun la frase á la moda: *mujer de templo*, al par que siendo: *mujer de hogar*.

Se le oponian; querian infligir á su amor!

¡Pues bien!

Ya que no podía sustraerse á ello, resolvió *resarcirse*.

No fué, desde entonces, solo la mujer del señor de Sery, no.

Fué su querida.

Una querida complaciente en escèso, sometida á todos los caprichos de su amante y siempre presta á satisfacerlos.

Representó la comedia del amor con infinito arte.

Hízose tierna, para que lo fuesen con ella.

Volvióse ardiente, para inspirar ardores siempre nuevos.

Tendido el espíritu hácia una meta única; impaciente y febril; decidida á todo género de martirios para abreviar el tiempo y devorar el espacio, inmoló sus pudores y adquirió, sin esfuerzos, por decirlo así, la ciencia de las mas hábiles cortesanas.

Demasiado enamorado para defenderse, de sobras inesperto para ver el peligro y huirlo, no supo el desventurado resistir á las seducciones del vicio.

Los dos amantes no se abandonaban ni un momento.

Desde por la mañana, un estudiado desayuno, ordenado la víspera por Diana, que no omitía ningun detalle, les ponía de jovial humor para todo el resto del dia.

Segun el tiempo, retirábanse entonces al saloncito, se estrañaban en el bosque, ó bien montaban en una «cesta» tirada por dos *poneys* que la misma Diana guiaba, y, sin importuno cochero, cual enamorados tórtolos, dirijíanse á Prefaille ó á Saint-Gildas, á buscar la soledad y á respirar los vivificantes aires del mar.

Despues de la comida, tan hábilmente aprestada como el desayuno, dignábase Diana admitir á su marido en la estancia antaño amueblada por ella con amor y que, en su mente, habia sido reservada á otros destinos.

Resignada, como hemos dicho, á todo género de sacrificios y contando, para acabar de trastornar al señor de Sery, con las

seducciones de aquel misterioso reducto hasta entonces cerrado, no había vacilado en abrir sus puertas de par en par.

Todo concurría así á hacer del castellano de la Sauviniere el mas feliz de los hombres, el marido mas mimado, el mas amado amante.

Su vida era un encanto;

Cada uno de sus dias, un dia de fiesta, que hubiera podido celebrarse con este titulo: *la fiesta de los sentidos*.

Por lo que toca á su salud, no se preocupaba de ella. Y en verdad ¿tenia tiempo para preocuparse?

Las flores que le cubrian, le ocultaban la lividez de su rostro, y nadando en incesantes delicias, no podia ver su desmejora.

¿Cuál era la actitud de Lamí en presencia de esta nueva situacion?

Indudablemente éste había observado los cambios sobrevinidos en las relaciones de los dos esposos, y sus observaciones habían sido tanto mas fáciles cuanto que, paulatinamente, supiera insinuarse en la intimidad de sus señores.

Diana había empuñado las riendas de la casa, relegándole á un segundo término, pero un segundo término escelente, donde el amor propio del intendente no podia resentirse, y donde podia aun dirigir y ordenar.

Demasiado hábil para hacerse un enemigo irreconciliable de un hombre á quien un dia podría tal vez necesitar, habiale tratado con cierta consideracion, lisonjeando su vanidad y acabando por dispensarse para con él de su primitiva reserva.

El señor de Sery, á quien la sequedad de su intendente había intimidado siempre, estaba hechizado de las buenas disposiciones de Diana tocante á Lamí y alentaba á su mujer en esta via de reconciliacion.

El intendente ha vuelto, pues, á ocupar su rango en el hogar del castellano.

Le ha visto recobrar alguna salud durante los primeros tiempos de su matrimonio, y luego desmejorar y decaer cual nunca.

No deja de adivinar en gran parte las causas de esta recaída, y si bien los cálculos de Diana se escapan á su penetracion, comprende, por lo menos, que el señor de Sery, enfermo y quincuagenario, se porta en su matrimonio como si no tuviera mas allá de veinte años.

Un hermano, un pariente, un amigo, se creeria poder permitirse ciertas observaciones, ciertos consejos.

Lamí se circunscribe á sus atribuciones de intendente, y no chista.

¿Por qué reserva tal de parte de un hombre habitualmente tan poco reservado?

¿Por qué tal discrecion cuando, por vez primera quizá, tendria derecho á ser indiscreto?

¿Por qué hacer traicion, indirectamente, con su mutismo, á un amo que le ha colmado de beneficios y al cual ha dado á menudo pruebas de sincera adhesion?

¿Por qué?

Porque Lamí, encontrándose en todo el vigor de su edad, ardiente, vigoroso, sensual, y cuyas relaciones amorosas no han pasado mas allá que de muchachas lugareñas ó de obreras de una ciudad de tercer orden, se ha dejado deslumbrar por la belleza y elegancia de la señora de Sery.

Enemigo suyo declarado, al principio, cuando solo pensaba en sus intereses, ha acabado por olvidarlos contemplándola y actualmente le tributa sincera adhesion.

La intimidad en que vive con ella, continúa manteniéndole fascinado.

La ve á todas horas; á cada momento habla con ella, y paulatinamente su cabeza se exalta.

Á veces le ha sucedido sorprenderla en el salon ó en una glo-

rieta, junto á su marido, y el espectáculo, semi-velado, de sus amores, le ha perturbado cruelmente.

«¡Ah! se ha dicho en tales ocasiones; si en vez de ese marido acabado, gastado, medio muerto, tuviese ella un amante como yo!»

Porque, no sospechando los designios de Diana y no conociendo su amor por Luciano d'Aubier, se la figura, sino enamorada del señor de Sery, por lo menos enamorada de voluptuosidad.

Entonces, toma en odio á ese marido indigno de sus riquezas y cuya vejez enfermiza marchita la belleza y la juventud de tan adorable mujer.

«Sus fuerzas se agostan cada día mas y mas, osa á menudo decir para sus adentros Lamí, al contemplar á su señor; ¡tanto mejor! así cesará mas pronto esa profanacion.

Y entonces, la imaginacion del intendente, no temiendo ir mas allá de esta muerte, añade:

«Soy un buen mozo, soy jóven, valgo mas que todos esos señoritos de la ciudad: ¿por qué, pues, no he de sacar provecho de mis ventajas?»

«¿Quién, cuando se encuentre ella viuda, la consolará, la calmará y apaciguará sus sentidos, que sus amores añejos han sobrecitado, sin jamás satisfacerlos?»

«¿Podria yo jurar, por otra parte, que ella no prevé el porvenir y que no piensa ya de antemano en mí?»

«¿No me deja, cada día, penetrar mas profundamente en su intimidad, y ayer, sin ir mas lejos, no me prodigó tiernísimas miradas?»

Algunas veces, el enamorado desaparecía, para hacer sitio á campesino advenedizo, ambicioso y ávido.

La Sauviniere, de que durante largo tiempo se creyera único propietario, le estaba decididamente reservada.

La señora de Sery, viuda, rica y loca por él, consentía en tomarle por esposo.

En los rancieros libros que encontrara en el castillo, y que de antaño habia devorado: ¿no se veia á encoquetadas damas casarse con gentecilla cuyos méritos ciertamente no podian parangonarse con los suyos?

Aquel castillo, aquellos bosques, aquellas praderas están destinadas para pertenecerle un día.

Y en tanto que el tiempo se desliza así en la Sauviniere; en tanto que el marido se muere; en tanto que la mujer entrevé el fin de su martirio y la realizacion de sus esperanzas; en tanto que el intendente acaricia sus quimeras, Luciano d'Aubier continúa desempeñando, como siempre, en Nantes, el cargo de sustituto.

En los primeros meses que siguieron al matrimonio de la señorita Berard, únicamente consiguió dominar sus recuerdos y calmar su sobrecitada imaginacion, dedicándose á un trabajo asiduo.

Hacia esfuerzos heróicos para olvidar á la que amaba, hasta el día en que ésta corriese á decirle: «Soy libre, dueña de una fortuna relacionada con tu posicion; trocados están los tiempos; nadie puede rehusarnos el derecho de ser felices juntos; casémonos.»

Verdad es, que sobre el particular, sentia algunos escrúpulos.

«No pecaria de falta de delicadeza casándose, ahora que estaba viuda y rica, con la mujer á la que antaño no se unió cuando era pobre?»

«Pero, en verdad, no era él quien deseara un dote.

«Habíalo intentado todo para enlazarse con Diana, á pesar de su pobreza, y no podia hacérsele responsable de las exigencias maternas.

«¿No tendria además el derecho de no tocar jamás á tal dote

y de trabajar sin tregua á fin de subvenir, con su fortuna personal, á la vida comun?

Mas todavía le preocupaban sus otros escrúpulos.

¿No se basaba la realizacion de su proyecto sobre la muerte de un bello sujeto, de quien nunca habia tenido motivo de queja?

¿No era indigno el basar su dicha y su fortuna sobre la desgracia de otro y especular con la muerte del prójimo?

Pero ¿dependía de él la tal muerte.

Sus deseos ¿podian precipitarla?

¿No haria él el sacrificio de todas sus esperanzas, antes que adelantar de un dia el fatal desenlace?

Si, despues de haber examinado su conciencia, le daban tentaciones de analizar la conducta de Diana Berard ¿no debia tambien declararla inocente?

¿Cómo no!

Durante mas de un año, el señor de Sery ha asediado á la bella jóven con sus homenajes, y ella los ha desdeñado.

Jamás Diana se ha dejado deslumbrar ni por su nombre, ni por el dote considerable que le aseguraba, ni por la magnífica herencia que la señora Desvignes parecia garantizar.

Ella ha despreciado todas sus seducciones antes de conocer á Luciano.

Las ha despreciado tambien, despues de haberle conocido. Superior á tantas mujeres de su tiempo, no ha admitido que la fortuna pudiese entrar en lucha con el amor, y ha preferido, sin vacilacion, un pequeño sustituto de provincia á un gran propietario territorial.

Ni siquiera le ha bastado sacrificar los millones del señor de Sery, toda vez que, además, proponia inmolar su honor, haciéndose la mancha de Luciano.

Si, mas tarde, se ha casado con un marido aborrecido ¿no es este un sacrificio mayor todavía?

¿Podria ocurrírsele, ni por asomo, al que lo provocó, la idea de reprochárselo?

¿Saca provecho ella de su sacrificio?

¿Goza de su posicion?

¿Ha pensado, como otras tantas, en reemplazar la felicidad con el placer y las satisfacciones de vanidad?

¿Quién le impedia, despues de casada, correr á París y ser en breve una de las mujeres mas cortejadas, una de las reinas de la moda, ó bien, comprar en Nantes un suntuoso palacio, dar fiestas, asombrar á todo el mundo por su elegancia y su lujo y ocupar el primer rango en una sociedad donde precedentemente á duras penas se la acogia?

Á todos estos goces, ha preferido una vida digna, tranquila, retirada en el fondo de la campiña, junto á un marido anciano.

Ha querido que el sacrificio fuese completo y que Luciano no pudiese menos que decir: «Se ha casado por mí, por mí solo, en vista de nuestros amores, en vista de nuestro porvenir.»

Así juzgaba éste la conducta de Diana.

Con estas ideas vivió y esperó largo tiempo.

Pero los dias y los meses sucedieronse, y ninguna noticia directa vino de la Sauviniere.

Únicamente oia decir á veces á la señora Desvignes que el señor de Sery, precisado á personarse en Nantes por negocios, la habia ido á ver, y que el matrimonio parecia que lo probaba á pedir de boca.

Lo cual, como es de presumir, nada tenia de tranquilizador para Luciano.

Al mismo tiempo, sus recuerdos iban debilitándose de dia en dia, y se veia obligado á hacer ciertos esfuerzos de memoria para representarse aquellos rasgos, aquellas formas que antes le asediaban sin tregua.

La señora d'Aubier, no queriendo verse cogida de sorpresa,

como cuando Luciano la hizo sabedora de su amor por la señorita Berard, y de sus proyectos de matrimonio, vigilaba ahora atenta el corazón de su hijo, y pudo leer cuanto pasaba en él.

Cuando vió que el tiempo había desempeñado su papel habitual y llenado su tarea en este mundo la de calmar los mas grandes dolores y de debilitar los mas vivos recuerdos, volvió á sus antiguos proyectos y puso de nuevo á Luciano en presencia de Maria de Rioux.

Luciano encontró á esta jóven tal como la habia conocido.

Encantadora y graciosa á mas no poder.

No le echó ella en cara su abandono, abandono, por otra parte, hábilmente explicado por la señora d'Aubier; y, como si por instinto hubiese comprendido que no era prudente violentar á aquel corazón todavía dolorido, olvidó que era mujer, que tal vez amaba, y pareció ver en Luciano un compañero de infancia, un hermano.

No teniendo, de esta suerte, razon ninguna para alarmarse y temer faltar á lo jurado a la señorita Berard, llegó Luciano, tal vez sin de ello apereibirse, á dejarse encantar por su nueva compañera, á fijarse en su amabilidad, su gracia y su belleza actualmente en toda su flor.

¿Adivinó la señora de Sery lo que pasaba en el corazón de Luciano?

¿Encargóse el azar de hacerle sabedora de que se le encontraba demasiado á menudo en compañía de la señorita de Rioux?

¿Ó bien, no pudo resistir mas largo tiempo al deseo de hacerse presente á su recuerdo?

Sea como fuere, lo cierto es que le volvió á ver.

Tal vez tambien, á fines de su segundo año de matrimonio, fue presa de cierto desaliento.

El señor de Sery sobrellevaba muchísimo mejor de lo que

hubiera podido creerse, el régimen de vida á que se le tenia sometido.

No hay duda que se encontraba sumamente débil; empero, cierta sobrescitacion nerviosa, causada por excesos, le prestaba un vigor ficticio espantoso para las personas interesadas en su muerte.

Un médico no se hubiera engañado:

Su ciencia habria descubierto, bajo aquellos pómulos sonrosados, bajo aquellos ojos todavía vivos, y bajo aquella sorprendente actividad una estenuacion completa, un gran deterioro y los síntomas todos de una dolencia mortal.

Mas Diana y Lamí guardábanse mucho de llamar médicos á la Sauviniere, y, en su ignorancia aflijianse del estado del señor de Sery, cuando á estar mas instruidos hubieran podido entonar aleluyas.

En tal disposicion de espíritu fue cuando concibió Diana el proyecto de volver á ver á Luciano.

Por prudencia, temiendo comprometerse y comprometer el porvenir, alentada sobre todo por la esperanza de una viudez próxima, habia resistido hasta entonces á este deseo.

Ahora dudaba...

En todo caso, veia la tan anhelada época alejarse todos los días mas y mas...

Necesitaba tomar nuevas fuerzas y armarse contra el desaliento y tal vez contra las náuseas que comenzaban á invadirla.

Luciano ocupaba, en la estremidad del bulevar Delorme, un pequeño pabellon, dependencia del palacio que habitaba su madre, pero separado de este palacio por un vasto patio, y con puerta al bulevar.

En el piso bajo encontrábase su gabinete despacho donde, desde hacia algun tiempo, velaba hasta altas horas de la noche para estudiar un importante proceso criminal que la Audiencia de Rennes acababa de confiarle.

Tratábase de un propietario de Ancenis, el señor X..., acusado de haber envenenado á su suegra que tardaba demasiado en morir.

Durante la instruccion, el inculpado habia dado pruebas de tanta inteligencia, y el abogado, llamado de París para defenderle, gozaba de reputacion tal, que Luciano d'Aubier, encargado de la acusacion, no podia disimularse las dificultades de su tarea y le asustaba casi.

La culpabilidad del señor de X.... no le era dudosa; empero, tratábase de demostrarla al Tribunal, y á fin de lograrlo, no retrocedia ante fatiga ninguna.

Habia llevado sus escrúpulos hasta el extremo de convertirse, por algunos dias, en médico y químico, con objeto de estudiar los estragos causados por ciertas sustancias.

Como se suponía que el envenenamiento habia tenido lugar por el arsénico, habíase procurado una dosis de dicha droga, y, con auxilio de libros especiales, analizaba y estudiaba sus efectos.

Quería, de este modo, encontrarse en disposicion de contestar á las objeciones de los médicos llamados para la defensa y de sostener los informes de los peritos designados por el Tribunal.

Absorvido en este trabajo, en una fria velada de invierno, oyó de repente, á eso de las once, llamar á su ventana.

Atónito á este ruido completamente inusitado, levantóse de su sillón, dirigióse á la ventana y entreabriéndola:

—¿Quién vá? preguntó.

—Silencio; y abridme la puerta secreta, dijo una voz que le hizo estremecer.

Pálido, conmovido, tembloroso, obedeció.

Diana entró rápida, y, mientras él la contemplaba, sin osar todavía creer en su presencia, despojóse ella de un gran manto de terciopelo negro, completamente forrado de pieles; diri-

gióse hácia la chimenea, presentó al hogar sus húmedas botitas; despues, volvióse y sin pronunciar una palabra, contempló á su vez largo rato á Luciano.

Comenzaba éste á reponerse, y, en pié, apoyada una mano sobre su bufete, la contemplaba igualmente, sin tener fuerzas para hablarla.

No era ya Diana la jóven de antaño, de espléndida belleza, aunque todavía incompleta bajo ciertos conceptos.

Dos años habian sido mas que suficientes para perfeccionar todo lo que se encontraba sin acabar en ella todavía.

Su belleza se habia desplegado.

La flor habíase convertido en fruto.

Tambien en su *toilette* notábanse grandes cambios.

No vestía ya como una jóven sin fortuna, que intenta reemplazar por ciertos esmeros y un poco de escentricidad el lujo de que su bolsa la priva.

Llevaba un traje de alto gusto, relacionado con su actual posicion.

Un vestido de terciopelo, negro como el manto, salido del obrador de una reputada modista, hacia resaltar la elegancia de su talle, siempre delgado aunque un tanto redondeado y la firmeza de su seno que se habia desarrollado mas aun.

Unos guantes de piel de Suecia, grises, sin botones y de alta vuelta, y unas botitas de satén negro acusaban perfectamente la pequeñez de la mano y del pié.

Cubría su cabeza un capuchon de densa blonda, y de cada una de sus correctas orejas pendía una perla negra.

Las llamas del hogar iluminaban de pleno la rica sencillez de aquel tocado y todas las perfecciones de tan hechicera mujer.

Contemplándola, sentía Luciano reavivarse todos sus sentidos, y su imaginacion, despertándose de repente, buscaba ya, bajo el terciopelo que la cubría, los esplendores cuya vista le enloqueció en época anterior.

Ella, comprendiendo que volvía á conquistar su imperio, saboreaba la mágica del triunfo y se hartaba de la voluptuosidad que la mujer experimenta al verse admirar por su amado.

Por último, hizo un ademán, y habiéndose Luciano prostrado á sus plantas inclinóse y apoyó largo rato los labios á su frente.

Roto estaba el hielo.

Los dos hablaron en voz baja.

Ella dijo que, aprovechando una indisposición de su padre, se había ausentado de la Sauviniere, para venir á pasar veinte y cuatro horas en Nantes.

Llegada por la mañana, esperó á que anoheciera y se había dirigido, secretamente, á casa de Luciano.

Ignoraba si habitaba todavía el mismo pabellón que antaño, y no fue poca su ventura al reconocer su voz.

Después de haberle consagrado algunas horas, se llevaría á su retiro el recuerdo de una visita tan ardientemente deseada desde dos años hacia.

—De este modo, dijo, terminando, tendré mas valor para esperar.

¡Esperar!

Esta era la cuestión ardiente; mas Diana hubiérase guardado mucho de abordarla.

Conocía de sobras la honradez de Luciano para hablarle de esperanzas fundadas sobre la enfermedad y la muerte.

Á ella, solo á ella atañía el cuidado de servirlo antes posible.

No tenía que entrar Luciano en tales detalles.

No debía, sobre todo, sospechar jamás que la señora de Sery, arrastrada por su pasión, había osado concebir la idea de ayudar á la naturaleza, demasiado lenta al grado de sus deseos.

Por lo demás, y como hemos explicado precedentemente, reconocía desde algunas semanas atrás la inutilidad de sus esfuerzos.

Veíase casada para largo tiempo...

Y se desesperaba.

¡Triste resultado, inútil de divulgar!

Cuando hubo contestado á todas sus preguntas, exigió á su vez que Luciano le diera cuenta de su conducta durante los dos años transcurridos.

Quiso ser iniciada en sus trabajos, en sus esperanzas para el porvenir.

Él obedeció, y la especie de fascinación que sobre él ejercía ella desde su llegada era tan grande, que no temió enterarla de las reanudadas relaciones con la familia de la señorita de Rioux.

Habló de ello, sin temor, sin vacilación, como de la cosa mas natural del mundo, pues desde la llegada de Diana no tenía ya conciencia de la gran simpatía que, una hora antes, le inspiraba le protegida de su madre.

La señora de Sery le riñó blanda y graciosamente por aquellas relaciones que, según decía ella, eran una pequeña infracción á su convenio; empero, no quiso parecer atribuir á esta confidencia mayor importancia que la que él mismo atribuía.

—Y ahora, continuó, sin dejarle parar ¿qué hacéis, á qué trabajo os dedicáis? ¿cuál era vuestra ocupación esta noche cuando he entrado en vuestro despacho? Quiero saberlo todo.

Y al decir esto, habíase aproximado á la mesa de Luciano, y sentada en su sillón, registraba sus papeles.

—En este momento, dijo él, preparo un trabajo que puede influir grandemente en mi porvenir.

Si consigo poner en claro un asunto todavía envuelto en tinieblas, si llego á persuadir al Jurado de que debe castigar á un gran criminal, en recompensa del servicio que prestaré á la sociedad, es probable que no pase mucho tiempo sin que me nombren procurador imperial.

—¿De qué culpable y de qué causa habláis? preguntó Diana.

—De un envenenamiento de que se ocupa en la actualidad

todo el departamento y hasta me atrevería á decir, la Francia entera.

—¡Ah! el proceso del señor X...

—En efecto, ¿ha llegado á vuestra noticia?

—Ciertamente. Fuerza es, cuando se vive en el desierto, como yo, leer de vez en cuando los periódicos. Pero no he visto en ellos que estuviérais vos encargado de esta causa. Dadme un resúmen de ella, á fin de que me entere antes que los simples mortales. Digo, si no lo lleváis á mal.

Él le refirió todos los detalles que podía dar sin incurrir en indiscrecion, é insistió largo rato sobre las pruebas de culpabilidad.

—Seguro estoy, en alma y conciencia, dijo al concluir, que la suegra del señor X... ha muerto envenenada; que el envenenador ha sido él, y que se ha valido del arsénico.

—¡Ah! ¿de veras! dijo ella, ¿con qué es un buen veneno el arsénico?

—Escelente, replicó él, sonriendo á tal pregunta; dígalo, sino, la señora Lafarge.

—¡Oh! nada prueba que la señora Lafarge haya sido culpable!

—En mi cualidad de magistrado, dispuesto á creer en la infabilidad de la justicia, permitidme sostener que lo era.

Además, la cuestion no estriba aquí.

Está probado que el señor Lafarge murió envenenado por arsénico.

No os aconsejo, añadió riendo y absorvido en el tema de su trabajo, no os aconsejo que entreis en discusion conmigo sobre este veneno.

Lo conozco como si lo hubiese inventado.

Tomad, continuó, sacando de un cajon diferentes paquetes, ¿quereis la prueba de la conciencia que empleo en mis estudios?

Estos paquetes contienen arsénico, y los he ido analizando uno por uno.

—¡Cómo! exclamó ella ¡arsénico! ¡eso! ¿Veamos?

Y cogió, miró, olió y volvió los paquetes á su sitio, en el cajon, añadiendo:

—Así, pues, ¿ese polvillo blanco basta para envenenar á uno?

—¡Oh! exclamó Luciano, con ello hay para envenenar á tres personas por lo menos.

—Deberia estar prohibido el tener en su casa semejantes cosas.

—Y lo está realmente, escepcion hecha, sin embargo, de los farmacéuticos.

—Y de los magistrados, segun parece.

—Los magistrados no gozan de escepcion. Solo que, cuando pueden aducir motivos graves para tener á su disposicion algunos gramos de ese polvo, se les proporeionan, á su peticion escrita y bajo su responsabilidad.

Agotada esta cuestion, abordó Diana otra nueva.

Pero no parecia escuchar ya las respuestas de Luciano con igual interés.

Poco á poco, mientras éste hablaba, habíase ella quitado los guantes, y sus manos colgaban muellemente á lo largo de su vestido.

Su capuchon de blondas habia caído como por azar, y el terciopelo negro de su traje hacia resaltar el color leonado de sus cabellos, de los que algunos bucles, no encontrándose retenidos, erraban á la ventura á lo largo de los hombros y del talle.

Presa, sin duda, de un extraño cansancio, de una invencible languidez, habíase arrellenado en el gran sillón situado junto á la chimenea.

Hubiérasela creído acostada, tanta molicie respiraba el abandono de su actitud.

Sus piernas, cruzadas, reposaban sobre un taburete, y la

falda, un tanto remangada, dejaba entrever una media de seda gris bordada de negro.

Su pecho tendido y horizontal casi, parecia encontrarse estrecho en su corsé, y se alzaba por intervalos como para romper sus lazos.

Su boca permanecía entreabierta, las ventanas de su nariz dilatadas y sus ojos semi-velados contemplaban lánguidamente á Luciano.

Desde hacia un instante callaba éste y la contemplaba tambien.

De improviso, no pudo mas.

Abalanzóse á ella, ciñó su talle con sus brazos y unió á sus labios los suyos.

Ella no hizo el menor movimiento.

Hubiérasela creído dormida ó muerta.

No se resistió.

¿No era realmente, desde hacia largo tiempo, el bien, la cosa de Luciano?

Dos horas despues, creyó el sustituto oír ruido en el patio.

Temiendo que un criado demasiado madrugador, al ver luz en su cuarto, no tuviese la ocurrencia de entrar, salió un momento del gabinete para ir á cerrar las puertas que daban al patio.

Cuando volvió, ya Diana habia vuelto á ponerse su capucho sus guantes y su manto.

— ¡Cómo! ¡tan pronto! exclamó él.

— ¡Ah! suspiró Diana. Me es preciso llegar á casa de mi padre antes de que despierten los vecinos.

— Y ¿no os voiveré á ver?

— Sí, pronto; así lo espero... y, entonces, será para no separarme mas de tí, añadió colgándose de su cuello.

El recuerdo de aquella noche debia ser imperecedero.

Luciano sentíase actualmente asaz fuerte para resistir á to-

das las sugerencias maternas, y para esperar el regreso de la que, en el momento tal vez en que iba á olvidarla, le habia impregnado tan hábilmente de voluptuosidad.

Tres meses despues de la visita que habia venido á sorprenderle, supo d'Aubier por la voz pública que la señora de Sery era viuda.

Esta muerte, prevista de tan largo tiempo, á nadie debia venir de nuevo.

Hablóse de ella únicamente para tener ocasion de ocuparse de la bella Diana que, pasado el término de su luto, iba á ser uno de los mejores partidos del departamento.

Esperaban verla habitar en Nantes, y muchas familias que la habian tratado con cierto despego cuando era soltera y pobre, aprestaban ya para la rica viuda sus mas graciosas sonrisas.

Cada cual conocia su afición al lujo, su elegancia, su espíritu parisiense, y conjurábanse para retenerla en el país, á fuerza de amables atenciones.

Desde luego estas esperanzas y estos cálculos salieron frustrados.

El dia siguiente al del entierro de su marido, la señora de Sery, acompañada de una doncella, abandonó la Sauviniere y emprendió un viaje.

Seis meses trascurrieron sin que diese noticias de sí.

Despues, cuando menos podian pensarlo, viéronla llegar á Nantes é instalarse en casa de su padre.

A la mañana siguiente, Luciano, prevenido por un billetito, llamaba á su puerta.

— ¿Me esperabais? dijo ella corriendo á su encuentro.

— Sí, ciertamente, contestó él.

— Yo no podia venir aquí al principio de mi luto. No hubiera tenido valor para cerraros mi puerta y me habrian acusado de no respetar la memoria de mi marido, lo cual no po-

dia menos de comprometer nuestro porvenir. He preferido alejarme, poner una barrera entre vos y yo, y no volver hasta la época en que pudiésemos vernos sin herir susceptibilidades. Presumo no me guardareis rencor por haber puesto en salvo vuestra posición, mi reputación y nuestros caros amores.

Ella había tenido otros motivos para ausentarse; pero los que pretestaba podían pasar por lógicos y bastáronle á Luciano.

—Espero, añadió ella después de un rato de conversacion, que ya nadie se opondrá á nuestro matrimonio.

El señor de Sery me ha dejado, en testamento, una cincuenta de miles de francos de renta, y el dominio de la Sauviniere, que reditua bastante.

Vuestra es toda esta fortuna.

Os la traigo y soy feliz al ofrecérsela.

Debeis aceptarla, sin el menor escrúpulo.

¿No queriais casaros conmigo, á pesar de mi pobreza?

Por lo demás, el nombre que me dareis, la honradez de vuestra familia, vuestra posición actual y la que os está reservada son un equivalente de mi dote.

Preparad nuestro matrimonio, que podrá tener lugar dentro tres ó cuatro meses, sin chocar con ninguna conveniencia.

Hasta entonces, nos veremos cada día, aquí, en casa de mi padre, donde cuento permanecer, y algunas veces en vuestra morada, pero escasas.

Conviene evitar el dar pié á la chismografía.

Luciano no podía oponer objeción ninguna á tales proyectos.

En efecto ¿no tenía, desde largo tiempo antes, empeñada su palabra á la señorita Berard, y además, cegado por su imaginación y sus sentidos, no se creía enamorado perdidamente?

Dispúsose, pues, á preparar su matrimonio, según la expresión de la linda viuda.

Un acontecimiento feliz que tuvo lugar en aquel entonces, vino á allanar muchas dificultades.

Luciano recibió el nombramiento de Procurador imperial.

Al mismo tiempo supo que, por una gracia especial, y de las más raras, no le trasladaban á otro punto, á pesar de su elevación, por haberse dignado tomar en consideración el guardasellos su deseo de permanecer en Nantes, junto á su madre, demasiado entrada en edad para cambiar de residencia.

Sin embargo, ni la nueva posición que su nombramiento le daba, ni el dote inesperado que le ofrecían, bastaron á convencer á la señora d'Aubier de la oportunidad de un casamiento con la señora de Sery.

Todavía intentó disuadir á Luciano.

Su instinto maternal parecía como si le permitiese leer en el porvenir y le hiciese entrever peligros en una unión que tantas garantías de felicidad parecía ofrecer.

Por último, fatigada de luchar contra la pasión de su hijo, y comprendiendo que tal vez incurriría en ridiculez oponiendo su maternal autoridad á las tan persistentes resoluciones de un hombre de treinta años, vióse precisada á acceder, después de haber protestado por última vez en los siguientes términos:

—En otro tiempo, dijo, me empeñé con todas mis fuerzas contra ese matrimonio, y ninguna consideración, ninguna presión me hubieran hecho consentir en él.

Entonces, para obrar así, guiábanme motivos materiales.

La joven con quien querías casarte no tenía dote, y tú, sin ninguna esperanza de fortuna, te encontrabas en los principios de tu carrera.

Hoy día, la posición ya no es la misma y sin embargo, conservo las mismas repugnancias y los mismos temores que antes.

La señora de Sery, estoy persuadida de ello, no es la mujer que te conviene.

Con ella, vas á ser desgraciado.

A mi entender, cometes una grave falta renunciando, por

ella, á la mano de esa buena María, tan desconsolada y triste desde tu abandono.

Pero no se trata de eso.

Aunque la señorita de Rioux no existiese, no por ello la tal viuda dejaría de espantarme, y esta vez, sin oponerme á tu matrimonio, te suplico que lo reflexiones maduramente.

No olvides que se trata de tu felicidad y de tu vida.

¿Reflexionó Luciano como su madre le rogára?

Casi pudiera ponerse en duda, puesto que resolvió casarse con la señora de Sery.

En cuanto á esta, su matrimonio con Luciano debía tropezar también con algunos obstáculos.

No venían ya estos del señor Berard.

Diana le entregaba, sin cesar, dinero y mas dinero para perfeccionar su famosa hélice, y actualmente el inventor consideraba á su hija como una especie de oráculo.

Iban á surgir de Lamí, mas enamorado, mas apasionado que nunca.

Ya, cuando despues de la muerte del señor de Sery, Diana resolvió emprender un viaje, su intendente habia querido seguirla, y para decidirle á permanecer en la Sauviniere, debió Diana desplegar toda su elocuencia.

—No podemos abandonar los dos á la vez esta propiedad, le habia dicho. Alguien debe ocuparse de ella y administrarla. Os confío este cuidado y cuento con vos. Por mi parte, necesito aire, movimiento, libertad despues de esta esclavitud de mas de dos años, y parto. Pero pronto volveré, y entonces, mucho tendremos que hablar.

Esta última frase la dijo de manera á lisonjear las esperanzas del intendente, y hacerle entrever la realizacion de deseos que, desde largo tiempo hacia, no sabia Lamí disimular ya; y así obtuvo, á costa de una especie de compromiso tácito, la tregua de seis meses de que tenia necesidad.

Terminado su viaje, habíase fijado en Nantes, y evitaba las persecuciones de Lamí.

Empero, pensando que era peligroso huirle por mas largo tiempo, resolvió hacer una corta aparicion en la Sauviniere y dar el golpe de gracia á su intendente.

Desde luego, este se resistió á creer en los proyectos matrimoniales de que Diana acababa de hablarle.

—Es imposible, dijo; quereis ponerme á prueba!

Cuando no le fue dable dudar ya, entró en un acceso de cólera terrible que, durante unos momentos, hasta le quitó el uso de la palabra.

Finalmente gritó:

—¡Nó! ¡ese matrimonio no se realizará! ¡no puede realizarse!

—Y por qué? preguntó ella.

—Porque yo os amo! ¡bien lo sabeis! puesto que habeis dada alas á mi amor...

—¿Yo? replicó ella, con aire de ingenuidad: ¿yo, dar alas á vuestro amor? ¿y de qué modo, si os place? A haber cometido esta falta, os pediria humildemente perdon, pero en tal caso, seria sin de ello haberme dado cuenta.

—¡Ah! ¡de veras! continuó él furioso; ¡con qué, sin haberos dado cuenta! ¡eso pasa ya de raya! Pero, todo en mí os lo decía este amor, todo os lo gritaba sin cesar y, en vez de alejarme de vuestra presencia, sin espulsarme por mi audacia, vos me conservabais junto á vos, me admitiais en vuestra mesa y viviais conmigo en continúa intimidad.

Un dia, no teniendo yo ya fuerzas para callarme, me dijisteis: «Paciencia valor, y... esperad!» Y á esto le llamais no darme alas?

Me tomais por un imbécil, de quien puede una mujer burlarse durante tres años, para desembarazarse de él luego con buenas

razones? ¡Nó! ¡Nó! me tenéis derechos sobre vos, y quiero usar de ellos.

—¡Derechos! exclamó ella.

—Sí, derechos, alentando mi amor como acabo de probároslo; derechos, sí, haciendo de mí vuestro cómplice.

Esta palabra: «cómplice» la hizo palidecer, á pesar del dominio que sobre sí tenía, y como pretendiese saber lo que entendía Lamí por esta espresion, insistió él en repetirla, añadiendo:

—Sí, habeis hecho de mí vuestro cómplice, forzándome á asistir á la lenta agonía de vuestro marido. ¿Por ventura no he penetrado vuestra conducta para con aquel desdichado? Habeis abusado indignamente del amor que os profesaba, de los deseos que le inspiraba vuestra belleza y le habeis matado poco á poco.

La palidez que habia invadido un momento el rostro de Diana, desvaneciósese.

Satisfecha, sin duda, de la esplicacion dada por Lamí sobre la complicidad de que la acusaba, respondió con tranquilidad:

—He llenado con el señor de Sery lo que exigian mis deberes de esposa. Si su amor le fue fatal, lo deploro amargamente; pero ¿á quién persuadireis de que una mujer cometa un crimen porque prodigue sus caricias á su marido? Acusadme, si os atreveis. Pensarán que estábais celoso de vuestro amo, y nada mas.

—Piensen lo que quieran, exclamó; pero el día en que yo hable, el día en que yo cuente lo que há ocurrido aquí durante dos años, os perderé en la opinion pública.

Estas palabras «opinion pública» no asustaron á la viuda de Sery.

Si Lamí las empleaba, en el estado de cólera en que se en-

contraba, era porque no tenia otras mas espresivas á su servicio; acababa de dar la medida exacta de sus fuerzas.

Empero, estos chismes eran inútiles y peligrosos, bajo el punto de vista del proyectado matrimonio; podian aumentar la hostilidad de la señora d'Aubier y perjudicar mas tarde á la reputacion de Luciano.

Diana debia, sobre todo, calmar la irritacion de Lamí y, mediante astutas concesiones, decidirla á tomar su mal con resignacion.

Para conseguirlo, era menester hacer uso, á la vez, de firmeza y de condescendencia.

No se encontraba para ello apurada Diana:

—Pues bien, dijo, con aire desenvuelto, sin parecer atribuir la menor importancia á las amenazas de su intendente; supongamos que vuestras hablillas y vuestras perfidias han dado fruto ya, que habeis hecho mella en mi reputacion en el ánimo de algunos habitantes de la ciudad y del campo ¿habreis adelantado algo con ello? Paréceme que á quien mas habeis perjudicado, ha sido á vos mismo, en mi concepto, y suponiendo además que yo, por imposible, estuviese presa de vuestro amor, si pensara en recompensarlo ¿imagináis que me hallaria tentada de seros agradable?

Estas últimas palabras, en las que se traslucian nuevas promesas, amansaron un tanto á Lamí, quien con mas tranquilo acento, contestó:

—Hasta hoy, os he sido completamente adicto; ¿para qué me ha servido?

—Para conservaros, repuso ella, á pesar de vuestras violencias, mis buenas gracias y todas mis simpatías.

—¡Oh! exclamó él, no se trata ya de gracias, ni de simpatías! Trátase de mi amor, y el salirme ahora con la noticia de que os vais á casar, equivale á mofaros de él.

—Segun eso, me tenéis condenada á permanecer viuda?

—Nó; pero...

—Pero, continuó ella, con quien deberia casarme es con vos ¿verdad? Vaya, confesadlo, sed franco.

—Pues bien, sí! ¿por qué no?

—¿Por qué no? Vais á oirlo; tambien seré franca. Rica ya, gracias á mi primer matrimonio, tengo actualmente sed de consideraciones, y quiero una posicion en el mundo, como antes quise una fortuna. Esta posicion, vos no me la podeis dar; así pues, no me caso con vos, ni jamás con vos me casaré.

—Entonces, dijo él, á qué haberme hecho esperar...

—Es falso, esclamó ella; jamás os he hecho esperar el matrimonio!

—El matrimonio, nó, convengo en ello; pero...

—¡Y bien! ¿por ventura os prohibo que esperéis?

—¿Quizá no amais al hombre con quien vais á casaros?

—¡Eso poco os importa!

Callóse Diana; mas Lamí habia creído comprender.

Ella prometió venir, despues de su matrimonio, pero no antes, para estar segura de Lamí, á pasar, de cuando en cuando, algunas horas en la Sauviniere, só el pretesto, muy plausible, de enterarse de sus negocios.

Luciano no querria, ciertamente, en los primeros tiempos de su matrimonio, acompañarla á una propiedad todavía impregnada con el recuerdo del señor de Sery; y de este modo, ella gozaria de entera libertad.

Así, bajo el punto de vista de su amor, no podia tener Lamí de qué quejarse.

En cuanto á sus intereses, que en su doble cualidad de antiguo lugareño y de hombre salido de la nada, no podia olvidar completamente, Diana le prometió conservarle la intendencia de sus bienes y asegurarle para el porvenir una excelente posicion.

Al mismo tiempo, dábale á entender, con estremada delicadeza, aunque al par con no menor firmeza, que á la menor indiscrecion, á la mas pequeña amenaza, al mas mínimo escándalo, y sin inquietarse por las consecuencias, volveria ella á entrar en pleno uso de su libertad como mujer y como castellana.

Lamí, despues de haber intentado resistir todavía, comprendió que lo mas cuerdo era aceptar la situacion que se le ofrecia.

Y si bien esta no satisfacía enteramente sus deseos, por lo menos era altamente envidiable, y tuvo el talento de convenir en ello.

No oponiéndose ya obstáculo ninguno al matrimonio de Luciano y Diana, tuvo éste lugar en la iglesia de Saint-Pierre, diez meses despues del fallecimiento del señor de Sery.

Fue brillantísimo.

El obispo ofició, y casi todo Nantes quiso acudir á la augusta ceremonia.

Trascurrieron dos años, dos años durante los cuales la existencia de los dos amantes no fue atravesada por ningun hecho digno de mencion.

Unicamente, llegado el tercer año de su matrimonio es cuando empieza á ser interesante el analizar lo que pasaba entre ellos.

Y ante todo, sepamos:

¿El amor de Diana por Luciano, es siempre tan vivo como antes?

Sí, y quizá lo es mucho mas.

No nos habíamos engañado, cuando en la primera parte de este estudio, anticipando los sucesos, asegurábamos que la imaginacion de Diana, sin cesar escitada por la curiosidad, no sabia enfriarse jamás.

En efecto, siempre ha estado despierta junto á este jóven frio

por temperamento, reservado por naturaleza, que se abandona por sorpresa, por un instante, siempre presto á hacerse dueño de sí, al instante inmediato.

Diana procura, sin cesar, vencer las resistencias opuestas á su pasión, y la lucha eterna que sostiene y que vuelve á comenzar cada día, renueva, por así decirlo, su amor, y le da un vigor, una juventud sin cesar renacientes y una especie de acritud que saborea con voluptuosidad.

Si de la alcoba pasamos al salón, la imaginación de Diana encuentra todavía nuevos alicientes.

Luciano, gracias á su posición presente, al porvenir que todo el mundo conviene en augurarle, á su manera de cautivar la atención, á sus conocimientos reales sobre todas las cosas y, en fin, á su buen físico, posee todas las cualidades á propósito para seducir el espíritu de una mujer y á exaltarla de cascos, según la expresión vulgar, pero exacta.

Así pues, Diana está más enamorada que nunca de Luciano.

Y éste ¿la ama tanto como antes?

Su frialdad, su reserva para con ella ¿estriban solo en su carácter, ó provienen de alguna causa incógnita?

Las dos hipótesis pueden admitirse igualmente.

Existen algunos hombres, hombres de estudio en su mayoría, cuya última palabra no pueden obtener las mujeres más curiosas y más sabias, por más que se empeñen inútilmente toda su vida en descifrarla.

Gracias á un temperamento particular, estos hombres permanecen simples espectadores del desorden de los sentidos que han provocado.

Si, vencidos por la naturaleza, pierden por un momento su sangre fría, hanla recobrado ya, cuando todavía su *partenaire* se encuentra todavía en plena efervescencia.

Entonces parecen á esos sujetos que beben solo agua en un festin donde, todo el mundo se embriaga; en breve no com-

prenden ya nada de la conversacion; no se hallan en el mismo diapason que el resto de los comensales y estos les hacen el mismo efecto, que un enjambre de locos hablando para no decirse nada, y agitándose en el vacío.

Quisieran levantarse de la mesa y partir, pero la buena educación se lo prohíbe, y permanecen en su sitio hasta el fin de la comida.

En amor, Luciano había bebido siempre agua, y Diana, vino á vasos llenos.

Aquel no tenía ya ganas de beber, cuando ésta ni siquiera empezaba á refrescar su sed.

Hed aquí, pues, la contestación á la primera hipótesis.

La reserva y la frialdad de Luciano nacen de su misma naturaleza.

Empero ¿provienen también de una causa desconocida, y cuál es esta?

Difícil es de explicar, fácil de concebir, y nosotros la hemos dejado adivinar ya.

Diana pertenece á esa clase de mujeres tan naturalmente espertas en materia de amor, que las grandes cortesanas de la antigüedad, las Laís, las Phrynes y las hetarias de todos rangos parecen haberles legado su ciencia.

Nadie las ha enseñado nada, y por instinto lo han adivinado todo.

Lo que atemorizaria á un sinnúmero de pudores, les parece lo más natural del mundo, y son inconscientes de su libertinaje.

Si las tales mujeres encuentran un amante joven, vigoroso, ardiente, á quien una mirada basta para enardecer, no tardan en volver á entrar en el sendero recto, permaneciendo en él con placer y sin desviarse jamás.

Si, al contrario, tienen que habérselas con una naturaleza difícil de conmover, lánzase al momento en los senderos descarriados.

Hemos visto ya á Diana recorrer estas vias en la Sauviniere, y á su esposo seguirla en ellas con ahinco.

Empero, si bien la ciencia de que hablamos surte su efecto en algunos hombres, no tiene en cambio ninguna probabilidad de éxito en otros.

Una ciencia tal empieza asombrándoles, escita su curiosidad y llega hasta á hechizarles por su novedad irritante.

Pronto, empero, les repugna y les espanta.

Su honestidad padece al verse en lucha con esas escentricidades, con esas estrañezas, que vienen á ser para ella una especie de espantajo que su conciencia desapruueba y anatematiza.

Tal sentimiento es el que no debia tardar Luciano en experimentar.

A un mismo tiempo, Diana iba perdiendo á sus ojos su prestigio de mujer casada y de mujer legitima.

Si una querida puede dispensarse de inspirar respeto, la esposa debe, al contrario, pretender á él, y ciertos recuerdos malsanos lo hacen imposible.

En una palabra:

Luciano d'Aubier, al casarse con la señora de Sery, habia creido encontrar una compañera digna de ser iniciada en sus trabajos y de compartir con él la carga de la vida; habia soñado una amiga inteligente, que fuese mujer solo á ciertas horas y supiese, á veces, complacerse en cosas del espíritu.

Sus esperanzas salieron fallidas.

En vez de esposa, habia encontrado una querida, querida perfecta, pero perfecta hasta la exageracion, pensando sin cesar en su amor y en los medios de satisfacerle, exigente, tenaz, celosa en extremo, celosa hasta de las ocupaciones de Luciano que la alejaban de ella, siempre presta á olvidar que á ciertos trabajadores les son indispensables grandes cuidados y el reposo material y moral, aportando, en una palabra, al cabo de dos años de matrimonio, en sus relaciones con su marido, un

ardor tanto mas vivo, cuanto que nunca se veia saciado, y que encontraba nuevos alimentos en la resistencia constante que se le oponia.

Esta situacion recíproca acarrea ya, desde hacia algun tiempo, querellas cada dia mas frecuentes.

Luciano no daba motivo á cargo alguno grave y fácil de formular; empero, reproducianse continuamente reproches por el estilo:

«¡Tú ya no me amas, á mí que te amo tan ardientemente, á mí, que soy capaz de todo por tí, á mí, que tantos sacrificios te tengo hechos!»

Él no atribuia la menor importancia á tales frases inscritas en el repertorio de todas las mujeres no comprendidas ó abandonadas, y ni siquiera pretendia saber cuales eran los innumerables sacrificios á que aludia Diana; pero, impacientábase y se irritaba al oír eternamente el mismo estribillo.

Á veces, con el fin de evitárselo y de bien merecer de Diana, dejaba á un lado sus legajos, renunciaba durante toda una velada á sus tareas, echaba lejos de sí su toga de magistrado, enjaretábase el frac del amante, golpeábase los flancos para encontrar un viejo resto de ardor y se entregaba, atado de piés y manos, á la desordenada pasión de su mujer.

«Vamos al sacrificio,» decia para sus adentros, sonriendo por defuera.

Pero, en vano se inmolaba.

El sacrificador adivinaba la inmolacion, donde hubiera querido encontrar la iniciativa, y se encolerizaba mas y mas.

En cuanto á la blanda victima que se habia dejado degollar en el ara del deber, permanecia largo tiempo, despues de su resurreccion, bajo la penosa impresion de su sacrificio y tenia sed, para reponerse, de reposo, de calma y sobre todo de castidad.

No se sabe cuan ávidas están de todas estas cosas ciertas

naturalezas extraviadas en el vicio, cuan poderoso es el deseo de hacerse ermitaño al despertar de una orgía, cuan santo horror se siente contra los que á ella arrastraron!

Este deseo de castidad debia naturalmente inducir á Luciano á volver la vista á su pasado y á preguntarse si no habia cometido una solemne falta el día en que, no teniendo en cuenta ninguno de los consejos de su madre, contrajo matrimonio con la señora de Sery, prefiriéndola á la señorita María de Rioux.

No podia dispensarse de pensar á menudo en esta jóven tan reservada, tan casta y pura, que le habia amado y que tal vez le amaba aun.

¡Cuánta distancia no la separaba de Diana!

Una era, por decirlo así, la viva antítesis de la otra, y Luciano se complacia en llevar su pensamiento á la antigua protegida de su madre, y en refugiarse, en cierto modo, en su recuerdo.

¿Qué habia sido de ella?

¿Dónde moraba en la actualidad?

Lo ignoraba.

Sabia únicamente que la preciosa jóven habia perdido á su buen tío, á su solo protector y que se habia casado, de repente, algunos meses despues, con un capitán de fragata.

Un día volvió Luciano á encontrarla.

La señora de Sery, como sabemos, en el momento de ir á celebrarse su matrimonio y temiendo un escándalo, habia dejado continuar á Lamí ejerciendo sus funciones de administrador en la Sauviniere, comprometiéndose á ir de vez en cuando á encantar, con su presencia, la soledad de su intendente.

Cumplió su promesa, sin tropezar con ninguna dificultad material.

Habiendo dejado Luciano, por delicadeza, á Diana la administracion de su fortuna, natural era que esta fuese á menudo

á la Sauviniere, donde radicaba la mayor parte de sus propiedades.

Apenas si d'Aubier conocia la existencia de Lamí.

Verdad es que le habian hablado de un intendente que la señora de Sery heredara de su primer marido; pero érale la noticia tan indiferente, como si se tratara de un sirviente ordinario.

Quizá, si le hubiese visto, si hubiese notado su juventud y sus prendas físicas, habríanle escamado los frecuentes viajes de Diana, y se hubiera permitido, no sospechas (jamás él habria hecho á su mujer la injusticia de suponer que coqueteaba con un patán por el estilo) sino consejos amistosos sobre la necesidad de no dar pié á calumnias.

Pero Lamí nunca se habia presentado en casa de Aubier, y ni siquiera en Nantes; y en cuanto á Luciano, no creia aun llegado el momento de dirigirse á la Sauviniere.

Un hombre muere;

Otro, que amaba á su mujer, se casa con ella, sin escrúpulos. Mas se emplean en tomar posesion de la fortuna que ha dejado.

Vacilase, sobre todo, cuando se tiene un alma delicada, en venir á habitar la mansion donde el primer marido ha muerto, y que todavia está llena de su reinado y de sus pasados amores.

Diana, sin dar origen á la menor sospecha, habia sido, pues, enteramente libre de dirigirse á la Sauviniere, tan á menudo como se le antojaba.

Pero ¡fenómeno notable!

Habia usado mas latamente de esta libertad durante los dos primeros años de su matrimonio, que en la actualidad.

Entonces era feliz, y, desprovista de todo sentido moral, encontraba naturalísimo el hacer felices.

Por lo que atañe á los remordimientos que su infidelidad hubiera podido despertar, apresurábase á sufocarlos, diciéndose

que si engañaba á Luciano, era solo con objeto de asegurarle la ventura y el reposo.

Si habia podido casarse con él ¿no fue gracias á la especie de concurso tácito, antaño prestado por Lamí y á las concesiones que habian sido su recompensa?

¿Por qué no confesarlo, por otra parte, toda vez que nos hemos impuesto la mision de analizar todos los extravíos de un espíritu enfermizo, de un alma gangrenada?

La imaginacion de Diana encontraba un goce en la traicion á que se entregaba.

Para esta mujer, en quien el amor era la única meta, el único móvil de la vida, habia un sabor particular en la division que hacia así de su persona.

¡Los dos priverligiados tenian tan diferentes naturalezas, y ofrecian tales contrastes!

Todas las satisfacciones que faltaban en Luciano, Diana las encontraba junto á Lamí.

Lamí completaba, en cierto modo, á su marido.

Si el comedimento, la reserva del primero, la habian enervado desmesuradamente, consolábase con la idea de encontrar un apaciguamiento en brazos del segundo.

Y cuando, despues de un dia pasado en la Sauviniere, regresaba calmada y recogida, sentada en el puente del vapor que remontaba el Loire, acontecíale sonreir voluptuosamente á la idea de las nuevas escitaciones, de los nuevos estimulantes que la esperaban al regreso.

Mas de un año trascurrió de esta suerte, y Lamí hubiera hecho muy mal en quejarse.

Hecho ya el verdadero propietario de la Sauviniere, obraba como amo, con esa falta de tacto natural en un advenedizo, no temiendo ocupar la antigua habitacion del señor de Sery y recibir allí á los arrendadores y á los proveedores.

Su amor, al mismo tiempo, saboreaba todas las satisfacciones deseables.

Dos ó tres veces al mes, y á menudo mas reiteradamente durante el verano, una mujer bellísima y elegante se apeaba á la puerta del castillo, franqueaba la escalinata y, só pretesto de revisar cuentas, de firmar contratos de arriendo, de liquidar asuntos de interés, permanecia encerrada várias horas á solas con su intendente.

Éste, sin embargo, no se conceptuaba bastante feliz.

Encontraba la visitas de Diana demasiado raras y querellábase con ella respecto á su marido.

Ella prometia entonces volver mas á menudo, y hacia el eterno juramento de toda casada á su amante: «No tengo la mas mínima relacion con mi marido; vivimos en aposento separados, etc., etc.

El bello Lamí dignábase, al oir esto, apaciguarse, y continuaba tejiendo dias felices.

Pero, cuando el amor de Luciano menguó, cuando Diana comprendió su enfriamiento, disminuyó el número de sus visitas á la Sauviniere.

Pronto ya, solo las hizo, á su pesar casi, por temor á Lamí. Segun algunos opinarian, debiera haber sucedido lo contrario. Nosotros somos de otro parecer.

Diana debia encontrar cierto goce en infligir á su amante los sufrimientos que experimentaba, y sentir un secreto contento en hacerse dirigir por él los reproches que ella dirigia á Luciano.

Además, si bien el intendente podia apaciguar sus sentidos exaltados, no conseguia, sin embargo, calmar su doliente y lacerado corazon.

Irritábase al encontrar tanto ardor en el hombre á quien no amaba, y tan poco en el que amaba.

Las cualidades del uno parecian solo existir para acentuar

mas y mas los defectos del otro, y subrayarlos á los ojos de la principal interesada.

En una palabra, Lamí habia llegado á producir en ella el efecto que ella producía en Luciano; le conocía demasiado, leía en su corazón como en un libro abierto.

En la época á donde llega nuestra narración, Diana iba á la Sauvinière dos tres veces al mes, apenas.

En invierno, tomaba el tren de las nueve y treinta y cinco de la mañana, que la dejaba en Donges á eso de las once; atravesaba el Loire á bordo de un vaporcito, llamado *la Noyade* por los habitantes del país, y llegaba á Paimbœuf al medio día, para dirigirse enseguida á su propiedad en un cabriolé de alquiler, ó en un coche que Lamí le enviaba cuando estaba avisado.

Después de haber almorzado con él, y examinado sus cuentas á *tutti plen*, volvía á tomar, por lo regular, á las cuatro de la tarde, la misma ruta recorrida por la mañana, y llegaba á Nantes á la hora de comer.

En verano, prefería levantarse temprano y embarcarse á las siete en el vapor que baja el Loire y conduce directamente á Paimbœuf.

Á veces, hasta se dispensaba de ir hasta esta villa.

Lamí, á quien habia prevenido la víspera, acudía á esperarla en una lancha, á la hora en que el vapor cruzaba por delante de la Sauvinière.

Deteniase el vapor, saltaba Diana á la lancha y se encontraban en sus dominios á las diez, si la marea era favorable, á las once, si habia habido precisión de luchar contra las olas.

Un día del mes de mayo de 187... Diana habia partido en el vapor de la mañana, cuando Luciano, al leer su correspondencia, reconoció la letra de su suegro, que se encontraba á la sazón en París, y sobre cuya salud habia manifestado su mujer, la víspera, algunos temores.

«Mucho sentirá, pensó Luciano, el haberse ausentado! ¡es-

peraba esta carta con tal impaciencia! ¿se la envió á la Sauvinière? ¡creo que será lo mejor! ¿no me tiene dicho que, tomando el tren de las nueve y media, y el vaporcito de Donges, se llega á menudo á Paimbœuf antes que el vapor que sale de Nantes á las siete?

En tanto que se consultaba así, el sol, celado hasta entonces por la bruma tan frecuente en las riberas del Loire, brilló de repente, inundándole con sus tibios rayos.

«¡Hermoso día se prepara! continuó Luciano. ¡Si lo aprovechase para llevarle yo mismo esta carta! paréceme que estoy en el derecho de tomarme un día de licencia... Justamente hoy no tengo precisión de asistir á la Audiencia. Si llego demasiado tarde á Paimbœuf para encontrar á Diana ¿quién me impide ir á la Sauvinière? Tiempo sería de dar una ojeada á esa propiedad, pues los motivos que hasta ahora me han impedido visitarla, no existen ya. ¡Ea! añadió, apartando los legajos dispersos sobre su mesa, está decidido; voy á encontrar á mi mujer. Este ahinco en encontrarla me valdrá quizá un premio; ¡hace ya tanto tiempo que no he merecido ninguno!»

Llamó á su ayuda de cámara, vistióse y pudo llegar á la estación de la *Bourse* dos minutos antes de partir el tren.

Esta escapatoria, aquel magnífico día de primavera, la vista del espléndido panorama que se desarrollaba ante él, le habian en cierto modo, rejuvenecido, refocilado.

Solo en su compartimiento de primera, corría de una portezuela á otra para admirar, ora la campiña, ora el Loire bordado de embarcaciones.

Era aquella una verdadera alegría de niño, mas que natural en un hombre, que palidecía todo el año en su despacho, ó en el Tribunal, sentado en su sillón.

En Savenay, detúvose el tren algunos minutos para esperar al que llega de Redon y de Rennes, tomar los viajeros destina-

dos á Saint-Nazaire, y dejar á los que van á Vannes, á Lorient y á Brest.

Asomado á la portezuela, contemplaba Luciano maquinalmente la animacion que reinaba en el embarcadero de la estacion, cuando de improviso un grupo de tres personas llamó su atencion toda.

Componian dicho grupo una señora jóven, vestida de riguroso luto; una doncella, llevando en brazos á un niño; y un empleado del camino de hierro, portador de un saco de noche.

Acercábanse á toda prisa al compartimiento ocupado por Luciano, y éste, sin que aun pudiesen verle, les miraba con asombro.

—Tomad, señora, dijo el empleado, en este compartimiento ireis muy bien; está vacío.

—No tal, no está vacío, replicó la doncella. Hay un caballero. La señora enlutada, al oír esta observacion, pareció querer dirigirse á otro wagon.

Mas Luciano, sacando completamente la cabeza, exclamó con conmovido acento:

—Podeis subir, señora, no os molestaré.

Al timbre de esta voz, reconociendo á d'Aubier, la viajera exhaló un grito y pareció que iba á encontrarse mal.

El empleado acudió afortunadamente á dar otro giro á esta escena.

—Vamos, señora, dijo, el tren va á partir; ya no teneis tiempo para elegir otro coche. No hay mas que subir á este.

Al mismo tiempo, abria la postezuela.

La señora vióse precisada á obedecer.

Esta, cuya llegada acababa de sorprender tan bruscamente á Luciano, y la que por su parte habia sentido una emocion tan viva, no era otra que María de Rioux.

Al entrar en el wagon, habia recobrado en parte su sereni-

dad y tomado valerosamente asiento frente al procurador imperial, para no dar á entender que le huía; pero, al mismo tiempo, habia tomado al niño de brazos de la doncella, colocándolo sobre sus rodillas, á fin de escudarse con él.

Contemplábanse silenciosos, á hurtadillas, cuando, al cabo de un rato, Luciano, para no prolongar la tirantez de la situacion, tomó la palabra.

—¿Llevais luto? preguntó.

—Sí, de mi marido, dijo ella en voz baja.

—¡Ah! lo ignoraba; dispensad.

Ella repuso, para no dejar decaer la conversacion, para decir algo, para conseguir dominar su emocion:

—Al casarnos, me habia prometido no viajar mas, establecerse en Saint-Nazaire y aceptar un empleo en el puerto; pero, parecia tan triste por no poder correr mas mares, dirigia miradas tan desoladas á los buques que se hacian á la vela, que acabé por consentir en un nuevo viaje, ¡Ah! mal inspirada estuve. Durante una furiosa tempestad en el golfo de Méjico, arrebatóme un golpe de mar del puente del navío, y el tiempo era tan malo, que la tripulacion no pudo acudir en su auxilio. Me ha dejado este niño, añadió enjugando una lágrima, y si me veis viajando con él, es porque acabamos de pasar unos cuantos dias en casa de su abuelo. Ahora nos volvemos á Saint-Nazaire; allí vivimos en una casita que Berthauld compró.

Mientras hablaba, contemplábala Luciano con recogimiento, y todo su pasado revivia en su corazon.

Volvia á verla, por el recuerdo, en el salon de su tío, inclinándose, por la noche, cuando él entraba, y ocultándose al momento, para disimular su rubor, tras de la labor de tapicería que tenia en la mano.

Recordaba los dulces coloquios antaño cambiados entre ellos, al abrigo del piano, mientras ella tocaba su waltz favorito y él volvia las hojas de la música.

¿No se había portado indignamente al romper de improviso sus visitas?

Si había cesado en ellas, fue cediendo á un sentimiento de delicadeza, cuando hubo vuelto á ver á la señora de Sery y resoldado la cadena de los recuerdos que le ligaban á ella.

Pero ¿no hubiera debido preguntarse si su inesperado abandono no iba á hacer sufrir cruelmente á aquella jóven, que le diera su corazón y que, mas delicada que él, no se lo tomaba?

Cierto es que él no había contraído con ella compromiso ninguno; cierto que no la había solicitado en matrimonio.

Empero, sus reiteradas visitas, sus atenciones, sus miradas, ¿no hubieran debido empeñarle tan formalmente, como una petición en toda regla?

Ella se había casado algun tiempo despues que él, por despecho quizá y tambien porque, huérfana, sin bienes de fortuna, necesitaba un protector, un apoyo en la vida.

Pero, ciertos chismes referidos á Luciano, la emocion de que ella no había sido dueña al volverle á ver, su actitud, su enternecido mirar, su voz semi-velada ¿no decian de sobras que le había amado, y que tal vez le amaba todavía?

Al par que abría su alma á estas ideas, al par que respiraba estos perfumes, admiraba Luciano aquel hechicero rostro, antaño desdeñado, aquellas grandes pestañas negras que parecian destinadas á velar la vivacidad de la mirada, aquella boca de niño, bermeja y pura, aquella piel algo morena, pero tan finísima, que se la veía, por así decirlo, estremecerse á todas las sensaciones, á todas las impresiones; admiraba aquel talle, al que ni el tiempo ni la maternidad habían mermado nada de su gracia y aquel busto, que parecia de una soltera, de una vírgen.

—Ya hemos llegado, dijo ella de repente, despues de haber mirado por la portezuela.

—¿Dónde estamos? preguntó Luciano.

—En Saint-Nazaire.

—¿Cómo en Saint-Nazaire! estonces; he dejado pasar Donges

—Rato há. ¿Debias bajar allí?

—Iba á Paimbeuf, y debia pararme en Donges. Pero he olvidado...

Ella le interrumpió, diciéndole:

—Eso es fácil de reparar. Una vez entremos en la estacion, bajad del coche sin perder momento, atravesad el muelle en direccion *des Transatlantiques*, y haceos indicar el vapor que sale diariamente á las doce, para Nantes, tocando en Paimbeuf. Todo estriba en un retardo de una hora escasa, y si no teneis prisa...

—¡Oh! ninguna, replicó él con viveza.

En aquel momento, paró el tren, y como quisiera ayudar á bajar á la señora Berthauld:

—No os ocupeis de mí, dijole esta: Son las doce menos cuarto. Ved que no teneis tiempo que perder.

—¡Pues bien! ¿qué me importa?

Y viendo que ella había bajado ya del wagon, quiso por lo menos cuidarse del niño, y lo tomó en sus brazos.

Llegados ya fuera de la estacion:

—Ahora, adios, dijo ella, designándole un puente á la izquierda, ahí teneis vuestro camino.

—Adios, repitió él, despues de haber dado un beso al niño y sin atreverse á tender la mano á la madre, á quien se contentó con saludar.

Dió dos ó tres pasos alejándose, y de improviso volviéndose, se dirigió bruscamente hácia la señora Berthauld y le dijo con acento breve, conmovido:

—Nada me obliga á dirigirme hoy á Paimbeuf. Permitidme que os haga una visita, durante el dia, cuando hayais descansado un rato, y antes de mi regreso á Nantes.

Ella se ruborizó, palideció, como si en su pecho se librara un cruel combate, y por fin, le dijo:

—No puedo cerrar mi puerta á un transeunte perdido en una villa que no conoce. No debo, sobre todo, olvidar que su madre me ha recibido en su casa muchísimas veces. Venid, pues, ya que tal es vuestro deseo; os esperaré con mi hijo. Vivo en una casita aislada, rodeada de jardines, en el camino del Croisic, á algunos metros de Saint-Nazaire. Por de pronto, despidámonos, añadió, sonriendo. La gente se admiraría al verme regresar, al cabo de tres semanas de ausencia, dando el brazo á un desconocido. Hasta la vista.

Él la saludó, y en tanto que ella hacía ordenar su equipaje en el ómnibus del ferro-carril, alejóse en dirección á los muelles.

Tenia necesidad de ejercicio, de aire, de soledad, para calmar su emoción, recogerse y saborear de antemano el placer que iba á gozar encontrándose ante aquella hechicera jóven, de fisonomía tan dulce, de voz tan simpática y tierna; que esparcía en su aireedor como un perfume de honestidad y castidad.

¡Ah! ahora sí que lo reconocía.

Con ella era con quien hubiera debido casarse.

Ella habría sido la compañera fiel, la inteligente amiga que soñára, sin poderla encontrar.

Ella era la mujer que convenia á su carácter calmoso, á su corazón ávido de ternura y de dulces afectos.

Ella le hubiera, sin duda, dado algun hermoso hijo, al que actualmente criaria á su vista.

Ella, sobre todo, le habría aportado la felicidad, mientras que con Diana Berard solo había encontrado la embriaguez de los sentidos.

Absorvido en estas ideas, recorría al azar Saint-Nazaire, sin fijarse en contemplar la villa; quizá tampoco se hubiera acordado de almorzar si, al cruzar el muelle, ante el hotel de la

Marina, un rumor de cubiertos y de platos no hubiese llamado su atención.

«Toma, es verdad, todavía no me he desayunado» dijo para sí, y fue, para cumplir con su conciencia, mas que con su apetito, á sentarse á la mesa redonda.

Una hora despues, presentábase ante la mansion que Maria le indicó, y preguntaba por la señora Berthauld.

La criada que vino á abrirle (una desterrada del Bourg de Batz ó del Croisic, por cuanto llevaba la pintoresca cofia de aquellas comarcas) le condujo á través de un jardincillo admirablemente cuidado, en el que se hermanaban los árboles frutales con las flores.

Al fondo, y resguardada de los vientos de Oeste por dos bellas magnolias, levantábase una casa de modesta pero graciosa apariencia, tapizada enteramente de glicina y de yedra.

Abriéronle una puerta y penetró en uno de esos interiores de que solo algunas mujeres poseen el secreto.

Todo en ellos respira orden, buen gusto y honestidad.

Todo está en su debido sitio, todo reluce, todo brilla.

Luciano esperó un momento en el salon, no tardando en presentarse Maria con su hijo en brazos.

Aproximóse á él, y esta vez, tendióle francamente la mano y le invitó á sentarse.

Hablaron largo tiempo, de todo y de nada, por hablar, y conociendo uno y otro que tendrían cosas mas interesantes que decirse.

Por último, exhalando Luciano un suspiro involuntario:

—¡Ah! ¡cuán feliz sería yo aquí! exclamó.

—¿Tal vez no lo sois allá? preguntó ella vivamente, sin fijarse en el peligro de esta pregunta y olvidando la promesa que se había hecho de no abordar ciertos asuntos.

—No, no soy feliz, no, respondió él levantándose; y recorriendo con agitado paso el salon, añadió bruscamente: con vos

hubiera debido yo casarme; he cometido una falta, y ahora pago la pena!

Ella guardó silencio por un rato, saboreando, por así decirlo, las palabras que acababan de escapar á Luciano.

Después, dirigióse á su encuentro, le detuvo en su nerviosa marcha y le dijo, con vibrante acento, y lanzando su mirada un relámpago:

—Sin embargo, ¡la amabais mucho!

—No, no la amaba, exclamó él; creía amarla y hoy conozco que no la amo, absolutamente nada. ¡Ah! habíame jurado no confesarlo á nadie en mi vida... ¡sí! habíalo jurado... Cuando uno comete una falta, debe sobrellevar con valor sus consecuencias... Negábame yo el derecho de confesarme á mí mismo que era desgraciado... pero, al veros, mi firmeza ha desaparecido, mi corazón se ha enternecido y hablo... y lloro... mirad... lloro...

Ella se acercó compasiva, y poniéndole una mano en el hombro:

—¿No teneis hijos? le preguntó.

—¡Ah! no, replicó él; no tengo esa dicha.

Ella se volvió, inclinándose hácia el niño que jugaba en la alfombra, y tomándolo en brazos y presentándolo á Luciano.

—Amad á este, le dijo.

Cogió al niño Luciano, lo contempló y lo llenó de caricias. Roto estaba el hielo.

Ya no tenían necesidad de hablar entre ellos de cosas indiferentes.

Pudieron decirse todo cuanto su corazón sentía.

Segura de sí, fuerte en su honestidad, preservada de todo peligro por la sola idea de que Luciano estaba casado, y de que toda esperanza les estaba prohibida, no temió hablar del pasado, de sus ensueños de soltera, de su dolor el día en que los vió desvanecer.

No hizo reproches.

Manifestó tan solo sus sufrimientos, con una deliciosa castidad de espresion.

Dijo las razones que la habian forzado en breve á casarse á su vez, cuando hubiera preferido permanecer soltera toda la vida.

Pintó en pocos rasgos al señor Berthauld: un hombre sencillo, bueno, leal.

Nunca le hubiera amado, pero, paulatinamente, se encariñaba con él y su muerte le causó profundo pesar.

Actualmente, su existencia estaba tronchada, mas la de su hijo no tardaria en comenzar y ella contaba consagrarse enteramente á la educacion de aquel fruto de sus entrañas.

Luciano refirió á su vez sus esperanzas frustradas, y sin tocar á ciertas cuestiones, que no pueden abordarse ante una casta mujer, esplicó que entre Diana y él no habia la menor comunidad de ideas, ninguna simpatía formal y que á su lado se sentia sujeto, presa de mal estar.

—Diríase, añadió sonriendo, porque la imágen era algo atrevida, que entre ella y yo media un secreto, un crimen casi.

A las cinco, fuéles preciso separarse.

—¿Podré volveros á ver? preguntó Luciano.

—Si el azar os conduce á Saint-Nazaire, contestó ella, venid á ver como sigue este angelito, que parece amaros ya, y á informaros de la salud de su madre... vuestra hermana, añadió. Pero, como supongo que vuestras ocupaciones no os permitirán volver por acá, mejor será que nos demos un adiós.

—¡Oh! nó, eso nó, exclamó él, estrechándole la mano: ¡hasta la vista!

Tomó, atravesando campo, el camino recorrido algunas horas antes.

El día habia cumplido las promesas de la mañana, promesas que le habian decidido abandonar sus habituales tareas.

En el cielo, no se veía la mas mínima nubecilla.

A lo lejos, la mar relucía cual un espejo.

Todo parecía reverdecer al soplo primaveral.

El aire tibio, impregnado de violeta y de ojiaçanta, acariciaba dulcemente á la tierra.

Las aves revoloteaban en los zarzales, exhalando gritillos de amor.

Todas las alegrías despertábanse á su paso.

Por vez primera en su vida, quizá, admiraba Luciano el espectáculo que ofrece la naturaleza cuando se cubre de sus galas despues de un largo invierno, y saboreaba todo su encanto.

La primavera renacia en él, como renacia en la tierra, y su alma abismábase en un sentimiento de inefable bienestar.

Pronto ¡ay! llegó á las primeras casas de Saint-Nazaire, y debió volver á tomar su vida, donde la dejara por la mañana.

Partiendo de Saint-Nazaire á las cinco, no ignoraba Luciano que su mujer, segun su costumbre, debía embarcarse en el tren, en la estacion de Donges.

Pero no habia que elegir, y además no creia deber ocultar á Diana el viaje que acababa de hacer, y cuyo pretesto habia sido ella misma.

En cuanto á hablarle del empleo de su tiempo, eso ya mudaba de especie.

Diana tenia demasiada predisposicion á los celos, y muy poca delicadeza en el corazon, para admitir la castidad de ciertas relaciones.

Las mujeres que se abandonan á su imaginacion y á sus sentidos, suponen á todo el mundo hecho á imágen suya y se resisten á creer que dos séres, jóvenes y bellos, sobre todo cuando se han amado, se limiten á hablar de sus antiguos amores.

Esta vez no dejó Luciano escapar la estacion de Donges, sin fijarse en ella.

Apresuróse á asomarse á la portezuela y desde que vió á Diana, la llamó y bajó para ayudarla á subir en su wagon.

—¿ Vos aquí? preguntó ella atónita.

—Entrad, y pronto lo sabreis. Y, ante todo, tomad una carta para vos; creo que es de vuestro padre.

—¡ Ah! ¡ dadme!

Leyóla, manifestóle en pocas palabras las noticias que contenia, y dijo al terminar:

—Todo ello no me esplica porque estais aquí.

—Pues es sencillísimo, respondió él. Esa carta ha llegado por la mañana, una hora despues de haber salido vos. No he querido hacéroslo esperar todo el dia y se me ha ocurrido la idea de llevárosla.

—¿ Á dónde? preguntó ella vivamente.

—Á vuestra popiedad, á la Sauviniere.

—¡ Ah! exclamó ella ruborizándose. Y añadió al momento, y ¿ por qué no habeis venido?

Él refirió que despues de haber dejado pasar inadvertidamente la estacion de Donges, habia llegado demasiado tarde á Saint-Nazaire para tomar el vapor; y en vista de lo cual, que habia esperado el tren de las cinco y veinte sabiendo que la encontraria en el camino y que de todos modos tendria ella la carta dos horas antes.

Enteramente preocupada de los peligros que hubiera podido correr á llegar inopinadamente Luciano á la Sauviniere, ni siquiera se le ocurrió á Diana admirarse de que un hombre formal y reposado hubiese dejado pasar la estacion para la que tomó billete.

Contentóse, pues, dándole espresivas gracias por su pena y añadió, á fin de darse cuenta de las precauciones que habria de tomar para el porvenir:

—Así, pues, ¿ consentiréis en adelante en visitar la Sauviniere?

—Sin duda, y si lo permitís, tan pronto como tenga un momento libre...

—Cierto que sí, lo permitiré; mas no actualmente.

—¿Por qué?

—La casa está en completo desórden. He dispuesto algunas reparaciones y, por coquetería, añadió sonriendo, deseo que todo esté listo para haceros los honores de mi... quiero decir, de nuestro castillo.

—Bien está, dijo Luciano; esperaré.

De este modo, Diana reservábase algun tiempo para pensar en las medidas que tomara con respecto á Lamí, pues no podía disimularse el peligro de una permanencia ó hasta de una visita de Luciano á la Sauviniere.

Las últimas horas pasadas con su amante, habian sido aun mas agitadas que de costumbre.

Lamí habíase mostrado déspota y celoso cual nunca.

Habia torturado á Diana, tocante á las relaciones que él pretendia existian entre ella y su marido.

No habia querido dar crédito á ninguna de sus protestas, y se habia estralimitado hasta el punto de esclamar:

«¡Si llegase á tener la prueba de que usa de sus derechos con vos, le mataria, y á vos tambien!»

No era, pues, aquel el momento oportuno para poner al amante en presencia del marido, y Diana habíase apresurado á retardar la época en que el tal encuentro fuera inevitable.

Por otra parte, habituada á la lucha, práctica en toda clase de estratagemas, cortada para el combate, ávida de emociones de todo género, no era mujer que se dejara abatir por los peligros que la circuían, y esperaba conseguir vencerlos todos.

Calculando así, contaba sin la pasion, que tantas faltas obliga á cometer á los mas hábiles y que á menudo fuerza á los criminales menos expansivos á delatarse por sí mismos.

Luciano no podia haber renunciado á visitar de nuevo á María Berthauld.

Aquella última entrevista le habia en cierto modo, reposado, saneado, y los recuerdos que de ella conservaba eran demasiado encantadores para que no deseara volver, cuanto antes posible, á Saint-Nazaire.

No ignoraba el peligro de unos viajes frecuentes á una villa donde sus negocios no parecian llamarle.

Pero; la tentacion era tan fuerte, que no pudo menos que sucumbir.

Elejia, ordinariamente, para tales escursiones, los dias en que Diana se dirigia á Paimbœuf, y, mientras esta iba á calmar sus deseos nunca saciados y la ardiente pasion que su marido le inspiraba, corria aquel al encuentro de la señora Berthauld á purificarse del amor demasiado exaltado de su mujer.

Durante algun tiempo estos viajes en partida doble tuvieron lugar sin accidentes.

Una de esas casualidades que ni se pueden impedir, ni siquiera prever, acarreó la tempestad.

Cierta mañana, yendo Diana á compras en la calle Crebillon y saliendo de una tienda para entrar en otra, tropezó con Desvignes.

Despues de los saludos de cajon, preguntóle el armador:

—¿Estuvisteis ayer en Saint-Nazaire?

—Nó, respondió ella, nunca llego mas allá de Paimbœuf; la Sauviniere está á dos pasos. ¿Á qué viene esta pregunta?

—Es lo mas natural del mundo. Ayer encontré á vuestro marido en Saint-Nazaire, y he supuesto que habiais ido junto con él.

—¡Mi marido en Saint-Nazaire! ¡os equivocais!

—No tal, señora. Le vi cruzar la calle Mayor, á eso de los dos de la tarde, y si no me paré á hablarle, fue porque temia que me escapara el tren. Pero, añadió, observando aunque tar-

de el efecto producido por sus palabras; tal vez me engañé.

Despidióse ella de Desvignes, sin dejarle embrollarse mas; interrumpió sus compras y volvióse á casa.

Al cabo de una hora, mediante hábiles preguntas á la servidumbre, hallóse al corriente de los actos y gestos de su marido desde dos meses á entonces, y adquirió la prueba de que cada vez que ella partía para Paimbœuf, tambien se ausentaba Luciano.

¿Á qué causa atribuir una perturbacion tal en los hábitos de su marido?

¿Tenia alguna sospecha contra ella?

¿Intentaba averiguar lo que acontecia en la Sauviniere?

¿Estaba citado con algun agente misterioso, que acudia á informarle en secreto?

Estas ideas cruzaron por su espíritu, sin arraigarse en él, tal era su inverosimilitud.

En efecto, si Luciano tenia confianzas que escuchar, oiria á sus agentes en Nantes, en su gabinete de magistrado, y, cuando menos por dignidad, por respeto profesional, no se encaminaria á su encuentro.

Si se tratara de una pesquisa, la haria en Paimbœuf y no en Saint-Nazaire, toda vez que un brazo de mar de una legua y media separa á estas dos villas y las hace casi extranjeras una á otra.

Entonces abordó un nuevo orden de ideas.

Luciano seguia en Saint-Nazaire una intriga; tal vez estaba enamorado y tenia una querida.

Su frialdad, su indiferencia quedaban así esplicadas.

El pensar que su esposo podia engañarla, la ponía furiosa, sin recordar que con su propia conducta ella misma habia dado á su esposo derecho para serle infiel.

No, su pasion no le permitia admitir la pena del talion.

Aun, si él la hubiese amado, hubiérale tal vez permitido una traicion; pero él no la amaba, y ella sí!

No era Diana mujer para dejar eternizarse una duda, y mostrarse celosa de un ser imaginario.

Si la engañaban, queria conocer á su rival.

Sin embargo, consagró una semana entera á estudiar á Luciano, á intentar saber lo que pasaba en su alma.

Pareciale inquieto, nervioso, agitado, poco dispuesto al trabajo, y mas despegado que nunca.

Una noche, á la hora de comer, díjole:

—¿Qué tal tiempo os parece hará mañana?

—No sé, respondió él, dirigiendo una ojeada á la ventana. El cielo está nublado; quizá llueva.

—Lástima fuera, añadió ella; quisiera ir á la Sauviniere á dar algunas órdenes á los operarios. Hace dos dias que me esperan.

Luciano dejó decaer la conversacion; pero, acabada la comida, abrió la ventana y despues de haber contemplado al cielo con un interés que nunca hasta entonces habia mostrado:

—Tal vez me equivoque, dijo. Las nubes se disipan y el viento cambia de direccion. No estrañaria que mañana tuviésemos un dia magnífico.

—En tal caso lo aprovecharé; repuso ella, mirándole con atencion. ¿Llevariais vuestra amabilidad hasta el extremo de acompañarme al vapor que sale á las siete?

—Con mucho gusto. Pero ¿y si llueve? añadió con cierta expresion de temor.

—¡Oh! me pondré un traje á propósito, y que llueva cuanto quiera. En esta época del año, el mal tiempo no es muy de temer, y además, ya os he dicho que me esperan.

—Convenido, dijo él gozoso.

A las seis y media de la siguiente mañana salieron del bulevar Delorme, cogidos del brazo, como dos tiernos enamorados, encaminándose al Loire.

Las nubes habíanse disipado; el día prometía ser magnífico. A las siete, al último toque de campana, despidiéronse, y Diana se embarcó en el vapor.

Cuando, media hora después, el empleado que había acabado por reconocer en la señora d'Aubier una de sus mejores parroquianas, quiso darle su billete para Paimbœuf, detúvole Diana, diciéndole:

—No, hoy llegaré hasta Saint-Nazaire, dadme otro billete.

En tanto que seguía así la corriente del Loire, Luciano, seguro de tener todo un día de libertad, volvió á su casa, despachó varios asuntos urgentes y á las nueve tomó el tren.

Al mediodía encontrábase en Saint-Nazaire, en la linda morada de la señora Berthauld, y almorzaba en su mesa, entre ella y su hijo.

Nunca los dos habíanse sentido mas dichosos en verse; mas gozosos de hallarse juntos.

Eran dos amigos, dos hermanos que, encontrándose después de una ausencia siempre demasiado larga, tenían mil cosas gratas que contarse.

Luciano hablaba de sus últimos trabajos, de los negocios de que había estado encargado, del acusado que había conseguido inspirarle interés y á quien había logrado hacer absolver, empleando en su pedimento una moderación apreciada por el jurado, de aquel otro, contra el que había abogado severamente, creyendo con ello cumplir un deber y desembarazando á la sociedad de un ente peligroso.

Hablábale también de su madre, la cual le había cedido su casa del bulevar Delorme, demasiado espaciosa para una mujer sola, trasladándose á la calle Lafayette, cerca de la Audiencia.

Cada mañana la veía, cuando se dirigía á su gabinete, y á menudo, durante la mañana, en el intervalo de dos informes, encontraba medio de pasar algunos momentos junto á ella.

La buena señora tenía actualmente todo el pelo blanco, lo cual la daba un aspecto todavía mas respetable y cierta coquetería, pues todo el mundo se complacía en decirle que con su mirada viva sus cabellos blancos la rejuvenecían.

Moralmente considerada, continuaba como siempre buena é indulgente para las personas que amaba, severa para las que no habían sabido captarse sus simpatías, de inquebrantable firmeza en sus convicciones, no transigiendo nunca con su conciencia y presta á sacrificar su vida y la de los suyos, si creía el honor de estos ó el suyo interesado en tal sacrificio.

María hablaba de su hijo, de los cuidados que le había prodigado, de los mil y un miedos de que siempre rebosa el corazón de una madre, y de sus proyectos de porvenir tocante al mismo.

Sucedíale también consultar á Luciano sobre sus asuntos de herencia, que todavía no estaban terminados, y sobre un sinnúmero de cosas, que no quería emprender sin su previo parecer.

Ella tenía el alma tan pura, y el corazón tan elevado, y él sentía por ella tanto respeto, que ni siquiera se les había ocurrido remotamente la idea de inquietarse por su intimidad, ni creerla peligrosa.

Terminado el almuerzo, Luciano bajó del elevado silloncito donde estaba sentado al hijo de la señora Berthauld y lo puso en tierra, después de llenarle de besos.

El tierno parvulillo, de edad escasamente des años, y el grave procurador imperial vivían, desde que se conocieron, en la mas estrecha intimidad.

Aquel, es verdad que abusaba un tantillo de la complacencia de su grande amigo, mas éste era tan venturoso con las libertades que se tomaban con él!

«Por favor, dejadle hacer, decía á María que quería interponerse cuando veía á su hijo agarrar las patillas de Luciano y tirar de ellas sin misericordia; dejadle, esto le divierte y os

juro que tambien me divierte á mí. Si hubiese tenido la dicha de ser padre ¿por ventura no me habria tratado mi hijo tambien de este modo? Dejadme imaginar un momento que lo soy.»

Entonces, tomaba al niño sobre sus rodillas, hacíalo saltar imitando el trote y el galope de un caballo, y distrayéndole como mejor sabia, placiase en admirar su rubia cabellera, naturalmente rizada, su frente lisa, sus ojos á la vez dulces y picarescos, su nariz apenas formada, su adorable boca, de la que escapábase un reír franco é infantil y sus repletos hombros, sus brazos y manecitas hechos á torno, sus piernas firmes ya, y sus brevísimos piés; en una palabra, todas las maravillas de que se compone el cuerpo de un niño de aquella edad.

Aquel hombre, privado de los santos goces de la familia, que tan bien hubiera sabido apreciar, tomaba en serio su papel de padre, colmaba de caricias al hijo de la señora Berthault, y hubiérase podido verle enjugar furtivamente una lágrima, cuando el pequeñuelo, colgándose á su cuello para darle gracias por sus bondades, le rozaba con sus labios.

Rato hacia que se entretenian de esta suerte, cuando vinieron á entregar á María una carta que acababa de traer un marinero.

Leyóla ella en alta voz.

Un amigo de su marido, capitán de un buque trasatlántico, fondeado la víspera en el puerto, le hacia saber que, en su último viaje, habia recojido algunos informes sobre la muerte de su antiguo amigo y colega el capitán Berthault, y que deseaba comunicarlos á su viuda.

Retenido á bordo por todo el día, le rogaba que tuviese la bondad de ir á encontrarle, á no ser que prefiriese aguardar su visita hasta el siguiente día.

—¡Vaya si iré! ¡al momento! dijo ella terminando la lectura. Quiero saber cuanto antes esas noticias, y voy á ver al capitán.

—¿Sola? preguntó Luciano.

—Con mi hijo.

Empero, despues de reflexionar un instante:

—Nó, añadió; tal vez fuera imprudente. Las tablas dispuestas para subir á bordo son muy angostas; la doncella puede asustarse y dar un mal paso, iré sola.

—¿Por qué no he de acompañaros yo?

—He pensado en ello, por que estaré largo tiempo ausente y no está bien que me aleje de vos, cuando venís á Saint-Nazaire por mí; pero, quisiera evitar que nos viesen pasear juntos por la villa.

—Y ¿quién nos ha de ver? ¿No podemos llegarnos al fondeadero de los buques trasatlánticos, siguiendo los terrenos siempre desiertos que empiezan aquí cerca?

—En efecto, dijo ella. ¡Ea! venid. No tengo valor para dejaros aquí esperándome, y además, quizá tambien me comprometeria un tanto el dirigirme sola á visitar al capitán. ¡No son poco malignas las lenguas de los habitantes de esta tierra!

Partieron; llegaron al fondeadero por caminos estraviados y subieron á bordo, donde el capitán les recibió en la cámara de pasajeros.

Despues de una conversacion bastante larga, en la que la señora Berthault adquirió, tocante á su marido, diferentes detalles que la interesaban vivamente, subieron al puente, obligaron al capitán á que volviese á sus quehaceres, y antes de salir del buque, uno de los mas hermosos de la línea, y que todos los extranjeros transeuntes en Saint-Nazaire creen no poder dispensarse de visitar, paseáronse un instante por la popa.

De repente, en el momento que cruzaban por delante de la escalera que conduce á los camarotes de primera, encontráronse en presencia de un grupo de visitantes á quienes un individuo de la tripulacion enseñaba el buque.

Tras de ellos, y aprovechándose de las esplicaciones que se

les daban, sin formar parte de su grupo, marchaba una dama cubierta por un denso velo, la cual se detuvo súbitamente al divisar á la señora Berthauld y á Luciano.

Al mismo tiempo, éste reconoció á Diana y no pudo menos que estremecerse.

—¿Qué os pasa? preguntóle su compañera.

—Nada, contestó intentando reponerse; servíos venir conmigo.

Y encaminóse resuelto al encuentro de su mujer.

Este era el único partido que podía tomar.

Cuando llegó á su presencia, volvióse hácia María, y dijo en alta voz:

—Permitidme, señora, que os presente á mi mujer.

Y dirigiéndose luego á esta:

—Querida amiga, añadió, os presento á la señora Berthauld.

—¡Oh! he reconocido perfectamente á la señora, dijo al momento Diana, cuyos rasgos contraía y cuya voz velaba una violenta cólera; no he tenido el honor de encontrarla, mas de una vez, en los baños de mar y en Nantes? y, además, añadió, no pudiendo ya contenerse; no la ha señalado desde há largo tiempo á mi atención el rumor de sus amoríos?

—¡Oh! exclamó María.

—¿Qué extrañais, señora? repuso Diana. Me refiero á vuestros amores con mi marido. Parece que si álguien tiene el derecho de aludir á ellos, soy yo.

Iba la señora Berthauld á contestar, cuando interrumpiéndola Luciano, dijo secamente á su mujer:

—Advertid que no os he presentado á la señora para que os permitáis hablarle de esa suerte.

—¡De veras! exclamó ella. Olvidais, sin duda, querido, que esta presentacion era forzosa. ¡Ah! os creen en Nantes, en el Tribunal ó en vuestro despacho y os paseais en Saint-Nazaire, dando el brazo á...

—Callad, señora, dijo Luciano, interrumpiéndola; os suplico que os calleis.

Y volviéndose hácia María:

—Señora, añadió, voy á tener el honor de acompañaros hasta vuestra morada.

—¡Bravo! exclamó Diana; se me deja sola, á bordo de este navío, á mí, á la mujer legítima y se acompaña á la...

Iba, sin duda, llegada al paroxismo de su cólera, á pronunciar la palabra: *querida*.

Luciano, que lo estaba temiendo, interrumpiéndola otra vez mas, y dijo:

—Nadie os impide venir con nosotros, y tambien os acompañaré. Pero no debo abandonar á la señora que me ha hecho la honra de salir conmigo, hasta y tanto que la haya dejado en su casa. Nunca podia imaginar, añadió, que os encontraria en este navío...

—Evidentementé, dijo ella, pues de ser así os hubiérais ocultado mejor uno y otro y no habríais salido de la casa donde os encerrais desde há dos meses. La conozco, sí; está muy bien situada y es completamente solitaria. ¡Ah! trabajo me ha costado descubrirlos; pero al fin lo he logrado.

—Venid, señora, dijo Luciano á María, sin contestar á su mujer y alejándose de ella.

Por un momento, preguntóse Diana si los separaria violentamente, para apoderarse del brazo de su marido.

Tuvo, empero, la fuerza de resistir á este deseo.

Sin embargo, cuando les vió poner el pié en la plancha que desde el puente de los buques conduce al muelle, cruzó por su espíritu una idea infernal:

«Si me abalanzara sobre ellos, dijose, los dos caerian al mar, y yo quedaria vengada.»

Pero, por dicha, hallábanse ya en tierra firme antes de que Diana hubiese hecho el menor movimiento.

Esta permaneció un instante contempládoles, indecisa sobre qué partido tomar.

Luego, en un intervalo de lucidez, abandonó el navío, dirigiéndose á toda prisa á la estacion del ferro-carril.

Tomó el tren de las cinco, y á las siete estaba en Nantes.

Luciano, que no habia podido partir hasta la seis y media, entró en su casa á las nueve.

Halló á Diana instalada en su despacho.

Ella guardó silencio un rato, dejándole recorrer la correspondencia recibida durante el dia.

Despues, encaminóse lentamente hácia él y con acento en que se traslucía una de esas cóleras frias y por lo tanto terribles, exclamó:

—¿ Por lo visto, teneis una querida?

Luciano esperaba un ataque de esta índole y habia llamado en su auxilio toda la sangre fria de que era capaz.

Así, pues, contestó con voz firme, aunque tranquila:

—Sois injusta para con la señora Berthauld y para conmigo. Una mujer no ha de ser necesariamente laquerida de un hombre porque se pasee con él á la faz de todo el mundo, y en pleno dia.

—¿ A mí con esas! repuso ella. Cuando á la tal mujer se la ha conocido de soltera, cuando se la ha amado, y ha correspondido, cuando ha quedado viuda y dueña de sus acciones, cuando el hombre se oculta para ir, cada semana, á encerrarse horas enteras con ella en una casa aislada ¡ah! si estas pruebas no son suficientes, entonces...

Callóse.

La cólera le impedia encontrar la espresion que buscaba.

Luciano, siempre con la misma tranquilidad, contestó:

—Os engañais; repito que os engañais.

—¿ De veras! repuso ella; y decidme ¿ me engaño tambien, cuando afirmo que vos la amais?

Guardó silencio Luciano.

—Pero, contestadme, exclamó ella, contestad. ¿No veis que eso es lo mas importante? ¿Qué me importa á mí que esa mujer haya sido vuestra querida, si no la amais ya, si solo es á mí á quien amais siempre, si no habeis tenido por ella mas que un capricho momentáneo, una fantasía...!

Detúvose, para que pudiese responder Luciano, mas éste permanecia mudo.

Tal silencio, tanta sangre fria la exasperaron.

Hubiera querido que su marido la contestara, no importa el qué, que intentara engañarla, que mintiera, con tal de oírle hablar y defenderse.

Empero, si la calma de Luciano redoblaba la cólera de Diana, aumentaba al mismo tiempo su pasion, por efecto del fenómeno que mas de una vez hemos señalado.

Lo que se le resistia era para ella un estimulante; lo que le oponia algun obstáculo exaltaba su imaginacion.

En tanto que le maldecia interiormente, admiraba su desdeñoso sonrís, su severo mirar, su tranquilo continente.

Y en verdad que Luciano no mostraba la menor turbacion.

Hubiérase dicho que el juez era él; y la acusada, ella.

Ella hubiera querido hincarle las uñas en sus carnes, estrangularle entre sus manos y al mismo tiempo estrecharle en sus brazos y pegar sus labios á su boca.

Así, pues, de repente, abalanzóse á Luciano d'Aubier, cogiéndole las muñecas y mirándole cara á cara, en el blanco de los ojos, dijo:

—Escucha: haya sido tu querida, ó no lo haya sido, no quiero saberlo, y te perdono. Que la hayas amado y que sientas todavía por ella algun afecto, consiento en ello y te escuso! Pero dime que me amas, dime que me deseas, dime que me quieres!

Luciano ni siquiera despegó los labios.

Entonces, desatinada, llegada á ese paroxismo de locura en

que no se sabe ya lo que se dice, ni lo que se hace, en que se pisotea toda prudencia, en que se deja á la vez desbordar la conciencia y salir á chorros los remordimientos, soltó Diana sus muñecas, dejóse caer sobre su sillón y apretando su cabeza entre sus manos:

—¡Miserable! ya no me ama, rugió... y por él me hice criminal, por él maté á mi marido!

Si tan imprudentes palabras hubiesen producido una viva impresion en Luciano, tal vez hubiera ella recobrado la suficiente dosis de razon para negarlas, ó explicarlas á su modo.

Mas Luciano no las habia comprendido.

Pensó tan solo que su mujer hablaba en sentido figurado y que, en el desórden de su espíritu, decia haber matado á su marido, simplemente porque habia deseado su muerte.

Así pues, ni siquiera se conmovió, y como ella estaba empeñada en conmovertle á toda costa:

—Sí, yo le maté, repuso ella, le maté, porque el término de los tres años que te pedí, se aproximaba, porque queria reunirme cuanto antes á tí, porque él nos separaba, porque tardaba demasiado en morir... ¡ah! tú no me crees, tú no crees que yo te haya amado hasta este extremo, ingrato!... ¡Pues bien!... ¿te acuerdas de aquella noche en que vine aquí?... ¿sabes?... aquella noche en que me entregué á tí por vez primera... ¿qué hacias tú, cuando entré?... ¿Has olvidado que estudiabas un importante proceso criminal? Tratábase de un hombre que habia envenenado á su suegra... ¡oh!... tengo muy buena memoria... ¿no recuerdas que me enseñaste varios paquetes de arsénico, que á la sazón estudiabas, que analizabas?... dos de aquellos paquetes, dijiste, bastarian para matar á un hombre... Un instante despues, saliste del despacho para ir á cerrar las puertas que dan al patio... ¿no recuerdas?... Entonces, aprovechando tu ausencia, te robé, no dos paquetes de arsénico, porque quizá hubiera podido frustrarse mi golpe,

sino que te tomé tres, para estar mas segura... Al poco tiempo supiste que era viuda... ¿me crees, al fin?

Sí, la creia, porque á estas frases, pronunciadas con demasiada pasion para no ser verdaderas, venia á añadirse el hecho, el hecho brutal: la desaparicion de los tres paquetes, de que en aquella época se apercibió, sin jamás habérsela podido explicar.

Esta vez él fue quien se abalanzó á Diana, y la agarró por las muñecas, esclamando:

—¡Miserable! ¡miserable!

—¡Ah! rugió ella ¡por fin te has conmovido! ¡menester te son crímenes para conmovertle!

Soltóle él las muñecas; hizo un esfuerzo supremo para recobrar su sangre fria; consiguiólo, y despues de haber recorrido la estancia á grandes pasos, por un breve rato, volvió hácia su mujer, y le dijo con feroz acento:

—Ya os hareis cargo de que en adelante no podemos vivir juntos. Retiraos á vuestro aposento. Mañana ireis á reuniros con vuestro padre en París. Toda la fortuna del señor de Sery es vuestra; os la restituyo, y con ella sois lo bastante rica para que no tenga yo que inquietarme por vuestra suerte.

—¡De veras! exclamó ella irguiéndose ante él; ¿de este modo arreglais mis asuntos? ¿así disponeis de mí y de vos? ¿Con qué yo me iria á vivir en París y vos en Saint-Nazaire, sin duda, á no ser que hiciéseis venir, lo cual es mas probable, á vuestra querida aquí? ¿Con qué yo habria matado á un hombre; con qué yo habria merecido el cadalso, ó cuando menos la galera, para lograr tan bellos resultados? ¡Vaya! estais loco, y veo que no me conoceis... Escuchad. Actualmente estoy serena, lo mismito que vos. Oid. No solo la confesion que acabo de haceros no me perderá, no me perjudicará, sino que además quiero que me sea útil! No saldré de esta casa, ni tampoco vos, y si llegara á suceder que volviéseis á ver á la señora Ber-

thauld, no pasaria una hora, tenedlo entendido, no pasaria una hora sin que toda la magistratura de Nantes, toda la policia, toda la ciudad en peso, supiesen que envenené á mi marido y que vos fuisteis mi cómplice.

—¡Desventurada!

—Y ¿quereis saber qué pruebas daria yo á los jueces de vuestra complicidad, pues, en cuanto á mi crimen, no deja lugar á duda, lo confieso, atendido á que todavía es tiempo de encontrar el arsénico, practicando la autopsia? Estas pruebas las dividiria yo, como vos y vuestros colegas las dividís ante el Tribunal, en pruebas morales y en pruebas materiales. Las pruebas morales son: el amor que me profesábais, la peticion de mi mano, la oposicion de vuestra madre porque yo carecia de dote, mi casamiento con un hombre rico; casamiento probablemente concertado con vos, la visita que os hice, y la muerte que se siguió á ella... En fin, un año mas tarde, nuestro propio casamiento... ¿Quereis ahora conocer mis pruebas materiales? Varias existen, más una sola bastará. Vos os hicisteis entregar, por un farmacéutico de Nantes, diez paquetes de arsénico, con objeto de analizarlos ¡vaya! con objeto de proporcionarme parte de ellos, y en efecto me la proporcionásteis, toda vez que no podeis presentar mas de siete paquetes. Notad tambien que la muerte del señor de Sery coincide á pedir de boca con mi visita clandestina á Nantes y con la entrega del arsénico. Concluid ahora, señor Procurador imperial, vos que tantas veces habeis concluido contra los demás... ¡oh!... bien sabeis que se os condenará, y si, por azar imposible, no lo fuerais, quedariais perdido y deshonorado para siempre... He dicho cuanto tenia que decir. Me retiro á mi aposento, como habeis ordenado; pero mañana, todavía permaneceré en esta casa, y es fuerza ¿ois?, es fuerza que os encuentre tambien en ella.

Diana se alejó.

Luciano cayó aterrado, sin fuerzas, sin ánimo, sin ideas. Cuando hubo conseguido dominar este primer movimiento de debilidad, intentó analizar la nueva situacion que se le imponia.

Y ante todo, preguntóse si estaba soñando, si la acusacion que Diana habia formulado contra sí misma era formal, si sus confidencias eran sinceras.

«Tal vez, decíase, al ver que yo me le escapaba, ha intentado intimidarme y retenerme por miedo.

«Negábame yo á ser su amante, y ha querido hacer de mí su cómplice.»

Empero, no pudo mecerse largo rato en tan seductora esperanza. Las revelaciones de Diana habian sido demasiado claras, demasiado precisas, y ¿por qué no decirlo? el crimen era demasiado probable, para que le fuese dado ponerlo en duda. Y él habia creído en aquella miserable, y él la habia amado, y él habia vivido varios años junto á ella!

¿No debia, como hombre honrado, como marido, como magistrado, hacerla arrestar *incontinenti*, sin mirar atrás, sin preocuparse de los peligros que podia correr él mismo!

No se atrevió á entregar á la justicia á la mujer á quien habia amado y que le amaba, con un amor ultrajante, con un amor de réproba, pero que, en fin, le amaba. Tuvo miedo del escándalo que recaeria sobre su nombre, aquel nombre sin tacha que su padre le legara, aquel nombre que cada dia se esforzaba en ennoblecer mas y mas. Tuvo tambien piedad de su pobre y anciana madre, á la que un suceso tan terrible mataria de repente.

Por lo que respecta á la cuestion de complicidad aducida por Diana, rechazóla largo tiempo; no queria que ella pudiese entrar en línea de cuenta en su conducta; rehusábase, sobre todo, á admitir que una tan enorme monstruosidad pudiese alcanzarle. Sin embargo, menester le fue, despues de haber desmenuzado los demás puntos, contemplarla de frente. Con-

sideró esta cuestion como si no se hallase directamente interesado en ella. Estudióla en su cualidad de magistrado, de Procurador imperial. Diana no era su mujer; era simplemente una mujer que comparecia ante él y que, despues de haber confesado su crimen, acusaba á su marido de complicidad. Examinó, una por una, las pruebas todas que ella acababa de darle sobre el asunto. Clasificólas, las escrutó, las escudriñó, por decirlo así. Hizose comparecer á sí mismo, se interrogó y se respondió. Terminado este estudio, acabada esta instruccion, vióse precisado á reconocer que debia solicitar una orden de arresto contra el marido de Diana d'Aubier y que, sin duda alguna, el Tribunal no dudaria en confirmar la tal orden.

Así, la posicion era sumamente clara:

Comparecer ante el Tribunal del Crimen, ó vivir con una miserable que le daba horror.

Pesó largo rato el pró y el contra de estas dos situaciones, y finalmente, acabó optando por la última.

Continuaria viviendo con su mujer.

Únicamente que, á esta resolucion, impúsole la siguiente ligera restriccion:

«Cuando no podré sobrellevar mas la existencia, me mataré.»

Despues de haber permanecido toda la noche en su despacho, á las ocho de la mañana enteróse de la correspondencia recibida, como si nada de particular hubiese ocurrido en su existencia desde el dia anterior. Despues vistióse y se dirigió á la Audiencia, donde habló por espacio de tres horas sobre una causa civil de las mas embrolladas, que supo poner en claro ante los Jueces.

A las seis, sentóse á la mesa, frente á Diana; cambió con ella, en presencia de los criados, algunas frases triviales, y salió, encaminándose á casa de la señora d'Aubier madre, quien, al verle amable y afectuoso como de costumbre, no pudo sos-

pechar ni por asomo las terribles emociones porque su hijo acababa de pasar.

Los dias subsiguientes parecióronse en un todo á este. No se le encontraba en su casa sino á las horas de comer. Pero habia seguridad de hallarle en la Audiencia, ó en casa de su madre, ó en el camino que conduce del bulevar Delorme á la calle Lafayette y al Tribunal.

Los dias festivos, cuando no habia Audiencia, encerrábase en su despacho todo el dia y á veces toda la noche. Un trabajo tenaz y continuo le permitia olvidar el horror de su situacion y vedaba á su imaginacion que se estraviase por las regiones de Saint-Nazaire. Con su mujer, gracias á enérgicos esfuerzos, y á una sorpendente fuerza de voluntad, mostrábase estrictamente cortés y atento. Jamás se le escapaba un gesto de impaciencia, un movimiento de mal humor, una frase ofensiva.

Nunca era el primero en dirigirle la palabra; pero cada vez que ella le interrogaba, contestábale con cortesía, y continuaba la conversacion si ella la habia comenzado.

Únicamente evitaba toda alusion peligrosa, toda discusion, y procuraba no dar pretexto alguno á los reproches y á las recriminaciones.

Mostrábase, en una palabra, resignado, sin afectacion y sin farfantonería.

Esta cuerda actitud, á no haber sido ordenada por las circunstancias, era la mejor que podia elegir para vengarse de Diana.

Despues de las terribles confidencias que la cólera y la pasion le arrancaran, ésta habia debido, cuando la calma sucedió á la tempestad, intentar sacar á plaza su confesion y disminuir su efecto.

Mas Luciano, con un cuidado extremo, evitaba una explicacion, y ella no osaba provocarla.

Nó, nó lo osaba, y esto no debe sorprendernos.

Audaz, descocada, hasta cínica, bajo el impulso de un sentimiento exaltado, y dominada por la pasión llegada á su paroxismo, volvíase, en las circunstancias ordinarias de la vida, tímida casi en presencia de su amado, temblaba ante su víctima.

Moríase del deseo de gritarle:

«Tu frialdad, tu desprecio me asesinan.

«Déjame explicarte como me hice criminal.

«Te he dicho mi falta, bruscamente, sin detalles, sin preparación.

«Tú, solo conoces el hecho brutal.

«Tú no sabes lo que pudo acarrearlo, ni en qué circunstancias se produjo.

«Cuando te sustraje ese veneno, no estaba yo resuelta á valerme de él; no habia aun decidido friamente la muerte del señor de Sery.

«Hasta ignoraba si tal vez serviria para mí misma.

«Largo tiempo aguardé, largo tiempo esperé á quedar libre y ser tuya, sin mancillar mi alma con un crimen.

«Pero los dias sucedíanse á los dias, y yo decíame sin cesar que tú acabarias por ceder á las instigaciones de tu madre.

«Pensaba continuamente en esa bella María á la que podias llegar á amar; estaba celosa, estaba enferma, estaba loca y... una noche... sucumbí... propinando el terrible tósigo...

«¡Oh! no fue el veneno lo que le mató... no hizo sino rematarle...

«Bien sé que no por ello soy menos miserable; pero, no me confundas tú, por quien cometí el crimen, tú, á quien he amado hasta el punto de caer en tanta infamia, tú, por quien no he vacilado ante el temor de comparecer un dia á presencia de los jueces y de morir en un cadalso.»

Empero ella no podia decirle todo esto, friamente, si no la inducian, y su marido no la inducia, ni remotamente.

Ni siquiera tenia el recurso de dirigirle alguno de esos repro-

ches que inevitablemente hubieran acarreado una contienda de que habria sacado provecho.

En efecto ¿qué hubiera podido echarle en cara?

Le habia prohibido insistir en hacerla salir de su casa, y Luciano no habia vuelto á hablar de tal partida.

Le habia prohibido alejarse, y desde entonces jamás se vió á Luciano en otro camino que en el que conducia á la Audiencia y á casa de su madre.

Finalmente, ella no quería que volviese á ver á María, y tenia pruebas hartas de su obediencia sobre el particular.

¿Qué podia, pues, decir; qué podia, pues, hacer?

¿Estaba condenada á vivir siempre de aquel modo?

¿Su alma hirviente permanecería siempre silenciosa?

¿Sus sentidos no serian nunca apaciguados?

¿No podria salir mas de este mar de hielo que la circuió por todos lados?

Y Luciano, con su implacable resignacion, en vez de ser su víctima, no acabaria siendo su verdugo?

Durante una calurosa noche de Julio, en que el sueño huia de sus párpados, en que mil recuerdos, mil imágenes se agolpaban en su espíritu, y en que su vagabunda imaginacion la torturaba mas aun que de costumbre, saltó de repente de la cama, echóse una bata encima, atravesó el salon que separaba su cuarto del de Luciano, y llamó á su puerta.

Este no contestó.

Ella, abrió.

La habitacion estaba iluminada por una lámpara, y Luciano, recostado en un sillón, junto á la ventana, abierta de par en par.

Como á ella, el calor, la tempestad que se condensaba en la atmósfera, ó tal vez pensamientos crueles, le impedian tambien conciliar el sueño.

Volvió la cabeza hácia ella, al verla entrar, pero no pareció admirarse de su presencia y ni siquiera se movió del sitio.

Entonces, ella se abalanzó hácia él y posternándose á sus plantas:

—Perdon, perdon! murmuró.

—¿Perdon, preguntó él, y de qué?

—Perdon de mi crimen!

—¡Vuestro crimen! ¿qué crimen? No sé lo que quereis decir! No quiero que hayais sido criminal; os prohibo que me lo recordéis!

—En ese caso, exclamó ella levantándose, y estrechándole en sus brazos, déjame que te ame!

Él no opuso la menor resistencia á sus trasportes.

Mas aun; abandonóse á ellos, como antaño, en los primeros tiempos de su matrimonio.

¿Qué le importaba una vergüenza mas?

Y, por otra parte, no habiéndole sido suficientes para matar su pensamiento el estudio y el trabajo que había llamado en su auxilio, ensayaba ver si lo lograría con el libertinaje.

Quizá esta vez la materia llegaría á dominar al alma, quizá la bestia vencería al espíritu.

A esta primera noche, siguiéronse otras y otras, sin interrupcion.

Diana pudo llegar á hacerse la ilusion de que nunca había sido amada tanto.

En cuanto á Luciano, cuando todavía le acontecia pensar, preguntábase si el crimen no estimula la pasion, si aquel infame envenenamiento, aquella muerte horrible que se erguan sin cesar entre su mujer y él, no inflamaban su imaginacion y no habían de repente despertado sus nervios y sus sentidos.

Solo durante el dia volvía á ser el hombre impassible, el hombre frio, el hombre apático.

Continuaba yendo siempre al Tribunal con igual exactitud y peroraba con igual talento.

Nadie hubiera podido sospechar lo que pasaba en su interior, ni la existencia que llevaba.

Pero no se gasta así la vida impunemente,

Las fuerzas humanas, sea cual fuere la voluntad que las sostiene, tienen sus límites.

Luciano hubiera podido tal vez dedicarse largos años todavía á los trabajos intelectuales á que se había condenado para aletargar su pensamiento, pero á condicion de encontrar en la calma de la noche, en un sueño tranquilo, un reposo reparador.

Mas ¡ay! sus noches eran todavía mas ocupadas, mas agitadas que sus dias.

El tiempo que no consagraba al trabajo, dedicábalo á su mujer.

Ya algunos precusores vértigos, varios espasmos, dolores de cabeza continuos, cierta debilidad de piernas; y varios sacudimientos nerviosos hubieran debido hacerle entrar en reflexion.

Pero no quiso tener en cuenta tan significativas advertencias, y siguió, sin la mas mínima modificacion, su espantoso género de vida.

La naturaleza se encargó de detenerle en el funesto sendero donde se estraviaba. (1)

Un dia, en el Tribunal, mientras peroraba con una elocuen-

(1) «Terribles son, dice el eminente Descuret en su obra inmortal: *La medicina de las pasiones*, terribles son los excesos del libertinaje. Cometidos despues de haber comido, perturban profundamente la economia, predisponen á graves alteraciones de estómago, y muchas veces originan apoplejias fulminantes; y por último, en los estados de enfermedad y de convalescencia, puede llegar á producir la muerte el despertar de los deseos venéreos, si están amortiguados, y el satisfacerlos, si persisten todavía.

La cronicidad es el carácter distintivo de las enfermedades ocasionadas por el libertinaje.

Casi siempre llevan el sello de una profunda alteracion, tanto de los líquidos, como de los sólidos.

Tales son las antiguas *gastritis* y *enteritis*, la *consuncion dorsal*, de que habló ya Hipócrates; las varias alteraciones del corazon, tan frecuentes hoy en dia: la tisis pulmonar, bajo todas sus formas; la interminable *série* de las afecciones cerebrales: la apoplejia, la induracion, el reblandecimiento, los absesos, la degeneracion cance-

cia admirada de los abogados noveles y del público, viósele de improviso llevar la mano á su frente, como para retener sus ideas que se le escapaban, y enseguida desplomarse pesadamente.

Grande fue la conmocion en la Sala.

Suspendióse la sesion y corrióse en busca de un médico.

Afortunadamente pudo encontrarse en su casa, calle Newton, á un hombre de talento, el doctor H..., quien acudió presuroso á la Audiencia y constató una apoplejía que presentaba algun riesgo, pero que podia no tener graves consecuencias.

Despues de un reposo de un par de horas y de asíduos cuidados, el jóven Procurador imperial fue trasportado á su domicilio, donde habíanse dispuesto preparativos para recibirle.

—Sobre todo, reposo absoluto, dijo el doctor á Diana y á la señora d'Aubier, madre, que le interrogaban con ansiedad, cuando, despues de haber acostado por sí mismo al enfermo y colocado junto á él á un enfermero, se reunió á ellas en el salon.

—¿No puedo cuidarle yo? preguntó la madre de Luciano.

—Por de pronto, ni vos, ni la señora, respondió el doctor.

rosa del cerebro, y las frecuentes enfermedades del aparato *genito urinario*: en la mujer, *la leucorrea*, *la ninfomanía*, *la esterilidad*, *las hemorragias*, *el cáncer del útero*; y en el hombre: *la satiriasis*, y *la impotencia*; en ambos sexos, la incontinencia de orina, *la cistitis*, *la nefritis* y todas las formas de la sífilis...

Fácil es comprender la impresion que producen los excesos del libertinaje en el sistema nervioso y en la inteligencia, si tenemos en cuenta la escitacion permanente y los pensamientos habituales que ocupan todos los instantes del disoluto; así es que originan muchas veces *la epilepsia*, *el baile de san Vito*, *las convulsiones*, *las aberraciones de la vista y del oido*, *la locura*, *el idiotismo*, *la melancolía suicida*; en una palabra: *la mas completa degradacion física y moral.*

La popularizacion de estas verdades, por desgracia tan desatendidas en nuestra época de vida nerviosa, ha sido siempre el fin que ha guiado nuestra poco aliñada pluma, y el que ha presidido á la redaccion de nuestras obras, coronadas por el público favor. Así nos hemos esforzado en difundirlas en: *Los peligros del amor*, *de la lujuria y del libertinaje*;— *Fisiología de la noche de bodas*;— *Historia de la generacion*;— *Estravíos secretos*;— y *Onanismo conyugal*.

A ellas remitimos á nuestros lectores, y ¡ojalá sus páginas arranquen á mas de un iluso, de la senda ponzoñosa que fatalmente arrastra el desenfreno de la pasion sexual!

(N. del T.)

Hay que evitarle toda emocion, y hasta diré que toda impresion. Permaneced en esta estancia, prontas á acudir en ayuda del enfermero, pero sobre todo, no entrar, lo prohibo espresamente.

La señora d'Aubier y Diana obedecieron.

Instaláronse en el salon, sin salir de él durante varios dias.

Aquella era la vez primera que se encontraban las dos viviendo en una especie de intimidad.

Hasta entonces habíanse hecho mutuamente visitas de pura conveniencia, justamente la que era menester para ocultar al mundo la poquísima simpatía que sentian una por otra.

Actualmente el dolor, el temor las reunian, pero las dos continuaban manteniéndose á la defensiva.

Tal vez la señora d'Aubier, madre, á consecuencia de ciertas observaciones y guiada por ese instinto maternal que nunca se engaña, hacia á Diana responsable de la enfermedad de su hijo.

Tal vez tambien esta última tenia conciencia de su indignidad y no osaba aproximarse á la madre de Luciano.

Una vez sola hubo entre ellas una especie de contacto, ó cuando menos, de comunidad de pensamientos.

Acababa el doctor de salir de la alcoba del enfermo, y mientras, siguiendo su costumbre, las dos mujeres le acompañaban hasta la puerta interrogándole:

—Hoy no estoy muy contento, dijo. Ignoro lo que habrá pasado, pero el enfermo debe haber experimentado una de esas emociones que tanto empeño tengo en evitarle.

Era Diana la que habia originado tal complicacion; mas guardóse mucho de confesarlo.

Atormentada por el deseo de ver á Luciano, habíase aprovechado, la noche anterior, del momento en que su suegra, rendidas sus fuerzas, descansaba un instante, para aparecer en el umbral del cuarto del enfermo.

Este habia abierto los ojos, la habia visto y se habia estremecido.

Tal emocion habia bastado para agravar su estado.

Apenas vueltas al salon, despues de la declaracion del doctor, la señora de Aubier madre, desolada por lo que acababa de oir, y esperando encontrar en la oracion un calmante á su dolor, arrodillóse de repente y elevó su alma á Dios.

Diana la contempló al principio con asombro.

No comprendia que se pudiese así, súbitamente, sentir la necesidad de orar en un aposento cualquiera, como se oraria en la iglesia.

Poco á poco, sin embargo, arrastrada por el ejemplo, ó dominada por algun recuerdo de su infancia, inclinóse, dobló las rodillas y acabó por prosternarse tambien.

¿Qué plegaria osó dirigir á Dios?

¿En qué términos le habló?

¿Qué espresiones pudo encontrar aquella conciencia perturbada?

¿Humillóse tan sólo?

¿Pidió perdon de sus errores y de sus crímenes?

¿O bien osó rogar, rogar por Luciano, por su curacion, para que le fuese devuelto á su amor?

¿Quién sabe?

Tal vez su plegaria fue grata al Señor, y el Señor se compadeció de tan grande pecadora.

Podria pensarse que así fue.

Cuando ella se levantó, despues de haber permanecido arrodillada mas de una hora, su rostro estaba bañado en llanto.

La señora d'Aubier que, desde hacia largo rato, la contemplaba, conmovióse á tanto dolor.

Dió un paso hácia su nuera, é iba tal vez á tenderle la mano, cuando Diana, adivinando su intencion, huyó como despavorida, yendo á refugiarse en un ángulo del salon.

Pronto el estado de Luciano mejoró.

Pronto el doctor permitió á su madre y á su mujer que reemplazaran al enfermero.

La primera usó ámpliamente de la autorizacion, instalándose en el cuarto del enfermo hasta su completo restablecimiento.

Por su parte Diana, recordando sin duda la impresion que produjo, mostróse mas discreta y solo hizo á Luciano cortas visitas.

Pero continuaba velándole, con una solicitud de todos los instantes y sin ausentarse ni un momento de la casa.

El castillo de la Sauviniere no la habia vuelto á ver ni una sola vez despues del accidente de Luciano.

Desafiando los furros de Lamí, habíase contentado Diana en contestar á su última llamada: «Mi marido está enfermo de gravedad. Todo me ordena permanecer junto á él, y no le abandonaré. Haced lo que gustéis. Poco me importa.»

El intendente, no pudiendo poner en tela de juicio una enfermedad de que se habian ocupado todos los periódicos del departamento, consiguió dominar sus impacencias y esperó á mejores dias.

Luciano estaba en plena convalescencia, y, sin embargo, aun cuando habia triunfado del mal y no temia ya ningun accidente funesto, no parecia el doctor enteramente complacido del estado de su cliente.

Al prefecto, que le pidiera noticias de Luciano, habíale contestado:

—Curado está de la enfermedad que tanto nos ha inquietado; pero, antes de asegurar que no se producirá ningun nuevo ataque, quisiera conocer las causas del primero y destruirlas si en mi poder está.

—No puede haber mas causas, hizo observar el prefecto, que un trabajo por demás excesivo. Nuestro querido Procurador imperial se ha, lo que se llama, estropeado. Usad de vuestra au-

toridad para con él, doctor, á fin de que se cuide algo mas, y así podamos conservarle largo tiempo.

«Sí el trabajo, decía para sí el doctor H..., si hasta, démoslo por sentado, las fatigas corporales hubiesen acarreado esta enfermedad, como piensa el Prefecto y como todo el mundo cree, mi cliente se restablecería con mas rapidez. Le he condenado á un reposo absoluto, tengo la prueba de que me obedece y á su edad, con su vigor, el mal hubiera desaparecido há largo tiempo, con la causa. Por fuerza hay de por medio algun misterio que jamás me será dado penetrar. Los enfermos nos confían su pulso, nos permiten auscultarles; pero se niegan á abrirnos su corazon, y precisamente este es el órgano que mas á menudo nos convendría conocer.

Razon de sobras tenia el doctor H...

La parte moral de su cliente era la que se hallaba afectada gravemente.

Con la salud, el recuerdo habíale ido volviendo poco á poco.

Actualmente encontrábase cara á cara con todo el horror de su situacion, y ya no se sentía con fuerzas ni con el valor necesario para combatir, como antes, su pensamiento, y anona darlo.

Recostado, en su salon, sobre un canapé, no teniendo ni siquiera, á mano, sus libros predilectos, puesto que, por orden superior, se les habia hecho desaparecer, érale fuerza pensar mucho, érale preciso mucho sufrir.

Diana, ya lo hemos visto, evitaba imponerle su presencia; pero, sus cortas apariciones eran aun todavía demasiado frecuentes para aquel alma enferma y débil.

Cuando se aproximaba á él, no podia Luciano evitar cierta aprension, cierto terror.

Su vista le recordaba aquellas escenas lúbricas en que año se habia mancillado y que actualmente le horrorizaban.

Temblaba como un niño al pensar que aquella cortesana,

aprovechándose hoy de su debilidad, como antes se aprovechara de su desesperacion, pensaba todavía marchitarle con sus caricias.

A veces, su imaginacion sobrescitada por la fiebre, le arrastraba mas allá.

Parecíale entonces que en vez de ser el segundo marido de Diana, era el primero; que no se llamaba Luciano d'Aubier, sino de Sery, y cuando su mujer se le acercaba, decíase horripilándose: viene á rematarme!

Un dia, el doctor, encontrando á Luciano mas nervioso, mas agitado que de costumbre, le habia ordenado una pocion calmante, para tomar una cucharada por hora.

Preparóla la señora d'Aubier madre, pero no siendo llegado todavía el momento de administrarla y viéndose precisada á salir por algunos quehaceres, suplicó á su nuera que la reemplazara junto al enfermo.

Á la hora señalada entró Diana en el salon donde se hallaba Luciano, y aproximóse á él, con una taza en la mano.

Vióla él venir y púsose á contemplarla con sorprendente fijeza.

Cuando hubo llegado junto á sí, alargó vivamente la mano á la taza y dijo:

—«Habeis puesto toda la dosis ¿verdad?... los tres paquetes de arsénico están ahí. Voy á morir... Gracias... Adios.»

Y bebió con avidez, mientras Diana, anonadada por tan terrible castigo, caía desvanecida.

Sin embargo, á medida que sus fuerzas renacian, iba Luciano tranquilizándose progresivamente y no sucumbia ya á esos terrores enfermizos.

Comprendía que no tenia que temer nada de aquella mujer, la cual tal vez sufría tanto como él.

Pero entonces, su espíritu siempre inquieto, abordaba un nuevo orden de ideas:

«Eres mi cómplice, le habia dicho ella; lo probaré cuando llegue el caso.»

Y estas palabras acudíanle sin cesar á la memoria.

«Tiene razon, decia él, soy su cómplice, sí; no tal como quisiera ella darlo á entender á los jueces, pues que yo no he participado materialmente en el crimen, pues que yo no le entregué el veneno, sino que ella me lo tomó, y se sirvió de él, porque obedecía al amor fatal que yo habia hecho nacer, que yo habia alentado. A haber escuchado yo los cuerdos consejos de mi madre, y renunciando francamente á este matrimonio, el señor de Sery viviria aun. «Dadme tres años, me decia ella, jurad que me esperareis tres años,» y yo osé hacer tan funesto juramento, sin comprender que me asociaba á sus designios y que me hacia cómplice de los delitos que ella pudiese cometer... Tan culpable soy yo como ella, y hago mal en despreñarla.»

A veces conseguia vencer sus remordimientos, y arrojar lejos de sí las ideas que le torturaban.

Entonces evocaba la graciosa amiga de su juventud, y cuando esta se dignaba aparecérsese, gozaba un momento de reposo, santificábase en la honestidad y se purificaba de todas sus mancillas.

Pero ni la misma María Berthauld podia aportar la calma absoluta en aquel alma perturbada.

Al placer de verla, uníase el pesar de hallarse separado para siempre de ella, y de decirse que era menester renunciar á aquellas dulces horas tan plácidamente deslizadas en la linda casita de Saint-Nazaire, al lado de la adorable mujer que la habitaba.

Uníase tambien el remordimiento de haber pasado por junto á esta felicidad sin verla, sin haberse parado; de haber preferido, á la que hubiera podido darle una tan hechicera existencia, la mujer que le habia hecho tan miserable y que le mataba.

Estas diversas causas impedían el completo restablecimiento de Luciano, y el doctor H..., á pesar de su reputacion, empeñábase, en vano, en buscarlas.

A lo menos, ya que la parte moral se escapaba á su análisis, quiso el concienzudo doctor prodigar á su cliente todos los cuidados materiales que su estado reclamaba.

Persuadido de que el cambio de aires pudiese fortificar al enfermo, y de que una permanencia de algunas semanas en el campo influiria ventajosamente sobre su demasiado lenta convalescencia, manifestó una mañana, en presencia de Diana y de la señora d'Aubier, el deseo de ver á Luciano alejarse por algun tiempo de Nantes.

—¡Bah! ¿y para qué? dijo éste con desaliento.

—Vos no sois juez en la cuestion, querido señor, replicó el doctor con autoridad. Me llamásteis para curaros y os prescribo lo que mi esperiencia me sugiere. Libre sois, si tal os place, de no oirme, pero cuento con las dos señoras para decidiros. El campo os es necesario, hasta diré que indispensable, y deseo que os trasladeis á él cuanto antes. Estamos solo á principios de setiembre; teneis, pues, un par de meses que podeis muy bien utilizar,

—Razon tiene el doctor, hay que partir sin demora, dijo la señora d'Aubier.

Ruégote, mi Luciano, que accedas.

—Sea como gustéis, contestó él, mirándola con ternura.

—Ya lo veis, doctor, se os obedecerá. Pero ¿á dónde nos aconsejais dirigirnos? ¿á la costa, tal vez?

—Nó; la estacion está demasiado avanzada, y los aires de mar son demasiado vivos para un convaleciente. Preferiria la campiña, la verdadera campiña. Pero, ahora caigo, añadió dirigiéndose á Luciano, ¿no teneis, justamente, una propiedad cerca de Poimboeuf, la Sauviniere, segun creo?

—Esa propiedad es de mi mujer, dijo el enfermo.

—¿Por ventura no dá lo mismo? Es menester que os insta-
leis allá, cuanto antes.

—Permitidme observaros, doctor, interrumpió Diana, que si
temeis los aires de mar para vuestro enfermo, la Sauviniere no
se halla muy lejos de la costa.

—Está á lo menos á tres leguas; conozco perfectamente su
topografía. A esa distancia, el aire ha perdido su demasiada
fuerza y conserva ciertas propiedades que han de ser saluda-
bles para vuestro marido.

—¡Convenido! dijo la señora d'Aubier; iremos á instalarnos
en la Sauviniere, digo, si mi nuera consiente en darme hospi-
talidad en sus dominios, hasta el completo restablecimiento de
mi hijo.

—¡Oh! señora, exclamó Diana, ¡y cómo no! Pero, añadió,
la proximidad del Loire hace muy húmeda mi casa, cuando
llega el otoño. ¿No valdria mas arrendar una casa de campo,
mas apartada del mar?

—Es inútil, dijo el doctor levantándose. La Sauviniere os
conviene bajo todos conceptos y espero veros instalados en ella.
á los tres mañana, ó lo mas tarde, pasado. No hay tiempo que
perder.

Difícil le hubiera sido á Diana, en presencia de una opinion
tan explícitamente formulada, hacer nuevas objeciones; contaba
empero con Luciano, quien, sin la menor duda, despues de la
partida del doctor, se pronunciaría contra la Sauviniere.

Sin embargo no fue así.

Luciano declaró, desde que su madre volvió á ocuparse de
este asunto, que estaba dispuesto á seguirla á donde tuviera á
bien.

La señora d'Aubier decidió, pues, el viaje, y Diana, só pre-
testo de ir á presidir á la instalacion de sus huéspedes, partió
en el acto para preparar á Lamí á la próxima llegada de su
marido.

Durante el camino, no cesó de preguntarse como Luciano ha-
bia podido consentir tan fácilmente en trasladarse á la Sauvi-
niere.

¿Estaba, quizá, mas enfermo de lo que se creía; y perdía
por momentos el recuerdo de lo pasado?

No, Luciano no habia olvidado nada, desgraciadamente para
él, y esta era precisamente la razon que le inducia á querer
habitar en la propiedad de su mujer.

Asediado por sus remordimientos, pensaba que su castigo
seria mas cómpete el dia en que se encontrase en el mismo
teatro del crimen.

Condenábase voluntariamente á ver los sitios en que, á cau-
sa de él y por él, el señor de Sery habia muerto tan miserable-
mente.

Creía así espiar esa complicidad que en su febril delirio se
reprochaba sin cesar.

Tal vez esperaba tambien que la permanencia en la Sauvi-
niere le seria tan funesta como al señor de Sery, y que no tar-
daria en ir á reunirse con él en la tumba.

Cuando Diana entró en su castillo, no habia adivinado aun
esos diversos pensamientos.

Actualmente, no tenia ya tiempo ni espacio para pensar en
ellos; convenia engañar artífciosamente á Lamí, lo cual distaba
mucho de ser empeño fácil.

El intendente no habia acudido, como de costumbre, á su
encuentro, cuando el carruaje habia franqueado el puente le-
vadizo.

Creyó Diana que estaria en el parque ó en los campos y or-
denó á un mozo de labranza que fuese á prevenirle.

—El señor intendente está en su despacho, respondió este.
Lamí, en la actualidad, tenia un despacho.

No teniendo Diana tiempo que perder, apresuróse á ir á en-
contrar á su intendente.

—¿Así es como acudís á recibirme? preguntóle.

—Hace tanto tiempo que no os he visto, respondió Lamí con acento regañon, que ya no sé reconocer el ruido de vuestro coche.

—No me ha sido posible venir antes, dijo ella, y ya os escribí el por qué.

—¡Bah! ¡si hubieseis querido, bien hubierais podido encontrar un momento!

—Un momento, es posible, pero para venir aquí se necesita todo un día.

—Y no merezco que por mí se pierda un día entero ¿no es verdad?

—Mil veces os he dado pruebas de lo contrario. Pero esta vez os lo repito, no podía; el señor d'Aubier estaba demasiado grave.

—Por fortuna vuestra, dijo insolentemente Lamí, supe la certeza de esa enfermedad por los periódicos, que á no ser así...

Habituada á las amenazas de su amante, desdeñó castigar esta: además, tenia demasiada prisa en llegar á su objeto, para fijarse en detalles.

Lamí, que hasta aquel momento habia afectado no mirarla, fijó los ojos en ella en el momento en que se quitaba los guantes y ponía en órden su peinado, descompuesto durante el viaje, y adelantándose hácia ella bruscamente, dijo:

—¿Cómo sigue actualmentè?

—¿Quién?

—¡Vuestro marido!

—Está muy enfermo todavía.

Dió dos pasos mas, agarróle ambas manos y mirándola en el blanco de los ojos:

—Si muere como el otro, dijo brutalmente, ¿te casarás conmigo esta vez?

Ella se estremeció, púsose livida y no contestó.

—¿Responderás? rugió él.

Y viendo que Diana no despegaba los labios, añadió furioso:

—¡No me habia engañado! ¡le amas!

—¡Ea! os he dicho ya mil veces que no, exclamó ella con enojo, desprendiéndose de sus manos.

—Si no le amases, no hubieras permanecido dos meses seguidos junto á su cabecera. Dices que el deber te retenia. Si así es ¿qué haces en la Sauviniere? ¿no acabas de asegurarme que continúa grave? Dentro de algunas horas regresarás junto á él ¿cuánto tiempo pasarás aun sin volverme á ver?

—Os veré hoy, mañana, pasado mañana y quizá largo tiempo, si quereis aveniros á razones.

—¿Qué dices? exclamó, radiante el rostro de alegría... ¡oh! no te burles de mí... Soy exigente, grosero, brutal, no lo niego; pero te amo, te amo tanto! ¡vienes á establecerte aquí y no me abandonarás mas!

—Durante un mes, dos meses, quizá tres, respondió ella.

—¡Ah! ¡qué ventura!... Y á él, le abandonarás?

—No... pero él está enfermo, muy enfermo, como sabeis; los médicos le han ordenado respirar los aires del campo, y le traemos aquí.

—¡Él! exclamó violentamente Lamí; ¡él aquí! ¡nunca!

—Y ¿por qué?

—No quiero verle; ya te lo he dicho; no lo quiero!

—En tal caso, idos, atrevióse á decir ella.

—¡Yo,irme yo y cederle mi sitio! rugió furioso ¡vaya! ¡vaya! veo que no me conoces ¡irme yo! ¡dejarte sola con él, en esta casa donde te he amado... ¡en esta casa que pertenece esclusivamente á nuestros amores! ¡nunca!... ¡primero le mataria!...

—Siendo así, me voy cuanto antes, dijo ella tranquilamente, á fin de buscar á pocas leguas de Nantes, una casa de campo donde pasar el otoño.

Y cogió la capa de viaje que dejara sobre el sofá.

Abalanzóse á ella Lamí, le arrancó la capa de las manos, y exclamó:

—¿Te has propuesto sacarme de mis casillas?

—¡Cómo, sacarte de tus casillas! ¡no comprendo! Vengo gozosa á anunciarte que por vez primera, desde tres años acá, voy á vivir en esta casa, junto á tí; te opones y dices que soy yo quien te exaspero! En verdad, nunca creyera tanta injusticia, continuó colérica, para hacer creer á Lamí que estaba enojadísima por su conducta. Los médicos habian ordenado el aire del campo. ¿Quién nos impedia alquilar una casita no lejos de Nantes? Pero así yo no hubiera podido verte, y habria pasado separada de tí seis semanas ó dos meses. Entonces ocurrióseme la idea de decidir á mi suegra y á mi esposo á que viniesen aquí. Trabajo y no poco me ha costado vencer su resistencia. He triunfado, por fin... ¡y eres tú quien te quejas! ¡ah! si se tratara de traer á un marido válido, en buena salud y muy amado, aun comprenderia tu oposicion. Pero, mañana le verás, y si aun despues estás celoso de él, será porque te empeñas en ello. Por lo demás, ¿á qué contarte esto? ¡no quieres que venga! ¡está bien; no vendrá! Déjame cuando menos marcharme, para que no se ponga en camino. Presidiré á su instalacion en los alrededores de Nantes y me apresuraré á dedicarte una visitilla, tan luego como tenga un momento mio, de aquí á dos ó tres semanas.

Estas palabras, afables á la par que firmes, y en que, junto á la amenaza traslucianse voluptuosas promesas, produjeron en Lamí el efecto previsto por Diana.

Éste no tardó en considerar con mayor calma su situacion, y en mirar como posible la llegada de Luciano á la Sauviniere.

Solo que, si Diana era habil, éralo tambien él á su manera y no debia rendirse, sino despues de haber impuesto condiciones.

— ¡ Bueno! dijo él despues de un rato de reflexion. Supongamos que vuestro marido se instala aquí. ¿Qué género de vida

haréis los dos? Esplicadme eso, á fin de que pueda formarme yo una idea de la cosa.

—Nuestro método de vida será de los mas simples. Mi marido pasará la mayor parte del dia en la cama, ó recostado en un sofá del salon. Si el tiempo es bueno, tal vez se le trasporte al sol, en el parque.

—¿Dónde comerá? ¿en la mesa, ó en su cuarto?

—En su cuarto, durante algunos dias; en la mesa, cuando vaya recobrando las fuerzas, suponiendo que las recobre... Pero eso no os impedirá...

—Nó, exclamó él interrumpiéndola. Únicamente estaré molesto. Volveré á instalarme en mi aposento de antes... en el alai izquierda... ¿Y él? ¿dónde dormirá?

—He pensado que en la alcoba azul.

—¿Y vos?

—Yo, ocuparé mi cuarto de siempre.

—Nó, eso si que nó; vuestro cuarto estaria demasiado cerca del suyo. Vivireis en el extremo opuesto.

—Bueno. No veo obstáculo en ello. ¿Qué mas condiciones tenéis que dictarme todavía, señor mi dueño, preguntó ella aproximándose á él y cubriéndole con una voluptuosa mirada, destinada á vencer sus últimas resistencias.

Él le tomó las manos, y estrechándolas en una de las suyas:

—Júrame, dijo, que todas las noches, todas, ¿oyes? vendrás á pasarlas conmigo.

—¡ Oh! exclamó ella.

—Pues no hay mas.

—Pero ¿no reflexionas que mi suegra y mis criados van á vivir aquí? ¿Cómo quieres tú que cada noche salga yo de mi cuarto, baje la escalera y atraviese todos los corredores del castillo? Vamos, sé razonable.

—Si me amaras, dijo él rechazándola, eso te apuraria muy poco. ¿Por ventura eres mujer que repares en tales pequeñeces?

Lamí decía verdad.

Si le hubiese amado, como amaba á su marido, habria encontrado cierto encanto en unos viajes nocturnos sembrados de peligros.

Pero, ya lo hemos dicho:

Desde hacia largo tiempo, Lamí no hablaba ya á su imaginacion; y sus sentidos habíanse reposado durante la enfermedad de Luciano.

Actualmente estaba sedienta de reposo, tal vez de honestidad, y se espantaba ante las condiciones que le imponia su amante y la perspectiva que se le ofrecia.

—Las pequeñeces de que hablas, dijo Diana, merecen ser tenidas en consideracion. Lo que pides es imposible.

—Entonces, exclamó él con violencia, no hay nada de lo dicho. ¡Tu marido no viene aquí!

Al encaminarse á la Sauviniere, habíase jurado Diana conservar su serenidad para mejor triunfar de los arrebatos de Lamí.

Empero, prolongándose demasiado esta escena, sus nervios habíanse distendido, y acabó por perder la paciencia.

—Mi marido vendrá, exclamó con firmeza, porque aquí estoy en mi casa y él en la suya. Los que no se contenten, pueden marcharse cuando gusten.

—¡De veras! ¡les das ese permiso! Pues bien, ¡no lo usarán, tu permiso! ¡por mi parte, me quedo!

—¡Cuidado! dijo ella irritándose por grados, ¡estais abusando de los derechos que os he concedido, de mis bondades para con vos! En resumidas cuentas nada nos liga eternamente uno á otro, y no tengo motivo alguno para temeros. En efecto: ¿qué podeis hacer? ¿qué podeis decir? ¡ah! ¡si...! ya recuerdo...! vuestras antiguas amenazas...! Me acusaréis de haber amado demasiado á mi primer marido... de haberle amado con tanta pasion, que se murió...! pero eso pertenece ya á la his-

toria antigua, querido, y además, si os de de ser franca, os diré que nunca me habeis dado miedo ninguno. ¡Vaya! ¡decididamente he sido demasiado bondadosa! Todo tiene un fin en el mundo. Mañana, mi familia y mi servidumbre quedarán instaladas aquí completamente, y desde ahora solo mediarán entre vos y yo las únicas relaciones que hubieran debido existir siempre! ¡Seréis el intendente de la Sauviniere, y nada mas!

Si se le hubiese ocurrido la idea, mientras hablaba, de fijar los ojos en el rostro de Lamí, no hubiera acabado, sin duda; su tez, de rosada que habitualmente era, habíase puesto lívida y mas de una vez su mirada se habia fijado en un revolver cargado, puesto sobre la chimenea.

Sin embargo, consiguió dominarse y contestó á Diana, despues de una breve pausa.

—Bien está; desde ahora no soy mas que vuestro intendente; pero ni siquiera preterido conservar esta posicion. La dejo, y presentaré mis cuentas al señor de Aubier, tan luego como llegue.

—No teneis cuenta alguna que presentar, dijo ella, sin adivinar á donde iba á parar con su plan Lamí. Acepto las vuestras y firmaré lo que me presenteis.

—¡Oh! repuso él, eso no estaria en el orden regular. Estais casada, y vuestro marido tiene el derecho de ponerse al corriente de vuestros asuntos; y así lo haré. Solamente debo advertiros que, si por azar me pidiese, como es probable, por qué causa dejo de regentar esta propiedad cuya administracion corre á mi cargo desde diez años há, le daré á entender el verdadero motivo de mi dimision.

—¿Qué quereis significar con eso? preguntó ella con cierta inquietud.

—Es muy sencillo. Le diré: yo era el amante de vuestra mujer, y vuestra mujer me habia prometido que vos jamás ven-

driais á habitar aquí. Habeis venido ¡sea muy enhorabuena! no puedo impedirlo, y me retiro.

—Y vos os atreveriais á decir eso?

—¡Cómo, si me atreveria! esclamo furioso ¡ah! y podeis dardarlo vos, vos que me conoceis!

En efecto, le conocia.

Sabia que una educacion apenas desbastada no habia podido suavizar las asperezas de aquella ruda naturaleza, ni inspirar á aquel lugareño esos vulgares sentimientos de honor y delicadeza sobre los cuales una mujer tiene derecho á contar.

Un hombre de mundo, aunque no mas pertenezca á la ínfima clase media, engañado, abandonado por su querida, intentara á veces vengarse; pero jamás se le ocurrirá la idea de revelar al marido la falta de su mujer, falta que él mismo ha compartido.

Un desheredado, como Lamí, debia considerar tal confianza la cosa mas natural del mundo, y inútil hubiera sido empeñarse en demostrarle lo indigno de esa conducta.

Hablaria, sí, hablaria sin vacilar, segura estaba de ello y ante tal expectativa, abandonóla toda su serenidad.

Aquella mujer que habia osado, en un arrebato de locura, verdad es, pero en fin que habia osado hacer á su marido la confesion de un crimen horrible, temblaba á la idea de que iba á saber su traicion.

Consentia en ser para Luciano una envenenadora, pero no queria que éste la creyese adúltera.

Y es que el crimen lo habia cometido á causa de él, por amor á él.

Él podia despreciarla; pero ella no merecia su odio.

Habia rebelado la conciencia del hombre honrado, pero no habia, segun ella, de ningun modo herido el corazon del amante.

Las revelaciones con que la amenazaba Lamí, inferian, al

contrario, un ataque á su amor mismo; hacian imposible toda nueva relacion entre ella y su marido.

Ignorando lo que pasaba en el corazon de Luciano, no habiéndose dado nunca cuenta exacta del horror que inspiraba á este hombre honrado, sucediale, á veces, esperar que la perdonaria el crimen cometido á su intencion; empero, sabia que Luciano no podia perdonar la falta cometida contra él, el ultraje que ella le habia hecho.

De ahí, pues, su confusion y su espanto.

Era preciso, á costa de todas las concesiones posibles, impedir que hablara Lamí.

A este objeto, bruscamente, con esa flexibilidad de espíritu que la hacia tan peligrosa, ahogó su cólera y aproximándose al intendente, con el sonrís en los labios, díjole:

—Repíte tu amenaza.

—Y tal si la repetiré; diré á vuestro marido que...

—Que has sido mi amante. Sí, ya lo sé. ¡Qué necio eres!

—¡Cómo! ¡decís..!

—Que eres un necio, y sobre este punto no tengo por desgracia nada que envidiarte. Hémos aquí querellándonos hace mas de una hora y ¿á santo de qué? te pregunto; ¡por unos paseillos nocturnos que tantas ganas tengo de hacer como tú!

—Entonces ¿á qué rehusar?

—Porque tú no sabes pedir. En lugar de decirme: «Nos aprovecharemos, ¿verdad? de tu permanencia aquí, para vernos lo mas á menudo posible,» impones condiciones, exiges, eres brutal y yo que soy nerviosa me exaspero, y así nunca acabaríamos. ¡Vaya! los dos somos culpables; convengámoslo, y hablemos de otra cosa.

—¿Vendrás cada noche?

—Vendré cuando me plazca, señor mio; y me placera á menudo, añadió tendiéndole sus labios.

Vencido estaba Lamí.

Luciano podía, actualmente, llegar á la Sauviniere, sin peligro.

Éste hizo su entrada al siguiente dia.

Fatigado por el viaje, subi6se á su cuarto del que no pudo salir durante dos dias.

Pero, trascurridos estos, la señora de Aubier, madre, suplic6le que hiciese un esfuerzo y bajara al salon.

Este era el momento elegido por Diana para presentar á Lamí.

En efecto, hubiera sido inconveniente ocultar por mas tiempo al intendente de la Sauviniere.

Comprendiólo así Diana, y adoctrin6 á su amante durante las dos precedentes noches, obteniendo de él que accedería á esta presentacion oficial y obligada.

Una hora hacia que Luciano estaba en el salon, en compañía de su mujer y de su madre, cuando un criado á quien se habia dado la correspondiente leccion, entr6 á anunciar que el señor Lamí deseaba presentarse.

—¿Quién es ese señor Lamí? pregunt6 el enfermo.

—El intendente, ó el gerente, como querais llamarle, de la Sauviniere, respondi6 Diana, que esperaba la tal pregunta. De él os he hablado varias veces.

—Es posible, pero no recuerdo...

—Él es, repuso ella, quien se ocupa de administrar esta propiedad, con escesivo celo, desde diez años há...

—¡Ah! ¡de veras! ¡hace tantos años..! ¡que entre! ¡le veré con placer!

Lamí penetr6 en el salon.

Habia creido deber, para esta presentacion, ponerse el vestido de los dias de fiesta, no por respeto, sino por coquetería, para exhibirse con todas sus ventajas ante su rival.

La señora d'Aubier, madre, que estaba bordando junto á una ventana, dirigi6 los ojos sobre el recién llegado, y no pudo ocultar su sorpresa.

No esperaba, evidentemente, encontrar instalado en casa de su nuera á un intendente jóven, robusto, bien conformado, de bella tez.

De Lamí, su mirada fij6se en Luciano, luego en Diana, y un triste sonrís contrajo sus labios.

Por su parte, Luciano, ni siquiera par6 mientes en Lamí, bajo el punto de vista plástico. Poco le importaba.

Aquel hombre le interesaba únicamente porque vivia en la Sauviniere desde hacia diez años.

—Acercaos, muchacho, díjole al verle pararse en medio del salon.

Esta espresion familiar «muchacho» aplicada al que se hacia llamar en toda la comarca, señor Lamí, ó señor á secas, no podia agradar al intendente, pero no dejó traslucirlo.

Adelant6se, y como Luciano no le invitaba á tomar asiento, Diana, atenta á cuanto pasaba, hizo seña á un criado para que le llevase una silla.

—Me ha dicho mi mujer, empez6 Luciano, que vivís en la Sauviniere desde hace diez años.

—Así es, en efecto.

—¿Habitaís en el castillo? pregunt6 la señora d'Aubier, madre, desde su sitio.

—Sí, señora.

—¿En qué lado?

—Durante estos últimos tiempos, respondi6 Lamí, encontrándose el castillo deshaditado, ocupaba el ala principal; pero desde ayer, me trasladé al ala izquierda, en el piso bajo.

—¿Teneis familia, sin duda?

—No señora.

—Ni mujer, ni hijos?

—Soy soltero.

—¡Ah! muy bien.

Estas preguntas, hechas por la señora d'Aubier madre, ponian á Diana en un potro.

Felizmente para ella, Luciano, impaciente sin duda por interrogar á su vez á Lami, interrumpió á su madre.

—¿Os da mucho que hacer esta propiedad? preguntó, para reanudar la conversacion y poderla enseguida encaminar á su capricho.

—Segun y como, dijo el intendente. Cuando el año es bueno, los arrendadores cumplen al pié de la letra sus compromisos; pero si habido ma' tiempo, sequía, si el heno es escaso y el trigo poco, hay que tirarles de la oreja.

—Y se la tirais, ¿no es así? Pero no siempre habeis sido solo en desempeñar esa tarea. El antiguo propietario del castillo os debia ausiliar á menudo.

—Poquisimas veces ¡estaba siempre enfermo!

—¡Ah! ¿de veras? y ¿cual era su enfermedad?

—Nunca ha podido saberse con certeza; creo que padecia del pecho.

—Y su mal acabó por llevarle al otro mundo! ¿serian tal vez insalubres los aires de la Sauviniere?

—Basta mirar al señor Lami para tener pruebas de lo contrario, apresuróse á observar la señora d'Aubier, quien, no pudiendo penetrar la verdadera intencion de las palabras de su hijo, creia deber tranquilizarle.

Mas Luciano, dirigiéndose al intendente repuso:

—¿Estábais aquí cuando murió el señor de Sery?

—Sí, señor.

—¿Padeció mucho?

—¡Ah! no lo sé! En sus últimos dias, no me fue dado verle.

Y, sintiéndose embarazado por esta esta especie de interrogatorio, añadió, designando á Diana:

—La señora que no le abandonó ni un momento, está mas enterada que yo.

—Sin duda, dijo Diana, con voz que intentaba hacer natural. Pero, paréceme que podríamos cambiar de conversacion; y dirigiéndose á la señora d'Aubier ¿no opinais como yo, señora?

—Completamente.

Levantóse, se aproximó á su hijo y le dijo:

—Vamos, Luciano, procura alejar de tí esas fúnebres ideas. Imposible será que te restablezcas, si no eres mas razonable. ¿No te gustaria dar un paseo bajo esos copudos árboles, en ese parterre todavía esmaltado de flores? Mira qué magníficos matices ha pintado el otoño en esos árboles! Haz por ponerte pronto bueno; te lo ruego. ¡Me agradaria tanto recorrer, de tu brazo, ese parque y esas praderas!

Mientras procuraba distraer á su hijo y hacerle tomar gusto á la vida, Lami, á una señal imperceptible de Diana, habíase eclipsado silenciosamente.

Cuando á las once de la noche fué esta á reunirse con él, segun el compromiso que la ligaba, encontróle descontento de todo el mundo y de sí mismo.

—¡Pues no me han cargado poco con sus preguntas! exclamó ¡mas de diez veces me han dado tentaciones de no contestarles y de largarme! No mas tales cargas; se acabó. En vano te empeñarás en engatusarme; no me volverás á cojer!

No decia la verdadera causa de su descontento.

Habíase sentido torpe y mal á sus anchas junto á aquellas dos personas, llenas de distincion, de modales finisimos, de lenguaje selecto.

No habia podido dejar de reconocer su superioridad sobre él y la distancia que de ellas le separaba, distancia que ellas sabrían siempre conservar y que jamás osaria franquear él.

El ridículo amor propio de aquel ex-lugareño mimado por la fortuna debia sufrir cruelmente, y Diana sintió sus efectos.

Como él no queria confesar sus verdaderos motivos de queja, inventó otros.

— Tú me engañaste, le dijo, al pintarme á tu marido moribundo y agonizante casi. Puede haber estado enfermo grave; pero hoy se halla en plena convalescencia, y dentro de ocho días estará sano y bueno. No esperes entonces que te permita yo permanecer á menudo con él. ¡Oh! no; eso fuera demasiado cómodo; ¡de día un marido, por la noche un amante! No quiero saborear los restos de ese bello señor, porque es muy guapo tu marido. ¿Por qué, pues, fingías hacerle ascos? Te casaste, segun decias, por ambición, á fin de conseguir un rango en el mundo, y nada mas... ¿Te imaginas haberte burlado de ? Semí acabó; desde ahora no volverás á burlarte, te lo juro. Os vigilaré á los dos.

Así, hablando con esa grosería y rebajando á Diana era como se vengaba de la superioridad de Luciano.

¡Y ella veíase obligada á tolerar tan brutal lenguaje!

En efecto ¿no habia comprendido, á su llegada, que toda rebelion era imposible?

Los reproches de Lamí, tocante al estado de salud de su rival, podian explicarse.

A primera vista, Luciano no parecia tan gravemente atacado como en realidad lo estaba.

Segun las predicciones del doctor, los aires del campo y el sol triunfaban de su enfermedad; renacian sus fuerzas; su mirada, apagada desde hacia seis semanas, volvía á adquirir su brillo de antes, y su palidez disminuía gradualmente.

Empero este cambio no pasaba de ser esterior.

Solo el cuerpo se aprovechaba de la vivificante accion á que estaba sometido.

El espíritu, profundamente afectado, no curaba.

La residencia en la Sauviniere, tan benéfica para d'Aubier, bajo ciertos conceptos, acababa, por otros, de desalentarle y de abatirle.

Todo en aquella propiedad le recordaba á que aquel murió en ella tan miserablemente, y al cual se reprochaba de haber contribuido á matar.

Aquellos árboles, el señor de Sery los habia plantado.

Aquellos parterres, habialos ordenado él, segun decia el jardinero.

Aquel pabellon habia sido construido sobre sus planos, al decir de un antiguo criado de la casa.

Porque Luciano que, como hemos indicado, habia venido á la Sauviniere en busca del castigo de su imaginario crimen, interrogaba con febril curiosidad á todos cuantos podian hablarle de su predecesor.

Un día hízose conducir al cuarto que el desventurado habitara, y en él permaneció encerrado largo tiempo, absorviéndose en fúnebres ideas y consumiéndose en sus remordimientos.

Lo que sobre todo le preocupaba era el deseo de saber si la muerte del señor de Sery habia sido dolorosa, si le habian oido dar gritos, cuanto tiempo habia durado su agonía, y á todos interrogaba sobre este particular, como al principio interrogó á Lamí.

Unicamente, á quien no osaba dirigirse, era á su mujer.

¿Le tenia miedo?

Hubiera podido creerse que sí, al ver el cuidado extremo que se tomaba en evitar su presencia y en nunca dirigirle directamente la palabra.

Evidentemente, en su conducta habia un principio de enajenacion mental; así lo comprendia él mismo, y se asustaba.

Á uno que le felicitaba por su completa curacion y sobre su buen aspecto, contestóle:

«Es verdad, cómo como cuatro y engordo; me parezco á los locos.»

Unicamente el recuerdo de Maria acudia á veces á distraer su idea fija y á preservarle de un peligro inmediato.

Cuando conseguia aislarse por un rato en su memoria, sentíase reposado y como regenerado.

Entraba de nuevo en posesion de sí mismo y llegaba á examinar sanamente su situacion.

Pero no era este exámen de índole á propósito para consolarle y regocijarle.

Dejando á un lado toda idea exagerada de remordimientos, de ridiculos temores ¿podia dejar de reconocer que estaba condenado á vivir tal vez largos años lejos de la mujer á quien tanto amaba, y junto á una tan detestada mujer?

«¿Á qué arrastrar una existencia miserable? preguntábase entonces friamente.

¿Qué interés puedo tener en vivir, y para quién viviré yo?

¿Para mi madre?

La pobre está ya muy vieja, poco tiempo podré conservarla, y sufrirá menos por mi muerte, que viéndome tan desgraciado.

¿Qué afeccion, que amor me ligan al mundo?

Ni siquiera amo ya al trabajo; he abusado demasiado de él durante estos últimos tiempos; y además, para trabajar, es menester un objeto, y no tengo ninguno.

¿Qué me importa obtener un ascenso en mi carrera?

¿No deberia yo, en conciencia, presentar mi dimision?

¿Es permitido al marido de una envenenadora el administrar justicia?»

En tales disposiciones de espíritu no podia tardar Luciano en tomar alguna grave determinacion, con el fin de apresurar el término de sus sufrimientos.

Un acto de su mujer le decidió á ello y provocó el desenlace de este drama.

¿Qué ocurría en el corazon de Diana desde la enfermedad de Luciano?

¿Habian, por fin, penetrado los remordimientos en él, produciendo sus habituales estragos?

No creemos que así fuera.

Diana habia tomado su partido sobre el crimen por ella cometido y lo justificaba á su manera.

«Si hubiese yo sido rica, como otras tantas, decíase, la señora d'Aubier habria consentido en mi matrimonio.

«Hubiérame casado, sin obstáculos, con el hombre á quien tanto amaba, y habria sido la mas feliz y la mas honrada de las mujeres, porque en realidad, á nadie mas he amado que á Luciano.

«Pero separábame de él una miserable cuestion de interés:

«¿No debia yo intentar vencerla?

«¿Qué he hecho, sino?

«Sacrificarme.

«Consentir en sepultarme aqui, con un hombre que me era odioso, un anciano, un moribundo casi.

«Mi juventud se rebelaba.

«Impuse silencio á mi juventud.

«Mi corazon se indignaba de asco á la sola idea de las caricias de mi marido.

«Sofoqué estas repugnancias.

«¿Podia yo vencerlas siempre y sacrificarme por toda una eternidad?

«¿Por qué no se moria aquel hombre que, en cierto modo, me habia prometido morirse?

«Su edad, su vacilante salud, su marchita faz ¿no eran un compromiso contraido conmigo de devolverme pronto á la libertad y al amor?

«Tardábase él en cumplirlo, y yo no podia esperar mas...

«Perdido estaba para mí Luciano, si no me apresuraba á tomar una resolucion.

«Víme precisada á llamar á la muerte en mi ayuda, ya que espontáneamente no queria venir...

«Y, al fin y al cabo ¿es tan grande el crimen de abreviar de algunos meses, de algunas semanas quizá, una existencia próxima á extinguirse; poner bruscamente un término á sufrimientos reconocidos mortales por la ciencia?

«¿Era realmente un hombre el que maté?

«Antes de morir aquel hombre ¿no era ya un cadáver?

«Por otra parte, la pasión que me devoraba ¿no me había embriagado y alocado?

«¿Tenía yo conciencia de mis actos?

«¿Era yo verdaderamente y á sabiendas culpable?

«No tal.

«Debo, pues, desechar remordimientos inútiles, desterrar de mi vida el recuerdo de un execrable pasado y gozar, en fin, de mi nueva posesión, á tan cara costa comprada.»

Y, gracias á tan monstruoso argüir, había ella gozado de su nueva posición sin remordimientos, hasta el día en que esta posición se desmoronara y en que aquel á quien todo se lo había sacrificado, se alejara de ella.

Largo tiempo aun, la lucha que sostuvo para intentar conservar el corazón que se le escapaba, para hacer revivir un amor presto á extinguirse y para recalentar sentidos ya enfriados, ocupó sus instantes y la preservó de todo pensamiento extraño á esta lucha.

Por fin, sonó la hora en que no tuvo mas remedio que confesarse que no era amada, que tal vez nunca lo fue, y que su sacrificio y su crimen habían sido inútiles.

Entonces pensó seriamente en aquel crimen, pero no fue el remordimiento lo que penetró en su alma, sino el pesar.

El pesar de no haber dado en el blanco, de haberse comprometido inútilmente, de haber seguido una senda funesta que la había conducido á la ruina de sus esperanzas, al derumbamiento de sus amores.

Feliz, amada, hubiera vivido apacible en perfecta armonía con su conciencia, porque, hay que confesarlo, á veces se confunde el remordimiento con el sentimiento del mal éxito y de la vergüenza que se le sigue: los criminales se arrepienten á menudo, no de su falta, sino de la inutilidad de esta falta.

Al igual que Luciano, Diana, á cada paso que daba en el

parque ó en el castillo de la Sauviniere, sentía una perturbación, experimentaba un sufrimiento.

La arena, al crujir bajo sus plantas, le repetía que en tal paseo de árboles, una noche, concibiera ella el crimen, y resolviera ponerlo en ejecución.

Bajo aquellos copudos olmos veía aparecerse al señor de Sery, quien le decía:

¿Por qué me mataste? ¡yo te amaba tanto! ¿No podías esperar algún tiempo mas? ¡quedábanme á lo sumo tres meses de vida! ¿qué necesidad tenías de cometer un crimen que solo te ha servido para hacerte odiosa á tu amante?

En aquel gabinete, su primer marido presentábase también de repente ante ella.

«¡Desventurada! exclamaba ¡dices creer no haber premeditado el homicidio y haber obedecido á un acceso de locura! ¿olvidas acaso que durante dos años asististe impávida á mi larga agonía? Tú eres quien me condujiste por grados á la tumba, tú conmigo fuiste cobardemente viciosa, friamente lúbrica... ¡oh! no fue el veneno lo que me mató, nó; fue el amor que me supiste hábilmente inspirar, fueron mis vicios que lisonjeaste, fueron los tuyos que pusiste á mi servicio! ¡no mereces ni gracia ni piedad, y esa fortuna robada, tu amante la rechaza, horroriza á tu amante!»

Así, pues, la conclusión era siempre la misma: el crimen había sido inútil.

De ahí el profundo desaliento que poco á poco se había infiltrado en aquel alma insensible hasta entonces á toda debilidad.

Empero, menos dichosa en esto que Luciano, quien, á veces, pensando en María, podía reposar su mente, Diana no tenía ninguna imagen graciosa que evocar y no veía brillar la mas mínima luz en su sombría noche.

Lamí, el mismo Lamí, era impotente para distraerla.

Si continuaba cada noche en ir á reunirse con él, no era ya por miedo á sus amenazas.

Fatigada, descorazonada, hastiada de todo y de sí misma, no se cuidaba ya del peligro.

Iba al cuarto de Lamí por costumbre, porque la víspera fué también, porque se sentía demasiado abatida para afrontar una disputa, porque el sueño huía de sus párpados y porque la soledad le daba miedo.

Pero tampoco se tomaba ya la pena de alhagar el amor propio del intendente, ó de ocultarle la índole de los sentimientos que éste le inspiraba, ni de calmar sus celos mas vivos cada día.

Oíale en silencio reprocharle que ya no le amaba y que le engañaba con Luciano.

En vano se desgañitaba en gritarle:

«Pero contesta, contesta pues, ¡defiéndete!»

Ella permanecía impassible y muda.

Una vez sola pareció presta á salir de su habitual apatía.

Lamí, en el paroxismo de su cólera, le había dicho:

«Parece que estás cansada de vivir; ¡pues bien! confiesa que no me amas, confiesa que le perteneces, y sin vacilar te levanto la tapa de los sesos, y enseguida, me mato.»

Y habiéndose armado de dos pistolas, apuntó una á Diana, mientras apoyaba el cañon de la otra en su sien.

Ella estuvo á pique de contestar y ya Lamí, como si supiese de antemano lo que le iba á decir, se aprestaba á disparar, cuando ella se contuvo y se negó á hablar, ya porque tuviese miedo á la muerte, ya por creer que aun no había sonado su hora.

Luciano había llegado á la Sauviniere á principios de setiembre, y ya octubre tocaba á su término.

El tiempo, hasta entonces, había sido excelente y nada hacia presagiar el invierno, cuando sobrevino repentinamente un frío intensísimo.

La señora d'Aubier temió la crudeza del clima por su hijo, y habló de regresar á Nantes.

Ni Luciano ni Diana se opusieron á tal proyecto, pero los

dos reconocieron al mismo tiempo la inutilidad de tal viaje y la necesidad de tomar una pronta resolución.

La víspera del día señalado para la partida, dijo Luciano á su madre, despues de cenar, que se subía á su cuarto para ordenar sus papeles y que enseguida pasaría á su habitacion para hablar con ella.

Despues, abandonó el salon, pidió una luz, y fue á sentarse ante su despacho.

Hacia un rato que escribía, cuando abrióse la puerta sin ruido.

Volvió la cabeza y vió entrar á Diana.

Estaba muy pálida, muy conmovida, pero también parecía estar muy resuelta.

Avanzó, sin que Luciano manifestara ni asombro ni desagrado al verla, y le dijo, con firme acento:

—Tengo que hablaros: ¿podeis oirme un momento?

Con un ademán, indicóle Luciano una silla.

—No, dijo ella, estoy bien así.

Hallábase en pié, ante él, apoyada de codos en la mesa y el tronco inclinado adelante.

La lámpara; colocada muy junto á ella, iluminaba sus rasgos siempre encantadores, pero un tanto ajados.

—He querido, continuó, antes de ejecutar cierto plan, ordenado por las circunstancias, haceros algunas preguntas de suma importancia para mí. ¿Os dignaréis contestar á ellas?

—Veamos, dijo él.

—¿Pensais, preguntóle, mirándole cara á cara, y hablando con extrema lentitud, pensais poderme perdonar, un día, el crimen que cometí por amor á vos?

—No, contestó él.

—¿Jamás?

—¡Jamás!

Siempre sentado, los codos separados y reposando sobre la mesa, apoyada la barba sobre sus manos cruzadas, contemplábala.

tambien fijamente él y hablaba sin vacilar, con voz clara y concisa.

Ella repuso:

—No me perdonaréis ¡bueno! segun la manera con que acabais de contestarme, veo que no he de abrigar ilusion ninguna. Pero, el sentimiento de repulsion que pareceis experimentar por mi conducta, ¿pensais que podrá el tiempo modificarlo?

—Nó, dijo él; el tiempo no podrá nada.

—¿Estais seguro?

—Segurísimo.

Callaron un rato, sin cambiar de actitud, y luego, ella continuó, con igual lentitud:

—La repulsion que mi crimen os inspira ¿es independiente de los sentimientos que experimentais por mí? En otros términos: á la vez que despreciándome ¿os seria posible amarme?

—Nó.

—Sin mis confesiones ¿me amaríais aun?

—Creo que no.

—¿Creeis haberme amado?

—No puedo contestar á esa pregunta que á veces tambien me he hecho yo mismo; en todo caso, he obrado de buena fe, he creido amaros.

Ella se irguió y se alejó de la mesa, como si nada mas tuviera que decir.

Empero, mudando de consejo repentinamente, volvió vivamente sobre sus pasos, franqueó la distancia que hasta entonces la habia separado de Luciano, y con los ojos echando fuego, la voz vibrante y apasionada:

—Sin sentir amor por mí, exclamó, ¿te es posible todavía desearme? ¿Quieres que, en el desórden de los sentidos, en la embriaguez de la pasion brutal, olvidemos, como antes de tu enfermedad, yo, que tú no me amas, y tú, que me odias? Mirame, aun soy bella, todavía me quedan muchos años para serlo... Te amo con frenesí y soy, como tú sabes, una esperta querida. Pue-

des, en mis brazos, olvidar el pesar que te roe, olvidar mi crimen, olvidar que soy tu mujer, para solo ver en mí una espléndida cortesana! ¡Podemos, si quieres, morir pronto, morir uno y otro al mismo tiempo, estenuados de dicha, saciados de voluptuosidad!

En aquel momento era incomparable; sus ojos, eléctricos en cierto modo, el rostro animado, la nariz dilatada, la boca entreabierta, el seno palpitante.

Contemplóla él largo rato, y dijo:

—Nunca habeis estado tan bella como ahora, os lo juro. No creo que en el mundo exista una mujer que os aventaje en hermosura. ¡Pues bien! tambien os lo juro, no despertais en mí ni el mas mínimo deseo... Lo que proponéis, es, por lo tanto, un imposible... Sí; teneis razon; antes de mi enfermedad tuve un momento de estravío, de locura; en vuestros brazos logré llegar á matar un pensamiento... Actualmente, ya no podría, ni tampoco lo querria... Vuestro crimen me horroriza, y mas tal vez que vuestro crimen, me horroriza vuestro amor!... ¡Todo acabó entre nosotros!

—¡Entonces! dijo ella alejándose bruscamente, ¡ya sé lo que me resta hacer!

—Tambien yo, respondió Luciano, tomando de nuevo la pluma y sin ni siquiera darse la pena de comprender lo que habia querido ella significar.

La infeliz salió á pasos precipitados, sin volver la cabeza, sin cerrar la puerta; bajó corriendo la escalera, atravesó el vestíbulo y descuidando esta vez tomar precauciones para no ser vista, dirigióse hácia la estancia ocupada por Lamí.

Éste la estaba esperando hacia rato.

—¿De dónde venis? le preguntó con dureza ¿por qué tanto tardar?

—¿De dónde vengo? dijo ella ¡del cuarto de mi marido! ¿por qué he tardado tanto? porque me encontraba con él ¡pardiez!

Contemplóla el intendente atónito.

Nunca ella se había atrevido á hablarle en tales términos :

—Os tenia prohibido, dijo...

No pudo acabar.

—¡Basta! exclamó ella violentamente ¿qué me importan ahora vuestras prohibiciones? ¿por ventura creéis que os temo?

Y, acercándose á él, continuó, sin pararse, sin tomar aliento, delirante, perdida, medio loca.

—Sí, acabo de pasar una hora con mi marido, y si me he separado de él, es porque me ha echado, porque ya no quiere mas de mí... ¡Desdichado! ¿no habias comprendido aun que le amaba, que le adoraba, que nunca habia amado á nadie sino á él en el mundo? ¡ah! ¿has creido que yo te amaba, porque era tu querida! ¡vamos! ¿qué prueba esto? Que te tenia miedo y nada mas... y que tal vez, por un momento, tuve curiosidad de nuevas voluptuosidades. Pero ¡sábelo bien! si me casé con el señor de Sery, fue tan solo para heredar su fortuna y llegar á casarme con Luciano!... ¡Y tú creías agradarme, imbécil! Yo solo pensaba en mi próxima viudez y en mis nuevas nupcias. Tú tomabas mis coqueterías por amor, y no tenian mas que un fin: hacer de tí mi aliado y mi cómplice, alejarte de tu señor, embriagarte, enloquecerte para impedir que vieras lo que pasaba, para evitar que me arrancaras mi presa... Mas tarde, si me prostituí á tí, fue para comprar tu silencio; si á veces me he olvidado en tus brazos, pensaba en él, é intentaba calmar el ardor que sin cesar me comunicaba... Ahora, ya no te necesito, no quiero mas de tí, y he venido á decírtelo ¿comprendes, animal?

Detúvose, contemplóle, y tuvo miedo, á pesar de su valor.

Mientras esta escena tenia lugar en el ala izquierda del castillo, Luciano, despues de haber escrito aun algunas líneas y de haber cerrado y lacrado diferentes papeles, salió de su cuarto y se encaminó hácia el de su madre.

Esta ocupaba una de las piezas que la castellana de la Sauviere habia hecho amueblar antaño tan cuidadosamente.

Era una gran cámara cuadrada, alta de techo, con vigas aparentes é iluminada por espaciosas ventanas.

Las paredes desaparecian enteramente detrás de viejas molduras y de antiguas tapicerías.

El lecho, los cofres y la sillería eran de encina, y en la chimenea, en el fondo del hogar, relucía la placa de hierro con las armas de Francia.

Era aquel, por así decirlo, el cuarto mas adecuado para la madre de Luciano.

Al verla en aquella cámara, junto á la chimenea dó ardia un vivo fuego, sentada en uno de esos sillones Luis XIV, de respaldo recto y elevado, con su cabeza blanca, sus rasgos regulares y bellos, sus manos pálidas terminadas por dedos delgados, su vestido de damasco, fondo negro bordado de flores, su gorra de antiguas blondas, hubiérasela creido esposa de un consejero del Parlamento, ó de un presidente.

Luciano entró; contempló á la señora d'Aubier durante un minuto, depositó un santo beso en su frente, sentóse frente á ella, y le dijo :

—Vengo, madre mia, á pedirlos vuestros consejos y vuestras órdenes. Dignaos oirme, y sobre todo, revestiros de todo vuestro valor. A otra mujer que á vos, tal vez no debería hablársele en los términos que voy á hacerlo. Pero vos sois asaz fuerte, vos sois de alma asaz grande, para poder oirlo todo.

—Habla, hijo mio, dijo ella inclinándose hácia adelante y estendiendo sus brazos sobre los del sillón.

Él le refirió los hechos que ya conocemos.

Supo encontrar espresiones castas y reservadas para darle á comprender como, paulatinamente, se habia separado de su mujer, y hasta que punto estaba saciado de su amor.

Habló de María, á la que habia vuelto á ver; de la pureza de

sus relaciones y de la tranquilidad que, cual suave bálsamo, había renacido por un instante en su alma.

Por último, llegó á la escena en que los celos de Diana habían estallado y en que dejó escapar su terrible secreto.

Después de haber guardado un rato silencio para dar á la señora d'Aubier espacio de reponerse del golpe terrible que acababa de infligirle, pintó sus torturas á consecuencia de las revelaciones de su mujer, y la resolución que había tomado, para evitar el escándalo, de continuar viviendo con ella.

Dijo sus esfuerzos para dominar su acerbo pensamiento; á qué estudios se había entregado y más tarde á qué extravíos, seguidos en breve por la enfermedad que puso en peligro sus días.

Hasta confesó los sufrimientos porque había acabado de pasar en la Sauviniere: sus terrores, sus remordimientos, y la especie de locura que, por momentos, se apoderaba de él.

Intentó también dar á su madre una idea de la última escena que acababa de tener lugar entre su mujer y él, y que se había terminado con estas amenazadoras palabras de Diana:

«Ya sé lo que me resta hacer.»

Y acabó su larga relación en estos términos:

—Os lo he contado todo, madre mía; todo, mis dolores y mis faltas. Ruégoos ahora que os dignéis trazarme la conducta que debo seguir. Permitidme únicamente que os resuma mi situación; no puedo, no quiero vivir más con mi mujer. Su presencia me es odiosa; su vista acabaría por volverme loco. ¿Qué partido debo tomar? ¿Volver á Nantes, y ordenarle que se quede aquí? No me obedecerá, y para vengarse, tal vez ponga en ejecución sus amenazas. Huir con vos, espatriarnos, esto fuera el deshonor, porque entonces no hay duda de que me creerían culpable de la complicidad de que no dejaría ella de acusarme. Así, pues, por un lado, una existencia que á ningún precio quiero, y por otro, el escándalo y la vergüenza. ¿Qué hacer?

Silenciosa y recojida, habíale ella escuchado, sin interrumpirle ni una sola vez.

De improviso, levantóse, apoyándose en los brazos del sillón, y exclamó:

—Para hablarme así, para concluir en los términos que acabas de hacer, para haberme conducido al callejón sin salida donde te encuentras, y habérmelo clara y esplicitamente mostrado, es preciso que en tu espíritu haya algún proyecto firmemente decidido. Contéstame: lo quiero, te lo suplico; ya lo has dicho; todo lo puedo oír.

—He creído, respondió él, y al hablar su voz era firme, he creído deber tomar una resolución terrible, pero ordenada por la situación desesperada en que me encuentro.

—¿Quisieras matarte? preguntó ella.

—Sí, murmuró Luciano.

Ella estremeciéndose, y se dejó caer en el sillón; pero no dijo nada.

Entonces Luciano se arrodilló á sus plantas, y ciñéndola con sus brazos, empezó á hablarle tranquila, tiernamente, pero esta vez, con lágrimas en la voz:

—La muerte, dijo, me libraré de un peso que me aplasta. Porque, no te lo he confesado todo. Sabe, además, que no solo sufro por esa mujer, sino también por esa casta criatura á quien, loco, desprecié. La amo, la amo actualmente con todas las fuerzas de mi alma y no puedo avenirme á la idea de vivir siempre separado de ella... ¡oh! no creas, no, que este sentimiento haya dictado mi resolución. Sé soportar el dolor; soy hijo tuyo. El temor á la vergüenza, el respeto á nuestro nombre son los únicos sentimientos que me han decidido... Pero, ya en este momento supremo, déjame abrirte mi corazón.

Habló todavía largo tiempo.

Lloró sobre las rodillas de su madre, como antaño, cuando era muchacho.

Después, no queriendo prolongar la agonía de la santa mu-

jer, levantóse, tomó la cabeza de la señora d'Aubier entre sus manos, la cubrió de besos y volviendo á ser, de repente, por un supremo esfuerzo de voluntad, el hombre enérgico y fuerte que conocemos, dirigióse grave y recojido, hácia la puerta.

Llegado á ella, y antes de cerrarla tras de sí, fijó sobre su madre una inmensa mirada de amor, y desapareció.

Ella, ella permaneció en su gran sillón, inclinado el cuerpo hácia adelante, tendidos los brazos sobre los del asiento, fija la mirada en los últimos troncos que se extinguían en el hogar.

Hubiérasela creído muerta, tan pálida, silenciosa é inmóvil estaba.

Creía sin duda continuar teniendo á su hijo junto á sí, pareciale oír aun su voz, por cuanto, al cabo de un rato, extendió la mano como si le buscara, y no encontrando mas que el vacío, paseó una mirada en torno suyo.

Entonces, no viéndole, irguióse de repente, asustada, aterrada.

Luciano habia tomado el silencio de su madre por una acquiescencia á sus proyectos, por una especie de aprobacion dada al suicidio que meditaba.

Engañábase no obstante.

El asombro y el dolor habian sido las únicas causas de aquel silencio.

El cerebro de la señora d'Aubier habiase paralizado momentáneamente ante el golpe inesperado que la heria; sus facultades habíanse estinguido accidentalmente, y no habia podido encontrar fuerzas ni para quejarse, ni para protestar.

Mas la vida acababa de reaparecer, el corazón latía de nuevo; actualmente ella recordaba, ella comprendía, ella volvía á ser madre, y arrastrándose desolada por la cámara:

«Nó, nó, gritaba, yo no quiero que mueras, Luciano, Luciano, hijo mio, te lo suplico... te ordeno que vivas...»

Iba á alcanzar la puerta, cuando, en el silencio de la noche, oyóse una detonacion, á que no tardó en seguir otra.

Ella exhaló un grito, y con un rápido gesto llevó sus manos al rostro y cubrióse los ojos, como si quisiera guarecerlos contra un terrible espectáculo, contra una espantosa vision.

El patio del castillo se animaba.

Veian aparecerse luces por todos lados, oíanse voces que se llamaban y se contestaban; los perros, despertados al ruido, ladraban frenéticos; criados, mozos de labranza, palafreneros, todo el mundo estaba en pié.

Ella, la triste madre, no se movia, esperando siempre que viniesen á decirle: «Señora, vuestro hijo ha muerto.»

El rumor de los pasos y el rumor de las voces se aproximaban á ella.

La servidumbre, despues de reconocer el patio y el parque, registraba el interior del castillo; las puertas del vestibulo se abrian, los criados subian la escalera y recorrian las habitaciones.

De repente, un conjunto de gritos de terror y de espanto hirió los oídos de aquella infortunada.

«¡Ah! murmuró, han descubierto su cadáver!»

Despues, reinó un momento de silencio; hubiérase dicho que todo habia vuelto á su órden natural, que todo habia muerto.

«Se estarán consultando para prevenirme, pensó ella; no saben como comunicarme la horrible nueva!»

Pero el rumor comenzó de nuevo; penetraban en la habitacion que precedia á su cámara.

Llamaron á su puerta.

—¡Entrad! dijo ella.

Y, comprendiendo al momento que para salvar el honor de su hijo, era menester alejar de los ánimos toda idea de suicidio é intentar hacer creer en un accidente, tuvo el sublime valor de ponerse sobre sí.

—¿Ha oído la señora? le preguntó su doncella, que acababa de entrar, en tanto que vários criados mas permanecian respetuosos en el umbral de la puerta.

—Si, he oido, contestó ella. Ya lo veis, puesto que me he levantado. ¿Qué ha sucedido?

—¡Ah! señora, una desgracia espantosa.

—Esplicaos.

—Es que temo trastornar demasiado á la señora...

—¡Acabad!

—¡Ah! los dos están muertos.

—¡Los dos! ¿Quienes son los dos?

—La señora ha sido muerta de un pistoletazo.

«¡Ah! pensó ella, ante todo se ha vengado.»

—Y luego, continuó la doncella, el señor Lamí se ha saltado la tapa de los sesos.

—¡El señor Lamí! ¿qué oigo?

—Sí, el señor Lamí; ha asesinado á la señora, y enseguida se ha suicidado.

—Y mi hijo! mi hijo! ¿dónde está mi hijo? gritó la pobre madre.

—Ha sido despertado como la señora, y juntos hemos corrido hácia el sitio de donde habian partido las detonaciones. Pero nuestros esfuerzos han sido inútiles; ¡era ya tarde!

La señora d'Aubier ya no la oia; acababa de caer desplomada en el sillón y vertia actualmente un raudal de lágrimas.

En breve, oyéronse los pasos de Luciano.

Viósele aparecer.

La servidumbre se retiró.

Él entonces, estrechó á su madre entre sus brazos, secó sus lágrimas con sus besos y dijo:

—Pasado mañana regresaremos á Nantes y no nos separaremos mas.

FIN.

LA
MUJER DE HIELO.

®

—Si, he oido, contestó ella. Ya lo veis, puesto que me he levantado. ¿Qué ha sucedido?

—¡Ah! señora, una desgracia espantosa.

—Esplicaos.

—Es que temo trastornar demasiado á la señora...

—¡Acabad!

—¡Ah! los dos están muertos.

—¡Los dos! ¿Quienes son los dos?

—La señora ha sido muerta de un pistoletazo.

«¡Ah! pensó ella, ante todo se ha vengado.»

—Y luego, continuó la doncella, el señor Lamí se ha saltado la tapa de los sesos.

—¡El señor Lamí! ¿qué oigo?

—Sí, el señor Lamí; ha asesinado á la señora, y enseguida se ha suicidado.

—Y mi hijo! mi hijo! ¿dónde está mi hijo? gritó la pobre madre.

—Ha sido despertado como la señora, y juntos hemos corrido hácia el sitio de donde habian partido las detonaciones. Pero nuestros esfuerzos han sido inútiles; ¡era ya tarde!

La señora d'Aubier ya no la oia; acababa de caer desplomada en el sillón y vertia actualmente un raudal de lágrimas.

En breve, oyéronse los pasos de Luciano.

Viósele aparecer.

La servidumbre se retiró.

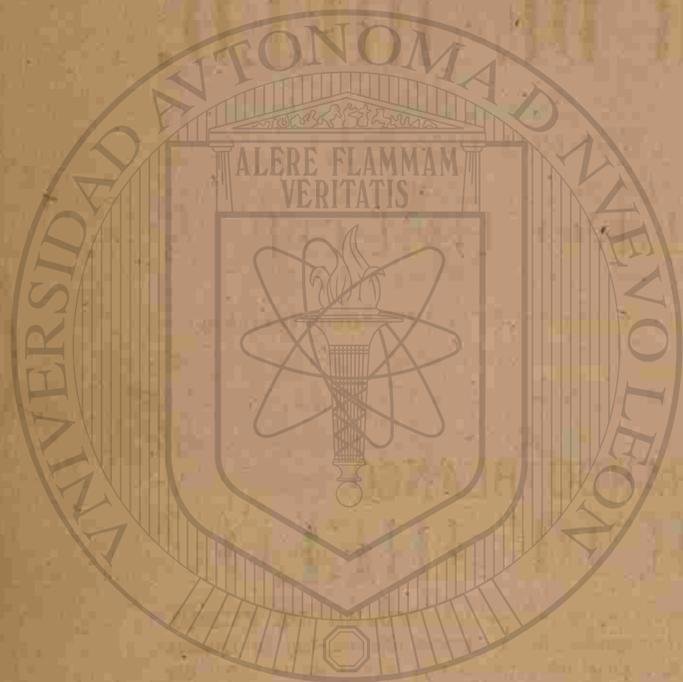
Él entonces, estrechó á su madre entre sus brazos, secó sus lágrimas con sus besos y dijo:

—Pasado mañana regresaremos á Nantes y no nos separaremos mas.

FIN.

LA
MUJER DE HIELO.

®



LA
MUJER DE HIELO.

NOVELA DE

ADOLFO BELOT.

Traducida libremente al español de la 12.^a edición francesa

POR

GERARDO BLANCO.

(El autor de esta obra, que es el celeberrimo de LA MUJER DE FUEGO, cuyas ediciones se hallan casi agotadas, ha demostrado una vez mas su inmenso talento. En contraposicion al carácter que presentó en la heroína de la novela que acabamos de indicar, en esta, gracias á circunstancias fatales, la protagonista es antitesis de aquella. Por esto, y sobre todo por sus eminentes condiciones literarias, la importancia de esta obra no necesita elogio alguno.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

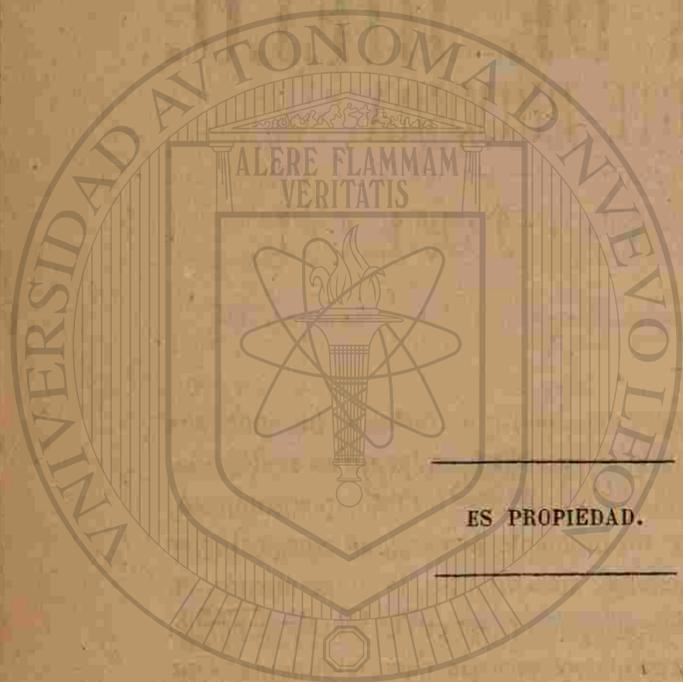
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARCELONA. FONDO HISTÓRICO
GERARDO BLANCO

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO-EDITORIAL DE JOSÉ MIRET.

Calle de Cortes (Gran via), 289 y 291, Ensanche.

1878.



ES PROPIEDAD.



FONDO HISTORICO
RICARDO COVARRUBIAS

PARTE PRIMERA.

I.

Enrique Vandelle, que mas bien por fastidio que por afición, se interesaba, apostando siempre, en las carreras de caballos celebradas en París, sin que llegase á tanto, por supuesto, su interés, que ni por un momento pensara en comprometer en ello su fortuna, cometió, sin embargo, la imprudencia, en Abril de 1875, de arriesgar apuesta por cierto jockey de casaca amarilla y casquete negro, cuya victoria parecía segura. Uno de sus amigos, conocido por el nombre de Roberto Milton, se interesó á su vez por otro jockey, relegado hasta entonces á segundo término, y de hecho establecióse una apuesta entre dichos jóvenes, apuesta de las mas primitivas, ya que en lugar de mediar dinero en ella, designóse como premio de ganancia una comida para diez personas, elegidas por el que ganase, en el dia y sitio de antemano convenidos.

La casaca amarilla y el casquete negro llevaron la peor parte en la carrera, y Vandelle se vió obligado á pagar su deuda, la misma noche, despues de las carreras, y en su habitación de la calle Laffitte. Gracias al buen servicio del café Riche, improvisó un espléndido banquete, que de fijo no hubieran sabido combinar sus servidores.

A las siete y media, sobre poco mas ó menos, llegaron los convidados: primeramente el vencedor, periodista conocidísimo y hombre de mundo, si los hay; luego y sucesivamente, A. M., uno de esos bolsistas que tienen siempre un pié en el edificio de las cotizaciones y otro en los salones mas aristocráticos, y á quienes la fortuna, seducida por la ciencia que del mundo poseen, por sus aficiones artísticas, por su gracia parisiense y su fidelidad á una dinastía caída, no cesa nunca de sonreírles; Raynal un abogado principiante, emparentado con dignidades de la magistratura, lo cual hace sospechar que muy pronto ha de recibir una envidiable colocacion que le haga olvidar sus gustos caprichosos; X... que no habiendo sabido hacer nunca nada por sí mismo, vive á los piés de los grandes hombres, calentándose á sus efluvios, é imaginándose que despide rayos propios de glorioso génio. Es amigo de todas las celebridades, satélite de todas las estrellas, admirador apasionado de todos cuantos triunfan. Si encuentra á algun amigo entre los bastidores de un teatro, le llama aparte para decirle: «Vengo de casa de Alejandro, (1) me acaba de leer su última obra: ¡es magnífica! Victoriano (2) me ha relatado su discurso sobre Autran: ¡qué frases, amigo mio, qué frases! Sarah (3) me ha enseñado su última estatua; la que destina á la Exposicion! ¡Qué mujer tan admirable! ¡Qué éxito tan inmenso vá á obtener! He encontrado á Emilio, (4) Leon, (5) y Víctor; (6) me han comunicado sus últimas impresiones políticas; magníficas, magníficas! ¡Qué ande Europa con cuidado!»

Vandelle conocia á todos estos señores; les saludó afable-

- (1) Dumas, hijo.
(2) Sardou.
(3) Bernath.
(4) Girardin.
(5) Gambetta.
(6) Hugo.

¡Qué tipos tan semejantes tenemos en España! (N. del T.)

mente y dió gracias á su amigo el periodista por haberles escogido para participar del convite. Pero añadió despues:

— «Me parece que no estamos todos: me habia V. anunciado diez convidados!

— Hé aquí los que faltaban; llegan en grupo, por cortedad sin duda, respondió el periodista.

Efectivamente, entonces oyóse en la antesala un murmullo de voces, de carcajadas; despues, pasos ligerísimos, ruido de vestidos, y al fin la puerta de la sala se abrió para dar paso á cinco mujeres en traje de sociedad, y de un aspecto seductor en demasía.

Vandelle frunció el entrecejo: no esperaba seguramente aquella irrupcion femenina en su domicilio reservado; por mas que era soltero, la sociedad que de aquel modo se le imponia, podia indudablemente molestarle en algun sentido. Pero como era, por otra parte, demasiado bien educado para demostrar enojo, y demasiado buen jugador para vacilar en el pago de sus deudas, se dirigió á las recién llegadas, é hizo de una manera admirable los honores de la casa.

¿A qué clase de la sociedad parisiense pertenecian estas señoras? Ni al gran mundo, ni al artístico, ni á la clase media, seguramente. ¿Pertenecian pues á cierta clase dudosa?—Quizás.—Pero ¿á cual? Porque esta clase tiene como las demás, su aristocracia y su plebe (1). Salúdase á reinas en ella, y hay que codearse con despreciables personas; en ella, como en política, encuéntranse puras y gran número de impuras. Hácese tambien en ella comercio al por mayor y al menudeo: venta al por mayor, precio discutido, plazo corriente; venta al detall, al dia; precio fijo. Las invitadas á casa de Vandelle, entregábanse al gran comercio; eran elevadas industriales, premiadas.

(1) Mucho podría decirse acerca de la plebe de la clase dudosa, y mucho ha dicho el eminente escritor Goncourt en su novela *La joven Elisa*, publicada por esta casa editorial, y cuya adquisicion recomendamos á nuestros lectores.

¿Formaban parte, por lo tanto, de esa falange veterana tan á la moda en el último imperio, y que ha llenado el Universo con el ruido de sus hazañas? ¿Eran acaso, Adela C** siempre seductora, á pesar de las primaveras acumuladas sobre su preciosa cabeza? ¿O su amiga Fidelidad, que despues de haberse enriquecido al juego del amor se arruina el verano en Luchon, y el invierno en Monte-Carlo al juego de azar? ¿O Cora P* célebre por sus ventas, que no lo son de caridad, precisamente? O era, en fin, Carolina H** un sol poniente tan magnífico que podría tomársele perfectamente por la aurora de un hermoso día?— No; las convidadas de Vandelle no tenían nada que ver con las que un autor dramático irreverente apellidó la *antigua guardia*. Luego, era justo clasificarlas entre la *guardia nueva*? No; esta no existe. Las viejas de hoy no han adoptado pupilas, no han formado ni educado hijas adoptivas; morirán como han vivido, infecundas, sin progenitura. Todas las grandes cortesanas de los veinte años del Imperio, tanto las que han desaparecido, entre cuyo número están la Barucci; Ana Deslions y otras mil, como las que sobreviven á su gloria, no han formado escuela, no tienen imitadores.

No por eso pretendemos afirmar que París haya llegado á ser la Ciudad Santa; pero la verdad es que ciertas costumbres se han modificado por completo. Ya no se manifiestan tan descaradamente; ya ocupan menos lugar en los teatros, junto al Lago y en Longchamps. Ya no se reúnen ciertas señoras para formar una especie de cruzada, con esta divisa «Fuera de nosotras no hay salvacion.» Es decir «solamente con nosotras se hacen buenos negocios, se *despluma* en grande.» Ya no dan reuniones donde se comía, se cenaba, se bailaba, se tallaba, se observaban mutuamente, se denigraban, se destrozaban para pasarse de este modo los amantes de mano en mano, devorándoles á dos carrillos en comandita, sin que nunca mas fuera permitido á la víctima salir de aquel círculo vicioso.

Ya no se las ve presentarse en el Bosque, en suntuosísimas carretelas; tirar los platos por las ventanas del Café Inglés; ocupar habitaciones de veinte mil francos y ostentar cínicamente un lujo detestablemente adquirido. Viven ya aisladas, ó de dos en dos desdeñando á sus correligionarias, aparentando no conocer sus nombres. Afectan practicar costumbres decentes, prefieren un cupon de renta á un aderezo de brillantes, van con frecuencia á pié; visten trajes sencillos y de color oscuro. Lo que sobre todo se halla de moda entre ellas, es reemplazar las antiguas grandes y suntuosas habitaciones, por un modesto cuarto de soltera. La mayoría hacen tan poco ruido que apenas se las conoce. Si alguno pregunta: «¿Cuáles son las *cocottes* á la moda? ¿Dónde encontrar la nueva generacion, qué ha reemplazado á aquellas celebridades?» El tenorio callejero mas experto no podría responderle; en vano se busca un nombre popular en este género.

Si; la gran *cortesanería* se muere y no hay en verdad motivo de entristecernos en que haya tomado tan violenta determinacion. Ya acabó el tiempo en que tales señoras cantaban voluntariamente. «Yo soy una *cocotte*! yo soy una gran *cocotte*!» Lo son todavía, pero intentan disimularlo bajo austeras apariencias. Se avergüenzan de su industria y ocultan su verdadera marca intentando acreditarla bajo un sello artístico. Los teatros donde se cantan operetas, hoy tan en moda, son para ellas un gran recurso: con un hilo de voz en el teatro de *La Renaissance*, una tercerilla en *Folies-Dramatiques*, se apoderan de un corazón, y la jugada está hecha, hasta el punto de creerse para toda la vida colegas de la Patti, la Nilsson ó Krauss. También sucede que escriben ó se hacen escribir un libro: lo imprimen á su costa, naturalmente; lo envían á la prensa periódica, donde nunca les falta un admirador de su belleza que elogia la publicacion, y de este modo se convierten, de mujeres de placer que eran, en mujeres de letras.

Esta aspiracion general, muy en honor de nuestra época, hácia una profesion de que pueda hacerse gala, produce asimismo otros resultados: el verdadero artista, en otro tiempo desdeñado por estas mujeres, ó relegado, al menos, á segundo término, considerado como objeto de lujo, y sacrificado siempre al hombre de dinero, sale de la penumbra para vivir en plena luz. Al hablar de él, la criada dice: «El señor ha venido» y ya no se piensa en ocultarle en un armario, al oír el primer campanillazo. Verdad es tambien que el artista, el pintor sobre todo, ha progresado mucho: ya no lleva el pelo largo, ni usa sombreros cónicos: ha reemplazado la pipa con el cigarro de papel; ahorra, indica en caso necesario como ha quedado la cotizacion en la Bolsa: hace comprar un objeto de arte sobre el cual especula, y cuando tiene nombre, suele ganar por año la friolera de cien ó doscientos mil francos. Merece pues su sitio en plena luz, puesto que siguiendo la espresion *argótica* él mismo *ilumina*.

Y como todo se encadena, la que se llama á sí misma artista y vive con un artista, créese obligada á guardar cierto respeto á las formas sociales. Su vida es arreglada; se levanta temprano, practica la hidroterapia, monta á caballo y pasea por sitios solitarios, se viste antes de mediodía, educa á un hijo natural ó adoptivo, sale casi siempre de casa, acompañada; se pone triste al anochecer y esto, concienzudamente; porque ya pasó el tiempo en que Gavarní decia, hablando de esta clase de mujeres: «El hombre que consiga ponerlas pensativas, podrá alabarse de ser un pillo de siete suelas.»

II.

Las cinco mujeres reunidas en casa de Vandelle, á consecuencia de una apuesta en las carreras, pertenecian á la gene-

racion moderna, á las nuevas capas, por decirlo así. Eran igualmente grandes dignidades de la legion *galante*, pero dignidades ignoradas, modestas, que ostensiblemente no llevaban las insignias de su grado. Solo una de ellas tenia personalidad propia y nombre conocido. Era una rubia de las mas bonitas, descendiente sin duda de la querida de Felipe el Bueno, María de Cambrugge, en cuyo honor y para eternizar el recuerdo de sus magníficos cabellos rubios, fue instituida la orden del Toison de Oro. V... llamada por sobrenombre *El Pudor mismo*, á causa de su aspecto inocente (á pesar de que algunas malas lenguas, aseguraban que no era de fiar) era elegante y delgada, pero de hombros gruesos y perfectamente redondos, piernas de raza, caderas revelándose armoniosamente, y segun dijo Francheschi... servia parcialmente de modelo, para su Isis. *El Pudor mismo* era artista de instinto y de conveniencia. Quiso crearse una situacion y lo consiguió, porque es mujer que tiene fuerza de voluntad: sobre su frágil cuerpo yérguese una cabeza de las mas sólidas. Su imaginacion á veces salta desordenadamente, pero en la vida diaria, en la vida doméstica, es mujer de orden, y casi, casi de negocios. Posee hoy casa propia y quinta de recreo, escribe á ratos, pinta sobre porcelana y en su quinta da á veces el espectáculo de una funcion de fuegos artificiales, políticos. Laïs y Friné no la rechazarian como á hija suya, pero tal vez ella no las aceptara como á madres; su sueño dorado es asemejarse á las cortesanas griegas, pero únicamente bajo el punto de vista plástico y artístico. Su sueño se realiza.

En cuanto á sus compañeras designarémolas únicamente por nombres de capricho: Berta, á quien podia creerse sábia, si, como se asegura, la belleza fuese la sabiduría del cuerpo. Luisa, cabeza encantadora colocada sobre un cuerpo flaco: por eso se le llama, en recuerdo de la Guimiard, el esqueleto de las gracias. Julieta, hábil desde hace mucho tiempo en mantener-

se entre dos edades, lo cual ha hecho que se dijera de ella : «Juega al treinta y cuarenta» y finalmente, Blanca, una morena eléctrica, cuyo corazón se parece á un molino. «Dá vueltas y muele.»

III.

Habíanse sentado á la mesa en un comedor del mejor gusto y del mas puro estilo Luis XIII. Un gran número de bugías, sobre candelabros de plata artísticamente cincelados, iluminaba á los convidados sin deslumbrarles. Los vinos de Vandelle, procedentes de su bodega, una de las mejores de París, circulaban con profusion, y comenzaban á desatar las lenguas mas discretas, y á sobrecitar las imaginaciones mas refractarias al desbordamiento.

—No, señores, decia Luisa, no puedo comprender que los hombres cometan la tontería de dedicarse á las mujeres honradas; si estas les oponen resistencia, pierden el pleito y pagan las costas, y si sucumben dejan de ser honradas, y por lo mismo han perdido tambien el tiempo.

—Por mas que digas, repuso el periodista, la virtud tiene de bueno que hace sentar la cabeza. Nunca me ha sabido mal hacer de vez en cuando una escursion por el campo de las mujeres decentes.

—Sí, sí, no lo jures; ya lo sabemos; replicó V: hasta conocemos al objeto de tus preferencias. Es una mujer decente, convengo en ello, pero ha echado tantas veces la casa por la ventana, que ya no se encuentra en ninguna parte trozo ninguno.

X... iba á contestar, pero Berta para cortar discusion semejante, levantó en alto su vaso, diciendo:

—A la salud de nuestro anfitrión, á la excelente comida que nos está dando, y á las que nos dará en lo sucesivo.

—Sobre todo, á estas últimas, añadió Blanca.

—Permitidme, señoras y amigos míos, dijo Vandelle sonriendo, que interrumpa vuestros brindis. Bebed cuanto gustéis por el pasado, si á ello os obliga la gratitud, pero no aludáis al porvenir.

—Es decir, ¿que esta es la última vez que nos invitas? exclamó V...

—Esto es decirnos indirectamente con crueldad inaudita que lo que hoy has hecho es pagar únicamente una deuda de juego; de fijo, que si la fortuna te hubiera sido favorable, no estaríamos aquí.

Como Vandelle no contestó, insistieron sus amigos en que explicase sus anteriores palabras. Vaciló durante algunos segundos, pero como por todas partes le hostigaban, acabó por declarar que aquel banquete era, en efecto, el último que se debería á su munificencia.

Apenas hubo soltado esta confesion, cuando de todos los lados de la mesa, partieron exclamaciones:

—¿El último? ¿Por qué? ¿Cómo?

—¿Con qué derecho? ¡Él no se pertenece! ¡Pertenece á sus amigos!

—¿Si se hará trapense?

—¿Se habrá arruinado?

—¿Se habrá convertido en hombre formal?

—¿Se habrán paralizado los trabajos de la fábrica de su padre?

—¡Nada de esto es! exclamó Blanca: acaba de ocurrírseme un horrible pensamiento. ¡Vandelle se casa!

—¡Él! ¡Imposible! ¡No tiene derecho á engañarnos!

—¡Os digo que se casa! ¿Qué podeis esperar de un hombre que oculta á su querida?

—¡Cierto es! ¡Nunca la hemos visto!

—¡Miradle! ¡Se ha ruborizado! ¡Baja la cabeza! ¡He dado en lo cierto!

Blanca exageraba; Vandelle, de treinta años de edad, parisiense de raza, vividor en grande, no era hombre para turbarse con tanta facilidad. Dudaba solamente en comunicar una determinación que tal vez le espantaba á él mismo, y en lugar de mirar á todas aquellas mujeres con la audacia, que nunca habian pensado en reprocharle, entornaba los ojos y parecia entregado á la meditacion.

Por fin, tomó una determinacion, y poniendo ambos codos sobre la mesa, y apoyando el rostro en las palmas de sus manos, dijo:

—Pues bien, sí; el hombre no es perfecto: me caso!

Luisa se levantó y alzando su copa, exclamó:

—Señoras y señores: se os ruega asistais al entierro y funerales de la loca juventud de M. Enrique Vandelle que morirá muy pronto en el domicilio del Sr. Alcalde, despues de haber recibido el sacramento del matrimonio! ¡Bebed por ella!

—¡Bebamos por ella! repitieron á coro todos los convidados.

Cuando los vasos quedaron vacíos, cruzáronse nuevas preguntas:

—¿Con quién te casas? preguntó Berta.

—¿Es un matrimonio de interés?

—¿Es un casamiento de amor?

—¿Es acaso con esa mujer de quien acabamos de hablar?

Vandelle, decidido sin duda á guardar silencio, encendió un cigarro, se levantó y dió órdenes á su criado para que se sirviera el café.

IV.

La conversacion ya no era general. La unidad de los convidados estaba rota. Colocáronse los sillones por pequeños gru-

pos en las estremidades de la mesa, ó en los rincones del comedor. Julieta y Luisa habíanse apoderado de Raynal y le decian con suplicante voz.

—Verdad que nos darás entradas para las sesiones del Tribunal? nunca hemos visto criminales.

—Ni nunca los vereis, respondió el abogado con acento grave.

—Por qué?

—Porque no los hay.

Al oír esto, acercáronse otras personas al grupo.

—¡Cómo que no hay criminales! ¿Qué está V. diciendo?

Los vinos y los licores de Vandelle, habian conmovido á Raynal, las miradas de Julieta y de Luisa le embriagaban, y sus propias palabras iban á ponerle perdido.

—Sí, decia, los criminales son una invencion de la justicia. Hay culpables porque los jueces necesitan vivir. Los jueces no han sido creados á causa de los criminales, sino que estos han sido instituidos para ocupar á los jueces.

—Pues ¿y los asesinos, los envenenadores, los falsarios? preguntaron A. M. y el periodista, que acababan de acercarse tambien al grupo.

—Accidentes, señores, circunstancias fatales, encuentros estraños... la fatalidad... cuestiones de temperamento, á lo sumo... Hay personas á quienes sale mal; esto es lo que sin cesar nos esforzamos en probar al jurado... Si nos creyese, si pudiéramos imbuirle la conviccion que nos anima, la sociedad conservaria todos sus miembros!

—Afortunadamente para nosotros, los jueces se muestran sordos á las palabras de vuestros nobles inocentes, repuso *El Pudor mismo* con autoritaria voz.

Vandelle que hacia un rato paseábase con agitacion, sin que nadie se cuidase ya de él, dijo interrumpiendo al abogado:

—Esta disertacion es interesantísima, pero yo tengo muchos preparativos que hacer: parto mañana.

—¡Miradle! ¡Se ha ruborizado! ¡Baja la cabeza! ¡He dado en lo cierto!

Blanca exageraba; Vandelle, de treinta años de edad, parisiense de raza, vividor en grande, no era hombre para turbarse con tanta facilidad. Dudaba solamente en comunicar una determinación que tal vez le espantaba á él mismo, y en lugar de mirar á todas aquellas mujeres con la audacia, que nunca habian pensado en reprocharle, entornaba los ojos y parecia entregado á la meditacion.

Por fin, tomó una determinacion, y poniendo ambos codos sobre la mesa, y apoyando el rostro en las palmas de sus manos, dijo:

—Pues bien, sí; el hombre no es perfecto: me caso!

Luisa se levantó y alzando su copa, exclamó:

—Señoras y señores: se os ruega asistais al entierro y funerales de la loca juventud de M. Enrique Vandelle que morirá muy pronto en el domicilio del Sr. Alcalde, despues de haber recibido el sacramento del matrimonio! ¡Bebed por ella!

—¡Bebamos por ella! repitieron á coro todos los convidados.

Cuando los vasos quedaron vacíos, cruzáronse nuevas preguntas:

—¿Con quién te casas? preguntó Berta.

—¿Es un matrimonio de interés?

—¿Es un casamiento de amor?

—¿Es acaso con esa mujer de quien acabamos de hablar?

Vandelle, decidido sin duda á guardar silencio, encendió un cigarro, se levantó y dió órdenes á su criado para que se sirviera el café.

IV.

La conversacion ya no era general. La unidad de los convidados estaba rota. Colocáronse los sillones por pequeños gru-

pos en las estremidades de la mesa, ó en los rincones del comedor. Julieta y Luisa habíanse apoderado de Raynal y le decian con suplicante voz.

—Verdad que nos darás entradas para las sesiones del Tribunal? nunca hemos visto criminales.

—Ni nunca los vereis, respondió el abogado con acento grave.

—Por qué?

—Porque no los hay.

Al oír esto, acercáronse otras personas al grupo.

—¡Cómo que no hay criminales! ¿Qué está V. diciendo?

Los vinos y los licores de Vandelle, habian conmovido á Raynal, las miradas de Julieta y de Luisa le embriagaban, y sus propias palabras iban á ponerle perdido.

—Sí, decia, los criminales son una invencion de la justicia. Hay culpables porque los jueces necesitan vivir. Los jueces no han sido creados á causa de los criminales, sino que estos han sido instituidos para ocupar á los jueces.

—Pues ¿y los asesinos, los envenenadores, los falsarios? preguntaron A. M. y el periodista, que acababan de acercarse tambien al grupo.

—Accidentes, señores, circunstancias fatales, encuentros estraños... la fatalidad... cuestiones de temperamento, á lo sumo... Hay personas á quienes sale mal; esto es lo que sin cesar nos esforzamos en probar al jurado... Si nos creyese, si pudiéramos imbuirle la conviccion que nos anima, la sociedad conservaria todos sus miembros!

—Afortunadamente para nosotros, los jueces se muestran sordos á las palabras de vuestros nobles inocentes, repuso *El Pudor mismo* con autoritaria voz.

Vandelle que hacia un rato paseábase con agitacion, sin que nadie se cuidase ya de él, dijo interrumpiendo al abogado:

—Esta disertacion es interesantísima, pero yo tengo muchos preparativos que hacer: parto mañana.

- ¡Cómo! ¿te casas en provincia?
—¿En tu fábrica? ¿Entre tus máquinas?
Vandelle no respondió.
—¿Tendrias la pretension de despacharnos? dijo Berta.
—¿Antes de echar la *talla* de rigor? continuó Luisa.
—Sí, sí; exclamaron todas las mujeres.
—¡La *talla* de los funerales!

El amo de la casa comprendió que era preciso darles gusto. Llamó, dió órdenes, y pronto se vió puesta una mesa de juego en el salon vecino. Pero despues de haber cumplido de este modo los deseos de los comensales, no se creyó obligado á hacerles compañía; abandonó, pues, el salon, pasó á su alcoba, arreglóse un poco el traje, dijo algunas palabras á su criado, y salió de casa.

En pocos minutos llegó al bulevar de los Italianos y rehusando los coches de alquiler que se le ofrecian, dirigióse con agitado paso hácia la calle de Seze. A mitad de calle, detúvose ante una puerta grande, entró, subió precipitadamente dos pisos y llamó.

Una criada acudió á abrirle, y cuando él sin hablar, iba á penetrar en las habitaciones, le detuvo con estas palabras:

- ¿Ya sabe V. que no está la señora en casa?
—¿No está? repuso Vandelle palideciendo. ¡Cómo! ¿Cuándo ha salido?
—Hace apenas media hora: creo que ha ido á casa de V.
—¿Por qué no lo ha dicho V. inmediatamente? exclamó Vandelle, recobrando el color.
Bajó la escalera, y volvió á tomar el camino de su casa.
—Ah! murmuraba: la amo aun mas de lo que creia!.. Y sin embargo...

Repentinamente, se acordó de la sociedad un tanto adulterada que habia dejado en uno de sus salones; asustado, tomó un coche, y se hizo conducir rápidamente á su casa.

V.

No todos los comensales de Vandelle se habian sentado alrededor de la mesa de juego. A. M., Raynal el abogado, V^{***}, y Blanca, hablaban, reunidos, en un extremo del salon.

—Os denunció á A. M., decia Blanca; conoce á la querida de Vandelle, y rehusa darnos esplicaciones sobre ella.

El bolsista intentó defenderse, pero dos preciosos brazos se enlazaron á su cuello, al mismo tiempo que unos bonitos labios murmuraban á su oido:

—¿Qué temes? ¿Qué daño podrás causar á esa mujer, puesto que él se casa con ella, puesto que la situacion de ambos va pronto á legitimarse? Ya no debe existir el misterio... así pues, alíviate del peso de ese secreto que debe molestarte hace tanto tiempo!

—¿Quieres que te ayude? dijo V^{***}, inclinándose hácia él. Me hallo sobre una pista, y apostaria cualquier cosa á que es la buena.

—Sepamos la pista.

—Os acordais de aquella estrangera, portuguesa, creo... Tenia una hija que se le parecia de una manera asombrosa... Todo el mundo se fijaba en ellas... Por todas partes se las encontraba... en el Bosque, en las carreras, en el teatro, en los baños de mar!

—Sí, sí; pálidas, morenas, ojos estraños, trajes chillones...

—Eso es. En nada reparaban, con tal de singularizarse. Una de ellas, la mas jóven, apostó un dia que haria subir á su caballo, andando hácia atrás, la gran cuesta de los Campos Elíseos! Al llegar á la planicie, el animal que hasta entonces habia obedecido á todos los caprichos, rehusó adelantar, ó mejor dicho, retroceder. La amazona luchó con él, primero con dulzura,

después se encolerizó, y repentinamente, armándose de una pistolita que llevaba siempre en el seno, disparóla sobre su caballo, le hirió y rodó junto con él por el suelo.

—Hombre, eso es delicioso!

—Pobre caballo! murmuró Raynal que tenía el vino triste.

—Esa historia no me asombra, repuso Blanca, yo la he visto hacer otra porción de escurriduras en los baños de mar..!

Siempre avanzaba nadando, sin ocuparse del regreso, y era necesario pescarla, al menos, una vez por semana.

—Nada la asustaba, continuó V^{***}. Un día, partió de Luchon por el puerto de Venasque, ascension como ya sabeis, demasiado respetable. Pero almorzó, según es uso, cerca de una nevera, se embriagó con champagne y al momento de volver, declaró que deseaba ascender á la Maladetta, una soberbia montaña, pero casi inaccesible. Se le hicieron observaciones, su misma madre la suplicó que renunciase á aquel proyecto; pero de nada ni de nadie hizo caso y emprendió su camino acompañada por los guías á quienes había seducido con magníficas propinas. Al día siguiente, ni una sola noticia acerca de ella—gran inquietud—desesperación de la madre—pesquisas por todas partes. Por fin, se la encontró medio muerta de frío, ante una nevera que no quería abandonar, y que se obstinaba en atravesar, por el contrario.

—Soberbio tipo! exclamó Raynal.

—Sí, prosiguió V^{***} mis recuerdos se refrescan; la madre se llamaba M.^e Sandraz y la hija... Ester!

—Pero hace dos años que ya no se las ve por parte alguna.

—La madre murió, y Ester debe haber regresado á Portugal, dijo A. M.

—Cá! repuso V^{***} la Ester en cuestion se halla en París, vive en el barrio de la Magdalena, y, en fin, es la querida de Vandelle!

—¿Cómo lo sabes tú?

—Me lo prueban indicios clarísimos.

—Preferiría que hablase A. M. indicó Raynal, puesto que parece haber conocido á la mujer de quien hablamos.

—A. M. tiene la palabra.

—¿Y qué quereis que os diga?

—¿Qué es en realidad esa Ester?

—En primer lugar una honrada jóven!

—Una honrada jóven que tiene un amante?

—No tiene mas que uno, y va á casarse con él!

—Tiene fortuna! No á todas pasa lo mismo!

—¿Fortuna llamas á no tener mas que un amante?

—No; á que se casa con él!

—Y qué clase de tipo era la madre? preguntó Raynal.

—Una portuguesa, como ha dicho V^{***} viuda de un francés establecido en Lisboa; fijó su residencia en Francia después de la muerte de su marido. Era una mujer encantadora, un tanto exaltada, que no tenía en su cabeza otra idea que la de casar á su hija. Por esto, vino á Francia, contando con la belleza y raro carácter de Ester y con los Parisienses que pasan por ser hombres de gusto. No poseía mas que un pequeño capital, y arriesgando el todo por el todo, gastaba sin medida, para hacer papel y poner en evidencia á Ester, siempre al acecho de un yerno, príncipe ó millonario que la reembolsara aquellos gastos de exhibición, con usura... Y por fin murió dejando á su hija en las calles de París, de donde Vandelle la ha recogido!

—Creo que muchos otros se hubieran bajado para hacer dos cuartos de lo mismo, arriesgóse á decir el jóven abogado.

—¿Y por qué no nos la ha presentado? preguntó Blanca.

—No sé como decíroslo sin herir vuestra susceptibilidad, replicó A. M., pero la verdad es que ella no pertenece á vuestra clase.

—Calle! Pues qué es lo que tiene mas que nosotras?

— Mas que vosotras... nada seguramente, respondió el bolista, pero si es posible, que tenga menos...

Felizmente para el amor propio de aquellas señoras, Raynal siempre achispado, se precipitó tumultuosamente en la conversacion diciendo, sin saber lo que decia:

— Lo que aquí se trata de averiguar es una cuestion de cantidad solamente. En esto no hay ninguna clase de ofensa para vosotras: quien puede lo mas, puede tambien lo menos. Este es un axioma de derecho: *jus romanum*. Sostendré esta tésis cuando se me obligue, y la haré triunfar ante el jurado.

—¿Estás bien seguro? preguntóle V^o.

— Ruego al tribunal que no se me interrumpa: el fiscal me responderá!

— Bravo! Bravo!

— Le hace falta una toga!

— Y un birrete!

— Qué se lo ponga!

Y uniendo la accion á las palabras, se vistió en un momento al orador con un chal negro, y un sombrero de mujer.

— Y ahora el vaso de agua tradicional, dijo Blanca colocando una copa delante del abogado.

— Eh! qué haces! exclamó Raynal: estás confundiendo el banco de los abogados con la tribuna legislativa. Sin embargo, no importa, voy á beber!

— Está completamente borracho, dijo Blanca al oido de V^o ni siquiera ha notado que lo que él cree un vaso de agua es un vaso de Kirsch.

Raynal en pié, teniendo delante una butaca sobre cuyo respaldo apoyaba sus brazos, habia vuelto á tomar la palabra en estos términos:

— ¿De qué se trata? ¿Del número de amantes que pueden tener estas señoras? Y qué! os atreveis á llamar criminal al éxito que en este punto obtengan? ¿Pretendereis que recaiga

en vergüenza suya la gloria de sus triunfos? Al contrario de esos grandes capitanes, cuyas proezas celebra la historia, ¿perderá acaso la belleza su prestigio en razon del número de sus conquistas? Esto seria infucio, seria monstruoso, y si tal sistema prevalece ante el tribunal, yo declaro... declaro... declaro...

—¿Qué es lo que declaras?

El orador no pudo continuar; la emocion ó el Kirsch le embargaron la palabra; estendió los brazos y cayó sobre un sillón que prudentemente habian colocado á su espalda.

VI.

Este discurso ruidoso, impidió oír un campanillazo que habia sonado á la puerta de entrada. Por ventura, la antesala estaba mas silenciosa. El criado de Vandelle corrió á abrir.

Una mujer jóven cubierta con un albornoz blanco, penetró en la antesala, y sin hacer pregunta alguna al criado, se dirigió como si fuera de la casa, á un elegante cuartito próximo á la alcoba. En el momento en que iba á poner su mano sobre el pomo de la puerta, el criado, al principio un tanto asombrado, se acercó á ella, y le dijo:

— La señora vá á encontrarse sola, porque el señor ha salido de casa, hace una media hora.

—¿Cómo! ¿Ha salido? dijo la jóven volviéndose. Y en qué consiste esa iluminacion que se ve por todas las ventanas de la casa?

Al mismo tiempo, un ruido confuso llegó hasta sus oidos.

— Oye V? Hay gente en el salon.

— Efectivamente; el señor ha recibido esta noche á varios amigos, pero, su compañía no le agradaba sin duda alguna y salió de casa, cuando acabó la comida.

— Habrá ido á la mia, exclamó sonriendo, y cuando le digan

que me hallo aquí, no tardará en reunirse conmigo. Voy á esperarle.

Entró en el cuartito, y se desembarazó de su albornoz, mientras que el criado encendia las bujías.

Hecho esto, iba á retirarse, cuando ella le preguntó:

—¿Es comida de hombres solos la que ha dado esta noche M. Vandelle?

—Si, señora... de hombres... balbuceó el criado.

—De solteros?

—Sí...

—Pero solteros acompañados de sus ayas, porque oigo voces de mujer...!

El fiel José creyó obligacion suya cometer una indiscrecion con tal de defender á su amo. Por lo demás, en el fondo, pensaba, nada nuevo iba á comunicar á aquella con quien hablaba. Por ventura, nõ se trataba de ella en todo esto?

—No se escandalice V., señora, la dijo con tonillo pretencioso: ha sido una comida de funerales.

—Una comida de funerales? no comprendo.

—Si, señora. El señor, se despide esta noche de su vida de soltero, acaba de anunciar á sus amigos, su matrimonio.

—Ah! exclamó ella vivamente.

—Y murmuró:—¡Al fin!

José ya de lleno en el camino de las confidencias disponíase á ser elocuente. Iba sin duda, con esa audacia de los criados parisienses, iniciados en los secretos de sus amos, á felicitar á la jóven por su cambio de posicion, pidiéndola tal vez que le conservara á su servicio, pero ella le despidió con un gesto, despues de haberle ordenado que cerrara la puerta, para que ningun indiscreto pudiese penetrar en aquella habitacion.

VII.

Despues de una funcion en el Teatro de la Ópera, en la que Ester Sandraz, jóven que acabamos de encontrar en casa de Vandelle, fue de las mujeres que mas llamaron la atencion, el *caballero de la orquesta* (1) creyó de su deber hacer en el *Figaro* el retrato de la bella extranjera. Fue, por decirlo así, una reseña *descendente*. Partia de la cabeza para llegar á los piés, diciendo todo cuanto habia visto, y doliéndose tal vez de no poder decir mas. *Le Monsieur de l' orchestre* no es ordinariamente tan esplicito. Ester Sandraz le habia subyugado por completo: habia él dirigido sobre ella sus persistentes gemelos é indudablemente se habia colocado ante sus pasos á la salida del teatro, para contemplarla mejor. Hé aquí el retrato que de ella hizo:

«Cabellos de un negro fuerte, en los cuales parece haberse escondido un rayo de sol: frente pura y cuadrada: cejas pobladas, tendiendo á reunirse: tez mate con un matiz de rosa-té: ojos negros, rasgados, aterciopelados, de estraña espresion, rodeados de un círculo azulado; nariz regular, recta, sin exageracion de pequeñez, con ventanas sonrosadas, que parecen estar siempre aspirando un perfume, y se dilatan á la menor emocion: labios gruesos, rojos, coronados de un ligerísimo bozo; dejando descubrir una dentadura esquisita; barba gruesa tambien, corta, cuadrada como la frente; cuello no delgado pero esbelto y gracioso: hombros anchos, redondos, de admirable dibujo: seno abundante, cuya rigidez sin embargo no puede ponerse en duda; talle redondo, elegante y sutil; caderas desarrolladas, ondulantes; piés de niña... ó de portuguesa,

(1) *Le Monsieur de l' orchestre*. Pseudónimo adoptado por el revistero dramático del periódico parisien *Le Figaro*. (N. del T.)

«mujer admirable, espléndida, que indudablemente hará sensación en París.»

Y efectivamente, la hizo durante un año. Nunca salía sin ir rodeada de una verdadera corte; tres parisienses y cinco extranjeros pidieron su mano. Y ella tuvo por conveniente desairarles, con gran desesperación de su madre, bajo el pretexto de que no le inspiraban amor. Luego, murió M.^{me} Sandraz, y Enrique Vandelle, que hacia algun tiempo era amigo de estas señoras, se aprovechó de la desesperación de Ester, del gran vacío que se habia creado en su existencia, del aislamiento en que el luto la sumía, para penetrar poco á poco en aquel corazón invulnerable hasta entonces, pero que el dolor habia ya enternecido. Esta victoria tenia su razón de ser; nacido en los Altos Pirineos, en el país de la vida áspera y dura, de las marchas penosas, de las peligrosas ascensiones, de las cacerías mortales, con frecuencia, Enrique Vandelle habia tenido una juventud activa, aventurera, y durante la cual, sus músculos se habian desarrollado, su sangre habia circulado mas caliente y mas rápida, su cuerpo, en fin, habia adquirido sobradas fuerzas para la edad madura. Cuando á los veinte y un años se le puso en posesión de la fortuna de su madre, que murió muy jóven; y resolvió ir á fijarse en París, hallábase en condiciones excelentes para desafiar las fatigas de la vida. A los treinta años, cuando encontró á Ester, gracias á su vivificante pasado, á la rudeza de sus infantiles años, nada habia perdido de sus primeras cualidades; una existencia demasiado febril, el abuso de la sensualidad, al sobrecitar su temperamento nervioso, le habian dado asimismo fuerzas ficticias que se unían á las otras.

Pero este desarrollo completamente material, habíase producido en detrimento de las facultades morales; abusaba demasiado de la vida para darse cuenta de que vivía; sus sentidos hablaban con demasiado imperio, y era muy esclavo de ellos para

detenerse á escuchar los latidos de su corazón, y obedecerle. Pero, aunque así hubiera sido, ¿qué provecho habia de reportarle esta obediencia, en la sociedad en que vivía, en medio de fáciles voluptuosidades, á que con ardor se habia dedicado desde su llegada á París, con ese ardor de los veinte años y de la impetuosidad de su temperamento? En sus rudas montañas, no vierdo casi nunca á su padre, ocupado en los trabajos de una fábrica importante, falto de las caricias de su madre, á quien apenas habia conocido, ¿dónde habia de haber aprendido á amar? ¿Acaso le habian hablado nunca de ternura, de sentimiento, de verdadero amor? ¿Habíanle dicho, por ventura, que era preciso no confundir la satisfacción de los apetitos materiales con la felicidad? ¿que al lado de las mujeres de placer, que le ayudaban á gastar su fortuna, existían otras con quienes podia vivir dichoso, saboreando inefables delicias? Complaciase en su propia inconsciencia, continuaba dando vueltas en el mismo torbellino, y orgulloso por sus conquistas de tocador, satisfecho de sus amores, sin cesar renacientes, ignorante de lo que es la mujer, confundíala con las mujeres.

VIII.

Quando penetró en la intimidad de Ester, esta por lo tanto, despertó en él, sensaciones en lugar de sentimientos. Pero ella pudo engañarse muy bien en esto: por montañés que fuese, á pesar de su constitución vigorosa y su tez sana, Vandelle poseía cierta distinción nativa, el talento, la finura, algo del disimulo de los Bearneses, sus vecinos, una intuición de la sociedad y todas las elegancias, todas las picardías de la vida parisiense. Comprendió que Ester debia ser de otra esencia que las amables criaturas con quienes hasta entonces habia vivido: comprendió que les era superior tanto en educación como en

belleza, y que por lo tanto merecía ser tratada con muchísimo mas cuidado.

Supo, pues, disimular sus deseos y se mostró con ella tierno, prudente, discreto, porque conocia demasiado que ella no hubiera ni comprendido ni tolerado audacia alguna. Gracias á esta habilidad, ella no desconfió ni de él, ni de sí propia, y dejóle poco á poco apoderarse de su existencia, mas desde entonces se perdió. Mientras que en sus entrevistas, Vandelle, dirigia miradas oblicuas y profundas sobre Ester, admirando aquella belleza, original, esquisita y carnal á la vez, saboreando á distancia aquellos labios rojos, gruesos, voluptuosos, intentando, con ayuda de su imaginacion, penetrar en misterios encantadores, hacer caer los velos que le estorbaban, y construir con el pensamiento una Vénus espléndida, conmovida y palpitante; mientras que aprovechaba las menores ocasiones para aproximarse á su ídolo, respirar el aroma de sus cabellos, aspirar su mismo aliento, llegando de este modo á desearla ardientemente, Ester, por su parte se enamoraba de él, de modo muy distinto. Demasiado pura para adivinarle, para concebir la mas pequeña idea acerca de sus aspiraciones, para poder hacer una distincion entre el amor y el deseo, sentíase dominada por aquellos miramientos, aquel cuidado, aquella discreta ternura, aquel religioso respeto. Hallábase sujeta al encanto de un carácter fino, desenvuelto, apto para todas las transformaciones, dispuesto á sostener toda clase de tésis, hasta las de mayor moralidad, aguijoneado por la ambicion de ser bien quisto, y triunfar. No veia ella mas que á él en ese gran París donde era una estrangera, sin familia y sin amigos. Únicamente con él podia hablar de la adorada madre que acababa de perder; solo él la comprendia, él solo lloraba con ella, y... un dia, sin darse cuenta de ello, le amó honesta, castamente, con todo su corazon!

IX.

¿Debia este amor por precision arrojarla en los brazos de Vandelle? No. El que uno se halle al borde del precipicio no quiere decir que necesariamente haya de caer en él. La educacion, en primer lugar; despues un invencible amor propio, y algunas veces la religion, preservan á ciertas mujeres de caer en faltas irremediables. Otras, sin principios sólidos, tienen en sí mismas una fuerza natural de resistencia; complácense en sostener luchas heróicas, se agarran fuertemente á su virtud, y gracias á desesperados esfuerzos, no sucumben nunca. Finalmente, las que se hallan dotadas de un temperamento frio, guiadas siempre por su razon, triunfan de todos los peligros. Tanto en unas como en otras, el alma salva siempre al cuerpo.

Pero Ester no podia formar parte de estas mujeres privilegiadas: bajo la tutela de una madre de cascos ligeros, y que la adoraba hasta la debilidad, mas bien cuidada habia sido su instruccion que su educacion. Su imaginacion de las mas vivas, habíase exaltado en una vida errante, caprichosa, llena de acontecimientos imprevistos, de febriles agitaciones, de sueños peligrosos, atormentada en el presente, inquieta en lo porvenir, en medio de una atmósfera turbada. Además, Ester era portuguesa, y las mujeres de su país, cuyos antepasados colonizaron el Brasil, tienen algo de sangre india en sus venas; su temperamento se resiente de su origen tropical, casi ecuatorial. Ya hemos hablado de las escentricidades de Ester Sandraz; sus locas carreras á caballo, sus estrañísimos baños de mar, sus ascensiones peligrosas; todo indicaba desde dicha época, necesidades de dispendio corporal, una naturaleza fogosa, fuerzas latentes que era preciso combatir. Inconsciente de las exigencias de su naturaleza, tenia cuenta de ellas por mero instinto,

belleza, y que por lo tanto merecía ser tratada con muchísimo mas cuidado.

Supo, pues, disimular sus deseos y se mostró con ella tierno, prudente, discreto, porque conocia demasiado que ella no hubiera ni comprendido ni tolerado audacia alguna. Gracias á esta habilidad, ella no desconfió ni de él, ni de sí propia, y dejóle poco á poco apoderarse de su existencia, mas desde entonces se perdió. Mientras que en sus entrevistas, Vandelle, dirigia miradas oblicuas y profundas sobre Ester, admirando aquella belleza, original, esquisita y carnal á la vez, saboreando á distancia aquellos labios rojos, gruesos, voluptuosos, intentando, con ayuda de su imaginacion, penetrar en misterios encantadores, hacer caer los velos que le estorbaban, y construir con el pensamiento una Vénus espléndida, conmovida y palpitante; mientras que aprovechaba las menores ocasiones para aproximarse á su ídolo, respirar el aroma de sus cabellos, aspirar su mismo aliento, llegando de este modo á desearla ardientemente, Ester, por su parte se enamoraba de él, de modo muy distinto. Demasiado pura para adivinarle, para concebir la mas pequeña idea acerca de sus aspiraciones, para poder hacer una distincion entre el amor y el deseo, sentíase dominada por aquellos miramientos, aquel cuidado, aquella discreta ternura, aquel religioso respeto. Hallábase sujeta al encanto de un carácter fino, desenvuelto, apto para todas las transformaciones, dispuesto á sostener toda clase de tésis, hasta las de mayor moralidad, aguijoneado por la ambicion de ser bien quisto, y triunfar. No veia ella mas que á él en ese gran París donde era una estrangera, sin familia y sin amigos. Únicamente con él podia hablar de la adorada madre que acababa de perder; solo él la comprendia, él solo lloraba con ella, y... un dia, sin darse cuenta de ello, le amó honesta, castamente, con todo su corazon!

IX.

¿Debia este amor por precision arrojarla en los brazos de Vandelle? No. El que uno se halle al borde del precipicio no quiere decir que necesariamente haya de caer en él. La educacion, en primer lugar; despues un invencible amor propio, y algunas veces la religion, preservan á ciertas mujeres de caer en faltas irremediables. Otras, sin principios sólidos, tienen en sí mismas una fuerza natural de resistencia; complácense en sostener luchas heróicas, se agarran fuertemente á su virtud, y gracias á desesperados esfuerzos, no sucumben nunca. Finalmente, las que se hallan dotadas de un temperamento frio, guiadas siempre por su razon, triunfan de todos los peligros. Tanto en unas como en otras, el alma salva siempre al cuerpo.

Pero Ester no podia formar parte de estas mujeres privilegiadas: bajo la tutela de una madre de cascos ligeros, y que la adoraba hasta la debilidad, mas bien cuidada habia sido su instruccion que su educacion. Su imaginacion de las mas vivas, habíase exaltado en una vida errante, caprichosa, llena de acontecimientos imprevistos, de febriles agitaciones, de sueños peligrosos, atormentada en el presente, inquieta en lo porvenir, en medio de una atmósfera turbada. Además, Ester era portuguesa, y las mujeres de su país, cuyos antepasados colonizaron el Brasil, tienen algo de sangre india en sus venas; su temperamento se resiente de su origen tropical, casi ecuatorial. Ya hemos hablado de las escentricidades de Ester Sandraz; sus locas carreras á caballo, sus estrañísimos baños de mar, sus ascensiones peligrosas; todo indicaba desde dicha época, necesidades de dispendio corporal, una naturaleza fogosa, fuerzas latentes que era preciso combatir. Inconsciente de las exigencias de su naturaleza, tenia cuenta de ellas por mero instinto,

y triunfaba por fatigas excesivas. Pero estas victorias conseguidas sobre la materia, no son mas que pasajeras; tarde ó temprano reclama sus derechos, mas imperiosamente que nunca, y Ester se encontraba cada vez mas impotente para vencerla. Su amor hácia Vandelle la habia ablandado algun tanto, robándole su primitiva actividad, dándole la afición al hogar, á los diálogos á solas, á los enervamientos enfermizos. Mientras su corazón permaneció libre, sus sentidos durmieron, ó si llegaron á hablar, ella no comprendió su lenguaje: en cuanto su corazón se esclavizó, todos sus ardores se despertaron y la luz se hizo. Desde entonces quedaba sujeta al dominio de Vandelle, desarmada moral y físicamente para luchar con él. Dos fuerzas se hallaban una enfrente de otra: la material, únicamente que procedía de Vandelle; la de Ester mas ideal, pero que acababa de materializarse. Una corriente eléctrica establecióse entre ambas, y á consecuencia de un choque, surgió una chispa!

X.

Ester no habia puesto condicion alguna, ni exigido ninguna promesa. ¿Podia admitir su caída? Ráfagas ardientes habian atravesado sus rostros, habíanse cambiado sonrisas apasionadas; dos miradas habíanse fundido en una sola, dos manos se habian apretado en un solo estremecimiento, dos bocas se habian mezclado en un solo beso. La victoria del uno, la derrota de la otra, inscritas ya en lo porvenir, debíanse desde aquel dia al azar.

Además, ¿qué hubiera ella podido pedir á Vandelle? ¿Que se casara con ella? ¿Podia, acaso, poner en duda sus proyectos? ¿No era él libre lo mismo que ella? ¿No la habia hasta entonces rodeado de su respeto y su ternura? ¿No se habia presen-

tado en su casa, en otro tiempo, en vida de su madre, pidiendo con suspiros la honra de ser su prometido? Huérfana, sin protector alguno, dejaba por eso de ser menos respetable á sus ojos? ¿No sabia que ella pertenecía á buena familia, noble y de un pasado irreprochable? ¿Sus escentricidades, que el mundo se habia complacido en exagerar, debian por ventura serle reprochadas por un parisien como Vandelle, habituado á mayores estrañezas? Por otra parte, el tiempo de las locuras habia ya pasado para no volver: la existencia de Ester era tan sencilla, tan silenciosa, como ruidosa y agitada lo habia sido algun tiempo. Vivía en reclusion en su casa de la calle de Séze donde habia muerto su madre; no recibia en ella mas que á Enrique Vandelle, únicamente salia con él, siempre velada, misteriosa siempre, para que sus relaciones no fuesen ni sospechadas si quiera.

Esta reclusion, esta existencia oculta, no podian durar mucho. Vandelle aguardaba evidentemente para casarse con Ester á que esta fuese olvidada por el mundo parisien; deseaba crearle una existencia sino de apariencias lujosas, al menos tranquila y reposada; deseaba, sobre todo, que su padre, uno de los mas ricos fabricantes del mediodía, propietario en la Alta Garona cerca de Montrejeau, de canteras de mármol y de pizarra, que él mismo explotaba, no opusiera obstáculo alguno á su matrimonio y se considerase feliz con llamar hija suya á Ester.

Pero M. Vandelle habia muerto hacia seis meses y su aquiescencia era acaso inútil: por otra parte París incensaba cada dia nuevos ídolos, sin acordarse ya de la bella portuguesa, á quien un tiempo idolatró. Todas las causas de demora, para la union de ambos amantes, habian, pues, desaparecido y Ester, que movida por un sentimiento de delicadeza, creia no deber dar ninguna prisa, esperaba, sin embargo con cierta impaciencia, que él, único hombre á quien habia amado; el escogido entre todos, le diese en la sociedad la posicion á que podia pretender,

disipando las tinieblas que la rodeaban, y permitiéndole vivir, no como en otro tiempo, entre la multitud y el ruido, en pleno torbellino—ya no estaba por esto—sino á la luz, en pleno día.

El momento tan apetecido parecia haber llegado al fin. Enrique Vandelle acababa de hacer un viaje á la Alta-Garona; un viaje de quince días que evidentemente habia tenido por objeto poner en órden sus asuntos y prepararlo todo para su casamiento. A su regreso, habia enviado á Ester, preciosas alhajas, que solo podian considerarse como un regalo de boda. Y finalmente, aquel banquete de despedida á la vida de soltero, la declaracion hecha á los postres, todo indicaba haber llegado al término de una union ilegal, y que á amores ardientes, pero misteriosos, iban á suceder nuevos amores, tan apasionados como aquellos, pero legítimos al cabo.

XI.

Las dulces meditaciones á que Ester Sandraz se entregaba, en el cuartito donde la dejamos, fueron pronto interrumpidas por el ruido de una puerta, y varias voces.

Levantóse vivamente y dirigióse á descorrer el cerrojo de la puerta. Inútil era parlamentar: habia reconocido, en la voz, al amo de la casa.

—Dispénsame, querida Ester, si te he hecho esperar, dijo Vandelle al entrar, pero habia ido á tu casa; esta es mi mejor excusa. ¿Por qué has venido esta noche? Confieso que no esperaba.....

—Lo creo, repuso ella sonriendo, y si hubiera supuesto que tenias convidados, cree que me hubiera guardado muy bien... Pero en casa me fastidiaba, temí no verte, estaba triste, y vine..... Una vez aquí, aunque nuestro nido se hallaba ocupado, no he querido marcharme: yo nunca me vuelvo atrás!

Hablando de este modo, se quitó una gran mantilla española, que siempre llevaba, y apareció soberbia, con los hombros desnudos, en traje de sociedad, y adornada con alhajas del mejor gusto.

—¿A dónde vás? ¿De dónde vienes? le preguntó Vandelle, sorprendido de verla en aquel traje.

—De ninguna parte, y tampoco voy á ningun sitio.

—Entonces, solo por mí.....

—No, dijo entonces ella mirándole con profunda ternura, mientras que sonreían su labios; es un capricho. Te he dicho que me fastidiaba. Me he embellecido para distraerme. Me he adornado como una diosa, con todos los regalos que tú me has hecho. Era una de tantas maneras de pensar en tí. Despues, viéndome tan magnífica, no he querido desperdiciar mi tocado, y he venido á dedicártelo! ¿Te sabe mal?

Contemplábala él, encontrándola aquella noche mas deslumbradora, mas hechicera que nunca. Fué á acercarse á ella, pero Ester le deluvo, exclamando:

—Ten cuidado. Tus amigos se hallan detrás de esa puerta.

—Voy á despedirles, replicó Enrique vivamente.

—Mas tarde, respondió ella sonriendo; siéntate y hablemos.

Obedeció Enrique, sentándose á su lado.

Permaneció ella algunos instantes en silencio, y despues acercándose mas á él, le preguntó en voz baja:

—¿Me sigues queriendo mucho?

—¡Si te quiero!

Pretendió abrazarla, pero ella rechazándole dulcemente, añadió:

—Entonces, si tanto me quieres, ¿por qué guardas secretos conmigo?

—¿Secretos? exclamó él palideciendo.

Pero ella no debió notar turbacion semejante, porque prosiguió diciendo:

—Sí, secretos; parece ser que este señorito se casa, y todo el mundo lo sabe, excepto yo!

—¡Ester!

Inclinó ella lánguidamente su cabeza sobre el hombro de Vandelle, y murmuró estas palabras:

—¿A qué aguardabas para darme esa sorpresa?

—¿Y quién te ha dicho..... respondió él, balbuceando.

Hubiera entonces querido marcharse, no tener al lado á mujer tan encantadora. Pero ella habíale cogido las manos, se estrechaba, contra su pecho y decíale con voz lenta, con ese acento lánguido de las mujeres de su país:

—¿Me hallo, acaso, mal enterada? ¿Ese banquete que hoy has dado no es el de despedida á esas locas orgías, de las que, como bien sabes, nunca he tenido celos? Para mí, amor es sinónimo de confianza ¿No te lo he probado, por ventura, Enrique, desde el día en que fiándome á tu honor, me entregué completamente á tí, renunciando á mi existencia social, demasiado ruidosa, para consagrarte todos mis momentos, mi vida toda?

Poco á poco, Vandelle habia conseguido desprenderse y huir de ella. Primeramente habia hecho un movimiento hácia atrás, para que falta de apoyo en su hombro, se viese ella obligada á levantar la cabeza. Despues, y con el fin de no ser rozado por su contacto, de no aspirar los voluptuosos perfumes que hasta él llegaban, de no ser envuelto por su magnética mirada, de no ver aquella boca deliciosa, aquellos labios húmedos, aquellos hombros admirables que se mostraban en toda su desnudez, habíase levantado, y aproximándose á la chimenea, entregóse detalladamente á la tarea de liar un cigarrillo.

—¿Qué tienes? repuso ella admirada. Parece que estás contrariado. ¡Ah! Ya comprendo. ¿Querías tú darme la noticia sorprendiéndome! Pues bien; hazte cuenta que no sé nada. ¡Dímelo todo! ¿Has resuelto ya las dificultades que á nuestro matrimonio se oponían? ¿Ese era el secreto del viaje que acabas de

hacer, de esa terrible ausencia de quince días, durante los cuales solo una vez me has escrito? No, no te riño por ello.... ya sabes que nunca te he reñido, ya lo sabes!

Antes de terminar estas palabras Ester habia abandonado su asiento, y acercándose á él, poniéndosele delante, cogiéndole ambas manos, apoyando su pecho contra el de su amante, y mirándole con fijeza, añadió:

—¿Cuándo nos casamos?

—¡Nunca! exclamó él, sin apartar esta vez su mirada de la de Ester.

—¿Qué estás diciendo?

—Sí! decididamente, te amo demasiado para casarme contigo!

Intentó dicho esto, atraerla hácia sí y extinguir su frase en un beso.

Pero ella se resistió, diciendo:

—Vamos, hablemos con formalidad; te lo ruego!

—Hablo formalmente, repuso Vandelle con una voz que trataba de hacer segura, pero que temblaba á pesar suyo ¿No sabes que el matrimonio es la tumba del amor? Pues bien, yo no estoy cansado de amarte, Ester mia; yo quiero adorarte mientras dure mi vida!

Ester se separó de su lado, diciendo:

—Vaya, veo que me castigas, por haber venido cuando no me esperabas; por haber adivinado los proyectos que tú mismo deseabas descubrirme.... culpa tengo, no lo niego.... Adios, te dejo con tus amigos, y aguardaré resignada la hora de tus confidencias.

Tomó, despues de dichas estas palabras, la mantilla, del sitio adonde la habia dejado, é iba á ponérsela para marcharse cuando de repente Vandelle se acercó á ella, la cogió por el brazo, y clavándola, por decirlo así en el sitio en que se encontraba, le dijo con acento breve:

—Quédate, puesto que ya estás aquí.
Y añadió, despues de una ligera pausa:
—¡Lo mismo dá hoy que mañana!
—¡Con qué tono lo dices! exclamó ella asustada. ¿Qué ocurre?
Habla, habla, por Dios!
—¡Con una condicion!
—¿Y es?
—Que has de escucharme con calma hasta que acabe.
—¿Con calma? Sea. Comienza.
Ester habia rehuido su abrazo, y separándose de él otra vez, se sentó en el ancho sofá, apoyó los codos en las rodillas, la cabeza en las manos, y quedóse mirándole fijamente.

XII.

Enrique Vandelle habia vuelto á ocupar su sitio ante la chimenea, y encendiendo un cigarrillo, para ocultar algun tanto su emocion, comenzó á decir:

—Ester adorada: ¿acaso tú has tomado el matrimonio en serio? ¿Impórtasete algo de la opinion, de las preocupaciones, de las necias convenciones de la sociedad?

Ella no respondió: siempre sentada, contentábase con fijar en él miradas de estupefaccion.

—No me has dicho tú misma mil veces, continuó diciendo Enrique, cada vez mas turbado por el silencio de ella que solo una cosa verdadera existe en el mundo, y es el amor?

—¿Y qué? respondió ella secamente.

—Pues bien, hay otra, que nunca me habia preocupado, por que la creia asegurada: la fortuna.

—La fortuna..... verdad es..... no pensaba en ello... ¿Y qué?

—Que mi padre, al morir, ha dejado sus asuntos en un des-

orden maldito..... y si se realiza la liquidacion, si la fábrica se vende, estoy arruinado!

—Por lo tanto.....

—Por lo tanto se me ha ofrecido un medio para salvarlo todo. El mayor accionista, el principal acreedor de la fábrica es una jóven soltera, cuyo padre murió algunos meses antes que el mio. Su tutor es un amigo de mi familia.....

—¿Y te la ha ofrecido en matrimonio? repuso Ester con voz tranquila.

—Sí.

—¿Y qué has respondido?

—¡He aceptado!

Ester se levantó de un salto, y poniéndose á su lado, ¡exclamó:

—¡Eso no es verdad! ¡Mientes! ¿Puede ser posible? ¿Acaso no estamos intimamente unidos por toda la vida? ¿Por ventura, no me perteneces como yo te pertenezco? ¿Quién podria desunirnos? ¡Ah! tú has querido probarme; has intentado saber si soy capaz de dudar de tí! Nó, no dudo, Enrique; creo en tu amor, como tú crees en el mio! ¡Casarte, tú, con otra mujer que no sea yo! ¡Oh! Preciso seria antes romper los lazos que nos unen, borrar de nuestros corazones los recuerdos que á ambos nos encadenan. ¡Casarte con otra mujer, tú! ¡Eso es querer mi muerte! ¡Querer la tuya tambien! ¡Sí, nuestra muerte! ¡Crees acaso poder vivir sin mí! Una sola vez lo intentaste, al principio de nuestras relaciones..... Tenias miedo á enamorarte demasiado de mí, decias, y te alejaste..... ¡Ah! cuán pronto volviste arrepentido y martirizado..... ¿Y yo? ¿Podria vivir sin tí? ¡Solo la idea me da frio!.... Dime, dime que nadie puede separarnos, dí que me amas!

—¡Oh, si, te adoro! exclamó Enrique estrechándola entre sus brazos, cubriendo de besos su frente, sus cabellos, sin saber lo que hacia, olvidando las palabras que acababa de pronunciar,

no acordándose mas que de una cosa, no viendo mas que una cosa; que ella estaba allí, á su lado palpitante, enamorada, magnífica!

XIII.

—¡Casarte con otra! continuaba diciendo Ester, ya tranquila! ¡Vaya una idea chistosa! ¡Desgraciada de ella! ¡La compadece-
ria, y de tí tambien tendria lástima! ¿Crees que os dejaria gozar en paz de vuestra dicha? ¡Vuestras francesas pueden inmolarse de este modo, pero en mi nacion la venganza sucede al delito!

Al decir estas palabras, se alejó de nuevo del lado de Enrique, y como éste no se hallaba ya bajo su inmediata influencia, armóse de valor nuevamente, y resolvió, ya que habia comenzado, acabar de una vez, salir al cabo de situacion tan dolorosa.

—Para pensar en la venganza, dijo, debes primero estar celosa; ¿y cómo lo has de estar de una mujer á quien no puedo amar?

Detúvose, y añadió en voz mas baja, porque conocia la enormidad de lo que iba á decir:

—El matrimonio de que te he hablado no es mas que un negocio.

—Vamos, basta de broma, dijo ella con impaciencia. Ya te lo he dicho antes. Hablemos con formalidad.

—Con formalidad estoy hablando, repuso Vandelle, resueltamente.

—Ester mia, es desgraciadamente cierto: ¡me caso!

—¿Cómo!

—Me veo obligado á casarme. Pero esto no es una razon para perderte. Nunca cesaré de velar por tí, nunca cesaré de amarte. Quiero tambien asegurar para siempre tu porvenir; que te halles al abrigo de la miseria; y desde mañana.....

Ester saltó de nuevo hácia Vandelle.

—¡Con que era cierto! exclamó. ¡No mentias, miserable!

—¡Ester!

—¡Sí, miserable, miserable, miserable! No le basta con venderme de ese modo! ¡Ha de insultarme! ¡Me ofrece dinero! ¡Le he pedido yo á V. nunca alguna cosa! ¿He vivido del dinero de V? ¿Soy por ventura una mujer que se vende? ¡He creído en tu honor, en tu amor! ¡Me he fiado en la lealtad de un francés! Creíame noblemente unida al hombre que eligió mi corazon..... Decíame él que esperase y esperaba..... simplemente, sin queja alguna, del mismo modo que á él me habia entregado; tan segura de él, como de mí propia. ¿No me habia V. dicho, si ó no, que yo era la mujer elegida por su corazon, su esposa ante Dios, y que llegaria á serlo ante los hombres? ¿He cesado de ser digna de ese amor, de ser digna de tu aprecio?

Vandelle á su vez guardaba profundo silencio. ¿Qué podia responder? ¿Qué se hubiera atrevido á contestar?

—¡Estos son los hombres, continuó ella, pálida, agitada, febril: esta es la vida..... esta es el alma, el corazon, la lealtad de aquel á quien confié mi honor! Has firmado ya el contrato de ese matrimonio, me has sacrificado, me has vendido, y tienes el valor, la audacia, en tan infame venta, de ofrecerme una parte, á mí ¡á Ester Sandraz!

Él no la escuchaba ya, la miraba solamente. Nunca la habia encontrado tan bella: recorria Ester la habitacion á grandes pasos y todo su cuerpo se agitaba, su talle oscilaba, sus caderas ondulaban voluptuosamente.

Luego se detuvo, plantándose altiva ante él: y él deslizó sus miradas sobre sus hombros soberbios; sintió el contacto de su seno palpitante, se impregnó de todos sus perfumes.

—¡Qué bella eres! murmuró fuera de sí.

—Ah, cállate, cállate, exclamó alejándose; me haces enrojecer de vergüenza. Tú nunca has visto en mí, tú no ves en mí ahora, mas que un instrumento de placer. Y yo que pensaba,

yo que soñaba... ¡Ah! ¡Los miserables! ¡Los cobardes! ¡Y yo me he entregado á este hombre! ¡Y hasta hoy he creído en su amor! ¡Su amor! ¡Soy bella! ¡Esto es todo! ¡Y me ofrece dinero! ¡Hace bien! ¡Soy acaso para él otra cosa que la prostituta del arroyo que antes de conocerme pagaba para que escitase sus sentidos?

—Pégame, destrózame, márame, decía él devorándola con los ojos; no por eso dejarás de ser mas adorable todavía.

—¡Cobarde! repetía ella sin alejarse: tu adoracion no llega á inspirarte el valor de afrontar la miseria, de resignarte al trabajo! Ni el valor siquiera has tenido de desafiar mi resistencia, de venir á decirme cara á cara:—Esto es lo que pienso hacer! Has firmado ese contrato furtivamente, á escape, lejos de mí; ¡me has herido cobardemente, sin prevenirme! ¡Ah! te desprecio... y hay otra persona á quien desprecio mas todavía que á tí mismo; á mí propia!

XIV.

De pronto, se oyeron golpes en la puerta del cuarto, que comunicaba con el salon. Y al mismo tiempo, una voz gritaba por el ojo de la llave:

—Vandelle, Vandelle, ábrenos, ya sabemos que estás ahí, que te hallas encerrado con una mujer; esto ni es justo, ni cortés; somos tus comensales; no tienes el derecho de abandonarnos.

Otra de aquellas mujeres, daba al propio tiempo golpes acompasados en la puerta, é imitando la voz grave de un comisario de policía en el ejercicio de sus funciones, exclamaba:

—¡Abrid en nombre de la ley!

—No abriré, respondía Vandelle.

—¿Y por qué no ha de abrir V., dijo resueltamente Ester Sandraz. ¿Por qué no han de entrar esas señoras? ¿Porque

estoy aquí? No soy ya de su clase? ¿No soy como ellas?

Y rechazando violentamente á Vandelle que intentó detenerla corrió á la puerta, descorrió el cerrojo y abriendo dijo:

—Entren Vds. señoras, yo se lo ruego!

XV.

Todas aquellas mujeres se precipitaron en el gabinete, así que la puerta se abrió. Pero al apereibir á Ester se detuvieron. Habian comprendido que no se hallaban en presencia de una mujer de su clase. La palidez, la actitud de Vandelle, los esfuerzos que parecia hacer inútilmente Ester Sandraz para recobrar su sangre fria, el temblor nervioso que la agitaba, los relámpagos que lanzaban sus ojos, les decian tambien que acababan de presentarse en pleno drama, que presenciaban una situacion de las mas violentas. Y finalmente, la deslumbradora belleza de Ester las imponia: á pesar de su amor propio femenino y la confianza que en sus propios encantos tenian, á los cuales tantos habian rendido homenaje, sentianse inferiores, avasalladas ante aquella espléndida estrangera.

Ester, lejos de hacerles comprender la distancia que de ellas la separaba, habia resuelto por el contrario, ponerse á su nivel, derribar todas las barreras materiales y morales que entre ellas se oponian.

De pié, apoyada en la chimenea, alta la cabeza, y mirándolas fijamente, les dijo con acento breve:

—Señoras, debo pedirlos que me disimuleis. El criado de M. Vandelle habia creído deber cerrar la puerta de este gabinete, poner un obstáculo entre nosotras, relegaros al salon, impedirnos entrar aquí! ¿Por qué? No os hallais en casa de M. Vandelle con iguales títulos que yo? ¿Debe existir línea de demarcacion

yo que soñaba... ¡Ah! ¡Los miserables! ¡Los cobardes! ¡Y yo me he entregado á este hombre! ¡Y hasta hoy he creído en su amor! ¡Su amor! ¡Soy bella! ¡Esto es todo! ¡Y me ofrece dinero! ¡Hace bien! ¡Soy acaso para él otra cosa que la prostituta del arroyo que antes de conocerme pagaba para que escitase sus sentidos?

—Pégame, destrózame, mátame, decia él devorándola con los ojos; no por eso dejarás de ser mas adorable todavía.

—¡Cobarde! repetia ella sin alejarse: tu adoracion no llega á inspirarte el valor de afrontar la miseria, de resignarte al trabajo! Ni el valor siquiera has tenido de desafiar mi resistencia, de venir á decirme cara á cara:—Esto es lo que pienso hacer! Has firmado ese contrato furtivamente, á escape, lejos de mí; ¡me has herido cobardemente, sin prevenirme! ¡Ah! te desprecio... y hay otra persona á quien desprecio mas todavía que á tí mismo; á mí propia!

XIV.

De pronto, se oyeron golpes en la puerta del cuarto, que comunicaba con el salon. Y al mismo tiempo, una voz gritaba por el ojo de la llave:

—Vandelle, Vandelle, ábrenos, ya sabemos que estás ahí, que te hallas encerrado con una mujer; esto ni es justo, ni cortés; somos tus comensales; no tienes el derecho de abandonarnos.

Otra de aquellas mujeres, daba al propio tiempo golpes acompasados en la puerta, é imitando la voz grave de un comisario de policia en el ejercicio de sus funciones, exclamaba:

—¡Abrid en nombre de la ley!

—No abriré, respondia Vandelle.

—¿Y por qué no ha de abrir V., dijo resueltamente Ester Sandraz. ¿Por qué no han de entrar esas señoras? ¿Porque

estoy aquí? No soy ya de su clase? ¿No soy como ellas?

Y rechazando violentamente á Vandelle que intentó detenerla corrió á la puerta, descorrió el cerrojo y abriendo dijo:

—Entren Vds. señoras, yo se lo ruego!

XV.

Todas aquellas mujeres se precipitaron en el gabinete, así que la puerta se abrió. Pero al apereibir á Ester se detuvieron. Habian comprendido que no se hallaban en presencia de una mujer de su clase. La palidez, la actitud de Vandelle, los esfuerzos que parecia hacer inútilmente Ester Sandraz para recobrar su sangre fria, el temblor nervioso que la agitaba, los relámpagos que lanzaban sus ojos, les decian tambien que acababan de presentarse en pleno drama, que presenciaban una situacion de las mas violentas. Y finalmente, la deslumbradora belleza de Ester las imponia: á pesar de su amor propio femenino y la confianza que en sus propios encantos tenian, á los cuales tantos habian rendido homenaje, sentianse inferiores, avasalladas ante aquella espléndida estrangera.

Ester, lejos de hacerles comprender la distancia que de ellas la separaba, habia resuelto por el contrario, ponerse á su nivel, derribar todas las barreras materiales y morales que entre ellas se oponian.

De pié, apoyada en la chimenea, alta la cabeza, y mirándolas fijamente, les dijo con acento breve:

—Señoras, debo pedirlos que me disimuleis. El criado de M. Vandelle habia creído deber cerrar la puerta de este gabinete, poner un obstáculo entre nosotras, relegaros al salon, impedirnos entrar aquí! ¿Por qué? No os hallais en casa de M. Vandelle con iguales títulos que yo? ¿Debe existir línea de demarcacion

entre nosotras? No por cierto. Lo que hoy me sucede debe haberos sucedido á todas. Habeis amado... habeis creido...

Detúvose. El silencio que reinaba en torno suyo, no fue interrumpido: mirábanse unos á otros y mirábanla todos.

Continuó diciendo:

—Sois bellas, muy bellas: yo tambien... Se han dignado hallaros preciosas... pero esto ha durado algunas semanas ¿no es cierto? y luego, como es necesario acabar moral y religiosamente la vida de soltero y sobre todo cuidar de la fortuna... el hombre se os ha casado... ¿Os acordais? Entonces habeis sido rodeadas de mil cuidados, de mil prevenciones cariñosas... tal vez, para engañaros mejor, para apagar vuestras sospechas, vuestra vigilancia, se os han hecho regalos... regalos que habeis recibido!

De repente, dirigiendo sus miradas hácia los brazaletes que ceñian sus muñecas y el collar de perlas negras con su gran medallon adornado de brillantes, que pendia de su garganta:

—¡Ah, exclamó, con rábia, olvidándose de que la oian: ¡estas alhajas! ¡Cuando recuerdo que me habia adornado con ellas en su obsequio!

Entonces, apretó vivamente los resortes de los brazaletes y del medallon, arrancó el collar de su garganta, tomó en sus manos las alhajas, las arrojó violentamente al suelo y volviéndose hácia Vandelle, exclamó:

—Ahí tiene V. lo suyo! No quiero llevar nada de esto! Es de V.; puede V. recogerlo! ¡Recójalo V.!

Y como quiera que Vandelle refugiado en un rincon de la sala, permanecia silencioso, inmóvil, agobiado, volviöse hácia las mujeres, diciéndoles:

—Si él no las quiere, cójanlas Vds.; permítanme que les ofrezca estas alhajas en recuerdo de mi visita á Vds.; soy vuestra igual, vuestra compañera, y entre amigas, bien pueden hacerse regalos!

Nadie hizo un gesto, nadie levantó su voz; entonces, ella cansada de hallarse en escena, cogió su mantilla, se la puso precipitadamente, y tomando el albornoz blanco con el que habia entrado cubierta en el gabinete, se dirigió hácia la puerta que comunicaba con la antesala.

Ya en el dintel, se detuvo, se volvió y lanzando á Vandelle una mirada profundamente desdeñosa, le dijo:

—Adios, caballero; me alegraré que sea V. muy feliz en su matrimonio!

Durante un instante, marchó con paso firme; de pronto, vaciló...

Precipitáronse hácia ella, pero al llegar á su lado, habiase ya erguido y murmuraba:

—No, no necesito á nadie: soy fuerte, soy valiente y deseo vivir..!

XVI.

Un momento despues, la puerta de la habitacion se cerró con estrépito.

—¡Magnífica salida! dijo Blanca.

—Sí, pero esta escena ha turbado nuestra alegría, repuso Luisa; me voy á casa... Ya son las dos de la madrugada!

—Las dos de la mañana! exclamó Raynal, que hacia mucho tiempo se hallaba dormitando en un sillón y acababa de despertarse; ¡las dos de la madrugada, y mañana tengo un informe! ¡Mi sombrero! ¡Pronto! ¡Mi sombrero!

Despues, reanudando sus ideas en el punto en que habian quedado al dormirse, una hora antes, continuó diciendo:

—Señoras y señores: si alguna vez teneis que ver algo con la justicia, por alguna contravencion, por algun delito, por por algun crimen, venid sin temor á sentaros en el banco de los acusados. Yo respondo del éxito de vuestro proceso!

—Gracias, gracias, dijeron todas las mujeres.

—Creo que no tendré necesidad de molestarte, repuso Berta.

—¡Quién sabe lo que puede suceder! replicó Raynal; el amor, la pasión, conducen al crimen á las naturalezas más linfáticas. Siempre conviene tener un abogado amigo. ¿Y mi sombrero? ¿Dónde está mi sombrero?

—¡Si lo tienes en la mano hace un cuarto de hora! le dijo Luisa.

—Verdad es. Gracias.

Encontró la puerta á trompicones, salió y desapareció.

En cuanto á Julieta, como mujer prudente y conocedora en joyería, recogió las alhajas esparcidas por el suelo, y murmuró entre dientes: «¿Por qué se ha de perder esto?»

XVII.

La disculpa dada por Enrique Vandelle á Ester Sandraz para no casarse con ella, era cierta. ¿Verdaderamente, había disipado la herencia materna? Sí; el naufragio era completo; ni un solo resto flotaba. Vandelle se consolaba, diciendo que al menos había vivido diez años, y que á la fuerza había debido poner mucho orden en aquel desorden, para hacerlo durar tanto tiempo. Al que se admire de que, guapo mozo como era y le hemos descrito, gozando de salud robusta, con suficiente inteligencia y con una experiencia consumada, la vida parisiense le había sido onerosa, rogarémosle que eche una mirada al precioso estudio de Eugenio Chavette: *Las comedias del vicio*. En él encontrará á dos primos dotados de igual fortuna, pero de condiciones físicas distintas. El primero conoce su fealdad, y para hacerséla perdonar, pasa á su querida una respetable pensión mensual; el segundo es guapo; lo sabe, y cree que siempre puede pagar con su persona. Un día, echan cuentas: el pri-

mo feo nunca se ha escedido de su presupuesto, y sin embargo se ha visto colmado de caricias, de atenciones, de respeto. Era engañado, pero secretamente, con buenas formas, sin que esto hiriese su susceptibilidad, cuando se ausentaba. El Adonis, por el contrario, había sido, sin cesar, sacrificado por su bella, que como mujer de orden, prefería lo útil á lo agradable. Pocas veces sonaba para él, *el cuarto de hora célebre*; nunca había tiempo para recibirle, ni posibilidad de conservarle. Arrancábanse de sus brazos con desesperación, pero arrancábanse con frecuencia, y siempre mal á propósito. Se le adoraba, pero solamente con intermitencias, cuando el capitalista dejaba de adorar, y este hay que decir que contaba las adoraciones por series. A pesar de esta vida de sacrificios, estas privaciones frecuentes, esta existencia de hambriento que le hacía pensar en los naufragos de *La Medusa*, se había completamente arruinado en giras campestres, en cenas, en cuentas de modista, en regalitos, en alhajas, en mil detalles de esta clase. En resumen, conviene que cada cual sepa subvencionar sus vicios y ordenarlos en cierto modo; existe una clase en la sociedad donde el papel de banquero es más ventajoso, y más agradable, que el de galán joven, cuando por supuesto el enamorado es un hombre digno; porque aquí no se trata del héroe del drama de Dumas hijo; Mr. Alfonso es un tercer papel.

Vandelle, amado por sí mismo, en su calidad de guapo joven, había visto pues, abrir una brecha en su herencia, por una porción de dientes encantadores, pero agudos y muy hábiles en quedarse con el trozo mordido. Nunca le habían pedido nada; siempre, por el contrario le decían: Entre nosotros no es cuestión de interés. Pero tanta abnegación bien merecía recompensas: y él las había dado en forma de alhajas, y tanto desinterés le habían mostrado que los escaparates de muchos plateros habían quedado vacíos para pagarlo.

Además, que á él le gustaba vivir bien; su robusta salud, su

apetito sólido, no le impedían que se mostrará sensible á los refinamientos de la mesa. Buscaba en invierno lo que solo dá el verano, y prefería el vino caro al ordinario. Era un montañés cruzado de parisien, un espartano de Atenas. No desdeñaba una habitacion bien situada, grande, con un lujoso mobiliario; objetos de arte, un caballo en verano, un cupé en invierno, y una partida de caza de vez en cuando, en recuerdo de sus primeras aficiones.

El día en que vendidos la mayor parte de sus valores, y echadas cuentas, solo pudo disponer de unos cincuenta mil francos, quedóse pensativo; era quizás la primera vez en su vida que se daba el lujo de pensar. Pero no era hombre para meditar mucho rato; su temperamento no se lo permitía. Consideró que cincuenta mil francos en manos expertas, representaban millones. El juego había sido para él hasta entonces un mero pasatiempo: resolvió hacer de él una carrera. Pensó que podía citar entre sus relaciones, mas de diez personas, que sin medios de existencia conocidos, sin ser rentistas ni propietarios, ni trabajadores, disfrutaban, gracias al juego, al juego leal, por supuesto, una cómoda posición. Pero no reflexionó, tal vez, que estas personas, por numerosas que sean, son, sin embargo, escepciones en el mundo de los jugadores. Pueden dividirse en dos clases muy distintas: los afortunados y los hábiles. Los primeros, llegan á Monte-Carlo, se acercan á una ruleta y arrojan algunos luisés sobre un número; el número sale y reciben el máximo. Pasan al treinta y cuarenta, buscan la série, encuentran doce rojos, ganan un paquete de billetes y recojida la cosecha, toman el portante y el tren exprés.

Los hábiles proceden de otro modo. Son, por lo general, personas linfáticas, á quienes el sistema nervioso no incomoda en lo mas mínimo; no obedecen á ninguna súbita inspiracion; se trazan una línea de conducta y de ella no se apartan nunca. Para ellos, el juego es un oficio como cualquiera otro, un

poco mas penoso que otro cualquiera, y nada mas: algunos hasta llegan á considerarle como una institucion. Segun su razonamiento, el hombre que arriesga una pequeña suma para con ella ganar una cantidad respetable, no merece consideracion alguna; porque forzosamente ha de llegar una ocasion, en que perderá la grande y la pequeña suma. Partiendo de este principio, acuden todos los días, con regularidad, á sentarse ante una mesa de juego en su círculo acostumbrado. Sacan veinticinco luisés de su bolsillo, y con este dinero, sábiamente dividido en varios montoncitos, discretamente conducidos, arriesgados con cuidado, no tienen mas que una sola pretension: ganar cinco. Y lo consiguen algunos minutos, si la fortuna les sonrie desde su aparicion; en una hora ó dos, si les es contraria al principio. Cinco luisés, al cabo de un mes, forman tres mil francos; tres mil francos al mes dan treinta y seis mil al año, ó treinta mil descontando algunas pérdidas de veinticinco luisés que suelen ser muy raras. Tal es su renta, que está al abrigo de las revoluciones. Los inquilinos y los colonos pueden ser morosos en el pago de sus arriendos; la filoxera puede devorar las viñas, el Estado cerrar el Gran Libro; siempre habrá círculos, casinos y jugadores para proporcionarles su rentita diaria.

Pero Vandelle no pertenecía á la primera categoría de jugadores; los afortunados. Buscaba un número en la ruleta, durante tres horas, sin que apareciese; tenía el número recalcitrante. Tallaba una banca, y la abandonaba en el momento en que la suerte iba á declararse en favor suyo. Todo el mundo no es perfecto. Tampoco pertenecía, á causa de su temperamento, á la otra clase de jugadores: los hábiles. Su sangre circulaba vivamente, sus nervios se hallaban sobrecitados; su naturaleza era ardiente; su complexion demasiado brutal para esperar con paciencia los caprichos del azar, llamarle con dulces palabras, acariciarle, y contentarse luego, despues de tantos esfuerzos, con un favor demasiado pequeño. Así es, que perdió en algu-

nas semanas, sus fondos en metálico: sus últimos billetes de Banco uniéronse á los primeros que los reclamaban á voz en grito.

XVIII

Y en la época de su ruina definitiva, fue cuando encontró á Ester Sandraz. Esta distrajo algun tanto su fastidio: permitióle aturdirse, olvidando su situacion, y sobre todo fue causa de que tuviera necesidades menos imperiosas de dinero. Estas nuevas relaciones no le causaban gasto alguno: permitíanle, al contrario, hacer economías; absorvido por la corte asidua que hacia á Ester, mas tarde por su luna de miel, fue suprimiendo poco á poco cuerdas, coches, juego y relaciones costosas. Los últimos restos de su fortuna, ese crédito que queda algun tiempo despues de terminada una existencia brillante, á la manera que un largo crepúsculo sucede á un bello sol poniente, le bastaron para pagar su alquiler, vestirse, y ofrecer de vez en cuando, el ramo de violetas de las mujeres honradas.

Un día murió Mr. Vandelle, padre. Significaba esto, una nueva herencia que recojer, y que la fortuna de Vandelle iba á tomar un aspecto nuevo. Pero no fue así: mientras que el hijo se arruinaba con hermosas industriales, el padre hacia malos negocios en la industria. Nuevas fábricas mejor montadas que la suya se habian establecido en la Alta Garona, y acaparaban todos los parroquianos. Luchó, no obstante, durante mucho tiempo. Era un sólido trabajador, obstinado, tenaz, rudo para todos como para sí mismo; tomó un asociado, dióle una parte soberbia, y le hizo trabajar como él mismo trabajaba, lo cansó, y no tardaron en enterrarle. Pero él murió á su vez, y como el asociado tenia una hija, esta heredó la mejor parte de la fábrica.

Vandelle supo todas estas cosas en Montréjeau, á donde se habia dirigido. Desesperábase en los brazos de su notario, un antiguo amigo de la familia, y un hombre hábil, cuando este funcionario le afirmó que nada era tan fácil como devolver á la fábrica, su antiguo esplendor, reconstituyendo así una nueva fortuna. Toda la cuestion consistia en ajustar buenos ingenieros, ponerse al corriente de los progresos de la ciencia, y casarse con Enriqueta de Loustal, hija del antiguo sócio de M. Vandelle padre. Enrique Vandelle llevaria en dote la parte que le quedaba de la fábrica, su actividad, su trabajo, su nombre conocido en el país, mientras que la señorita Loustal aportaria la otra parte de propiedad que le dejó su padre. Mientras que se le hacian estas proposiciones, Vandelle encontró por azar á la señorita de Loustal, y en lugar de la cursi colegiala que se habia figurado, encontró una jóven bien educada, muy bonita y relativamente elegante. Sin embargo, quiso tomarse tiempo para reflexionar; pasar del bulevar de los Italianos á Montréjeau sin transicion; de calavera á director de una fábrica, no era por eso lo que mas le atormentaba. De la fábrica conocia todos los detalles; habia nacido en el país, habia ascendido á las montañas que le rodeaban; amaba todo esto con toda la fuerza de los primeros recuerdos, de los primeros amores. La vida tormentosa, enervante; febril que llevaba hacia diez años, le habia preparado perfectamente hácia un retorno á sus años primeros, á las grandes cacerías en las montañas, al aire vivificante de las altas cimas, á la sublime contemplacion de las nieves eternas.

¿Pero y Ester Sandraz con quién debia casarse? Se lo habia prometido y estaba decidido á ello. ¿En medio de su pobreza ¿qué otra idea mas intelijente podia concebir? Ester no le hubiera acaso ayudado á soportarla, casi á hacérsela olvidar? Además, si no amaba á Ester, como merecia ser amada, con todo su corazon, la amaba á su manera, con toda la exaltacion de sus

sentidos. Era un amor de cabeza, concedido, pero la cabeza así como el corazón, se exalta, arde, se congestiona: lo mismo se muere de una apoplejía que de un aneurisma.

¿Y tendría el valor de separarse de aquella, cuyo solo recuerdo hacía arder su frente y palpar sus sienes?

Sí, pero la pobreza en París, en esa ciudad de lujo, largo tiempo testigo de su esplendor, mientras que allá abajo se le ofrecían sus placeres de otros tiempos, una fortuna nueva, y además una mujer preciosa...!

Reflexionó largo tiempo. Ya conocemos el resultado de sus reflexiones.

XIX.

El partido que tomó y las proposiciones que se atrevió á hacer á Ester, probaban dos cosas: en primer lugar, la vida de París, durante diez años, el abuso de los placeres, habían ahogado en él el sentido moral. Su parte material, digámoslo así, se había desarrollado exageradamente, en detrimento de la moral. En segundo lugar había estudiado de tal modo á Ester, bajo el punto de vista plástico, que se había olvidado de sondear su corazón; ella, por otra parte, era absolutamente incapaz de aceptar los arreglos que en su deseo de conciliarlo todo, amor é interés, él había imaginado.

Cuando quedó solo, después de la dramática salida de Ester, tal vez no sintió muy vivamente lo que acababa de pasar. En suma, una confesión penosa, terrible, que él hacía mucho tiempo que no se atrevía á arriesgar, habíasele ya escapado. La situación dibujábase clara, franca, precisa. Ester le había devuelto su palabra. Él no pretendía más que una semi-libertad y se la daban completa: podía marcharse á los Pirineos,

unirse con su novia y convertirse en el espacio de pocos años en opulento millonario.

Al día siguiente, al otro, al encontrarse con la cabeza despejada, reposado, con el pulso regular, hasta llegó á creer que se había hecho ilusiones acerca de la violencia de su amor á Ester: tal vez estas últimas relaciones, no dejarán más huellas en su existencia que las anteriores.

Todo sangre, todo nervios, dotado de pasiones movibles como el viento, pensó espulsar el recuerdo de Ester con una realidad, del mismo modo que se cambia un clavo viejo por otro nuevo. Enriqueta de Loustal sería la realidad; una realidad encantadora, rubia dorada, lo cual formaba gran contraste con el tipo moreno de Ester. Era deliciosa aquella provinciana de sangre viva, de grandes ojos azules un tanto soñadores, perfil de virgen, garganta preciosa y delicada, hombros redondos, cuerpo lleno de promesas, talle elegantísimo. ¡Qué placer para un parisien gastado, arrancar para sí aquella bella flor de la montaña. No cabe duda en que su temperamento participaba algo de las eternas nieves junto á las cuales había nacido, conservaba todavía la frialdad de la tierra que la había hecho brotar. Pero no era un delicioso goce transportarla á tierra más caliente, contemplar su desarrollo bajo un rayo de sol y otro de amor? Involuntariamente el prosáico Vandelle se poetizaba.

Sin abandonar el dominio de la poesía, y continuando su símil, Vandelle decía á sí mismo que también Ester había sido una flor encantadora cuyo perfume había él aspirado antes que nadie. Pero era una flor de los trópicos, luminosa, venida al mundo en pleno sol. Estas flores no es preciso cultivarlas; nacen, crecen bajo el abrasado cielo, evitan la sombra y el misterio corren por sí mismas en busca de las caricias y los besos del sol. Vandelle había encontrado en Ester una adorable querida, convertida de virgen á mujer en solo un día, sin necesi-

dad de iniciacion alguna, revelándose espontáneamente, instintivamente. En Enriqueta, por el contrario, iba á encontrar la virgen ruborizándose al aprender, turbándose al saber, adorable tambien en su rubor, casta en su abandono, siempre virgen en su alma.

XX.

Gracias á estos hábiles paralelos, todos en ventaja de Enriqueta, consiguió en el término de tres dias, si no olvidar á Ester, puesto que la evocaba sin cesar para compararla con su novia, al menos hacer menos doloroso y punzante su recuerdo. Pero al cuarto día, la imágen de Enriqueta aparecióle menos clara, sus rasgos se fueron borrando poco á poco, se velaron con una ligerísima bruma. Deseaba construirlos con el pensamiento, y aquella niebla hacíase cada vez mas espesa. Buscaba los grandes ojos dulcísimos de Enriqueta, y brillaba ante su imaginacion la mirada ardiente y profunda de Ester. Evocaba la sonrisa meláncolica de su futura, y veia los lábios húmedos, sensuales, rojos, entreabiertos, de su antigua querida. Cerraba los ojos para borrar esta vision, ponía las manos sobre su boca para que aquellos lábios ardientes que parecían buscar á los suyos, no pudieran acercarse pero, ¡esfuerzo inútil! separábanse las manos por sí mismas; y Ester Sandraz triunfaba. Apelaba él entonces desesperadamente á sus antiguos recuerdos obligaba á la obediencia á su imaginacion rebelde, y conseguia volver á contemplar el cuerpo esbelto, el talle elegante y delicado de Enriqueta. Levantábase; corria hácia ella, pretendía estrecharla entre sus brazos, contra su corazon, para protegerse de este modo contra sí propio; pero Enriqueta se le escapaba, huía, volvíase al cielo de donde habia bajado, y quedaba entre sus manos el cuerpo voluptuoso de Ester; estrechaba contra su seno, el pecho admirable de su abandonada querida.

XXI.

Pronto tuvo que renunciar á la evocacion de Enriqueta, á llamarla en su auxilio: desdeñaba de aparecérsesele, ni aun para huir al instante. Sola Ester reinaba en su loca imaginacion. En vano pretendia espulsarla; siempre volvia cariñosa, sensual, provocante, voluptuosa, soberbia siempre!

A cada paso que daba en su habitacion, en el nido de sus amores, como él decia en otro tiempo, veíala erguirse ante él, elegantemente vestida, coquetamente peinada, ó en el desórden de la pasion, con el cabello suelto. Surgia junto al piano, y él la oía cantar, con su caliente voz, una deliciosa romanza de su país. Volvíala á ver, un instante despues, estendida sobre el sofá, inclinada plásticamente hácia atrás, con la mirada y el pensamiento flotando entre un recuerdo y una esperanza. Si al fin cerraba los ojos para no verla un esquisito perfume, del que ella sola poseia el secreto, se escapaba de la entreabierta alcoba, y llegaba hasta él, embriagándole. Si salía para evitar estos aromas y estas visiones, volvíasele á aparecer en el paseo donde la habia visto por vez primera, en la tienda ante cuyo escaparate se habia detenido con ella, en la calle por donde pasaban juntos todos los dias; ¡el empedrado de París le hablaba de ella!

Sintióse al fin vencido, humillado, y seis dias despues del rompimiento, no pudiendo mas, corrió á casa de Ester.

XXII.

La habitacion de la calle de Séze estaba desocupada.

Ester habia partido el dia anterior, sola, sin decir á donde

iba, sin dejar indicio alguno que permitiera buscarla y encontrarla al cabo.

Solo entonces supo conocer Vandelle hasta qué punto la amaba, qué pérdida acababa de sufrir, y cuán poco se parecía aquella estraña mujer, encontrada al azar en el torbellino parisien, á todas las demás que él habia conocido.

¡Qué lazos tan poderosos le unian á ella! ¡Qué huella tan indeleble habia impreso en su cerebro! Habia marcado en él sus iniciales con hierro candente, y cada dia estas iniciales se hacian mas profundas, se hundian mas y mas! ¡Ya no eran una cifra, antes bien una llaga viva, sangrienta!

Buscábala él, hacia mil esfuerzos para hallarla, corria desatinado á todos los sitios en que calculaba habria podido refugiarse!

¡Vanos esfuerzos! Ester se habia sustraído á toda clase de pesquisas.

Y mientras tanto, los asuntos de Vandelle iban de mal en peor; se le inducia á que volviese á su país, á que celebrase el casamiento que le habian propuesto.

Por poco que tardara en decidirse, la ruina estaba encima, la miseria le esperaba!

Despues de haber perdido á Ester, ¿iba á perder el último recurso que le quedaba, para reconquistar su fortuna?

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

PARTE SEGUNDA.

I.

En la falda de una colina, que baña el Garona antes de unirse al Neste, y á pocos pasos de la aldea de Montréjeau, existe una bonita propiedad, conocidísima de todos los que viajan por los Pirineos. Es la casa de Vandelle. Depende del ayuntamiento de G^{re}, y la verja principal del parque, dá al camino que conduce á la estacion del ferro-carril. Cerca de esta verja, álzase un magnífico pabellon Luis XIII, casa de vigilante ó de amigo que desee la soledad; compónese de una gran pieza baja con chimenea gótica de madera esculpida, muebles de la época, y antiguos tapices representando á la reina de Navarra rodeada de su corte. El primer piso solo tiene dos cuartos de dormir, amueblados á la moderna. El tejado se halla cubierto de pizarras nuevas. Nada hay que estrañar en que Enrique de Vandelle propietario y director de la mejor fábrica de la provincia, hoy en auge, cuide con esmero los lugares que habita, y sobre todo el edificio que acabamos de reseñar, sitio en donde pasó su primera juventud. Dos paseos arrancan de este pabellon, conduciendo á la casa principal, de construccion moderna, edificada sobre los restos de un castillejo del siglo XVI. Por un capricho del propietario, estos paseos en lugar de conducir directamente

iba, sin dejar indicio alguno que permitiera buscarla y encontrarla al cabo.

Solo entonces supo conocer Vandelle hasta qué punto la amaba, qué pérdida acababa de sufrir, y cuán poco se parecía aquella estraña mujer, encontrada al azar en el torbellino parisien, á todas las demás que él habia conocido.

¡Qué lazos tan poderosos le unian á ella! ¡Qué huella tan indeleble habia impreso en su cerebro! Habia marcado en él sus iniciales con hierro candente, y cada dia estas iniciales se hacian mas profundas, se hundian mas y mas! ¡Ya no eran una cifra, antes bien una llaga viva, sangrienta!

Buscábala él, hacia mil esfuerzos para hallarla, corria desatinado á todos los sitios en que calculaba habria podido refugiarse!

¡Vanos esfuerzos! Ester se habia sustraído á toda clase de pesquisas.

Y mientras tanto, los asuntos de Vandelle iban de mal en peor; se le inducia á que volviese á su país, á que celebrase el casamiento que le habian propuesto.

Por poco que tardara en decidirse, la ruina estaba encima, la miseria le esperaba!

Despues de haber perdido á Ester, ¿iba á perder el último recurso que le quedaba, para reconquistar su fortuna?

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

PARTE SEGUNDA.

I.

En la falda de una colina, que baña el Garona antes de unirse al Neste, y á pocos pasos de la aldea de Montréjeau, existe una bonita propiedad, conocidísima de todos los que viajan por los Pirineos. Es la casa de Vandelle. Depende del ayuntamiento de G^{re}, y la verja principal del parque, dá al camino que conduce á la estacion del ferro-carril. Cerca de esta verja, álzase un magnífico pabellon Luis XIII, casa de vigilante ó de amigo que desee la soledad; compónese de una gran pieza baja con chimenea gótica de madera esculpida, muebles de la época, y antiguos tapices representando á la reina de Navarra rodeada de su corte. El primer piso solo tiene dos cuartos de dormir, amueblados á la moderna. El tejado se halla cubierto de pizarras nuevas. Nada hay que estrañar en que Enrique de Vandelle propietario y director de la mejor fábrica de la provincia, hoy en auge, cuide con esmero los lugares que habita, y sobre todo el edificio que acabamos de reseñar, sitio en donde pasó su primera juventud. Dos paseos arrancan de este pabellon, conduciendo á la casa principal, de construccion moderna, edificada sobre los restos de un castillejo del siglo XVI. Por un capricho del propietario, estos paseos en lugar de conducir directamente

á la casa, entretienen al visitante en un jardín inglés bellísimo, que posee magníficas flores y esbelto arbolado. Un arroyuelo serpentea, entre ellas, dando mayor encanto al paisaje.

Desde el terrado de la casa, disfrútase de magnífico panorama: á la derecha, en primer término, la quinta de M. de Lassus y las bellas ruinas de un convento de Agustinos. Detrás, sobre una planicie bastante elevada, Montréjeau (Mont-Royal) que á primera vista tiene el aspecto de una plaza fuerte: en el mismo lado, las vastas llanuras que se extienden hasta Tarbes, reposan con sus aguas tranquilas y su verdor, la vista cansada del grandioso y agreste paisaje que se desarrolla á la izquierda, al S. O. del lado de Luchon. En esta dirección, y bajo un cielo puro, la vista se deslumbra; es una gigantesca decoración; un telón de soberbias montañas, elevándose una encima de otra, y perdiéndose en el infinito. Aquí las altas cimas de Car y de Cagire, el pico de Honcheton, el Monte Galié, el pico de Gar; allá y hácia la parte de España, el pico Blanco, el de Alba, y un rincón de la Maladetta con sus eternos hielos.

II.

Ante horizonte tan magnífico, sobre el terrado de la casa y en una bella tarde de agosto, volvemos á encontrar á Enrique Vandelle, dos años después de haberle abandonado. Varias personas le rodean; el abogado Raynal, nombrado seis meses hace, juez de Saint-Gaudens, y el alcalde de G^o, M. Fourcanade acompañado de su mujer y su hija.

Esta trinidad municipal, tiene un sello característico: el marido, grueso, pequeño, barrigudo, con piernas muy cortas y enormes piés, cabeza calva, y solo algunos mechones por encima de las orejas, mofletudo, doble barba imberbe, nuca carmesí, pescuezo apoplético, ojos saltones, sonrisa franca dejando

ver blancos y sanos dientes: tal es su retrato. La mujer, alta, seca, lisa, un bastón con enaguas; rostro amarillo, cabellos negros, comprados tal vez por tres francos á una montañesa, nariz de lorito, labios delgados y secos, replegados hácia dentro como para encubrir la ausencia de la dentadura. Habla bien, con pretensiones, es autoritaria, eso sobre todo, y moralmente, ella es la que empuña la vara de la alcaldía. La hija, de unos diez y ocho años de edad, parece tener más de treinta. La naturaleza por un raro contraste, el día en que nació le otorgó la enorme cabeza de su padre, y el cuerpo flaco de su madre, lo que la asemeja á una manzana plantada sobre un espárrago. Es el desgraciado fruto de los amores de un hombre demasiado gordo y una mujer escesivamente flaca.

En cuanto á Raynal, el antiguo abogado convertido en juez, se ha improvisado una fisonomía y una figura apropiadas á su nueva carrera; afeitado como un seminarista, gesto grave, mirada profunda, corbata blanca y cuello tieso, exageradamente almidonado, derecho como un pino dentro de su abotonado paletó, no existe ya en él, el Raynal de otro tiempo, tan fácil de embriagar, tan locuaz, tan amigo de complacer á las mujeres.

Vandelle también parece haber cambiado; el aire de sus montañas en lugar de crearle una nueva juventud, una nueva vida, en vez de constituirle una nueva sangre, ha puesto círculos amoratados á sus ojos, ha hecho palidecer sus mejillas. Sigue siendo el robusto muchacho de otro tiempo de espaldas sólidas y ancho pecho, pero ya el joven se ha convertido en hombre. Las largas correrías, las marchas penosas, las cacerías fatigosas, las caricias del viento y los besos del sol, no le prueban, lo cual no tiene nada de extraño; ciertos parisienses no pueden impunemente abandonar sus bulevares y cambiar de costumbres. Envejecen y se marchitan en los países bienhechores donde otros adquieren fuerzas y se regeneran; tan peligroso es trasplantar á cierta clase de hombres, como á cierta especie de plantas.

Conviene, sin embargo, añadir, que la naturaleza no era la única culpable en lo que concierne á Vandelle: no pedia ella otra cosa que sonreírle y concederle sus favores para darle gracias de haber vuelto á gozarla, pero también es cierto que él no debía poseer la tranquilidad de espíritu que exige ella á los que desean disfrutar de sus beneficios. No basta que los piés del hijo pródigo hayan pisado el terreno vivificante en que nació; es preciso que su cabeza no se vuelva hácia las comarcas febriles habitadas por él en otro tiempo; que pensamientos mal sanos no le conduzcan sin cesar, al lugar donde ya no debe volver.

III.

Raynal, grave y digno, hablaba con el alcalde de G**... y le preguntaba:

—¿Hay muchos cazadores sin licencias en el país, Mr. Fourcanade?

—Muy pocos, señor juez. Únicamente, algunos pobres diablos que no atreviéndose á cazar venado en la montaña, tienden sus lazos en el llano para procurarse algún alimento... Los guardas hacen la vista gorda.

—Muy mal hecho, señor alcalde, replicó el juez en tono severo. Esto es una tentación á la pereza, á la vagamundería, al robo. No sé por qué se considera ese delito como leve: el hombre que se apodera de la caza agena es tan culpable como el que roba dinero: nuestras leyes son demasiado indulgentes.

—¡Pero por robar un conejo, no puede enviarse un hombre á presidio!..

—¿Y por qué nó? Antiguamente los ahorcaban!

—¡Diablo! ¡Es V. muy severo señor juez!

—La severidad es el principio de la justicia. Yo no conozco

ni comprendo mas que dos categorías de individuos: los honrados y los malhechores. Es preciso que la sociedad se defienda: repita V. esta máxima á su guarda campestre, señor alcalde. La policía está muy descuidada en Saint-Gaudens. Uno de mis colegas nombrado al mismo tiempo que yo para una provincia del Centro, ha obtenido ya dos condenas á cadena perpétua, y yo no hago aquí nada, absolutamente nada, ni el mas pequeño crimen que perseguir... ¿Cómo puedo adelantar de este modo en mi carrera?

Enrique Vandelle se acercó á los que hablaban.

—¡Dichoso mortal, exclamó dirigiéndose á Raynal; eres ambicioso!

—Ciertamente que lo soy, respondió Raynal, no se entra en la carrera de la magistratura para permanecer siempre en el mismo empleo. Desde que he puesto la mano en los procesos, siento en mí el tipo de un procurador general. Pero me hace falta una ocasion, una circunstancia, un buen crimen, que llegue á hacerme célebre! Procúremelo V. señor alcalde. ¡Qué diablo! no deben faltar criminales en este país.

—Os aseguro, Sr. Juez, dijo suspirando el alcalde, que produce muy pocos!

Después de dichas estas palabras, Fourcanade se alejó para acercarse á su mujer y á su hija, que hacia un rato le estaban llamando, y á quienes temia enfadar.

Solo ya con Raynal, Vandelle recordando las teorías sostenidas en otros tiempos por su amigo, no pudo menos de decirle, sonriendo:

—¡Qué completa metamorfosis la tuya en el espacio de dos años, con respecto á tus opiniones sobre crímenes y criminales!

—Hace dos años, respondió el joven magistrado, era abogado. Hoy soy juez, y es muy sencillo que haya cambiado de ideas, al cambiar de posición. Tú mismo has variado un

poco en carácter, en costumbre, en género de vida, confíesalo!

—He variado mucho. A mis costumbres les ha pasado lo que á tus ideas; se han modificado segun el cambio de posicion. Cazar, comer, beber... Aquí no existe otro modo de emplear la vida, y yo me he convertido naturalmente, por la fuerza de las cosas, en un gran cazador, un gastrónomo y un terrible bebedor. Nunca he sabido hacer nada á medias!

—Pero, en cambio, ¿debes tener grandes ocupaciones?

—¿Cuáles?

—Tu fábrica, tus negocios.

—¿Mi fábrica? Ya marcha ella sola: las máquinas marchan tambien al vapor y mis obreros hacen lo que mis máquinas. Y en cuanto á las oficinas funcionan del mismo modo que los talleres. Todos los sábados el pago; todos los meses los vencimientos; todos los años el inventario.

—Y detrás de él, los millones!

—¿Y despues de los millones?

—La ambicion; consejero, diputado, ministro.

—Para esto falta una condicion.

—¿Cuál?

—El deseo de serlo.

—¿Cómo! ¿No deseas nada?

—Sí; tengo un ideal.

—Veamos.

—El de llegar á la felicidad de la bestia, como el alcalde que acaba de dormirse allá abajo.

—¡Vaya, vaya!

—Hé ahí la sublimidad de la existencia. El hombre tiene dos enemigos, que son: sus sentidos y su alma. Por lo tanto, conviene, matar al cuerpo con la fatiga y matar al espíritu con el sueño.

—Es decir, ¿vencer los recuerdos dolorosos? dijo el juez con irónico acento.

—¿Crees que sufro con mis recuerdos? ¿Con cuáles?

Raynal se detuvo y dirigió á Vandelle una profunda mirada.

—Los que haya podido dejarte Ester Sandraz.

—¡Ester! contestó Vandelle estremeciéndose. ¿La conoces?

—Debería conocerla, dijo Raynal, renunciando á su tonillo de juez y volviendo á ser lo que era en realidad, un buen chico: pero el dia en que me encontré con ella en tu casa, habia sido tan escelente tu comida; tan deliciosos tus vinos, que, preciso es confesarlo, me turbé un poco.... Pero, no despertemos recuerdos semejantes.

—Permíteme que te observe, que tú has sido el primero en entrar en el camino de los recuerdos, pero que por ello puedes perfectamente evocar los míos sin peligro: hace ya tiempo que se han borrado.

—Esto habia de suceder á la fuerza; tu mujer que se acerca á nosotros, es realmente encantadora. A propósito ¿quién es ese jóven que viene hablando con ella? Le veo por vez primera en estos sitios, y ya concibes que como juez que soy....

—Debes conocer á todo el mundo, ¿no es cierto? Pues bien, ese jóven es un primo lejano de mi mujer, y un amigo de su infancia, si mal no recuerdo. Se llama Federico Deschamps, acaba de salir de la Escuela de ingenieros y busca una plaza en el país.

—Admítele en tu fábrica.

—Nó; no le necesito.

IV.

Esta respuesta hubiera causado pena á Enriqueta si hubiese llegado á oirla. Precisamente en aquel momento hallábase formando el proyecto de colocar en la fábrica de su marido al jóven ingeniero.

—Quisiera, le decia paseándose á su lado, verte comenzar aquí tu carrera, en este país que fue cuna de ambos. Quisiera protegerte en tus primeros adelantos!

—¡Oh, querida Enriqueta, respondia Federico; si supieses el bien que me están haciendo tus palabras! ¡Qué dulce es saber que uno no está solo en el mundo! En París, decíame muchas veces: «¿Tengo una hermana? ¿Por cuanto tiempo la tendré? Se casará, y mi recuerdo se borrará de su memoria.

—Ni de mi memoria, ni de mi corazón, amigo mío!

—¿Qué soy yo para tí?

—El recuerdo vivo y dulcísimo de mi venturosa infancia. Eres el primer protector, el primer apoyo, la primera afección que he encontrado, fuera del techo paternal. Tu mano es la primera que me sostuvo, cuando solté la de mi madre. Tenias cuatro años mas que yo, eras ya un hombre y yo una muchacha... Me acuerdo de todo; de nuestros juegos, de nuestras correrías por los campos, en que tú apartabas con el pié los guijarros que se encontraban á mi paso: en que me tomabas en tus brazos para hacerme atravesar los arroyos y riachuelos; todo, todo, hasta el día en que tan bravamente te lanzaste en mi presencia á detener á aquel caballo desbocado que nos hubiera pulverizado á ambos!

—¿Te acuerdas de todo eso?

—No hace mucho que ha pasado, y para que se borren de mi memoria, ni he sufrido grandes dolores, ni gozado grandes alegrías.

Decia esto con dulce voz, armoniosamente timbrada: sus grandes ojos azules, velados por larguísimas pestañas, miraban francamente á Federico; su boca sonreíale con sonrisa un poco triste, pero llena de encanto. Dos años de matrimonio habian perfeccionado aquella hermosura que el mismo parisien Vandelle, gastado ya por sus conquistas, llegó á admirar al principio. La jóven incompleta en algunos puntos, en

los contornos todavía indecisos, habia, por otra parte, llegado á ser mujer completa; la mirada suya se habia hecho tierna y melancólica, su nariz tenia ese movimiento nervioso que indica sensaciones diversas: sus labios eran mas húmedos, la sangre circulaba con mayor rapidez, bajo una piel de estremada finura. La flor se habia entreabierto á la luz y hasta su tallo participaba de este desarrollo: los hombros habian adquirido redondez exquisita, el cuerpo un tanto virginal se habia desarrollado, el talle ondulaba muellemente. Sin haber perdido nada de las gracias de la jóven soltera, Enriqueta de Loustal, dejaba adivinar que comenzaba á conocer los secretos de la mujer.

Su compañero, Federico Deschamps, tendria unos veinticinco años; era de estatura regular, delgado, elegante; llevaba toda la barba, negra, y bigotes espesos á través de los cuales se entreveían dientes blanquísimos. Sus cejas muy pobladas, su mirada comunmente melancólica, pero firme cuando se fijaba en alguno, parecían indicar voluntad y energía. Era todavía un jóven, pero en ciertas arrugas de su frente, en su sonrisa triste por momentos, se comprendia que no siempre la vida habia sido feliz para él, y que conocia de sobra sus infortunios.

V.

Cuando Enriqueta hubo acabado de hablar, Federico que la habia escuchado en silencio, le dijo bruscamente:

—Quiero pedirte una cosa, Enriqueta.

—Pide, respondió ella sonriendo.

—Tengo miedo de que no seas dichosa.

—¿Y en qué se funda ese temor?

—¿Te aman como mereces ser amada?

—No sé de qué manera merezco ser amada, pero creo que Enrique me profesa un afecto simpático y leal.

—¿Y nada más?

—No conozco bien la vida, amigo mío, pero lo poco que he visto me ha hecho pensar, que es preciso no ser muy exigente en las cosas de la vida.

—¿Y le amas?

—Leal y sinceramente, como deseo y creo que él me ama. No hemos hecho, en verdad un matrimonio de amor... Conocía poco á Vandelle, que no venía con frecuencia á este país... No me disgustaba, y esto es todo. Cuando se me propuso este casamiento, como el único medio de salvar su fortuna casi perdida, y la mía bastante comprometida, consentí sin entusiasmo, pero también sin repugnancia. «Si es bueno, me dije, le amaré,» y tenía confianza en que era bueno.

—¿Y ha justificado él esa confianza? ¿Qué pasa entre vosotros? ¿de qué procede esa frialdad que él te demuestra, que yo he notado y que tanto te molesta?

—Te engañas; no sufro; únicamente me creo un poco aislada. Mi marido necesita hacer ejercicio, procurarse distracciones de que yo no puedo disfrutar. Es una necesidad que exigen su salud y su carácter. Por lo demás, mi aislamiento vá á cesar muy pronto. No tardaré en tener una compañera, si es posible, una amiga. He alcanzado de mi marido que escribiese á París para que se me busque una joven honrada, de buena educación que consienta en venir á mi lado en calidad de lectora y *dame de compagnie* (1). Si encuentro esta persona, si me agrada su carácter, y sus aficiones simpatizan con las mías, fácilmente me acomodaré á aguantar las costumbres de Enrique.

(1) Dejamos sin traducir esta palabra, porque en España, no existen esta clase de empleos, y decir *señora de compañía* ó *compañera*, no traduce exactamente la expresión francesa.

Federico la contempló durante un momento. Después, perdiendo su calma habitual, y alzando la voz, exclamó:

—¿Y eso es todo cuanto pides á la vida, tú que mereces todas sus alegrías, todas sus ternuras? ¿Te contentas con la bondad banal de ese hombre? ¡Ah! Este matrimonio, este matrimonio que yo maldije, que desgarró mi corazón, no te hace feliz, y ni el consuelo me queda, de ser yo solo el que sufra!

—¿Qué significan esas palabras, Federico? dijo ella intentando adoptar un aspecto severo.

—¡Perdon! ¡Perdon! continuó: se me han escapado á pesar mío! Desbordaban de mi corazón! ¡Soy muy desgraciado! Sufro mucho! ¿Acaso no sabías, Enriqueta que te amaba?

—Calla, calla, Federico: pretendes acaso que me arrepienta de la afectuosa acogida que te he dispensado?

—Enriqueta... hermana mía...

—¡Tu hermana, sí, tu hermana! Por este nombre, y nuestros recuerdos de otros días, consiento solo en perdonarte esas palabras que son una locura y una ofensa; no quiero ya acordarme. No las has pronunciado; no las he oído. Únicamente me acuerdo de nuestra amistad desde la infancia. Consévala, santa y piadosa, como yo la conservo. Enriqueta se ha convertido en la señora de Vandelle, no lo olvides; vaya, la cuestión ha terminado; dáme tu brazo, hermano mío; conviene que me presente á mis visitas, que por tu causa he olvidado hace ya tiempo.

Durante este largo diálogo, había caído la tarde; los primeros fuegos del sol poniente, iluminaban ya las tranquilas aguas del Garona y las olas inquietas del Neste: todas las montañas del horizonte dibujaban claramente sus perfiles, en el cielo purísimo que comenzaba á enrojecer; en las cimas elevadas, las nubes disponíanse también á adoptar el color de púrpura que había tomado el cielo.

VI.

Cuando Enriqueta apareció en el terrado, el alcalde se hallaba hablando con Raynal y Vandelle.

—¡Cuán dichosos son Vds., les decia, en haber pasado su juventud en París! Yo, no he conocido mas que por sueños, las cenas, las orgías, lo que se llama en fin, la vida alegre!

M.^{me} Fourcanade se habia acercado á él silenciosamente y tomando su brazo, exclamó:

—Me parece, amigo mio, que sin abandonar la provincia, has llevado vida demasiado alegre.

—Pero, por Dios, contestó algo turbado el buen alcalde, esto no admite comparacion. Los placeres de París y los de la provincia, no tienen igual sabor. Las mujeres, sobre todo en la capital, tienen un cebo que no se encuentra en ninguna otra parte.

—¡Cómo! ¡Qué estás diciendo! ¡A dos pasos de tu hija; un padre de familia, un magistrado municipal, el alcalde... decir semejantes despropósitos!

—Pero me contento con decir y no hago nada, replicó Fourcanade suspirando, y como temiese escandalizar de nuevo á su mujer se apresuró á volver al lado de Raynal, y le propuso pasar á la sala de billar, mientras llegaba la hora de la comida.

—Yo no juego al billar, exclamó el juez.

—¿De veras? repuso el alcalde.

Su señora aprovechó esta ocasion para intervenir de nuevo.

—¿De qué te admiras? exclamó; ¿vas á imaginarte que el señor juez es un tahur de café como tú?

El alcalde se irguió.

—Voy al café, dijo con dignidad, en interés de la cosa pública. Allí, solamente, es donde puede hacerse buena administracion.

—¡Bah! repuso Raynal.

—Sin duda alguna. No puede V. imaginarse, señor juez, cuánta influencia puede tener en las deliberaciones del Concejo, un ponche ofrecido espontáneamente. ¡Y las elecciones! Veinte años hace que soy alcalde con todas las situaciones. Pues bien, caballero, mi distrito ha votado siempre como un solo hombre por el candidato del Gobierno, fuera quien fuese... Y al café debe solo la administracion estos triunfos.

—¿Pues cómo?

—Es muy sencillo. Un tal Crabioules, por ejemplo, dispone de treinta votos para el candidato de oposicion. Yo le juego sus treinta votos al dominó... y gano... En las otras elecciones el partido de Crabioules está en el poder y Barbazan v. g. que antes estaba *por*, hoy está en *contra*. Desafío á Barbazan al billar, y en veintiuna carambolas, le gano sus votos. ¡Así es como se administra un pueblo!

Dicho esto, el alcalde miró su reloj.

—Señores, os pongo por testigos de que el exprés de París para Tolosa se halla en retraso de tres minutos y medio.

Desde el día en que se inauguró la estacion de Montréjeau, M. Fourcanade á quien su pequeña fábrica de objetos de madera, y sus deberes municipales, dejábanle mucho tiempo de que disponer, habíase impuesto la mision de vigilar á la compañía del Mediodía. Y tanta exactitud ponía en hallarse al paso de los trenes, tanto de grande como de pequeña velocidad, que hubiera podido tomársele por un empleado de la línea. Y tanto se habia acostumbrado, que hasta habia adquirido insensiblemente la costumbre de estender el brazo como para indicar que la via estaba libre. A las horas en que el exprés de París se detenía en Montréjeau, veíasele acudir á la estacion. Precipitábase en el bufet, examinaba á los viajeros, é intentaba trabar conversacion con ellos.—«Me traen, solia decir, como un

«perfume parisien; paréceme que llego de la capital, y olvido «así la inmensa distancia que de ella me separa.»

Cuando encontraba á una parisiense bonita, tenia para ella atenciones y cuidados paternales.

—«La señora puede almorzar tranquilamente, le decia, le «quedan todavía mas de veinte minutos: ya la avisaré al momento oportuno.» E iba y venia, consultaba su reloj, lo ponía con el de la estacion, conversaba con el amo de la fonda y con el jefe y empleados de la línea que habian llegado á ser amigos suyos. Algunas veces llegaba á levantar la voz diciendo: —«Faltan cinco minutos para los viajeros de Pierrefite y de «Tarbes; diez minutos para los de Luchon, un cuarto de hora «para los de Tolosa.»

Y cuando llegaba el momento de partir, dirigíase á la viajera de su predileccion, la obligaba á que le confiase su saco de noche y la ayudaba á subir á un compartimiento reservado. —«Vengo de dar una vuelta al boulevard de los Italianos,» decia al regresar á su casa.

Pero ¡ay! el 6 de setiembre de 1877, como M. Fourcanade comia en casa de Vandelle, en compañía de su mujer y su hija, fuéle imposible personarse en la estacion de Montréjeau para presenciar el paso del express. Fue verdaderamente una desgracia, porque aquel dia hubiera visto bajar del tren una viajera como á él le gustaban: alta, esbelta, vestida con sencillez, pero con un gusto perfecto. Un manton de viaje, de lana ligera, cubria sus anchas espaldas y su cuerpo desarrollado, sin ocultar por eso enteramente su talle cimbreante: una falda de seda negra encerraba unas caderas claramente dibujadas. Bajo un velo que acababa en sus labios y permitia admirar su gracioso contorno, distinguíanse rasgos encantadores y mirada ardiente é inquieta.

Iba sola. Fourcanade hubiera podido ofrecerle sus servicios... y... ¡cosa estraña! ¡Montréjeau parecia ser el término de su via-

je! ¡Se detenía en Montréjeau! ¡Años hacia que no se habia visto cosa semejante!

En efecto, en lugar de pasearse por el andén, ó entrar en el buffet, dirigióse hácia la puerta de salida, dió su billete, previno que se dejase su equipaje en la sala de almacenaje y dirigiéndose á un hombre del país:

—Sírvase V., le dijo, indicarme el camino que debo tomar para ir á casa de M. Vandelle.

Cuando se lo hubo mostrado, y supo que un kilómetro apenas la separaba de la casa que iba buscando, rehusó un coche que la ofrecían y siguió con deliberados pasos el camino indicado.

Un cuarto de hora despues, penetraba en el parque y al ver á un jardinero, le rogó fuese á avisar á su amo que una señora procedente de París, deseaba hablarle en particular.

El jardinero, antes de obedecer, le abrió el saloncito del pabellon Luis XIII, situado á la entrada de la posesion.

Al cabo de diez minutos, Enrique Vandelle apareció al estremo de la senda que conducia al pabellon. Andaba con paso rápido, mirando con curiosidad á la direccion indicada por su jardinero ¿Quién podia buscarle? ¿Quién era esta señora procedente de París? Verdad es que estaba buscando una lectora para su mujer, y se habia dirigido á varios de sus amigos, pero todavía no le habia respondido ninguno. Por otra parte, la persona que buscaba, aun advirtiéndole que llegase sin previo aviso, no hubiera pedido hablarle á él antes, sino que directamente se habria presentado á Enriqueta.

Ya cerca del pabellon, cuya puerta se hallaba abierta de par en par, detúvose y miró:

Efectivamente, en el salon, habia una mujer sentada, pero se hallaba vuelta de espaldas y parecia no conmoverse al oír que él llegaba.

Entró.

VII.

Entonces, aquella mujer, se levantó con lentitud; despues se volvió bruscamente.

— ¡Ester! exclamó él.

— Sí, yo! ¡Ester Sandraz! contestó.

La sorpresa era demasiado grande, la emocion escesivamente viva; sintióse desfallecer, y se vió obligado á apoyarse en la pared para no caer.

Contemplóla durante algunos segundos, sin hablar.

Despues sintiéndose mas fuerte, adelantó dos pasos diciendo:

— Usted! Usted aquí!

Ella no respondió; seguia de pié, inmóvil, con su mirada fija en la de Vandelle.

Al fin, inspirado por una acción irresistible, olvidando donde se hallaba, su situación y los peligros que corria, se lanzó hácia ella, exclamando:

— Tú á quien nunca creía volver á ver, estás aquí! ¡No es un sueño! ¡Eres tú, tú misma! ¡Pero cómo me miras! ¿Estoy cambiado, no es verdad? Es el aire, es la vida, es tu amor que me faltaba! Cuanta razon tenias al decir que nuestros recuerdos nos encadenarian uno á otro! ¡Ah! ¡Yo ignoraba su misterioso poder! Sin lo cual... ¡Cuántas veces he maldecido mi matrimonio! He echado de menos la miseria que me esperaba... la miseria contigo... ¿De dónde vienes? ¿Dónde has estado? Te he buscado, te he escrito.....

— ¡Lo sé!

— ¡Lo sabias, y permanecias oculta! ¿Te vengabas de mí?

— ¡Sí!

— Pero al fin el amor ha podido mas que la cólera! ¿Acaso podemos vivir el uno sin el otro? ¡Lo has comprendido y me

has perdonado! ¿Podia yo evitar ese casamiento? Si no lo hubiera hecho, me esperaba la ruina... y á tí tambien!.. ¿Qué hubiéramos llegado á ser en ese abismo parisien, con nuestras costumbres de lujo, y sin recursos de ninguna clase?

Detúvose para contemplarla; parecia metamorfoseado; su rostro se habia iluminado, sus ojos brillaban. Rejuvenecíase en un momento, olvidando los tristes años que acababa de pasar.

En su embriaguez, en su locura, perdía la conciencia de sus deberes, de la dignidad misma.

— ¡Ah! ¡Cuán bella eres, Ester mia! exclamaba, mas bella aun que en mis recuerdos... Nó, cuando yo te llamaba, cuando evocaba tu imágen, en el paroxismo de mi desesperacion, en la fiebre de mi amor, no te veia así... Pero háblame, respóndeme ¿Vienes á buscarme? ¿no es verdad? ¡Partamos! ¡Dispuesto estoy! ¿A dónde vamos?

— ¡A ninguna parte! respondió ella con voz tranquila.

— ¿Prefieres quedarte en París? ¡Sea! Iré á unirme contigo; puedo ausentarme de aquí durante meses enteros! ¿Deseas instalarte en este país? ¿En sus cercanías? ¿En Saint-Béat? ¿En Luchon? ¡Donde quieras! Te alquilaré, te compraré una casa, coches, caballos..... Te crearé una existencia de lujo, grande, digna de tí, de tu distincion, de tu talento, de tu hermosura...

Ester le contuvo, diciendo:

— Es decir que V. supone que vuelvo al cabo de dos años para aceptar las proposiciones que rechacé un dia?

Esta frase, la manera como fue pronunciada, la sangre fria de Ester, calmaron la exaltacion de Vandelle.

— ¿Qué es lo que V. desea, pues? la dijo asombrado y como si saliera de un sueño. ¿No ha venido V. mas que para volverse enseguida?

— Nó. Me quedo aquí.

— ¿Cómo aquí? ¿Aquí? repuso asustado.

— Sí, dijo ella sin perder su calma, vengo á vivir en casa de V.

Estupefacto Enrique, exclamó dos veces seguidas:

—¡En mi casa! ¡En mi casa!

—Sin duda alguna, contestó Ester; no está V. buscando para su esposa una lectora, una...

—¿Y bien?

—Pues bien, yo vengo á ocupar esa plaza!

—¿Usted?

—¡Yo!

—¡Es una insensatez!

—¡Quizás!

—¡Imposible!

—A mí me gustan las cosas imposibles, ya lo sabe V. demasiado!

—Pero, ¿con qué objeto?...

—No tengo necesidad alguna de decírselo á V., demasiado podrá verlo!....

VIII.

Cuando Enrique iba á preguntarla de nuevo, ella tomó una silla se sentó tranquilamente, y con el brazo apoyado en el respaldo, continuó hablando con voz lenta y cadenciosa:

—Cómo! V. pretende amarme todavía: hace dos años que no piensa V. ni sueña, sino en mí; se halla V. desesperado por haberme perdido; sin mí, falta á V. el aire, abandónale la vida... y precisamente, cuando vengo á ofrecerle á V. vivir á su lado, bajo su mismo techo, no abandonarle nunca, estar siempre blanco de sus miradas, rehusa V. recibirme, me rechaza V., aun á riesgo de perderme otra vez, y esta para siempre... Esto si que es una insensatez, amigo mio!

Vandelle pretendió replicar, pero ella, levantándose, diri-

gióse hácia él, le puso una mano en el hombro, y pronunció estas sencillas palabras:

—¡Va V. á presentarme á su mujer! ¡Lo quiero!

Él se estremeció, pero reponiéndose en seguida, respondió:

—Mi mujer no cometerá la imprudencia de admitir á V. en su intimidad, de que haga V. con ella vida comun..... Es usted demasiado bella, y esa hermosura la asustará!

—Mi belleza, respondió Ester, no hará en ella el mismo efecto que en V. Las mujeres no sienten entre sí esos entusiasmos que inspiramos á los hombres. Además M.^{me} Vandelle es también muy hermosa, mucho, según me han asegurado, y tendrá demasiado amor propio para temer á una rival. Por otra parte, gracias á la sencillez de mi traje, á mi modesto aspecto, sabré sustraerme á cualquier peligro. Me haré tan pequeña, ocuparé tan poco lugar, que ni se dignará mirarme.

—Pero mi mujer no aceptará á V. sin recomendaciones, sin cartas!..

—¿Cartas? Ya tengo!

Y al decir esto, sacó de su bolsillo una carterita de piel de Rusia, tomó de ella dos cartas, y como comenzaba á anocheecer, se acercó á una ventana y empezó á leer, dando á su voz toda la espresion posible, apasionando su lectura:

—«Ester, yo no puedo vivir sin tí! ¡Te amo mas que nunca! ¡Te amo como un loco! Nuestro pasado se yergue ante mí. «Estoy febril. Mi cabeza arde, el recuerdo de nuestros pasados amores me incendia, me consume. Díme una sola palabra y «corro á tu lado y para toda la vida soy tu esclavo...»

Interrumpió la lectura, y dirigiéndose á Vandelle, dijo:

—Es una carta que V. me escribió, un mes despues de su casamiento. La dirigió V. al azar á la calle de Séze, adonde una persona de toda mi confianza, acudia á buscar mi correspondencia, enviándomela á mi retiro que nunca pudo V. descubrir.

Pero no es esto todo, aquí hay otra: tiene fecha, como la anterior. Oiga V.

— «Ignoro si llegan á tí mis cartas. No sé si esta llegará á tus manos. ¿Dónde te ocultas? ¿A dónde te refugias, huyendo de mí? Con el fin de encontrarte he hecho mil pesquisas, mil indagaciones. ¿No estás suficientemente vengada con las torturas que me estás haciendo sufrir? ¡Ah! Te juro que son intolerables! ¿Y por qué te has de vengar? ¡Si no la amo, si no puedo amarla! Tu recuerdo me separa de ella, y me separará siempre! Nunca podré encontrar al lado de mujer alguna, nuestros esquisitos deleites. Contéstame, vuelve, perdóname. Impon condiciones. Las acepto de antemano, sean las que fueren, las acepto. Haz de mí lo que se te antoje, muero por tí...

— Bien, exclamó Enrique, cuando Ester hubo terminado su lectura, ¿y qué uso pretende V. hacer de esas cartas?

— Ninguno, si hoy me presenta V. á su mujer, como á la lectora que está esperando. Dígale V. lo que se le ocurra; esto no me importa. Puedo haberle sido recomendada, por una persona que le merece á V. toda su confianza, por un pariente, en caso de necesidad. Su mujer de V. supongo que nunca lee las cartas dirigidas á su marido. A pesar de la distancia que nos separaba, no le he perdido á V. de vista, y según mis informes, es V. verdadero amo en su casa.

— Cierto es; pero todo cuanto hago en ella es justo y es sensato.

— Pues ahora le toca á V. hacer una locura.

— ¿Y si no la hago?

— ¡Inútil pregunta! La hará V. por fastidio de la vida que lleva en este país, por amor á mí; y añadió enseñando las cartas que acababa de leer, por temor.

IX.

Enriqueta Vandelle y su lectora, hállanse en un saloncito de verano, contiguo al gran salon gótico de la casa. Por la puerta de cristales que se abre sobre el terrado, apercíbese toda la cordillera de montañas, magníficamente iluminadas. El cielo es de un azul trasparente, sin una sola nube; tan solo, en el horizonte, ligerísimos vapores, desprendidos de la caliente tierra, suben lentamente hácia las altas cimas, ocultando por momentos á las miradas algun pico elevado, y desaparecen por detrás de las cimas mas lejanas.

Del terrado en donde se abren las últimas flores del verano mezcladas á las primeras del otoño, del jardin vecino, del musgo recién recortado, despréndense mil aromas que empujados por la ligera brisa, se propagan por el saloncito.

Ester Sandraz á quien todo el mundo en casa de Vandelle, desde hace tres semanas que llegó al país, conoce por el nombre de Clara Meunier, lee en voz alta una de nuestras novelas modernas, y Enriqueta ha abandonado su labor para escuchar con mas atencion. De pronto, interrumpe á la lectora, diciendo:

— ¡Cuán falsas son esas pasiones, cuán exagerados esos sentimientos!

— ¿Lo cree V. así? dijo Ester, alzando la cabeza y abandonando el libro.

— Comprendo que se prohíba esa clase de lecturas. Agitan, perturban y nada bueno enseñan.

— Pues es extraño. A mí no me agitan en modo alguno!

— ¡Cómo! ¿Comprende V. acaso el amor criminal de esa mujer... casada, hácia un hombre que la ama? ¿Esa pasion ciega y desordenada por un jóven á quien apenas conoce, á quien nunca habia visto?

—La comprendería mejor efectivamente, repuso con negligencia Ester, si le conociera desde algún tiempo, si por ejemplo, su amor hubiera nacido en su infancia.

—Ah! no pudo menos de exclamar Enriqueta.

—Y si el marido, continuó diciendo impasiblemente Clara Meunier, en lugar de amar á su mujer, no le demostrase mas que frialdad é indiferencia.

—¿Sería esto una disculpa? preguntó Enriqueta admirada.

—Razonablemente, no; pero el despecho, el dolor, la pasión, no razonan jamás. Y además, hay recuerdos tan dulces, tan tiernos, comparaciones tan peligrosas que el mismo abandono despierta, que la tristeza evoca...!

Clara, ó sea Ester, habíase levantado, y de pié, cerca de la chimenea, colocaba en un búcaro las flores cortadas aquella mañana. Bruscamente, se volvió hácia Enriqueta y dejó caer estas palabras:

—Ya hace muchos días que M. Vandelle se halla ocupado en cazar!

—¿A propósito de qué, me habla V. de Mr. Vandelle? dijo la jóven irguiendo su cabeza.

—Pues sencillamente á propósito del escopetazo que acaba de oirse cerca de la casa... Mr. Vandelle no tardará en llegar.

Acercóse á la puerta de cristales, dió un paso y añadió:

—No me habia engañado; álguien atraviesa el parque... Oh, pero... no es él.

—Alguna visita? preguntó Enriqueta sin moverse de su sitio; ¡Tan pronto! Tal vez será el alcalde! añadió sonriendo.

—Nó; respondió Ester; acaban de dar las doce y Mr. Fourcanade debe hallarse en la estación. Se espera el tren de Luchon y el Sr. alcalde nos ha confesado que no queria faltar al paso de ninguno, que deseaba despedirse del último parisiense que abandone nuestras montañas. Ah! ya sé quien es! añadió volviendo al salon y sin perder de vista á Enriqueta..... Es ese

jóven que partió hace tres semanas, precisamente al otro día de mi llegada, y que parecia causarle tanta tristeza abandonar estos sitios... Pero ¿qué le pasa á V., señora?

—¿Qué me pasa? ¿por qué me pregunta V. eso?

—Habia creido notar que se estremecía V.; tal vez esta puerta que debia estar cerrada.....

—Sí; hágame V. el favor de cerrarla.

Mientras que Ester Sandraz obedecia, lanzando una estensa mirada sobre Enriqueta, entró un criado y dirigiéndose á esta, dijo:

—M. Federico Deschamps, pregunta si la señora puede recibirle.

—Ciertamente... que entre.

Ester tomó del velador la novela cuya lectura habia sido interrumpida, y fué á sentarse sobre una otomana en un extremo del salon.

X.

Acababa de entrar Federico, y apenas húbose acercado á M.^{me} Vandelle que esta le preguntó vivamente:

—Oh, amigo mio; ¿qué noticias me traes? ¿Has encontrado la plaza que buscabas?

—Nada he encontrado, respondió Federico; en vano he recorrido multitud de fábricas... en todas la misma respuesta: «No necesitamos á nadie.» Solamente se me han dado vagas promesas de pensar en mí para el porvenir... promesas que no comprometen á nada, y que se olvidan antes de salir á la calle el interesado... ¡Y esto es todo! Pero en verdad, que habíame olvidado de preguntar por tu salud... Me parece que estás pálida... ¿Te encuentras mal?

—Nó; al contrario, me encuentro perfectamente. Hablemos de tí. ¿Y qué piensas hacer ahora?

— Volverme á París.

— ¡Ah! Esperas encontrar allí....

— Espero por influencia de mis amigos, de mis colegas obtener una plaza en el extranjero.

— ¡En el extranjero!

— Sí. Nuestra escuela, proporciona muchos ingenieros á países apartados que se aficionan á la industria!

— ¡Abandonar la Francia, repuso ella tristemente; y por tanto tiempo!

— Por mucho tiempo, sí; para siempre quizás! Cuando uno se vá, ¿sabe, acaso, si ha de volver?

— Solo, y tan lejos, en países desconocidos, en medio de extraños, de indiferentes!

— Solo allá ó solo aquí... qué mas dá! No es la soledad lo que me espanta! Hubiera deseado permanecer en este país al lado de... de mis recuerdos de la niñez!... Pero desde el momento en que esto es imposible, poco me importa el rincón de tierra donde he de vivir.

Clara Meunier que no habia pronunciado una sola palabra desde la llegada de Federico, y se habia contentado con observarle por encima del libro en que parecia estar leyendo atentamente, creyó poder tomar la palabra y mezclarse en la conversacion:

— Dispénseme V., señora, dijo, pero me parece haber oido decir que en este momento hay una plaza vacante en la fábrica de Vds.

— Ya lo sé, respondió Enriqueta secamente.

— Perdóneme V., pero creí que lo habia V. olvidado.

— Doy á V. las gracias.

Federico se habia vuelto hácia la que acababa de intervenir en su conversacion.

— ¿Una plaza aquí? dijo admirado.

— Sí, repuso Ester, á quien ya se interrogaba directamente.

Una plaza de ingeniero para las máquinas. Ayer tarde, oí hablar de ello á Mr. Vandelle.

Dicho esto, se levantó, colocó otra vez el libro sobre el velador, y dirigiéndose á Enriqueta:

— Suplico á V., la dijo, me permita alejarme un momento; pero el correo va á salir y he de escribir una carta.

— Haga V. lo que quiera, contestó, Enriqueta.

Cuando esta se halló sola con Federico, volviése hácia él diciéndole:

— Ya sabia que habia una plaza vacante aquí... He dudado, dudo todavía en pedirla para tí, porque... pero hago mal ¿verdad? Estoy segura de tí! El pasado ha muerto para nosotros. Olvidaremos ambos las palabras que se te escaparon hace quince días; no verás en mí, mas que una hermana, una amiga... ¿Qué te parece Federico? ¿Puedo pedir esa plaza para tí? ¿Serás feliz si la obtienes?

— ¿Feliz por vivir á tu lado? ¿Y aun lo dudas?

— Mira, si continúas hablando así, no la pido: dime que serás feliz por tener una posicion, por cumplir un deber.

— Te prometo que ninguna palabra que pueda ofenderte saldrá de mis labios. Respondo de mí mismo, me siento fuerte... Tu amistad me es demasiado preciosa para esponerme á perderla, pero déjame decir que seria una dicha para mí, permanecer á tu lado. ¿Por ventura, un hermano no es feliz por vivir al lado de su hermana?

— Siendo así, véte; oigo llegar á mi marido y deseo quedarme sola con él para hablarle de tí.

XI.

Algunos minutos despues, Enrique Vandelle que acababa de quitarse su traje de caza, entraba en el saloncito. Sin duda es-

peraba encontrar en él á Ester Sandraz. Cuando vió que no estaba, volvió la espalda para retirarse, despues de haber cambiado algunas palabras insignificantes con su mujer.

—Te pido un instante de audiencia, Enrique, díjole en el momento en que salía.

Detávoose él y volviendo sobre sus pasos, preguntó con tono adusto:

—¿Qué tienes que decirme?

—Quisiera, respondió resueltamente Enriqueta, rogarte que dés á Mr. Federico Deschamps la plaza de ingeniero vacante en la fábrica!

—¡Todavía!

—Cuando te hablé en su favor, hace tres semanas, me respondiste que no había plaza vacante. Hoy sé que hay una, y te la pido para mi amigo de la infancia.

—Este es un asunto de administracion, Enriqueta, y por lo tanto, no te incumbe.

Ella se levantó y acercándose á él, repuso con firmeza:

—Nó; no es para mí un asunto de administracion. Es una cuestion de amistad, de simpatía, casi de deber. Ya sabes el interés puro y fraternal que Federico me inspira. Conoces su mérito, su probidad; yo respondo de su abnegacion, de su celo, y te pido una prueba de condescendencia, de afecto hácia mí; como una gracia personal, esa plaza que á nadie has prometido y que deseo la otorgues á él.

Vandelle pareció reflexionar un instante y respondió luego:

—Siento rehusarte lo que me pides. Para la vigilancia de las máquinas, me bastará un buen contraamaestre. No me gustan los muchachos de academias, que vienen embutidos de teorías nuevas y revolucionan los talleres.

—Pues no hablemos más de ello, dijo Enriqueta dirigiéndose hácia la puerta.

—Lo siento mucho...

—Yo soy la que siento haberte importunado, replicó ella sin volverse.

Y salió por la puerta del jardín, dejando solos á su marido y á su lectora, que acababa de entrar y había oído las últimas palabras de la conversacion.

XII.

Ester Sandraz, siguió durante un momento con la vista á Enriqueta. Y cuando la vió desaparecer por uno de los paseos del parque, dijo á Vandelle:

—¿Por qué rehusa V. á ese jóven una plaza en la fábrica?

—¿No lo ha adivinado V.?

—Nó.

—Por dos motivos!

—¿Cuáles?

—En primer lugar, dijo paseándose con agitacion, porque no me conviene introducir un espía en mi casa.

—Para lo que tendria que espiar, dijo Ester sonriendo, con venga V. en que el cargo seria una verdadera canongía.

—Sea. Pero...

—Pero ¿qué?

—Nada; dijo sin detenerse en sus paseos.

—Adivino: cuenta V. con el porvenir!

—Oh! exclamó; pobre de mí si no contase!

—Pues hace V. muy mal: el porvenir será igual en todo al presente.

—Lo veremos!

—Ya está visto. Pasemos al segundo motivo.

—El segundo motivo consiste en que no me hallo dispuesto á ser condescendiente.

—Ya se conoce. ¿No ha tenido V. hoy buena punteria en la caza?

peraba encontrar en él á Ester Sandraz. Cuando vió que no estaba, volvió la espalda para retirarse, despues de haber cambiado algunas palabras insignificantes con su mujer.

—Te pido un instante de audiencia, Enrique, díjole en el momento en que salía.

Detávoose él y volviendo sobre sus pasos, preguntó con tono adusto:

—¿Qué tienes que decirme?

—Quisiera, respondió resueltamente Enriqueta, rogarte que dés á Mr. Federico Deschamps la plaza de ingeniero vacante en la fábrica!

—¡Todavía!

—Cuando te hablé en su favor, hace tres semanas, me respondiste que no había plaza vacante. Hoy sé que hay una, y te la pido para mi amigo de la infancia.

—Este es un asunto de administracion, Enriqueta, y por lo tanto, no te incumbe.

Ella se levantó y acercándose á él, repuso con firmeza:

—Nó; no es para mí un asunto de administracion. Es una cuestion de amistad, de simpatía, casi de deber. Ya sabes el interés puro y fraternal que Federico me inspira. Conoces su mérito, su probidad; yo respondo de su abnegacion, de su celo, y te pido una prueba de condescendencia, de afecto hácia mí; como una gracia personal, esa plaza que á nadie has prometido y que deseo la otorgues á él.

Vandelle pareció reflexionar un instante y respondió luego:

—Siento rehusarte lo que me pides. Para la vigilancia de las máquinas, me bastará un buen contraamaestre. No me gustan los muchachos de academias, que vienen embutidos de teorías nuevas y revolucionan los talleres.

—Pues no hablemos más de ello, dijo Enriqueta dirigiéndose hácia la puerta.

—Lo siento mucho...

—Yo soy la que siento haberte importunado, replicó ella sin volverse.

Y salió por la puerta del jardín, dejando solos á su marido y á su lectora, que acababa de entrar y había oido las últimas palabras de la conversacion.

XII.

Ester Sandraz, siguió durante un momento con la vista á Enriqueta. Y cuando la vió desaparecer por uno de los paseos del parque, dijo á Vandelle:

—¿Por qué rehusa V. á ese jóven una plaza en la fábrica?

—¿No lo ha adivinado V.?

—Nó.

—Por dos motivos!

—¿Cuáles?

—En primer lugar, dijo paseándose con agitacion, porque no me conviene introducir un espía en mi casa.

—Para lo que tendria que espiar, dijo Ester sonriendo, con venga V. en que el cargo seria una verdadera canongía.

—Sea. Pero...

—Pero ¿qué?

—Nada; dijo sin detenerse en sus paseos.

—Adivino: cuenta V. con el porvenir!

—Oh! exclamó; pobre de mí si no contase!

—Pues hace V. muy mal: el porvenir será igual en todo al presente.

—Lo veremos!

—Ya está visto. Pasemos al segundo motivo.

—El segundo motivo consiste en que no me hallo dispuesto á ser condescendiente.

—Ya se conoce. ¿No ha tenido V. hoy buena punteria en la caza?

- ¡En la caza!
- Sin duda alguna. ¿Con quién está V. enfadado?
- ¡Y V. me lo pregunta! ¡Contra V! dijo al fin deteniéndose delante de Ester.
- ¡Contra mí! ¿Y qué es lo que tiene V. que reprocharme? ¿Acaso no cumplo mis deberes de lectora y acompañante? ¿No gano concienzudamente mis ciento cincuenta francos por mes, además de la mesa y la casa?
- Basta de bromas! Si hace tres semanas hubiera sabido que venia V. aquí para torturarme....
- Pues, ¿con qué objeto habia V. supuesto que venia? ¿Qué es lo que esperaba V.? ¿Que tal vez pretendia yo, disputarle á usted á su mujer, participar con ella de sus favores, representar el papel de criada amancebada al lado de la esposa legítima? Yo, Ester Sandraz, representar papel semejante! Segunda sultana en el serrallo del pachá Vandelle, en la Alta-Garona! Pensar esto, es sencillamente una estupidez, amigo mio! Oh, Dios! Cuánto ha perdido V. desde que habita en provincia!
- Propuse á V. que partiéramos juntos.
- Para verme abandonada al cabo de seis meses ó de un año, cuando se hubiera V. cansado de ese viaje sentimental, ó cuando las necesidades de la fábrica, hubiesen reclamado su presencia en ella! ¡Muchas gracias! No me gusta tampoco el papel de Ariadna abandonada!
- Ah, replicó él acercándose mas á ella, é intentando apoderarse de una de sus manos, no te abandonaré nunca!
- Posible es, repuso ella separándose: no son los abandonados los que mas sufren, la esperiencia se lo ha enseñado á usted ya... Ha sentido V. la fuerza de ciertos recuerdos... Pero; ¡qué hemos de hacerle! soy desconfiada y además..... además, usted es casado, caballero y á mí no me gusta cazar en la propiedad del vecino.

- Pues entonces, ¿qué es lo que V. pretende? exclamó Vandelle cada vez mas exasperado.
- Ella le miró fijamente, y respondió:
- Ya lo sabe V.; V. mismo lo ha dicho hace poco: quiero hacerle sufrir.
- Enrique consiguió apoderarse de sus manos y apretándose-las nerviosamente:
- ¡Cuánto me odias! exclamó.
- Sí.
- ¿De veras? ¡No me desmientes!
- Te odio todo lo que te figuras, y tal vez mas aun, añadió riendo á carcajadas, y sin evitar su mirada.
- ¡Ester! exclamó él ya furioso.
- Pero ella continuó riendo á mas y mejor, risa y aspecto que la hacian aun mas nerviosa, mas bella, mas provocativa. Tras de sus labios rojos, espesos y húmedos, brillaba una dentadura admirable en forma y en pureza.
- Su cabeza echada hácia atrás, su boca completamente abierta, permitian ver hasta el fondo de su garganta sana y sonrosada. Su pecho saliente, su talle cimbreándose... todo su cuerpo encorvado... ¡qué hermosa la hacian!....
- Tan solo estaba sostenida por Vandelle que continuaba estrujándole las manos...
- Enderezóse Ester bruscamente, é inclinándose hácia su antiguo amante, le dijo:
- ¿Verdad que hay momentos en que me asesinarías con delicia?
- Oh, sí!
- Y sin embargo, me amas!
- ¡Si te amo!
- Pues bien... esto prueba...
- ¿Qué?
- Esto prueba palpablemente....

- ¡Acaba!
—Que en el mismo odio, existe...
—Acaba, por Dios!
—¡Já já ja já! ¡Cómo se dejaría cojer!...
—¡Eres un demonio!

Y dicho esto, desanimado, aniquilado por la lucha que acababa de sostener, abandonó las manos de Ester, y se dejó caer sobre una silla.

XIII.

Ester guardó silencio, permaneció inmóvil, esperando que se repusiera, para comenzar un nuevo combate, é imponerle una nueva tortura; despues se deslizó por detrás de él y poniéndole una mano en el hombro y bajándose para que su rostro rozara con el suyo, le dijo lentamente, con voz dulce y tibia:

—¿Se acuerda V. Enrique, de la casita de la calle de Séze, de aquel gabinete misteriosamente velado... de la ventana por donde yo le veía á V. llegar... ¿Se acuerda V. de aquellos brazos que le aguardaban, de aquellos ojos que buscaban los de usted; de aquella voz que le decía: «¡No te vayas aun!»

Loco de nuevo por aquellos recuerdos que súbitamente se complacia en evocar, por aquella inesperada ternura, tanto como antes lo había sido por sus provocaciones, quiso Enrique atraerla hácia sí, é intentó estrecharla entre sus brazos.

—¡Cuidado! exclamó ella con púdico acento... Si entrase su mujer de V. en este momento. No quiero que pueda suponer que autorizo á V. para que me haga el amor. ¡Calcule V.! Me despacharía inmediatamente... ¿Y qué sería entonces de mí?

Detúvose; tomó aliento, y prosiguió:

—A propósito de la mujer de V., siempre me olvido decir á V. una cosa; verdad es que nos hallamos tan pocas veces á

solas... Es encantadora su mujer de V.; ayer la contemplé con fijeza: yo soy práctica en estas cosas! ¿Por qué no la ama usted? Porque la verdad es que... ¡míreme V. bien! ¿Valgo, acaso, más que ella?

Al decir esto, poníase delante de él, en plena luz, con el rostro animado, los ojos brillantes, la sonrisa en los labios, segura de sí misma, resplandeciente de juventud y de belleza.

—Oh, exclamó él, llevando las manos á sus ojos, como si quedase deslumbrado: no me mires así, no me digas que te mire: tu vista me vuelve loco!

—Ya lo sé, y por eso mismo lo hago... replicó Ester, fria y burlona de nuevo.

—Aun, y siempre, esa burla cruel!

Sentóse ella en el sofá, se estendió en él lánguidamente y con tono sentimental y vaporoso, dijo:

—Esta noche he soñado con V.: veíale tal como era en otro tiempo, cuando era dueño de mi corazón, cuando me proporcionaba V. todos los delirios, cuando me bastaba tocar una de sus manos para sentir estremecerse todo mi sér... Oh, Enrique, Enrique ¿por qué me dejaste partir, por qué tú mismo partiste, por qué pusiste á esa mujer entre nosotros?

—Olvida que existe.

—Pero no por eso dejará de existir. Y además, añadió cambiando de tono; ¿quién le dice á V., que aunque fuese libre, yo le amaría?

—Eres la tortura viva é implacable! Juegas conmigo como el tigre con su presa... Con una palabra, con una mirada, sabes abrasarme, me atrevo al fin á esperar... Veo brillar en tus ojos, un relámpago de amor, me lanzo, y una palabra glacial. una sardónica sonrisa, vuelven á hundirme en el infierno!

—Pues precisamente, respondió ella flemáticamente, es lo que apetezco, es lo que deseo!

—¿Y siempre serás así?

—¡Siempre!

—Pues bien, es preciso que esto termine. ¡Conmigo ó sin mí saldrá V. de esta casa!

—Bah!

—Sí; aun cuando tenga que decirlo, que confesarlo todo!

—¿A quién?

—¡A mi mujer!

—¿A la mujer de V.? Es una buena idea. Le aconsejo á usted que la ponga en planta... ¡Seria curioso, muy curioso lo que entonces pasaria.

Oyerónse pasos en la sala contigua. Ester abrió la puerta de cristales que daba al terrado, y salió por ella tranquilamente, con un libro en la mano, no sin haber lanzado antes á Vandelle una postrera y penetrante mirada, que parecia desafiarle á poner en práctica su idea.

XIV.

Demasiado sabia que Vandelle no habia de hablar. De lo contrario hubiéralo hecho el primer día, cuando apenas la habia visto y aun no habia caído bajo su dominio. Lo hubiera hecho cuando todavía podia decir á su mujer:

—«Sí; he amado antes de conocerte, á la que ha tenido la «audacia de presentarse hoy á tí, pretendiendo introducirse en «nuestra intimidad. Hasta he seguido amándola en los prime- «ros meses de nuestro matrimonio, cuando yo no te conocia «como hoy te conozco. ¿Quién puede impedir que el pasado «no existe? En mi delirio, me atreví á escribirle cartas, que «hoy en sus manos son un arma contra mí. Pero despues, tus «gracias tu belleza, tus esquisitas delicadezas me han conmo- «vido, y poco á poco he ido olvidando los pasados años, para «vivir solo en el presente; mis recuerdos se han estinguido, ya

«solo veo una realidad encantadora. Perdóname, yo te lo supli- «co, y diga lo que diga, haga lo que haga, espulsa á esa mu- «jer de tu casa.»

Pero Enrique no podia ya decir nada de esto: Ester habia entrado en su casa con el consentimiento suyo; habia cometido la infamia de dar á su antigua querida una plaza en el hogar conyugal.

Y mientras que de este modo convertíase en su cómplice, trasformábase asimismo en su esclavo, en su cosa. Pertenecía- le por toda la violencia de sus recuerdos, de sus combatidos deseos, contenidos é hirvientes hácia dos años, y que á la vista de Ester se habian aguzado y resucitado con furor. En la época en que su imágen era ya indecisa; en que iba apagándo- se poco á poco, como se extinguen en el horizonte los últimos rayos del sol, presentóse de repente con todo el esplendor de sus veinticinco años, de su desarrollada belleza. No le bastaba aparecer, soberbia, esplendente, suficientemente hermosa para ser adorada al primer golpe de vista por cualquiera que antes no la hubiera conocido, sino que traía consigo el pasado con todos sus escitantes perfumes. No la veía él tal como era ahora con su aspecto reservado y modesto, y su traje apropiado á su nueva situacion, sus ojos bajos, silenciosa y en actitud verdaderamente conveniente; sino que la contemplaba con la ardiente mirada, la boca húmeda y entreabierta, el cabel- lo tendido; el seno palpitante; oíala murmurar á su oído ca- lientes frases, acordándose de todas sus locas y vertiginosas caricias.

Y para calmar la amargura de sus recuerdos, para apaciguar el ardor de su sangre, para atenuar el pasado, ni siquiera se dignaba ofrecer el porvenir; no hacia ninguna de esas prome- sas que permiten olvidar la hora presente, y refugiarse en la esperanza. Por el contrario, parecia decirle.—«Mira lo que «soy, pero acuérdate de lo que he sido; figúrate lo que podria

«ser, si mezclase el presente con el pasado; si quisiera... pero «no quiero, ni querré nunca.»

Esta última frase, ni oírla quería. Rechazábanla su orgullo y su amor propio. ¡Nunca! ¿Era posible que nunca?... Podía él admitir que después de haberle amado tanto, ella ya no le amase, y que no se viera atormentada por los mismos recuerdos que á él le hacían sufrir? Sí. Al castigarle por su traición, ella debía sufrir lo mismo que él. Pero aquel castigo tendría un término: la pena no tardaría en espirar. Ella intentaba de fijo una prueba; quería de una vez esclavizarle por completo, hacer toda idea de cansancio imposible para el porvenir. Ella seguía amándole. Hacía esfuerzos para asegurarse de ello, y Vandelle lo creía así!

¿Se engañaba? ¿Amábale, efectivamente Ester? Después de dos años de lucha, dos años de esfuerzo para olvidarle habiase visto, obligada á volver á él, víctima de un deseo indomable? ¿Surgía el pasado ante la querida, de igual modo que ante el amante? ¿O bien, según ella afirmaba, victoriosa de sus recuerdos, segura de sí misma, preservada ya de una nueva caída, únicamente pensaba en vengarse?

Si únicamente trataba de hacerle sufrir una espriación, bien podía alabarse de haber imaginado una terrible tortura para martirizar á aquel hombre, cuya alma era cuerpo y á quien azotaba cruelmente en su carne.

Sin embargo; menos dura se mostraba con su antiguo amante que él lo era para consigo mismo; ella, contentábase con vivir bajo su mismo techo, y surgir ante él como un vivo reproche del pasado. Pero si él no hubiera conocido en otro tiempo á Ester Sandraz, no hubiera podido dirigir reproche alguno á Clara Meunier. Esta más bien sufría que provocaba, toda entrevista con él. Vandelle era quien la buscaba sin cesar, quien se ingeniaba en procurarse entrevistas, en sorprenderla; quien

estaba siempre al acecho, siempre espiando la hora en que las más tenaces resistencias, cesan con un simple abrazo.

XV.

Una tarde, cuando Vandelle atravesaba el parque para dirigirse al pueblo, vió á Ester que salía de la casa y se dirigía hacia un cenador frondoso, donde Enriqueta y ella solían refugiarse durante las horas más calurosas del día. Ester iba entonces sola, gracias á que Enriqueta había dicho después del almuerzo que tenía una fuerte jaqueca, y que se retiraba á su habitación.

Al ver á Ester, calculó Vandelle que la ocasión era excelente para tener una larga entrevista con la mujer que siempre le evitaba. Sin embargo, no corrió á ella inmediatamente; con verdadera prudencia, quiso darle tiempo para que se instalase á sus anchas, con el objeto de que no huyera al verle aparecer. Dejó, pues, trascurrir un cuarto de hora, y luego, se ocultó entre unas matas que le permitieron ver, sin ser visto lo que en el cenador ocurría.

¡Feliz idea había tenido al no apresurarse! Aprovechándose de la libertad que Enriqueta la concedía, y persuadida de que nadie había de turbar su soledad, por otra parte razón alguna, para guardar miramientos, Ester, en lugar de sentarse como de costumbre tenía, en el banco rústico, se instaló en una hamaca, suspendida entre dos árboles. Y luego, fatigada por el calor, fué poco á poco quedándose dormida.

Vandelle, silencioso, conteniendo su respiración, contemplóla durante largo rato, con ardiente mirada. Desde el sitio en que se hallaba, veíala por entero, abrazándola su mirada en conjunto. No uniéndose por arriba la tela de la hamaca, Ester aparecía desde luego, de cara y visible de la cabeza á los pies.

¡Espléndida estaba de modo semejante! Un rayo de sol, despues de haber penetrado por entre el ramaje, acudia á posarse en sus cabellos y en sus brazos desnudos, colocados detrás de su cabeza, como sirviéndole de almohada. Las largas pestañas de sus ojos, medio cerradas, derramaban una lijera sombra sobre sus megillas. Su boca entreabierta sonreía voluptuosamente; hubiérase dicho que soñaba en lejanos amores. Colocada horizontalmente, sus pechos abundantes parecian poseer la firmeza del mármol; y los bajos de su falda, un poco alzados, dejaban ver una pierna fina en las estremidades, redonda y carnosa en el centro. Despues de haberla admirado de cara, Vandelle pudo gracias á la colocacion de la hamaca, suspendida entre cielo y tierra, de correr con la vista todos los contornos de su cuerpo, extasiarse ante todas sus líneas fielmente dibujadas por el tendido lienzo que parecia modelarla, como el barro modela alguna maravilla de que un escultor desea conservar copia exacta. Sus anchos y redondos hombros, su espalda perfectamente curva, sus costados poderosos, á los cuales, el vestido arrugado bajo ella é invisible daba mas amplitud, desarrollábanse con magnificencia; y el lienzo blanco de la hamaca, al cubrir á medias á aquel bellissimo cuerpo, disimulando los vestidos, prestábale la blancura del mármol, la desnudez de la estátua.

Enrique no se cansaba de contemplarla, y su cabeza se turbaba. Todo, en la naturaleza, parecia haberse asociado, en aquel instante, para embriagarle; olas de ardiente luz, exhalaciones de la tierra bañada por el sol, el mismo cenador, sonoro, gracias al zumbido de mil insectos.

No obstante, aguardó á que los ojos de Ester se hubiesen cerrado por completo; á que su seno, nerviosamente agitado al reclinarse, acompasara tranquilamente su movimiento, y entonces, cuando esto sucedió, abandonó el sitio en que se hallaba, y dulcemente, procurando no hacer ruido alguno, se deslizó hasta ponerse junto á la hamaca.

XVI.

Colocóse al lado suyo, sin que ella abriera los ojos, y pudo contemplarla de cerca, aspirando sus perfumes favoritos y todos los perturbadores efluvios que se desprenden de la mujer amada.

Despues, presa de tirano delirio, se lanzó hácia ella con indecible arranque y unió sus labios á los de Ester.

Despertóse esta sobresaltada. Su mirada manifestó el espanto, pero como no podia dar un grito, como se hallaba atada, por decirlo así, colocó sus manos sobre los hombros de Vandelle, é intentó rechazarle.

Consiguió alejarle un poco, mientras que de sus labios, única parte libre que de su cuerpo le quedaba, salian estas palabras:

—Suélteme V.! Suélteme V. ó pido auxilio! ¡Cobarde! ¡Cobarde!

No pudo continuar; habíase él apoderado de sus manos, y de nuevo aprisionaba su boca con besos febriles.

Hizo entonces enérgicos esfuerzos para deslizar su cabeza por un lado, para evitarle.

Pero todo aquel que haya subido para descansar, en una hamaca algo elevada, no debe ignorar que es dificilísimo salir de ella y poner los piés en el suelo, aun cuando nadie se halle allí para privar los movimientos. Ester hallábase cautiva en aquella especie de saco de tela, que por todas partes la oprimia, y además estaba sujeta por un hombre robusto, nervioso y violento.

La lucha era imposible; renunció á ella. Era preciso sufrir los besos de Vandelle; se resignó. Pero entonces sucedió un extraño fenómeno, probado varias veces, aun en las mujeres mas expansivas: bien sea que la sorpresa, la cólera, la indignacion, las paralicen de repente, ó que tengan en sí una fuerza de vo-

luntad capaz de dominar la violencia de su temperamento. permanecen á veces de bueno ó de mal grado, tan frias, tan glaciales, como apasionadas lo son en otras. La mujer, sin duda, porque es débil siente instintivamente horror á la violencia: quiere dar, en general, pero no desea ser robada. Mas de un hombre ha visto escapársele una victoria de este género, por haber apresurado bruscamente el desenlace.

A la repugnancia de Ester, á su cólera por verse groseramente atacada de aquel modo, al desprecio tal vez que entonces le inspiraba Vandelle, uníase otro motivo de resistencia pasiva, ó de fria resignacion; si cedia á los transportes de su antiguo amante, si respondia á sus caricias, no tardaria en sucumbir por completo, y entonces perdía su venganza. Dias y noches de horrible lucha, inmoladas, así como años enteros, en aras de la muerte de sus escitantes recuerdos, intentando atenuar su ardor; mil esfuerzos, mil sufrimientos, todo, todo llegaba á ser inútil, todo se borraba en un momento. Un segundo de olvido bastaba para unir el pasado con el presente. Habia venido á castigar á Vandelle, y le recompensaba; en lugar de sufrir, triunfaria!

Así pues renunciando á una lucha peligrosa, sufrió los besos que le daba, pero no le devolvió ninguno. Sus dientes se apretaron, sus labios permanecieron obstinadamente cerrados, frios, secos, inertes! Vandelle habia aplicado su boca á la de una muerta.

Admirado, asustado, levantó bruscamente la cabeza, y la miró: ningun color animaba el rostro de Ester: sus ojos permanecian apagados, inmóviles, sin expresion alguna. Fijábalos sobre él, sin que se pudiera leer en ellos, ni un reproche, ni un insulto, ni un deseo, ni la alegría del triunfo!

Como esta frialdad habia llegado á helarle tambien, y ya no se atrevia á volver á inclinarse sobre Ester, aprovechó esta, la libertad que se le habia devuelto, para incorporarse en la ha-

maca, mover sus piernas hácia un lado, y tomar, de este modo un punto de apoyo en el suelo.

Despues, libre ya, de pié, severa, impassible, se alejó, sin dignarse siquiera volver la cabeza.

XVII.

La venganza de Ester, habia, pues, tomado una nueva forma, y de las mas inesperadas. En efecto nunca habia acudido á la imaginacion de la jóven, que estuviera llamada á representar un dia el papel de estatua; de fijo, que á saberlo de antemano, se habria considerado inhábil para el caso. Y cuando calculaba con no escasa inquietud, lo que seria de ella, si Vandelle tomando fuerzas en sus éxitos pasados, se mostrase mas audaz, hé aquí que de repente se encontraba en estado de resistir á todos los ataques, provista de armas defensivas que la hacian ser omnipotente.

Las fuerzas aumentaban con esta victoria; habiendo sabido resistir al primer ataque, esperaba sostener de igual modo todos los demás.

Ya no se veia obligada á contenerse en una prudente reserva, omitiendo toda clase de coquetería. Podia ya dejarse admirar sin peligro alguno, puesto que permanecia insensible á aquella admiracion, impidiéndole traspasar los límites que ella le habia consignado.

De este modo podria añadir un refinamiento á su venganza, que de inactiva la trasformaria en militante. Desafiaria á su adversario á medir sus fuerzas con ella, le dejaria comenzar las hostilidades, exaltarse en el combate, y en seguida opondria á sus audacias y sus ardores, su impassibilidad y su sangre fria. Siempre habia seducido la lucha á aquella estraña mujer, que segun hemos oido, á los veinte años domaba los caballos rebeldes, escalaba las montañas y desafiaba al mar.

Dotada de una imaginacion siempre despierta, y cuya actividad se aumentaba con las actuales abstinencias, tal vez encontraba un secreto goce en cubrirse de aquel cilicio, en macerar sus carnes, en vencer á sus sentidos. A veces el ascetismo encubre una profunda voluptuosidad.

No debia tardar Vandelle en proporcionarle una ocasion para triunfar aun de sí misma. Su primera derrota no le habia desanimado; considerábala como una simple escaramuza, en la que habia sido vencido por sorpresa, y por lo tanto, propúsose dar una gran batalla, sin poner en duda que la victoria estaria de su lado.

XVIII.

Ni el mejor general, por otra parte, hubiera combinado mejor su plan estratégico. Escogió con sumo cuidado, el terreno, el dia y la hora. Llevó su escrúpulo, hasta el punto de consultar el barómetro; queria hallarse para combatir con ventaja en buenas condiciones atmosféricas. Su antiguo modo de vivir, sus numerosas amistades femeninas, le habian enseñado que el estado del cielo, y el viento juegan un gran papel en la historia de las mujeres. Un tiempo húmedo, lluvioso, predispone á la pereza, á la indolencia, á la apatía: la fatiga se siente sin haber hecho ejercicio; la melancolía acude sin motivo fundado; búscase la soledad; apetécese el sueño. Por el contrario, una temperatura seca, un buen viento noreste azota la sangre, activa su circulacion, irrita el sistema nervioso, é impulsa á buscar al prójimo para contradecirle, arañarle ó amarle, segun la complexion del individuo. Cuando el aire está lleno de electricidad, sucede otra cosa muy distinta; ya no se siente solo el deseo de arañar, sino el de morder, pegar ó ser pegado, buscar camorra á las personas mas inofensivas, abrazarse á un pecho amigo, gritar, reir ó llorar. Las mujeres dan, por lo regular, su

primera caida en dias tempestuosos. Que se acuerden y reconocerán, que el cielo fue su cómplice; esto es un consuelo para ellas, pero en verdad que el cielo debe tener la conciencia muy cargada.

Así pues, Vandelle, como hombre experto, y jugador que desea encontrar probabilidades de ganancia, escogió un dia de tempestad para dar la batalla.

Crejó así mismo prudente aprovechar un viaje que Enriqueta hizo á Luchon, donde entonces se encontraba una parienta suya. En los dos primeros dias de esta ausencia, Vandelle habia deplorado la serenidad del cielo, la bondad de la atmósfera que parecia no querer ayudarle, impidiéndole tal vez aprovecharse de una ocasion tan propicia. Pero desde el mediodía del dia tercero, espesas nubes velaron bruscamente las montañas; el aire se hizo pesado, asfixiante. Todo anunciaba una de esas tormentas tan frecuentes en los Pirineos.

Pronto el trueno se dejó oír á lo lejos, los ecos de la montaña prolongaron su sonido hasta el infinito y rápidos y frecuentes relámpagos comenzaron á desgarrar las nubes.

A la caida de la tarde, la tormenta se hallaba en toda su fuerza. Ester Sandraz no habia salido de su cuarto ni aun para comer, pretestando una fuerte jaqueca. Pero Vandelle sabia que velaba; desde el parque habia visto luz por sus balcones.

Esperó que los criados se retirasen á sus habitaciones, y sin hacer ruido, marchando de puntillas, comenzó á subir la escalera de la casa.

Cuando llegó al segundo piso, saltó por un balcon corrido que daba vuelta á dos fachadas, y de este modo, deslizándose, pudo llegar hasta los balcones del cuarto de Ester. Hallóles cerrados, pero la ventana que seguia despues y permitia entrar á un cuartito tocador contiguo al otro, estaba entreabierta. Sofocada por el calor de aquella noche tempestuosa, y no atreviéndose á abrir todos los balcones, Ester habia puesto en co-

Dotada de una imaginacion siempre despierta, y cuya actividad se aumentaba con las actuales abstinencias, tal vez encontraba un secreto goce en cubrirse de aquel cilicio, en macerar sus carnes, en vencer á sus sentidos. A veces el ascetismo encubre una profunda voluptuosidad.

No debia tardar Vandelle en proporcionarle una ocasion para triunfar aun de sí misma. Su primera derrota no le habia desanimado; considerábala como una simple escaramuza, en la que habia sido vencido por sorpresa, y por lo tanto, propúsose dar una gran batalla, sin poner en duda que la victoria estaria de su lado.

XVIII.

Ni el mejor general, por otra parte, hubiera combinado mejor su plan estratégico. Escogió con sumo cuidado, el terreno, el dia y la hora. Llevó su escrúpulo, hasta el punto de consultar el barómetro; queria hallarse para combatir con ventaja en buenas condiciones atmosféricas. Su antiguo modo de vivir, sus numerosas amistades femeninas, le habian enseñado que el estado del cielo, y el viento juegan un gran papel en la historia de las mujeres. Un tiempo húmedo, lluvioso, predispone á la pereza, á la indolencia, á la apatía: la fatiga se siente sin haber hecho ejercicio; la melancolía acude sin motivo fundado; búscase la soledad; apetécese el sueño. Por el contrario, una temperatura seca, un buen viento noreste azota la sangre, activa su circulacion, irrita el sistema nervioso, é impulsa á buscar al prójimo para contradecirle, arañarle ó amarle, segun la complexion del individuo. Cuando el aire está lleno de electricidad, sucede otra cosa muy distinta; ya no se siente solo el deseo de arañar, sino el de morder, pegar ó ser pegado, buscar camorra á las personas mas inofensivas, abrazarse á un pecho amigo, gritar, reir ó llorar. Las mujeres dan, por lo regular, su

primera caida en dias tempestuosos. Que se acuerden y reconocerán, que el cielo fue su cómplice; esto es un consuelo para ellas, pero en verdad que el cielo debe tener la conciencia muy cargada.

Así pues, Vandelle, como hombre experto, y jugador que desea encontrar probabilidades de ganancia, escogió un dia de tempestad para dar la batalla.

Crejó así mismo prudente aprovechar un viaje que Enriqueta hizo á Luchon, donde entonces se encontraba una parienta suya. En los dos primeros dias de esta ausencia, Vandelle habia deplorado la serenidad del cielo, la bondad de la atmósfera que parecia no querer ayudarle, impidiéndole tal vez aprovecharse de una ocasion tan propicia. Pero desde el mediodía del dia tercero, espesas nubes velaron bruscamente las montañas; el aire se hizo pesado, asfixiante. Todo anunciaba una de esas tormentas tan frecuentes en los Pirineos.

Pronto el trueno se dejó oír á lo lejos, los ecos de la montaña prolongaron su sonido hasta el infinito y rápidos y frecuentes relámpagos comenzaron á desgarrar las nubes.

A la caida de la tarde, la tormenta se hallaba en toda su fuerza. Ester Sandraz no habia salido de su cuarto ni aun para comer, pretestando una fuerte jaqueca. Pero Vandelle sabia que velaba; desde el parque habia visto luz por sus balcones.

Esperó que los criados se retirasen á sus habitaciones, y sin hacer ruido, marchando de puntillas, comenzó á subir la escalera de la casa.

Cuando llegó al segundo piso, saltó por un balcon corrido que daba vuelta á dos fachadas, y de este modo, deslizándose, pudo llegar hasta los balcones del cuarto de Ester. Hallóles cerrados, pero la ventana que seguia despues y permitia entrar á un cuartito tocador contiguo al otro, estaba entreabierta. Sofocada por el calor de aquella noche tempestuosa, y no atreviéndose á abrir todos los balcones, Ester habia puesto en co-

municacion su cuarto con aquel otro cuartito y recibia de este modo indirectamente el aire por aquella ventana.

Vandelle, sin dudar un solo momento, pues se hallaba resuelto á todo, aun al escándalo, penetró cautelosamente en aquel cuartito, y conteniendo su respiracion, marchando otra vez de puntillas, sin hacer ruido alguno, se dirigió hácia la puerta, adelantó la cabeza y miró.

Ester se hallaba de espaldas: pero podia verla en el espejo colocado sobre la chimenea.

De pié, medio envuelta en un peinador de muselina, arreglaba sus cabellos para la noche. Sus brazos, desnudos hasta el hombro, arqueábanse por detrás de su cabeza, mientras que sus ágiles dedos se movian entre el cabello. Su cuerpo, inclinado hácia atrás hacia sobresalir su potente seno que se desbordaba del peinador. Su mirada tenia algo de vago, de melancólico y sus labios, abiertos á medias, parecian agitados por un estremecimiento voluptuoso.

Para evitar el calor se habia librado de la tiranía del corsé, y de las enaguas almidonadas; pero el flotante peinador que la envolvía, no podia dibujar sus formas y Vandelle, no habria podido ni sospecharlas siquiera, si el pasado surgiendo repentinamente ante él, no le hubiera hecho entrever todos los encantos en otro tiempo contemplados.

La tempestad abandonó la montaña para bajar al llano, los relámpagos se hicieron mas frecuentes, el cuarto aquel se iluminaba á cortísimos intervalos y la muselina del peinador se hizo mas transparente. Entonces á brevísimas intermitencias, y como una brusca vision, Ester apareció en toda su desnudez.

Las líneas esbeltas y poderosas de su cuerpo, dibujábanse con precision, hundidas en el talle, abultadas y salientes en el cuerpo y las caderas. Su piel dorábase á la luz de los relámpagos y bajo la influencia de las corrientes eléctricas, parecia agitarse víctima de rápidos estremecimientos. Era á la vez dio-

sa y mujer; diosa, por el espectáculo grandioso que la rodeaba, por su belleza escultural, por la armonia de sus formas, por su gracia soberana; mujer, cuando su cuerpo templaba, palpitaba, se retorcia en su muelle voluptuosidad.

De repente, cayó una exhalacion junto á la casa, y Ester, mucho mas asustada, se volvió hácia la puerta con objeto de cerrarla.

Viéndose descubierto, Vandelle se lanzó á ella y la estrechó entre sus brazos.

XIX.

Ester no manifestó ni espanto, ni sorpresa siquiera. Tal vez esperaba aquella brusca interrupcion, aquel nuevo ataque. Tal vez, hacia dias que adivinaba los planes de Vandelle, y segura de sí misma, cierta de no sucumbir en la lucha, la aceptaba con valor.

No lanzó un grito, no hizo esfuerzo alguno, para evitar la brutal acometida de su antiguo amante. Permaneció rigida, impasible en sus brazos, contentándose con desafiarle con la mirada, y sonreír irónicamente. Parecia decirle:—«Bien; lo has querido; Me hallo en tu poder, desarmada, sin fuerzas para resistirte; soy tu cosa, haz de mí lo que quieras. Sin embargo, «no lo olvides, soy una cosa inerte, un cuerpo sin alma. Soy «la materia, pero no ignoras que para animar á la materia es «preciso ó lo que los materialistas llaman la fuerza, ó lo que «llaman los espiritualistas el soplo divino. Anímate; te desafio «á que lo intentes.»

Él, no comprendia aun, no adivinaba lo que por ella estaba pasando; no habia tenido nunca ocasion de medir la fuerza de resistencia que existe en una mujer firme en su obstinacion, segura de sí misma, porque ya ha triunfado, y ávida de venganza.

Recordando el pasado, creía siempre que Ester volvería á ser lo que habia sido. La juzgaba segun sus propias sensaciones; habíala amado solamente con los sentidos, y sus sentidos subsistian; pero olvidaba que Ester le habia amado primeramente con el corazon, y que ulcerado el corazon, los sentidos dormian.

Teniala en sus brazos, intentando reanimarla, pero no lo conseguia. El dia, en que habiéndola sorprendido en la hamaca é inclinándose hácia ella habia intentado hacer brillar sus ojos, y hacer dar besos á sus labios, habíase consumido en esfuerzos impotentes. Ahora, ya no eran el rostro, la mirada y la boca lo único que permanecía impassible; era tambien el cuerpo, todo el cuerpo; el seno conservaba su impassibilidad mármorea; el talle y las caderas, su rectitud de líneas; los brazos permanecian pendientes y pegados al cuerpo; ni el color, ni estremecimiento alguno revelaban en ella el menor deseo.

Y cuando Enrique levantaba sus ojos hácia ella, encontraba siempre su eterna sonrisa, su estinguida mirada.

Intentó conmoverta, al menos, con sus palabras; pintóle sus sufrimientos, sus torturas; dijole que moriria, que se mataria, si no era ya amado por ella; estuvo verdaderamente apasionado, elocuente, fogoso. Ella le escuchó sin interrumpirle, siempre silenciosa, siempre impassible, sonriente siempre. Lloró como un niño; ella contempló como lloraba. Furioso, fuera de sí, la levantó en sus brazos, y la arrojó sobre un sofá; ella cayó, mejor dicho se dejó caer, de igual modo que caería una Vénus de mármol derribada de su pedestal.

Entonces ya, tuvo él miedo de aquella inercia, de aquella mirada estingida, de aquella boca entreabierta, de donde no parecia salir aliento alguno, de aquel silencio que le rodeaba, de aquella rigidez cadavérica. Sintióse por segunda vez vencido, incapaz de luchar por mas tiempo, de triunfar de las resistencias calculadas ó instintivas de aquella mujer de fuego metamorfoseada en mujer de hielo.

XX.

La tormenta habíase desvanecido. Ya no se oian en la montaña mas que sordos gruñidos, á manera de un eco lejano y debilitado que habla todavía, cuando ya reina el silencio. Todas las nubes se habian disipado, dejando descubierto un cielo de un azul oscuro, sembrado de luminosas estrellas. La luna llena, rodeada de un ancho círculo luminoso, doraba aun algunos ligerísimos vapores que la tormenta habíase olvidado de arrastrar en su fuga. Las montañas aparecian tan claramente dibujadas como de dia, con sus picos salientes, sus cimas nevadas, plateadas por toda la luz que del cielo descendia. Mil aromas subian de la tierra mojada, de las yerbas de la pradera, de los árboles frondosos. En estos, los pájaros á quienes habia despertado la tormenta, y que ahora la claridad de la noche les impedia conciliar el sueño, se hablaban entre sí, se contaban su miedo durante la tempestad y daban de este modo un concierto nocturno. La naturaleza habíase calmado: al ruido, al desórden, al horror, sucedian el reposo, la armonía, la belleza!

Ester, ya sola, abrió uno de sus balcones y asomada á él pudo gozar de los esplendores de aquella bella noche, mientras saboreaba su nuevo triunfo. Este era en realidad absolutamente completo: habia sabido vencer á sus recuerdos, á su pasado, á sus sentidos tentados quizás de protestar contra la sumision que de ellos se exigia. Ah! ahora sí que estaba vengada, tan bien vengada que ni pensaba en vengarse asimismo, como al principio lo apetecia, de aquella Enriqueta de Loustal que le habia arrebatado su amante, su futuro marido.

Y sin embargo, Enriqueta nada habia hecho para enternecerla, para inspirarle piedad ó simpatía. Antes al contrario,

por instinto, por intuición, había siempre tratado á Ester, sino con dureza, al menos con afabilidad. No había intentado hacerse de ella una amiga, una confidente; habíase limitado á considerarla como su acompañante, su lectora, la mercenaria, casi la criada. Ester había sido tolerada, pero no aceptada.

No obstante, Enriqueta, podía tener necesidad de una aliada; abandonada por su marido, herida en su amor propio; desdeñada, casi despreciada, indefectiblemente, pensaba Ester, sus miradas han debido volverse hácia Federico, el compañero de su infancia, el amigo de su juventud. Si; para Ester, que había sucumbido sin larga resistencia, el día en que se enamoró de Vandelle; para Ester educada por una madre débil, entregada desde muy niña, á su propio instinto, audaz de nacimiento, y por consecuencia de su educación, no teniendo sino una imperfecta noción de lo que se llama deber; rebelde á comprender ciertos sacrificios y determinadas abnegaciones, Enriqueta debía haber caído ó hallarse á punto de caer.

Pero, ¿qué le importaba ya la tal caída? ¿Había de ir á contárselo á Vandelle? ¿Con qué objeto había de separar para siempre á ambos esposos? ¿Por ventura no le pertenecía ya Vandelle para siempre? ¿No había logrado resucitar el pasado, darle un cuerpo, poner entre él y su mujer, una barrera infranqueable?

Además, ¿qué crimen había cometido Enriqueta contra ella? ¿Al casarse con Vandelle, tenía conciencia del daño que causaba á Ester, de la desesperación en que la sumía? Verdad es que no se había portado muy bien con su lectora, pero de esto solamente Clara Meunier podía estar resentida; nada tenía que ver en ello Ester Sandraz. ¿Qué actriz, en la vida privada guarda rencor al actor que el día anterior en escena, representando su papel, la ha injuriado mortalmente? Ester llevaba una máscara, esta máscara podía ser abofeteada impunemente sin que su mejilla sufriese injuria alguna.

Pero, desgraciadamente, para Enriqueta, ésta iba muy pronto á herir cruelmente á Ester Sandraz.

XXI.

Una noche del mes de setiembre, Mr. Fourcanade, su señora y su hija fueron á hacer una visita á casa de Vandelle.

Las noches empezaban á refrescar en aquel país montañoso; así es que chisporroteaban enormes troncos en la chimenea del gran salón donde ya se recibían las visitas.

La alcaldesa y su hija Angélica, Enriqueta y Clara Meunier, sentadas ante una gran mesa, hacían labor y hablaban. En cuanto á Vandelle, hundido en un sillón, al extremo de la sala, mientras parecía prestar atención á Mr. Fourcanade que le hacía confidencias poco trascendentales, tenía los ojos fijos en Ester, cuyo rostro iluminado por la llama de la chimenea, destacábase vigorosamente en el centro de aquella semi-oscuridad.

—Angélica, hija mía, dijo la alcaldesa á su hija, ocúpate en mirar los grabados de un libro... Conviene que una jóven como tú, esté siempre ocupada.

—Con mucho gusto, mamá, exclamó Angélica con una vocécita aguda; pero no tengo libro alguno.

M.^{me} Fourcanade, volviéndose hácia Clara la suplicó que prestase un álbum á su hija.

Ester se dirigió á buscar un abultado libro colocado sobre un velador próximo y se lo entregó á Angélica, diciendo:

—Aquí tiene V. *La vuelta al mundo*, señorita; en él hallará V. grabados muy instructivos.

—¿No hay salvajes, verdad? exclamó la alcaldesa asustada.

—No, señora, no hay salvajes, dijo Ester, sonriendo.

—Bueno. Ver salvajes no siempre es conveniente para las señoritas.

Mientras que Angélica se apartaba, con el libro, é iba á hojearlo cerca de la ventana, aprovechando las últimas luces del día, la alcaldesa, que juzgó prudente no dejar languidecer la conversacion y que poseia el talento de las transiciones, dijo á Enriqueta:

—¿No viaja nunca Mr. Vandelle?

—Con poca frecuencia, respondió Enriqueta.

—Gran conversion ha obrado V. en él. Debe V. hallarse orgullosa.

Despues, y no sin haberse asegurado de que ni su hija, ni el amo de la casa podian oirla, inclinóse hácia Enriqueta y bajando la voz, la dijo:

—Si hablo de su conversion, es por que M. Vandelle, antes de su matrimonio, pasaba por ser tan mala cabeza ó peor que mi marido. Dicese que llevaba en París una existencia... Ya sé que el tutor de V. se lo advirtió, sin esto, puede V. creerme que no hablaria nunca de estas cosas.

Inclinóse aun mucho mas, de manera que solo pudiese ser oída por Enriqueta y Ester, y añadió confidencialmente:

—Creo que sentia una pasion... formal, que sostenia relaciones íntimas con una extranjera, una portuguesa, segun creo, que habia venido á buscar fortuna á Francia con su madre; y se aseguraba que tenia la pretension de casarse con él.

—Ya lo sabia, respondió Enriqueta, continuando su labor, mientras que Ester Sandraz habia abandonado el suyo, y pálida, conmovida seguia con avidez el curso de aquella conversacion.

—Mi tutor habló de esa mujer con Vandelle, que confesó francamente aquella locura. Pero no creo que nunca haya tenido la idea de casarse con ella. ¿Acaso puede nadie casarse con esa clase de mujeres?

Ester consiguió á duras penas, reprimir un movimiento de cólera.

—¡Celosa! ¿Qué podia haber de comun entre ella y yo? Com-

padezco con toda mi alma á esas infelices de que hablamos, y siento por ellas, mas bien lástima que asco. Pero si aquel á quien he dado mi mano y mi fé, olvidando su dignidad y su honor, cayera en lá abyeccion de darme por rival, á mí, á su esposa, una mujer de esa clase mi desprecio seria mayor para él que para ella, y ni aun le haria el honor de consentírselo!

—¿De veras? murmuró Ester, de pié y temblorosa.

—¿Qué dice V. Clara? dijo Enriqueta alzando la cabeza.

—Nada, no he dicho nada, repuso Clara volviendo á sentarse.

—Pues yo no soy como V., replicó la alcaldesa: tengo celos de todas las mujeres, hasta de las criadas; y si mi marido hubiera tenido por querida á una de esas mujerzuelas, aunque fuese portuguesa, ninguna consideracion me hubiera privado de arrancar los ojos á ambos culpables!

—Se pueden tener celos de una criada, observó Enriqueta, si la criada es honrada. La camarera á quien la pobreza obliga á servirnos, está muy por encima de esas intrigantes cuyo solo objeto es casarse y ocupar la plaza de las mujeres honradas.

La alcaldesa, dijo, levantando la voz:

—Angélica, sigue mirando los grabados.

—Sí, mamá, exclamó la dulce Angélica que prestaba atento oído á la conversacion.

La alcaldesa, prosiguió diciendo á Enriqueta:

—Tal vez se ha mostrado V. un poco severa con esa... señorita.... como las llaman en París. He oido afirmar que en otro tiempo era recibida en la buena sociedad parisiense, que tenia muy buenas maneras, y vasta instruccion....

Enriqueta le cortó la palabra y respondió con toda la severidad de la jóven educada en provincia, y con toda la brutalidad de la mujer casta:

—Pues es mas culpable de ese modo! Su pasado, su educacion, habrian debido preservarla de una caida vergonzosa. Pero

yo conozco mejor que V. á la mujer de que nos ocupamos: no es V. la primera persona que me habla de ella. Últimamente, en Luchon, una de mis amigas me la nombró! Se llamaba, creo, Ester Sandraz y habia escandalizado á París por sus es-
centricidades, sus gastos exagerados, sus trajes espléndidos. Nadie la tenia en gran aprecio, ni aun antes de su caida... En cuanto á esta caida, debió ser premeditada. Enrique entonces era rico, y esto inspiró sin duda un infame cálculo, un tráfico odioso!

Ester volvió á levantarse amenazadora, terrible.

Pero en torno suyo habíase formado progresivamente la sombra: ya no la iluminaba la llama de la chimenea: nadie pudo notar la alteracion de los rasgos de su fisonomía, la estrañeza de su actitud; y cuando un momento despues, entró un criado con luces, habia tenido tiempo de sobra para reponerse.

No tardó mucho Mr. Fourcanade, que acababa de oír el silbato del tren, y de mirar al mismo tiempo su reloj para hacer constar que el tren pasaba á la hora de reglamento, en acercarse á su mujer y recordarle respetuosamente que habia llegado la hora de partir.

Angélica se habia aficionado á los grabados: tenia ante su vista unos africanos ligeros de ropa, y por lo tanto se atrevió á decir:

—Pero, papá, si no son mas que las nueve!

—Nó, hija mia; las nueve y catorce, puesto que el tren se pone en marcha en este momento.

—Imitemos pues, al tren, exclamó la alcaldesa, que creyó haber dicho un chiste.

Despidióse de Enriqueta y se dirigió magestuosamente hácia la puerta, seguida de su hija y de su marido que llevaba un baston, un paraguas, una linterna, la labor de las mujeres y unos chales, por si el frio apretaba.

Vandelle, bajo pretesto de acompañar á la tribu Fourcana-

de, salió con ellos, mientras que Enriqueta se retiraba á su habitacion.

XXII.

Un cuarto de hora despues, Enrique Vandelle, volvia al salon, encontrando en él á Ester nerviosa y agitada.

Así que le vió, pareció adoptar una determinacion, y yendo en derechura á él, le dijo:

—¿No hay una plaza de ingeniero vacante en la fábrica de V.?

—Sí, respondió él, admirado.

—¿Y su mujer de V. continúa pidiéndosela para Mr. Federico Deschamps?

—Sí; hoy mismo ha vuelto á insistir en que se la dé.

—¿Y se la ha rehusado V.?

—Y se la rehusaré siempre.

—Pues conviene al contrario, concederle lo que desea, dijo con acento breve, rápido, conmovido.

—¿Por qué? No lo comprendo! replicó Enrique cada vez mas sorprendido.

—Ni hay necesidad de que lo comprenda V.; dé V. esa plaza al jóven! ¡Lo quiero!

—Sin embargo.... balbuceó Vandelle.

—Ah! ¿Necesita V. esplicaciones? ¿Es preciso absolutamente que llegue V. á comprender? Pues bien, sea. El invierno se acerca; el fastidio domina en estas montañas, en esta casa; ese jóven es encantador y podrá ayudarnos á pasar el tiempo.

Enrique se puso tan pálido como ella, al oír esto.

—¡Ah! ¿Y por eso me pide la plaza? ¿No me hace V. sufrir bastante todavía? ¿Quiere V. ahora darme el tormento de los celos?

Ester se echó á reír nerviosa, febrilmente.

— ¡Já, já! Me cree enamorada de ese hombre! ¡Cómo si yo pudiera amar á nadie! Por lo demás; ¿he podido amar nunca? ¿He amado alguna vez? No hice mas que un cálculo infame el dia en que me entregué á V.! Fue una venta miserable! Me vendí y nada mas!

— ¿Quién ha dicho eso?

— ¡Su mujer de V.! Acaba de decirlo, aquí, en este salon, delante de mí! Y yo la he escuchado en silencio! Nada he respondido! ¿Y qué podia responder? Tal vez tenia razon! Por eso no la odio, y ya V. ve que defiendiendo su casa, que deseo hacer su felicidad!

— ¿Su felicidad?

— Naturalmente... Ah! ¡No ha llegado á comprender nada este hombre!.. ¡Todos son iguales!

— Pero ¿qué es lo que quiere V. decir?

— Quiero decir, repuso Ester estallando, no pudiendo contenerse por mas tiempo, que su Enriqueta de V., tan severa para conmigo, tan dura, tan cruel, ama á Federico Deschamps!

— ¡Ella!

— Sí, ella! ¿Va V., ahora, á hacerme la injuria de negarlo, de sostener que es demasiado virtuosa, demasiado honrada para esto, que es incapaz de cometer faltas, que yo sola cometo? ¡Pues ya veremos si es ella la que disfruta el monopolio de la virtud! Ah! Me ha insultado, ha hablado de Ester Sandraz como de una mujer perdida, como de una prostituta, pues bien, quiero que ame á su vez, deseo que sucumba, que sienta menos desprecio hácia mí! Quiero, en fin, que Federico Deschamps venga á aquí, viva aquí, respire el mismo aire que ella y la seduzca, al fin, de igual modo que fuí yo seducida!

— ¿Y yo? exclamó Vandelle.

— Ah, sí; es verdad, V.; no pensaba en V... pero, en fin, será una nueva venganza que tomaré de V... y magnífica! ¿por qué no pensé antes en ella? Verdad es que desdeñaba yo á su mujer

de V... pero me ha insultado, me ha ultrajado, y al vengarme de ella, voy á vengarme una vez mas de su marido. V. me engañó, me abandonó, me perdió, me pisoteó para contraer un rico matrimonio, para casarse con una fortuna y una virtud; en cuanto á la fortuna, puede V. guardársela: ya me la ofreció V. y no la quise; pero en cuanto á la virtud de esa señora, empiece V. á no contar mas con ella; pronto va V. á perderla! ¡Quiero que la pierda V.! Así, pues, queda dicho; desde mañana el amigo de infancia de Enriqueta será huésped de esta casa; si no lo hace usted así, parto y no vuelve V. á verme mas. Ni siquiera le quedará á V. el consuelo de esperar que un dia tal vez el pasado nuestro, renazca de sus cenizas.

Acompañó estas últimas palabras, con una profunda mirada, y abandonándole á sus reflexiones, salió sin querer oírle.

XXIII.

Quedó anonadado Vandelle bajo el flujo de aquellas palabras; aterrado por aquella inesperada escena, asustado de las nuevas pretensiones de Ester.

¡Aquello era una locura! El aislamiento relativo á que Ester se habia condenado, su brusco trasplante á un país semi-salvaje, las privaciones que se imponia, la abstinencia, á que por ideas de venganza se condenaba, todas sus aspiraciones ahogadas, sus deseos no satisfechos, habíanle de fijo, producido en ella una profunda perturbacion. Hallábase enferma del cerebro, indudablemente, y seria peligroso obedecer á sus lucubraciones, seguir la senda por donde pretendia arrastrarle.

Todo esto pensaba Vandelle.

Recorria á grandes pasos el salon, calculando estas cosas, hablando en voz alta, haciendo gestos, como si verdaderamente fuese él quien se volvia loco.

— ¡Já, já! Me cree enamorada de ese hombre! ¡Cómo si yo pudiera amar á nadie! Por lo demás; ¿he podido amar nunca? ¿He amado alguna vez? No hice mas que un cálculo infame el dia en que me entregué á V.! Fue una venta miserable! Me vendí y nada mas!

— ¿Quién ha dicho eso?

— ¡Su mujer de V.! Acaba de decirlo, aquí, en este salon, delante de mí! Y yo la he escuchado en silencio! Nada he respondido! ¿Y qué podia responder? Tal vez tenia razon! Por eso no la odio, y ya V. ve que defiendiendo su casa, que deseo hacer su felicidad!

— ¿Su felicidad?

— Naturalmente... Ah! ¡No ha llegado á comprender nada este hombre!.. ¡Todos son iguales!

— Pero ¿qué es lo que quiere V. decir?

— Quiero decir, repuso Ester estallando, no pudiendo contenerse por mas tiempo, que su Enriqueta de V., tan severa para conmigo, tan dura, tan cruel, ama á Federico Deschamps!

— ¡Ella!

— Sí, ella! ¿Va V., ahora, á hacerme la injuria de negarlo, de sostener que es demasiado virtuosa, demasiado honrada para esto, que es incapaz de cometer faltas, que yo sola cometo? ¡Pues ya veremos si es ella la que disfruta el monopolio de la virtud! Ah! Me ha insultado, ha hablado de Ester Sandraz como de una mujer perdida, como de una prostituta, pues bien, quiero que ame á su vez, deseo que sucumba, que sienta menos desprecio hácia mí! Quiero, en fin, que Federico Deschamps venga á aquí, viva aquí, respire el mismo aire que ella y la seduzca, al fin, de igual modo que fuí yo seducida!

— ¿Y yo? exclamó Vandelle.

— Ah, sí; es verdad, V.; no pensaba en V... pero, en fin, será una nueva venganza que tomaré de V... y magnífica! ¿por qué no pensé antes en ella? Verdad es que desdeñaba yo á su mujer

de V... pero me ha insultado, me ha ultrajado, y al vengarme de ella, voy á vengarme una vez mas de su marido. V. me engañó, me abandonó, me perdió, me pisoteó para contraer un rico matrimonio, para casarse con una fortuna y una virtud; en cuanto á la fortuna, puede V. guardársela: ya me la ofreció V. y no la quise; pero en cuanto á la virtud de esa señora, empiece V. á no contar mas con ella; pronto va V. á perderla! ¡Quiero que la pierda V.! Así, pues, queda dicho; desde mañana el amigo de infancia de Enriqueta será huésped de esta casa; si no lo hace usted así, parto y no vuelve V. á verme mas. Ni siquiera le quedará á V. el consuelo de esperar que un dia tal vez el pasado nuestro, renazca de sus cenizas.

Acompañó estas últimas palabras, con una profunda mirada, y abandonándole á sus reflexiones, salió sin querer oírle.

XXIII.

Quedó anonadado Vandelle bajo el flujo de aquellas palabras; aterrado por aquella inesperada escena, asustado de las nuevas pretensiones de Ester.

¡Aquello era una locura! El aislamiento relativo á que Ester se habia condenado, su brusco trasplante á un país semi-salvaje, las privaciones que se imponia, la abstinencia, á que por ideas de venganza se condenaba, todas sus aspiraciones ahogadas, sus deseos no satisfechos, habíanle de fijo, producido en ella una profunda perturbacion. Hallábase enferma del cerebro, indudablemente, y seria peligroso obedecer á sus lucubraciones, seguir la senda por donde pretendia arrastrarle.

Todo esto pensaba Vandelle.

Recorria á grandes pasos el salon, calculando estas cosas, hablando en voz alta, haciendo gestos, como si verdaderamente fuese él quien se volvia loco.

De repente, se paró, permaneció un segundo en el mismo sitio, y luego se dirigió lentamente á una butaca colocada cerca de la chimenea, se sentó, y abordó otras ideas, sino mas prudentes, al menos mas tranquilas.

En resúmen ¿qué era lo que exigia Ester? Que Federico Deschamps entrase en la fábrica en calidad de ingeniero. Y precisamente esto mismo era lo que hacía tiempo le estaba pidiendo Enriqueta. Habíase negado á acceder á este deseo, por puro capricho, por espíritu de contradicción, porque en verdad, él necesitaba un ingeniero, y el que le ofrecían, presentaba las mejores garantías. Hubiera, pues, concedido fácilmente á su antigua querida la plaza solicitada por su mujer, si Ester se hubiese interesado por Federico Deschamps, únicamente como discípulo de la Escuela central. Pero no era así. Se le daba un papel que representar, no en la fábrica, sino en la casa, no entre los obreros, sino al lado de Enriqueta. Y esta, á su vez, no recomendaba á un empleado sin empleo, sino que se interesaba por un hombre simpático, que le gustaba, y Ester pretendía igualmente favorecer sus amores. ¿No debía, pues, rechazar con indignación las recomendaciones que se le presentaban, y cerrar su puerta á aquel ingeniero disfrazado?

Avanzando en sus reflexiones, ahondando mas el asunto, llegó á decirse también que exageraba el caso, que le faltaba sangre fría para razonar. Ester, no podía, dado su carácter, comprender el de Enriqueta. Prestábale evidentemente intenciones y aspiraciones absolutamente indignas de ella. Enriqueta por desdeñada que se viese, no era mujer para faltar á sus deberes. Él no la amaba, ni la había amado nunca tal vez, pero no por eso dejaba de hacerle justicia. Podía, pues, sin peligro alguno, introducir á Federico Deschamps en su casa. Enriqueta no caería; estaba seguro.

Pero ¿y si se engañaba? ¿Y si Enriqueta se veía arrastrada hacia su amigo de la infancia, mas vivamente de lo que él su-

ponía, y aun de lo que ella misma pensaba; si intentase, acaso, buscar en él un refugio, consolarse con él de su amor burlado, de sus sueños perdidos, de su abandono? No era, en este caso obligación suya protegerla contra sí misma, alejar de su lado toda tentación peligrosa, ponerla al abrigo de cometer la falta? Ciertamente, este era su deber! Preciso era que Ester hubiese perdido la razón, y creerle á él tan loco como ella misma, para hablarle del modo que lo había hecho, para ordenarle que cometiera una acción deshonrosa.

En este punto de sus meditaciones, abandonó el sillón en que se hallaba sentado, y volvió á pasearse mas agitado, mas febril que nunca. Y era que se veía obligado á reconocer que Ester no se engañaba; le había juzgado bien. Sí; estaba loco; sobre todo, después de su última derrota; su vanidad y su orgullo humillado, sus sentidos mortificados, le irritaban, le agitaban atrocemente, le ponían fuera de sí. Tenía una idea fija como los locos; y esta idea era triunfar de las resistencias de Ester, vencer su frialdad, animar aquel mármol, volver á la vida aquella estatua!

Y no sabía que hacer para conseguirlo: dudaba ya de sí mismo; tenía miedo á ser vencido una vez mas. Sin cesar, pensaba en ella, veíala en su cuarto tal como la había contemplado, tal como la había estrechado entre sus brazos, y lejos de calmarle su indiferencia, lejos de enfriarle su frialdad, sentíase mas sobrecitado que antes, mas poseído por deseos ardientísimos.

Y precisamente, ella acababa de dejarle entrever el fin de aquel largo martirio, la victoria después de tan numerosas derrotas, una recompensa ardientemente deseada, una paz relativa después de un mortal enervamiento. Sí; en cuanto él la diese ocasión para vengarse de la que le había ultrajado, de fijo que se humanizaría, que resucitaría el pasado y sus dulcísimas, muertas voluptuosidades.

Pero justamente esta esperanza, esta promesa, le asustaban,

y espantaban la escasa conciencia que le quedaba. Enriqueta no corría riesgo alguno, su virtud se hallaba al abrigo de cualquier peligro. Podía pues, impunemente, dar á Federico Deschamps la plaza que para él le pedía; pero rendirse á las sollicitaciones de Ester, aceptar el trato que ella le proponía.....

¡Oh, eso nunca!

Resuelto, pues, esta vez, completamente decidido á no sucumbir á una tentación infame y criminal, abandonó la sala, para subir á su habitación.

Halló una carta en ella.

Una carta que había sido colocada durante aquella misma noche encima de la chimenea.

La abrió, y leyó lo siguiente:

«Enrique:

«En la conversacion que hoy hemos tenido, no me he atrevido á decirte ciertas cosas, que despues de una concienzuda reflexion, creo deber trasmitirte por escrito.»

«Segun mi contrato de matrimonio, la mitad de la fábrica que tú diriges, me pertenece.»

«Dado, pues, esto, ¿no encuentras verdaderamente dura la persistencia que empleas en rehusarme la gracia que tantas veces te he pedido, y es que des una plaza en esa fábrica á un hombre que puede prestarnos grandes servicios, á mi amigo de la infancia, á Federico Deschamps.....»

—Ab! exclamó Vandelle, interrumpiendo su lectura: ¡ella lo quiere! ¡Ella es quien lo quiere! ¡Ella es la que me declara la guerra!

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

PARTE TERCERA.

I

Estamos en invierno. La llanura que rodea á Montréjeau, y las colinas mas próximas se hallan cubiertas de una espesa nieve, inmediatamente endurecida, al soplo tenaz del viento N. E.

Las montañas del horizonte, en otra época reverdecidas, y cuyas cimas solamente, con sus eternas nieves, recuerdan el invierno, se han blanqueado en una sola noche; los troncos de algunos pinos gigantescos, ó rocas demasiado perpendiculares para que la nieve pueda fijarse en ellas, son las únicas que derriban sombras sobre aquel fondo uniforme. Los ventisqueros, que solo se dán á conocer en el verano por sus reflejos y su color un tanto gris, confúndense ya con las praderas, con los matorrales, con los enormes témpanos de nieve, y toman tambien el tinte blanco de la montaña.

Reina el mas profundo silencio al rededor de la casa de Vandelle. No se oye otra cosa mas que el monótono ruido del NESTE, rodando impetuosamente por entre las rocas, antes de precipitarse en el Garona, que hinchado por sus afluyentes, pierde su tranquilidad, y renuncia á ser río para convertirse en torrente.

A determinadas horas, la fábrica deja oír sordos mugidos,

y espantaban la escasa conciencia que le quedaba. Enriqueta no corría riesgo alguno, su virtud se hallaba al abrigo de cualquier peligro. Podía pues, impunemente, dar á Federico Deschamps la plaza que para él le pedía; pero rendirse á las solicitudes de Ester, aceptar el trato que ella le proponía.....

¡Oh, eso nunca!

Resuelto, pues, esta vez, completamente decidido á no sucumbir á una tentación infame y criminal, abandonó la sala, para subir á su habitación.

Halló una carta en ella.

Una carta que había sido colocada durante aquella misma noche encima de la chimenea.

La abrió, y leyó lo siguiente:

«Enrique:

«En la conversacion que hoy hemos tenido, no me he atrevido á decirte ciertas cosas, que despues de una concienzuda reflexion, creo deber trasmitirte por escrito.»

«Segun mi contrato de matrimonio, la mitad de la fábrica que tú diriges, me pertenece.»

«Dado, pues, esto, ¿no encuentras verdaderamente dura la persistencia que empleas en rehusarme la gracia que tantas veces te he pedido, y es que des una plaza en esa fábrica á un hombre que puede prestarnos grandes servicios, á mi amigo de la infancia, á Federico Deschamps.....»

—Ab! exclamó Vandelle, interrumpiendo su lectura: ¡ella lo quiere! ¡Ella es quien lo quiere! ¡Ella es la que me declara la guerra!

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

PARTE TERCERA.

I

Estamos en invierno. La llanura que rodea á Montréjeau, y las colinas mas próximas se hallan cubiertas de una espesa nieve, inmediatamente endurecida, al soplo tenaz del viento N. E.

Las montañas del horizonte, en otra época reverdecidas, y cuyas cimas solamente, con sus eternas nieves, recuerdan el invierno, se han blanqueado en una sola noche; los troncos de algunos pinos gigantescos, ó rocas demasiado perpendiculares para que la nieve pueda fijarse en ellas, son las únicas que derriban sombras sobre aquel fondo uniforme. Los ventisqueros, que solo se dán á conocer en el verano por sus reflejos y su color un tanto gris, confúndense ya con las praderas, con los matorrales, con los enormes témpanos de nieve, y toman tambien el tinte blanco de la montaña.

Reina el mas profundo silencio al rededor de la casa de Vandelle. No se oye otra cosa mas que el monótono ruido del NESTE, rodando impetuosamente por entre las rocas, antes de precipitarse en el Garona, que hinchado por sus afluyentes, pierde su tranquilidad, y renuncia á ser río para convertirse en torrente.

A determinadas horas, la fábrica deja oír sordos mugidos,

afirmando su vitalidad; de pronto lanza una nota ruidosa que turba el gran silencio de la naturaleza, y este ruido, trasmitido por la nieve, se prolonga hasta el infinito.

La estacion del ferro-carril, privada de una gran parte de sus trenes, parece dormida; descansa del movimiento del verano, de la febril agitacion que durante la temporada de baños, reina sobre sus rails. Por momentos, y con largos intervalos, silba el vapor, dejáse oír un sordo ruido y un tren se detiene en Montréjeau. Pero apenas si algunos viajeros, tiritando, entran en el bufet para calentarse; ningun parisien se presenta; sobre todo, ninguna parisiense, y Mr. Fourcanade, privado de sus habituales placeres, ya no observa tanta puntualidad en acudir á la estacion. Refugiado en el fondo del café de Montréjeau y fiel á sus hábitos de gran político, juega al billar y adquiere votos para el gobierno en las próximas elecciones.

La casa tiene el aspecto mas sombrío: los paseos del parque se hallan cubiertos de nieve y el gran salon está frio y silencioso.

Enrique Vandelle triste, taciturno como el tiempo, se retira á su habitacion en las horas en que no sale á cazar. Ester Sandraz se encierra tambien en su cuarto, y no hace compañía á Enriqueta, sino cuando esta la envia á buscar.

Pero esto sucede con rareza: dias enteros se pasan sin que la esposa de Vandelle, ruegue á su acompañante que la lea algun libro entretenido. No sube, sin embargo, á su cuarto, despues de almorzar, como Clara, sino que permanece en el saloncito donde pasa largas horas, estendida en un sillón, pensativa, melancólica.

Su salud parece resentirse de aquella postracion del cuerpo y actividad del alma: la tez ha perdido su brillo, la sangre circula con menos rapidez, y aun con mucha menos bajo la piel de su rostro; un círculo amoratado rodea sus ojos; sus labios están descoloridos, y se repliegan en lugar de sonreír.

Hasta su cuerpo ha enflaquecido; sus redondos contornos se disminuyen, tienden á desaparecer. Siempre, por eso, sigue siendo adorable, mas adorable todavía en aquella especie de languidez, que lo estaba cuando resplandecía de salud y hermosura; pero fácil es prever que si tal estado se prolonga, su belleza podria sufrir penosos cambios.

II.

Un dia, á fines de noviembre, á eso de las cuatro de la tarde, vióse turbada en su soledad y en sus meditaciones. Sin que ella hubiese oído ruido de pasos en los corredores de la casa, la puerta del saloncito donde se encontraba, se abrió de repente, y apareció Federico Deschamps.

—Dispénsame, dijo al verla; no te creia aquí.

—¿Qué deseas? repuso ella vivamente.

—Hablar á Vandelle.

—No está aquí.

—¿Volverá pronto?

—Lo ignoro.

—¿Lo ignoras?

—Sí.

—Me estraña.

—¿Por qué? No tiene ni ha tenido nunca costumbre de darme cuenta de sus acciones. Deberias saberlo.

Admirado de aquel tono, de la sequedad de sus respuestas, acercóse á ella tímidamente, y le dijo con tristísima y dulce voz:

—¿Qué tienes? ¿Sufres?

—No! exclamó ella con impaciencia.

—¿Estás, entonces, irritada contra mí?

—¿Contra tí? ¡Nó!

—Pues algo te pasa. No me hablas como de costumbre tie-

nes. Paréceme á veces que mi presencia te pesa. Desde el dia en que Vandelle, vencido al fin por tus instancias, me retuvo en el momento en que me disponia á partir, os he faltado en algo. ¿No está él contento de mi trabajo, de mis servicios?

—Vandelle, respondió Enriqueta con mas dulzura, no me habla nunca de tí; nada tengo yo que reprocharte.... No me encuentro bien. Este tiempo frio... y sombrío indudablemente... No te ocupes de mí, no pienses mas que en tu trabajo, en tu porvenir... ¿Estás contento de tu posicion en la fábrica? ¿Eres considerado, obedecido y amado en ella? ¿Se trabaja mucho estos dias?

—Si, pero falta una cosa.

—¿Cuál es?

—El ojo del amo: Vandelle se halla raramente entre nosotros.

—Pues bien reemplázale tú.

—No tengo la autoridad necesaria; soy demasiado nuevo en la fábrica.

—Nada puedo hacer yo en eso.

—Verdad es; por lo tanto, nada te hubiera dicho, si no me hubieres preguntado.

Guardaron silencio durante algunos momentos. Él, con los ojos fijos en ella, absorto, feliz, solo por contemplarla, pero entristecido al verla de aquel modo.

Ella, pensativa, con la mirada perdida en el vacío.

Bruscamente, sin embargo, como si saliera de un sueño, levantó su cabeza, y Federico oyó que murmuraba estas palabras:

—¿Qué soledad! ¡Qué invierno tan siniestro! ¿Rodéame la tristeza, ó es que la llevo dentro de mí? ¡Hay momentos en que deseo morirme!

Hizo él un movimiento para acercarse á ella, para apoderarse de una de sus manos, pero ella retrocedió y con segura voz, le dijo:

—Déjame ya: tu sitio no es este. Vé, amigo mio, vé á tu trabajo.

—¿Por qué obligarme en este momento á que me aleje de tí? Acabas involuntariamente de confesarme que sufres.

—Oh, sí! exclamó al fin Enriqueta.

Ya no tenia valor para seguir callando su dolor: faltábanle la resignacion y las fuerzas.

—Y es él quien te hace sufrir, ¿no es verdad? dijo Federico encolerizado. Ya lo sabia! Ya lo habia visto! Ya lo adiviné todo desde el primer dia.

Enriqueta no respondió, y ocultó la cabeza entre sus manos: tenia ya vergüenza de haber dejado escapar su secreto.

Federico repuso, con el fin de obligarla á que hablase:

—Te habrá tal vez insultado...

—Él! Ni siquiera me habla, ni siquiera se digna apercibirse de que existo!

Y algunos segundos despues, añadió:

—¿Y qué motivos puede tener para tal indiferencia? ¿No he sido, no soy para él la mas sumisa, la mas resignada de las mujeres? Y sin embargo, nunca, nunca, ni una palabra de ternura, ni una mirada de afecto... Y esto hace dos años ¡dos años! que ya dura! ¡Ah! es demasiado!

—¡Pobre alma mia! exclamó Federico cogiéndole una mano.

—Todo se rompe, todo se agota, todo llega á ser inútil con este sufrimiento, continuó ella con lágrimas en la voz. Y sin embargo, si él hubiese querido... Ah! Dios me es testigo de que yo no pedia sino amarle! Habíalo ordenado á mi corazon y mi corazon habia obedecido. Habíame formado un placer en el cumplimiento de mis deberes... Y este es el amor que él me devuelve, esta es la recompensa que me da.

Habíase exaltado hablando. La calma que comunmente se imponia, la abandonó en aquel momento, y sus nervios comprimidos vivamente, se estiraron con violencia.

—¿Qué le he hecho? ¿Qué le he hecho? exclamó sollozando.

—Enriqueta, no llores así, me estás desgarrando el corazón, exclamó Federico, cayendo de rodillas ante ella.

Entonces Enriqueta, impulsada por un movimiento instintivo, por una de esas necesidades irresistibles de afecto y desahogo que han sentido todas las mujeres, estendió sus manos, las colocó sobre la frente de Federico, y bajándose rápidamente, le dió un beso febril en la frente.

—¡Enriqueta! ¡Enriqueta! exclamó él loco de contento, frenético, é intentando rodearla con sus brazos.

Ella habíase ya levantado, y rechazándole, exclamó:

—¿Qué es lo que he hecho? ¿Qué es lo que he hecho! ¡Olvídalo! ¡Olvídalo!

Pero él, sin oírla, y no acordándose mas que de lo que acababa de suceder, con la frente ardiente todavía por la huella del beso, repetía:

—¿Me amas? ¿Me amas?

—No, no! déjame! déjame! ¡Por piedad, márchate. Vete! Te mando que te vayas! Y si no lo haces no volverás á verme en tu vida! ¡Vete ya!

Federico se conmovió ante estas palabras: tuvo lástima de aquella desesperación, y obedeció sin perderla de vista, hasta que la puerta se cerró tras de sus pasos.

III.

Al salir de la casa, se dirigió á la fábrica, y apercibió á mitad de camino al alcalde de G*** y al juez de Saint-Gaudens que llevaban dirección contraria á la suya.

En aquel momento, cualquier conversacion hubiérale sido penosa; dió, pues, un rodeo para no verse obligado á hablar con Raynal y Fourcade. Pero estos le habian visto.

El juez dijo al alcalde:

—¡Calle! Por fin se decidió Vandelle á admitir á ese ingeniero en su fábrica?

—Segun me ha dicho, no ha podido rehusarlo. Parece que la misma Enriqueta, su mujer, intercedió por su amigo de la infancia.

—¿De veras? ¿Ella intercedió, y ese jóven guapo y distinguido vive con ellos?

—Sin duda alguna ¿cómo habian de haberle enviado á una posada?

—Ah ¿con que vive en su misma casa?

—En la casa precisamente, nó; habita el pabellon que hay al extremo del parque, cerca de la verja de entrada.

—Que viene á ser lo mismo, dijo el juez.

Y prosiguiendo su paseo, añadió:

—¿Ha notado V., señor alcalde, el aire sombrío y la singular actitud de ese Mr. Deschamps? Al vernos, ha hecho un brusco movimiento, como si temiera hallarse en presencia de la justicia... Diríase que le causo miedo. Si no le conociera, tentado me hubiera visto á tomarle por un malhechor, meditando un crimen.

—Permítame V. que le diga, señor juez, que ve V. crímenes por todas partes.

—Es que en efecto los hay en casi todas. Los crímenes que se descubren y que por lo tanto, se persiguen, no son ni la centésima parte de los que se cometen. ¡Qué digo la centésima parte! Ni.....

—Pues contando de ese modo, habria pocos inocentes sobre la tierra!

—No hay ninguno.

—Está V. aterrador!

—Estoy en lo cierto!

Quando llegaron al castillo, encargaron á un criado que acu-

dió á recibirles, que anunciaran á M. Vandelle su visita, y entraron en el gran salon.

Raynal lanzaba en torno suyo miradas inquisitoriales, y estudiaba todos los rincones de la sala donde se hallaban.

Terminado este exámen, dijo á su compañero:

—¿Puede V. estar tranquilo en esta sala, señor alcalde?

—Si señor. Y V. no?

—Qué se yo! esta gran sala, sombría....

—Todo es sombrío en noviembre, cuando el tiempo está nublado...

—Este frio húmedo que penetra hasta los huesos....

—¡Cómo ha habido niebla todo el dia!

—El invierno es favorable al crimen, señor alcalde; no lo olvide V. nunca. ¿No se siente V. mas feroz que de costumbre, en tiempo brumoso y helado?

—No. Lo que siento entonces, son ganas de calentarme á un buen fuego, ó en los brazos de....

En el momento en que el alcalde iba á decir tal vez, alguna inconveniencia, fue venturosamente interrumpido por el amo de la casa, que acababa de entrar.

—¡Cómo! señor juez, tú viajando con este tiempo? dijo Vandelle estrechando la mano de Raynal.

—La justicia, amigo Vandelle, viaja en todo tiempo. No escoge ni sus horas, ni sus días; se halla siempre sujeta al capricho de los malhechores!

—¿Has sido llamado á estos sitios para cumplir con tus funciones? ¿Qué ocurre, pues?

—Oh! un asesinato de poca importancia, por desgracia.

—¡Un asesinato! ¿Qué estás diciendo!

—Tranquílicese V., se presuró á añadir M. Fourcanade: trátase simplemente de ese pobre diablo que se ha ahorcado.

—Ah, ya!

Raynal levantó la voz en este momento, para decir:

—Veremos, señor alcalde, si es que efectivamente se ha ahorcado él mismo, ó...

—Ah! comprendo, añadió Vandelle, lo dudas, y deseas hacer indagaciones?

—Precisamente, amigo mio; yo hago siempre indagaciones: quien sabe lo que puede resultar... Y como ese hombre ha trabajado en tu fábrica, venia á pedirte si tienes alguna noticia que darnos; aprovechando esta ocasion para tener el gusto de verte.

—En efecto, tuve empleado á ese pobre diablo en mi fábrica, como peon, respondió Vandelle, pero se despidió hace ya tiempo, é ignoro lo que ha sido de él. La gente del pueblo te puede dar mas noticias que yo.

—La haré comparecer ante mí. Mi escribano se halla ya instalado en la alcaldía: vamos á comenzar el sumario: la noche es excelente para los interrogatorios; la hora propicia para el crimen, es la misma que la que inspira los remordimientos ¿No quieres asistir á esos interrogatorios?

—No; me alegraré de que te salgan bien.

—No me despido de tí. Tendré el placer de venir á estrechar tu mano, antes de volver á Saint-Gaudens.

—Despues de haber desenredado la cuerda del ahorcado, eh? dijo Vandelle sonriendo.

Dirigióse hácia la chimenea, tomó de un rincon su escopeta de caza, y uniéndose al juez y al alcalde, les dijo:

—Os acompañaré un rato por el camino.

—¡Qué! ¿Vas á cazar? exclamó Raynal; pero, hombre, la noche se echa encima, y no se ve apenas.

—Pues por eso mismo, justamente: he notado esta mañana en la nieve las huellas de una zorra que visita todos los dias mi corral y voy á ponerme al acecho. Con este tiempo perverso, no puedo aventurarme muy lejos, y para no morir de fastidio, me ocupo casi dentro de casa, como veis.

IV.

Mientras que Vandelle se alejaba en compañía de Raynal y el alcalde, Enriqueta, sola en el saloncito, sufría cruelmente. Si alguna persona, demasiado indulgente, se admirase de que una tímida confesion, seguida de un beso mas tímido todavía, pueda causar remordimientos, por cierto que corre riesgo de engañarse. Una mujer jóven, dotada de un alma delicada y susceptible, castamente educada, y de una escrupulosa honradez, da gran importancia á los errores pequeños, á las faltas mas ligeras. Mientras que ciertas grandes pecadoras de la sociedad, no creen haber sucumbido hasta despues de haber devorado la manzana entera, otras mujeres mas tímidas y timoratas, se consideran como perdidas desde el dia en que han rozado la piel con sus discretos labios: el mas pequeño mordisco es para ellas un crimen que les hace derramar abundantes lágrimas.

Enriqueta Vandelle se hallaba en este último caso: reprochábase amargamente haber perdido su calma, haber abandonado durante un segundo la calma que se habia impuesto. Hacía mucho tiempo que sus ilusiones habian muerto: ay! ya no amaba á su marido! ¡amaba á Federico! Pero habia jurado no venderse nunca, ni por una palabra, ni por una accion irreflexiva. Como todas las mujeres honradas, creíase enteramente segura de sí misma, sin querer confesarse que las mas fuertes, en ciertos momentos, son susceptibles de caer en un instante de debilidad y desfallecimiento.

Una mujer, experta en materia semejante, por sus lecturas, sus reflexiones, los consejos inteligentes que ha recibido y el ejemplo de sus amigas, huye bravamente, cuando se siente amenazada. Su virtud consiste, no en desafiar el peligro y en introducirlo en su casa, permaneciendo sin cesar expuesta á

él, sino en alejarlo, en ponerse en guardia contra las sorpresas de los sentidos y del corazon, y en no tener constantemente el pecado á la vista. Por el contrario, la que no sabe, la que no ha sido instruida, ni por esperiencia propia, ni por agena, confia en sus propias fuerzas, en su heróico valor, y sucumbe generalmente por exceso de inocencia y de virtud.

Enriqueta se hallaba muy distante de haber sucumbido: tal vez deberia ser colocada entre las que no sucumben nunca, y el número de estas, es muy grande, por mas que se diga. Pero, hacia ya una hora que la habia abandonado aquella soberbia confianza que hasta entonces era su sosten: su primer paso en una senda peligrosa, la espantaba extraordinariamente, y le hacia temer el segundo: acababa de adquirir, de un golpe, á sus espensas, la esperiencia que le faltaba. Sonriente, sin temor, solamente un poco oprimida, habia ascendido á una alta montaña, sin volverse, sin mirar trás de sí. Despues, habia dado un paso en falso, muy en falso, y habíasele aparecido el abismo, causándole ya el temor del vértigo.

Pero ¿cómo huir el peligro? ¿Qué hacer? ¡Partir! ¿Podía acaso? Las mujeres, que tanto necesitan, á veces, para huir de ciertas influencias, el movimiento, la actividad, las distracciones, los viajes se hallan condenadas, la mayor parte del tiempo á la inaccion, á la reclusion. Es preciso que combatan el peligro á pié firme, sin cambiar de atmósfera: no pueden dar giro distinto á sus pensamientos. Si el peligro acude,—y con frecuencia es el mismo marido el que involuntariamente lo lleva á la casa en forma de un amigo seductor,—es necesario que se vean dominadas por él: no pueden darle con la puerta en los hocicos. Nosotros, los hombres, por el contrario, tomamos nuestro sombrero, y decimos:—«Tengo miedo decididamente: no vuelvo mas.» Y en cualquier caso apurado, nos precipitamos sobre nuestra maleta de viaje, huimos á escape, y no tardamos en hallarnos en seguridad. Una mujer casada no puede

usar de este medio; esta fuga preservadora, le seria juzgada como una falta, y nadie creeria que una vez en el tren, habria elegido *el reservado de señoras*. Pero si Enriqueta no podia huir de Federico Deschamps, tenia, sin embargo, suficiente imperio sobre él, para exigir que se alejase del castillo, que no la volviese á ver mas. Esto era horroroso, y á este pensamiento solo, deshaciase ya en llanto. Lloraba por sí misma, cuyo abandono iba á ser completo; lloraba tambien por él, á quien iba á desolar y desesperar.

Y sin embargo, no vacilaba: hallábase resuelta á no hacer transaccion alguna con su conciencia, porque ya veia el peligro; el abismo se le aparecia ya profundo y terrible; sentíase atacada del vértigo, y no se atrevia ni á subir un poco mas, ni á quedarse en el mismo sitio; queria bajar precipitadamente á la llanura.

Allí tendria horizonte mas limitado; las nubes que antes dominara la rodearian por todas partes: el bellissimo cielo azul, un momento entrevisto sobre las altas cimas, desapareceria; volveria á vivir en la niebla, triste, sombría, desesperada. Pero, ¿qué importaba? Habria cumplido con su deber, habria expiado su falta, no se veria ya espuesta á cometer otras.

V.

Pero, ¿cómo hacer saber á Federico que ella habia dispuesto de su vida, de su suerte? ¿Cómo hacer para verle libremente, hablarle y convencerle? Y si en vez de participar de sus mismos temores, de obedecerla, de abandonar el país, intentaba persuadirla de que podia perfectamente quedarse? ¿y si se dejaba conmover por sus razonamientos, y su elocuencia? ¿Y si vencida por su desesperacion, y ella misma desesperada, debilitada, enervada por la lucha, cometia alguna nueva impruden-

cia? Ah! Ahora todo podia temerlo; cuando no dudaba ni de sí propia ni de él ¿no se habian ambos dejado arrastrar por un movimiento irreflexivo?

¿Qué hacer? ¿Escribirle? Responderia, discutiria sus razones, le contestaria con otras, y se veria obligada á combatir. Y además, la misma accion de escribirle, ¿no era ya una nueva falta?

Era por lo tanto precisa una confidenta una persona segura, una amiga que se encargase de hablar en su nombre á Federico, de convencerle, de decidirle á partir... De este modo, ya no volveria á verle, ya no se dejaria conmover por sus súplicas, ya no se veria obligada á decirle: «¡Quédate!» ni se olvidaria de sí misma al despedirse de él.

Pero faltábale esta confidente, esta amiga: hallábase sola, completamente sola, en aquel país casi desierto, en medio de aquella naturaleza desolada, en aquella sombría noche.

Mientras esto pensaba, Ester entró en la sala.

La miró. La jóven parecia tan triste, tan abatida, tan lánguida como ella misma. Ya no estaba, como el día de su llegada á aquella casa, sonriente, fresca, alegre: habia palidecido en extremo, y los ardores de su mirada parecian haberse estinguido.

Enriqueta se reprochó el no haberse apercibido de aquellas trasformaciones, de vivir aislada en su tristeza sin cuidarse de la de los demás, de no haber tomado en cuenta mas que sus penas, sin pensar que aquella mujer podia tambien tener las suyas. Sin familia, sin fortuna, Clara Meunier, habia aceptado la idea de ir á enterrarse á un extremo de la Francia, lejos de toda distraccion y en un país casi salvaje en verano y enteramente abandonado en invierno. Por lo mismo, debia haber encontrado en aquella con quien compartia la tristeza del destierro, un poco de benevolencia ó de amabilidad, sino de afecto. Pero lejos de ser así, Enriqueta habíase desprendido poco á poco de ella, no habia recurrido á sus servicios casi nunca, y para de-

dicarse por completo á sus meditaciones, le habia impuesto una especie de cuarentena.

Y la infeliz nada decia, sufría en silencio; necesitaba, sin duda alguna, de aquel empleo de *acompañante* para vivir y no se atrevia á quejarse.

Verdaderamente, Enriqueta habia sido demasiado egoísta, demasiado cruel; y así se lo reprochó á sí propia y se avergonzó de su conducta.

Así fue, que mientras Clara Meunier tomaba un libro y se sentaba á un lado para no turbarla, para respetar sus meditaciones, llegó Enriqueta á pensar que aquella mujer merecía tal vez su afecto, su confianza. Por lo demás, ¿no habia aparecido precisamente, en el momento en que ella buscaba una confidente, una amiga? ¿No daba esto lugar á creer que el cielo á quien también ella se quejaba de su aislamiento, acababa de abrirse para dar paso á la que debía consolarla y tal vez salvarla?

Sin embargo, en aquel momento no pensaba aun en comunicarle su secreto, en encargarle una misión para Federico. Si, mas tarde, se decidió al fin, fue porque una necesidad irresistible de expansión, la arrastró mas lejos de lo que deseaba. Primeramente, no pensaba mas que en mostrarse afectuosa y buena con ella; con ella, de quien siempre se habia alejado con indiferencia. Pretendía ya encariñarse con ella, hacer de ella para el porvenir una compañera asidua, y demostrarle alguna confianza, para que á su vez Clara Meunier, que sufría á su lado, pudiese en un momento de expansión, abrirle su corazón, llorar á su lado, y de este modo, sufrir menos tal vez.

VI.

Pero cuando el que ha vivido largo tiempo reconcentrado entregado por entero á sus pensamientos sin confiarlo, á nadie,

enervado, entra por azar en el terreno de las confidencias, ya no se detiene, se embriaga con sus propias palabras, se enerva mas y mas, se estremece y concluye por hablar mas de lo que realmente deseaba. Esto es lo que debia suceder á Enriqueta.

Después de la comida que fue de las mas cortas, y á la que no asistió el amo de la casa, la mujer de Enrique, hallándose sola con Ester, fué á sentarse á su lado, y la dijo afectuosamente:

—Desde hace algun tiempo, mi querida Clara, me deja usted muy sola. Solamente acude V. á mi lado cuando la llamo. Y sin embargo, tengo necesidad de álguien que me hable, que me ame..... ¿La he ofendido á V. en algo, me conserva V. algun rencor?

—¿Rencor? ¡Por qué dice V. eso! exclamó Ester con voz algo dura.

—Vamos, ya lo veo que es verdad. Tal vez he estado siempre demasiado fria con V. Pero esto no es orgullo en mí. Yo no tomo cariño con facilidad; pero no por eso soy altiva ni imperiosa. Si á veces mi carácter resulta desigual, y soy impaciente y brusca, es porque sufro; la pena hace ser injusto.

—Pero, señora, dijo Ester, por qué me dice V. eso? Si yo no me quejo!

—No se queja V... ¡no! Pero está V. triste, sombría, se aleja usted de mí; y nunca, nunca, se lo repito á V., he tenido tanta necesidad como ahora de un afecto, de un consejo, de un apoyo. No tengo madre, ni hermana, ni una amiga siquiera. Me hallo sola, sola para luchar contra el dolor, contra mis pensamientos, contra mis accesos de cólera, contra las locuras de la desesperación!

Poco á poco, según lo hacíamos presentir, salíase de los límites que habia impuesto á sus confidencias; exaltábase hablando, dejó leer mas de lo que quisiera en su alma, por tan largo tiempo cerrada, y que al fin entreabierta, se manifestaba libre y desordenadamente.

dicarse por completo á sus meditaciones, le habia impuesto una especie de cuarentena.

Y la infeliz nada decia, sufría en silencio; necesitaba, sin duda alguna, de aquel empleo de *acompañante* para vivir y no se atrevia á quejarse.

Verdaderamente, Enriqueta habia sido demasiado egoísta, demasiado cruel; y así se lo reprochó á sí propia y se avergonzó de su conducta.

Así fue, que mientras Clara Meunier tomaba un libro y se sentaba á un lado para no turbarla, para respetar sus meditaciones, llegó Enriqueta á pensar que aquella mujer merecía tal vez su afecto, su confianza. Por lo demás, ¿no habia aparecido precisamente, en el momento en que ella buscaba una confidente, una amiga? ¿No daba esto lugar á creer que el cielo á quien también ella se quejaba de su aislamiento, acababa de abrirse para dar paso á la que debía consolarla y tal vez salvarla?

Sin embargo, en aquel momento no pensaba aun en comunicarle su secreto, en encargarle una misión para Federico. Si, mas tarde, se decidió al fin, fue porque una necesidad irresistible de expansión, la arrastró mas lejos de lo que deseaba. Primeramente, no pensaba mas que en mostrarse afectuosa y buena con ella; con ella, de quien siempre se habia alejado con indiferencia. Pretendía ya encariñarse con ella, hacer de ella para el porvenir una compañera asidua, y demostrarle alguna confianza, para que á su vez Clara Meunier, que sufría á su lado, pudiese en un momento de expansión, abrirle su corazón, llorar á su lado, y de este modo, sufrir menos tal vez.

VI.

Pero cuando el que ha vivido largo tiempo reconcentrado entregado por entero á sus pensamientos sin confiarlo, á nadie,

enervado, entra por azar en el terreno de las confianzas, ya no se detiene, se embriaga con sus propias palabras, se enerva mas y mas, se estremece y concluye por hablar mas de lo que realmente deseaba. Esto es lo que debia suceder á Enriqueta.

Después de la comida que fue de las mas cortas, y á la que no asistió el amo de la casa, la mujer de Enrique, hallándose sola con Ester, fué á sentarse á su lado, y la dijo afectuosamente:

—Desde hace algun tiempo, mi querida Clara, me deja usted muy sola. Solamente acude V. á mi lado cuando la llamo. Y sin embargo, tengo necesidad de álguien que me hable, que me ame..... ¿La he ofendido á V. en algo, me conserva V. algun rencor?

—¿Rencor? ¡Por qué dice V. eso! exclamó Ester con voz algo dura.

—Vamos, ya lo veo que es verdad. Tal vez he estado siempre demasiado fria con V. Pero esto no es orgullo en mí. Yo no tomo cariño con facilidad; pero no por eso soy altiva ni imperiosa. Si á veces mi carácter resulta desigual, y soy impaciente y brusca, es porque sufro; la pena hace ser injusto.

—Pero, señora, dijo Ester, por qué me dice V. eso? Si yo no me quejo!

—No se queja V... ¡no! Pero está V. triste, sombría, se aleja usted de mí; y nunca, nunca, se lo repito á V., he tenido tanta necesidad como ahora de un afecto, de un consejo, de un apoyo. No tengo madre, ni hermana, ni una amiga siquiera. Me hallo sola, sola para luchar contra el dolor, contra mis pensamientos, contra mis accesos de cólera, contra las locuras de la desesperación!

Poco á poco, según lo hacíamos presentir, salíase de los límites que habia impuesto á sus confianzas; exaltábase hablando, dejó leer mas de lo que quisiera en su alma, por tan largo tiempo cerrada, y que al fin entreabierta, se manifestaba libre y desordenadamente.

—No comprendo á V., habia respondido Ester.

—Si; V. me comprende, repuso febrilmente Enriqueta. De sobra ha adivinado V., de sobra ha visto que el que deberia protegerme me abandona, que el que deberia amarme, solo indiferencia y desden siente hácia mí. Pero V. puede animarme, sostenerme, aconsejarme; V. es fuerte, y ¡yo soy débil. Bien he comprendido, el carácter, la altivez de V... ¿Quiere V. ser mi amiga? Si, nada nos impide relacionarnos cariñosamente. ¿No es V. mi igual, por educacion y por inteligencia? Es V. mujer; tiene V. obligacion de sostenerme; sino por afecto, por simpatía, aun que por lástima sea!

—Yo, sentir lástima por V.?

—¿Y por qué no? ¿porqué la suerte ha privado á V. de esa fortuna que á mí me hace tan desgraciada? Ah! Yo soy la que tengo envidia de V! V. es libre, no depende mas que de sí misma. Puede V, seguir las inclinaciones de su corazon. Yo, he hecho callar al mio para salvar esos bienes despreciables! Yo lo ignoraba todo. Débil como siempre, me dejaba conducir...! Y ahora que en mi corazon martirizado, se despierta el pasado, es preciso que lo comprima, que lo ahogue, y es necesario que desespere á otro corazon que nunca ha palpitado mas que por mí!

—¡Otro corazon! exclamó Ester.

—Si, sí! continuó Enriqueta mas exaltada que nunca, comprendiendo por otra parte que habia dicho ya demasiado para detenerse en sus revelaciones sí; ¿no lo ha adivinado V. hace tiempo? ¿Tengo precision de contar á V. un secreto para que adivine... Ese jóven, mi amigo de la infancia... el que vive con nosotros... Es preciso que parta mañana, esta noche, si es posible; no quiero verlo mas...! ¡Dígale V. de mi parte, suplíquele V. mándeles V...

—¡Yo!

—Sí; á mí me faltaria el valor; reempláceme V., se lo suplico, compañera mia, amiga de mi alma...

Prosiguió hablando durante algun tiempo, suplicante, exaltándose con sus propias palabras, enardeciéndose con sus pensamientos. Despues, sin dejar tiempo á Ester para responderle, y temiendo una negativa, y tal vez porque ella misma tenia miedo de volverse atrás, salió precipitadamente.

Cuando hubo partido, Ester Sandraz, dejó caer lentamente estas palabras:

—¡Como comprende esta gente el amor! ¡Es raro!

Luego, sombría, macilenta, con la mirada vaga, permaneció hondamente sumida en sus reflexiones.

VII.

No tardó mucho Federico Deschamps, á quien se habia ido á buscar á la fábrica, donde trabajaba todas las noches antes de retirarse á su habitacion, en hallarse en presencia de Ester.

Esta, levantó bruscamente la cabeza, cuando le oyó entrar, y en lugar de dirijirle la palabra, le miró atentamente durante largo tiempo.

Sus rasgos enérgicos, como ya hemos dicho, su mirada profunda, ciertos pliegues de su frente, algo de triste en la sonrisa, revelaban al hombre, á quien la reflexion y tal vez los accidentes de la vida, habian madurado desde muy temprano, dándole una precóz experiencia. Pero lo que sobre todo agradaba en él, era el encanto de su fisonomía, y su mirada clara, límpida, radiante, por decirlo así, de franqueza.

Asombrado de que Clara Meunier le hubiera hecho llamar, esperó á que tomara la palabra.

Cuando vió que su silencio continuaba, se decidió por fin á decirle:

—He acudido, señorita, al llamamiento de V... ¿qué desea V. de mí? Y, aunque sea indiscrecion: ¿porqué me mira V. de ese modo?

—Porque, exclamó Ester, decidiéndose al cabo á hablar, no sé como arreglarme, señor mio, para cumplir una mision de que me hallo encargada.

—Una mision?

—Sí.

—¿Para mí?

—Para V.

—No comprendo.....

—Una mision singular, y muy penosa, por cierto.

—De quién?

—De la señora de Vandelle.

—Ah! exclamó él palideciendo. Y añadió al cabo de un instante, con voz que procuraba hacer que apareciese tranquila:

—¿Y cuál es esa mision?

—Enriqueta, dijo lentamente Ester, ruega á V. y le ordena en caso necesario, que salga V. de esta casa, para no volver!

Federico arrojó sobre ella una mirada sospechosa. Habíase quedado admirado, no de la orden que le daba Enriqueta; conocíala demasiado y temia recibirla tiempo hacia: pero no habiendo asistido á la escena que acababa de tener lugar entre las dos mujeres, no pudiendo darse cuenta de todas las impresiones sufridas por Enriqueta, no podia esplicarse que hubiera escogido á Clara Meunier por confidente.

Su asombro se tradujo por estas palabras:

—¿Y es á V. á quien ha encargado...?

—A mí, sí, y crea V. que mi sorpresa igualó á la que está V. experimentando. Sin embargo reflexiónelo V. bien, y verá que yo soy la única persona que puede hablarle á V. en su nombre.

Federico no respondió.

Ester añadió despues de un momento:

—¿Cuál es la decision de V.? ¿Qué he de decir de su parte á Enriqueta?

—Dígale V..., se lo ruego, exclamó resueltamente, que obedeceré sus órdenes sin discutir las.

Ester se levantó, y acercándose á él, repuso:

—Esa respuesta no es formal, ¿verdad? V. duda todavía de mí? V. no me cree encargada de esa mision?

—He dudado, en efecto, señorita, lo confieso; pero he reflexionado, y ya no dudo.

—Entonces, ¿partirá V. mañana?

—Mañana.

—¿Sin despedirse de ella?

—Sin despedirme de ella, si así lo exige.

—¡Veo que no la ama V! dijo Ester bruscamente.

Su acento, su gesto, confirmaron á Federico en el pensamiento de que hablaba con sinceridad, afirmando asimismo, ciertas ideas que pronto debia emitir. Así es que no titubeó en responder:

—Ya ve V. hasta que punto la amo, que consiento en partir!

—No lo entiendo.

Federico dió un paso hácia ella, la miró fijamente, y le dijo:

—¿V. no ha amado nunca?

—¡No lo sé, replicó ella vivamente; pero me parece que ningun obstáculo podria separarme de aquel á quien amase; y creo que si por azar, surgiese alguno, antes que renunciar á mi amor, lo rompería sin cuidado!

—¿Aun á riesgo de comprometer, de perder para siempre una existencia mas preciosa que la de V?

—A cualquier riesgo, á cualquier precio. ¿Acaso mi vida no vale lo que otra?

—Veo que no sabe V. amar!

Ester guardó silencio, y pareció reflexionar. Tal vez se preguntaba si no tenia razon, si verdaderamente habia sabido amar.

Por fin, alzando la cabeza repuso:

—Con que decididamente marcha V?

—Sí, parto. Sírvase V. decir á Enriqueta, que mañana, á primera hora, habré abandonado esta casa... Dígale V. que á pesar de la desesperacion de mi alma, me llevo su recuerdo como un fresco perfume, como un rayo divino. Dígale V. que parto, porque la quiero pura, honrada, santa á los ojos de todos; que me voy bendiciéndola, sin queja alguna... Quizás moriré, pero si esto sucede, espiraré sin tener en cuenta mi sacrificio, enviándole mi último suspiro, el último latido de mi corazón!

Ya no hablaba Federico, y aun le escuchaba Ester, estupefacta, asombrada de las palabras que acababa de oír, de los sentimientos, tan nuevos para ella, que él había manifestado.

VIII.

Federico, al cabo de un instante, rompió el silencio, y acercándose á Ester la dijo:

—Ahora que hemos arreglado la situación de la señora de Vandelle y la mía, hablaremos, si V. lo permite, un momento, acerca de V!

—¿De mí?

—Sí, de V., que encargada de decidirme á partir, á abandonar este país, ha intentado V., hace poco, retenerme en él.

—Yo, he intentado...

—Sin duda alguna. Por ventura, ¿no acaba V., de decirme que ningun obstáculo podría separar á V. del hombre amado, que los rompería V. todos, á cualquier riesgo, ó cualquier precio? Esto era decirme: «Quédese V.»

—¿Y con qué objeto había yo de detenerle á V? ¿Qué me importa la presencia ó la ausencia de V?

—¡Mucho! dijo Federico con voz firme y fijando sobre Ester su mirada clara. Si parto, Enriqueta escapa á todos los peligros, y V. se halla espiando su caída!

—¡Yo! ¡yo! exclamó Ester, admirada, pálida! ¿Qué significa esto, caballero? ¿Con qué derecho me acusa V. de ese modo? ¿Por qué me insulta V? Con qué objeto había yo de espiar la caída de la señora Vandelle?

—Con el objeto de separar para siempre á Vandelle de su mujer, y vivir con él!

—¡Caballero!

Y Federico añadió, sin perder su calma:

—V., señorita me ha creído demasiado enamorado para no ver claro en este asunto, y se ha engañado V. ¿Quién es V? ¿Lo ignoro! ¿De dónde viene V? ¿Me importa poco! ¿Traía V. algun oculto designio al penetrar en esta casa? No me hallo enterado. Pero lo que sí es muy cierto que ha hecho V. desde su llegada vivísima impresion en Enrique Vandelle. Cierto es tambien que él no le es á V. indiferente... No lo niegue V., porque sé á qué atenerme en este punto. Comprendí en seguida que Enriqueta iba á correr un gran peligro entre Vds. dos, y por eso, pretendí una plaza en la fábrica, y por eso me hallo aquí. Parto hoy, porque ella me lo ordena, pero V. partirá conmigo!

—¿De qué modo dispone V. de mi persona!

—No. Es V. misma la que vá á disponer de ella de buen grado, por propia voluntad. V. no se conoce á sí misma, y yo voy á enseñarla á V. á conocerse.

—Veamos, dijo ella, mirando con mayor curiosidad á aquel que en parte acababa de metamorfosearse, de revelarse!

IX.

Federico añadió con voz segura, pero dulce y penetrante:

—V., señorita, ha sido adulada, mimada en su infancia y en su primera juventud. Era V. tan bella, tan bonita, que se hacia V. querer, que la admiraban á V., sin acordarse de prepararle una existencia honrosa y digna. Mas tarde, ha debido V. amar á su vez, pero á uno de esos hombres, para quienes no existiendo el corazon de la mujer, la materializan y la rebajan. V. ha sufrido mucho por ese hombre, y no ha tenido V. mas que un pensamiento: ¡vengarse!

Ester se estremeció, pero no hizo un solo gesto, no pronunció una sola palabra.

Él continuó:

—¿Cuál es la venganza que ha meditado V. en un momento de ceguedad, de cólera? Esto es lo que no sé á punto fijo. Pero, desde hace dos meses, desde el dia en que me dieron un empleo en la fábrica, observo á V, espío todos sus gestos, sus miradas, y afirmo que sin haber tenido valor para abandonar sus designios, se avergüenza V. ya de ellos, sufre V!

Ester permanecía impasible, con la cabeza baja y la mirada fija.

—Hoy, repuso Federico con mas dulzura, como si hablase con un enfermo; hoy sufre V. mas que nunca ha sufrido; la que V. odiaba en otro tiempo, la que deseaba V. sacrificar á sus resentimientos, se ha mostrado con V. afectuosa y buena; la ha tratado á V. como amiga, y estas señales de simpatía han conmovido á V., y su corazon, ya menos endurecido, se ha ablandado algun tanto..... Lo he comprendido en ciertas palabras que hace poco ha pronunciado V.; algo hay que ha hecho en su alma de V. una impresion mas viva todavía; Enriqueta sufre á causa de su marido; ha sido humillada, martirizada por él... y sin embargo, lejos de vengarse de procedimientos semejantes, se sacrifica para que el honor de aquel cuyo nombre lleva no corra peligro alguno, para que él no padezca por su causa. Ella me ama, no puede V. dudarle, ya hace tiempo que V. lo sabe,

y no obstante, me aleja de su lado. Por lo que á mí toca, en lugar de resistirme á sus órdenes, á pesar de mi dolor, me someto á ellas. Su conducta y la mia han admirado á V. profundamente. Nuestra manera de comprender el amor, el deber, la abnegacion, han acabado de conmover su alma de V., atormentada y fluctuante. Ha consultado V. su conciencia y mucho me engañaria, ó está V. ya en el buen camino...! esto es todo cuanto tenia que decir á V., señorita!

La saludó, y salió del cuarto sin que Ester hubiera pronunciado una sola palabra.

X.

Un cuarto de hora despues, y mientras continuaba sentada en el mismo sitio, sonaron pasos en el comedor, contiguo al saloncito.

Era Vandelle que volvia de una caza infructuosa sin duda, porque no se habia oido detonacion alguna. No habia comido todavía, y se hizo servir antes de subir á su habitacion, contentándose con colocar en un rincon, su escopeta cargada todavía.

Aquella comida solitaria duró una hora. Hacia algun tiempo que Vandelle se complacia en la mesa, mucho mas que otras veces; intentaba, en ella, olvidar sus infortunios y con ayuda de un vino rancio reemplazar la sombría realidad, por un sueño dorado; vivir en el pasado, y sobre todo en lo porvenir, ya que tan funesta le era la hora presente.

Cuando hubo terminado su comida suculenta, y para hundirse mas pronto en la beatitud del sueño, hubo vaciado media botella de kirsch, encendió un cigarro, y se dirigió hácia el saloncito, donde esperaba dormir cómodamente estendido en su divan predilecto, porque Vandelle apreciaba todos los refinamientos del bienestar y el lujo.

No quedó poco admirado de hallar á Ester en el salon, sentada ante el fuego, pensativa, sumida en sus reflexiones. La creía hacia ya rato en su cuarto, y en verdad no esperaba aquella entrevista con su antigua amada. A haber sabido que se hallaba allí, tan cerca de él, quizás no se hubiera eternizado comiendo, quizás hubiera mostrado discrecion con sus vinos. Pero habia abusado tanto de ellos, que no se hallaba en estado de sostener una conversacion brillante, de aprovechar aquella escelente ocasion. Dudaba de tal modo de sí mismo, de sus facultades intelectuales, de su aptitud amorosa, que debió resignarse á guardar silencio, á imitar el mutismo de Ester, á vivir á su lado la vida contemplativa. Tomó en el sofá su sitio habitual; se instaló del mejor modo posible, apoyó su cabeza en un almohadon, colocóse otro debajo de las espaldas, estendió las piernas y encendió un nuevo cigarro.

Aquella velada no carecia de encantos; recordábale, en parte, las que pasaba en tiempo de sus amores en la calle de Séze, y en casa de Ester. Hallábase entonces como ahora, solo con ella, estendido en un sofá, en un gabinete bien cerrado, y al abrigo de importunos, y así, la contemplaba, la admiraba durante largos instantes, sin pronunciar una sola palabra.

Pero entonces, á aquellos elocuentes silencios, sucedian diálogos mucho mas elocuentes. Nunca él permanecia solo en su sitio; siempre ella se ponía á su lado y le agradecia su muda admiracion. Y hoy ya no se cuidaba de la direccion de sus miradas; su ardor no la conmovia y se mostraba indiferente á su fijeza.

Llegó un momento, sin embargo, en que á consecuencia de un fenómeno magnético, que no puede negarse, la obstinacion de aquella mirada fija sobre ella, obligó en fin á Ester á alzar los ojos.

Y vió á Vandelle con el rostro de color de púrpura, la mirada brillante, llena de deseos, las ventanas de las narices dilatándosele, los labios encendidos.

Con sus robustas espaldas, su cuello bronceado por el viento y el sol, corto, fuerte, con gruesas venas; con sus cabellos negros y crespos; su barba abundante, inculta entonces, Vandelle recordaba al fáuno de la estatuaria antigua, el que al arte griego supo dejar bajo apariencias varoniles, cierta elegancia de forma. Era el tipo cabal del sensualismo, pero de un sensualismo ateniense, parisien y mundano.

Ester, en aquel momento podia observarle á su gusto. Fuerte con la actitud reservada que guardaba, con la especie de letargo en que le sumía su semi-embriaguez, no la oian en modo alguno la manera de ponerse en guardia contra sus asechanzas; y de aquel modo se le aparecia tal como era en todo su materialismo.

Y esto era lo único que ella habia conseguido inspirarle. El amor que él sentia, el gran amor que la profesaba se resumia en una sola palabra: la posesion.

Solo él veia esto, no aspiraba mas que á esto, no deseaba otra cosa. Un cuerpo; esto era todo.

Ah! qué distancia separaba este amor fisico del otro amor, este verdadero, el que Enriqueta Vandelle inspiraba á Federico Deschamps! Y jóvenes eran tambien ambos, ardientes, sanos y vigorosos, pero no se dejaban dominar por la materia, invadir por el sensualismo. Su corazon les gobernaba, lo oian latir, y el ruido de sus latidos ahogaba todos los rumores que gruñian en ellos les ennoblecia, les preservaba de toda mancha impura. Él; la amaba, sabia que era amado por ella, y se hallaba dispuesto, sin embargo á todo sacrificio.

Ella le amaba tambien, y por el temor de dárselo á conocer, de enternecerse á su lado, le mandaba que se alejase, y se condenaba á las mismas privaciones.

¡Qué distancia entre Federico Deschamps y Vandelle, y qué barrera separábala á ella misma de Enriqueta! Porque ella interrogaba á su conciencia, preguntándose si valia algo mas que

su amante. ¿No habia por desgracia, estimulado sus deseos irritando sus sentidos, y colocando los placeres carnales muy por encima de todos los goces intelectuales? ¿No tiene la mujer que llenar una mision al lado del hombre amado? ¿hablar á su razon, á su alma? ¿no conceder tanto lugar á las sensaciones, dar mayor preferencia á los sentimientos, engrandecerlos, elevarlos y hacer de modo que su amor, por ardiente que sea, le ennoblezca y purifique? Pero ella, en tiempo de sus antiguas relaciones, olvidábase tan por completo en sus brazos, que ni pensaba en interrogar á su corazon, ni á dejar que hablase el suyo propio.

Y hé aquí en lo que él se habia convertido: esperando el retorno de los pasados placeres, espiando la hora en que ella se humanizara, y se convirtiera de mármol en carne; en que el hielo se fundiera, su vida no tenia ningun otro objetivo; podia hundirse el mundo; él no se daría cuenta, con los ojos fijos en ella solo, y esperando la hora propicia.

Y hé aquí en lo que ella se habia convertido: para vengarse de él, solo podia acudir á una cosa: á mortificarle en su carne.

¡El uno era digno del otro! Y aun ella llegaba á confesarse que valia menos que él. ¿No era ella la que habia concebido el proyecto odioso de vengarse tambien de la pobre Enriqueta? Si la infeliz sufría en aquel momento á causa de su amor á Federico, si se hallaba desesperada, quebrantada, ¿no era la misma Ester la que le habia impuesto aquel nuevo suplicio? ¿No habia exigido que Federico entrase en la casa, y se hallase en relacion constante con la señora de Vandelle? ¿No habia atizado aquel amor? Vandelle no dudaba de su mujer; creía en su virtud, y sin ser criminal, habia podido esponerla al peligro persuadido de que en él no sucumbiría. Pero ella, Ester, por el contrario, habia creído en una caída próxima; la habia deseado, hasta habia llegado á prepararla.

¡Y qué gran leccion le daban aquellos dos honrados jóvenes!

Federico, á quien ella mezclaba en su venganza, sin tener queja alguna de él, confundiéndole en igual martirio, Federico que parecia haber descubierto sus secretos designios, en lugar de insultarla, de amenazarla, habia acudido á sus buenos sentimientos, la habia compadecido, habia escusado sus faltas, casi sus crímenes en proyecto, y partía confiándole á la misma que ella deseaba perder. En cuanto á Enriqueta, habíala tomado por confidente, por amiga; habíase refugiado, por decirlo así, en ella, y con el fin de permanecer firme en su virtud, encargaba á Ester el cuidado de protegerla. Todo un mundo de pensamientos bullían en su cerebro; volvía á ver su vida toda: los caprichos de su infancia, las escentricidades de su juventud, sus irreflexiones, sus ligerezas, su ociosidad, su afición al ruido y al movimiento, su madre, á quien lloró corto espacio de tiempo, Vandelle á quien habia amado demasiado aprisa, sin tomarse tiempo para estudiarle, su caída demasiado brusca, sus amores mal sanos, sus sueños no cumplidos, su venganza indigna y brutal contra Vandelle, injusta y criminal contra Enriqueta, y por final, su derrota, su confusion, su vergüenza. Escapábasele aquellos á quienes habia pretendido herir, agobiándola con su generosidad y su virtud. Se elevaban tanto, tanto, por encima de ella, que no podia alcanzarles; volaban, dirigiéndose á regiones que le estaban vedadas.

Únicamente, Vandelle le quedaba. Este no se elevaba, sino que se arrastraba por el suelo.

Todavía podia seguir haciéndole sufrir, lanzarle miradas provocativas, llamarle con un gesto, y para exasperarle volver á convertirse en mujer de hielo. Sí, pero... ¡Qué infamia!

Podía tambien resucitar el pasado, allí, en aquel salon; bajo aquel techo, en la casa, en fin, de Enriqueta! Sí, pero.....

¡Qué vergüenza!....

XI.

Y mientras que esto pensaba Ester, Vandelle siempre estendido en el sofá, con el cigarro en los labios, no cesaba de mirarla. Pensaba que puesto que Ester, que de ordinario le evitaba, permanecía allí, á su lado, á aquella hora, era porque comenzaba á humanizarse, y porque, quizás aquella misma noche tendria al fin piedad de él y de sí misma.

—Ah! ¡No quiero permanecer mas aquí, exclamó repentinamente Ester, levantándose; me iré mañana.

Enrique seguramente no esperaba frase semejante. Así es que hizo un brusco movimiento, y se irguió, como si hubiera recibido una violenta sacudida.

—¡Partir! exclamó: ¿qué está V. diciendo?

Ester con voz firme y decidida, añadió:

—¡Olvideme V! Aun es tiempo!

—¡Olvidarte! dijo él sin comprender aun; intentando recobrar su inteligencia trastornada por la embriaguez.

—Sí, olvídate. Vine aquí para vengarme de tí, pero te seguia amando... creo que te amaba, por que á no ser así, hubiera renunciado desde hace mucho tiempo á mi venganza, y espulsado de mi memoria tu recuerdo. Todo cuanto he dicho, todo cuanto he hecho, mi ironía, mis resistencias, mi frialdad, era pura farsa. Te deseaba daño, mucho daño, te hubiera asesinado con placer, pero sufría yo tambien al hacerte sufrir; cuando me inmovilizaba en tus brazos, cuando me convertía en mármol, en estatua, sufría tanto como tú, tal vez mas que tú! Pero, me avergüenzo de mí propia! ¡No quiero verte mas. Deseo marcharme... ¡partir para siempre!... ¡adios!

Dirigiase ya hácia la puerta, cuando Enrique se arrojó sobre

ella, y apoderándose de sus brazos, y deteniéndola en el sitio en que se hallaba:

—¡Partir! exclamó. ¡Partir, cuando acabas de confesarme que me amabas! ¡estás loca!

—No lo sé; es posible!

—Partir, continuó diciendo él, ya fuera de sí; no te lo permitiré; ahora soy fuerte contra tí! He podido creer un momento, al verte tan fria y tan cruel, que no sentias mas que odio hácia mí... Ahora sé que me amas, que luchas como yo, y pretendes...

Ester le interrumpió. Mientras que él hablaba, habiase dado cuenta de la falta que venia de cometer; la confesion que acababa de escapársele en un momento de franqueza, porque se hallaba harta de la comedia por tanto tiempo representada, fortificaba, en efecto, á Vandelle, dándole armas contra ella.

Así es que de exaltada que se hallaba, quedosé de repente tranquila, fria, glacial.

—He dicho á V. que deseaba partir, dijo con segura voz.

—Y yo te he contestado que no te lo permitiré!

—¿A qué se atreverá V?

—¡A todo!

Y la estrechaba, al decir esto, contra su pecho.

—Déjeme V., dijo ella, resistiéndose.

—¿Dejarte? ¡Cuando hace tanto tiempo que te espero! Dejarte marchar, para quedarme mas miserable y mas desesperado que nunca!

—¡Ah! ¡me dá V. miedo!

—No, puesto que me amas!

—No, no! Creí al volver aquí que amaba á V., pero no le amo, no le amaba... ¿Era acaso amor lo que sentía?

Oyéronse pasos en la sala contigua; los criados antes de retirarse á sus habitaciones, acudian á cerrar las persianas del saloncito.

Vandelle se vió obligado á alejarse de Ester.
Y esta aprovechó su libertad, para correr hácia la puerta, abrirla, y desaparecer.

XII.

Ester, al abandonar á Vandelle, atravesó rápidamente el vestibulo y subió la escalera, para dirigirse á su habitacion situada en el segundo piso. Pero cuando cruzaba el corredor del primero, una puerta entreabierta hacia un rato se abrió dulcemente y apareció Enriqueta.

Comprendiendo Ester que deseaba hablar con ella, se acercó, no sin haberse asegurado antes de que nadie podría verla.

—¿Qué ocurre? dijo Enriqueta en voz baja: ¿le ha visto V? ¿le ha hablado?

—Si, señora.

—¿Qué ha dicho?

—Que estaba desesperado, pero que obedecería á V.

—Ah! ¿Y cuando se marcha?

—Mañana, á primera hora.

—¿Sin verme? exclamó dolorosamente.

—Me pareció que V. deseaba no volver á verle, y le he pedido en nombre de V. este último sacrificio.

—Y lo hace! Ah! Para recompensarle, yo soy la que debería tener el valor de decirle adios.

Estas últimas palabras estremecieron á Ester: ir á despedirse de Federico, á aquella hora de la noche, al extremo del parque, al pabellon que él solo ocupaba... y mientras que Vandelle, que se hallaba abajo, podia verla pasar... ¡Qué imprudencia!

Mas no tardó en tranquilizarse. Enriqueta no era capaz de locura semejante. Habria querido decir sin duda alguna que

podria y debería encontrarse al dia siguiente al paso de Federico, en el momento de su partida.

Por lo demás, Enriqueta, despues de haberle dado gracias con efusion, y en un arranque cariñoso haberla dado un tierno abrazo, entró en su cuarto.

Ester, tranquilizada, y aun aturdida por aquella nueva muestra de afecto, abandonó el corredor y subió rápidamente á su cuarto.

XIII.

Durante todo esto, Vandelle solo en el saloncito, volvia á entregarse á sus reflexiones. Habia abierto la puerta que comunicaba con el comedor, se paseaba de arriba á abajo, y no interrumpia sus pasos mas que para hacer algunas estaciones delante de una licorera que habia quedado sobre la mesa.

—¡Ester le habia anunciado su próxima partida! ¿Y por qué se marchaba, puesto que acababa de descubrir su secreto, puesto que le habia confesado al fin, que solo su amor la habia hecho volver á su lado? Verdad es que decia que ya no le amaba, pero gracias á su fatuidad, Vandelle creia saber á qué atenerse en este punto; esto era, segun él, la tentativa desesperada de una mujer que desea recobrar su secreto, despues de haberlo descubierto.

—¡Ester le amaba! ¡Le habia siempre amado! ¡No podia dudar de ello ¡y sin embargo, se marchaba! ¿Por qué?

Porque habia creado un sueño insensato; Enriqueta en relaciones constantes con Federico Deschamps, iba inevitablemente á enamorarse del amigo de su infancia, y sin tardanza alguna, como si se tratase de la cosa mas sencilla del mundo, iba á faltar á todos sus deberes, á convertirse en criminal.

Entonces, Vandelle á quien nada se escapaba, que no era

uno de esos maridos ciegos, á quienes puede engañarse impunemente, tendria al punto conocimiento de estos hechos, y se separaria para siempre de su mujer.

Segun él, este era necesariamente el objeto apetecido por Ester, no como ella decia, movida por un sentimiento de venganza, sino por amor, por celos; para reconquistar la plaza que le habian quitado, para deshacerse de una rival.

«En efecto, Ester Sandraz, pensaba su antiguo amante, debe sufrir cruelmente al ver al lado mio á una mujer jóven y de las mas bonitas. En vano dice que ya no me ama, que nunca me ha amado, que nuestras relaciones eran frias, y que ni aun tenian razon de existir. Ester puede dudar de ello, y esta duda la atormenta. Posee conocimiento de la vida; no ignora que los hombres por enamorados que se hallen de una querida, no se consideran obligados á imponer á su mujer legítima un completo celibato. A veces, hasta se ven obligados á usar de tanta mayor amabilidad cuanto es mayor su culpa; de esta manera alejan las sospechas, y persuaden á la que engañan de que ella es la única á quien aman.

«Pero si la mujer legítima, desdeñosa hácia la deferencia de su marido, sospechando su traicion, á pesar de las precauciones tomadas, busca un alivio á sus penas, procurándose unas relaciones ilícitas, y comete una falta, el marido adquiere de hecho su libertad y espulsa á la infiel, ó al menos, rompe toda clase de relacion con ella.

«Indudablemente Ester cuenta con una ruptura de este género, seguia diciéndose Vandelle. Y por cierto que se muestra modesta en extremo en esta circunstancia, porque, ciertamente podia exigir mucho mas. Yo no seré hombre, el día en que sepa que mi mujer es criminal, para contentarme con una ruptura, con una separacion amistosa ó legal...!»

Al pensar Vandelle que Enriqueta podia engañarle, olvidaba que él mismo no tenia otro deseo, otra aspiracion, otro objeto

en aquel momento que engañar á su mujer. Pero se enfurecia, y escudado con el código, tan severo para las mujeres, tan indulgente para los maridos, pensaba en hacerse pronta y buena justicia.

Pero, felizmente, las cosas no habian llegado á tal extremo; seguia calculando Vandelle; Enriqueta á pesar de las previsiones de Ester, no profesaba á Federico Deschamps mas que una buena amistad. Enriqueta, á pesar de la conducta de Vandelle, no amaba mas que á su marido, ni podia amar á otro alguno que él no fuese. Nada bochornoso habia para él en haber dado á Federico Deschamps una plaza en la fábrica y una habitacion en el pabellon Luis XIII en el fondo del parque.

Y despues de haber agitado todos estos pensamientos, de haber calculado todas estas evoluciones, volvia á su punto de partida; Ester, obligada á reconocer que se habia equivocado juzgando á Enriqueta; obligada á inclinarse ante la virtud intachable de la señora de Vandelle, Ester vencida, mas enamorada que nunca, mas decidida á no admitir favores de su amante á medias, cedia la plaza á su rival y deseaba abandonar aquel país. ¡Oh! Pero él la retendria á la fuerza, ó bien si ella insistia en partir, la seguiria á donde quiera que fuese!

XIV.

A este punto llegaba de sus pensamientos, cuando oyó ruido de pasos en la escalera: parecia que marchaban de puntillas.

Un criado no hubiera tomado seguramente tantas precauciones, y por otra parte, hacia una hora que todos los sirvientes se habian retirado á sus cuartos situados al otro extremo de la casa, independiente del que los amos ocupaban.

¿Seria, acaso, Ester Sandraz, que lo habia pensado mejor, y volvia á su lado?

Escuchó.

El que andaba, atravesó el vestíbulo del piso bajo... Despues se alejaron los pasos... que volvieron á sonar en el parque.

¿Quién era el que salia á aquella hora, con aquella oscuridad y aquel frío glacial?

Apagó la lámpara que alumbraba á la sala. Luego, se acercó á una ventana, y miró.

Una forma humana se dibujó entre las sombras del parque. No había estrellas en el cielo, pero la nieve que cubria la tierra, y las hojas de los árboles, formaban un fondo blanco, de donde parecía surgir la persona que marchaba decidida...

Era una mujer cubierta con un gran manto de forma inglesa, con su capucha...

Se estremeció... Había reconocido el abrigo que Enriqueta usaba desde el principio del invierno.

¿A dónde iba?

A lo lejos, á cien metros de la casa, veíase luz. El pabellon habitado por Federico Deschamps, se hallaba iluminado todavía, y Enriqueta acababa de tomar el camino que conducia al pabellon.

¡Qué! En el preciso momento en que él se enorgullecía de su virtud, elevándola á las nubes, descubría de repente... Oh, era imposible! Ester no podía tener razon. No era Enriqueta la que salia así de noche, creyendo dormida á toda la gente de la casa, para dirigirse á donde su amante la esperaba!

Volvió á mirar; era ella misma!

Entonces, fuera de sí, dominado todavía por la primera embriaguez que había estado aumentando durante toda la noche, cogió su escopeta de caza, que dos horas antes había colocado en un rincon, abrió la puerta y se lanzó al parque.

XV.

Vandelle, sin embargo, y á pesar de su indignacion, daba

pruebas de inteligencia y sangre fria en aquel terrible espionaje.

En lugar de tomar la misma senda que Enriqueta, esponiéndose de este modo á ser visto si ella se volvia, se introdujo en otra, perdida entre troncos y desnudos matorrales, que debía conducirle directamente al pabellon ocupado por Federico.

Algunos pasos antes de llegar á él, se detuvo.

Enriqueta no había llegado todavía.

Pero se aproximaba. En el gran silencio de la noche, oíase la nieve endurecida crujir sordamente bajo sus piés.

Vandelle, escondido detrás de un tronco de árbol, como un cazador en acecho, esperaba.

Por fin llegó, y siempre envuelta en su manto, se dirigió vivamente hácia la puerta del pabellon.

Intentó abrirla, pero estaba cerrada. Entonces, sin dudar, como una persona que es esperada y deseada, llamó.

Dejóse oír un ruido dentro. La luz cambió de sitio.

Abrieron las persianas.

Y detrás de la puerta de cristales, apareció Federico, con un quinqué en la mano.

En un instante la puerta se abrió y volvió á cerrarse tras de Enriqueta.

XVI.

¿Qué sucedió entonces en el alma de Vandelle?

¿Únicamente le acometieron los celos?

¿No pensó mas que en su honor ultrajado? O bien, ¿en aquel momento, apareciósele Ester, provocativa, soberbia, diciéndole:

—«Ella ha tomado mi plaza; yo quiero tomar la suya; yo quiero ser tu mujer... Tú la sorprendes en flagrante delito, en

«el domicilio de su amante; la ley te absolverá si la matas...
«¡mátala!»?

No queremos resolver esta cuestion; veamos tan solo que es lo que está haciendo Vandelle.

Abandona su escondite; atraviesa el paso que le separa del pabellon, se acerca á la puerta.

Pero han cerrado las persianas; nada puede ver.

Por fin, sosteniendo su escopeta con la mano derecha, y apoyando el cañon sobre el brazo izquierdo, con el dedo en el gatillo, dá lentamente la vuelta al pabellon, buscando, ya que no una puerta, al menos una ventana abierta.

¡Todo cerrado! ¿Qué hará?

Pero no; una de las ventanas no se halla mas que entreabierta.

Se acerca á ella, y la abre mas, procurando no hacer ruido alguno.

Entonces, ve: ella está vuelta de espaldas, pero está allí; al lado de Federico!

Entonces se agacha, coloca una rodilla en la nieve, apoya el cañon de su escopeta en el bordillo de la ventana, apunta... y dispara.

XVII.

El juez Raynal, despues de haber interrogado á muchos obreros de la fábrica y haberse hecho dar noticias por Vandelle, habíase trasportado, como el lector recordará, al pueblo.

No pudo evitar la comida que le ofreció M. Fourcanade; pero á las ocho en punto se dirigió á la alcaldía, y siguió el sumario relativo al hombre que habian encontrado ahorcado en un sitio, término de aquel pueblo.

Desgraciadamente, la mayoría de los habitantes de G*** por

él convocados, no parecian muy dispuestos á ayudarle en sus nocturnos trabajos; y no dejó de notarlo, al tomar asiento en el despacho:

—Preciso es confesar, señor alcalde, dijo con amargura, que los administrados de V. se toman muy poco interés en proporcionarme datos.

—Pero considere V. dijo el alcalde sin turbarse, que la mayor parte se hallan en la feria de Saint-Beat.... y comprenda usted que...

—Si, comprendo que este sumario no marcha. Sin embargo, yo habia dado tiempo suficiente para que se reunieran las personas á quienes deseo interrogar.

—Señor juez, ya he puesto en campaña á toda la gendarmería.

—¡Y llama V. toda la gendarmería, á dos hombres que únicamente hay aquí! ¡Solo dos gendarmes en este pueblo!

—Oh! Para lo que hacen! murmuró Fourcanade; con gente como corderos...

—¡Corderos que cometen crímenes!

—¡Crímenes, ellos! Pero señor juez, ese hombre se suicidó! Se toma V. demasiado trabajo para...

—Señor alcalde, repuso Raynal con tono severo; yo soy el único juez de mi conducta, y suplico á V. no la comente. En cuanto al hombre de que hablamos, esperaré la declaracion del médico para juzgar. Por lo demás, aunque fuera un suicidio ¿acáso no es un crimen el suicidio?

Dicho esto, se detuvo sorprendido:

—¿Qué ruido es ese? preguntó

—¿Cuál?

—Allí, en aquel lado.

—Ah! en el armario! No es nada. Es que se están batiendo!

—¿Quién se bate dentro del armario?

—Los atributos de la alcaldía, señor juez; banderas de to-

dos colores y de todas épocas; gorros frigos; flores de lis de carton y de zinc: gallos galos, águilas y una magnífica coleccion de bustos de yeso: Luis XVI, Maria-Antonieta, Robespierre, Marat, el Directorio completo, luego Bonaparte, Napoleon I, Luis XVIII, Carlos X, Luis-Felipe, el general Cavaignac, el príncipe Napoleon presidente, Napoleon III emperador, Trochu, Julio Fabre, Mr. Thiers...

—Basta, basta, señor alcalde, dijo Raynal; conozco la historia. ¿Y por qué conserva V. todo eso?

Para la instruccion moral y política de la juventud de este país, señor juez. Dos veces al mes, el maestro de escuela trae á sus discípulos; abre el armario, les enseña los objetos que encierra, y les dice: «Estimados discípulos: este es el panteon del pueblo. Estas son las glorias de la Francia. Porque cada uno de estos que aquí veis, han recibido, con mejor ó peor motivo, el nombre de salvador, de idolatrado, de glorioso..... y ahora, miradlos, se ven obligados á esconderse en un armario. *«Sic transit gloria mundi!* Enséñanos este ejemplo á desconfiar de la popularidad y de los honores, que ciertamente os esperan en el mundo. Pero al mismo tiempo, respetad á todos estos bustos de yeso, quitadles el polvo con ardor; tal vez los necesitamos un día. Ese viejísimo busto, lleno de telarañas, se halla quizás destinado á salir otra vez del armario y volver á ocupar su sitio en el salon de sesiones de la alcaldía. «El pueblo no es rico, y por consiguiente, carece de medios para comprar nuevos bustos cada dos ó tres años; es preciso que se contente, pues, con lo que tiene almacenado. Por fortuna, poseemos un surtido completo.» Este discurso es mio, señor juez, y lo hago aprender de memoria á los diferentes maestros de escuela que tiene el pueblo, los cuales lo repiten á sus discípulos.

—Doy á V. mi enhorabuena, señor alcalde; es V. un verdadero filósofo.

—En política, si, lo confieso, no tengo pasiones, pero en la vida privada, en la vida doméstica, echo el resto... Ah, las mujeres, señor juez, las mujeres!

—Cuidado, Sr. alcalde, cuidado; el secretario nos escucha.

—No importa; ya me conoce... Calle! Me parece que oigo á la gendarmeria!

—Vamos, del mal el menos, exclamó Raynal volviendo á adoptar su aspecto solemne. Por fin van á darme las noticias que con tanto afan deseo!

Y dirigiéndose al gendarme que respetuosamente permanecia en los umbrales de la puerta, exclamó:

—Acérquese V., acérquese V! ¿Qué hay?

El gendarme colocó sobre la mesa una carta que Raynal se apresuró á abrir.

—Ni huellas de golpes, ni heridas, murmuró manteniendo sus ojos fijos sobre la declaracion del médico, que era lo que leia; ninguna señal de violencia... Esta muerte no puede ser atribuida mas que á un suicidio.

—¡Lo que yo decia! exclamó triunfante Fourcanade.

El juez se habia levantado, digno, frio, y acercándose á su escribano, le dijo:

—Añada V. este documento al sumario, y marchémonos. ¡No valia seguramente la pena de haberme incomodado!

—Pero yo no he sido, señor juez, se apresuró á decir el alcalde, quien ha llamado á V.; ¡es V. quien ha querido venir. Tendrá V. muy poco que hacer en el pueblo, se lo repito; todos son honradísimos, verdaderos corderos!...

En el momento en que pronunciaba estas palabras, se oyó, á lo lejos una detonacion.

—¿Qué es esto? exclamó Raynal, levantando bruscamente la cabeza. ¡Un tiro!

—Y en direccion de casa de Vandelle, añadió admirado el alcalde. Y sin embargo nadie caza á estas horas!

—¡Entonces es un asesinato! exclamó el juez.

Y dirigiéndose al gendarme, que se habia unido á su compañero:

—Corran Vds. al sitio, dijo. Luego se volvió hácia Fourcanade y le dijo irónicamente:

—¿Eh? ¿qué tal señor alcalde? el pueblo modelo... los correritos...

—¡Quién sabe, murmuró Fourcanade, esta vez ya un tanto turbado, tal vez sea un accidente, un simple accidente...! Algun cazador que habrá descargado su escopeta al volver á su casa!...

—¿A las diez de la noche, en invierno? ¿No es verdad? ¿Para asustar á todo el país? Si así fuera, ya debia V. haber metido en la cárcel á ese perturbador. Pero algo hay que me dice que se trata de un asunto grave..... ¿Qué rumor es ese?

XVIII.

Hacia, efectivamente, un momento, que el pueblo de G*** parecia haber salido de su modorra. Aquella detonacion sonando de repente en el silencio de la noche, en aquel tiempo nevoso, en que los ruidos suenan mas, y en aquel país de montañas que repercute los sonidos hasta el infinito, habia causado alguna emocion entre los habitantes. Todos los que se hallaban velando todavía, habian salido de su habitacion, y se dirigian, como sucede siempre en estos casos, hácia la plaza del pueblo.

Interrogábanse unos á otros, se hablaba, se discutia, cuando un hombre, marchando á grandes pasos, atravesó la plaza, pasó por el lado de los diferentes grupos, y entró en la alcaldía.

Todos le habian reconocido. Era el amo de la fábrica, el dueño de la quinta; era Vandelle.

De fijo traia alguna noticia. Por consiguiente, le siguieron. Pero la curiosidad de los habitantes de G***, no pudo ser satisfecha.

Cuando Vandelle penetró en la sala donde el juez, su escribano y el alcalde se hallaban reunidos, se adelantó hácia Raynal, y manifestó el deseo de quedarse á solas con él.

—Está muy bien, dijo el juez; salga de aquí todo el mundo. Usted, tambien, señor alcalde. V. tambien, y sírvase vigilar, yo se lo ruego, este pueblo modelo, mientras que yo me ocupo de los crímenes que en él se cometen, añadió irónicamente.

Fourcanade, cuya curiosidad se habia despertado, sin embargo, creyó prudente obedecer, y se alejó de la sala, de igual modo que sus administrados.

Solo Vandelle quedó en presencia de Raynal y su escribano, que se hallaba aun sentado ante la mesa, acabando de arreglar unos papeles.

—Estás completamente descompuesto, amigo Vandelle, díjole el juez, así que se hubo cerrado la puerta; estás pálido, pareces agitado.

¿Se trata de alguna cosa grave? ¿Qué tienes que decirme? Veamos.

—Tengo que hacerte una declaracion.

—¿Al amigo?

—No.

—¿Al juez?

—Sí, al juez!

—Ah, eso es diferente!

Hizo una seña al escribano, que iba á retirarse, para que se quedara; despues sentóse ante la mesa, y con aspecto imponente, dijo cruzándose de brazos:

—Hable V., señor mio!

—Acaba de cometerse un asesinato en mi casa!

—¡Un asesinato! ¡Un asesinato! repitió Raynal; y en la persona de quién?

—En la persona de mi mujer!

—¿Cómo! ¡Enriqueta! Dáte prisa en acabar tu declaracion.

El juez debe proceder con orden y con calma, pero el amigo tiene derecho á conmoverse; Enriqueta! ¡Acaba! ¿A quién achacas el crimen? ¿Quién lo ha cometido?

— ¡Yo! dijo Vandelle en voz baja.

— ¿Cómo?

— Digo que yo he asesinado á mi mujer, murmuró.

— ¿Tú? ¿Eso es imposible! ¿Y por qué? ¿Y cómo?

Y Vandelle respondió con voz temblona, lanzando en torno suyo asustadizas miradas.

— ¡Estaba enamorado! ¡Estaba loco! ¡Ah! ¡Cuánto me ha hecho sufrir!

— ¿Enriqueta?

— ¿Eh? ¡Nó! ¿Quién habla de Enriqueta? dijo, admirado de oír pronunciar aquel nombre.

Repúsose un poco, y continuó diciendo:

— Es justo... quieres saber... Pues bien, hace algun tiempo que admití en mi casa un jóven... Federico Deschamps, un amigo, un compañero de infancia de mi mujer.... Se criaron juntos... Y ella... ella era, la que me incitó á admitirle en mi casa... Ella me habia hecho entrever... ¡qué se yo!... Ya te lo he dicho... ¡estaba loco!

— Continúa, y lleguemos al fin, al desenlace... Mas tarde, apreciaremos los detalles... Esta noche, ¿qué ha pasado?

— ¿Esta noche? Esta noche... habia tenido una escena con ella... me habia anunciado que se marchaba.... Veia que con esta partida la perdía para siempre, y ya te lo he dicho, la adoro! ¡la adoro!

— Recobra la calma. Decias que esta noche, Enriqueta...

— Ah, sí! Enriqueta atravesó el salon en que yo me hallaba, parecia que iba temiendo ser sorprendida... bajó al parque, la seguí; se dirigió hácia el pabellon habitado por Federico Deschamps... Me oculté... entró en el pabellon... Federico la esperaba... Se pusieron uno al lado de otro, se hablaron en voz

baja... Entonces, yo me acordé de lo que ella me habia dicho... de lo que me habia prometido... No pensé mas que en mi amor, en mi pasion, apunté la escopeta que tenia en mi mano... disparé... oí un grito horrible, eché á correr.... y vengo á entregarme á la justicia.

Raynal miró al escribano que comprendió el pensamiento de su jefe, y con los ojos designó un ejemplar del código abierto encima de la mesa. Para aquellos dos funcionarios de la ley, el asunto, tal como se presentaba, perdía una gran parte de su gravedad: Vandelle se encontraba protegido por el Código Penal; en el artículo de las atenuaciones (1).

Pero su declaracion no bastaba: era preciso levantar un formal sumario, y el juez decidió dirigirse inmediatamente al sitio en que se habia cometido el crimen.

XIX.

Pusiéronse en camino. El juez marchaba á la cabeza con su escribano, despues seguia el alcalde, acompañado de su secretario, y venia despues Vandelle, triste, abatido, vacilante.

Los gendarmes habian recibido orden de dejarle en libertad, sin perderle, por eso, de vista; y cumplian concienzudamente su deber, mientras mantenian á distancia á los habitantes de G***, que intentaban mezclarse con la comitiva.

Habia algo siniestro en aquella larga hilera de hombres, caminando silenciosamente, en aquella sombría noche, y sobre aquel camino cubierto de nieve.

Cuantas veces habia intentado Fourcanade dirigir la palabra á Raynal, habian sido inútiles: el jóven juez, sumido en sus reflexiones, permanecia insensible á los gestos del alcalde. Dos

(1) Artículo que no existe en nuestro Código.

El juez debe proceder con orden y con calma, pero el amigo tiene derecho á conmoverse; Enriqueta! ¡Acaba! ¿A quién achacas el crimen? ¿Quién lo ha cometido?

— ¡Yo! dijo Vandelle en voz baja.

— ¿Cómo?

— Digo que yo he asesinado á mi mujer, murmuró.

— ¿Tú? ¿Eso es imposible! ¿Y por qué? ¿Y cómo?

Y Vandelle respondió con voz temblona, lanzando en torno suyo asustadizas miradas.

— ¡Estaba enamorado! ¡Estaba loco! ¡Ah! ¡Cuánto me ha hecho sufrir!

— ¿Enriqueta?

— ¿Eh? ¡Nó! ¿Quién habla de Enriqueta? dijo, admirado de oír pronunciar aquel nombre.

Repúsose un poco, y continuó diciendo:

— Es justo... quieres saber... Pues bien, hace algun tiempo que admití en mi casa un jóven... Federico Deschamps, un amigo, un compañero de infancia de mi mujer.... Se criaron juntos... Y ella... ella era, la que me incitó á admitirle en mi casa... Ella me habia hecho entrever... ¡qué se yo!... Ya te lo he dicho... ¡estaba loco!

— Continúa, y lleguemos al fin, al desenlace... Mas tarde, apreciaremos los detalles... Esta noche, ¿qué ha pasado?

— ¿Esta noche? Esta noche... habia tenido una escena con ella... me habia anunciado que se marchaba.... Veia que con esta partida la perdía para siempre, y ya te lo he dicho, la adoro! ¡la adoro!

— Recobra la calma. Decias que esta noche, Enriqueta...

— Ah, sí! Enriqueta atravesó el salon en que yo me hallaba, parecia que iba temiendo ser sorprendida... bajó al parque, la seguí; se dirigió hácia el pabellon habitado por Federico Deschamps... Me oculté... entró en el pabellon... Federico la esperaba... Se pusieron uno al lado de otro, se hablaron en voz

baja... Entonces, yo me acordé de lo que ella me habia dicho... de lo que me habia prometido... No pensé mas que en mi amor, en mi pasion, apunté la escopeta que tenia en mi mano... disparé... oí un grito horrible, eché á correr.... y vengo á entregarme á la justicia.

Raynal miró al escribano que comprendió el pensamiento de su jefe, y con los ojos designó un ejemplar del código abierto encima de la mesa. Para aquellos dos funcionarios de la ley, el asunto, tal como se presentaba, perdía una gran parte de su gravedad: Vandelle se encontraba protegido por el Código Penal; en el artículo de las atenuaciones (1).

Pero su declaracion no bastaba: era preciso levantar un formal sumario, y el juez decidió dirigirse inmediatamente al sitio en que se habia cometido el crimen.

XIX.

Pusiéronse en camino. El juez marchaba á la cabeza con su escribano, despues seguia el alcalde, acompañado de su secretario, y venia despues Vandelle, triste, abatido, vacilante.

Los gendarmes habian recibido orden de dejarle en libertad, sin perderle, por eso, de vista; y cumplian concienzudamente su deber, mientras mantenian á distancia á los habitantes de G***, que intentaban mezclarse con la comitiva.

Habia algo siniestro en aquella larga hilera de hombres, caminando silenciosamente, en aquella sombría noche, y sobre aquel camino cubierto de nieve.

Cuantas veces habia intentado Fourcanade dirigir la palabra á Raynal, habian sido inútiles: el jóven juez, sumido en sus reflexiones, permanecia insensible á los gestos del alcalde. Dos

(1) Artículo que no existe en nuestro Código.

corrientes de ideas opuestas, chocaban, en aquel momento, en su imaginacion; por una parte, el juez principiante, dichoso por tener que tomar parte principal en un asunto que necesariamente habia de ponerle en evidencia, no podia menos de deplorar que Vandelle, en el caso presente, fuese legalmente *escusable*; y por otra, el hombre honrado, el hombre de corazon que se encuentra siempre en Francia detrás del magistrado, hallábase tentado de declarar inocente á uno de sus semejantes, y se alegraba de encontrar solamente un desgraciado allí donde habia pensado hacer presa en un criminal.

Cuando hubieron llegado á la verja del parque, marcharon directamente hácia el pabellon habitado por Federico Deschamps.

Criados, obreros de la fábrica vagaban por entre los árboles desnudos de hoja, ó formaban grupos en torno á la casa: animacion reinaba por todas partes.

Mientras que Vandelle permanecia cerca de la puerta entornada, con los gendarmes y los vecinos del pueblo, el juez seguido de su escribano y del alcalde, penetraron en la sala del pabellon.

Un quinqué, y algunos sarmientos que acababan de arrojar á la chimenea, iluminaban apenas aquella habitacion, y las diferentes personas que en ella se hallaban reunidas.

En el fondo, frente á la puerta de entrada, un grupo, compuesto de Federico Deschamps, de algunos servidores de la casa y de un médico que habian enviado á buscar á toda prisa á Montréjeau, se habia formado alrededor de un sofá sobre el cual reposaba la víctima de Vandelle.

Raynal, despues de haber paseado sus miradas por todos lados, hizo un movimiento para dirigirse hácia el grupo.

Pero Federico salió de él, y acercándose al juez, le dijo, con acento animado:

—¿Viene V. sin duda, á poner al asesino en presencia de su víctima?

—Señor mio, respondió el juez con voz severa, advierto á V. que se abstenga de usar epítetos, que ni yo mismo me atreveria á emplear.

La palabra asesino está tanto mas fuera de lugar en boca de V. cuanto que V. ha sido el cómplice de esa desgraciada mujer; V. ha armado á su marido contra ella, y V., en fin, ha sido la primera causa de este terrible drama!

Mas dueño ya de sí mismo, y alzando la voz para que todo el mundo le oyera, dijo al juez:

—Está V. en un grave error, caballero; pero no me estraña; es natural. Hasta ahora no debe V. haber oido mas que á Mr. Vandelle...! Este ha creido ver salir á su mujer de su casa, y dirigirse al pabellon que yo habito: inmediatamente, sin calcular si acaso no venia sencillamente á despedirse de su amigo de la infancia que partia al dia siguiente, ha pensado: «Es culpable! ¡Voy á matarla! ¡A matarla, para reconquistar «mi libertad, y vivir con la que amo...!» Y no ha recordado ni la honradez ni la pureza de su mujer, que debian preservarla de toda sospecha; ni de sus culpas personales, que podrian haber bastado para declarar inocente á la infeliz; y con premeditacion, tal vez sin cólera, de seguro sin celos, se ha convertido en asesino!

Raynal á su vez, alzó la voz, diciendo:

—Repito á V., caballero, que no tiene V. derecho á ser tan severo con un hombre á quien ha ultrajado V! El papel de acusador no pertenece á V!

—Sea! repuso Federico. No le acusaré, ella misma le acusará! Volvióse, lanzóse hácia el grupo formado en un rincon de la sala, cogió por el brazo á una persona arrodillada ante el sofá, la llevó al lado de Vandelle, y colocándola ante sus ojos, le dijo:

—¡Mira, asesino!

Vandelle lanzó un grito de espanto. Enriqueta, á quien creía haber asesinado, surgia como un espectro ante su vista.

XX.

El joven juez, á pesar de sus esfuerzos para no aparecer sorprendido por ningun acontecimiento, no pudo, en aquella circunstancia disimular su asombro.

—Pues entonces, dijo designando á Enriqueta, la señora no se hallaba aquí en el momento en que...

—La señora, repuso Federico interrumpiéndole, estaba en su cuarto cuando sonó el tiro. Sus criados la han encontrado en él, le han dado parte del crimen y ella ha querido seguirles, para prestar sus cuidados á la moribunda.

—¿Cuál es, pues la víctima? ¿Quién es esa persona á la que todo el mundo rodea y que no puedo ver? preguntó Raynal.

—Es Clara Meunier, respondió Federico; ó mejor dicho Ester Sandraz, la antigua querida de Vandelle. Sí, la mujer que él habia abandonado y vendido, se introdujo en esta casa en calidad de lectora, y escudada por un falso nombre. Quería vengarse de Vandelle, hacerle sufrir, porque él la amaba, no habia dejado de amarla. Tal vez ella tambien le amaba todavía, y pretendia ocupar la plaza de mujer legítima, espulsando á esta. Pero conquistada por Enriqueta, gracias á su rectitud, á su franqueza, á su bondad, renunció á sus designios, comprendiendo todo el horror que encerraban. Esta noche, sabiendo que yo partia, temiéndome que Enriqueta, mi amiga de la infancia, mi hermana, acudiese á despedirse de mí y sospechando una violencia, una sorpresa por parte de Vandelle, se decidí á prevenírmelo. Y engañado por un abrigo que Ester habia encontrado en el vestíbulo y puéstoselo á toda prisa, Vandelle la tomó por su mujer, la siguió hasta este pabellon, y mientras

que ella me estaba hablando, confesándose conmigo, pidiendo perdon á Dios, él disparó cobardemente sobre ella.

—¿Y ha muerto? preguntó Raynal.

—Nó, pero el médico desespera de salvarla, y hace ya una hora que ha perdido el conocimiento.

—Entonces, esto es un crimen... ¡Por fin, he dado con un verdadero crimen! no pudo menos de murmurar el juez.

Al mismo tiempo se aproximó á los gendarmes y les dió en voz baja la orden de apoderarse del asesino.

XXI.

Vandelle comprendió sin duda esta orden, puesto, que en el momento en que los gendarmes iban á echarle la mano encima, dió un salto hácia atrás, atravesó los umbrales de la puerta, rechazó á las personas que se hallaban agrupadas delante del pabellon, se lanzó al parque, y protegido por la oscuridad de la noche, desapareció.

Entonces, movidos por un sentimiento unánime y espontáneo, los criados y los hombres del pueblo, reunidos ante el pabellon, emprendieron la persecucion del fugitivo. El hombre, sea cual fuere, tiene siempre instintos de cazador; resíentese de su primer origen, corre detrás de todo lo que huye. Acuérdate de los tiempos primitivos en que desnudo, sin armas, privado de todo, luchaba en agilidad con los animales necesarios para su subsistencia. Hoy, ya no corre tras la caza, pero empujado por una fuerza irresistible, lánzase en persecucion de su semejante, desde que este le presenta una ocasion. Si en nuestras calles, un hombre empieza á correr, en seguida diez, veinte, treinta personas, cuyo número va aumentando siempre, corren detras de él, sin saber por qué, por necesidad de correr, por instinto de cazador.

Pero, sin dejar por eso de seguir tan natural inclinacion, los habitantes de Montréjeau, hacianlo dominados tambien por otra clase de influencias. Vandelle no era amado en su país. Encontrábanle indiferente á los intereses del pueblo, poco caritativo, duro y violento; echábanle en cara el hecho de haber desdenado durante largo tiempo su país, y cuando volvió, el de haber suprimido todas las buenas obras que acostumbraba á hacer su padre. Por el contrario, adoraban á Enriqueta de Loustal, á quien habian conocido desde niña, despues jóven soltera, y que ya mujer, habia siempre mostrado una inagotable caridad.

Y era á aquella hija del país, á la que los guias ancianos, recordaban haber conducido á la montaña, á la que el labrador veia, durante tantos años en la iglesia, piadosa y recogida; era á ella, á quien su marido habia intentado asesinar, habiéndose librado por milagro! Deseaban, pues, vengarla, castigar á Vandelle por sus desdenes, por su crueldad y corrian por eso detras de él, febrilmente, con verdadera furia.

Pero la noche era oscura; podia fácilmente desaparecer: entonces proveyéronse de teas y linternas, y se dispersaron por todos lados, intentando formar un gran círculo alrededor del fugitivo; organizóse una batida en regla. El tambor de la aldea se unió á la partida, y y dejó oír sus redobles prolongados; y el sacristan de la iglesia de G^{***}, que habia despertado sobresaltado por tanto ruido, creyendo que se trataba de un incendio, empezó á echar las campanas á vuelo.

Esta caza al hombre, en aquella noche, sobre tanta nieve, iluminada por tanta luz esparcida, en medio de tanto clamoreo, de tanto ruido, era lúgubrementemente pintoresca.

En el salon del pabellon Luis XIII, Enriqueta, en tanto, arrodillada, oraba al lado de Ester Sandraz.

XXII.

Ya no se veia á Vandelle. ¿Habriase refugiado en un asilo desconocido para todos? ¿Habria conseguido alcanzar la primera cordillera de montañas? ¿Escaparia, al fin, á sus perseguidores?

Comenzaban á creerlo, cuando se oyeron grandes voces por el lado de la estacion de Montréjeau. Eran los empleados del ferro-carril que señalaban la direccion del fugitivo á los otros grupos esparcidos por las cercanías.

Entonces corrieron por todas partes; el círculo se estrechó, y encerraron á Vandelle en límites mas cortos. No podia dirigirse á ningun lado, sin encontrar un enemigo, y al mismo tiempo, las antorchas reunidas en un solo punto, le iluminaban con su luz roja y humeante.

Aparecia en su traje de caza, con sus largas polainas; alto, ancho de espaldas, corriendo siempre hácia adelante, destacándose poderosamente de la nieve.

Parecia hallarse cansadísimo, y por momentos veíasele doblar las rodillas. Aquellos, á cuyo lado pasaba, y que no se atrevian á detenerle en su carrera, dijeron al dia siguiente, que le habian oído respirar con suma dificultad, saliendo de su garganta roncós sonidos; que mientras corria, gesticulaba, pensaba en alta voz, gritaba como un loco.

Tal vez habia efectivamente enloquecido, despues de todas las emociones de aquella noche, perseguido como una bestia fiera, y con la idea fija de que era el asesino de Ester, de Ester á quien adoraba!

De repente, de igual modo que los locos que interrumpen su marcha, y vuelven sobre sus pasos, detúvose bruscamente, y arrojó miradas espantosas en torno suyo.

En aquel momento, hubieran podido alcanzarle, apoderarse de él, derribarle. Pero nadie se atrevió; aun asustaba su fuerza y su energía. Por el contrario, el círculo se ensanchó. Todos aquellos hombres reunidos, armados de fusiles, de garrotes, temían á aquel hombre desarmado.

Miraba él en dirección de su casa; intentaba, sin duda, descubrir entre las sombras de la noche, el pabellon donde agonizaba Ester.

Tal vez pensaba en atropellar los grupos que le rodeaban, en volver á su casa, á su parque; en correr hácia el pabellon, en penetrar en la sala, en volver á ver á Ester, por última vez, y morir al lado suyo.

Pero la multitud hacía cada vez mas compacta: todos los grupos aislados engrosaron el principal. Los tímidos se fortificaban al lado de los valientes; los guías de la montaña, inconscientes de todo peligro, avanzaban en pequeñas porciones, paso á paso, uno detrás de otro, sin prisa, pero tambien sin miedo, como en los dias de las ascensiones peligrosas.

Vandelle tuvo un momento de lucidez; comprendió que iban á apoderarse de él, á entregarle á la justicia como asesino; que no le dejarían acercarse á Ester, y que por consiguiente sería inútil su tentativa. Entonces se volvió, y emprendió de nuevo la fuga, dirigiéndose esta vez hácia el Garona.

XXIII.

Seguia á todo escape el camino que conduce de la estacion al puente de Montréjeau. Bien sea que se resolviese á escapar, é intentarlo todo para lograr su objeto, ó que el suicidio se le apareciera como su único refugio, deseando morir sin retardo, el caso es que corria con mayor viveza, con mas vigor que nunca, sin mirar trás de sí, sin inquietarse de los gritos, conser-

vándose en el centro del camino, á igual distancia de los árboles y de las casas.

No tardó en llegar al puente.

Pero no debía recorrerlo en toda su estension.

Una gran parte de los habitantes de Montréjeau, despiertos hacia una hora por el ruido que desde el llano llegaba hasta ellos, habian abandonado las alturas de su aldea, dirigiéndose hácia el puente. Así es que formaban en una de sus estremidades, una masa compacta que el fugitivo no pudo franquear.

Volvióse y vió al mismo tiempo que no podia volver atrás; todos los que hasta entonces le habian perseguido, se hallaban ya reunidos en un solo grupo, y en la orilla occidental, cerraban el otro extremo del puente.

Encontrábase pues completamente cercado: á sus piés, á derecha y á izquierda, el Garona: detrás y delante, una multitud hóstil, amenazadora y rugiente.

Entonces, hostigado por todas partes, perdido, loco, desesperado quizás, subiése á la barandilla del puente, y despues de haber lanzado una última mirada al horizonte, se precipitó al rio.

XXIV.

Al dia siguiente, á la luz de la aurora, se encontró su cadáver á dos kilómetros de Montréjeau: la corriente le habia arrasado toda la noche sobre los guijarros, haciéndole chocar contra las rocas y destrozándole en su rápida carrera.

El juez, acompañado del alcalde y de sus dos gendarmes, acudió á hacer constar la muerte de Vandelle. Cumplida esta mision, Raynal murmuró estas palabras:

—Al fin hallé un crimen, pero me faltó el criminal!

Aquel mismo dia, un cirujano de Tolosa, llamado por telé-

grafo, despues de haber examinado minuciosamente las heridas de Ester Sandraz, declaró que tal vez podria salvarla.

XXV.

Esta esperanza no salió fallida. La ciencia quirúrgica, consiguió una nueva victoria. Ester se halla hoy completamente curada.

Enriqueta la cuidó con una abnegacion ejemplar, como una verdadera hermana de la caridad. Pero aun no está contenta: despues de haber curado el cuerpo, desea purificar su alma, y todo hace creer que lo conseguirá.

En las elecciones que siguieron al 16 de mayo Fourcanade, gracias á unas cuantas carambolas, consiguió hacer triunfar el candidato oficial. Pero habiendo sido invalidado su diputado, todas sus simpatías se fijaron de repente, en un republicano, recomendado por el nuevo sub-gobernador, y á consecuencia de una partida de dominó, consiguió otra nueva victoria política.

No tardará muchos meses en asistir con su banda y su baston de mando, en calidad de padrino, á la boda que ha de celebrarse entre Federico Deschamps y Enriqueta de Loustal.

¡ESCÁNDALOS DE PARÍS!

POR

QUATRELLES.

Con el fin de completar de la mejor manera la magnífica novela de A. BELOR que acabamos de traducir, nada para servirle de digno complemento, como extractar de un libro publicado por el eminente escritor que se oculta bajo el pseudónimo de QUATRELLES, algunos de sus mejores artículos, en los cuales con realista pluma pónense de manifiesto algunas de las escandalosas costumbres que aun hoy reinan en la famosa villa.

grafo, despues de haber examinado minuciosamente las heridas de Ester Sandraz, declaró que tal vez podria salvarla.

XXV.

Esta esperanza no salió fallida. La ciencia quirúrgica, consiguió una nueva victoria. Ester se halla hoy completamente curada.

Enriqueta la cuidó con una abnegacion ejemplar, como una verdadera hermana de la caridad. Pero aun no está contenta: despues de haber curado el cuerpo, desea purificar su alma, y todo hace creer que lo conseguirá.

En las elecciones que siguieron al 16 de mayo Fourcanade, gracias á unas cuantas carambolas, consiguió hacer triunfar el candidato oficial. Pero habiendo sido invalidado su diputado, todas sus simpatías se fijaron de repente, en un republicano, recomendado por el nuevo sub-gobernador, y á consecuencia de una partida de dominó, consiguió otra nueva victoria política.

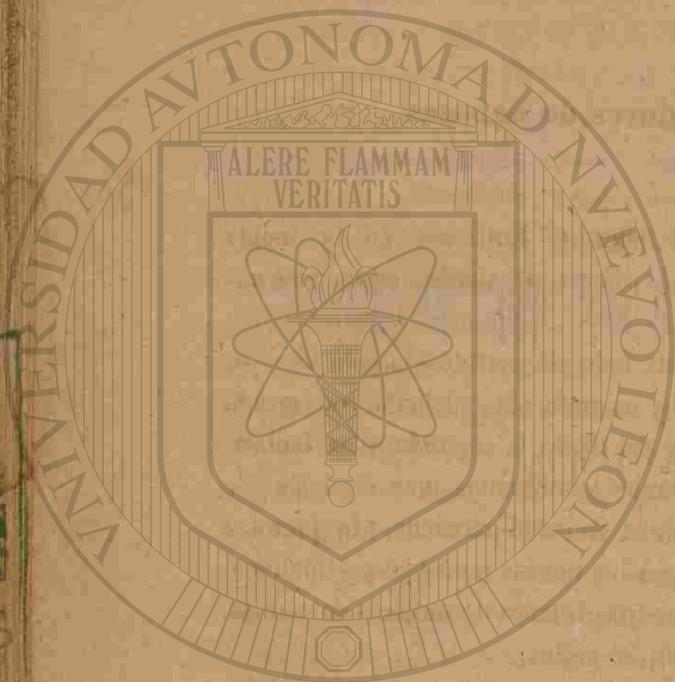
No tardará muchos meses en asistir con su banda y su baston de mando, en calidad de padrino, á la boda que ha de celebrarse entre Federico Deschamps y Enriqueta de Loustal.

¡ESCÁNDALOS DE PARÍS!

POR

QUATRELLES.

Con el fin de completar de la mejor manera la magnífica novela de A. BELOR que acabamos de traducir, nada para servirle de digno complemento, como extraer de un libro publicado por el eminente escritor que se oculta bajo el pseudónimo de QUATRELLES, algunos de sus mejores artículos, en los cuales con realista pluma pónense de manifiesto algunas de las escandalosas costumbres que aun hoy reinan en la famosa villa.



Los cortadores de cabezas.

Estamos en el pasaje Delorme. Entremos en la tienda de J. Fraxinelle *fotógrafo de cámara de muchas córtes extranjeras.*

El escaparate se halla atestado de retratos-targeta con su etiqueta correspondiente. La primera fila, se halla consagrada á los ciudadanos diputados del Sena; la segunda á las bailarinas; la tercera á los soberanos y soberanas mas en boga; la cuarta á lo mas esquisito de la sociedad parisiense; la quinta, á las glorias del episcopado y á los nuevos ministros; y finalmente las tres últimas, al escuadron volante de mujeres en camisa. Allí está el mercado central del amor.

En la tienda: á la derecha, un mostrador; á la izquierda, una mesa rodeada de sillas, cubierta de álbums de fotografías y de estereóscopos. Una puerta de cristales, da paso á los talleres.

En el pasaje, los transeuntes van y vienen, manteniendo siempre delante del escaparate, un grupo en perpétuo éxtasis.

Los ambiciosos contemplan al estado mayor gubernamental, mientras que los apasionados acarician con sus miradas á las mujeres medio desnudas. Estos últimos son los mas tenaces. Analizan hasta los pliegues del escaso traje, é intentan resolver esta regla de tres:

La cabeza: pantorrillas:: los hombros: x

En el umbral de la puerta, se halla M. Cloque, Anatolio Cloque, el factotum de la casa Fraxinelle. De vez en cuando dirige la palabra á los transeuntes, diciendo:

M. Cloque.—Tómese V. el trabajo de entrar, caballero. Tenemos dentro un surtido sin igual; todas las señoras del mundo á nueve francos la docena.

El transeunte no responde, y se va.

Detiéndose una señora.

M. Cloque.—Si la señora desea entrar, podré ofrecerle retratos de los actores mas en boga: M. Capoul en *El sueño de la dicha...* con sus bigotes.

La señora se aleja.

M. Cloque.—Tú, chicuelo ¿qué estás haciendo ahí? A ver si te vas; deja libre el paso: ¿no ves que estorbas á ese caballero que desea entrar?

Un caballero alto, ancho de espaldas, jóven todavía, vestido de negro, se detiene ante el escaparate.

M. Cloque.—(con su voz mas persuasiva) Entre V. caballero, entre V. Si se toma V. el trabajo de entrar, enseñaré á V. muchas mas fotografías de las que muestra el escaparate.

El caballero entra en la tienda.

M. Cloque.—¿Qué desea V. ver?

—Ver retratos de damas del gran mundo.

M. Cloque.—Oh, no podia V. dirigirse á mejor punto que á esta casa. La dama del gran mundo, es en cierto modo la especialidad de la casa. Pero ¡cómo es eso! ¡Sigue V. de pié! Si quisiera V. hacer el favor de sentarse.

—Gracias. Ahora. (Dirigiéndose hácia el escaparate.) Tiene V. aquí una mujer rechoncha, robusta, redonda, abultada como un colchon nuevo.

—Tenemos muchas así.

—Aquella... la de la derecha... que va vestida de salvaje.

—¿Esta?

—Justamente.

—Dígame V. ¿no es la Úrsula Mirliton de los Bufos?

—Oh, no caballero; de ningun modo. Es la marquesa de Lemures.

—¿Esta?

—Sí, y el traje que lleva es el que causó tanto efecto en el baile de máscaras del Ayuntamiento.

—¡Ah!

—¿Se decide V. por llevarse alguna de esas señoras?

—No me he acabado de fijar. Ya me hará V. una colección-cita de todas ellas.

—Pues empezaré por esta princesa Prolegómenos descotada.

—¿A ver? ¡preciosa!

—Otra, con collares, que ha llegado á ser muy rara.

—¿Y esta?

—Esta es la marquesa de Fondcailloux en traje de mañana. Únicamente nosotros la tenemos.

—Bah! Ya la han tenido otros muchos antes que Vds.

—Pero no el comercio, seguramente. Si todavía no ha pensado V. en procurarse á la bella señora de Saint-Gésier, le aconsejo á V. que la tome. Háblase de un proyecto de divorcio que va á ponerla mas que nunca de moda.

—Póngala V. á un lado.

—No propongo á V. la condesa de Brevay-Partagas, porque se la encuentra por todas partes; pero hé aquí una baronesa de Graiscunguet muy bien acabada.

—¿Cómo diablos, no se confunde V., manejando tanto retrato?

—Ah! caballero; maneja uno tantas mujeres al día.

—Y todo se arregla indudablemente por orden alfabético?

—Cá, no señor, perderíamos mucho tiempo de ese modo.

Tengo un sistema mas sencillo que todo eso.

—¿Y sería indiscreto pretender conocerlo?

—De ningún modo. Un niño lo entendería. Escúcheme V. con atención.

—Escucho.

—En esta primera caja se hallan agrupadas las adúlteras. Este compartimiento está reservado para las que se divorcian. Aquí reposan en paz, los falsos matrimonios que el uso ha sancionado. Aquí se ocultan las solteras ó las esposas emancipadas con escándalo. Y por fin, coloco aparte en este sitio, á todas las que en el corriente mes, han hecho ruido con su conducta.

—Esto es muy ingenioso, muy ingenioso. ¿Y las mujeres honradas?

—Oh, caballero, de ese género tenemos muy pocos pedidos...

—Es decir, que no tienen Vds. existencias?

—Sí, señor; conviene tener de todo. Pero las mujeres honradas no se venden. Además, conviene saber qué es lo que V. entiende por mujer honrada.

—¿Y V. qué entiende por ese nombre?

—Para nosotros, es decir, comercialmente hablando, una mujer honrada, es una persona ni bien ni mal, que tiene un marido ni bien ni mal, y que vive ni mal ni bien. Tiene una modesta fortuna, un guardaropa modesto, usa placeres modestos, y envejece, en fin, modestamente, sin apercibirse de ello, y sin que nadie se aperciba. Esto es lo que en el comercio, llamamos una mujer honrada.

—Pues felicito al comercio, si hay muchas de ese jaez.

—No digo que no sean dignas de respeto, pero francamente no se venden. Se tienen por amor propio, por decir que se tienen, pero es mercancía perdida.

—Vds. deben hacer muchos negocios?

—Muchos.

—¿Y dan Vds. abasto á todo?

—La costumbre caballero, la costumbre.

—Tiene V. por casualidad la generala princesa de Tilsit— la duquesa Cándida de la Villette, la...

—Esas damas se hallan en prensa, caballero. Dentro de algunos días tendremos la série de las siete maravillas, por completo. La casa acaba de firmar un contrato con esas señoras.

—(Esta tienda es un tugurio.) Pero bueno, todo lo que V. me ha enseñado desde hace un cuarto de hora, se ve por todas partes. ¿No tiene V. por algun rincón, retratos mas... originales que estos? Me parece que ha comprendido V. lo que quiero decir.

—De sobra (con sonrisa mefistofélica y mirada intencionada). ¿Desea V. la caja de los parroquianos?

—Justamente.

—Tengo un surtido completísimo. Solamente que como V. comprenderá no someto ciertas fotografías, mas que á personas muy distinguidas que me las piden.

—¿Lo soy bastante yo?

—Seguramente. ¡Si V. supiera como nos persigue la policía! ¡Ah! ¡Cuándo será la Francia libre!

M. Cloque saca un manojó de llaves de su bolsillo, abre un armario debajo del mostrador, y saca una caja.

—¿Qué es lo que va V. á enseñarme?

—¿Tiene V. *La ráfaga*?

—Nó.

—¿Conoce V. á Miss Reduose en esta fotografía?

Le presenta una.

—No, no la hubiera conocido en esta posición (ap.) ¡Esto haría ruborizarse á un turco!

—Aquí esta M.^a de Collencelle en el columpio. El viejo que hay en el fondo sosteniendo la cuerda, es M. de Collencelle y á la izquierda junto al matorral, se halla el condesito de Viudoux.

—¿Y esto es histórico?

—Las relaciones de M.^a de Collencelle con el conde de Viudoux son conocidas de todo el mundo.

—¿Tambien de M. de Collencelle?

—¡Con el tiempo que hace que duran!

Muestra otra fotografia.

—Esta es la famosa M.^a de Huison, de Vénus y el coronel Meuniais de Marte. ¿Sabe V. á lo que esto se refiere?

—Perfectamente.

—Suplico á V. que no estienda las fotografias sobre el mostrador, porque si alguno entrase.....

—Verdad es.

—Cuanto me reí, caballero el dia en que M. Huison nos compró el retrato de su mujer. Se quedó colorado como su cinta de oficial de la legion de honor. Creí que iba á tener un ataque. Compró todas las tarjetas que teníamos en el almacen. Sentí no tener mas. Hasta compró el cliché!

—Y entonces, ¿cómo es que tiene V. esta tarjeta?

—Porque hacemos los clichés doblados y aun triplicados por temor á algun accidente. No puede V. imaginarse cuantos cuidados necesita nuestra industria.

—Y M. Huison y el coronel se batieron inmediatamente?

—Si señor. El marido recibió seis pulgadas de hierro en el vientre. Yo asistí á su entierro.

—Era natural.

—Ciertamente, porque su muerte nos hizo vender un sin número de tarjetas. Y francamente, no se encuentran estas gangas con mucha frecuencia! De esa manera, este comercio seria una mina.

—Pero el fin desgraciado de M. Huison debió conmoverle á usted algun tanto?

—¡Qué le hemos de hacer caballero! La industria tiene sus víctimas como los campos de batalla.

Entra en la tienda un jóven con barba vellosa, levita entallada, pantalon estrecho. Huele á pomada y á esencias. Es un parroquiano de la casa, Basta á probarlo el interés y amabilidad con que M. Cloque se ofrece á su servicio.

El jóven recién llegado.—Tienen Vds. ya Cándidas de la Vilette?

—No, señor, pero las tendremos sin falta, la semana que viene.

—Ya hace un mes que me está V. diciendo lo mismo.

—La duquesa se está trabajando. Ya sabe V. el cuidado que requiere este trabajo.

—Pues volveré dentro de una semana. Resérveme V. veinte duquesas en el traje convenido. ¿Será chusco, verdad?

—Muy chusco!

—Pues bien, aun me ocurre una idea mas chusca todavía.

—¡Es posible!

—Ya se lo diré á V. cuando vuelva. Adios, cuento con su promesa.

El jóven gomoso se va.

El caballero que estaba elijiendo continúa su diálogo con M. Cloque.

—¿Es un parroquiano de Vds., ese caballere?

—Sí, señor; es uno de nuestros mejores parroquianos. ¡Tiene unas ideas tan originales, tan estrañas! Es el que tuvo la idea del retrato de M.^a Huison.

—Ah, ya!

—Vea V. (presentándole una nueva fotografia) esta. *La lección de natacion*. Esta se vende como pan bendito. Ya no nos quedan mas que dos ó tres, y el último cliché está roto. Esta representa, como puede V. ver á las mas lucidas damas de la sociedad parisiense saliendo del agua.

—O entrando!

—Esto está hecho espresamente... para la perspectiva ¿comprende V.?

—Perfectamente! Perfectamente. Y V. me asegura que todas estas damas distinguidas han consentido en retratarse de ese... modo?

—Soy demasiado honrado para engañarle á V. Nuestra casa es de confianza. Y estas damas no tendrán en verdad por qué quejarse; ya ve V. que las tratamos bien. No retrocedemos ante ningun sacrificio para dar gusto á los parroquianos.

—Pero si estas damas, no se retratan de esta manera—lo cual, comprendo perfectamente, ¿cómo se arreglan Vds. para conseguir estas reproducciones?

—Es muy sencillo; escojemos retratos particulares, tarjetas comunes de la fotografia de cada una en traje de sociedad, de baile, en fin en el traje en que hayan querido retratarse; les cortamos la cabeza y las aplicamos á cuerpos de... mujeres bien formadas que, pagándolas por supuesto, las reproducimos en las posiciones que mas nos acomodan. De esta manera componemos nuestros clichés.

—¿Es ingeniosísimo!

—¿Verdad caballero?

—¿Y V. es quién fabrica todas estas maravillas?

—Yo, si señor!

—Y son Vds. muchos los que hacen este oficio?

—Oh, no! Esto necesita muchos gastos, y sobre todo, muchísimo cuidado!

—Y estas señoras saben que Vds. las reproducen de esa manera?

—Al menos, deben sospecharlo.

—¿Y cómo es que no se quejan?

—Porque esto las divierte.

—Está V. seguro?

—Lo estoy.

—Pues creo que se hace V. ilusiones. Precisamente, mire

usted yo conozco á una de estas señoras que V. ha desnudado: es una bacante á la hora del sacrificio...

—¿M.^a de Tanaïs?

—Precisamente.

—Una señora gruesa, rubia con ojos negros, poco pudorosa...

—Sí, sí; eso viene á ser. Pues esa señora no puede ver á usted mucho que digamos!

—¿Y de qué se queja? Hemos obtenido un cliché maravilloso, y el modelo que para ella escojimos, tiene carnes admirables.

—Pues eso no quita para que se encuentre enfurecida contra V.

—Bueno, pero V. comprenderá que si uno fuera á preocuparse de todos esos furores, no se haria negocio alguno. Yo la desafío á que enseñe unas formas como las que en el retrato le hemos atribuido.

—Yo le aseguro á V., pues, que no las tiene malas.

—Eh?

—Y debo saberlo, puesto que soy su marido.

—¿Cómo!

—Palabra de honor. Enséñeme V. algunos retratos de mi mujer. ¿Eh?

—¿Quiere V.?

M. Cloque recoge precipitadamente todas las tarjetas y las arroja en confusion sobre la caja de los parroquianos, diciendo:

—Hace mucho tiempo que carezco de ellos.

—Si se le amenazara á V. con cortarle ambas orejas estoy seguro de que encontraria V. un monton!

M. Cloque cierra el armario en el cual ha escondido la caja, y añade:

—Pero, señor mio, considere V. que...

—Ya, ya veo lo que es. Le fastidia á V. y le aburre buscar un retrato, solo. Pero no tenga V. cuidado. Yo he traído conmigo tres personajes que van á ayudarle á V.

El caballero abre la puerta de la tienda y hace una seña á tres hombres que se paseaban por la calle, los cuales entran.

M. Cloque al verlos, exclama:

—¿Por qué no ha dicho V. enseguida que era V. de la policía? Voy á llamar al principal.

—Se lo agradeceré á V. mucho. Hemos obtenido contra él una orden de prision, y estos señores van á sellar el establecimiento.

—Vamos, está visto que nunca podrá uno trabajar con tranquilidad!

—Oh, si señor, es terrible eso de no poder trabajar con tranquilidad. Nunca he visto una época tan anti-artística como esta. Pero ¿dónde tengo la cabeza? Me habia olvidado, de presentarle á V. estos señores. En primer lugar, he aquí el señor Comisario.

El comisario se adelanta, y dice:

—Oh, ya nos conocemos de sobra. Ya tuve el placer de detener al señor en otro tiempo. ¿Qué tal, M. Cloque, sigue V. bien desde la última vez que tuvimos el gusto de vernos y conocernos?

M. Cloque enfurecido, exclama:

—¡Que el diablo le lleve á V!

El comisario cogiéndole por un brazo:

—Pero antes me lo llevaré yo á V!

Una escapatoria.

Habia electricidad en la atmósfera.

En un momento de mal humor, y á propósito de no sé qué tocado ó adorno, (creo, sin embargo que se trataba de un vestido descotado y de manga corta, de muselina color de carne, con agremanes de terciopelo oreja de oso) el conde de Biez habia llamado á la condesa *Cocotte!*

Esta es una de esas palabras que tarde ó temprano se pagan muy caras.

La condesa no era uno de esos seres á quienes les agrada no pagar sus deudas; como la que tenia con su marido era grande, se decidió á pagársela inmediatamente.

Así es, que cuando el baron Claudius, acudió á verla, en la tarde de aquel dia memorable, la condesa le dijo sin vacilacion, sin remordimientos, sin turbacion alguna, lo siguiente:

—¡Me aburro soberanamente, amigo mio! ¡Róbame!

¿Puede darse mayor frescura?

El baron que hacia ya la friolera de tres años que en vano se mantenía al acecho de su amor, y que nada veia cambiado en su situacion desde la víspera, exclamó:

—No sé si he oido bien. ¿Soy Claudius? ¿Es V. la condesa?

—Sí; V. es Claudius que pretende amarme; yo soy la condesa que nunca ha escuchado á V., y que hoy quiere escucharle. Si tiene V. algun talento en reserva, gástelo V.; si tiene V. algo de amor en su corazon prodíguemelo V. con esceso! ¡Quién sabe lo que puede suceder!

El baron no era hombre para lanzarse de cabeza en una aventura á largo plazo.

El fuego que brillaba en los ojos de la condesa, le dió miedo.

—Vamos, hoy está V. nerviosa, le dijo. La habrán irritado á V. La tempestad que se anuncia, la escita á V. en alto grado. Yo no quiero ganarla á V. con una sorpresa. La amo á V. demasiado para contentarme con eso.

—Vaya, esto pasa de castaño oscuro! ¿A que vá V. ahora á predicarme un sermon de moral?

Claudius al oír esto se inclinó y la besó en la nuca á la raíz de los cabellos.

El baron conocia los buenos sitios.

La condesa dió un salto y se escapó de los brazos de Claudius murmurando:

El caballero abre la puerta de la tienda y hace una seña á tres hombres que se paseaban por la calle, los cuales entran.

M. Cloque al verlos, exclama:

—¿Por qué no ha dicho V. enseguida que era V. de la policía? Voy á llamar al principal.

—Se lo agradeceré á V. mucho. Hemos obtenido contra él una orden de prision, y estos señores van á sellar el establecimiento.

—Vamos, está visto que nunca podrá uno trabajar con tranquilidad!

—Oh, si señor, es terrible eso de no poder trabajar con tranquilidad. Nunca he visto una época tan anti-artística como esta. Pero ¿dónde tengo la cabeza? Me habia olvidado, de presentarle á V. estos señores. En primer lugar, he aquí el señor Comisario.

El comisario se adelanta, y dice:

—Oh, ya nos conocemos de sobra. Ya tuve el placer de detener al señor en otro tiempo. ¿Qué tal, M. Cloque, sigue V. bien desde la última vez que tuvimos el gusto de vernos y conocernos?

M. Cloque enfurecido, exclama:

—¡Que el diablo le lleve á V!

El comisario cogiéndole por un brazo:

—Pero antes me lo llevaré yo á V!

Una escapatoria.

Habia electricidad en la atmósfera.

En un momento de mal humor, y á propósito de no sé qué tocado ó adorno, (creo, sin embargo que se trataba de un vestido descotado y de manga corta, de muselina color de carne, con agremanes de terciopelo oreja de oso) el conde de Biez habia llamado á la condesa *Cocotte!*

Esta es una de esas palabras que tarde ó temprano se pagan muy caras.

La condesa no era uno de esos seres á quienes les agrada no pagar sus deudas; como la que tenia con su marido era grande, se decidió á pagársela inmediatamente.

Así es, que cuando el baron Claudius, acudió á verla, en la tarde de aquel dia memorable, la condesa le dijo sin vacilacion, sin remordimientos, sin turbacion alguna, lo siguiente:

—¡Me aburro soberanamente, amigo mio! ¡Róbame!

¿Puede darse mayor frescura?

El baron que hacia ya la friolera de tres años que en vano se mantenia al acecho de su amor, y que nada veia cambiado en su situacion desde la víspera, exclamó:

—No sé si he oido bien. ¿Soy Claudius? ¿Es V. la condesa?

—Sí; V. es Claudius que pretende amarme; yo soy la condesa que nunca ha escuchado á V., y que hoy quiere escucharle. Si tiene V. algun talento en reserva, gástelo V.; si tiene V. algo de amor en su corazon prodíguemelo V. con esceso! ¡Quién sabe lo que puede suceder!

El baron no era hombre para lanzarse de cabeza en una aventura á largo plazo.

El fuego que brillaba en los ojos de la condesa, le dió miedo.

—Vamos, hoy está V. nerviosa, le dijo. La habrán irritado á V. La tempestad que se anuncia, la escita á V. en alto grado. Yo no quiero ganarla á V. con una sorpresa. La amo á V. demasiado para contentarme con eso.

—Vaya, esto pasa de castaño oscuro! ¿A que vá V. ahora á predicarme un sermon de moral?

Claudius al oir esto se inclinó y la besó en la nuca á la raíz de los cabellos.

El baron conocia los buenos sitios.

La condesa dió un salto y se escapó de los brazos de Claudius murmurando:

—Nó; nó; no puedo!

Y cayendo sobre un sillón, se ocultó el rostro con las manos. Lloraba.

Claudius no era un forzador aventurero; pero cuando la aventura venia á turbarle, no la dejaba escapar tan fácilmente.

Así es, que se arrodilló á los pies de la bella enervada, cuyo talle enlazó con sus brazos.

Después, habiendo colocado dulcemente su cabeza sobre el hombro que le abandonaban, exclamó:

—Llore V. hermosa mujer, llore V. ¡es tan dulce llorar en los brazos del sér amado!

Hubo entonces de una y otra parte un roce de cabellos en el cual debió entrar el diablo para algo.

Las palabras de Claudius, pronunciadas casi junto al oído de la condesa, hicieron sobre su piel una amorosa señal, que la obligó á inclinar hácia atrás la cabeza, y á medio abrir sus ojos.

—Váyase V. Claudius, váyase V. se lo ruego! ¡Estoy local... ¡Váyase V.!

—En tanto que nuestros dos pensamientos solamente eran los ligados uno á otro, podía obedecer á V. Hoy que nuestros cuerpos se hallan enlazados, no me pida V. un imposible!

—Te lo ruego! Si me amas, si quieres que te ame, no te quedes!

—No puedo obedecerte. Nada ya puede separarme de tí. Creo que en vano intentarían asesinarme en este momento. Mi alma no está ya dentro de mí; flota en tus cabellos, se agita sobre tus labios, se embriaga con tu aliento, se desliza sobre tu cuerpo ¿cómo quieres que me vaya?

—Escúchame bien. Yo seré tuya, es posible; tengo perdida la cabeza. Pero de lo que estoy segura es de que después he de odiarte. Y tú no puedes querer que te odie!

—No se atraviesan impunemente pruebas como estas: O tú no serás mía, y moriré; ó tú me odiarás y moriré; ó me amarás y viviré dichoso para hacerte dichosa.

La condesa intentó responder alguna frase honrada. Si no lo hizo, no hay que echárselo en cara, pues que sus virtuosas palabras fueron ahogadas, al nacer, por un beso.

Pero hay que hacerle también la justicia de contar que no cedió mas que un segundo á la corriente que la arrastraba, é irguiéndose bruscamente, dijo:

—No aquí! Esta casa me es sagrada! Vámonos...

Claudius tuvo un momento de terror, todavía.

Preguntóse si la condesa pretendia imponerle un sacrificio duradero, y si se habria dejado coger en el garlito.

—¿A dónde quiere V. ir? la preguntó.

—Dos horas le puedo conceder á V.!

Claudius respiró.

—¿Tiene V. abajo su coche?

—Si.

—¿Tiene V. confianza en su cochero?

—Como en mí propio.

—Espéreme V. pues, en la esquina de la calle de Berry. Dentro de diez minutos, estoy allí.

Claudius, cuya mejor cualidad no era la credulidad inocente, se atrevió á decir, no sin cierta timidez:

—Supongo que este no será un medio para alejarme?

La condesa tendió sus brazos á Claudius, le besó en los ojos, las mejillas y los labios, y desapareció riendo.

Las mujeres son terribles cuando han pasado el Rubicon. Un cuarto de hora después, la condesa, cubierto el rostro con un velo, subia al coche de Claudius.

—¡A mi casa! gritó el barón á su cochero, que ni siquiera volvió la cabeza.

Al ruido que hizo la portezuela al cerrarse, el caballo partió al trote.

El coche del baron, era de lo mejor que se ha visto en su género. Los almohadones eran anchos, sólidamente colocados, blandos en demasía y mas altos por delante que por el fondo.

No era en fin, uno de esos coches que se hacen hoy en día; uno de esos atahudes de gala que nos han venido de Inglaterra, no.

Los cristales eran dobles. Un gran cristal rayado que se iza-
ba en las grandes ocasiones, oponia un impenetrable obstáculo á las miradas de los curiosos.

Y confesemos que esto tiene mejor aspecto que las cortinillas ó persianas que llaman siempre la atención y provocan la chanzoneta en mayor ó menor grado.

Entre los dos cristales de delante habíase fijado un espejo, y debajo del asiento del cochero, un oculto armario encerraba los principales objetos de tocador, perfumes, dulces y dos ó tres botellas de Jerez.

El adorno del coche, era de satin marron; los botones y pasamanerías de terciopelo negro. En los galones se hallaban bordadas las armas del baron; oro, rojo y azul.

—¿Me conduces á tu casa? Me pierdes, pero no me importa. Soy tu esclava, tu cosa, tu juguete; haz de mí lo que quieras.

Y la condesa subráyó estas frases, con varias líneas de besos.

—No, querida Genoveva; no quiero aceptar un sacrificio inútil. La casa á donde vamos, no es la que tú conoces. Nadie te verá en ella, porque nadie la habita, y mira aquí la llave. Tó-mala. Es tu casa, á donde vamos.

—¡Ah! ¿Cuántas mujeres han poseído ya esta terrible llave-cita?

—¿Qué te importa?

—¡Y aun dice si me importa!

—Para qué evocar estos recuerdos ya muertos? Yo no he amado á nadie mas que á tí, puesto que te amo!

¡Y pensar que esta frase hueca consiguió entusiasmar á la condesa!

Aquí nuestro relato se complica.

El resto de esta historia es horriblemente difícil de contar.

Pasó una cosa estraña.

A medida que la condesa se le abandonaba, Claudius se entorpecía mas y mas.

¿Era acaso que un remordimiento le turbaba?

¿Había visto pasar ante sus ojos la sombra ultrajada de su amigo el conde?

¿Se avergonzaba de abusar de aquella buena fortuna que le caía de las nubes?

¿Preocupábanle las consecuencias de aquella aventura? ¿De donde procedía su estraña turbación?

Esto es lo que deseó saber la condesa.

—Pero ¿qué es lo que tiene V, amigo mio? le dijo: desde hace un momento se halla V. preocupado en extremo.

—No tengo nada, lo juro, le respondió Claudius registrándose los bolsillos con movimientos desesperados. No tengo nada.

Y bajando el cristal, añadió, dirigiéndose al cochero:

—Juan! ¿Por qué no andas mas aprisa? Al galope, imbécil!

El coche empezó á rodar con tal velocidad que la condesa tuvo miedo.

—¿Por qué precipitar la marcha de esa manera?

—Olvidas, Genoveva, que solo puedes concederme dos horas?

¿Me reprocharás, acaso, que cuente los minutos que se nos escapan?

La condesa abrió sus brazos á Claudius para darle una compensación.

El baron llegó á olvidar durante un momento sus preocupaciones; pero precisa creer que eran muy imperiosas, porque al cabo de uno ó dos minutos, volvieron, de nuevo, á dominarle.

—Baron, V. me oculta alguna cosa: quiero saber qué es lo que le agita á V. de ese modo.

Claudius estaba pálido; sus megillas comenzaban á destilar el sudor de su frente.

—¿Qué quieres que tenga, hermosa mujer, sino la impaciencia por llegar á casa?

Y Claudius quiso escitar de nuevo á su cochero, pero la condesa apartó su mano que ya cogía la correa de la ventanilla, diciendo:

—¿Quieres que volquemos?

É hizo ver al baron los transeuntes exasperados, los agentes de orden público á la carrera, los numerosos grupos en fin, que perseguían al coche.

Á pesar del ruido que hacían las ruedas sobre el empedrado, podían oirse los gritos de la multitud que pedía que se detuviera.

—Vá V. á mezclarme, dijo la condesa en alguna nécia aventura, voy á encontrarme comprometida en un sumario... Le ruego á V. que diga á su cochero que vaya poco á poco... Tengo un miedo...

Claudius obedeció.

La condesa notó, sin embargo, que lo hacía muy á pesar suyo.

—Pero, ¿qué tiene V., amigo mio?

—Juro á V., condesa, que...

—Ah! El miedo que acabo de pasar me ha hecho volver en mí. Me arrastró V. muy lejos, pero voy tomando tierra poco á poco... La turbacion de V. me ha despejado. Sepamos de una vez, que es lo que preocupa á V.?

—Te juro que te amo! ¿Qué te importa lo demás?

—Admitamos que es un capricho mio: ¿por qué negarse á satisfacerlo?

—No puedo.

—Creí que mis caprichos eran sagrados para V., pero veo

que me he equivocado. Este es el primero que le pido y Dios sabe que es bien inocente!

—Puedo asegurarte que lo que me preocupa, no vale la pena de turbarte ni un solo momento.

—¿No comprendes que en el punto á que hemos llegado, el menor de tus pensamientos, el mas ligero de tus cuidados me pertenece? No tienes derecho para sentir una pena, sin comunicármela!

—No tengo pena alguna, te lo juro. Todo se desvanece ante la alegría que me causas!

La condesa vaciló, se puso colorada y exclamó balbuceando:

—¿Te duele algo?

—No.

—¿Nada?

—¡Absolutamente nada!

—Si sufres algun dolor, valdria mas que lo dijese!

—Te juro que me hallo en perfecta salud ¡ni el mas pequeño dolor de cabeza!

Hubo un instante de silencio.

La sombra del conde Banco, Remordimiento de Biez, se aprovechó de aquella pausa para introducirse entre ambos cómplices.

La condesa pensó que había ido muy lejos, y que despues de todo, su conducta actual, justificaba completamente el epíteto que su marido la había dirigido.

El baron calculó que la sombra tenía demasiado motivo para fruncir el entrecejo.

—¡Una amistad de seis años!

La condesa notó que el espectro de su esposo era tan agradable y simpático como la realidad de su amante.

Y hasta halló en la preocupacion de este último, lados muy grotescos que la hicieron sonreír.

El baron se preguntó, si aquello no era meterse en un calle-

jon sin salida, calculando que seria una grosería sin ejemplo hacer durar menos de tres años una aventura durante tres años esperada.

Pero, felizmente, los espectros no hacen mas que entrar y salir.

El del conde tuvo el buen gusto de marcharse al cabo de tres ó cuatro segundos.

Claudius comprendió que estaba haciendo una tristísima figura.

Quiso besar á la condesa.

Pero esta le rechazó exclamando:

—No! Llame V. capricho, locura, exigencia, llame V. como quiera, al deseo que tengo; pero deseo saber lo que V. me oculta. Y no olvide, que está muy mal en V., hacer tan poco caso de un capricho, cuando es un capricho tambien el que me ha arrojado en sus brazos.

—¿Me olvidará V. si se lo digo?

—Mas le olvidaré á V. si me lo calla.

—¿Lo exige V.?

—¡Absolutamente!

—Pues besémonos una vez mas siquiera, porque vamos á despedirnos para siempre!

—¿Qué locura! No le he dicho á V. repetidas veces que le amo, y no me hallo dispuesta á probárselo de sobra?

—No importa, abracémonos!

Los amantes de una hora, se besaron como si no debieran volver á verse.

—Y ahora, condesa, hágame V. el favor de prestarme su pañuelo, porque he olvidado el mio, y tengo unas ganas atroces de sonarme las narices!

Así es como abortó en su principio aquella campaña amorosa.

La condesa empleó dos minutos en enterrar su pasión.

No juraríamos que le hiciera un entierro de primera clase.

Los treinta primeros segundos fueron terribles. Sufrió mucho la pobre, viendo á aquel triste amor ahogarse en el ridículo.

Pero cuando llegó el sexagésimo segundo, lanzó una sonora carcajada.

Este fue el único discurso que se pronunció sobre su tumba. Y mientras tanto, el baron, se sonaba las narices voluptuosamente, improvisando para tan lúgubres circunstancias una música en extremo grotesca.

El coche se detuvo.

La condesa se apeó, y devolviendo al baron la célebre llavecita, le dijo:

—Gracias, baron. Ya estoy tranquila. Volveré á pié á mi casa.

Este paseo me ha servido de mucho.

—¿Y no lo volveremos á dar otro día?

—No, querido amigo, no. El viaje que hoy hemos hecho, no se emprende nunca dos veces. ¡Siempre habrá un pañuelo entre nosotros!

Aquella noche, el conde de Biez, soñó cosas magníficas!

Y sin embargo...

De qué pequeñas causas dependen los grandes efectos!

En que poco está á veces, que lo cómico se haga terrible!

Afortunadamente en este caso, lo que empezó terrible para el conde, acabó cómico para el baron!

La secadora.

El baron Neftalí se pasea de arriba abajo en su cuarto; un gabinete elegantísimamente amueblado: cubiertas las paredes con damasco azul, porque es rubio; adornado con ebanistería de oro y filetes blancos porque es rico; y lleno de muebles sin orden ni concierto, que se ha procurado en ventas públicas por fallecimientos ó quiebras, porque es económico.

El baron Neftalí tiene cincuenta años, mucho vientre y no pocas ilusiones. Sobre su árido cráneo, no brota mas que un no sé qué, felizmente muy raro, y que se parece bastante á la pelusa de que van cubiertos los pajarillos al romper el huevo de donde nacen.

Acaba de romper la faja de un periódico, cuya fecha le ha extrañado.

Y dice:

—Primero de mayo! Hoy estamos á 1.º de mayo! ¡Cómo pasa el tiempo! Parece imposible que las horas tengan igual número de minutos que en otro tiempo tenían! Pero, en fin, si hoy estamos á 1.º de mayo, hace dos meses que se halla terminada mi casa del bulevar Pereire.

¿Y cómo diablos será que no se ha presentado todavía ningún inquilino? ¿Qué necesitarán esos animales? La puerta de esa casa mia tiene un aspecto de Arco de Triunfo, que dá ganas de pasar por debajo de ella. Encantadores grupos de jóvenes vestidas solo con sus encantos sostienen mis balcones. Hasta en el cuarto piso, mis techos se hallan llenos de dorados, y mis bohardillas están empapeladas con elegancia ¿Qué mas quieren?

Entra un ugiér, y dice:

—Bautista pregunta si puede hablar al señor baron.

—¿En qué casas ha servido V.? ¿Desde cuando llama V. por su nombre de pila, á las personas que vienen á visitarme?

—El señor baron no ha comprendido sin duda que le anunciaba al conserje de su casa núm. 315.

—Si, señor; habia hecho un esfuerzo de imaginacion para comprenderle á V. Sepa V. de una vez, que Bautista, que no es mas que Bautista, y nunca será mas que Bautista para mí, ha de ser para V. el señor Bautista, cuando me lo anuncie usted; ¡Que entre!

El baron.—¿Qué noticias me trae V., Bautista?

Bautista.—Mi mujer, sigue enferma, señor baron.

—Creo que no habrá V. venido á incomodarme para decirme eso solo?

—Para decir eso y otra cosa. La pobre Jacoba tose, que es una barbaridad. ¡Creo que con sutos, el dia menos pensado va á echar abajo las paredes!

—¡Echar abajo las paredes! Creo que habrá V. empleado una metáfora?

—No señor, señor baron.

—¿Cómo que no!

—He empleado jarabe de Flor de violeta.

—Cuide V. á su familia como mejor le parezca. Con tal que no huelan mal los medicamentos, y que no ensucie V. la casa, lo demás me es indiferente por completo.

¿Ha ido alguno á ver las habitaciones?

—El precio retrae á todo el mundo. ¡Y despues es tan húmeda la casa!

—¿Y qué precio pide V.?

—Los que el señor baron tuvo á bien indicarme: 25.000

francos el primer piso; 18.000 el segundo; 15.000 el tercero y 12.000 el cuarto.

—¿Y esas cantidades asustan? ¿Piensan acaso que yo me he gastado un millon en cantería para que no me reporte mas que 50.000 francos de interés?

—Aquella señora que deseaba el cuarto volvió. Dijo que hablaría con el señor baron.

—Está bien. ¿No tiene V. nada mas que decirme?

—No nos podría dar la leña el señor baron? La chimenea devora que es un gusto. ¡Parece un infierno! Y en seguida que se apaga, ya está tiritando uno.

—Hombre, y aun se queja V. ¡Tiene V. una habitacion régial!

—Mientras llega el verano, mi perro se moriria en ella.

—No tenga V. ningun perro!

—Señor baron.....

—Basta, basta ya. Voy á dar el ejemplo, yéndome á habitarla. Tal vez al ver cortinajes en los balcones, y luz por la noche, haya quien se decida á tomar el resto de las habitaciones. Mientras tanto haga V. colocar los cortinajes. Así parecerá menos desnudo aquello.

El ugier.—El señor doctor Lékyste desea ser recibido por el señor baron.

El baron.—Que entre.

Bautista y el ugier salen del gabinete.

El baron.—Buenos días, doctor, buenos días. ¡Tengo un placer en verle á V.!

El doctor.—¿Se halla V. enfermo?

—No lo sé. Es posible. Pero no es mi salud lo que ahora me preocupa. Voy á mudarme.

—¿Cómo! ¿Abandona V. esta casa?

—La mia del bulevar Pereire no se alquila. Y he pensado que yéndome á habitarla.....

—¿No tiene V. algun pariente á quién hacer ese favor?

—No, doctor, ninguno.

—Entonces, quédese V. aquí. Ayer visité la casa de V.

—Ah! ¿Y qué?

—No vivirá V seis meses, si se decide á instalarse en ella.

—¿Qué dice V.!

—La humedad empieza á penetrar desde que se pone el pié en el patio. Se necesita valor para seguir adelante. El papel de las habitaciones se desprende, las paredes se resquebrajan, las pinturas se abren, los techos destilan agua.....

—¡Basta!

—Las maderas crujen, los hierros se oxidan.....

—¡Basta! ¡Basta!

—Los hongos crecen en todos los rincones, y los dioses mitológicos que sirven de adorno, tienen mocho en todas las juntas.

—Pero ¿quién le pregunta á V. nada de eso?

—Antes de habitar ese aquarium, en el cual un sapo cogeria reumatismos, vaya V. á hacer una visita, como yo la he hecho, á la mujer de su portero. La oirá V. toser, y ya verá V., qué cara tiene. Esto le hará á V. reflexionar.

—Si tiene tan mala cara como V. dice, no tardaré en ponerla en la calle. Una cara de tísico es mala muestra para alquilar habitaciones.

—Pues si la despide V. de su casa, la hará V. un favor.

—No es muy alegre, lo que me está V. diciendo.

—Los porteros de su casa de V. tienen cara de ser muy buenas personas.

—No me cuido de ellos. Mi casa es lo que mas me inquieta. Y, la verdad, hay que preguntar ¿qué demonios ha hecho mi arquitecto?

—Ha seguido puntualmente las órdenes de V.

—¿Cómo?

—Siempre he oído decir á V. que deseaba lujo, pero economía al mismo tiempo. En arquitectura, añadía V., todo se arregla con filetitos dorados. La estacion no era á propósito; V. no quiso esperar. Se le habló á V. de dar á los trabajos una garantía contra la humedad: creyó V. que con esto se le iba á arruinar, que era un dispendio fabuloso, que no habia capitales posibles, que...

Entra de nuevo el ugiar, y dice:

—En la antesala espera una señora que desea hablar al señor baron. Dice que es á propósito de una habitacion de la nueva casa.

El doctor exclama:

—Esto es sagrado. Le dejo á V. con ella.

—Dígale V. que entre.

—Caro amigo, dice el doctor, si quiere V. tirar hasta el invierno que viene, créame V.; no vaya á habitar la casa nueva.

En este momento esa casa es una verdadera antesala del cementerio. Hasta la vista.

—Doctor, me ha ennegrecido V. el alma!

El doctor saluda, y sale del gabinete.

El ugiar introduce á una jóven mas bien escéntrica que elegante. Sus cabellos de color de yema de huevo, espolvoreados de oro, se hallan retorcidos, y mantenidos encima de la cabeza con un peine de coral. Su toquilla de terciopelo negro deslízase hasta sus ojos. Su falda se halla cogida en bullones sujetos por cadenillas de acero que se desprenden de su cintura. Su sobrefalda es... Pero ahora caemos en la cuenta de que estamos hablando demasiado del traje, y muy poco de la mujer.

M.^{ma} Úrsula de Psore (bajo este nombre ha sido anunciada) ha debido ser bella. Si hoy no lo es tanto, mas debe culparse á su delgadez que á su edad. Los ojos se le han agrandado y el círculo que les rodea da verdadera lástima. Sus pómulos salientes, sus dientes mate, justifican con exceso la tos que la fatiga.

—El señor baron de Nestali?

—Yo soy.

—¿Es V. el propietario de la casa número 315 del bulevar Pereire?

—Si señora.

—Vengo á hablar con V. de la habitacion del piso cuarto.

—Una magnífica habitacion. Soberbias vistas, una escalera á todo lujo, y agua por todas partes.

—Sí, hasta en las paredes.

—¿Cómo dice V.?

—La habitacion es muy fria; demasiado húmeda.

—¿Fria? Fresca querrá V. decir: es decir, empapelada de fresco.

—Por lo demás, precisamente á causa de esto, es por lo que yo deseo habitarla.

—¿Sí?

—Sí, señor. Calculo, por supuesto, que en razon de los peligros que en esa casa se corren, hará V. algunas concesiones á los inquilinos.

—Que dejen de pagar un mes, por ejemplo?

—¡Cál! de ningun modo.

—Sin embargo, no puedo consentir que dejen de pagar eternamente. ¿V. no pretenderá esto, sin duda?

—¿Tiene V. chanzas lúgubres!

—Únicamente en negocios.

—Sea enhorabuena.

—Pero bien, si V. tiene tanto temor á vivir en esa casa,

¿qué es lo que la decide V. á quererme alquilar una habitacion en ella?

—Voy á decírselo á V. ¿V. no me habrá tomado por una santa? ¿no es verdad?

—Precisamente por una santa, no; y como no dispongo de habitaciones para ofrecerlas al calendario...

—Señor baron, cada cual entiende la probidad á su manera; yo quiero jugar con V. á cartas descubiertas...

—Señorita, nada de eso me importa: la habitacion que V. desea cuesta 12.000 francos.

—Espere V. un poco. Ya llegaremos al asunto de la habitacion. Para ejercer nuestra industria...

—Ah! ¿Ejerce V. una industria? ¿Una industria ó un estado?

—Una industria...

—Enhorabuena!

—Para ejercer esta industria, necesito una habitacion suntuosa, apariencias lujosas, sin las cuales, preciso es confesarlo, ninguna mosca se agarraria á mi miel.

—Perfectamente! ¿Y ha elegido V. mi casa para tender su tela?

—V. lo ha dicho. La forma no es muy galante que digamos, pero la acepto.

—Pues lo siento por V., pero eso no me conviene.

—Segun eso, ¿es la primera vez que V. se hace una casa?

—¿Y por qué me lo pregunta V?

—Porque si no es ese el primer edificio que hace V. construir, debe V. saber que no le queda otro recurso sino dirigirse á nosotras.

—¿Qué es eso de nosotras! ¿Habla V. en plural? ¿A qué preciosa corporacion, pertenece V., pues?

—Somos en París doscientas *secadoras* bien reputadas. Los que edifican nos conocen de sobra. Yo, hace diez años que no habito mas que casas húmedas. Ahora mismo acabo de secar

una habitacion en el bulevar Malesherbes. Puede V. pedir informes. Tengo un pariente que es almacenista de leña y me paga en suministros los favores que le hago. Así es que allá donde vivo hay siempre un fuego infernal. Los propietarios tienen en mí un poderoso auxilio.

—¿Y cuánto tiempo emplea V. en secar una habitacion?

—Esto depende de su situacion, de la estacion y de mil cosas mas.

—Bién, pero supongamos que se queda V. con el cuarto piso de mi casa ¿empleará V. mucho tiempo en hacerle habitable?

—Su casa de V. es deplorable. Hay mucho que hacer en ella, y por lo tanto, me habia V. de hacer grandes concesiones.

—¿Si le diese á V. la habitacion por 8,000 francos, eh?...

—V. se burla. Lo menos se han de gastar 3,000 francos en ella.

—Supongo que no creará V. que voy á dársela gratis!

—Dispéñseme V. pero eso es precisamente lo que espero!

—Pues espere V. sentada.

—Pues no alquilará V. la habitacion.

—Lo prefiero.

—Se deteriorará.

—Ya lo veremos.

—Y apuesto á V. á que cualquiera otra especialista, le pedirá dinero por habitarla.

—¿No faltaria mas que eso!

—M.^{ma} de Bellefosse que séca los entresuelos de la calle del Principe Eugenio, pide 2.400 francos y quema carbon en lugar de leña, como hago yo. Pregunte V. á todas las de la sociedad; si tienen conciencia, no podrán menos de reconocer que la leña seca con mas prontitud, y no ennegrece nada.

—Ah! ¿V. quema leña?

—M.^{ma} Máxima que seca el barrio de San German, recibe

en este momento 3,000 francos; y así me muera delante de V., si yo no soy mas limpia que ella. Nadie como yo para mantener limpio el cobre, pulir el hierro, dar juego á las cerraduras y deshinchar los muebles. Esto es una vocacion; ó se tiene ó no se tiene. Y además, que todos estos cuidados me sirven de entretenimiento. Devolveré á V. su habitacion limpia como un Louvre, seca como un Sahara, y mas bonita de lo que V. me la entregue.

—¿Y es el 4.º piso el que V. desea?

—Lo mismo me dá. Si tiene V. un 5.º ó un 2.º...

—Le diré á V. Tengo intencion de habitar el primero de aquí á poco tiempo, y preferiria verlo seco antes que ningun otro.

—¿Es grande ese principal?

—Si es grande? ¡Un palacio! Cinco alcobas, dos salones, sala de fumar, de billares, de baños, etc., etc. Con decirle á V. que me lo hice construir espresamente para mí, está dicho todo.

—¿Y qué quiere V. que yo le haga de todo eso?

—¿Que lo seque V.!

—¿Gratis?

—¡Acaso exigirá V. paga!

—¡Ya lo creo! Aun cuando mi primo me dé toda la leña que tiene almacenada, no se podria secar todo eso!

—Es la única habitacion, de que puedo poseer con semejantes condiciones, porque, guardándola para mí, no quiero arrendarla en modo alguno.

—Las personas que no tienen la costumbre de *secar*, morirán como moscas en la casa de V.!

—Los enfermos gastan mas fuego que los sanos. Esto me es igual!

—Luego, ha de pensar V. que la primavera está encima. Será necesario tener fuego encendido durante el verano, y esto, no todos pueden soportarlo. Vaya, V. me ha sido simpático. Le

secaré á V. la habitacion por 3.600 francos y un año de habitarla.

—¡Muchas gracias!

—O lo toma V., ó lo deja.

—¡Una habitacion de 25.000 francos, con cuadra...

—La cuadra si que no la secaré!

—Sin embargo...

—Otra *secadora* no le pediria á V. menos de 6,000 francos.

—V. se burla.

—Ya conozco la habitacion de V.; ahora me acuerdo de ella.

Hay diez sitios para hacer fuego, sin contar la cocina. Yo, que soy concienzuda, quemaré 2 francos 50 céntimos diarios por cada chimenea. Parece nada, pero bien mirado...

—¡Está V. exageradísima en todo!

—Dispéñeme V. de nuevo; sé muy bien lo que me digo. Ó sino, haga V. mismo la cuenta. Diez chimeneas á 2 francos 50 céntimos por día. Digamos tres veces veinticinco, hacen setenta y cinco; añado un cero, y resultan 750 francos al mes, ó sean 9,000 francos al año. Ya ve V. que esto no es una friolera.

—¿A tanto sube?

—Con tal que no quiera V. que descuide la habitacion!

—Oh, eso no!

—Además que yo no puedo imitar á M.^{ma} Dutertre, del barrio Pigalle que hace arder leña de derribos, y llena de chinches las casas.

—Oh! Yo nunca dejaré entrar en las mias, leña de esa clase!

—Yo quemó pino y encina, solamente!

—Así me gusta!

—De manera que para hacerme cargo de esa habitacion, y tratarla como se merece, como tengo costumbre de hacerlo, me precisará entenderme, además de mi primo, con otros dos almacenistas de leña. Esto se ve muy poco entre nosotras. Vaya, déme V. 4,000 francos, y entendidos! esto para V. es

una friolera, y yo le secaré á V. la habitacion á conciencia.

—No puede ser!

—Le juro á V. por mi honor...

—¿Qué dice V.?

—¿Prefiere V. que jure por cualquier otra cosa?

—Me es indiferente. Me ha sorprendido V. un poco, pero... adelante.

—Juro que si no fuera cosa de V., no emprenderia este negocio.

—Y dígame V...

—¿Qué?

—Si le diese á V. lo que me pide...

—Prosiga V.

—Si yo contribuyese á encender ese fuego... acaso...

—Burlon! ¡Ya le veo á V. venir!

—Me parece muy justo lo que digo!

—Ah! V. no ata los perros con longanizas! Demasiado se vé. De todo saca V. partido.

—Caramba! Cuando no se tiene familia... las economías...

—Bien ¿Pondremos coche?

—¿Qué coche?

—El que V. quiera, con tal que sea elegante.

—¿Coche! ¿Para V.?

—Pues para quién?

—Con un caballo, eh?

—No; conozco á un tratante en caballos, á quien le he secado, hace dos años, y que me ayudará en esto.

—¡Magnífico!

—Para él?

—Para todo el mundo!

—Pero pocas exigencias ¿conformes?

—Esté V. tranquila.

—Y cuando entraré en el goce de...

—Lo mas pronto posible.

—Mañana firmaremos.

—¿A quién tengo el honor de dirigir la palabra?

—Úrsula, condesa de Psore, secadora.

—¿De Psore? Pues si ese es un nombre conocidísimo. Su padre de V. no perteneció á la marina?

—Sí, creo recordar, en efecto, que he tenido uno en la marina.

—Hasta mañana, señora condesa!

—Hasta mañana, señor baron!

Úrsula desaparece, despues de hacer una profunda cortesía al señor baron.

El baron (solo).—Pues señor, decididamente suprimo á Nieves que me cuesta los ojos de la cara. Seco las paredes de mi nueva casa... y atrapo el alquiler de abril, que es el mejor de todos. ¡Buen negocio!

La condesa Úrsula de Psore, dice entre tanto mientras baja la escalera:

—Me instalo en el bulevar Pereire en un principal: esto me dá reputacion: amueblo dos salas, y el casero el resto de la habitacion; una vez instalada ¿quién me saca de allí?

¡Buen negocio!

Y todos quedan satisfechos.

Menos la moral.

La leyenda del lancero Griespach.

Ochenta mil hombres de infantería, caballería, artillería, maniobran en la llanura de *** El Emperador Napoleon III les pasa revista. La Emperatriz Eugenia y el Príncipe Imperial se hallan á su lado. En torno de ellos piafa, brilla, chispea el Estado Mayor de las grandes solemnidades, al cual se ha unido un surtido completo de extranjeros distinguidos.

De repente la emperatriz se detiene asombrada.

Su esperta mirada ha distinguido á un lancero azul y rojo, que hace mal efecto entre las filas de los dragones de la guardia verdes y blancos.

Y la soberana pregunta al soberano:

—¿Cómo es que ese lancero ha tomado puesto entre las filas de mi regimiento de dragones?

—¡No lo habia notado! ¿General?

El general ministro de la guerra, se adelanta.

El emperador le pregunta:

—¿Qué hace ese lancero, entre los dragones del regimiento de la emperatriz?

—Voy á informarme, señor.

Y el ministro de la Guerra, abandonando el Estado Mayor, trota, trota, trota, hasta que alcanza al general en jefe de la guardia imperial.

—Mi querido general, le dice: el emperador me envia á preguntar á V., qué es lo que hace ese lancero, entre las filas de los dragones de la emperatriz.

—Mi querido ministro, confieso á V. que me sorprende, no menos que á S. M., verle allí. Voy á adquirir informes, y daré á V. en seguida la respuesta.

Y el general en jefe de la guardia imperial galopa, galopa,

galopa, hasta que encuentra al general de division, comandante en jefe de la caballería de la guardia.

—¡Voto vá, general! Sirvase V. esplicarme qué demonios hace esa bestia de lancero entre los dragones de la emperatriz. El emperador se ha mostrado muy descontento.

—¡Trueno de Dios, mi general! No lo habia notado! Voy á averiguar lo que esto significa!

Y el general de division comandante en jefe de la caballería de la guardia, trota, ¡badabum! ¡badabum! ¡badabum! hasta que encuentra al brigadier, jefe del Estado Mayor general.

Llega hasta él casi sin aliento, y le dice:

—Amigo mio: Ni el... emper... rador... ni... nosotros... sabemos... qué es lo que... hace... ese lancero, entre los drago... nes!

—Verdad es que eso no tiene sentido comun. De aquí á un momento os daré una respuesta, dice el brigadier que parte al trote, al trote, en busca del coronel de los dragones.

Pero el regimiento se ha puesto ya en marcha taratá, taratá, taratá, puesto que el desfile va á comenzar.

El brigadier jefe del Estado Mayor general, galopa ¡hop! ¡hop! ¡hop! durante diez minutos.

Y llega jadeante á alcanzar al coronel.

—¡Coronel! ¡Coronel! el Emperador encarga se le pregunte á V. por qué razon hay un lancero en las filas del regimiento de V.

—No puedo abandonar la cabeza de mi regimiento para informarme de eso, responde el coronel que galopa ¡hop! ¡hop! ¡hop! con el sable en la mano y la mano en el muslo. Pero diríjase V. al comandante del 2.º escuadron: él sabrá mas que yo en esa cuestion.

Y el regimiento continúa desfilando... ¡badabum!... ¡badabum!...

El brigadier jefe del Estado Mayor general, hace una seña á un ayudante de campo para que acuda á hablarle.

El ayudante se presenta á todo escape... ¡plaf!... ¡plaf!... ¡plaf!...—Vaya V. á preguntar al comandante del 2.º escuadron del regimiento dragones de la Emperatriz, de parte de sus magestades, por qué está ese lancero entre sus filas.

El ayudante de campo se marcha á todo escape ¡plaf!... ¡plaf!... ¡plaf!...

—Mi comandante, le dice al llegar, SS. MM. desean saber por qué está ese lancero en las filas del escuadron de V.!

—¿Hay un lancero en nuestras filas?

—Sí, señor.

—¿Está V. cierto de lo que dice?

—Ciertísimo!

—Pues es la primera noticia que tengo. Efectivamente ¿por qué habrá un lancero en nuestras filas? Yo no puedo abandonar este puesto, mientras dure el desfile, pero seguramente sabrá V. lo que desea, si se dirige al capitán Grindemil que está allá abajo.

Y el oficial de Estado Mayor vuelve á marchar al galope; ¡badalaplaf!... ¡badalaplaf!... ¡badalabum!

—Capitan! De orden del Emperador ¿cómo es que hay un lancero en vuestras filas?

—Será sin duda, una idea del teniente Clodomiro. Ese animal no sabe hacer mas que cosas así. Voy á averiguarlo. Confieso que efectivamente me ha estrañado ver un lancero en nuestras filas. Pero como yo no soy el amo en esto ¿comprende V.?

El regimiento seguia desfilando.

Y el capitán Grindemil parte á cuádruple galope. ¡trimalabum! ¡trimalabum! ¡trimalabum!

—Subteniente Casquapoil, ¿dónde está el teniente Clodomiro?

—Mi capitán, lo ha llamado el mayor.

—Yo tomo su puesto de V. en las filas. Vaya V. á escape á

hacerle saber que SS. MM. se han mostrado muy descontentas al ver un lancero en nuestras filas. Pregúntele V. en qué consiste eso, y no tarde V. en volver.

El regimiento continuaba desfilando.

Y el subteniente Casquapoil se aleja á brida suelta ¡cling! ¡cling! ¡cling! mientras su gran sable azota el vientre del caballo, y sus pantorrillas personales.

Pasan cinco minutos.

El subteniente Casquapoil no vuelve.

Por fin, se ve una gran nube de polvo y aparece un militar envuelto en sudor.

Es el subteniente Casquapoil.

—Mi capitán, dice, el teniente Clodomiro me ha contestado: ¡Qué sé yo! Esas son cosas del sargento Cornemusette. Dígale V. al capitán que se tome el trabajo de aguardar un momento, y voy á tomar informes.

El regimiento proseguia desfilando, y mientras que el oficial de Estado Mayor esperaba, el subteniente Casquapoil hacia asimismo esperar al capitán Grindemil.

Por fin, el teniente Clodomiro se acerca á galope ¡clap! ¡clap! ¡clap!

El subteniente Casquapoil galopa tambien saliendo á su encuentro.

—¿Qué hay, teniente?

—Estamos de desgracia, mi capitán. El sargento Cornemusette se halla en la ambulancia.

—¡Por vida del demonio! ¡Estamos frescos!

Y el regimiento desfilaba, desfilaba, desfilaba siempre.

Entonces, el subteniente Casquapoil, que era tan maligno en los consejos, como bravó en los campos de batalla, exclamó:

—¿Por qué no se lo preguntamos al mismo lancero?

—No es mala idea, por mas que sea contra disciplina...

—Verdad es.

—Pero como se trata de complacer al Emperador... Voy á reunirme con el capitan Grindemil que creo se impacienta.

—Usted, subteniente Casquapoil, no olvide que se trata de dar gusto á dos cabezas coronadas.

—Está muy bien.

—Una vez tomados los informes, venga V. á trasmitírmelos. El regimiento no cesaba desfilando.

El subteniente Casquapoil, se aleja á gran galope: ¡tarabum! ¡tarabum! ¡tarabum!

Vé al lancero, y le grita:

—Eh, lancero... Sí, usted. ¿Cómo se llama V.?

—Griespach, mi subteniente.

—Y por qué no lleva V. el uniforme de dragon?

—Porque no me ha acabado el traje, el sastre del regimiento.

—¡Pues porque no lo advertía V.! ¡Dos dias de arresto!

Y el subteniente Casquapoil, se reúne con el teniente Clodomiro.

—Mi teniente, puede V. hacer saber al Emperador que el lancero me ha contestado que no le habian acabado el traje.

—¡Me lo habia figurado! ¡Diez dias de arresto!

El teniente Clodomiro se reúne con el capitan Grindemil.

—Mi capitan, puede V. hacer saber á SS. MM. que el lancero en quien se han dignado fijar su atencion, es incorporado de hace poco al regimiento, y no ha recibido todavía el traje de ordenanza.

—¡Como si no me lo hubiera pensado! ¡Impóngale V. un mes de arresto!

Y el capitan Grindemil parte al galope, en busca del comandante del 2.º escuadron.

¿Hay necesidad de repetir que el regimiento continuaba desfilando?

—¿Ha sabido V. algo, capitan Grindemil? dice el comandante al verle.

—Mi comandante, parece ser que ese lancero que tanto ha incomodado á S. M. es incorporado de nuevo al regimiento y no ha recibido todavía sus efectos de ordenanza.

—¿Me toma V. por un animal que viene á contarme lo que yo no ignoraba? Arreste V. á ese lancero por seis semanas.

Y á su vez, el comandante del 2.º escuadron, se aleja á todo escape, á incorporarse al coronel que va á la cabeza de su regimiento.

—¿Qué quiere V.? preguntó este.

—Mi coronel, el lancero...

—Bien, ¿qué?

—El lancero que ha estado á punto de deshonar nuestro bravo regimiento...

—¿Qué?

—Se llama Griespach, incorporado de nuevo, y no ha recibido todavía los efectos de ordenanza.

—Y todo ese tiempo ha empleado V. en averiguarlo? Yo bien lo sabia. Que metan en el calabozo á ese lancero.

En esto se acerca á toda prisa el oficial de Estado Mayor:

—¿Y bien, mi coronel? pregunta.

—No puedo abandonar la cabeza de mi regimiento durante el desfile, pero puede V. hacer saber al Emperador que se hará justicia. Si el lancero Griespach no se hallaba en el traje conveniente, es porque no se le han entregado todavía sus efectos de ordenanza. Pida V. perdon en mi nombre á SS. MM.

—Voy, mi coronel.

Y mientras que el regimiento continuaba desfilando, el ayudante de campo, alcanza al brigadier gefe del Estado Mayor general.

—Mi brigadier, le dice, puede V. informar á SS. MM. de que el lancero Griespach, que tanto les ha desagradado, se halla

incorporado recientemente en el regimiento de dragones de la Emperatriz, y que no le ha sido entregado todavía su uniforme de ordenanza!

—¡Como si esto no se supiera! El lancero Griespach será sujeto á un consejo de guerra!

Y el brigadier, jefe del Estado Mayor general, se dirige al general de division, comandante en jefe de la guardia:

—Mi querido general, puede V. decir al Emperador que aquel lancero se halla incorporado desde hace poco á los dragones, y que todavía no ha recibido el uniforme reglamentario.

—Ya, ya! Creo, amigo mio, que no sospechará V. decirme cosa que ignore. Eso salta á la vista!

—Y qué hacemos del lancero Griespach?

—Que se le incorpore á una compañía de correccion.

Y el general de division comandante en jefe de caballería de la guardia, se dirige, á su vez, al general comandante en jefe de la guardia imperial, y le dice:

—Amigo general, el lancero...

—¿Qué lancero?

—El que chocó al Emperador hace una hora, desagradándole tanto; el lancero Griespach.

—¿Y qué?

—Parece que acaba de incorporarse recientemente al regimiento de dragones de la Emperatriz, y que no ha recibido todavía sus efectos de ordenanza.

—Ya hace tiempo que yo sabia eso. Que se le degrade!

Y el general, se acerca al galope al capitán general ministro de la Guerra.

—Mi querido general, acabo de saber que el lancero...

—¿De qué lancero me habla V.?

—Del lancero Griespach.

—¡Que se le fusile!

—Parece que no ha recibido todavía sus efectos de ordenanza...

—S. M. se ocupa en este momento de la distribucion de grados y recompensas; no sé si atreverme á distraerle...

—Hablando á S. M. del lancero Griespach no hace V. otra cosa mas que obedecer sus órdenes.

—Verdad es.

El ministro se dirige al lado del Emperador.

—Señor...!

—¿Qué quiere V.?

—Hablar á V. M. del lancero Griespach!

—Está bien. ¿Que se le dé una cruz!

Desde entonces solamente, el lancero Griespach, lleva en su pecho la estrella de los valientes, que siempre habia merecido por su valor.

Tal es la leyenda del lancero Griespach.

El dia de la Embellecedora (1).

El conde Oh-tempora-oh-mores, se halla á la puerta del gabinete de su esposa, deseando entrar en él.

Pero inútilmente da vueltas al pomo del picaporte.

—¡No se puede entrar! le grita una voz.

—¡No se puede entrar! ¡No se puede entrar! Pardiez! De sobra estoy viendo que no se puede entrar, replica el conde con terrible mal humor ¿Por qué no se puede entrar? Siempre tenemos la misma historia, desde hace algun tiempo!

—Mas tarde nos veremos.

—Pero si soy solo yo!

—Vuelve dentro de una hora.

(1) *Maseuse* en el original. Pero como quiera que este es un oficio desconocido en España y que consiste en apretar, estrujar y pulir las formas de una mujer para que adquirieran mayor redondez y hermosura, hemos creído prudente traducirlo de ese modo.

incorporado recientemente en el regimiento de dragones de la Emperatriz, y que no le ha sido entregado todavía su uniforme de ordenanza!

—¡Como si esto no se supiera! El lancero Griespach será sujeto á un consejo de guerra!

Y el brigadier, jefe del Estado Mayor general, se dirige al general de division, comandante en jefe de la guardia:

—Mi querido general, puede V. decir al Emperador que aquel lancero se halla incorporado desde hace poco á los dragones, y que todavía no ha recibido el uniforme reglamentario.

—Ya, ya! Creo, amigo mio, que no sospechará V. decirme cosa que ignore. Eso salta á la vista!

—Y qué hacemos del lancero Griespach?

—Que se le incorpore á una compañía de correccion.

Y el general de division comandante en jefe de caballería de la guardia, se dirige, á su vez, al general comandante en jefe de la guardia imperial, y le dice:

—Amigo general, el lancero...

—¿Qué lancero?

—El que chocó al Emperador hace una hora, desagradándole tanto; el lancero Griespach.

—¿Y qué?

—Parece que acaba de incorporarse recientemente al regimiento de dragones de la Emperatriz, y que no ha recibido todavía sus efectos de ordenanza.

—Ya hace tiempo que yo sabia eso. Que se le degrade!

Y el general, se acerca al galope al capitán general ministro de la Guerra.

—Mi querido general, acabo de saber que el lancero...

—¿De qué lancero me habla V.?

—Del lancero Griespach.

—¡Que se le fusile!

—Parece que no ha recibido todavía sus efectos de ordenanza...

—S. M. se ocupa en este momento de la distribucion de grados y recompensas; no sé si atreverme á distraerle...

—Hablando á S. M. del lancero Griespach no hace V. otra cosa mas que obedecer sus órdenes.

—Verdad es.

El ministro se dirige al lado del Emperador.

—Señor...!

—¿Qué quiere V.?

—Hablar á V. M. del lancero Griespach!

—Está bien. ¿Que se le dé una cruz!

Desde entonces solamente, el lancero Griespach, lleva en su pecho la estrella de los valientes, que siempre habia merecido por su valor.

Tal es la leyenda del lancero Griespach.

El dia de la Embellecedora (1).

El conde Oh-tempora-oh-mores, se halla á la puerta del gabinete de su esposa, deseando entrar en él.

Pero inútilmente da vueltas al pomo del picaporte.

—¡No se puede entrar! le grita una voz.

—¡No se puede entrar! ¡No se puede entrar! Pardiez! De sobra estoy viendo que no se puede entrar, replica el conde con terrible mal humor ¿Por qué no se puede entrar? Siempre tenemos la misma historia, desde hace algun tiempo!

—Mas tarde nos veremos.

—Pero si soy solo yo!

—Vuelve dentro de una hora.

(1) *Maseuse* en el original. Pero como quiera que este es un oficio desconocido en España y que consiste en apretar, estrujar y pulir las formas de una mujer para que adquirieran mayor redondez y hermosura, hemos creído prudente traducirlo de ese modo.

- ¡Cómo! ¡Dentro de una hora!
- No estoy sola.
- ¿Estás con alguien que te impida abrirme?
- Puesto que te empeñas en que lo diga, estoy en camisa!
- ¡En camisa! Y no estás sola!... ¡Y yo no puedo entrar!...

¡Cáscaras!

— Vaya, adios; Estás haciéndome constipar.

No obteniendo otra respuesta, el conde despues de haber permanecido inmóvil un instante, se encoge de hombros, dá media vuelta á la derecha y se aleja gruñendo entre dientes.

Ya en la antesala, se encuentra con su suegra la generala Brooklyn.

A propósito: se nos ha olvidado advertir que la condesa Oh-tempora-oh-mores es americana.

Su padre, el general Brooklyn sudista acérrimo, fue muerto en Baston-Rojo; su madre, criolla endiablada, se retiró á Francia, donde se halla devorando los restos de una fortuna legendaria.

— Hola conde; ¿de dónde vienes con esa cara del otro mundo? Por poco me derribas al tropezar conmigo. ¿Estás loco?

— ¿Yo, loco? Su hija de V. es la loca.

— ¡Mi hija... loca! ¿Quién ha dicho eso?

— Vaya V. á su gabinete, y verá V. qué recibimiento obtiene.

La generala se precipita sobre la puerta del gabinete de su hija.

Da vuelta, inútilmente, como el conde, al pomo del picaporte, y por fin golpeando con la palma de la mano exclama:

— Abreme Doly: tengo que hablarte inmediatamente.

— Imposible, mamá responde la voz de la condesa.

— ¿Imposible dices?

— Sí.

— Pero, por qué?

— No lo puedo decir.

— Mas, yo....

— Vuelva V. dentro de una hora!

— ¡Cómo! No solamente no me abres, sino que me despides?

— No; no la despido á V.

— Me parece....

— Pero estoy ocupadísima. Pasaré al cuarto de V. antes de comer. Estoy...

— ¿Con quién?

— Con mi embellecedora!

— Ah!

— ¿Comprende V.?

— Te digo que me abras, Doly; ¿Oyes lo que te digo?

La generala vuelve á dar dos ó tres golpes sobre la puerta, sin obtener ya respuesta alguna.

Así como el conde habia dado media vuelta á la derecha, la generala dá media vuelta á la izquierda y se aleja dominada por un espantoso mal humor.

Al salir, encuentra al pié de la escalera á su hija mayor Betsabé Royle.

Mis Royle es conocida de todo París. No sucede lo mismo con su marido, que nadie sabe dónde vive.

Betsabé tiene veinticuatro años los ojos negros, la tez mate. Desde su cabeza hasta su cintura, rueda un Niágara de cabellos rubios.

Precede á las modas en la longitud de toda una estacion y las abandona siempre con precisa oportunidad.

— ¿Dónde vas, Betsabé?

— A ver á mi hermana.

— Es inútil!

— ¡Cómo inútil!

— Tu hermana está encerrada.

— ¡Encerrada!

— Acaba de negarse á abrirme la puerta de su gabinete.

- ¿Está enferma?
—¡Ojalá!
—Mamá! ¿Cómo es que dices eso?
—Lo he dicho, porque casi era preferible á la locura en que se ha metido.
—¿Locura?
—Si un capricho de gran tono!
—Pero ¿de qué estás hablando?
—Tu hermana Doly se halla encerrada en su gabinete con...
¡Adivina con quien!
—Prefiero no calentarme la cabeza si ha de ser tan difícil acertarlo.
—Pero, inténtalo, al menos.
—Pues bien está encerrada con... su marido.
—No.
—¿No?
—Te digo que no.
—Vaya, pues dímelo de una vez.
—Tu hermana Doly, mi hija, se halla en este momento encerrada con su embellecedora.
—¿Y bien, y qué?
—¿Cómo y qué! ¿Tú lo apruebas? ¿Qué necesidad tiene tu hermana de hacerse amasar como un trozo de harina mojada?
—Pero...
—Además ¿es inconveniente siquiera encerrarse de ese modo con una cualquiera?
—Por Dios, por Dios mamá; ¿cómo es que hablas tan de ligero?
—Uf! Qué horror!
—Horror, ¿de qué?
—Yo no podría soportar esa operacion!
—¿Lo crees así? Dejarse manipular de ese modo!
—Pero no consideras que esa operacion tiene por objeto

- hacer circular la sangre con mas viveza, estirar los músculos, hacer pasar los dolores y desligar las articulaciones?
—¡Bueno, bueno!
—Te digo que has de acostumbrarte á ello!
—¿Yo? ¡Nunca!
—Ni siquiera para darme gusto?
—¡Nunca!
—Para robustecer la salud?
—¡Te digo que nunca!
—Al menos, ¿para hacer rabiarse á tu yerno?
—¿Eh?
—Puesto que á él no le gusta....
—Mira, hablemos de eso! ¿quién sabe! ¡Puede que sí!

Seguidme, oh lectores, hasta el otro lado de la puerta, de esa puerta tan herméticamente cerrada. De fijo que no os dolerá haber penetrado en el voluptuoso gabinete, adornado de terciopelo Bismarck y cortinajes de satin violeta.

No describimos. Seria peligroso.

Trascribimos únicamente el diálogo sostenido entre la condesa y su embellecedora, ó *amasadora*.

La condesa.—Ya lo ve V., ya lo ve V., señora Gringoire; cuanta energía hay que desplegar, para cuidar de mi salud.

La embellecedora.—Pero esto tendrá su recompensa.

—Nadie, en casa, me cree enferma.

—Hacen mal.

—¿No es verdad? V. no tiene interés ninguno en asustarme; V. no me conocia, cuando nos encontramos en casa de la duquesa, y sin embargo, adivinó V. en seguida mi estado.

—Es preciso estar ciega para no verlo.

—Dígame V.: ¿dónde tengo el mal? Todavía no se ha servido V. decírmelo.

—Si la señora condesa quisiera desnudarse....!

—Me parece que...

—Ah! La señora condesa tiene los hombros mas hermosos del mundo. Solo conozco los de M.^a Frenière que puedan compararse á estos.

—Y aun aquellos no se hallan en perfecto nivel!

—Sí, el izquierdo es un poco mas bajo; pero el brazo ¡oh, el brazo! ¿No es verdad, Luisa? dice la embellecedora dirigiéndose á su ayudanta.

La condesa descubre su brazo.

—El brazo de la señora condesa, está mucho mejor modelado, añade Luisa.

—En efecto, es magnífico!

—Y este hoyuelo ¿no es delicioso?

—Ah! hasta el punto de que hay que arrodillarse ante él.

—¿Embellrece V. á Miss Tipsay?

—Ya lo creo! Buena falta le hace.

—¿Cómo es eso?

—Es seca, negra, marchita y vieja!

—¡Parece imposible!

—Ah! No todo son delicias en nuestra profesion.

—¿De veras?

—Y además, que yo tengo mi amor propio como otra cualquiera.

—Y consiste?

—Consiste en que no trabajo con gusto, sino en lo fresco, en lo jóven!

—Pero veo, que habla V. muy mal de sus parroquianas.

—A nadie mas que á V. señora condesa, contaria yo estas cosas!

—Sea enhorabuena.

—Vaya, vamos á comenzar, si V. lo permite!

—Lo deseo.

—Así me gusta. ¿Luisa?

—¿Mande V.?

—Ayude V. á desnudar á la señora condesa.

—¿Cómo! ¿Quiere V. que me desnude... del todo?

—¡Completamente del todo!

—Pero...

—No hay otro remedio, si hemos de hacer alguna cosa de provecho.

—Si supiera V. cuanto me desagrada...

—Vamos, esas son niñerías, se lo aseguro á V...

—Bien, sí; mas yo...

—La mitad de los pobladores del globo terráqueo, no lleva vestido alguno, y ninguno de ellos se ha quejado nunca, que yo sepa.

—¡Dios mio! ¡Dios mio!

—Ese es un rubor mal comprendido...

—Al menos, me asegura V. que lo que va á hacer conmigo, me hará mucho bien?

—Muchísimo.

—¿De veras?

—Lo juro.

—Entonces comencemos.

La condesa se halla en su alcoba, completamente sepultada entre muselina y encajes.

A su lado se halla Luisa.

Cerca de ella en un braserillo corqueton, arde una lamparilla perfumada.

En un recipiente de plata, bulle una sustancia aromática. Un conducto elástico que dirige Luisa, da paso á un ligero vapor que un resorte activa ó modera.

Luisa pasea gravemente este conducto sobre el cuerpo de la paciente.

La condesa se halla anhelante.

M.^a Gringoire se quita las sortijas que ocultaban la mitad de sus dedos.

Dóblase las mangas y descubre dos brazos, redondos, firmes y blancos, limitados al norte por hombros deliciosos y al sur por manos artísticamente conservadas.

Estas manos son sus herramientas.

M.^a Gringoire no tiene cuarenta años, no, sino treinta y nueve.

Esta es la edad, por lo general, de las mujeres que tienen mas de treinta y ocho años.

Para mas informes sobre esta mujer, dirigirse á un empleado de la Prefectura de policía, que no habla de M.^a Gringoire sino en unos términos en que el entusiasmo solo cede á la pasión.

Apenas pone M.^a Gringoire sus manos en la masa, de risueña, conviértese en grave, casi solemne.

Oficia.

La Condesa.—Prevento á V. que tengo muchas cosquillas.

M.^a Gringoire.—De fijo que no tiene V. tantas como la baronesa de Feucontenu, y sin embargo, todo sale bien.

Luisa.—Suplico á V. que se vuelva hácia este lado. Así!

M.^a Gringoire.—Colóquese V. á su gusto. Cuando se es tan admirablemente formada como V., no se debe tener temor alguno.

—Es que esto me hace un efecto...

—Siempre sucede lo mismo, la primera vez.

—Cuando vaya V. á hacerme daño, prevéngamelo V. antes.

—Tranquilícese V. por Dios. ¿Por qué tiembla V. de ese modo?

—No me puedo contener.

—Luisa, modere V. el vapor.

—¿Embellece V. tambien á la princesa Wladlagretz, ¿no es verdad?

—Todas las mañanas, por mis pecados.

—¿Qué dice V.!

—La princesa no es una mujer!

—¿Cómo? ¿Cómo?

—Es un globo! Hay donde perderse en ella. Se cree uno en el Oriente, cuando se halla en el Occidente. Tres veces me ha ocurrido tomar sus brazos por sus piernas, y así en todo lo demás. Es una mujer en quien hay que poner etiquetas para reconocer sus formas.

—¿Cuántas cosas habrá V. visto!

—Efectivamente, vemos de todos colores.

—Ya lo creo!

—Si una conservara ilusiones habria que abandonar la profesión. ¿Tiene V. frio?

—Escalofrios.

—Active V. el fuego, Luisa. Ahora está bien. La señora condesa debe asistir á muchas reuniones?

—Sí, á muchas. Pero ¿por qué me pregunta V. eso? ¿Se nota en mí?

—Al contrario. Hasta parece imposible comprender, como ha podido V., llevando la vida agitada que lleva, conservarse como una niña, lo mismo que una niña!

—¿A qué llama V. una vida agitada?

—A una vida de emociones, de placeres de toda clase.

—No la comprendo á V.

—Quiero decir que por fuerte y hábil que sea una mujer, siempre tiene momentos difíciles que vencer, horas que pasar y que valen por meses, y en revancha, segundos que rejuvenecen por completo. Estas alternativas son tan fatales como deliciosas.

—Está V. hablando en enigmas, M.^a Gringoire; sírvase V. explicarse con mayor claridad.

—Pues es muy sencillo lo que digo: una mujer tan jóven, tan bella, como lo es V.; debe ser...

—Oh, ahí no, ahí no... me está V. haciendo terribles cosquillas!

—Debe ser adorada, perseguida, solicitada; y á propósito, debo decirle á V., tomándome una libertad, que tanto Luisa como yo, somos la discrecion misma, y que si podemos prestar á V. algun servicio nos tendremos por muy felices.

—Todo lo haríamos, con tal de complacer á la señora condesa, absolutamente todo!

—¿Complacerme? ¿En qué sentido? ¿Acaso no es única ocupacion de Vds. la que hoy las ha traído á mi casa?

—La vida es tan cara, que si no se hiciera un poco de todo, no podria una materialmente comer.

—Entonces ¿es decir que comercian Vds. en algo?

—¿Comerciar, precisamente...no!

—Cultivan Vds. algun arte?

—Tampoco.

—Curiosa estoy ya. Tal vez se encargan Vds. de comisiones...?

—En efecto, ese es uno de los ramos.....

—Del árbol del mal, ya lo sé.

—Finalmente, señora condesa ¿para qué andarnos por las ramas? Cuando se tienen buenas intenciones, lo mejor es, á mi modo de ver, explicarse con claridad.

—Esplíquese V., esplíquese V.

—Yo puedo servir á V. de cien maneras diferentes.....

—Muchas son.

—Es preciso que las mujeres se ayuden entre sí.....

—Naturalmente.

—La vida es tan difícil...

—Mucho.

—La sociedad tan cosquillosa...

—En extremo.

—Yo conozco mil recursos...

—¿Sí?

—A mí nada me admira, nada me desanima, nada me espanta, ni me ha espantado nunca!

—¡Bravo!

—Se me pueden confiar las misiones mas difíciles, sin el menor cuidado.

—Si, eh?

—Nunca se me ha cogido desprovista.

—Pues por lo que voy viendo, es una gran fortuna haber conocido á V.!

—Cuando V., me haya contado sus lances, sus historietas, señora condesa, entonces...

—Basta. No sigamos adelante, M.^a Gringoire.

—¿Como?

—Me siento muchísimo mejor!...

—¿Sí?

—Y por lo tanto creo inútil que vuelva V. á poner los piés en esta casa!

—Sin embargo...

—¡No hay sin embargo que valga!

—Pero, señora condesa...

—Con esta sola sesion me ha curado V. radicalmente!

—Señora!...

—Me ha curado V. de la manía de las embellecedoras! ¡Tal como lo está V. oyendo!

—Sin duda, la señora condesa no me ha comprendido bien, ó yo me he explicado mal...

—Tome V. estos dos lises y salga V. de mi casa.

—Está V. en un error, señora condesa. ¡Dos lises por una curacion tan sorprendente!

- ¿Eh?
- No está bien pagado.
- Pues qué pide V.?
- ¡Curar en una sola sesión! Esto se ve muy pocas veces y merece mucho más que dos luises.
- Tome V. cinco.
- Cinco ya es otra cosa...
- Váyase V. y olvide el camino de mi casa.
- El olvido se paga aparte, señora condesa.
- ¿Qué quiere V. decir?
- Que yo no olvidaré fácilmente las preciosas, las esquisitas formas.....
- Ahí tiene V. cinco luises más. ¿Está V. satisfecha?
- Tanto como se puede estarlo, perdiendo una parroquiana como V., señora condesa. En fin, quién sabe lo que puede suceder. Nadie ha de decir: «¡De este agua no beberé!» Los días pasan sin parecerse unos á otros. Dejaré á V. algunas tarjetas mías. Si no son para V., puede V. repartirlas entre sus amigas. Parece imposible que en la sociedad que V. frecuenta, no haya...
- ¡Insolente!
- Servidora de V., señora condesa!

La mujer-reclamo.

Sígueme, pollo.

Mejor dicho, sigue á Carolina, la fiel doncella de M.^a Lucia, Hortensia de La Matte.

El gabinete en que penetramos es sombrío.

Una lamparilla de noche agoniza delante de un reloj que señala las once.

Apenas un ligero hilo de sol filtrase á través de los cortinajes cuidadosamente corridos, hilo de sol, sin embargo, que for-

ma un óvalo luminoso sobre el satin gris de China que tapiza la pared.

Carolina aparta las colgaduras, y la luz del día invade el gabinete en el cual, oh pollo, hago que te introduzcan.

Podemos hacer su inventario.

Es un dormitorio á la inglesa—bien claro lo indicaba la lamparilla—un dormitorio precioso, microscópico, algodónado, perfumado... un nido de mujer, en fin.

Las paredes, el techo, todo se halla forrado de satin gris de China, con botones dorados.

Una silla mecedora, dos sillones, un velador de mosaico de Florencia y una mesa-tocador, atestada de preciosidades de marfil, de plata y de cristal, este es todo el inventario. ¡Ah! Me olvidaba: la chimenea es de ónix argelino; sus aditamentos desde el reloj hasta el fuelle, son de puro estilo Luis XVI. Sobre dicha chimenea se ve, en bello desorden esparcido, alhajas, guantes, un abanico y algunas flores que mueren, á pesar suyo, vueltas hácia el lecho.

El lecho... lo he guardado para postre. Cortinajes de punto de Inglaterra le cubren casi por completo. Las sábanas de batista se hallan guarnecidas de riquísimos volantes encañonados y están marcados en un ángulo con una cifra blasonada.

Así que Carolina entra en el gabinete, un hociquillo mostachudo, barbudo, una húmeda nariz, unos ojos brillantes, una cabecita en fin, de color de sal revuelta con pimienta, sale de debajo de las sábanas enderezando sus orejas.

Diciendo como final que la alfombra que cubre el suelo del cuarto es de Smirna, solo me queda por describir á la que habita aquel gynecéo. Así como sus larguísimos cabellos de un rubio ardiente, habrían encantado al Ticio; así como su tez de blanco y rosa, sus rojos labios, sus grandes ojos azules, circundados de negro, habrían maravillado á Greuze, sus brazos, su seno, sus caderas habrían entusiasmado á Rubens.

- ¿Eh?
—No está bien pagado.
—Pues qué pide V.?
—¡Curar en una sola sesión! Esto se ve muy pocas veces y merece mucho más que dos luises.
—Tome V. cinco.
—Cinco ya es otra cosa...
—Váyase V. y olvide el camino de mi casa.
—El olvido se paga aparte, señora condesa.
—¿Qué quiere V. decir?
—Que yo no olvidaré fácilmente las preciosas, las esquisitas formas....
—Ahí tiene V. cinco luises más. ¿Está V. satisfecha?
—Tanto como se puede estarlo, perdiendo una parroquiana como V., señora condesa. En fin, quién sabe lo que puede suceder. Nadie ha de decir: «¡De este agua no beberé!» Los días pasan sin parecerse unos á otros. Dejaré á V. algunas tarjetas mías. Si no son para V., puede V. repartirlas entre sus amigas. Parece imposible que en la sociedad que V. frecuenta, no haya...
—¡Insolente!
—Servidora de V., señora condesa!

La mujer-reclamo.

Sígueme, pollo.
Mejor dicho, sigue á Carolina, la fiel doncella de M.^a Lucia, Hortensia de La Matte.
El gabinete en que penetramos es sombrío.
Una lamparilla de noche agoniza delante de un reloj que señala las once.
Apenas un ligero hilo de sol filtrase á través de los cortinajes cuidadosamente corridos, hilo de sol, sin embargo, que for-

ma un óvalo luminoso sobre el satin gris de China que tapiza la pared.

Carolina aparta las colgaduras, y la luz del día invade el gabinete en el cual, oh pollo, hago que te introduzcan.

Podemos hacer su inventario.

Es un dormitorio á la inglesa—bien claro lo indicaba la lamparilla—un dormitorio precioso, microscópico, algodónado, perfumado... un nido de mujer, en fin.

Las paredes, el techo, todo se halla forrado de satin gris de China, con botones dorados.

Una silla mecedora, dos sillones, un velador de mosaico de Florencia y una mesa-tocador, atestada de preciosidades de marfil, de plata y de cristal, este es todo el inventario. ¡Ah! Me olvidaba: la chimenea es de ónix argelino; sus aditamentos desde el reloj hasta el fuelle, son de puro estilo Luis XVI. Sobre dicha chimenea se ve, en bello desorden esparcido, alhajas, guantes, un abanico y algunas flores que mueren, á pesar suyo, vueltas hácia el lecho.

El lecho... lo he guardado para postre. Cortinajes de punto de Inglaterra le cubren casi por completo. Las sábanas de batista se hallan guarnecidas de riquísimos volantes encañonados y están marcados en un ángulo con una cifra blasonada.

Así que Carolina entra en el gabinete, un hociquillo mostachudo, barbudo, una húmeda nariz, unos ojos brillantes, una cabecita en fin, de color de sal revuelta con pimienta, sale de debajo de las sábanas enderezando sus orejas.

Diciendo como final que la alfombra que cubre el suelo del cuarto es de Smirna, solo me queda por describir á la que habita aquel gynecéo. Así como sus larguísimos cabellos de un rubio ardiente, habrían encantado al Ticio; así como su tez de blanco y rosa, sus rojos labios, sus grandes ojos azules, circundados de negro, habrían maravillado á Greuze, sus brazos, su seno, sus caderas habrían entusiasmado á Rubens.

Nótese que describo esto muy á prisa, porque tengo miedo de perderme en el camino.

Carolina se acercó al pié del lecho, y dice:

—¿Qué debo comprar hoy para el almuerzo?

—¿Eh? exclama Lucía, medio abriendo los ojos.

—¿Está V. durmiendo todavía?

—Me parece...!

—Ya es algo tarde!

—¿Y qué me has dicho antes?

—He dicho que me indicara V. lo que hoy debía comprar para el almuerzo!

—¡Ya me fastidias con el almuerzo! Tan bien que dormía...

—¡Dormir! Ya han dado las once. La procesion comienza; y yo tengo que ir á la plaza.

—Es decir que no puedo disfrutar ni de un solo dia de descanso!

Vamos, acabemos pronto, á ver si te vas enseguida.

—Justamente.

—¿No queda nada de ayer?

—¡Tiene V. unas preguntas! ¡Y qué quiere V. que quede!

¡Nos alimentamos tres con un pichon!

—¡Ya!

—Y francamente, no tengo un cuarto, ni de donde me venga, que es peor.

—¿Que no tienes un cuarto!

—¡Ni un ochavo!

—Lo cual prueba que seguimos lo mismo, que esto lleva trazas de no acabarse nunca!

—Hace ya ocho dias...

—¿Por qué te detienes? ¡Acaba!

—Pues bien, hace ya ocho dias que no me da V. dinero.

—Verdad es!

—¿Cómo quiere V. darse el lujo de comer sola!

—¿Y qué?

—¿Qué quiere V. que yo le diga!

—Dí.

—Yo en su lugar de V. lo haria de otro modo!

—Pero si es tan fastidioso, tener siempre la mesa llena de idiotas!

—No digo que no; pero cuando esos idiotas asisten, los proveedores provéen, mientras que por los bellos ojos de V. no quieren hacer gasto alguno.

—Razon tienes.

—Hace ya ocho dias que descansa V.

—¡Tanto tiempo ya!

—Y es imposible que siga V. llevando esa vida de liron. Reflexiónelo V.

—Sí, reflexionaré...

—No hay nada en la despensa...

—¡Nada!

—Y eso es grave!

—Vaya, bueno: invitaré á tres ó cuatro imbéciles para mañana. Haz lo que sabes.

—¿Y hoy?

—Dí que traigan ya hoy por la mañana las provisiones. Tomaremos algo de ellas.

—¿Cómo si eso fuera fácil. A la hora de comer acuden todos á echar el ojo por la cocina y el comedor. No se les puede engañar. Renunciemos decididamente á ello.

—Haz lo que quieras, pero no me marées con tus reflexiones.

—Si V. quiere, puedo prestarle sobre una de sus sortijas. Mas vale eso que recurrir al Monte de Piedad.

—Muchas gracias. Ya hace tres años que me esplotas. Prefero no comer. Comeré en casa de alguna amiga.

—Y nosotros, en la cocina?

—¡Déjame en paz!

- Si al menos, me diese V. alguno de sus trajes...
- Mira, coje el de seda color de nuez que llevé ayer, y vete al diablo.
- ¿Cuántos cubiertos hay que encargar para mañana?
- Cuatro. Espero, que llevándote hoy mi traje, me darás de almorzar.
- Una chuleta y un plato de fresas. ¿Le conviene á V.?
- Fresas con leche.
- Bueno.
- Recomienda á Honorato, que no me envíe provisiones como las del otro dia. No pude hacer su reclamo. Todo lo que me envió estaba pasado. Si sigue de ese modo, no podré serle útil.
- Está bien.
- Vete.
- ¿Puede entrar Adolfo, que está esperando?
- Que entre.

Adolfo.—Servidor de V., señora.

Lucia.—Buenos dias, Adolfo, buenos dias. Le he enviado á V. mucha gente esta semana ¿verdad? Creo que no tendrá usted queja alguna de mí!

—Ah, no señora. Pero la verdad es que eso nos hacia mucha falta.

—Me debe V. la mitad de su clientela.

—Sin embargo, no nos envia V. tantos parroquianos como la señorita Dufond.

—Sí, pero ¿qué grandes parroquianos les envia á Vds. ella? Jóvenes sin un cuarto, ó viejos arruinados.

—¡Oh, señora!

- ¿Qué me va V. á contar á mí!
- Es que...
- Sé perfectamente como trabaja esa señorita. No es amor propio en mí, pero crea V. que me avergonzaria de enviarles á Vds. semejantes deshechos.
- Tal vez...
- ¿Ha visto V. al marqués de Nounais-d' Hyeres?
- Si señora!
- ¿Les ha hecho á Vds. un gran pedido para mí?
- Si señora.
- Y bien?
- Aquí lo traigo.
- Bueno, pues. Vuélvase V. á llevar, é ingrese su valor en mi cuenta corriente.
- Está muy bien.
- ¿A cuanto sube?
- A 375 francos 75 céntimos, de los cuales, un 20 por 100 para nuestra casa.
- Luego, resulta...
- 300 francos, 60 céntimos para V.
- ¿Y el duque de Beaujon?
- Vino ayer y me hizo un pedido de 432 francos para él.
- Ah!
- Al 10 por 100 para V., resultan á su favor 43 francos 20 céntimos.
- Lo cual quiere decir que me debe V. 343 francos con 80 céntimos.
- Exactamente.
- Déme V. pues 200 francos que necesito, y póngame V. el resto en la cuenta.
- Aquí está el dinero.
- Adolfo, deposita diez luises de oro sobre la chimenea, y pasa revista á todos los objetos que hay en ella, diciendo:

—Estos cepillos necesitan reemplazarse. Esta noche le enviaré á V. otros.

—Corriente.

—¿Está V. contenta de nuestra *Esencia de Heno*?

—Sí, me gusta mucho.....

—¡Ya lo sabía!

—Pero no da resultados.

—¿Eh?

—No pega!

—¿Cómo?

—Qué no puede hacerse su reclamo!....

—Sin embargo, es de lo mas distinguido que hoy se usa, y ninguna señora á la moda, debe carecer de ella.

—No lo niego, pero su título es fatal!

—¿Por qué?

—Porque hace reir.

—Pues me tomaré la libertad de enviar á V., un nuevo perfume que yo he inventado!

—¿De veras?

—Tal como lo oye V.

—¿Y cómo se llama?

—¡Le he titulado *Traspiracion de rosas*!

—¡Magnífico!

—Es un poema de perfume, en el que cada gota es una estrofa!

—¡Oh, Adolfo!

—¿Señora?

—¡No hay ningún poeta como V.!

—Es mi mas ardiente pretension!

—Vaya, vaya!

—Y venturoso me contemplo con que V. me comprenda!

—Siempre he admirado á V., Adolfo!

—V. me confunde!

—Envieme V. pomada!

—¿De claveles?

—Bien.

—Le enviaré á V. varios botes.

—Y cepillos de dientes!

—Bueno.

—Y cold-cream!

—No faltará.

—Y...

—Y qué mas?

—Nada, nada mas, por ahora.

—Si supiera que alguien se afeitaba en casa de V., le enviaria al mismo tiempo, algunos ejemplares de navajas de afeitar, y de espuma de Eliotropo para las barbas susceptibles.

—Envielo, envíelo V.: ¡quién sabe lo que puede suceder!

—Únicamente, me resta presentar á V. mis respetos.

—Hasta otro dia, Adolfo, hasta otro dia.

Apenas se ha marchado Adolfo, entra M.^a Pervenche modista de sombreros.

Lucía.—Buenos dias, amiga mia! ¿Qué tal, qué tal van los negocios?

M.^a Pervenche.—Algo se hace, pero se necesita mucho crédito. Esto es lo que mata. ¿Sigue V. bien?

—Perfectamente ¿Me trae V. alguna cosa?

—Pues no faltaba mas!

—¿Qué es? ¿Qué es?

—Un sombrero inédito que hará una revolucion, puesto encima de la cabeza de V.

—Pero supongo que no se le ocurrirá á V. proporcionarme un peinado como el de la última semana.

—¿Y eso?

—Todos los pilluelos me perseguían gritando!

—Pues bien, el de esta vez es sencillísimo.

—Me da V. miedo!

—Por qué?

—Qué se yo!

—Pues deseche V. ya ese injustificado miedo.

—Dígame V. pronto qué es de lo que se trata.

—Quisiera poner de moda el sombrero *Lafontaine*.

—Y qué viene á ser eso, Dios mio?

—Solo V. puede hacer su reclamo.

—Explíquese V.

—El sombrero está ya cayendo en el ridículo mas espantoso. Vá haciéndose vulgar, uniforme, banal. Cuando, para adornarlo, se ha abusado de la violeta, vuelve á abusarse de la lila; cuando se gastan las rosas, se acude á las hojas marchitas; se añaden algunas cintas; las señoras atrevidas ensayan frutas, pájaros y mariposas... y esto es todo. Pues bien, yo quiero que V. me haga el reclamo, inaugurando el sombrero inteligente, el sombrero caprichoso, el sombrero de las mujeres de talento!

—¿Cuándo digo que me está V. dando miedo!

—El que hoy traigo á V. se llama: *La rata de la ciudad y la rata del campo*.

—Vamos á verlo.

—¿Eh?

—Que me lo enseñe V.

—Examine V. sin prevencion esta maravilla, y dígame usted qué es lo que le parece.

—Seré sincera.

—Enhorabuena.

—Veámos.

—Al rededor del sombrero, miré V., una guirnalda.

—Perfectamente.

—A la derecha frutas escogidas de colores provocativos, mezcladas con flores aristocráticas.

—Bien.

—A la izquierda, un manojo de espigas, y revueltas entre ellas varias florecillas del campo.

—Hasta ahora todo vá perfectamente.

—Pues ahora viene lo principal.

M.^a Pervenche dá una vuelta bruscamente al sombrero y exclama rápidamente:

—Y aquí están la rata de la ciudad y la rata de los campos, huyendo á escape y buscando un refugio en la magnífica cabellera rubia que V. posee.

—¡Jesús, que horror!

—¿Horror, dice V.? ¿Horror llama V. á esto?

—¡Nunca me pondré semejante cosa sobre la cabeza; se lo juro á V. solemnemente!

—Pues aseguro á V. que mañana en las carreras, habia usted de causar sensacion con este sombrero.

—Sí, demasiada sensacion!

—Con que.....

—¡Imposible, amiga mia, imposible!

—Mas...

—¡De todo punto imposible!

—Tambien le traia á V. este sombrerito para diario.

—Ah, qué bonito es!

—¿Verdad que sí?

—Muchísimo!

—Bien, pues aqui le dejo á V. los dos sombreros.

—Oh, el otro, nó!

—¿Nó?

—¡Qué horror!

—Lo importante es que llame la atención, y todo el mundo pregunte por su autora.

—No, vamos, no puedo; le digo á V. y le repito que me es absolutamente imposible.

—Pero...

—Además, asistir á las carreras me proporcionará, como V. no ignora, un gasto tremendo.

—Debo hacerle notar á V. que dentro de ese famoso sombrero, he colocado un billetito de quinientos francos.

—Calle! Es verdad! No le había visto!

—Como ya conozco las costumbres...

—Bueno, pues déjeme V. los dos sombreros, y una tarjeta de su tienda.

—Aquí está.

—Así que me levante, me probaré esa novedad.

—Ah, gracias.

—Y si no me afea mucho, haré su reclamo.

—¡Magnífico!

—Vuelva V. el lunes, y diré á V. el efecto que haya causado.

—Servidora de V.

—Vaya V. con Dios.

Apenas se ha levantado Lucia, ábrese de nuevo la puerta del gabinete.

Una mano aparta la *portier*, y entra sin hacerse anunciar previamente, el baron de La Cloche-Enbranle.

Baron.—Buenos días.

Lucia.—¿Quien le ha dado á V. permiso para entrar? ¿Quiere V. hacerme el favor de marcharse?

—Imposible, corazón mio, imposible.

—¿Cómo!

—Tengo que presentarte á un sujeto!

—¿Presentarme á uno?

—Sí.

—Razon de mas para que se vaya V.

—Pero cuando sepas...

—¿Crée V. acaso que voy á recibirle en este traje?

—Pero si este traje te sienta á las mil maravillas!

—¿Sí?

—¡Demasiado que lo sabes, tunantuela. Esos piecitos desnudos, esos cabellos de oro que se revolucionan bajo la tiranía del peine; esos brazos redondos, ese peinador que hosteza dejando ver encantos superiores á todo elogio... Todo esto vale muchísimo...

—¡Adulador!

—Está dicho.

—¿Qué?

—Voy á presentarte ese jóven.

—Repito que no puedo recibirle en este estado.

—Pero, animal, si es un niño!

—¿Un niño?

—Sí, mi sobrino, un polluelo de diez y ocho años que su madre se ha empeñado en que yo le lance... en que haga su reclamo en la sociedad... y ya sabes que á mí no me queda tiempo para eso!

—¿Qué escucho!

—Y por lo tanto he pensado en tí.

El baron abre la puerta, y llama:

—¡Octavio! ¡Octavio! Ven aquí, hijo mio. Entra. No tengas miedo. Esta señora no te hará ningun daño. Es dulce... como... como el raso!

Lucia.—Suplico á V. caballero, que me dispense, si le recibo en este traje...

El baron. — ¿Qué es eso de caballero? ¿Llamas caballero á este muchacho? ¡Llámale Octavio! ¿Quién se mira tanto para hablar con las criaturas?

Lucía. — ¿Me permite V. pues que le llame Octavio, amigo mio?

Octavio. — Sí, con tal que V. me permita que la llame Lucía.

Lucía. — ¡Con toda mi alma! ¿Cómo se llama su papá de V.?

Octavio. — Mi padre se llama el marqués de Entrailles.

El baron. — Escucha, Lucía: tengo bastante prisa hoy por la mañana. Hablemos, pues, de nuestro asunto.

Lucía. — Corriente. Hablemos.

El baron. — Octavio!

Octavio. — ¿Tío?

El baron. — Entrete en mirar los cuadros, y haz como si no nos oyeras.

Octavio. — Muy bien.

El baron. — Mira, Lucía, yo quiero á ese muchacho con todo mi corazon. No deseo que caiga bajo las uñas de una tunan-tuela, que finja amarle para dejarle sin dinero. Y prefiero tratar el negocio abiertamente contigo.

Lucía. — Mas vale.

El baron. — El chico como ves, es muy guapo. Tiene salud, buen temperamento, un nombre ilustre y una gran fortuna. Seria triste echar á perder todo eso.

Lucía. — Tendré cuidado.

El baron. — Lo destino para marido de una de mis hijas, que no estará en edad de casarse hasta de aquí á tres años.

Lucía. — Pues yo lo cuidaré como si debiera casarse con una hija mia.

El baron. — Hasta tanto que se case, conviene educarlo de cierto modo. Te advierto que es inocentísimo.

Lucía. — Ya me gusta eso.

El baron. — Vas á lanzar al muchacho poco á poco... poco á poco... Tiempo nos queda para todo!

Lucía. — Verdad es.

El baron. — Cuento con que no me lo entusiasmarás demasiado.

Lucía. — Seré concienzuda.

El baron. — Bien. Deseo que no le hagas conocer ni á uno solo de tus amigos. Las relaciones que ha de tener con los hombres, corren á mi cargo. En ellas está el verdadero peligro. En cuanto á lo que respecta á las mujeres... haz lo que gustes.

Lucía. — Conformes.

El baron. — Tratemos ahora de tus honorarios...

Lucía. — Ya sabe V... todo está tan caro...

El baron. — Te conviene 5.000 francos al mes, casa, alimentos y coche?

Lucía. — Diablos! Yo...

El baron. — ¿Te conviene, si ó no?

Lucía. — El muchacho es guapísimo y V. un amigo antiguo!... ¡Sea!

El baron. — ¡Octavio!

Octavio. — ¿Tío?

El baron. — Dá un beso á Lucía. Consiente en lanzarte!

Octavio besa á Lucía. Esta, exclama dirigiéndose conmovida al baron:

— ¡Cuánto agradezco á V. que haya pensado en mi para esto!

El baron. — ¡Pues no habia de pensar!

Lucía, dirigiéndose á Octavio:

— Y bien, amigo mio, cree V. que llegará á amarme?

Octavio. — Eso dependerá de V., señorita!

Lucía dice aparte:

— El muchacho promete!

Y añade en voz alta:

— Hasta la vista. Mañana empezaremos!

El perseguidor de mujeres.

Es un caballero muy feo.

Si no os atreveis á admitir que es un pillastre, será únicamente porque creéis que es un necio, aunque la verdad es que el uno de los calificativos no excluye al otro.

Así como Afrodita nació de la blanca espuma del mar fenicio, el hombre que sigue á las mujeres, nació de la espuma de los arroyos parisienses.

Comparte con la mujer que sigue á los hombres, el imperio de las aceras.

El caballero que sigue á las mujeres, no vale mucho mas que la mujer que sigue á los caballeros.

A todo rigor pueden descubrirse en el arsenal de las capitulaciones de conciencia, circunstancias atenuantes en favor de la mujer que sigue á los hombres; pero no se halla ninguna en provecho del estúpido personaje que sigue á las mujeres.

Lo que hace salir al lobo del bosque, no es el hambre, como á las lobas, es la necesidad de ser bestia: es un apetito de grosería insaciable, una especie de cobardía inestinguible.

La mujer que sigue á los hombres, tiene filosóficamente considerada un valor; es un medio de seguridad, un derivativo, una mercancía cuya alza y baja es protegida por la policía.

Hace vivir á los empleados de la prefectura, á quienes se ha dado por misión redactar su fotografía. El gobierno, paternal siempre, encarga á sus médicos higienistas que informen muchas veces al mes, acerca del estado de su salud. Asegura el pan á todo un personal de directores de cárceles, guardianes y calaboceros, que sin ella, se verían obligados á ganarse la vida de otra manera. Los agentes de cualquier grado que sean, le deben en la ancianidad, un cómodo retiro; y finalmente, si

bien mata á mucha gente, al menos hace vivir tambien á muchos.

Pero el hombre que persigue á las mujeres, ¿para qué sirve? ¿Cuál es su papel en la sociedad?

Y nótese que no se contenta con ser cobarde y malhechor, sino que es bestia al mismo tiempo.

Un sencillísimo razonamiento debería detenerle en su carrera, si no fuese el mas vulgar de todos los perdidos.

Por mas que los sábios se reúnan en academias, durante siglos y siglos, para redactar una clasificación concisa y lógica de la especie-mujer, les desafiamos á que encuentren una, preferible á la siguiente:

Las mujeres se dividen en dos clases distintas.

A saber:

Las mujeres que son honradas.

Las mujeres que no lo son.

Pues bien, el caballero (por decirlo así), que sigue á las mujeres, ni ha sido, ni es, ni será otra cosa que un necio, bien se dirija á la primera, bien ataque á la segunda de estas dos categorías.

Si la mujer es honrada, el animal que sigue á las mujeres no tiene nada que esperar de ella. Comete platónicamente una mala acción: hace el mal «por tu honor» como dicen las mujeres que siguen á los hombres.

Si la mujer no es honrada, la caza que ha levantado y cogido estaba ya pasada de nacimiento y no valia seguramente el tiro desperdiciado en ella.

Tanto en uno como en otro caso ¿para qué sirve ese duo de acera?

Por otra parte, las mujeres, sienten todas el mas profundo y legítimo desprecio hácia el hombre que las sigue en la calle.

El hombre distinguido, el hombre inteligente, el hombre de corazón, el hombre que se respeta, el que ama, el que es

digno de ser amado, y hasta descendiendo al último escalon de las consideraciones sociales, añadiré: el hombre que tiene dinero para gastar, no siguen nunca á las mujeres, en la calle.

El hombre que esto hace, no es mas que un fruto, seco, del amor, que espulsado de todos los exámenes, de todos los certámenes de ternura y dignidad, se ve reducido á hacer el oso desempedrando las calles.

Ninguna mujer se halla al abrigo de sus persecuciones. Todas las flores tienen su gusano.

Este malhechor, intenta la aventura, sin temor á humillar, á ser molesto, á hacer sufrir, á comprometer á una honrada persona, de la cual nada tiene que esperar.

Seguir á una mujer es siempre una insolencia; es suponer que la plaza está abierta, para todo el que se le ocurra asaltarla; y que no merece los honores de un sitio.

En realidad, la mujer que se rinde á un sitiador semejante, no merece el asalto.

El hombre que sigue á las mujeres debe la impunidad de que goza, con frecuencia, al miedo que las mujeres distinguidas tienen al escándalo, y á la poca esperanza que conservan de ser socorridas por los transeuntes imbéciles, á quienes la aventura divierte, y que no quieren meterse en un lío. Por eso las miran en el blanco de los ojos, con una sonrisita que merece una bofetada.

Sin duda, habreis notado, oh, lectores, esa manera de mirar á las mujeres, que han adoptado los hombres del día; esa mirada descaradísima, que se pasea sobre la mujer, recorriéndola de los piés á la cabeza; que desnuda, por decirlo así, á la desgraciada que la sufre.

¿Qué serán las hermanas, las madres, las esposas de esos hombres, para que se crean ellos con derecho á mirar de esa manera á toda mujer que pasa?

El gran ejército de los imbéciles, que sigue á las mujeres, se compone de muchos regimientos.

Los volteadores que revolotean al rededor de la plaza.

Los granaderos que la atacan de frente.

Los ingenieros, hábiles en las maniobras disfrazadas.

El tren de bagajes, que obra con preferencia en los coches de plaza.

Todos estos merodeadores, tienen distinto modo de proceder. Hay los perseguidores que siguen; y los perseguidores que se ponen delante; los perseguidores que siguen desde la acera contraria, y los que siguen al lado mismo de la víctima: hay, por fin los cruzadores que adoptan el movimiento de zig-zag.

El hombre que persigue á las mujeres, comienza el ataque por retaguardia.

Examina primeramente á la víctima, como podría hacer un espía de mérito; poco á poco se va acercando á ella, y arregla sus pasos con los de la perseguida.

La verdadera parisiense conoce perfectamente esos pasos! Desde que oye el ritmo, frunce el entrecejo, y dice:

— Vaya! Ya tengo un imbécil detrás de mí! Decididamente, las calles están muy mal barridas.

Apresura el paso.

El hombre se adelanta á ella, y se vuelve, rozándola un poco.

La mira descaradamente, y la dirige una sonrisa de aprobación: es el primer disparo.

La mujer resiste.

Durante algunos minutos, marchando siempre hácia adelante, y sin volver la cabeza, sigue con el rabillo del ojo, en los cristales de los escaparates, el reflejo de la caza que persigue.

¡Alto!

Detiéndose él delante de uno de los escaparates. Su mirada se oblicua hácia la derecha, como si quisiera atraer la presa que ambiciona.

La dama ha llegado.

Él se vuelve de nuevo, dibuja una segunda sonrisa, y arriesga un chiste, del gusto siguiente, poco mas ó menos:

—¡Es V. verdaderamente encantadora!

Ó bien:

—¡Tiene V. unos ojos preciosos!

A menos que no se atreva á decir:

—¡Nunca habia visto piernas tan hermosas!

A lo cual la mujer debe responder mentalmente:

—Bruto! ¿Crees tú que he esperado á que me lo dijese para saberlo?

La víctima que habia escogido el lado de la sombra, se decide á atravesar la calle y la caza continúa al sol.

No habiendo producido resultado alguno la marcha hácia adelante ni las contra-marchas, el hombre que persigue á las mujeres, ataca al enemigo de lado.

Codo con codo, sin mirar á la desgraciada, va rezando durante el camino, todas las banalidades de costumbre:

—¿Por qué va V. tan aprisa?

—¿Con que no quiere V. que hablemos?

—¿Aquel á quien V. ame, será el mas venturoso de los hombres!

—¿No hay medio alguno de verla á V. á solas?

—¿Donde se la puede encontrar?

La señora que no quiere ni por un momento aparentar que conoce á aquel hombre, apresura el paso sin responderle, váse á la sombra, vuelve de nuevo al sol, y acaba por entrar en una tienda.

Compra en ella diversos objetos, de los que no tiene ninguna necesidad, pide permiso para sentarse unos instantes, y por fin, se decide á seguir su camino.

El hombre que persigue á las mujeres, no se ha apartado de la puerta de la tienda.

Al salir ella, le ofrece llevarle los paquetes, tomar un coche para ella, etc., etc.

Se ha visto á alguno de estos animales, poner todo su *amor propio* (¡lástima de palabra!) en molestar de este modo á alguna desgraciada mujer, muchos dias seguidos.

El temor al escándalo, el miedo de proporcionar á un marido ó á un hermano alguna cuestion, detiene á las pobres mujeres víctimas de los insolentes que las persiguen, por lo cual estos abusan cobardemente de ello.

Añádase á todo esto, que no todo el mundo puede defender á una mujer, y que cierta clase de intervenciones serian mas comprometedoras que eficaces.

Conocemos á una señora á quien se molestó de esta manera durante dos horas.

Era por la noche.

Llegó ante la puerta de su casa y llamó.

La abrieron.

—Yo le suplico á V. señora, que no cierre la puerta, murmuró el perseguidor.

La puerta quedó abierta de par en par.

La señora subió, y el perseguidor detrás de ella.

Cuando llegaron al segundo piso, ella introdujo el llavin en la cerradura.

El hombre, contuvo la puerta y entró en la antesala, siempre detrás de la señora.

Sin volverse, sin pronunciar una sola palabra, la dama penetró en las habitaciones interiores.

—¡Magnífico! pensó el perseguidor; ¡se ha humanizado! ¡Soy feliz!

Atraviesa el comedor.

Llega á una sala.....

La dama se dirige á una cuarta puerta.....

Entra por ella, y.....

¡Y también la deja abierta!

¡Exactamente lo mismo que las otras!

— ¡Por fin! exclama gozoso y deliciosamente esperanzado el hombre que sigue á las mujeres.

Entra, siempre siguiendo á la señora, en un precioso gabinete:

Y allí...

¡Allí se encuentra con un gigantesco comandante de caballería!

La señora le presenta, diciendo:

— Esposo mio, hace dos horas que este caballero me sigue á todas partes. Ha insistido en entrar en casa, y como no le conozco, calculo que es á tí á quien desea visitar. Os dejo solos. Ven á encontrarme cuando acabes, y que sea lo mas pronto posible!

Efectivamente, no duró mucho la entrevista.

El hombre perseguidor de las mujeres, fue cogido por el cuello.

El marido le hizo retroceder de espaldas, dándose golpes con los muebles y con las paredes, hasta llegar á la escalera.

Ya en ella, le dió una bofetada y un fuerte empujon.

Empujon que le hizo rodar de cabeza los escalones, sin detenerse hasta la casilla del portero!

¡Pobres mujeres!

¡Habeis intentado masculinizaros; habeis resuelto proclamar vuestra independencia, salir solas, adoptar nuestras costumbres, cambiar, en fin, de destino!

¡Y hé aquí que en lugar de respeto, solo sabeis engendrar deseos, asqueroso apetito!

En cierto modo, la falta es vuestra.

Pero bien mirado, lo es mucho mas nuestra.

Porque, en fin, nosotros somos vuestros mayores, caros frag-

mentos de nuestras costillas, y como tales, no debemos permitir hacer ciertas cosas!

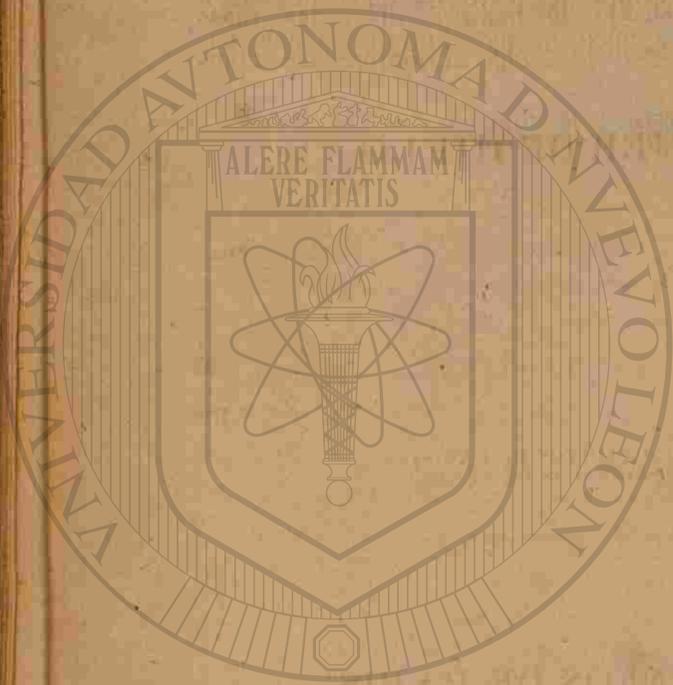
Nuestro deber consiste en respetaros, aun á pesar vuestro.

Esto es lo que harán siempre los hombres delicados; pero nada espereis del que se asemeje en algo al hombre que os persigue por la calle.

Este..... este es *la flojera* de las mujeres!

FIN DE ¡ESCÁNDALOS DE PARIS!

FIN DE LA OBRA.



ÍNDICE.

LA MUJER DE HIELO.

	Pág.
PARTE PRIMERA.	5
PARTE SEGUNDA.	53
PARTE TERCERA.	109

¡ESCÁNDALOS DE PARÍS!

	PAG.
<i>Los cortadores de cabezas.</i>	163
<i>Una escapatoria.</i>	172
<i>La secadora.</i>	182
<i>La leyenda del lancero Griespach.</i>	194
<i>El día de la Embellecedora.</i>	201
<i>La mujer-reclamo.</i>	212
<i>El perseguidor de mujeres.</i>	226

